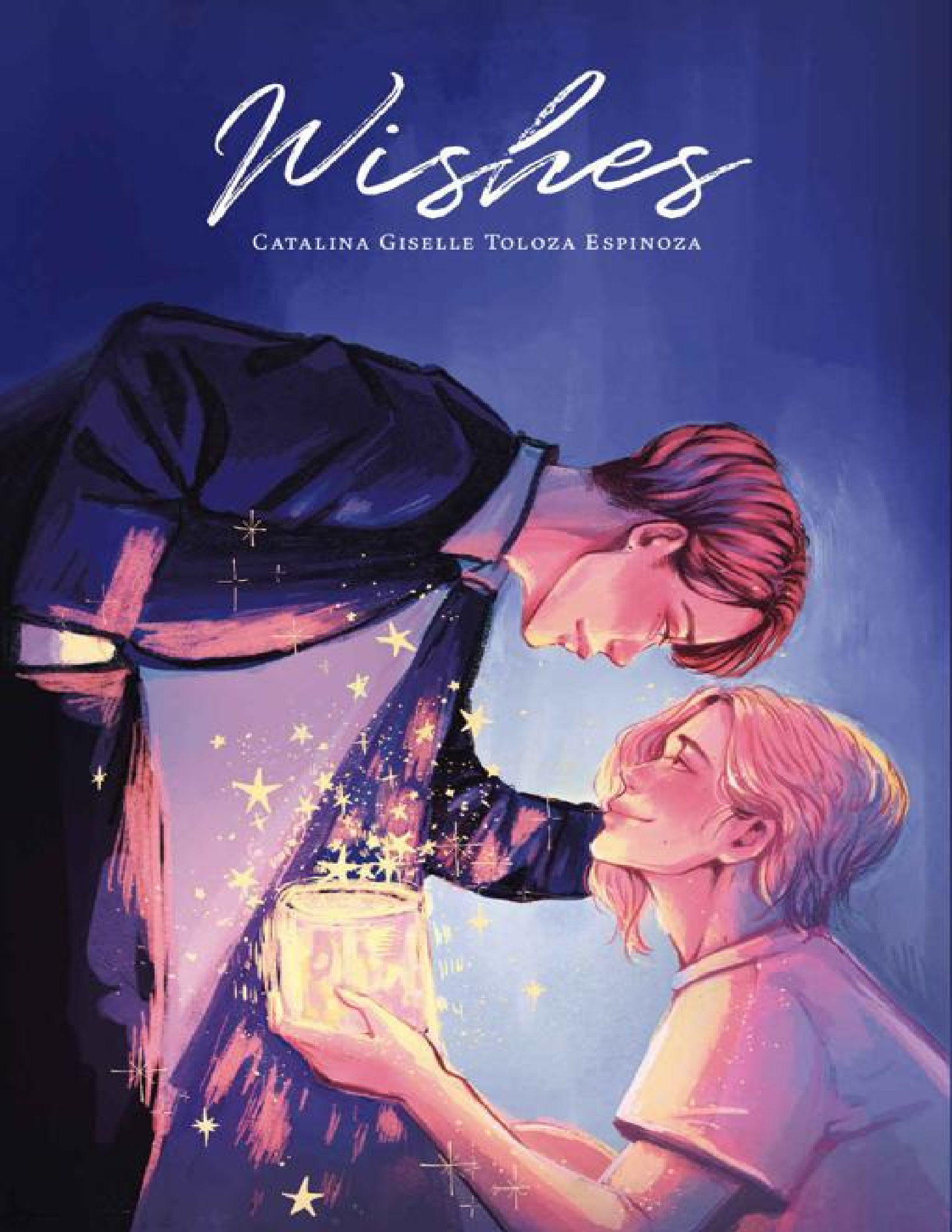
# Wishes

Catalina Giselle Toloza Espinoza



**©Latidos Editorial**
Tercera edición en Chile, enero 2023.
ISBN: 978-956-09673-0-5

**Todas las ilustraciones en el interior y exterior del libro pertenecen a:**
©2021, Catalina Giselle Toloza Espinoza /Springkolors

**Editora:**
Maria José Segovia Triviño

**Diseño y diagramación:**
Catalina Giselle Toloza Espinoza

**Digitalización:**
Carolina Natalia González Henríquez

**Todos los derechos reservados.**
Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmentes previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*.

Impreso en: Gráfica LOM.
Tipografía: Biblioteca.

# *Wishes*

Catalina Giselle Toloza Espinoza
@Springkolors

Latidos
EDITORIAL

***Contenido***

*1*
*2*
*3*
*4*
*5*
*6*
*7*
*8*
*9*
*10*
*11*
*12*
*13*
*14*
*15*
*16*
*17*
*18*
*19*
*20*
*21*
*22*
*23*
*24*
*25*
*26*
*27*
*28*
*29*
*Nocturno: Esperanza de medianoche*

*Agradecimientos*

*Para ti, la persona con la que deseo ser*
*feliz y sonreír toda mi vida*

# *1*
## *Primer deseo*

La magia existe.

Sí, lo sé. Sé que no esperaban que en la Tierra hubiera magia. Pues, les tengo noticias: la magia existe y yo puedo usarla.

Claramente hay una razón por la que recién ahora se están enterando de esto. ¿Cuál es el problema?, no podemos ocuparla libremente. Se supone que si queremos seguir viviendo con normalidad debemos ocultarla de los seres humanos. Si me lo preguntan... pienso que es una soberana estupidez. Verán, no es que no podamos usar magia, claro que podemos. De hecho, los magos moriríamos si no liberamos algo de ella diariamente, pero hay que respetar algunas condiciones para utilizarla.

La magia está en todos lados, tierra, aire, agua, en la memoria de los objetos, incluso en nuestra propia mente y, nosotros los magos, somos una especie de catalizadores de ella. Somos parte del ciclo de vida de la magia, es decir, que gracias a que nosotros la catalizamos puede seguir existiendo, ya que básicamente somos el equivalente de las abejas y la polinización. Si diariamente no usamos la magia que hay en nuestro interior esta nos enferma, porque nuestro cuerpo funciona como recipiente y multiplicador de ella. Por eso sí o sí debemos usarla, es el ciclo natural del flujo de la magia, el problema es otro muy distinto: hay muchas reglas sobre su uso, algunas más importantes que otras.

**Primera regla:**

*Si hacemos magia frente a humanos, debemos hacer que parezca casualidad.*

En teoría esto es muy sencillo, porque ustedes mismos se encargan de gran parte del problema. Les gusta llamarlos «milagros» y le dan todo el crédito a su fe o algún tipo de Dios. Les tengo noticias, *somos nosotros*. No sus dioses. *Nosotros*. Si sus médicos salvan una vida, es por sus conocimientos, no gracias a Dios. Atribuirle la responsabilidad de todo a un solo ser es completamente absurdo.

Vamos… diferente a lo que todos piensan, los griegos y los romanos estaban mucho más cerca de lo que realmente pasaba, por eso vivían adorando a muchos dioses. *Bien*, no eran dioses, solo eran magos con mucha, mucha, *mucha*, magia y, si me lo preguntan, muy ególatras.

¿Apolo?

Apolo es el ser más egocentrista del mundo. Reflexionen un momento, según él, es mejor en todo. Discúlpame, Apolo, serás el mejor en todo excepto siendo humilde. Ese sujeto es pedante como ninguno. En mi opinión, Liam es mucho mejor curandero que él, aunque en batalla de egos están igualados.

Por cierto, este es el momento perfecto para hablar de William Lux, básicamente, es mi cable a tierra. Hemos pasado por muchos nombres, así como también por muchos estilos de vida. En algunos siglos fuimos compañeros de combate, unos pocos después nos volvimos mejores amigos. Actualmente se atribuyó a sí mismo el rol de mi hermano mayor, solo porque nació un

par de siglos antes. No puedo quejarme, la verdad es que sí lo veo como un hermano después de todo este tiempo juntos. Me sentiría horriblemente solo si él no gravitara en mi mundo.

**Segunda regla:**

*Si queremos vivir con ellos, debemos tener un trabajo.*

De esos normales, nada extravagante.

Sí, como leen, actualmente ya nadie puede ser alquimista o traductor de enoquiano —la lengua de los ángeles—, por lo que hay que improvisar y, lo más importante, no hacer enojar a nadie del consejo.

*El consejo*.

Lo odio, y sí, es completamente personal.

Ellos tienen que aprobar tu trabajo antes de tomar una profesión: inútil burocracia. Normalmente si los haces enojar te dan los peores trabajos por unos cuantos años, pero si eres un mago ejemplar, te dejan ser lo que quieras por un siglo.

Se preguntarán por qué lo odio, o nos odiamos (estoy bastante seguro que es recíproco). Solo les puedo decir que mantengan esa pregunta en su mente, porque definitivamente más adelante van a comprender nuestra enemistad, por el momento les diré de qué va esto.

Verán, el consejo existe para proteger a los magos que aún están vivos. Aunque no lo crean, somos pocos los que vamos quedando, a lo mucho unos miles por cada país, lo que nos lleva a suponer que en la población total del mundo somos solo un 0,01% —contando a los que son mitad magos—, pero estamos rodeados en gran parte de otras comunidades mágicas.

¿Han escuchado de los ángeles?

Existen.

En realidad, gran parte de las criaturas mágicas y mitológicas de las que están acostumbrados a leer existen. Por eso alguien escribió sobre ellas en primer lugar. La gente común se niega a ver las cosas con otros ojos, creen que todo lo que no tiene explicación es fantasía o algo sobrenatural, cuando la respuesta es mucho más sencilla, es magia. La magia es parte fundamental de la vida.

Volviendo a los ángeles, se preguntarán cómo es que existen si acabo de decir que no hay tal cosa como «Dios». Pues verán en el sentido estricto de la definición, son criaturas puras que fueron creados para cumplir con la voluntad del «Creador».

O sea... nosotros.

Bien, no «yo», pero sí muchos abuelos de alto mando.

La voluntad de los magos buenos siempre es ayudar a los humanos, ya que ellos, aunque no lo sepan, también producen magia. Por esto crearon a los ángeles, ellos están para protegerlos. Lamentablemente los abuelos les dejaban a ellos todo el trabajo duro y luego se limpiaban las manos atribuyéndose el mérito.

Por supuesto también hay magos malos, se dedican a crear seres mágicos con el fin de complicarle la vida a los demás. No es que vayan a matar humanos, pero estos hacen tantas travesuras que terminan haciéndolos sufrir innecesariamente. Además, esos magos comparten relaciones sexuales con sus mismas creaciones, lo que es algo totalmente obsceno, es un tabú dentro del mundo mágico.

Los ángeles son creados directamente de la magia de sus creadores, son parte de ellos, y pueden vivir solo si es que su creador sigue alimentándolos a través de su vínculo espiritual. Se

supone que esto es algo muy puro, es cercano a un vínculo paternal, por eso corromperlo con el fin de la autosatisfacción es algo inconcebible.

Sé que creen que estoy divagando, pero tengo un punto ¿de acuerdo?

...

...

...

*Ay*... por toda la magia del mundo, esto es muy difícil de confesar.

Hay un chico...

Sí, sí...

Como toda gran historia siempre comienza así.

Hay un chico que no debió existir nunca. Un chico que nació del puro amor de un ángel y un humano. Un chico demasiado hermoso. Un chico al que, desde que tiene cinco años, le encanta cruzarse en mi camino. A ese chico lo he ayudado, protegido y cuidado más de 148 veces a lo largo de su vida. Lo conozco muy bien...

El problema, es que él a mí no.

**La tercera y más estúpida regla de todas:**

*Toda magia para los humanos tiene un precio.*

El precio por ayudar a ese chico, son sus recuerdos de mí.

¿Escuchan eso?

Sí, es mi corazón haciéndose añicos.

*A. Leblanc, desesperanzado Mago clase SS.*

# *2*

## *La primera vez que paré el tiempo*

Sí, lo sé.

Sé que termine muy mal lo anterior, no me juzguen. Es un tema del que me cuesta mucho hablar o escribir. Ha sido mi mayor secreto por más de diez años, lo he atesorado y resguardado de casi todos mis seres cercanos, así de importante es. Me había acostumbrado tanto a esconderlo, que se siente extraño compartirlo.

Para empezar, creo que deben estar preguntándose por qué estoy contándoles mi vida. No, no es porque se me antojó así de la nada escribir mis memorias. En realidad, es culpa de ese chico y, en gran parte, de Liam. No les estaría contando todo esto si es que no estuviera en problemas y pudiera evitarlo, pero francamente estoy arrinconado. Odio con toda mi existencia sentirme así.

Sí, hay un gran, gran, *gran* problema.

Pero, para que lo entiendan, tengo que ir un poco hacia atrás. Justo al momento cuando mi vida comenzó a cambiar. Específicamente hace quince años atrás. El día que conocí a mi más adorado y encantador problema.

Mi pequeño ángel, Lucian Asher.

**5 Mayo 20XX**

Estaba esperando la resolución del consejo para saber si habían aprobado mi solicitud para tener mi propia Tetería, esos inoperantes tardaban hasta tres años en aprobar unas simples solicitudes. ¡Tres malditos años para leer un miserable papel!

En ese momento vivía junto a Liam, ambos trabajábamos en el hospital, él como médico de urgencias y yo como enfermero. Al ser mi horario más flexible que el suyo me tocaba hacer las compras de alimentos. Una tarea bastante común y nada emocionante. Para variar un poco cambié la ruta cuando caminaba de vuelta del supermercado, fui por un lindo sendero de árboles, era un paisaje realmente agradable y muy bello, no recordaba por qué nunca tomaba esa ruta, cuando era tan encantadora.

Repentinamente sentí un agradable aroma en el ambiente y me detuve a mirar el camino hacia atrás. Fue ahí cuando me di cuenta que los árboles estaban completamente florecidos, de hecho, los que estaban a unos pasos de distancia, al sentirme cerca, comenzaron rápidamente a florecer.

*Maldición. Ya recordé porqué no vengo mucho por aquí.*

Por pasar tanto tiempo conviviendo con Liam, mi magia se había tornado blanca, y ahora se me estaba escapando por los poros.

Magia de vida.

*¡Por las runas, debo apurarme!*

Comencé a caminar rápidamente antes de que más gente notara el peculiar florecimiento de los árboles cuando claramente estábamos en otoño.

*De acuerdo, pasas por el parque y estás a salvo.*

Pero, cuando estaba por salvarme, escuché unos suaves sollozos cerca de los juegos de niños. Lo primero que vi fue una pequeña motita de rizos color sol totalmente despeinada que trataba de llorar silenciosamente, con miedo de ser descubierta y regañada.

*Por toda la magia… no, no es el momento, Alexander. De seguro alguien podrá socorrerlo mejor que tú.*

*No lo mires, no lo mires, no lo mires.*

*Mierda.*

Nuestros ojos hicieron contacto y todo el planeta se detuvo a nuestro alrededor. No, en serio. Realmente pasó eso, no fue un eufemismo. Sin realmente quererlo, congelé el tiempo en un radio de treinta metros.

Era un pequeño niño al que le caían lágrimas de sus adorables ojitos color caramelo, tenía surcos por todo su sucio rostro, sus manos se encontraban apretando la ropa alrededor de su pierna, tenía una herida en la rodilla, su rasmillón estaba sucio de tierra y un poco de sangre comenzaba a asomarse por la piel. Cuando nuestros ojos se encontraron los suyos pararon de llorar y sus mejillas se colorearon en un tierno sonrojo, quizás avergonzado de ser descubierto en su pobre esfuerzo de no llamar la atención.

*Maldición, no puedo ignorarlo.*

Me acerqué hasta quedar agachado a su altura y traté de hablarle con mi tono más suave de voz, para no asustarlo e incomodarlo más de lo que ya estaba. Lo que menos quería era que rompiera en llanto o en gritos, no sabría cómo manejar esa situación.

—Pequeño ¿estás bien? ¿Qué te pasó? —lo miré procurando dejar ver lo preocupado que estaba por él.

—M-mi p-papi me dijo que no debía hablar con extraños —hipó al mismo tiempo que hacía un pequeño puchero con desconfianza. Era sumamente evidente que quería contarme lo ocurrido, pero no quería traicionar las enseñanzas de su padre.

*Es demasiado adorable*.

—Tu papá tiene razón, no debes hablar con extraños, pero estoy seguro de que está preocupado por ti. ¿Podemos hablar en la banca que está a tu espalda mientras lo esperamos? —señalé el asiento.

Él miró la banca, para luego volver a mirarme asintiendo con la cabeza, pero cuando intentó moverse pareció recordar el dolor que lo puso en esta situación ,bajó la mirada a su rodilla para, finalmente, levantar la vista hacia mí.

—N-no puedo… m-me duele mi rodillita... —trató de explicar con sus ojitos aguados.

*Moriré de ternura eso es seguro*.

Suspiré, para tratar de seguir en control de la situación. Lo cargué como si fuera un koala bebé, fui caminando con él en un brazo y mis bolsas en el otro hasta llegar a la banca donde pudo sentarse. Dejé mis cosas al lado del pequeño rubio y me agaché para examinar su herida. Era un rasmillón muy feo, había quitado una buena capa de piel y lo peor es que estaba muy sucio, se encontraba cubierto de tierra, gravilla y sangre, si es que la herida lograba no infectarse, era seguro le quedaría una cicatriz de por vida.

—Pequeño, ¿cómo te hiciste esta herida?

—Unos niños me empujaron y me caí. Yo solo quería jugar con ellos, pero dijeron que no querían jugar con niñas —sonó enfurruñado, mientras tiernamente se limpiaba las lágrimas con

sus pequeñas manitos en un intento de mostrar fortaleza.

—¿Eres niña? —pregunté con suavidad sin querer incomodarlo.

—No, soy un niño, pero ellos decían que parezco una —parecía muy indignado.

No pude evitar mirarlo con una sonrisa comprensiva. Esos niños humanos son unos idiotas, de seguro en el futuro estarán desesperados por salir con alguien la mitad de hermoso que este pequeño. Realmente tienen una horrible forma de tratar con algo que se escapa de la norma. Pensé que los humanos habían comenzado a ser más tolerantes, pero al parecer me equivoqué, aún les queda mucho trabajo por delante.

—No les hagas caso, solo están envidiosos de que seas muy bonito —consolé, tratando de peinar un poco de su desastroso cabello, el cual también parecía haber sido revuelto en la tierra.

El niño contempló mi rostro por un momento, quizás buscando un atisbo de mentira, o decidiendo si confiar en mis palabras. Al parecer fue lo último, ya que su mirada se relajó.

—Usted también es bonito señor —su voz sonó muy dulce, entonces el niño tocó mi mejilla con su pequeña mano.

*¿Cómo...?*

Cuando me tocó, sentí una cálida corriente de paz y felicidad. Solo pude mirarlo asombrado. Pestañeé un par de veces confundido, pero no podía comprender lo que estaba pasando.

¿Magia? Esto se sentía muy cercano a la magia.

—Mi papi, siempre le dice a papá que es el ser más bonito de la tierra, no entendía bien a qué se refería con eso, me explicó que alguien bonito es a quien miras y dices «Woah», y que al mirarlo te dan ganas de sonreír. Estoy de acuerdo, papá es muy bonito —explicó entusiasmado, para luego regalarme una sonrisa—. Pero ahora que lo conozco, creo que usted es más bonito que mi papá. Nunca había visto alguien con los ojos como el cielo, son realmente «Woah».

*»Ojos como el cielo«.*

—¿Pequeño… qué...?

No podía seguir el hilo de los pensamientos del pequeño porque su mano seguía en mi mejilla transmitiéndome muchas emociones cálidas. Nunca había sentido algo así, era la más pura de las magias. Me sentía anclado a ese lugar, muy indefenso y vulnerable.

—¿Puede quedarse conmigo hasta que llegue mi hermano Dean? —preguntó mordiéndose uno de sus pequeños deditos.

*—Y-yo no...*

—Por favor, no me deje solito —tenía un dulce puchero.

*Oh, encanto. No puedo contigo*.

Traté de respirar hondo para poder recomponerme y volver a recuperar el control sobre mi cuerpo, pero era realmente difícil. Me sentía sin fuerzas y, lo más desconcertante, es que no sentía angustia por esto, al contrario, mi cuerpo se sentía relajado.

—¿Cómo te llamas, pequeño? —traté de simular que todo estaba bien.

—Puede decirme Cian. Solo dejo que lo haga la gente buena —comentó orgulloso de sí mismo, mientras retiraba suavemente su manito de mi mejilla.

Su mano se alejó, pero la cálida sensación se mantuvo justo ahí. Era como si se hubiera grabado con fuego en mi piel. Aun así, gracias a que se alejó, mis sentidos comenzaron a despertar con rapidez.

—¿Cómo sabes que soy bueno, pequeño Cian? —mi fuerza y autonomía motora volvían.

—Porque es cálido, sus intenciones no son malas —explicó con suavidad—. Así que quédese conmigo —me miró expectante.

¿Por qué sentí eso cuando me tocó?

*Por toda la magia, estoy en muchos problemas.*

—Pequeño. ¿Realmente deseas que me quede contigo?

—Sí, realmente deseo que se quede conmigo y me cuide hasta que llegue Dean —comentó mucho más animado.

—Bien, te prometo que me quedaré contigo y te cuidaré hasta que llegue Dean —repetí aceptando su deseo.

Aún estaba arrodillado cuando tomé su pequeño rostro entre mis manos y, suavemente, dejé un inocente beso en su frente. Ese pequeño beso hizo que todas sus heridas físicas comenzaran a sanar y sus lágrimas se esfumaran junto a cualquier rastro de ellas, su pelo volvió a la posición que debía haber tenido siempre, al mismo tiempo que su overol de mezclilla claro volvía a estar limpio.

Ahora frente a mí se encontraba este pequeño niño de ojos caramelo, cabello rubio con rizos encantadores, mejillas y labios pomposos, el cual me miraba con sus ojos brillantes llenos de emoción contenida, completamente maravillado por lo que acababa de ocurrir.

—¡Es magia! —su sonrisa era hermosa.

—Sí, pequeño, ahora te vas a dormir y cuando despiertes estarás en tu casa sano y salvo —peiné su cabello con suavidad.

Me senté a su lado y él inmediatamente cayó dormido en mi regazo. Saqué de uno de mis bolsillos un frasco diminuto, el cual de solo pensarlo se hizo grande en mis manos. Soplé el frasco y aparecieron escritas unas letras en oro.

LUCIAN ASHER.

*Feliz portador de Luz.*

*Lindo nombre.*

Dentro había una pequeña motita del mismo color de su cabello. Parecía una nube o un pequeño trocito de algodón de azúcar.

—Sus recuerdos de mí... eso es un poco triste, pero considerando que no nos volveremos a ver no es tan malo. Por favor cuídate pequeño —pedí sonriéndole al niño que dormía en mi regazo.

Estos eran unos frascos mágicos que me regaló Liam. Siempre que cumplimos un deseo o petición a una persona debemos cobrarle un precio. En lo personal me gusta que mis pagos sean con historias o trozos de memoria, esto siempre es muy valioso para la persona, por lo que son tratos justos por mi magia. Estos recipientes mágicos me sirven para almacenar todos los pagos que he hecho. Aquí guardo mis pequeños tesoros, dependiendo del alma de la persona cambia el contenido del frasco. Es muy hermoso.

Cerré el frasco y reanudé la velocidad del tiempo con un chasquido. No pasó mucho tiempo antes de que un muchacho de cabello oscuro y ojos ambarinos, de gato, llegara corriendo mientras gritaba el nombre del pequeño que tenía en mi regazo.

—¡Cian! ¡Lucian!

*Bingo, el hermano del pequeño.*

—¿Eres Dean? —elevé la voz y agité el brazo para que me viera.

Él se acercó rápidamente cuando vio a quien tenía en mi regazo, pero paró en seco cuando dirigió su mirada hacia mí .Su actitud cambió de pronto, se veía asustado y levantó sus brazos como escudo. Todo su cuerpo estaba a la defensiva y no entendía por qué.

—Oh... demonios... ¿estamos en problemas? —preguntó el niño que, por su estatura, parecía tener unos diez u once años.

*¿Problemas?*

—¿Por qué deberían? —inquirí, sonriéndole para que relajara un poco su actitud y no estuviera tan confrontacional.

—Porque eres un mago —señaló angustiado—. ¿Qué le hiciste a mi hermano?

*Quizás sí tenían un problema.*

—¿Cómo? ¿Cómo lo sabes? —lo miré sorprendido.

No es posible que un simple humano pudiera reconocer a un mago solo con un vistazo, mucho menos un niño pequeño. No tenía sentido.

*¿Quiénes son estos chicos?*

—Mi hermano huele a vainilla y limón, además se ve muy feliz durmiendo en el regazo de un extraño —explicó con obviedad—. Es obvio que eres un mago —declaró acercándose con cautela.

*¿Vainilla y limón ?Sí ,es cierto. Huele levemente como si alguien horneara un postre.*

—Creo que no entiendo cómo funciona tu cerebro para deducir que soy un mago solo por esas dos variables —fingí una sonrisa.

—Oh, vaya, creo que eres un mago idiota —sonó divertido.

*¡Ja! Muchos quisieran eso.*

—Mocoso —exclamé molesto por su ofensa.

—¡No te diste cuenta! —gritó asombrado.

—¿De qué estás hablando? —sentí como mi garganta se cerraba.

—Bien, te diré algo, solo porque parece que Cian confía en ti —comenzó a decir con algo de sorna—. Él no es un niño cualquiera. No te diré nada más, tienes que conocer a nuestro padre —sonaba divertido—. Ven, sígueme. Me guste o no, se ve que cuidaste a mi hermano, sentí que se había lastimado por eso vine corriendo, debes haberlo ayudado de alguna manera... gracias.

Empatía. Ese era claramente un vínculo de empatía, ya que el molesto enano podía sentir el dolor de su hermano, aunque se encontraran separados físicamente.

*Mierda, esto es grave. ¿En qué clase de lío me metí?*

Cargué al pequeño durmiente entre mis brazos y la forma en que se acopló a ellos me envió una inmediata sensación de bienestar. Sentí que se me cortó la respiración por un momento, fue algo muy abrumador. Debía reconocer que el enano molesto tenía razón, el olor a galletas de limón era mucho más intenso. Incluso, sentí como nuestros corazones comenzaron a latir al ritmo del otro. Ese fue el momento en que juré que mientras estuviera a mi alcance protegería a ese niño.

—Sí, Lucian tiene ese don —se rió de mi expresión.

*¿Don?*

—¿A qué te refieres?

—Lo entenderás cuando lleguemos. Sígueme.

Hice lo que me dijo sin cuestionar nada, en el transcurso le conté lo que había sucedido antes de que él llegara. Básicamente que niños empujaron a su hermano, lo encontré llorando y me pidió un deseo. No pasaron más de siete minutos caminando y llegamos a una hermosa casa blanca de dos pisos, muy brillante y sencilla, llena de plantas en el ante jardín.

—Espérame aquí, le diré a papá que venga por Lucian —sonreía más relajado.

Bien, el molesto mocoso no me caía mal, tenía mala actitud, pero cuando sonreía tenía una expresión muy tierna. Parecía casi un niño amable, *casi*.

Estaba en mi burbuja de felicidad hasta que salió la revelación de todos mis futuros problemas.

*Mierda. Esto tiene que ser una horrible broma.*

—S-sabio —el supuesto padre de los dos pequeños se arrodilló ante mí.

Un ángel.

*Oh mierda, por toda la magia del mundo.*

Ahora entendía de dónde había salido la belleza de Lucian, su padre también era un encanto. Bien, los ángeles no tienen género definido, son andróginos y hermafroditas, pero si los niños le dicen papá supongo que se considera un hombre, a pesar de que tenía los rasgos faciales más hermosos y delicados que había visto en la vida. Tenía el cabello rubio casi platinado completamente lacio hasta los hombros, sus ojos eran ámbar.

—Por favor levántate, no tienes que hacer esto frente a tus hijos, dime tu nombre —estaba

tratando de no entrar en pánico.

—Habuhiah —anunció suavemente irguiéndose con la cabeza gacha.

—Curación —deduje al escucharlo.

—Más bien curar las heridas del alma y mantener el equilibrio emocional. También soy capaz de dar consuelo a los que lo necesitan y ayudarles en su propio proceso de curación.

A los ángeles se les asignan nombres que tienen que ver con su tarea en el mundo. Eso podría explicar lo que Lucian me hacía sentir.

*¿El mocoso molesto también tendrá un don?*

—¿Los niños...?

—Por favor, le suplico que no diga nada. Ellos matarán a mi bebé —imploró con voz angustiada.

*Por supuesto que no. No hay forma de que expusiera a estos niños.*

—Claro que no diré nada. Le prometí al pequeño que lo cuidaría hasta que llegara su hermano. No sabía en qué me estaba metiendo, pero nunca podría hacerle algo así —suspiré cansado mientras entregaba a Lucian a su padre.

Él lo recibió con mucho amor entre sus brazos, pudo notar rápidamente mi magia aún en el cuerpo de Lucian y comprendió la situación de inmediato.

—Gracias, gracias, gracias. Por curarlo y cuidarlo. Gracias, gran Sabio —su rostro estaba lleno de la más sincera gratitud.

Era raro. Normalmente los ángeles no sienten emociones. Son muy inexpresivos. Pero por alguna razón el padre de los niños era diferente. Era especial. Aunque conservaba los modales de un ángel ejemplar, parecía muy humano.

—Hey tranquilo, Habuh—atajé con algo de incomodidad por su gratitud—, tengo muchas preguntas para ti. Te prometo que no te delataré, ni a ti ni a tu familia. No podría hacer algo así. Quiero saber tu historia y la de los niños. A cambio cumpliré uno de tus deseos —negocié amablemente.

—¡Oh, no tiene que hacerlo! ¡Sabio, no necesita cumplir nada! Yo soy el que le debe mucho por cuidar a mi bebé.

—Quiero hacerlo. ¿Qué es lo que más deseas a cambio de dejarme conocer tu historia?

Vi como el apolíneo padre de los chicos se debatía mentalmente entre el deber y sus deseos. Es cierto que los ángeles debían seguir nuestras órdenes y requerimientos, pero, siendo honesto, estaba molesto con el consejo, así que realmente no me importaban los antiguos códigos, estaba presenciando algo totalmente inusual, un tipo de magia que no entendía, y era algo maravilloso. Eso era todo.

Vi como el padre de los muchachos tomó su resolución final.

—Deseo que no pueda dañarnos, ni a mi familia, ni a mí —exigió abrazando aún más fuerte a Lucian entre sus brazos.

*Muy noble.*

—Prometo nunca dañarlos. Ahora vamos, Habuh, tienes una larga historia que contar —le regalé una sonrisa divertida mientras chasqueaba mis dedos y algo de mi magia se repartía en cada uno de los habitantes de la casa.

—Claro, antes de eso, necesito hacerle una pregunta, Sabio —comentó titubeando.

—Adelante. Mi nombre es Alexander Leblanc, dime Alexander.

—No puedo, sería algo muy irrespetuoso de mi parte.

—Vamos, yo te digo Habuh. Puedes llamarme por mi apellido si lo prefieres —animé sonriéndole.

Él me miró con muchas dudas, pero aun así acató mis palabras.

—Sabio Leblanc... ¿qué precio tuvo que pagar mi pequeño Lucian?

—Oh, nada grave, el precio para él son sus recuerdos de mí —respondí restándole importancia.

Pero creo que solo para mí no tenía mayor importancia, porque el rostro de Habuh se desfiguró por completo, parecía que se le había venido el mundo abajo. Estaba pálido y mirándome con mucha pena.

—Sabio Leblanc... no quiero ser el portador de malas noticias, lo lamento mucho —tartamudeó con ojos llorosos.

—N-no, no tranquilo, Lucian estará bien —expliqué tratando de calmarlo.

—Oh, Sabio… —sus ojos ámbar estaban llenos de lágrimas—. Lo lamento tanto. No es él quien me preocupa, es usted.

—¿Yo...? Tranquilo. Todo estará bien, es un poco triste que no me recuerde, es un niño dulce.

—Sabio Leblanc, lo diré rápido… usted tiene un vínculo con mi hijo. Su magia fluye a través de él —me miró con algo de pena.

—Sí, lo sé, es porque puse mi magia en él para sanarlo. Tranquilo, ya pasará —estaba comenzando a ponerme algo nervioso.

—Yo lo veo. Veo claramente su bendición en su frente. Brilla mucho. Usted nunca ha creado un ángel, ¿cierto? No debe estar familiarizado con los vínculos.

—Yo… yo… mierda. Sí, sé de los vínculos, pensé que Lucian era un humano normal, no un ángel.

—No es un ángel, bien, no del todo, es solo mitad.

*Malditos vínculos.*

En el mundo de los ángeles hay distintos tipos de vínculos espirituales, ellos son expertos en forjarlos.

Está el vínculo con el creador, donde este es capaz de transmitir magia vital para que el ser celestial pueda seguir viviendo. Es un vínculo que promete completa obediencia y devoción para el creador.

También está el vínculo de protección, es cuando un ángel se vincula a un humano para volverse su guardián. El ángel vela por la felicidad de su protegido.

Luego, un vínculo en menor grado es el de empatía, es cuando un ángel puede compartir sus emociones con otros. Es algo muy familiar entre ellos.

Creo que también había uno de almas gemelas, pero ese lo usaban los ángeles para unir a dos humanos, para que ambos se cuidaran y se amaran.

*Mierda… no sé cuáles más existan.*

—Ya, dímelo Habuh, ¿qué vínculo tengo con el muchacho? ¿De protección? —imploré a los cielos que solo fuera algo así.

—Sí, pues... el de ustedes es algo más que eso. *Consortes* —anunció sonrojando.

*Consortes.*

—Ah claro, ese... ¡ESPERA! ¡¿QUÉ?! ¡Solo es un niño! ¡Oh, por toda la magia! ¡Mierda! No

puede estar pasando.

Sentía venir un ataque de pánico, a lo que Habuh me entró de golpe a su casa y puso su mano en mi frente, me invadió un estado de calma que nunca había experimentado. Estaba usando su magia en mí, para tranquilizarme a la fuerza.

—¿Qué? Oh… suéltame Habuh —vociferé monótonamente aún con su mano en mi frente.

—¿Promete no gritar? —habló con suavidad aún con Lucian en su brazo.

—Sí, prometo no gritar.

—Querido... ven por favor… —su voz salió suave al llamar a alguien.

—¿Amor? ¿Qué pasa? ¡Oh, Dios! —un humano de cabello oscuro, alto y con lentes redondos entró a escena con un delantal de cocina.

*No existe Dios humano tonto, no lo invoques.*

—Tranquilo. Todo está bien —lo calmó con una sonrisa— ¿Puedes llevar a Cian a su cama?

—¿Está bien? ¿Quién es él?

—Es un mago, papá. Pero es bueno, ayudó a Cian —Dean me defendió.

—Bien, parece que es una situación grave —tomó al niño en sus brazos y subió la escalera con Dean detrás—. Estaré a un grito de distancia.

Todos sabíamos que no era una real amenaza, pero eso pareció enternecer la mirada de Habuhiah. Cuando desapareció por las escaleras el ángel me guió a su sala de estar.

—Siéntese Sabio. No grite.

Seguí sus instrucciones y él quitó lentamente su mano de mi frente haciendo que la calma desapareciera. El mundo se me vino encima en un segundo, pero hice mi mejor esfuerzo en tratar de tragar el nudo de mi garganta antes de hablar.

—Explícate.

—Bien. Lucian es mitad humano y mitad ángel. Él necesita alimentarse de magia. Usted sabe que los ángeles necesitamos el vínculo con un creador para existir. Yo alimentaba a Lucian, él compartía mi magia, pero cuando usted llegó y le transfirió su magia, Lucian lo aceptó como su consorte. Usted también tiene su marca en la mejilla. Es su manita. Él se conectó directamente con su alma —el ángel estaba sonrojado y apenado.

—Vale, lo entiendo. Fuimos torpes. *Yo* fui torpe. ¿Cómo se borra? —en ese instante solo estaba tratando de buscar soluciones.

—No se borra, el alma de Lucian lo aceptó como su protector y amante. Cuando el alma de un ángel reconoce a otra de esa manera le será completamente fiel por el resto de sus días.

*Por toda la magia. Nunca más ayudaré a niños.*

*A. Leblanc, un muy aproblemado Mago clase SS.*

# *3*

## *Té de lavanda con manzanilla y un toque de magia*

—¡HEY! ¡Espera, espera...!

—Solo sigue leyendo Liam. Está todo en el libro —me froté el rostro cansado.

—¡Tienes un consorte desde hace quince años!

—Técnicamente tengo un doncel y somos consortes —corregí avergonzado.

Nos encontrábamos sentados en una de las mesas vacías de mi cafetería uno frente al otro, él sostenía un libro gigante que contaba mis memorias. Se veía completamente indignado, mientras que yo trataba de mantener la calma frente a la situación que venía evitando por años: revelar mi secreto.

Me parecía increíble que al vernos juntos la gente pensara que éramos hermanos, según yo, no nos parecemos casi en nada. Él tiene cabello castaño oscuro perfectamente peinado hacia atrás, el mío es casi marrón y lo peino hacia un lado; sus ojos son verdes, completamente diferente a los míos: azules; ambos tenemos una contextura similar, pero nuestras facciones son muy diferentes; su rostro se ve mucho más amable, con pobladas pestañas y pomposos labios, mis facciones son más marcadas y mis labios algo más finos. Muy diferentes.

—El hecho de que aún sea virgen no quita que es tu pareja de por vida —señaló exasperado.

—Mira... sabrías todo esto si siguieras leyendo el libro. Él no sabe que es mi doncel, de hecho, ni siquiera sabe que es mitad ángel.

—¿Es una broma...? —sus ojos estaban muy abiertos.

—No. Es muy en serio. Él no sabe que existo y no sabe absolutamente nada sobre lo que es o lo que me hace sentir. Por eso escribí el libro. Si algo malo llegara a pasar, él podrá leerlo y sabrá por qué hay lagunas mentales en sus recuerdos.

Apenas terminé de hablar su rostro se transformó en una mueca de exasperación, luego se paró de su asiento y comenzó a caminar en círculos, tenía esa manía cuando se sentía estresado o acorralado, debía mantenerse en movimiento.

—Detente ahora, Sasha —exclamó, aunque quien se encontraba en movimiento era él—. Estamos aquí, en este preciso instante, tratando de resolver el problema más grande que has tenido en tus centenares de años.

*Aquí viene de nuevo.*

—Te regalé un frasco que alberga 150 deseos. ¡Nadie cumple más de 150 deseos a la misma persona! Entiendo que sea tu joven consorte. Por lo mismo, no deberías cobrarle por deseos, si vivieras con él...

*Por supuesto que sé eso, pero en este preciso momento el problema es otro.*

—Cálmate, Liam. Solo accedí a mostrarte mis memorias porque de otra forma no me dirías qué pasará con Lucian cuando cumpla el deseo número 150, así que por favor, agradecería que me lo dijeras ahora.

—No te va a gustar la respuesta a eso —respondió desviando la mirada.

*No importa si no me gusta, debo saber que pasará.*

—Pruébame.

—Oh… no vayas por ese camino, Sasha. Tengo pareja.

—Maldición Liam, no es el momento para tus idioteces, ponte serio —exigí tratando de ignorar el calor que subía por mi rostro a causa de la vergüenza—. Mi pequeño ángel va a llegar en menos de treinta minutos por esa puerta y no voy a poder evitar cumplir cualquier deseo que tenga solo por verlo feliz, y luego de eso quedará el espacio para un simple deseo —estaba muy angustiado.

—Woah, eso quiere decir que voy a conocer a tu angelito. ¿Cómo sabes que eso siquiera pasará? —volvió a sentarse apoyando sus codos en la mesa mientras sus manos sostenían su rostro, estaba disfrutando completamente la situación.

—Porque puedo sentirlo. Es el vínculo. Últimamente es mucho más fuerte y mucho más demandante. Lucian siente mucha pena cuando no estoy cerca a causa de sus memorias faltantes, por eso la conexión siempre lo termina guiando hacia mí. Y yo... yo soy completamente débil contra él —admití derrotado.

—Oh, esto es muy interesante, no sé nada de este tipo de vínculos astrales, ¿qué implica su vínculo de consorte?

—Básicamente me avisa cuando Lucian está en problemas y me muestra pequeños flashes de sus emociones.

—Eso suena a empatía o protección.

—Déjame terminar. Cuando estamos cerca nuestras almas sienten paz, él me cura internamente y yo le proveo de mi magia para su esencia vital. Me siento feliz y tranquilo cerca de él. Básicamente, sus hormonas y atracción sexual son de mi exclusividad.

Estaba completamente sonrojado, no podía creer que sintiera vergüenza por algo como esto. Se siente tan extraño estar hablándolo en voz alta con alguien.

*Por todas las hadas, no quiero continuar, esto es vergonzoso.*

—Vamos Sasha, continua —tenía los ojos verdes brillantes, hambriento de chismes.

—No, esto se termina acá —zanjé—, Habuh me dijo un par de cosas más, pero no lo he comprobado.

—Porque implica intimidad —infirió completamente emocionado.

Realmente quería desaparecer en este minuto para no ver la sonrisa cómplice que adornaba el rostro de Liam. Se estaba divirtiendo demasiado a costa mía. En otra instancia me habría gustado verlo tan feliz, pero en este momento no podía disfrutar nada.

—Sí, algo que nunca voy a tener —respondí cansado—. Solo dime que cuando se llene el frasco no le pasará nada a Lucian —pedí angustiado.

—Claro que no, es a ti al que le cambiará la vida. Estoy seguro que él será muy feliz. Tú eres el que tendrá problemas —mencionó divertido.

—¿No puedes ser amable y decirme...? Estoy sufriendo por ese pequeño, llevo años sufriendo en silencio, estoy en mi límite. No puedo más.

—¿Por qué sufres? En tu historia sonabas algo aliviado de que perdiera sus memorias de ti —seguía burlándose.

—Quieres que lo diga, ¿cierto?

*Maldito.*

—Exacto. Sé honesto de una buena vez —exigió.

—Es un niño.

—Tiene veinte años, va a cumplir veintiuno, tú te ves como de veinticuatro, a lo mucho veintiséis.

—Pero he vivido muchísimo más que él.

—El tiempo es relativo para nosotros, Sasha, lo sabes. No importa la edad. También sabes que atravesamos distintas etapas de jovialidad, ya es momento para que disfrutes tus veintes —explicó sonriente.

*Sí, eso es verdad, la posición de los planetas este siglo hacía que me encontrara con una edad mental más joven, pero aun así...*

—Lo he visto crecer Liam, he estado observando en la lejanía cada uno de sus pequeños triunfos, cada uno de sus logros, y lo he acompañado en todas sus penas. Lo vi perder todos sus dientes y celebré cuando cambiaron por unos nuevos. Lo vi pasar de ser el pequeño más hermoso y dulce del mundo, a un adolescente de ensueño. Sigo creyendo que es el ser más adorable y hermoso de todo el cosmos, no solo físicamente, su personalidad es… es simplemente genial, me descoloca y me hace reír. Lo vi florecer Liam, y me enamoré completamente de ese niño en el proceso.

Estaba en mi punto de quiebre, mi psiquis ya no podía tolerar más la situación.

—Mierda, esto es más serio de lo que pensé...

En ese punto mandé a la mierda la compostura, las lágrimas se escapaban de mis ojos sin control. Necesitaba sacarme todo lo que me había tragado por tanto tiempo.

—Lo amo mucho, Liam. No importa lo mucho que sane sus heridas, los muchos cariños que le he dado, todas las sonrisas que ha tenido gracias a mí, ni siquiera las últimas veces que le he coqueteado descaradamente. Siempre se olvida de mí —solté con la voz quebrada—. Nunca me recuerda. Ya no puedo resistirlo más.

—Oh, Sasha… —se levantó de su asiento para abrazarme.

Me rodeó con sus brazos y me permitió aferrarme a él con desesperación. Debía verme tan lamentable sollozando, que hasta comenzó a darme caricias en la cabeza como si fuera un niño pequeño.

—Sabes qué es lo peor… es que siempre, cada una de las 148 veces, he caído rendido de amor por ese niño. Y en el fondo de mi corazón sé que para él es de la misma forma. Veo como me mira, veo el amor, el deseo. Sé que está ahí, pero no puedo hacer nada. ¡Estoy tan frustrado!

—Tranquilo. No sabía la pesada mochila que llevabas —comentó preocupado, me alejó para mirarme directamente— ¿Por qué no me dijiste antes?

—Porque no lo entenderías, es un tema muy delicado —traté de limpiar mi rostro, apenado.

—Idiota, esas clases de temas son los que debes hablar conmigo —regañó pasándome una servilleta para que limpiara mi rostro—. He estado tantos años a tu lado que prácticamente eres mi hermano, sabes que puedes contar conmigo cuando lo necesites.

—¿No me juzgarás?

—Claro que no, en estos momentos me das mucha más pena que risa —bromeó tratando de aligerar el tema—. Cuentas con mi apoyo total, Sasha. Estamos juntos en esto.

Realmente eso era muy reconfortante. Había días que me sentía tan solo en este mundo, sentir

su respaldo era un gran alivio.

—¿Sabes que si el consejo se entera de todo esto nos matarán? —tenía que desviar un poco el tema.

—Claro que no, nos encerrarían de por vida, y quizás nos obligarían a tener hijos para *luego* matarnos —razonó restándole importancia a nuestra condena—. Necesitan nuestra descendencia para que no se extingan los magos.

Tenía razón. A los muy malditos les importa demasiado que siguieran existiendo los magos como para matarnos. Aun así, probablemente si se enteraran de todo esto viviríamos un completo infierno.

—¿Y estás dispuesto a eso? —pregunté con una sonrisa acongojada. Solo un demente aceptaría vivir un infierno con otra persona.

—¿Por ti? Claro, Sasha, no te dejaré solo. Seré el padrino en tu boda.

—No habrá boda, no hagas bromas dolorosas —respondí triste.

—Claro que sí… ¡oh, ahí está!

Eso fue lo último que dijo para luego chasquear los dedos y hacerse invisible, en menos de un segundo me encontraba detrás de la barra, limpiándola con un paño, tratando de actuar con normalidad. En ese mismo instante sonó la campanilla que colgaba en la puerta anunciando a un nuevo cliente.

*Haz lo que siempre haces, escuchar y servir. Fuera lágrimas y tristeza.*

Me obligué a no suspirar ni tener los ojos en forma de corazón mientras lo veía entrar por la puerta. Mediana estatura, vestido con unos jeans claros y un sweater blanco que le quedaba algo grande, con una porción de sus rizos rubios detrás de su oreja y los otros cayendo por su rostro, sus pómulos, nariz y labios se encontraban algo rojos por la baja temperatura de la noche dándole un aspecto encantador.

*Contrólate, contrólate, contrólate.*

Cada paso que daba hacia mí era un detalle más que podía apreciar con mis ojos: lo poblado de sus pestañas, sus adorables y casi imperceptibles pecas, sus pomposos labios.

—Hola, bienvenido a «Té deseo» ¿Cómo puedo ayudarte? —saludé ocultando mi vergüenza tras mi cara de póker.

Sí, lo sé... una cafetería con el nombre de «Té deseo», me pareció divertido hasta que Lucian pareció desarrollar un repentino gusto por el té y, una vez a la semana, venía a mi tienda, lastimosamente siempre lo olvidaba. Ahora es casi un descanso para mí poder ser honesto con él de una forma sutil.

—¿Me deseas a mí o deseas el té? —preguntó con una encantadora sonrisa.

*Oh no...*

*No, no, no.*

*Mi pequeño ángel en plan coqueto siempre es una mala combinación.*

—Pues me gustaría saber qué deseas tú, y espero que mi tienda pueda dártelo — traté de no entrar en pánico por lo nervioso que me encontraba.

*No funcionó.*

—¿Tienes un aromatizante? Comenzó a salir un encantador aroma a flores y frutas —comentó maravillado—. Huele como a primavera, no, ¿durazno con pomelo...? No estoy seguro, pero es encantador. Necesito tener uno con este aroma.

*No. No tengo.*

*Es mi magia saliendo por mis poros por tu culpa.*

—Sí, la tienda tiene uno con temporizador integrado —mentí sonriendo tenuemente.

—Oh, ya veo, ¿Te molesta si me siento en las sillas de la barra a tomar mi té? Así podría charlar contigo, la tienda está vacía y no quiero sentarme en una mesa para dos yo solo. ¡Solo si no te molesta! —agregó algo avergonzado—. Realmente me vendría bien algo de compañía.

—¿Es lo que deseas...?

*Mátate ahora, Alexander, eres un jodido idiota. Prodigio en la magia, pero estúpido en las relaciones y la comunicación.*

—Sí, por favor... —accedió dulcemente sonrojado.

*¡149!*

—¿Sabes qué infusión pedir o te gustaría la recomendación de la casa? —tenía que ocultar mi nerviosismo.

—¡La recomendación de la casa! Vi en el letrero de afuera que es excelente para las heridas del corazón —respondió entusiasta—. Me pareció muy encantador y realmente quiero comprobar su efectividad.

*Tú y tu encantadora curiosidad.*

—¿Te gustaría caliente o frío...?

*Caliente. Me ayuda a relajarme.*

—Caliente. Me ayuda a relajarme. Además, es un poco tarde para tomar algo frío. Son casi las nueve de la noche. ¿Por qué mantienes abierto hasta tan tarde un día de semana? —preguntó con curiosidad apoyando los codos en la barra y luego el rostro en sus manos.

*Por ti.*

*Lucian, siempre es por ti.*

*Porque tú vendrás a esta hora solo para verme.*

—Hay clientes que necesitan un té o una infusión luego de un agotador día de trabajo. Me gusta pensar que puedo ayudarlos de alguna forma —respondí preparando, sin emplear magia, el té de mi dulce ángel.

—Sabes... existe un pequeño rumor circulando. Dicen que si vas a cierta cafetería de noche puedes pedir un deseo y este se hará realidad —susurró casi como si me contara un secreto.

—¿En serio dicen eso...? —traté de jugar con la verdad—. Los clientes realmente me dan mucho crédito.

Saqué la taza especial que creé para Lucian. Una fina porcelana con detalles en dorados de plumas de ángel. Delicada y bella, justo como el chico de hermosas facciones frente a mí.

—Tenía que venir y comprobarlo. Es un lugar realmente hermoso y acogedor —comentó admirando el lugar—. Aunque no tanto como su dueño. Porque eres su dueño ¿cierto? Si no lo eres, el dueño realmente tiene suerte de tenerte, debes ser su amuleto para atraer clientes.

*Sutil, encanto.*

—Soy el dueño —respondí sintiendo la sonrisa tirar de mi rostro, encantado por saber que me encontraba atractivo—. Pues yo creo que son los clientes quienes hacen el lugar hermoso —devolví mientras vertía el líquido ámbar en la taza.

Ágilmente serví todo frente a Lucian mientras veía sus ojos brillar, maravillado por mis palabras y acciones.

—Woah... huele riquísimo. ¿Qué es? —se acercó a oler el contenido de la taza.

—Té de lavanda con manzanilla. Especial para relajarse.

*Pero para ti, agrego un pequeño extra de magia.*

—Mi nombre es Lucian, pero puedes decirme Cian. ¿Puedo saber el tuyo? —con curiosidad batió sus pestañas adorablemente.

—Alexander. Un placer conocerte, Cian.

Él me miró encantando por un largo segundo, para luego beber un pequeño sorbo de té. Ese simple acto bastó para que comenzaran a caer lágrimas sin control por sus mejillas.

—Oh… —suspiró, mientras se secaba con una sonrisa—. Creo que el té tocó mi fibra sensible. Está delicioso.

—¿Estás seguro de que estás bien? —me preocupé por su repentino llanto silencioso.

*Esto es nuevo, es la primera vez que llora.*

—Sí, sí… e-es solo… es tan rico. Tiene un sabor nostálgico. Siento que me llena el alma. Es mágico. —explicó complicado por las lágrimas, las que aún escapaban de sus lindos ojos.

Mi cuerpo actuó impulsivamente y, sin poder contenerme, sequé con el pulgar una de las gotas que caían por su rostro.

—No llores Cian, puedes decirme lo que te pasa. Desahógate —soné angustiado, el recompensó mi acción con un pequeño sonrojo que nació en sus pómulos.

Después de unos cortos suspiros, no se decidía a hablar. Se veía avergonzado, por sus pensamientos. Le permití ordenar sus palabras hasta que estuviera listo para hablar. Lo bueno es que no tardó.

—Es un poco tonto.

—Estoy para escucharte Lucian, adelante —animé.

—En la semana se me confesó un chico... —comenzó la historia desviando la mirada.

*Oh, mierda.*

*¡Dean! ¿Por qué no me avisaste de esto?*

—Debe ser porque eres muy guapo —teoricé—. ¿Qué le respondiste? —fingí desinterés mientras pasaba un paño limpiando algunas tazas.

—¿Tú crees eso? —se quedó con la primera parte de mis palabras, mientras me miraba con ojos emocionados—. ¿Es idea mía o de pronto hace mucho más frío?

*No, no es idea tuya. Es mi culpa.*

*Respira Alexander, él no sabe nada del vínculo. No dejes que tus emociones se desborden. No eres un mago novato.*

—Oh, es el aire acondicionado —expliqué tratando de controlarme.

—Pues, siempre he querido experimentar lo que es el amor. Uno de mis padres siempre ha dicho que el amor es una de las magias más hermosas y poderosas que existen. Por supuesto que le creo porque él se ve muy feliz con mi otro papá, pero…

Se veía genuinamente complicado con todo el tema, como si le avergonzara que lo juzgara, algo que nunca haría, pero por supuesto él no lo sabe. Traté de alentarlo a hablar.

—¿Pero qué, Lucian?

Dio un triste suspiro para luego regalarme una sonrisa algo rota. Se veía muy triste.

—Pero no pude. No sé qué está mal conmigo —me miró con pena.

*Mi pequeño ángel…*

*No hay nada malo contigo amor.*

—¿Por qué habría algo malo contigo, Cian?

—Porque desaproveché la oportunidad de amar solo porque no me parecía correcto. Porque no sentía nada —agachó la cabeza—. No se sentía correcto.

*No es nada malo, Cian. No debes sentirte así.*

—Quizás, simplemente no has encontrado el indicado —sugerí con soltura en la voz, pero con mi puño apretado de la frustración.

—¿Pero y si nunca lo encuentro? —escuché la desesperación en su voz—. Tengo veinte años y nunca he dado un beso, nunca he salido con nadie, soy un desastre. Sé que debe escucharse todo como si solo fueran problemas tontos, no sé qué me pasa hoy.

*No, no lo eres.*

*Cian no hagas esto… por favor, te lo ruego…*

—No eres un desastre, además estoy seguro que lo harás, lo encontrarás. No tienes que sentirte tan ansioso —pedí tratando de calmarlo.

Ya no solo era mi puño apretado, mi pie no dejaba de moverse sin control. Me estaba matando no poder abrazarlo y gritarle que me tenía justo frente a él.

—Ya no quiero seguir sintiendo esto. A veces me siento tan solo. Es como si mi corazón ya no quisiera quedarse en mi cuerpo, sin fuerzas para levantarme de la cama, sin saber cómo hacer una sonrisa honesta. La soledad duele… —volvió a lagrimear.

*¿Por qué tantas lágrimas?*

*¿Qué pasó con mi coqueto ángel?*

Miré con atención el contenido de la taza de té que tenía Lucian y me di cuenta que había un pequeño destello en el fondo que no debería estar ahí.

*¡Ah, mierda, Liam! ¡¿Qué hiciste?!*

*¿Verum? ¡¿Por qué le pondrías poción de la verdad a mi consorte?!*

—No quiero sufrir más —susurró llorando—. No sé qué me ocurre. Sé perfectamente que no estoy solo, mi familia me ama, pero… últimamente su amor no es suficiente. Lo siento, no puedo controlarme.

*No eres tú, cariño. Es culpa de alguien entrometido.*

—Tranquilo. Está todo bien, Cian —traté de tranquilizarlo.

—Pero no quería que me vieras llorando.

*Si supieras todas las veces que te he visto llorar. No debes preocuparte por eso.*

—No hay problema, estoy aquí para ti. Dime que es lo que más deseas, te prometo que lo cumpliré —tomé su mentón lo más delicado que pude.

Al primer contacto con mi mano las lágrimas pararon de brotar de sus ojos y sus mejillas se tiñeron en un tenue rosa. Su cuerpo se calmó totalmente bajo mis dedos. En ese suave toque traté de que un poco de mi magia calmara su angustia, al menos de forma momentánea. Me partía el alma verlo tan desconsolado.

—¿Lo prometes...? —sus ojos brillaban por las lágrimas.

—Sí, Cian, te lo prometo.

—En ese caso… quiero un beso. Deseo que me beses.

*!150¡*

*No. No...*

—¿U-un beso? Pero dijiste que no pudiste con ese otro tipo —estaba preocupado y avergonzado, me tomó por sorpresa con aquel deseo.

—Sí, porque no se sentía correcto. Era como si mi corazón se estrujara de solo considerarlo, pero por alguna razón desde que entré a la tienda, mi corazón no para de latir feliz. Realmente deseo ser besado —repitió con algo de emoción en la voz.

Su rostro pálido, sus facciones delicadas, sus ojos ambarinos, su encantador cabello rubio, y sus pomposos labios rosa, todo Lucian me estaba invitando.

¿Realmente debo cumplir su deseo? Quiero besarlo, por supuesto que quiero. *Joder*, llevo años queriendo y preguntándome cómo se sentirá. Imaginé miles de escenarios y todos eran perfectos, pero luego me arrepentía porque era doloroso anhelar algo que claramente no iba a pasar. Pero aquí estábamos. Su último deseo era un beso. Nuestro primer beso.

Este debería ser el día más feliz de mi vida, porque no solo estaba cumpliendo el deseo de Cian, sino el mío propio. El problema es que: ¡Va a olvidar nuestro primer beso! No quiero que lo olvide. Quiero que lleve ese recuerdo siempre consigo. Pero no puedo ser egoísta y negar su deseo por mi dolor. No era justo.

Aún con algo de pena en mi corazón tomé su rostro con una de mis manos y la otra la usé de apoyo en la barra. Lentamente comencé a cerrar la distancia entre nuestros rostros. El pulso de Lucian se había disparado tan fuerte que podía sentirlo bajo mis dedos. Cerró sus ojos con fuerza y estiró los labios para recibir el beso.

*Tan lindo.*

—Solo relájate Lucian, abre tus labios —susurré cerca de su rostro.

Sus facciones se relajaron y lamí mis labios con ansiedad. Realmente no esperaba que este fuera el deseo número 150, pero de alguna forma tenía sentido que el último fuera un beso. Si este será el último recuerdo que tendré con Cian, pues no me arrepiento que sea besándolo y saciando la curiosidad de cómo sabrán nuestras bocas al encontrarse.

Cuando juntamos nuestros labios por primera vez…

Fue mágico.

Soy un mago. Sé de magia, y esto era otro nivel.

Planeaba que fuera solo un sutil roce, pero nuestras bocas se acoplaron como imanes, sentí las manos de Lucian aferrarse a mi camisa azul, y comenzamos a mover nuestros labios, apretándose, soltándose, rozándose, probándose. No había forma de que pudiéramos quedar saciados con un simple roce.

La sensación de bienestar y la felicidad de estar tocando a Lucian no se hicieron esperar, me abrumaron con más intensidad que de costumbre. Era como si estuviera bebiendo todas las emociones más dulces y felices que Lucian tuviera para ofrecer. Era como si probar a Cian fuera equivalente a un shock de endorfinas.

Rocé mi lengua tentativamente sobre su labio inferior y sentí todo su cuerpo temblar de emoción, me llené de la máxima satisfacción que existe. Cuando colé mi lengua en su interior, sentí claramente el gemido de éxtasis saliendo de la garganta de mi ángel, fue breve, pero

completamente melifluo.

Podía notar como la magia fluía por mi cuerpo para cobijar a Lucian. Para protegerlo, para confortarlo, para hacerlo sentir cuánto lo amaba.

Cuando por fin tuve que separarme de los cálidos labios de Cian no pude evitar que se me escapara un susurro:

—Mi ángel.

*A. Leblanc, un increíblemente satisfecho Mago clase SS.*

# *4*
## *Recomendaciones: llama refuerzos*

Los ojos de Lucian estaban completamente dilatados mirándome maravillado, sus mejillas estaban ardiendo y sus labios ligeramente más hinchados.

*Hermoso*.

—M-mi corazón ¡Alexander, mi corazón hace *bum, bum, bum,* como loco en este momento! —alzó la voz emocionado, para luego mirarme con una de las sonrisas más lindas hasta ahora —. Creo que se escapará de mi pecho. ¡Quiero otro!

Él brillaba, estaba más radiante que nunca, rebosaba felicidad por los poros. Sonreía con cada parte de su cuerpo. Mierda, yo también quería besarlo nuevamente, no solo en los labios, sino llenarlo de besos por todos lados, tratando de venerar cada rincón de su cuerpo.

*Lo amo. Lo amo tanto.*

Antes de que pudiera hacer algo impulsivo su emoción se apagó de a poco, hasta que sus ojos se cerraron por completo y quedó durmiendo, flotando en el aire mientras mantenía una tenue sonrisa de felicidad en el rostro.

—¡Woah! Eso fue... intenso —Liam volvió a aparecer en escena y movió su cabeza con incredulidad.

Inconscientemente llevé una de las manos a frotar mi pecho, justo en la zona de mi corazón, como si tratara de hacer que volviera a recuperar el pulso normal con el que debía latir.

*Realmente pasó, lo besé.*

—Sentí que flotaba —acoté ensimismado.

—Estoy seguro de que vi chispas de energía rodeándolos, mientras sus cabellos ondeaban —Liam hablaba soñadoramente.

—Increíble.

—Ahora Romeo… deberías devolver la gravedad a su estado natural —apuntó todas las cosas que seguían flotando, tazas, platos, sillas, etc.

*Oh, por eso sentí que flotaba.*

—Mierda, cierto —chasqueé los dedos y todo volvió a su posición original. Excepto Lucian. Él seguía levitando encantadoramente.

Le regalé un beso en la frente y aproveché de llenarlo con más de mi magia antes de dejarlo ir, no quería que se sintiera solo ni mucho menos decaído, por lo menos en lo que restaba de la semana.

Cuando digo que Lucian se alimenta de mi magia es en serio, por eso a mi alrededor se siente tan cómodo y feliz, porque mi magia está protegiéndolo y alimentando su cuerpo. Siempre que lo veo lo mando con un montón de mi magia dando vueltas con él, esto lo mantiene alegre y enérgico, ya que es como los nutrientes o proteínas de un ángel. Cuando las reservas de mi magia empiezan a bajar, empieza a deprimirse y sentirse decaído. A veces no puedo darme cuenta de esto

por mí mismo así que recibo mensajes de Dean y le hago llegar dulces recubiertos de magia blanca.

—*Domum.*

Con una palabra y un chasquido el hechizo se activó, el cuerpo de Lucian desapareció en un pestañeo y nos dejó solos en la tienda.

—¿A dónde lo enviaste? —Liam se sentó en el lugar que antes ocupaba mi ángel mientras miraba el té que dejó en la barra.

—A su casa, está durmiendo tranquilamente en su cama y una nota le llegará a Dean explicándole todo.

—*Awww*, que buen esposo eres —tenía que hablarme burlonamente.

—Ya, no molestes —me derrumbé de rodillas en medio del piso de la tienda y escondí la cara entre mis brazos.

Liam se sentó en silencio a mi lado. Sé que su intención era hacerme sentir acompañado y se lo agradecía profundamente, realmente necesitaba su apoyo más que nunca. Tenía miedo, ansiedad, tristeza… sobretodo miedo. ¿Qué pasaría? ¿Y si no pasaba nada, esto era todo? ¿Realmente se acabó?

—Tranquilo, Sasha. Recuéstate —sugirió mientras él mismo se acostaba en el piso.

Con un solo chasqueo de sus dedos todo el ambiente de la tienda se volvió galáctico. Era como si estuviéramos flotando en el espacio, una pequeña ilusión muy relajante. Me recosté y llevé los brazos a mi abdomen.

—¿Por qué el estilo de galaxias?

—Es el mejor para reflexionar sobre los errores en la vida. Además, es el palacio mental de Fausto —añadió mirando a la nada.

—Qué cursi —repliqué sin ánimo—. Lucian no es un error.

—No, claro que no. Tú tuviste el error de hacerle pagar por un deseo y eso te llevó a estar en esta situación.

—Sí, fue mi culpa —reconocí—. Pero fue la tuya que hoy cumpliera mis últimos dos deseos.

Sentí claramente la puntada de dolor en mi pecho expandiéndose junto con la sensación de intranquilidad. Estaba asustado. Nunca había llegado a este punto. Tenía mucho miedo de lo que estaba por venir. Creo que estaba más asustado de que no ocurriera nada y todo se acabara con Lucian. Me aterraba que él siguiera con su vida y yo nunca existiría en ella, porque no habría recuerdos de mí y nuestros caminos no se volverían a cruzar.

*No quiero eso, no podría soportarlo.*

—Fue solo un poco de *Verum*. Ese niño necesitaba sacar todas las cosas que llevaba dentro, le hice ser honesto y desahogarse. 150 deseos… —sonaba anonadado—. Ese último es el mejor.

—Lucian es mitad ángel, él no miente, siempre es honesto —no podía ocultar algo de mi molestia—. Pero te lo concedo, fue un buen último deseo.

—Podrá ser honesto, pero también se guarda cosas, justo como tú, mago idiota. Solo que él es mucho más encantador.

*Claro que es más encantador que yo.*

*Él es un ángel.*

*Mi ángel. Mi pequeño, dulce y encantador ángel.*

—¿Qué pasará ahora? —tenía miedo.

—Nada. Solo tienes que esperar a mañana y verlo.

—¡Oh, vamos Liam! Vas a hacer que adelante el tiempo.

—Sabes que eso no es bueno —regañó—. Así que ten paciencia, estoy seguro que desde ahora tu vida se pondrá muy interesante.

—Mi vida es muy interesante.

Me miró escéptico con su ceja enarcada, pero no se atrevió a llevarme la contraría.

—Te voy a dar un consejo. Empieza a prepararte —estaba muy sonriente.

—¿A qué te refieres?

—Me refiero a que todos van a tener muchas cosas que explicarle a Lucian. Y para la otra, cóbrale deseos con besos. No seas idiota.

—Cállate, sabes que no tenía otra opción en el momento —mascullé molesto—. Bien, ya que estamos aquí, ¿cuándo le dirás a Fausto la verdad?

Ese es el segundo drama de este mes, Fausto y Liam comenzaron a salir, pero el muy imbécil no ha dimensionado cuál es el rango mágico que poseé mi amigo. Cree que posee un rango inferior al suyo y Liam no se ha molestado en aclarar este malentendido.

—¿Cuál verdad? —fingía demencia.

—Que eres un mago mejor que él.

—Él es clase A, yo S. No hay tanta diferencia. Además, no lo hago con mala intención, creo que es muy tierno que trate de enseñarme y conquistarme con su magia.

—Creo que no es tan buen mago si no se ha dado cuenta que está saliendo con alguien de una clase superior. Es realmente fácil notar lo excepcional que eres, Liam.

—Él es un buen mago. Solo que yo soy un poco mejor. No seas malo con él. No quiero que te vea como una amenaza, al contrario, quiero que te vea como mi mejor amigo, casi hermano.

—Pides demasiado Liam. Fausto trabaja en el Consejo. Somos némesis naturales, nos odiamos. ¿Recuerdas?

—¿Sigues tan resentido por eso? —preguntó asombrado—. Que te hayan rebajado de clase, no te hace más débil. Eres el más talentoso mago que conozco. Solo fue un castigo por ser obstinado y...

—No hablemos de eso —intervine para que no cambiara el tema—. Insisto ¿cómo es tan ciego para no ver que eres un mago clase S y no B?

—Me pongo muchas barreras de restricción de magia y, cuando siente un poco más de lo normal, digo que es la tuya, porque te vine a ver. Él sabe que tu lindura es mi debilidad.

—Suena bastante creíble. Tienes suerte de que su magia no sea blanca como la tuya, habría notado enseguida que mi magia no es así.

—Cállate. Su magia índigo es muy interesante, ya sabes, muchos conocimientos, predicciones, astrología, bueno con las runas y creación de nuevos hechizos. Es muy tierno que esté tan empeñado en la magia de creación y sea un completo desastre en ella. Todo lo que crea se termina rompiendo muy rápidamente.

—Un letrado aburrido.

—No seas malo. Es muy dulce.

—Está bien, seré cordial, pero recuerda mantenerlo alejado de Lucian.

—Por supuesto, hay que cuidar a tu adorable tesoro.

—Exacto.

—Faus es inofensivo, trabaja en el Consejo, pero solo en la parte de consultoría para la creación de nuevos hechizos. No debes preocuparte por él. Es de los buenos.

—Claro que debo, es parte de ellos —se me escapó el hastío.

—Sabes, estoy muy seguro de que se llevarían bien, si ambos pusieran de su parte y se conocieran un poco más—sonaba divertido.

—No sé en qué te basas —hice una mueca de incredulidad.

—En que los dos son unos cerebritos. La verdad, se parecen mucho.

—No nos compares, Liam, somos casos distintos.

—Oh, cierto, tú eres más idiota, te salvas solo porque naciste con demasiado talento. Una pena.

Quería rodar los ojos, pero sabía que no lo decía con malas intenciones. Hemos pasado demasiadas charlas donde nos decimos verdades de forma pasivo-agresiva, esta era otra más de esas. Además, lo entendía, defendía a su actual pareja, en su lugar haría lo mismo.

—¿Te veré mañana...?

—Siempre que me necesites, querido.

Así sin más, nuestra conversación quedó en el pasado. Traté de no mirar el tiempo cada cinco minutos, me obligué a dejar de esperar que ocurriera algo repentinamente, porque nada pasó. Ni siquiera cuando me desperté al día siguiente. Parecía un día como cualquier otro, se sentía extraño.

Ya eran las tres de la tarde y no tenía señales ni de Lucian ni de Liam. Eso me ponía muy nervioso. Podía palpar la llamada calma antes de la tormenta. Era como si el aire estuviera electrificado.

*Cálmate.*

En ese minuto entró un grupo de clientas, me obligué a concentrarme. Revisé que mi uniforme estuviera impecable, este consistía en una camisa azul de lunas y estrellas, pantalones negros y un mandil negro. Estaba todo normal así que me dirigí a atenderlas.

—Bienvenidas a la tienda. ¿Hay algo que les gustaría servirse? —sonreí amable.

Vi claramente como ellas se emocionaban por mi recibimiento y comenzaban a acomodarse el cabello regalándome sonrisas tentativas.

—¡Sí! Nos recomendaron que probáramos la infusión del día —comentó una de ellas que llevaba todo el pelo recogido en moño.

—La infusión del día es helada. ¿No hay problema con eso?

—Por supuesto que no. Es perfecta para este día cálido —respondió una de las chicas un poco más extrovertida de cabello corto, ondulado.

—Entendido. ¿Algo más que les gustaría probar?

—Dos rebanadas de pastel de naranja por favor —pidió la misma chica sonriente.

—Enseguida.

No demoré nada en llevarles su orden, todo estaba preparado con anterioridad, así que simplemente era montar. Realmente parecían encantadas con que me volviera a acercar.

*Si solo supieran que probablemente no vuelvan a entrar nunca más.*

Entrar a mi tienda es muy fácil, pero volver es todo un misterio. Claramente está hechizada, solo puedes volver a encontrarla cuando realmente necesitas ayuda.

*¿Conocen la sala de menesteres?*

*Sí, esa.*

*La de la popular franquicia del niño mago de lentes redondos y cicatriz en la frente.*

Básicamente es el mismo principio, solo vuelve a aparecer cuando alguien lo necesita. Excepto por una persona. No es coincidencia que ese mismo niño sea un gran fan de la franquicia.

Sí, es realmente impresionante como Lucian siempre encuentra el camino para hallarme sin ningún esfuerzo, la mayoría de las veces para pedirme las cosas más insólitas.

El segundo deseo de mi pequeño angelito fue algo como eso. Me encontró leyendo en una banca y deseó que jugara con él. No pude negarme, es imposible comprender el poder de su linda mirada, menos si hace juego con hermosos mofletes sonrojados. Así que sí, un mago clase SS fue compañero de juegos de un niño de cinco años. Hice castillos de arena, dejé que me cocinara pasteles de lodo adornados con hermosas flores, le di impulso en el columpio y le enseñé a crear coronas de flores.

Sí, todo sin magia.

Terminamos cansados, felices y muy sucios, pero no importaba, porque tomé la manito de Lucian y nos limpié en un pestañeo, luego hice que todas nuestras creaciones de arena comenzaran a moverse como si tuvieran vida, pequeños soldados de arena se paseaban custodiando la entrada, la que levantaba y bajaba su puerta principal. Los pasteles los volví de chocolate real y comestible. Finalmente, las coronas de flores se deslizaron por sus rizos llenándolo de pequeñas margaritas, parecía un hada. Su sonrisa y el brillo de sus ojos no tenía precio, tampoco cuando posó su propia corona de flores —la que había armado con sus pequeñas manitas— y la puso sobre mi cabeza.

«Gracias, esto es para ti. No es tan bueno como el tuyo, pero lo hice con amor, así que es mágico».

Me derretí una y mil veces. Porque aquel que tenía en su propia cabeza estaba lleno de magia para hacerlo brillar y florecer más flores, pero el que me había obsequiado él se sentía millones de veces más mágico, aunque no tuviera una gota de magia. Adorable.

Trataba de escapar de mis recuerdos mientras le servía un pedido a otro cliente que se encontraba frente a la barra, entonces escuché el característico sonido de la campanilla.

A veces ni siquiera tengo que mirar en su dirección para saber que es él, mi alma comienza a vibrar cuando está cerca, como si todos mis sentidos florecieran a su paso. Algo muy extraño. Me vuelvo más alerta, más consciente de que está en mi radar. Los colores se sienten más saturados, el aire más respirable y el tiempo parece ir más lento.

*Cian…*

Él entró algo nervioso y apenado, se acercó a la barra evitando mirarme hasta que estuvo muy cerca de mí. Su cabello estaba peinado como ayer, pero su ropa era distinta: jeans; una sudadera gris y, sobre esta, un abrigo azul. Cuando me miró todo su rostro se transformó, se iluminó por completo, sus ojos se agrandaron y brillaron enormemente, sus carnosos labios formaron una dulce «o».

—Oh, Dios… —acercó su mano y tocó mi rostro.

Hizo contacto con mi mejilla y no pude evitar que se me escapara una sonrisa de ternura. Las emociones de Lucian me embargaron como un tsunami, llenándome de felicidad solo con un pequeño toque. El mismo toque y en el mismo lugar que había sellado nuestro primer encuentro. Aunque ahora su mano se sentía más grande, pero no por eso menos adorable.

—¡Perdóneme, me recordó a alguien con quien soñé! —retiró su mano avergonzado.

Llevó la mano con lentitud a su pecho y se fue a sentar a una mesa cerca de la ventana, mirando cada paso que daba. Reconocía esa mirada, era genuina curiosidad y reconocimiento, una combinación extraña. Lo había visto dirigir esa mirada cuando leía un libro nuevo sobre un tema que ya manejaba.

*Bien…*

*¿Qué mierda fue eso?*

Traté de alejar mis dudas y temores para acercarme a la mesa de mi encantador rubio a aclarar las cosas. No tenía que ser muy observador para notar su ansiedad y emoción por mi proximidad, pero tenía que actuar como siempre para poder saber qué estaba pasando. Fingiría no conocerlo. Evaluaría la situación antes de tomar medidas drásticas.

—Disculpe —comencé llamando su atención— ¿Hay algo que desee ordenar? —lo miré con una amable sonrisa.

Fijó sus ojos en los míos por largo tiempo, como si repasara cada rasgo de mi rostro detenidamente, sin importarle que fuera consciente de ello. Peiné distraídamente la parte de mi cabello que se encontraba detrás de mi oreja, parpadeé un par de veces y le di una pequeña sonrisa para llamar su atención, lo que logró que se sonrojara y desviara la mirada con rapidez.

*Qué lindo.*

—Sí, si me quiero quedar aquí hasta el cierre… ¿necesito consumir algo? —estiró los dedos hasta que tronaran para distraerse.

—¿Para qué quiere quedarse hasta el cierre? —estaba preocupado.

—Necesito hablar con Alexander Leblanc.

*Mierda.*

Esa simple frase puso mi mundo de cabeza en un segundo. ¿Cómo sabía mi nombre? ¿Me recordaba? ¿Cómo? ¿Desde cuándo? ¿Qué está pasando? ¿Se acuerda del beso? ¿Cómo es que me recuerda?

*¡No colapses frente a sus ojos! ¡Cálmate y respóndele!*

—Yo soy Alexander, ¿estás seguro de que quieres esperar hasta la noche para hablar conmigo? —traté de guardar la compostura.

—Me lo imaginaba —comentó sonriente—. Esperaba que fuera usted. No hay problema con esperar. A menos que sea un inconveniente, no quiero molestar.

*Joder… es tan lindo.*

*¡No te distraigas!*

—Puedes quedarte y esperar, no eres ningún inconveniente, pero necesito que me respondas algo primero: ¿estás en problemas o algo así? —me sentía demasiado preocupado.

—¿Debería estarlo? —parecía divertido por mi pregunta.

*Oh, por todos los ángeles.*

*Sí, lo siento, cariño, pero ni te imaginas en la red de problemas que estás metido.*

—No lo sé, tú eres el que quiere hablar conmigo en el cierre —lo miré intensamente, tratando de leer su mente y fallando miserablemente en el intento.

—Tranquilo, solo no quiero hablar con más gente alrededor. No se preocupe por mí, será como si no estuviera aquí —intentó tranquilizarme despidiéndose con la mano.

*¡SÍ, CLARO! ¡COMO SI ESO FUERA POSIBLE!*

*Relájate Sasha, él no sabe que su presencia eclipsa todo lo demás.*

*Relájate Sasha, no eches a todos tus clientes y mudes la tienda a una isla desierta para hablar a solas con Lucian.*

*Relájate Sasha, no dejes que tu magia se salga de control.*

*Eso, media vuelta y a seguir trabajando, ignora la brillante presencia de Lucian.*

Traté de hacerlo por quince minutos, realmente lo hice, pero sentía todas las feromonas de Lucian llamarme. Estaba mordiéndome los labios cada tres minutos tratando de distraerme, pero era un desastre. Su olor era tan insistente, esa suave esencia de vainilla y limón llamándome a cada segundo. Lo peor es que nadie parecía notarlo, las demás personas ignoraban al rubio que leía un enorme libro sentado en una de las solitarias mesas y, por supuesto, Lucian tenía una sonrisa juguetona estirada por la comisura de sus labios, podía sentirlo robarme miradas cada cinco minutos y se notaba que estaba disfrutando enormemente la situación.

*Por toda la magia.*

Tomé mi charola y serví en un frasco una infusión de frutillas, con hojas de menta, unas rodajas de limón y hielo. Además, puse unas galletas de limón en otro plato. Con decisión me dirigí a la mesa de Lucian y serví todo en silencio bajo su atenta mirada.

—N-no era necesario —trastabilló sorprendido por las cosas sobre la mesa, no se veía molesto, sino todo lo contrario: maravillado.

—Sí, lo sé. No te preocupes, la casa invita, si deseas más solo avísame por favor.

—Claro, muchas gracias —me regaló una brillante sonrisa.

—Es un placer. Si me necesitas estaré en la barra —me volteé para alejarme del lugar.

Una de las partes que más amaba de conocer más de cien veces a Lucian por primera vez era esta:

—Puede decirme Cian —me detuve completamente conmovido.

—Eres un encanto, Cian —regalé una sonrisa para luego alejarme unos metros de él.

No importaba las veces que fueran, siempre hacía que mi corazón se volviera loco. Era increíble que siempre me permitiera llamarlo Cian, no importaba si lo encontraba llorando, riendo, enfermo o como fuera, siempre me ofrecía la forma más dulce para llamarlo. Me gustaba pensar que de alguna forma esas pequeñas coincidencias unían un poco más nuestras almas.

A pesar de lo difícil que fue me mantuve ignorando gran parte de la tarde a Lucian. No voy a negar que no le robé unas cuantas miradas y, en mi defensa, puedo decir que él también lo hizo. Era obvio, a veces se demoraba más de treinta minutos en la misma página del libro, solo porque se distraía con facilidad viéndome trabajar.

También debo admitir que, por primera vez en mucho tiempo, cerré mucho antes de lo acostumbrado. No cumplí ningún deseo, pero no importaba realmente porque, al estar Lucian dentro de mi radio, mi magia se consumía.

Limpié la mesa de Lucian con calma y finalmente me senté frente a él, me quité el mandil y di por terminado mi día de trabajo. No podía dilatar más la situación, había que enfrentarlo.

*Respira, tú puedes.*

—Bien, soy Alexander Leblanc. ¿Cómo es que sabes mi nombre?

Vi como Lucian se ponía nervioso por mi mirada y mi cercanía. No podía mentir y decir que no me encantaba o que no lo estaba disfrutando. Porque lo hacía, estaba completamente emocionado y ansioso por esta situación, me encontraba viviendo algo sin precedentes.

Él sacó un sobre azul que llevaba unas letras en folia dorada con mi nombre y también mi dirección, lo que era sorprendente porque esta cambia todos los días.

*¿Qué está pasando?*

—Cuando desperté esta mañana, esto estaba en mi mesa de noche. Es una carta para usted, no la he abierto. Junto a ella estaba un post-it —mencionó mientras me entregaba ambas cosas.

«Si quieres conocer al protagonista de tu sueño entrégale esta carta. Procura no desear nada hasta que él la lea. Solo destapa el frasco en caso de emergencia. Será el aliado de tus esperanzas. W»

*Esta mierda es la jodida caligrafía de Liam.*

—¿De qué sueño habla? —pregunté mirándolo preocupado.

—Hoy tuve un sueño muy vívido con usted, señor, de cuando era pequeño. Debo haber tenido unos cinco o seis años. Recuerdo que usted estaba ahí y me ayudaba. Es increíble que a pesar de que yo era tan pequeño, usted sea el mismo de mi sueño —comentó emocionado—. Lo recuerdo muy vívidamente, me acuerdo haber tocado su rostro y decirle que era bonito, qué vergüenza —se tapó la mitad de su cara para que no lo viera sonrojado.

*Ese… es nuestro primer recuerdo juntos, el recuerdo de cuando nos conocimos.*

—Y yo deseé que se quedara a mi lado hasta que llegara mi hermano…

*Ese es nuestro primer deseo.*

—Creo que es mejor que lea la carta, no sé mucho de qué va esto, estoy esperando que usted me diga qué ocurre —pidió sonriente.

—Bien, dame un segundo —conseguí decir, aunque sentía la garganta seca por toda la situación.

Quería y al mismo tiempo no quería saber lo que decía, tenía miedo y estaba molesto, porque Liam pudo decirme lo mismo que había escrito, pudo decírmelo en persona ayer. Pero no. Tuvo que hacer todo más complicado para su conveniencia. Abrí el sobre con mucho cuidado, esta vez había una hoja de papel ahuesado escrita con una hermosa caligrafía en tinta azul.

«¡Sorpresa!

¿Querías saber lo que ocurre cuando cumples los 150 deseos?

Sé que sabes que este es un frasco mágico, pero estoy seguro que no recuerdas que se llama conmutación, así que es justo lo que estás pensando: intercambio.

Estuviste quedándote mucho tiempo con los tesoros de ese niño, por lo que el frasco luego de 150 deseos se los comienza a devolver. Por cada nuevo deseo que Lucian pida va a ir recuperando los extractos de memoria que almacenaste.

Claro, siempre es tu decisión si deseas ayudarlo y concederle un deseo, sabes que puedes negarte. Pero, el frasco lo vuelve portador del último deseo que pidió (tú sabes perfectamente cuál fue el último), este se encuentra bajo su posesión en otro pequeño frasco en forma de un dije de collar, sobre su mesa de noche. Si te niegas, él tiene derecho abrirlo y saber cuan enamorado estás de él.

Recomendaciones:

1. Cuéntale todo de a poco.
2. Llama refuerzos.
3. No hagas una escena, puedes asustarlo.

Lo siento por no decirte nada, Sasha, pero en serio quería ver tu cara cuando te enteraras de todo. Obviamente la carta está grabando todas tus reacciones.

Tú también necesitabas una retribución Sasha, esta es. Esta es tu retribución. No te vuelvas loco y disfruta (lo digo en serio, esto es lo que siempre quisiste, no te atrevas a colapsar ahora).

Con amor,

**W, Mago clase S.»**

*Mierda.*

*No estoy listo para esto.*

*A. Leblanc, un a punto de hiperventilar Mago clase SS.*

# *5*

## *¿Eres como Harry Potter o más como Gandalf?*

—¿Y bien? ¿Qué es lo que ocurre, señor Leblanc? —sonaba curioso.

*No. Definitivamente no «señor Leblanc».*

—No me digas señor Leblanc, solo dime Alexander, Alex, Al o Sasha. Francamente, dime como quieras, pero no tan formal —me sentía muy cansado de un momento a otro.

—De acuerdo, ¿va a decirme lo que ocurre, Alexander? —remarcó cada una de las sílabas encantado—, ¿Por qué soñé con usted si nunca lo había visto en la vida? —me miraba expectante.

*Mierda… no puedo. No puedo hacerlo. No sé qué decirle. ¿La verdad? Después de tantos años ocultándola no es algo fácil de explicar.*

*Repasemos mis opciones:*

**1. Congelar el maldito tiempo para tener más tiempo para pensar.**

*No funciona con Lucian porque él tiene mi magia, por lo que el tiempo transcurre igual para los dos.*

*Mierda.*

**2. Mandarlo a su casa con una nota para Dean y Habuh que diga:**

«No puedo lidiar con esto ahora».

*Cobarde.*

**3. Borrarle la memoria.**

*Ups, no.*

*Ya no puedo hacer eso.*

**4. Mentir y hacerlo pasar por verdad con alguna explicación medianamente razonable para explicar su sueño, sin que tenga que ver con la magia.**

*El problema es que no tengo tiempo para inventar alguna historia creíble. Y no quiero mentirle a Cian.*

**5. Decirle toda la verdad y afrontar todas las consecuencias catastróficas que tengan que ver con toda la información que necesita procesar Lucian.**

*Mierda.*

*Todas son muy malas opciones.*

—Cian… antes de responder a tu pregunta necesito saber algo —con voz calma traté de ganar tiempo—. ¿Por qué le das tanta importancia a tu sueño? ¿Por qué no lo dejaste pasar como cualquier otro?

Cualquier otra persona simplemente lo hubiera olvidado, era un sueño más y ya, pero no él. Gastó todo un día solo para venir a encarar a esa persona que salió en su mundo onírico. Siempre era muy decidido y tenaz para hacer las cosas.

—¿La verdad…? —subió una ceja, interrogante, luciendo divertido por la situación.

Era bastante increíble que se viera tan relajado con este extraño escenario el cual estaba a pocos minutos de volverse mucho peor. Sentado, con sus ojos muy abiertos, manos quietas, no estaba nervioso, quizás curioso, pero completamente calmado. Lo envidiaba. Quería tener esa templanza para afrontar los momentos de crisis, normalmente aparentaba tener el control, pero la verdad es que moría por dentro.

—Sí, por favor.

*Siempre dices la verdad de todos modos, cariño.*

—Porque uno de los protagonistas de mi sueño me pareció muy guapo.

Subió y bajó los hombros, restándole importancia al asunto. No solo estaba aquí exigiendo respuestas, también estaba coqueteándome. Me parecía increíble que realmente estuviera así de tranquilo, con la confianza suficiente para sonrojarme con sus palabras y no verse avergonzado en lo absoluto.

*Por las runas, este chico es increíble.*

—¿Solo por eso…? —me sentía incrédulo.

—Sí, sumándole al hecho que uno cuando sueña y despierta no es capaz de acordarse de todos los detalles del sueño, yo podía recordarlo vívidamente. Podía ver la imagen de tu rostro nítidamente, desde tus hermosos ojos azules hasta tu encantador lunar bajo el ojo. Eso no me pareció normal —tenía una tenue sonrisa mientras apoyaba el rostro en una de sus manos—. Uno no se acuerda de los lunares de las personas que ve en los sueños.

«Sus hermosos ojos azules hasta su encantador lunar».

*Me quiere matar.*

Tomé una profunda respiración y traté de relajar mi mente. Cualquier cosa que haga a partir de ahora puede tener un costo muy grande en relación a la psiquis interna de Lucian, eso debe ser mi prioridad. Debo proteger la estabilidad de su vida diaria. No puedo llegar y soltar uno de los más grandes secretos del mundo mágico. Necesito saber cuánto sabe.

—Cian ¿qué opinas de todo esto?

—¿Yo? —parecía sorprendido por la pregunta.

—Sí, me gustaría saber qué crees respecto a esta extraña situación. Puedes ir preguntándome cosas concretas y te responderé lo que necesites. Pero, sinceramente, me encantaría saber tu postura respecto a lo que está pasando aquí.

*Porque yo no sé cómo empezar a explicar esto.*

Me miró un segundo, considerando sus opciones. Sabía que se moría de ganas de sacar todo lo que creía de la situación, así que parecía encantado con que le preguntara su opinión, con más facilidad que yo y con mucha confianza prosiguió a hablarme de sus especulaciones.

—Creo que eso realmente ocurrió, creo que nos conocemos. El problema es que no puedo explicar cómo es que te ves exactamente igual que en ese momento. Pero estoy seguro de que te conozco, aunque no nos hemos visto antes —estaba tan entusiasmado que dejó de usar lenguaje formal para hablarme—. Es un sentimiento muy molesto, porque por más que intento recordarte, no puedo, solo tengo el recuerdo de mi sueño. Es desesperante.

—Crees que nos conocemos… ¿estás seguro de eso? —lo miré divertido.

*Porque nos hemos visto millones de veces.*

—Muy seguro. Es raro, pero desde que entré en la tienda sentí como si no quisiera irme de este lugar, de hecho, nunca me había sentido tan relajado, cómodo y muy feliz. Y estoy seguro

que tienes algo que ver. Aún no sé qué o cómo lo haces, pero puedo sentirlo —no paraba de sonreír—. Respuesta definitiva: nos conocemos.

Me encantaba verlo disfrutar tanto esta situación, pero estaba muy inseguro por los pasos que debía dar respecto al tema. Partiría siendo honesto, luego improvisaría.

—Sí, nos conocemos, Cian —confirmé sus sospechas.

Una exclamación ahogada de sorpresa y ya se encontraba fuera de su asiento celebrando con euforia por acertar con sus deducciones.

—¡Lo sabía! ¡No es un sueño! ¡Es un recuerdo! ¡Es el destino! —caminaba de un lado al otro, emocionado.

—Calma, calma. No es el destino —*creo, o sea, los oráculos son reales, pero realmente no creo en eso como tal*—. No creo que exista algo así…

—Que tú no lo creas no significa que no exista —señaló sagazmente.

—Bien, te lo concedo. Pero que me conozcas no es el destino —apreté el puente de mi nariz.

—¿Entonces qué fue…? ¿Amor a primera vista...? —estaba el doble de emocionado.

—¿Crees que me enamoré a primera vista de un niño llorón de cinco años? —lo dije con ironía.

*Porque sí, joder, lo hice.*

*Sí, me enamoré de un hermoso rubio llorón de cinco años.*

*No me arrepiento.*

—Mmm… yo hablaba de mí, no de ti, Alexander —su sonrisa era totalmente perspicaz—. Es divertido que te sientas aludido.

*Mierda.*

—Me rindo —exclamé alzando las manos en señal de derrota—. ¿Qué es todo este tema acerca del destino y el amor?

—¿Qué tiene? Siempre he soñado con experimentarlo. He leído mucho sobre él, pero nunca lo entendí del todo.

—No creo que se trate de entenderlo, sino de sentirlo.

—¡Ves! No sé nada —sonreía encantadoramente—. Siempre creí que el problema era yo, ya que me sentía diferente a los otros niños, como si no pudiera encajar. Me terminaban aislando por ser diferente y algo atípico, pero francamente no sé lo que está mal —estaba genuinamente confundido.

—¿A qué te refieres? ¿Crees que hay algo mal contigo?

—Sí, algunas cosas, supongo que muchas cosas en realidad: no siento la necesidad de mentir, tampoco puedo hacerlo, se me cierra la garganta antes de poder mentir. No me siento cómodo en las multitudes porque es como si llegara dolor desde muchas partes, es realmente agobiante. Me dijeron que era ansiedad o miedo a las multitudes, pero no lo creo, porque me gusta la gente. También tengo una especie de sexto sentido con mi hermano, entre otras cosas. Raro, ¿no?

—La verdad no tanto, aunque no creo que sean cosas que deberías estar soltando a alguien que acabas de conocer —me preocupaba su confianza excesiva.

—Sí, es extraño para mí también, suelo ser muy reservado, mis papás siempre se encargaron de enseñarme que no podía confiar en extraños, mucho menos hablar este tipo de cosas con personas que no son de mi familia, pero es como si algo gritara que te conozco de toda la vida, Alex.

*Alex…*

—Bien, que quieres que te cuente. ¿De ti, de mí? —q*ue pase lo que tenga que pasar*—. Es tu momento, tenemos quince minutos antes de que tengas que ir a tu hogar o Habuh me va a matar —miré mi reloj.

*No puede hacerlo, pero Lucian no sabe eso.*

—Espera… ¿conoces a mi papá? —ahora estaba muy sorprendido.

—Sí, y a toda tu familia —sus ojos se abrieron en shock—. Siguiente pregunta.

La afirmación anterior lo había descolocado por completo, no podía creer que éramos más cercanos de lo que él pensaba.

—¿Ellos te conocen a ti? Porque siempre está la opción de que seas un acosador que me mira desde lejos y sabe todo de mí —no parecía realmente convencido de lo último.

—Sí, me conocen. Soy el primero en el marcado rápido de Dean —señalé divertido.

Esa simple frase hizo que abriera la boca en un shock momentáneo, luego frunció el ceño con algo de disgusto. Ahí caí en cuenta que él creía que todo mi interés solo estaba puesto en él, cuando la verdad es que su familia me conoce más que el pequeño ángel, por lo menos desde su perspectiva debía verse así. No se equivocaba, sí era el dueño de mi interés, pero durante todos estos años todos se volvieron importantes para mí.

—¿No me vas a dar más detalles sobre eso? —sonaba ligeramente indignado.

—Hoy no. Estamos apurados. Puedes venir mañana y luego que cierre podemos seguir hablando.

*Estamos apurados porque no puedo lidiar con esto.*

Se mordió el labio tratando de no demostrar lo frustrado e intrigado que todo esto lo tenía. Soltó un rápido suspiro y asintió, al contrario de decepcionarse por mis evasivas pareció motivarse mucho más.

—Bien, preguntas rápidas —volvió a sentarse para escuchar todo con atención—. ¿Qué es lo que está mal conmigo?

—Nada —sonreí.

Mi respuesta casi lo hizo rodar los ojos, claramente estaba insatisfecho con ella.

—Vamos, estoy seguro de que no soy normal —se mordió una uña, nervioso.

—La normalidad es relativa.

—Esas son respuestas evasivas —entrecerró los ojos.

*Por supuesto que lo son, chico listo.*

—Pues no haces buenas preguntas —expliqué de forma calmada.

Frente a eso se quedó callado por unos segundos, me evaluó con la mirada hasta que comenzó a parpadear con rapidez, estaba seguro de que se le ocurrió la pregunta correcta. Temí sus siguientes palabras.

—¿Qué soy?

*Mierda.*

—U-un chico muy lindo —tartamudeé nervioso mientras desviaba la mirada.

Vi claramente cómo se formó una sonrisa en su rostro, para luego volver a su expresión normal. Lo sabía. Supo exactamente qué pregunta debía formular.

—Alex. ¿Qué soy…? ¿Soy una persona normal? —me miraba expectante.

*Bien.*

*Tú puedes Sasha, será rápido.*

*Luego le echas la culpa a Habuh. Técnicamente sí es su culpa de todos modos.*

—No, no eres una persona común y corriente —concedí derrotado.

—¡Lo sabía! Sabía que algo estaba mal —golpeó ligeramente la mesa.

—Nada está mal —tranquilicé—. Eres perfecto.

Se sonrojó ligeramente, esperaba atento lo que tuviera que decir. Era el momento, tenía que contarle todo, no podía aplazar más la respuesta. Él merecía saberlo.

Una respiración.

Un suspiro.

Una verdad.

—Mitad ángel, mitad humano. Eso eres tú, Lucian Asher —esperé atentamente su reacción.

Sus ojos se abrieron mucho para luego mostrar un rostro mucho más calmado. Una de sus manos fue a tocarse el rostro y después la miró casi esperando que brillara o algo así, pero nada pasó. Estuvo en silencio un buen rato, finalmente volvió a mirarme confuso. Me escaneó por un par de minutos en completo silencio y, finalmente, soltó un largo suspiro.

*¿No me cree? ¿Por qué no dice nada? ¿Sí me cree? ¿Dónde está la negación inicial?*

No estaba asustado. Tampoco se estaba riendo como pensé que haría. Estaba mortalmente serio. Me creía, me miraba fijamente sin decir nada, tratando de leer cosas invisibles en mi mirada. Frunció los ojos una última vez para luego relajarse. Suspiró y asintió derrotado.

—C-creo que tiene sentido —se trabó al empezar a hablar.

*¡Cómo en el mundo tendría sentido!*

—¿Por qué lo dices? —estaba algo consternado al verlo calmado, no estaba preparado para que me creyera tan fácilmente. Todas las veces que me imaginé este momento siempre lo visualizaba como una escena de completo caos.

Se veía conmocionado, pero no estaba haciendo una escena. Realmente no era como imaginé que se tomaría esta revelación. Pensé que sería como un tornado, exigiendo respuestas y derrumbando todo a su paso, pero no, era como una lluvia calma, tratando de ser razonable y manteniendo la compostura.

—Siempre creí que mi papá era un ángel —respondió con simpleza—. Ahora sé que en verdad es uno. Es demasiado soñador en comparación a los padres de mis compañeros, siempre me sentí muy bendecido por ello. Ahora entiendo porque mi padre llama a papá «mi ángel».

*¿Estaba hablando de Habuh?*

*Sí, es bastante obvio que es algo fantástico y salido de este mundo. Demasiado amable y de belleza etérea.*

—Habuh es un ángel muy especial, Lucian. Los ama y los cuida mucho.

Me dio la razón moviendo su cabeza afirmativamente, para luego entrecerrar sus ojos, incrédulo. Estaba considerando en su cabeza algo que le estaba molestando, pero no parecía seguro de querer comentarlo en voz alta, traté de animarlo a que lo dijera con una pequeña sonrisa.

—¿Dean también es mitad ángel? —estaba asombrado—. Es bastante cruel a veces, también es bueno engañando a otros. No sé realmente lo que implica ser un ángel, pero mi hermano no es realmente bueno ayudando a la gente, es excelente con sus cercanos o con quienes ama, pero… francamente es muy arisco con todos. ¿A pesar de eso también lo es?

—No, no lo es —bajé la cabeza, apenado.

No podía mentirle, no cuando me estaba esforzando tanto para ser sincero con él.

—¿Qué? Espera —alzó las manos con dramatismo—. ¿Qué? ¿Dean no es mi hermano? —ahora sí estaba alterado y confundido.

—Dean sí es tu hermano, pero es un humano. Uno muy inteligente y no muy sincero consigo mismo —cada vez me sentía más cansado—. Es un humano y es tu hermano. Realmente comparten lazos sanguíneos.

—Pero… entonces…

De acuerdo, podía entender por qué este tema lo descolocó mucho más que enterarse que era mitad ángel, toda su familia era especialmente unida. Además, era el protegido de sus padres y su hermano.

—Lucian. Calma. No creo que todavía sea el momento de hablar de tu situación familiar. Además, este es un tema para el que también deben estar ellos presentes. Necesitan poder explicarte cosas —tranquilicé mi voz en un afán de transmitirle un poco de calma.

Por supuesto no fue suficiente. Tenía una expresión de desconcierto mientras su pierna se agitaba con nerviosismo en el asiento. Sabía que esto era difícil, estaba revelando cosas de su vida que llevaban ocultas por veinte años.

—S-sí… tienes razón —seguía incómodo.

Era suficiente, tenía que mandarlo de vuelta. Ya no sabía dónde comenzaban sus nervios y terminaban los míos, ambos estábamos hechos un desastre y me estaba esforzando muchísimo en ocultarlo.

—Bien, última pregunta y para casa. Tienes mucho que digerir —decreté levantándome de la silla.

—¿Qué eres tú? —preguntó con un poco de temor.

*Eso es fácil.*

—Un mago.

Con esa simple respuesta pude ver en cámara lenta como sus ojos se volvieron a abrir brillantes de emoción. Esta revelación había borrado todo rastro de inseguridad e incomodidad. Su cara se iluminó en cuestión de segundos, haciendo que mi propio pulso se descontrolara.

—¡No puede ser! ¡¿En serio?! —estaba tan emocionado que tenía una sonrisa gigante.

Parecía que había ganado la lotería de lo feliz que se encontraba. Tenía una expresión de satisfacción máxima y ni siquiera estaba hablando de algo de él, sino de mí, quien era casi un completo extraño en estos momentos.

—Es realmente increíble que dudes de esto y no de que eres mitad ángel —me crucé de brazos consternado e indignado.

Internamente sabía que no dudaba de mí, sus ojos brillaban porque me creían, confiaba en mis palabras, pero también conocía de primera mano lo mucho que le emocionaba el tema de la magia.

—Haz algo de magia —comentó ignorándome por completo.

—Esto no es un espectáculo, no soy un circo.

*Me pediste este mismo deseo a los seis años y lo cumplí sin dudarlo. Te rodeé de miles de espectáculos de luces solo para verte sonreír.*

—Por favor… —casi hacía un puchero mientras rogaba.

*No, no caeré en eso de nuevo.*

—Lo siento, se acabó el tiempo. *Domum*.

Eso fue lo último que dije antes de chasquear los dedos y hacer que Lucian desapareciera, lo envié de vuelta a su hogar y volví a quedarme en la tranquilidad de mi tienda tratando de digerir todo lo que acababa de pasar.

—¡Por toda la magia, Sasha! No te recordaba tan cobarde —Liam apareció frente a mí aun usando su bata blanca de doctor.

Realmente quería matarlo. Esto era más de lo que podía manejar.

—Fue demasiado para mí —lo miré conmocionado—. ¡Por qué no me lo dijiste!

—¿Y darte tiempo para prepararte? Por supuesto que no. Le quitas la diversión.

—Eres tan cruel —volví a sentarme en el puesto donde antes me encontraba.

Estaba agotadísimo, era como si esa pequeña conversación hubiera drenado toda mi fuerza física y mental.

—Era hilarante, el gran Sasha que ha sostenido batallas con Atenea, tomado el té con Merlín, viajado con piratas… ¡bam! Tuvo un colapso mental porque le pusieron un encantador joven lleno de curiosidad delante —se reía.

*No tenía ánimos para esto. No ahora.*

—Eres un idiota, Liam.

—Sí, pues este idiota salvó tu inexistente vida marital —tomó asiento frente a mí.

—No merecía esto y lo sabes Liam, me vengaré...

Antes de que pudiera decir algo más escuché la voz de Lucian tararear una melodía.

*Por todas las runas, tiene que ser una broma.*

Con un simple movimiento de muñeca hice aparecer mi celular, pero estaba seguro de quién me está llamando.

*Dean.*

—Por toda la magia. ¡Tu tono es tan cursi! Eres tan blando cuando se trata del angelito —chilló Liam, emocionado—. Lo grabaste cantando.

Le dirigí una mirada furiosa, para hacerlo callar. Él simplemente levantó sus manos para rendirse, pero su sonrisa se mantenía intacta en su lugar. Tomé una larga respiración antes de contestar el celular.

—¡Dean! —hablé rápido—. De verdad lo siento, no sabía que esto iba a pasar. Me habría gustado contarle todo a Lucian de otra manera. ¿Puedes pasarme a Habuh después? En realidad, no es necesario, puedo traerlo a mi tienda para hablar con él. ¿Dean…?

—*Woah… realmente te tenía en marcado rápido, Alex.*

*No puede ser.*

*¡MIERDA!*

—C- cian… —susurré casi atragantándome con las palabras.

—*De verdad eres un mago.*

—Sí, de verdad lo soy —masajeé mi frente.

—*¿Más como Harry Potter o como Gandalf?* —preguntó bastante relajado.

*¿Realmente preguntas eso Cian?*

—Como ninguno.

—*Woah…*

—¿Por qué suenas tan divertido? —ahora masajeaba el puente de mi nariz.

*—Es que tu voz suena más grave y sexy a través del celular, es extraño… lo siento, solo estoy nervioso* —soltó una pequeña risa al final.

*Por todos los ángeles, Lucian.*

—¿No estás asustado o molesto porque te dejé en tu casa sin darte oportunidad de replicar?

*—No, estaba bastante impresionado, pero no me enojaré por algo como eso. De hecho, estaba esperándolo, no es como si no pensara que eras un mago porque en mi sueño hiciste magia. Solo no me esperaba que fuera real. Así que estaba asombrado, pero un asombro bueno.*

Hablaba muy rápido por la emoción, lo que siempre me parecía absolutamente adorable. Era la primera vez que hablábamos por celular, realmente era extraño escucharlo hablar en mi oído, ese puro pensamiento hizo que me sonrojara un poco.

—Aun así, me disculpo si te sorprendí.

*—No hay problema solo avísame antes. Tampoco eres como Voldemort, ¿cierto?*

—No más libros de fantasías para ti —decreté—. No tengo varita o un báculo para canalizar la magia si a eso te refieres y, antes de que preguntes, tampoco vivo en una lámpara, ni soy un genio que cumple tres deseos.

*Te cumplí más de 150 y mira como terminamos.*

*—¿Entonces no eres un mago malo...?*

—El bien y el mal depende de la perspectiva de quien lo mire. La mayoría de las veces son estigmas sociales impuestos por las concepciones de otros.

*—Eso suena a algo que un malvado diría...*

—¿Crees que soy malo, Cian? —estaba algo divertido por el curso de la conversación.

*—No, no lo eres, tengo un sexto sentido que me alerta de ellos.*

—Lo sé —*ese mismo sexto sentido te ha llevado a meterte en tantos problemas*—. ¿Puedes pasarme a tu hermano, por favor?

*—No quiero.*

—Cian… —reproché.

*—No quiero dejar de hablar contigo, por lo menos no todavía. ¿Qué pasa si deseo algo ahora?*

—Evítalo hasta cuando pueda explicarte.

*—No, y si no me dices lo que pasa ahora destaparé el pequeño frasco que me dejaron en mi mesa de noche.*

—¡No! No, no lo hagas. Está bien, te diré, pero…

*No puedo creer que me estás chantajeando.*

*Es la primera vez que lo haces.*

*—¿Ahora...?*

—No, mañana. Quiero contártelo cara a cara. Por favor…

*—Está bien. Mañana.*

—Gracias —suspiré aliviado.

*—Te voy a dar con Dean. Nos vemos mañana, mago guapo.*

*No me hagas esto. Respira.*

—¡Cian! —llamé antes de que se fuera de la línea.

—*¿Sí…?*

—Cuando hables con tu papá, no lo juzgues mucho, lo hizo todo para protegerte.

—*Adiós, Alex…*

Unos segundos después un enojado Dean se puso al otro lado del aparato.

—*¿¡Lucian te llamó?! ¿Qué mierda...? ¿En qué lío estás metido Al?*

—En qué lío *NOS* metimos. Lucian sabe que es mitad ángel y que yo soy mago.

—*Santa mierda.*

—Solo tiene el primer recuerdo de cómo nos conocimos, pero estoy seguro que gradualmente irán volviendo todos —expliqué con rapidez.

—*¿Sabe que tú y él...?*

—No. Pero sabe que tú no eres mitad ángel.

—*Mierda. ¿Sabe todo?*

—No. No quise contarle. Es algo que tienen que hacer ustedes como familia, yo mañana me encargaré de la otra parte.

—*Bien, bien… iré a hablar con mi padre.*

—Fuerza.

—*Cuídate, mago idiota.*

Fue lo último que dijo antes de colgar. Sonreí melancólico, Dean era la única persona a la que le permitía faltarme el respeto de esa manera.

—Ahora que terminaste de hablar con esos niñitos quiero que me cuentes cómo seguía la historia de tu libro.

Nos levantamos y fuimos con naturalidad a la barra de la tienda. Ese realmente era el lugar donde todas las historias ocurrían.

—¿La historia del libro? ¿De qué hablas? —activé mi magia con un chasquido haciendo que todas las cosas sucias o desordenadas se acomodaran en su lugar.

—La historia del ángel.

—Ah, hablas del pago de Habuh.

—Sí. Creo que es una buena forma de despejarte por un tiempo... además es probable que le estén contando la misma historia a tu angelito ahora —se acomodó en la barra.

Tenía un punto. Podía visualizar claramente a Habuh sentado en el sillón de su sala, tomando la mano de Lucian mientras trataba de traspasar calma y tranquilidad a través de su contacto.

—Tienes razón. Veamos. Creo que luego tuve un mini colapso mental, entré en pánico, hice cosas de las que no estoy tan orgulloso —recordé como mi magia se había salido de control.

—Veamos, qué más tengo que sumar a la lista de cosas que se te han salido de control cuando Lucian está alrededor. De momento está: parar el tiempo en un radio exagerado al mirarlo, cancelar la gravedad por un beso. No quiero ni imaginar cuando tengan sexo, será el día del Apocalipsis. Debemos sellar tu casa con runas —estaba burlándose de lo que en mi fuero interno consideraba como un tema muy serio.

—Ya basta, no fue algo exagerado, solo un pequeño desliz con la luz —toqué mi cabello nervioso.

—Por toda la magia… ¡cambiaste los colores! —el muy idiota se reía.

—Solo… solo alteré las longitudes de onda. Admito que me volví un poco loco en ese

momento. Luego de que Habuh me diera una infusión de hierbas con un poco de lágrimas de ángeles me calmé. Solo en ese momento pude sentarme a escuchar con atención lo que él tenía que contarme.

Volví a aparecer el libro y retomé la narración de la conversación con Habuh donde la había dejado:

—Respecto a mi creador, solo puedo decirte su nombre ya que siempre debo proteger su identidad.

—Me parece justo —asentí. Hay miles de magos blancos, me parece muy improbable que sepa de quién se trata solo por su nombre.

—Ámbar. Y en cuanto a mí, se me encomendó ser el ángel guardián del padre de Dean y Lucian.

*Mierda. Sí la conozco.*

—Ámbar... ella… es hija de Apolo. Una Maga blanca SS. Con razón pudo crear algo tan especial como tú, Habuh —pestañeé sorprendido.

—Gracias por el halago Sabio Leblanc, voy a aparentar que no escuché lo anterior y que desconoces quien es —negó con la cabeza, cansado.

» Ella me encomendó específicamente cuidar del padre de los niños, Noah. Cuando lo conocí era un profesor de música en una escuela. Había perdido a su pareja en el parto. Por lo que tuvo que hacer ambos roles para Dean. Él realmente se desvivía por su hijo, es una persona muy resiliente que a pesar del gran dolor de perder a la persona que amaba debía ser valiente para cuidar al fruto de su amor.

*No, no, no.*

—Así que tú eras su ángel de la guarda —deduje— ¿cómo lo ayudabas?

—Cuidaba de Dean. Era maestro de párvulos y su vecino, así que me encargaba de Dean cuando él tenía que ir a trabajar —tenía una sonrisa muy dulce.

—Le tendiste una mano y cuidaste de su más grande tesoro —estaba maravillado.

—Exacto, poco a poco nuestra vida se fue haciendo cada vez más doméstica. Luego de tres años conviviendo con ellos me di cuenta que realmente los amaba.

*Dulce y encantador.*

—Pero ¿cómo…? ¿Cómo te enamoraste del padre de Lucian?

—No lo sé, simplemente ocurrió y ya. Un día me di cuenta de que amaba la sonrisa que me regalaba todos los días. Me di cuenta de que me gustaba que se esmerara en cuidar de mí y de mi salud. Era atento y muy amable. Me hacía reír. Me hizo olvidar que no era un humano como él.

—¿Cuándo dijiste «Lo amo»? —pregunté intrigado—. En todas las historias hay un punto crucial que nos hace cruzar las líneas y barreras que trazamos. ¿Cuál fue el tuyo?

Los ángeles solían ser muy inexpresivos y carentes de emociones, por eso estaba seguro que me encontraba frente a un caso muy peculiar. Vi que se emocionaba por mi pregunta.

—El día en que celebramos mi supuesto cumpleaños —sus ojos brillaban—. Ese día me regaló una canción compuesta por él, la cantó en vivo con un piano de cola. Fue… mágico.

Le creía, era imposible no hacerlo cuando tenía unos ojos soñadores de solo evocar esos recuerdos.

—Realmente suena a un detalle muy romántico.

—Sí, lo fue. Además, la letra trataba sobre el ángel que llegó a su vida para iluminarla —tenía las mejillas sonrojadas.

Muy real y acorde a lo que pasó en realidad.

—Se robó tu corazón.

—Completamente. Él ni siquiera sabía que en realidad sí era un ángel. Se enteró mucho después, cuando hicimos el amor por primera vez. Ya sabes, somos hermafroditas. Se llevó una buena sorpresa.

—Lucian, ¿él también…?

—No, él es un chico. Un poco más andrógino de lo que los humanos están acostumbrados a ver, por sus lindas facciones, pero es un chico hasta donde sabemos.

—¿Cuándo hablaste con tu creador respecto a todo lo que te ocurría?

—Luego de que hicimos el amor y me llenó con su…

—Lo entiendo. No es necesario detallar —corté el curso de la conversación.

—Cuando eso ocurrió, nuestro vínculo comenzó a cambiar. Creé un vínculo de pareja con mi protegido, junto a un vínculo de protección y empatía con Dean.

—Eso la alertó.

—Sí, porque los nuevos vínculos, hicieron que experimentara las cosas como si fuera un humano, sentía amor, pasión, tristeza, hasta celos. Me sentía completamente vivo gracias a esta familia.

Eso sonaba a un montón de magia extra que debe haber tomado de la maga. Era imposible que no viniera a ver qué estaba ocurriendo.

—Ella vino encubierta a ver si estabas bien —deduje soltando un suspiro.

—Sí, ¿por qué crees que se lo tomó bien? —preguntó curioso.

—Porque sigues con vida y con su vínculo estable. Esto es algo que otros magos no habrían permitido que pasara, tú… probablemente hubieras dejado de existir.

Si estuviera molesta o simplemente quisiera deshacer los vínculos podría haberlo hecho. Era muy simple para ella, por ser su creadora tenía muchas formas de hacer que el ángel obedeciera sus órdenes sin reclamar. Pero no lo hizo, permitió que siguiera con su vida feliz.

—No por nada es un sabio —declaró sonriente—. Mi creadora simplemente estaba feliz por mí. Se veía hasta orgullosa. Prometió que me ocultaría contra viento y marea.

*Una madre orgullosa. Puntos para Ámbar.*

—¿Qué pasó con Lucian? ¿Cómo fue posible?

—Hermafrodita, andrógeno. Mi cuerpo comenzó a producir hormonas por el vínculo que tengo con mi pareja. Nuestro bebé nació de un amor puro y genuino.

—Joder… Ámbar es demasiado talentosa, te hizo con mucho amor.

—Mi creadora se merece el cielo —decretó el ángel con mucho afecto en su voz.

—Tu familia es realmente encantadora, Habuh. Felicidades.

—Básicamente esa es mi historia —terminó sonriente.

—Una historia muy valiosa —un nuevo frasco se llenó con una pequeña pluma blanca.

*No podría ser de otra manera.*

Di una caricia al suave cabello rubio de Habuh y lo rodeé con mi magia. Toda su familia tenía mi magia en su interior, magia que los protegería no solo de mí, sino de cualquiera que

quisiera hacerles daño. También escribí runas de protección y de ocultamiento fuera de su hogar, sellándolo de cualquiera que no tuviera la aprobación de la familia.

Me despedí de cada uno, siempre haciendo contactos sutiles para poder sellar mi magia en ellos, con Dean me aproveché de la situación y le di un gran abrazo al mocoso gruñón. No fue una gran despedida porque sabía que nos volveríamos a ver. Aun así, Habuh tenía lágrimas en sus bellísimos ojos ambarinos.

—Sabio Leblanc, gracias por todo. Usted realmente es muy noble. A pesar de todo siempre voy a estar feliz de que mi bebé se haya comprometido con una persona tan maravillosa como usted.

—No digas eso, Habuh. Podría ser un mago terrible —bromeé mucho más relajado.

Entre los compromisos de los magos uno de los temas más importantes era el rango que uno tenía, ya que la comunidad mágica es muy elitista, con esa información podían proyectar lo fuerte que se volvería la familia resultante de ese compromiso.

—Claro que no, usted es muy fuerte, me siento tranquilo de que mi hijo esté bajo su cuidado.

—Gracias por el voto de confianza Habuh. Si te digo que soy un mago de clase F ¿Seguirías pensando así? —pregunté divertido.

—Claro que sí, su rango no importa —era totalmente sincero.

—Me alegro de escuchar eso, porque la verdad es que soy clase SS y me degradaron hace poco —sonreí relajado.

Pude ver en cámara lenta como Habuh casi se desmayó del shock ante mis palabras, porque no todos los días un Mago de clase tan alta se comprometía con un ser angelical. De hecho, era la primera vez, lo que significaba toda clase de problemas, pero no importaba, porque yo protegería con todo mi ser la sonrisa de ese hermoso milagro del amor.

Mi ángel.

*A. Leblanc, Mago clase SS comprometido con un ángel.*

# *6*
## *No pude haber elegido mejor*

—¿Ámbar? ¡¿*Queen* Ámbar?! ¿*The Angelic Creator*?

—Es verdad, tú la conoces, fue tu maestra por una temporada —le resté importancia.

Conocerla es poco, ella le enseñó casi todo lo que Liam sabe de magia blanca, fue su primera maestra antes de especializarse en magia curativa para sanar personas.

—¡Por toda la magia! ¡Si Apolo se entera…! —se llevó desesperado una mano a la frente.

—Que se pudra ese vejestorio —moví la mano con despreocupación.

—¡Sasha! —reprochó frunciendo el entrecejo.

—¡Oh, vamos! Tú también lo odias.

—Sí, pero no le falto el respeto de esa manera, aún tengo que respetar las horribles jerarquías.

—Y a mí me dices cobarde —negué con la cabeza.

En un chasquido desaparecí todo el ambiente rústico de la tienda de té y el interior cambió a un bar mucho más elegante y sombrío, apareció un piano de cola en un pequeño escenario, todas las tazas fueron reemplazadas por vasos y botellas con muchos tragos diferentes. Sin necesidad de usar magia comencé a preparar un *martini* para mi tan conocido visitante.

—Sasha, esto es serio, ¡lloverá sangre si Apolo se entera! No sé si la de Lucian, la tuya o la de Ámbar, pero no estará contento de que alguien de su sangre haya cometido tal desliz.

—Por eso no se debe enterar —recalqué con énfasis cada una de las palabras.

Después de unos cortos minutos de preparación serví dos vasos delante de él sobre la barra, uno para él y otro para mí.

—Tientas demasiado a tu suerte. ¿Ámbar sabe que estás involucrado en esto? —tomó un sorbo del *martini*.

—Claro que sabe, sintió una magia extraña de inmediato cuando los rodeé con la mía para protegerlos, fue un alivio para ella mi intervención —volví a restarle importancia.

—No me la imagino feliz de que tu prometido sea mitad ángel.

—Ehh… sí… no sabe esa parte. Solo sabe que tengo un trato con Habuh, no lo de Lucian —me rasqué la nuca algo nervioso.

—Ay, mierda… Sasha —se tomó la cabeza con las manos.

—Estaré bien, Lucian estará bien. Todos estaremos bien —lo repetí como si se tratara de un mantra o un hechizo de protección.

—¿Sí? Repítelo hasta que te lo creas. ¿Cómo es que Apolo no se ha dado cuenta que uno de los ángeles de Ámbar no está cumpliendo del todo su trabajo? —inquirió mientras se apoyaba más en el mesón de la barra.

—Porque creó otro ángel...

—¡Otro a…! ¿ese otro ángel también puede tener mini angelitos como Habuh?

*Mini angelitos.*

—No. De hecho, me da muchos dolores de cabeza, porque es muy torpe —suspiré.

—Vamos… debe ser un encanto si te hace suspirar tanto.

—Es un encanto, eso no lo discuto, también es divertido y tierno, pero innegablemente es muy torpe.

—Suena a que son muy cercanos ¿cómo es que lo conoces? —estaba divertido.

—Pf… por su culpa he gastado muchos deseos de Lucian. Ámbar tuvo la brillante idea de hacerlo el ángel guardián de Lucian, así podía tener un ojo puesto en él. Por supuesto Cian solo lo ve como su mejor amigo, no tiene la menor idea de que su trabajo a tiempo completo es cuidarlo.

—Toda su familia está protegida —comentó maravillado—. Woah, Sasha, me saco el sombrero.

—No sé si él sea un gran protector. De hecho, es la razón por la que Lucian se mete en tantos problemas. Pero sí. Lo están.

Bebí el contenido de mi copa de un solo trago, mientras me quedaba mirando una pequeña gota que se escapaba por el canto de la copa. Soplé suavemente y esta se congeló creando una pequeña lágrima.

—Estás triste ¿por qué lo estás? —parecía confundido mientras miraba el cristal—. Pensé que serías feliz con esto.

—No es que no lo sea. Estoy triste porque sé cuánto cambiará la vida de Lucian de ahora en adelante. Quería que fuera un niño feliz, pero ahora con todo esto… será tan difícil.

—No digas eso Sasha. Él no podía seguir viviendo una mentira. Estoy seguro que no lo obligarás a vivir todo lo que conlleva saber de la existencia de la magia si él no quiere. Y respecto a su felicidad... creo que has hecho un trabajo espléndido estos quince años, no tienes que preocuparte. Tú también mereces ser feliz, mago tonto.

Liam me miró con una suave sonrisa tratando de tranquilizar mi preocupado corazón. Realmente necesitaba escuchar esas palabras. Todo esto me tenía *tan* tenso, angustiado incluso.

—Gracias... lo necesitaba.

—Para eso están los hermanos.

—De compañeros a amigos, luego a mejores amigos y, ahora, hermanos, es increíble como funcionan los lazos.

—No lo arruines con melancolía.

Era un nuevo día en el que todo lo que hice fue pensar en Lucian y en cómo explicarle la situación en la que nos encontrábamos, sin parecer un acosador o que se sintiera asustado o asqueado de todo, algo prácticamente imposible.

Ya había cambiado el ambiente hogareño de la tienda de infusiones, por el aspecto lujoso y oscuro del bar, eran más de las nueve de la noche. Las paredes color sangría iluminadas por tenues luces cálidas nunca me habían hecho sentir tan intranquilo como esa noche, ni siquiera el bello piano de cola blanco —tocado todos los fines de semana con el fin de dar vida al lugar—, estaba ayudando.

Esta vez no estaba solo, le pedí expresamente a Liam que me acompañara en esto y evitara que tomara acciones imprudentes. Ambos nos encontrábamos muy formales, él con terno y corbata negra, con el pelo peinado hacia atrás, y yo con una camisa de seda holgada de un azul oscuro dentro de un pantalón negro. Éramos los únicos en el bar, estábamos esperando a Lucian así que había puesto un hechizo para ocultar la tienda a otras personas.

Me encontraba con un pequeño tic nervioso en la pierna y jugando con uno de los anillos de mi dedo cuando escuché voces fuera del bar.

—Lucian, ya basta, es aquí.

—¡No! Es una tetería, tés e infusiones, no un bar… no es aquí.

—Ya basta Lucian. Aquí. Alexander está aquí, no seas terco.

*¿Dean...? Esa es la voz de Dean.*

Rápidamente entendí que estaban discutiendo si entrar o no entrar a la tienda, se me había olvidado avisarle a Lucian sobre el cambio que sufría el establecimiento.

—Pero…

—Nada de peros. Hazme caso.

Me levanté de donde estaba sentado y me dirigí a abrirles la puerta. Los encontré frente a mí con una expresión de sorpresa. Dean se recuperó rápido, pasó junto a mí y entró al bar.

Era todo lo contrario a su hermano, cabello oscuro y liso, expresión estoicamente seria, vestía de punta en negro, con un sweater de cuello alto y pantalones con roturas en la rodilla, lo único que destacaba era un arete de cadena que colgaba de su oreja y terminaba en una cruz. Era mucho más pálido que Cian y no tenía pecas, pero ambos tenían la misma encantadora nariz respingada y ojos color caramelo.

—¿Ves? Te lo dije.

Lucian solo me miraba maravillado con un leve sonrojo. Se veía encantador con una camisa holgada blanca, pantalones de jeans y todo sobre un abrigo gris.

—Debes confiar más en lo que diga tu instinto que en lo que digan tus ojos. Nuestros ojos nos pueden engañar muy fácilmente —dejé una leve caricia en su encantador cabello rubio, antes de entrar al bar.

—¿Cambia de noche? ¡Woah! Incluso tú te ves diferente de ayer. Te ves mucho más serio… y sexy —susurró lo último sin contenerse, creyendo que no lo escucharía.

—En las noches se transforma en un bar. Se llama *Wishes* —fui detrás de la barra, frente a Liam y Dean.

—¿Cómo sabías que era aquí? —Lucian miró a su hermano con una ceja levantada.

—Dean trabaja aquí —respondí con una tenue sonrisa.

Vi que tanto Liam y Lucian me miraban impactados. Era obvio que ninguno de los dos se esperaba que nos conociéramos mucho más de lo que ellos creían. Por otro lado, Dean parecía estar disfrutando la extraña situación.

—¡¿Trabajas aquí?! ¿Este es el lugar donde vienes a practicar piano?

Era algo triste lo traicionado y dolido que sonaba Lucian. No era para menos, ha vivido en una burbuja gran parte de su vida y recién ahora ha comenzado a saber cosas que venían ocurriendo desde hace años.

—Sí, él viene aquí. Ese piano es suyo —señalé el piano de cola—. Toca canciones para la gente que viene a beber.

—Al me deja venir cuando quiero tocar el piano —se encogió de hombros.

*Te dejo venir cuando quieres escapar y no tienes donde hacerlo, Dean.*

*Te dejo venir cuando te sientes solo y no tienes a nadie que entienda todo el peso que llevas en los hombros.*

*Te dejo venir cuando quieres desahogarte.*

*Te dejo venir porque prefiero tenerte donde mis ojos te vean a permitir que te hagas daño otra vez.*

*Deberías ser más honesto con tu hermano.*

—¿Qué te sirvo, Dean? —pregunté queriendo desviar el tema.

—¿Es en serio…? ¿Quieres que mi padre te mate? —advirtió divertido.

—Te voy a dejar a ti y a tu hermano acostados en sus camas luego de esto. Sabes que Habuh no me mataría —le di una pequeña sonrisa.

—No hablaba de Habuh. Quiero una margarita. Pero…

—¿Pero…?

—Deseo que la prepares en vivo —puntualizó con una pequeña sonrisa.

*Este mocoso…*

—Bien. ¿Qué historia me vas a contar? —saqué la coctelera.

Busqué los ingredientes y lo primero que hice fue cortar un trozo de lima. Con esta humedecí todo el canto del vaso impregnándolo con su jugo.

—¡Espera, Sasha! Preséntanos. Es indignante que hagas como si no existiera —Liam estaba molesto, en toda honestidad sí lo olvidé.

—Cierto. Dean, Cian… él es Liam, mi…

—Su hermano mayor —finalizó interrumpiendo mis palabras sonrientes, feliz de que la atención volviera a estar en él.

—¿Hermano mayor? Creí que los magos no solían tener hermanos.

*Siempre atento, Dean, desconfiando de todos, notando las mentiras.*

—Sí, es simbólico. Cian, él te envió la carta, el post-it y el frasco. Él ya los conoce. No te preocupes, Dean, es una buena persona. ¿Cierto, Cian?

El pequeño ángel lo miró por unos segundos fijamente antes de desviar la mirada y asentir, dando su aprobación.

—Sí, no tiene malas intenciones. Solo está emocionado —acotó leyéndolo a la perfección.

—¡Woah, eres muy bueno leyendo a las personas pequeño Cian!

—¿Con azúcar o sal? —miré a Dean tratando de que olvidara el tema de mi fallido parentesco sanguíneo con Liam.

—Azúcar.

Pase el borde externo de la copa en el plato con azúcar hasta impregnarlo.

—¿Por qué los magos no pueden tener hermanos? Eso es algo triste.

—Verás, nosotros no somos como los magos de los cuentos, no tenemos familias numerosas. De hecho, estamos casi en peligro de extinción —explicó Liam calmadamente.

Llené la coctelera a dos tercios con cubos de hielo y agregué una parte de tequila, para que no quedara tan fuerte.

—Para nosotros tener a un hijo se lleva gran parte de nuestra magia. Es como si la dividieran, por eso solo los magos muy hábiles pueden y deben casarse con otros magos. De esta forma seguirán naciendo magos muy fuertes. Hay excepciones, claro, algunos magos pueden tener una familia numerosa porque cuentan con otras formas no convencionales de abastecerse de magia. Pero son los mínimos.

*Un acuerdo jodidamente estúpido.*

*Estúpidos ancianos.*

—¿Qué pasa si un mago se enamora de un humano? —preguntó Lucian intrigado.

*Toda la comunidad mágica te da la espalda y te aísla por creerte muy egoísta, privilegiando tu felicidad a la procreación de más magia.*

—Puede que su hijo sea un humano muy fuerte o mitad mago débil. De cualquier forma, sería más débil que un mago con ambos padres magos —respondí concentrado en el trago de Dean.

Eché una parte de triple seco a la coctelera. Junto con dos partes de jugo de limón. Ya sabía los gustos de mi compañero habitual de tragos. Cerré la coctelera y me dediqué a agitarla fuertemente por más de quince segundos con tres pares de ojos sobre mí.

—Woah. Solo estás agitando eso y tus músculos parece que fueran a romper las mangas de la camisa —Lucian estaba embelesado.

—Por eso siempre es mejor desear la preparación en vivo. Alexander siempre es un buen espectáculo que admirar —reconoció Dean sonriente.

—Por las visuales. Maldito idiota guapo —terminó Liam frunciendo el ceño.

Serví el trago y lo decoré con una rodaja de limón. Traté de ignorar los descarados comentarios anteriores y escondí mi incomodidad.

—¿Qué historia tienes para mí? —miré a Dean.

—Mi hermano ayer se enteró que es mitad ángel. Mis padres casi tienen un colapso mental, pero tú sabes lo fuerte que es Habuh y nos mantuvo a todos tranquilos. Le conté cómo te conocí y algunas reglas básicas de tu mundo, pero solo eso. Papá por otra parte le contó todo lo que lo hace especial, pero dejó fuera la parte de alimentarse de tu magia, le dijo que si tenía más dudas o experimentaba otras cosas extrañas, que podía preguntarle. Estás en problemas.

—Eso ni siquiera cuenta como historia —reproché suspirando.

Toqué dulcemente la nariz de Dean para sellar el trato. Me miró con el ceño fruncido y un pequeño rubor en las mejillas por la vergüenza.

Apareció un frasco con las iniciales en plata de Dean. Dentro había dijes de plata flotando como si fueran notas musicales. A diferencia del de Lucian, el frasco de Dean solo estaba hasta la mitad.

—¿Qué es eso? —preguntó Lucian maravillado.

—Es un frasco mágico. Me permite almacenar los pagos de las personas por sus deseos. Cada pago toma la forma de como se ve tu alma —expliqué mirando el frasco de Dean.

Recuerdo cuando Dean llegó enojado llorando por haber peleado con algunos de sus compañeros a causa de estúpidos apodos que empezaron a ocupar para dirigirse a él. Estaba tan enojado, no por los dichos, sino por su mal temperamento y lo agresivo que fue al manejar la situación. Creía que no era digno de ser hijo de Habuh. Que era un desastre, que solo dañaba.

Esa fue la primera vez que mostré el contenido de uno de los frascos. Quería enseñarle a Dean lo pura y buena que era su alma. Que no era ningún monstruo, ni un desastre. Solo una persona que estalló. Punto.

*Que emocional soy cuando Lucian está dentro de mi rango.*

—Pequeño Lucian, cada mago tiene magias diferentes, es parte de su esencia. Creo que tu hermano te explicó acerca de algunas reglas de los magos —Liam habló con calma.

—Un poco, sí.

—No todos hacemos el mismo uso de nuestra magia. Por ejemplo, yo tengo magia blanca, un

tipo de magia que se especializa en la vida y la curación. Por lo que trabajo como doctor —contó de forma simple.

—¿Salvas vidas? —Lucian siempre tenía los ojos brillantes cuando algo lo emocionaba.

—Se supone que no debemos interferir con la vida o la muerte, pero sí, ayudo a que los pacientes en estado crítico o en rehabilitación sanen más rápido. Esa es mi forma de gastar mi magia.

—¿Tienen que gastarla? ¿Por qué yo me alimento de magia? Mi padre me dijo que yo consumía magia.

—Nosotros tenemos que gastarla, porque si la mantenemos mucho tiempo en nuestro interior se empieza a estancar, provocando enfermedades. Tú consumes magia, la necesitas para vivir. No es que se estanque o almacene en ti, es invertida —respondí suave.

—Los magos también somos conocidos por nuestros hábitos. Como somos pocos, siempre tenemos nombres dentro del mundo mágico.

—Liam es conocido como *Handsome Pain*. Sé que es un nombre raro —adelanté mirando la cara de pregunta de mi ángel—, pero se lo dieron cuando reparó huesos rotos por una temporada, todos sus pacientes volvían a él con regalos, completamente enamorados.

—No te burles, Sasha, no deberías ventilar mi seudónimo. ¿O quieres que ventile el tuyo? *Golden Dealer*.

*Mierda…*

—¿*Golden Dealer*? —Lucian miraba emocionado—. ¡Suena muy genial!

—Tiene sentido —añadió Dean sin más.

—Los nombres te los dan por una característica que te represente y el modo de utilizar tu magia —traté de explicar de forma sencilla.

—Yo utilizo mi magia en gente que ha sufrido un gran dolor físico. Su dolor es mi pago. Solo en ese momento puedo usar mi magia para ayudarlos, no puedo curar enfermedades silenciosas que no provocan dolor en la persona, como puede ser un tipo de cáncer, pero si esta persona sufre un accidente, puedo estirar un poco mi límite de acción. Y obviamente soy hermoso —Liam señaló su propio rostro sonriente al terminar.

—Mi pago para usar magia son historias y recuerdos. Cumplo deseos a cambio de historias cuando es gente mayor y a los niños en cambio… son sus recuerdos de mí —desvié la mirada.

Esas simples palabras hicieron que todos nos quedáramos en silencio, porque respondía la más grande interrogante de todas. Sus memorias, y por qué no estaba en ellas.

—Oh…

*Lo siento.*

*Lo siento por quedarme con tus preciados recuerdos, Cian.*

*Lo lamento tanto.*

Vi como la mirada de Lucian cambió de una curiosa a una cargada de pena. Subió su mano y cerré los ojos esperando un golpe que nunca llegó, fue todo lo contrario, sentí su pequeña palma apoyada en mi mejilla, con cariño, igual que la primera vez.

Abrí los ojos y todo lo que pude ver fue un pequeño ángel llorando.

—Alex… l-lo siento tanto… —sollozó.

*No. No, pequeño no llores.*

—¿Por qué te disculpas Cian? Es mi culpa que tengas lagunas mentales —sentí la mano de

Lucian tratando de llevarse mi dolor—. Todo es mi culpa.

—No, no lo es. Es solo que me parece muy triste que seamos tan ingratos de tener que olvidar a la persona que nos está ayudando. Es una pena no poder recordar a quien nos hizo felices. Debió ser muy difícil y triste para ti.

*Mierda…*

*Joder, sentía que me pondría a llorar.*

*No llores. No llores. No llores.*

—No pasa nada Cian, estoy acostumbrado —retiré su mano con cuidado, pestañeando con rapidez para poder alejar las lágrimas.

—¿Cuántos deseos me has cumplido Alexander? ¿Cómo pude empezar a recordarte?

Ante esas palabras simplemente aparecí mi frasco preferido, ese hermoso frasco con más de cien motitas de colores pasteles flotando como luciérnagas.

—150. He cumplido 150 deseos para ti. Excedí mi cuota en el frasco. Por lo que ahora las reglas cambian.

—Él ya no va a llevarse más recuerdos tuyos, pequeño. Él va a empezar a devolvértelos.

—¡¿Eso quiere decir que por cada deseo que pida volverán mis recuerdos?! —se secó las lágrimas emocionado—. Deseo recuperar mis recuerdos.

*Oh, no, querido.*

—Cian. Lo Lamento, no funciona así. Normalmente el trato debe ser equivalente al pago, ninguno de los deseos en el frasco equivale a algo tan grande e importante. Tiene que ser uno por uno.

—O sea… tengo que pedir muchos deseos en un día —entrecerró los ojos y luego empuñó las manos como quien se prepara para una batalla.

—¡¿Hablas de pedir 148 deseos en un día?! ¿Quieres matar a Sasha? —Liam salió a mi defensa.

—¿No se puede…?

—¡Claro que no! ¡Sasha pasó quince años juntando todos esos deseos! Definitivamente no es recomendado ni para ti ni para él.

—Lo siento, no sé cómo funciona todo esto —agachó la cabeza apesadumbrado por el regaño.

—Te propongo algo: tres deseos, por día. Creo que ambos podemos manejar eso. ¿Te parece, Cian? —levanté su cabeza desde el mentón para hacer que me mirara directamente a los ojos.

Cualquier cosa para no verte deprimido. Además, yo fui el que me llevé algo importante para ti, es justo que tus recuerdos vuelvan. Mucho mejor que sea pronto, yo igual estoy ansioso por ello.

—¿Por qué eres tan dulce y encantador conmigo? —preguntó a través de sus pestañas—. Debo ser otro de los niños que cambiaron deseos por recuerdos, no tienes que ser tan considerado conmigo.

Mi corazón se aceleró como loco por su lindura y empatía. Cualquier otra persona estaría indignada hasta los huesos, por creer que el precio no vale el deseo, pero él no.

—Por favor paren, siento que me saldrá alergia —pidió Dean.

—Son demasiado tiernos —agregó Liam mirándonos emocionado—. Pide algo Lucian, es tu oportunidad de comprobarlo tú mismo.

—¿Cualquier cosa? —con una gran sonrisa miró a su hermano, para luego mirarme a mí—. Deseo que Dean tenga el pelo verde pastel —sentenció divertido tocando mi mano.

—¡¿Qué?! ¡NO! ¡No te atrevas Leblanc…!

No pude evitar sonreír divertido por su ocurrencia, de seguro se estaba vengando con él por ocultarle muchas cosas. Pasé mi mano por el cabello de Dean y solo bastó esa leve caricia para que todo el pelo oscuro se volviera verde menta.

—La verdad es que te queda muy bien —felicitó Liam.

No mentía, era un color más pastel así que le sentaba muy bien. Resaltaba las rojeces de su rostro a causa de la vergüenza o la rabia.

—Por la mierda ¿de verdad lo hiciste? —me miró enojado.

—Sí, puedes mirarte en el espejo del baño.

—Mago idiota —maldijo refunfuñando.

Luego de que Dean saliera de escena pude fijarme en Lucian, cerró los ojos como si estuviera descansando. No pasaron más de diez segundos cuando volvió a abrirlos mientras comenzaba a reírse.

—¿Qué recordaste? —estaba nervioso.

Me miró con una brillante sonrisa y me faltó el aire por un segundo.

—Creo que tenía doce y le di el dinero de mi almuerzo a una persona en situación de calle. Lo que me llevó a tener *muuucha* hambre, justo en ese momento te vi en un parque comiendo tu almuerzo, así que simplemente me senté a tu lado en silencio. Claramente pretendías ignorarme y seguir comiendo con normalidad, pero luego sonó mi estómago muy fuerte y te vi sonreír divertido.

—Me dijiste «Tengo hambre...» —recordé lo tierno que fue aquella vez.

—Sí, y tú me dijiste «¿Qué es lo que deseas que haga entonces?» Dios, ¿cómo eres tan guapo? Tenía doce y ya sentía como me sonrojaba por ti solo por mirarte.

*Dios no existe, querido Lucian.*

—Todavía recuerdo lo impactado que estaba cuando no me pediste si podía darte o comprarte comida. Era obvio que te estabas muriendo de hambre. Pero claro, tienes que ser un ángel y ser malditamente amable.

—Solo quería que me compartieras un poquito de tu comida —se sonrojó.

—Podrías haber pedido un banquete y te lo habría dado sin demora, pero solo pediste unas mordidas de mi almuerzo, el que había comprado en un minimarket cercano —reí.

Liam simplemente me miraba curioso hasta que se dignó a hablar de un tema muy importante.

—Eso suena a desperdiciar deseos, hace poco también con lo del trago de Dean. ¿Por qué siquiera les cobras?

—Porque siempre pongo magia en sus deseos. La margarita de Dean tenía un poco de mi magia para renovar las defensas que tengo puestas en él. Con Lucian siempre lleno su comida o bebestibles con mi magia para que…

*Mierda.*

*Lucian no sabe que él consume mi magia ¡Sabe que consume magia, pero no MI magia! O sea, no sabe que yo lo alimento indirectamente.*

*Mierda.*

—¡Oh! Perdón —respondió Liam incómodo entendiendo el hilo de mis pensamientos.

—No. Yo debí tener más cuidado —desvié la mirada.

No me gustaba excluirlo, pero no se suponía que esta fuera la forma en que se enterara de nuestra relación. Pude notar como volvió a bajar la cabeza, por un segundo, antes de levantarla con una mirada decidida en su rostro.

—Deseo que me lleves a una rueda de la fortuna. Cualquiera. Ahora. Quiero que estemos en el punto más alto —tomó mi mano mientras se paraba del asiento.

*¿Rueda de la fortuna? ¿Por qué?*

No podía negarme porque el deseo se activó al momento en que tomó mi mano sellando el trato, no podía negarme o protestar así que me dejé arrastrar hasta el medio de la estancia.

—Vuelvo en unos diez minutos Liam, cuida a Dean.

—Claro.

Me acerqué a Lucian y rodeé sus hombros con uno de mis brazos, luego me acerqué a su oreja, susurré «como desees» y chasqueé los dedos.

Sentí a Lucian estremecerse por mi cercanía y mis palabras, pero la electricidad de nuestra proximidad fue rota con rapidez al cambiar de escenario. Nos encontramos en un lugar muy inestable y él pasó de estar en mis brazos a sentado frente de mí. Estábamos llegando justo a la zona más alta de la rueda de la fortuna. Pasaron unos cinco segundos cuando abrió los ojos y me miró emocionado.

—Por todos los cielos ¿qué clase de persona tan maravillosa eres? —se dobló de la risa.

—¿Qué fue lo que hice esta vez? —me conmovía al verlo reír tan feliz.

—Once años, deseé aprender a patinar sobre hielo y tú me llevaste a patinar con pingüinos.

—¡Tú querías eso, Cian!

—Te pedí «Aprender a patinar, aunque sea con pingüinos». Me refería a esos de apoyo en las pistas de patinaje. No ir a conocer pingüinos reales —se cubría la boca, risueño.

—En mi defensa, no sabía lo que eran. Pero estoy seguro que lo pasaste mucho mejor gracias a como lo interpreté yo —crucé las piernas.

—Totalmente. Eres increíble —me miró con los ojos brillantes.

—Solo un poco.

—¿Alex, por qué mi padre dice que yo consumo tu magia? —estaba algo sonrojado—. ¿Por qué la tuya en específico?

*¿Habuh te lo había dicho?*

*Bien, tarde o temprano tenía que saberlo. No hay mejor momento que este.*

—Tienes el primer recuerdo de cuando nos conocimos ¿cierto? —hice una pausa—. Verás, ese día cuando me tocaste con tu mano te conectaste directamente con mi alma. Tú no sabías que podías hacer eso. Era la primera vez que conocías a un mago. Dejaste una marca en mi mejilla. Cuando yo te besé en la frente para sanarte, dejé mi marca en ti. Tu alma aceptó mi magia y mi alma reclamó la tuya, para cuidarla y protegerla.

—Formamos un vínculo —comprendió con rapidez mientras sus ojos se nublaban de lágrimas.

*Gracias Habuh por enseñarle de vínculos.*

—Sí, lo hicimos. Tu cuerpo necesita mi magia para vivir, estando cerca te vas a llenar de

energía y sentirte mucho más tranquilo, incluso protegido, porque nuestras almas se reconocen. Lo lamento…

—Es un vínculo de amor —me miró con las mejillas sonrojadas.

—Sí, lo lamento. Siento que no fueras consciente de tu elección. Lo lamento, Lucian… deberías poder elegir de quien enamorarte y con quien pasar el resto de tu vida —desvié la mirada para observar el maravilloso cielo nocturno que la vista aérea nos proporcionaba.

—¿De qué hablas? —su voz llamó mi atención y logró que lo mirara nuevamente.

Lo que vi me dejó sin palabras.

Vi a Lucian con todas las luces de la ciudad brillando en su espalda, con una sonrisa enorme mientras pequeñas lágrimas caían de sus ojos iluminadas por las luces reflejadas en ellas.

*Un hermoso ángel.*

—No pude haber elegido mejor.

*A. Leblanc, un embelesado Mago clase SS*

# 7
## *Necesito presentarte al amor de mi vida*

*¿Soy mitad ángel...?*

Pues no es tan difícil de creer, de hecho, eso explica muchas cosas: no poder mentir, al igual que decir todas las cosas que estoy pensando sin poder evitarlo —lo que me ha parecido algo muy problemático desde siempre—. No me gusta no tener filtro, pero hago lo que puedo.

Ser muy receptivo con las emociones de los demás —es bastante agotador a veces—, me gusta ayudar a la gente —esa parte la amo—, pero sentir el dolor es otra historia, ya que este me abruma gran parte del tiempo, todo debido a que siento dolor equivalente al de la otra persona. Realmente es muy desgastante.

Por otro lado, una de las cosas más problemáticas es percibir las intenciones de la gente, esta cualidad me hizo cambiar de colegio más de tres veces:

En uno evité que otros niños le pegaran a un compañero, *bien*, no lo evité, más bien me gané los golpes en su lugar, pero no me importaba porque él no se los merecía, nadie se merece golpes por su sexualidad. Tomé muchas palizas, pero extrañamente siempre llegaba a casa sin un rasguño.

En otro, no pude evitar que matones le quitaran el dinero del almuerzo a otros chicos, pero yo mismo les regalé muchas veces el mío, o a veces les daba mi dinero para comida. No era justo para esos niños, sus padres hacían lo que podían y otros los intimidaban cuando no tenían ninguna carencia. Muchas veces no almorcé por esto, pero curiosamente no recuerdo haber llegado a casa con hambre.

Previne un par de robos, lo que me ganó muchos problemas con los policías por entrometerme, pero siempre estuve a salvo. Era curioso como siempre las armas de los asaltantes nunca tenían balas, o los cuchillos se les caían de las manos.

Incluso salvé un par de veces a niñas de ser violadas. Esa es una de las peores emociones que he vivido. Sentir la sed de lujuria, sometimiento, agresión y brutalidad, me dejó congelado del miedo la primera vez que la experimenté. Aunque la peor parte sin duda fue el miedo de la víctima, eso junto a su desesperación me hicieron reaccionar. No podía dejarla sola. Ahora, me gustaría poder decir cómo las ayudé, pero francamente no puedo recordarlo. Solo tengo pequeños flashes de imágenes de ellas abrazándome agradecidas, para luego encontrarme en casa durmiendo tranquilo.

*Raro… bien, no tan raro, ahora sé que Alexander tiene que ver en todas ellas.*

Había muchas cosas curiosas en mi vida, descubrir que me alimentaba de magia fue una de ellas. Supongo que siempre pensé que existía, no por nada amaba tanto los libros de fantasía y romances. Tenía sagas y sagas de libros. Amo leer, como también amo escribir furtivamente. Meterte en la historia, empatizar con los protagonistas, animarlos en sus luchas internas, todo era un viaje imaginario muy divertido.

A pesar de lo anterior, cuando mi padre me dijo que nos alimentábamos de magia me dio un poco de miedo. Me dio miedo depender tanto de alguien. Saber que en algún momento puedo morir si es que ese alguien no me da su magia, me aterró. Incluso me hizo sentir bastante inútil e impotente. Es como si estuviera condicionado a que ese alguien no se enojara conmigo o podría matarme de abstinencia mágica.

Luego recordé que voy a cumplir veintiún años y aún sigo vivo. Lo que quiere decir que alguien realmente se ha preocupado por mi vida y yo ni siquiera lo sabía como para poder agradecérselo, entonces me sentí un completo ingrato, además de bastante culpable por dudar de sus intenciones.

Le pedí a mi papá Habuh si me podía mostrar una foto de su creador, a lo que él de inmediato me mostró a una mujer de cabello cobrizo anaranjado, de ojos ambarinos, que parecía hasta más joven que mi papá Noah —lo que era decir mucho porque mi padre se mantenía muy bien—, no la reconocí de inmediato, pero tenía algunos recuerdos fugaces de haber visto su cabello cobrizo antes. Mi hermano me dijo que cuando era mucho más pequeño nos visitaba mucho y yo le decía «abu Ámbar», pero dejó de venir cuando yo comencé a crecer y ella nunca envejeció.

Pensé que los magos serían mucho más viejos, ya saben, como en todas las ilustraciones de los brujos, los cuales tienen muchas arrugas, cabello blanco y frondosas barbas, pero al parecer no era así.

«Los sabios envejecen dependiendo de su magia. Mientras más claro es el color de su magia más lento envejecerán, eso quiere decir que los que tienen magia blanca, siempre se verán de aspecto joven, al contrario, a los que manejan magia negra»

Esa fue la explicación de mi padre.

¿Qué magia tendrá mi mago?

Cuando lo vi en mi sueño, se veía muy joven por lo que esperaba que se viera como alguien casi de la edad de mi papá, lo que suponía que rondaba los treinta y cinco o cuarenta años, ¡grande fue mi sorpresa cuando mi mago no se veía mayor, sino que era el joven más guapo que había visto en mi vida!

¡Era igual a mi sueño!

Es encantador por donde lo mires, con su hermoso pelo castaño caoba, unos grandes ojos almendrados del más puro color cielo, su nariz redondeada en la punta, sus labios con un perfecto arco de cupido, su lunar bajo el ojo derecho y otro bajo su labio inferior, su oreja con una perforación, su fuerte quijada, su gran porte, todo de él era hermoso. Ese tipo de belleza que te quita el aliento, o te hace voltear en la calle porque tus ojos no quieren despedirse de la imagen que ven.

No sabía que tenía un tipo, hasta que conocí a Alexander. Porque me di cuenta que es totalmente mi tipo.

Antes de conocerlo, mi padre me había dicho que siempre tendría que estar agradecido con él. Que, pasara lo que pasara, mi responsabilidad era protegerlo y servirle cuanto pudiera. Siempre su voluntad iba primero a la mía. Lo que me dio algo de temor y pena, no quería vivir sirviendo a otra persona. Después de conocer al mago pensé que no me importaría cumplir las peticiones de papá.

**Primer problema: estoy seguro que Alexander no piensa así.**

Creo que siempre antepone mi voluntad. Lo he visto dos veces frente a frente —sin contar

los recuerdos—, y nunca me ha impuesto nada, siempre ha puesto mis deseos y demandas por delante de las de él mismo, aunque sé que no siempre está de acuerdo. Estoy muy seguro que no me ve como alguien inferior a él, eso me alivia muchísimo.

No sé cuáles son nuestros límites, pero pareciera que Alexander siempre está trazándolos, alejándome. Como si no soportara estar mucho tiempo en el mismo lugar que yo.

¡Lo que era totalmente injusto! Porque estoy amando estar dentro de su rango. Pero no hay problema, sé que llegaremos a un punto medio donde ambos estaremos cómodos.

**Segundo problema: es malditamente guapo.**

Cada vez que lo veo mi cerebro se divide. Una parte piensa en todas las cosas hermosas que siento cuando lo veo, el cómo me siento feliz, protegido, como si flotara en amor. Y la otra solo quiere lanzarse en sus brazos y rogarle que me haga suyo (lo que me avergüenza de sobremanera).

Siempre supe que era un desastre, pero nunca supe cuánto… hasta que lo conocí.

Creo que ambas mitades coincidían en que quieren estar entre sus brazos. La diferencia es que una quiere que le cobijen y le llenen de mimos, y la otra se hunde en deseo.

Esto es muy vergonzoso, porque antes de saber de su existencia mi libido era casi inexistente. O sea, no digo que no conocía acerca de esto, leí muchas cosas sexuales y me moría por experimentarlas yo mismo, pero nunca me sentí excitado o sexualmente atraído por una persona, siempre pensé que a lo mejor tenía un problema hormonal, que tenía muy pocas en mi organismo o algo así. Hasta que encontré a Alexander Leblanc. Era como si todas las partes de mí que estaban dormidas y que no sabía que existían, despertaran cuando él estaba cerca. Me aplaudía internamente por estar en modo coqueteo siempre a su alrededor.

No pensé que sería un adolecente hormonal, pero al parecer simplemente no había conocido a quien hacía mis hormonas vibrar. No es una mala experiencia, es algo nuevo, algo diferente y mi curiosidad se muere por seguir explorando todas sus aristas.

**Tercer problema (el mejor de todos): es mi consorte.**

Eso quiere decir, hasta donde tengo entendido, que es mi pareja.

Sí, soy el hombre mitad ángel más afortunado de la vida.

Puede que él mismo crea que es un mal partido para mí —aunque yo nunca pudiera verlo de ese modo—, porque nos comprometimos de una forma inconsciente cuando yo era muy pequeño. Pero no creo que sea algo malo, incluso me felicito a mí mismo por mi toma de decisiones.

*¡Bien hecho Lucian del pasado, conseguiste al hombre de tus sueños antes de que lo soñaras!*

Puede que todos piensen que me siento así de enamorado, solo por el vínculo que compartimos, e incluso crean que todo es dependencia causada por nuestro compromiso. Pero sé que no es así.

Hay algo que nadie sabe del día en que nos conocimos. Cuando reviví ese recuerdo pude sentir como mi alma se llenaba de gozo estando a su lado. Era como si lo hubiera reconocido. Podía estar llorando, muy triste, con mucho dolor, pero mi alma estaba gritando.

*¡ES ÉL!*

*¡Él!*

*¡Es muy bonito! ¡ES ÉL! ¡Lo quiero a él!*

*¡Solo a ÉL!*

*¡Bonito, bonito, bonito! ¡Amor!*

Por eso puse mi mano en su mejilla. Porque mi alma clamaba por la suya. Es como si encontrara perfecta resonancia cada vez que lo siento y solo puedo hacerlo cuando lo estoy tocando.

Creía que podía hacerlo con todos, así que me puse a tocar a todos para ver si también podía tocar sus almas, pero no funciona así. Con mis familiares solo puedo percibir tenuemente, casi como un vistazo claro a sus emociones. Con el resto de la gente no ocurría nada, mi toque los calmaba cuando estaban angustiados, pero nada más. Ninguna conexión profunda.

En cambio, con Alexander es otra historia. Es algo mucho más espiritual y potente. Su alma está ahí para mí, a mi acceso total, para darle amor.

Se merece todo el amor del mundo, porque las pocas veces que he sentido su alma, puedo notar su tristeza y soledad. No quiero que se sienta de esa forma nunca más. Porque yo me sentía de esa forma hasta hace poco, cuando me di cuenta que siempre he tenido a gente a mis espaldas sin saberlo. 150 deseos cumplidos, me hacen darme cuenta lo amado que he sido.

Puede que mi consorte no lo asuma todavía, pero estoy seguro que esa es la razón de los 150 deseos. No importa que no lo admita, porque yo haré que lo haga.

No me quedaré de brazos cruzados. No después de verlo llorar a causa de mis palabras.

Ayer cuando estábamos en la rueda de la fortuna le dije que era la mejor elección de mi vida y Alexander se rompió. Me miró sorprendido para que luego dejar salir sus lágrimas.

Tuve miedo, pensé que lo había herido de forma inconsciente. Así que apenas reaccioné fui a abrazarlo con fuerza, tratando de confortarnos a los dos. Pero en sus emociones no había asco, repulsión o miedo. Para mi sorpresa lo que esperaba no se acercaba a lo que encontré: había amor. Mucho amor. Mucha emoción. Estaba conmovido, feliz, con júbilo y, en lo más profundo, había paz.

Él se aferró a mi abrazo hasta que su alma se calmó. Era increíble sentir la felicidad de nuestras almas al estar tan cerca.

«Al fin juntos».

En todo ese mágico momento la rueda de la fortuna nunca se movió de su lugar. Como si nos estuviera esperando, dándonos tiempo para expresarnos. Luego de eso Alexander tomó mi rostro e instintivamente cerré los ojos esperando un beso. No fue donde añoraba, pero quedé conforme, ya que besó mi frente como la primera vez. Sentí su magia hacerme cosquillas como si ella también estuviera feliz de estar conmigo nuevamente.

—Gracias, Cian.

Eso fue lo último que escuché antes de encontrarme en mi casa, específicamente, en mi habitación, completamente solo. Había en mi mesa de noche un pequeño botón de rosa junto a una nota que decía:

«PERDÓN Y GRACIAS.

A. LEBLANC».

No estaba enojado, al contrario, estaba decidido. Conquistaría a ese mago y lo haría muy feliz. El nuevo propósito de mi vida había sido desbloqueado y se sentía muy emocionante.

Dean llegó poco después, fue a ver si me encontraba bien. Ya no tenía el pelo verde menta, al parecer había amenazado al mago para que devolviera su cabello a la normalidad. *Aburrido*.

—¿Me vas a contar tu historia con Alexander? —estaba algo enojado con él por todas las cosas que me había ocultado.

—Lo haría… pero resulta que te divertiste a costa mía. Así que tendrás que esperar. Ese será tu castigo —cerró mi puerta.

Aunque estaba molesto con Dean por ocultarme demasiadas cosas aún necesitaba su ayuda. Porque tenía un plan para conquistar a Alexander y este contaba con tres variables.

**La primera: Dean.**

Así que dejé de lado mi orgullo y entré a su habitación. Él estaba sentado en su escritorio escribiendo algo en su computadora. Así que me senté en su cama y tomé un cojín esperando a que se desocupara, para no interrumpirlo.

—¿Qué quieres, Lucian? —preguntó sin despegar la vista del teclado.

*Lucian, tú puedes.*

—Tengo un amigo que necesita ayuda con algo.

—¿Ezra? ¿Está bien?

*¿Por qué mentir es tan difícil? ¿Cómo la gente puede hacerlo con tanta facilidad?*

—Eh… no. No es Ezra.

Él solo me miró con la ceja levantada, interrogante.

—No tienes otro amigo —señaló audaz.

*Cierto.*

—¡Claro que tengo! Solo no te he hablado de él.

—Bien —aceptó levantando su mano en señal de derrota— ¿Qué quiere tu amigo?

—Verás… tiene un problema. A él le gusta un chico y sabe que ese chico también siente cosas por él, pero siempre lo está alejando, como si se sintiera incómodo con su presencia. ¿Qué crees que debería hacer para poder acercarse a él?

—¿Hablas de ti y Al? —apoyó el codo en el escritorio y recargó el rostro en su mano, divertido.

—Sí… ¡NO!, de mi amigo, de mi amigo —repetí nervioso.

—Bien, en otros casos diría que si te está alejando es porque quiere espacio, así que simplemente deberías dejarlo tranquilo, en algún punto él debería buscarte. Pero como hablamos de Al, definitivamente no tienes que hacer eso.

—Te refieres a cuando los protagonistas se ignoran solo con el fin de llamar la atención del otro. ¡Hacerse el difícil! —declaré entendiendo su punto.

—Sí. No tienes que hacer eso. Al contrario, tienes que conseguir la forma de pasar la mayor parte del tiempo juntos. Eso lo desesperará totalmente —Dean sonaba divertido.

*¿Desesperar? ¿Eso no es malo?*

—Puedo hacer eso. Pero no quiero desesperarlo, al contrario, quiero hacerlo feliz. ¿Debería coquetearle?

—¿Sabes cómo? —inquirió escépticamente.

—Un poquito. Creo que es más mi encanto natural —sonreí acunando mi cara entre mis manos.

—Sí. Hazlo, sufrirá mucho. Lucian…

*¡Pero no quiero hacerlo sufrir! ¡Quiero protegerlo y cuidarlo, como él ha hecho conmigo!*

—¿Sí?

—Lo que sea que hicieras o dijeras a Al hoy, vuelve a hacerlo. Realmente estaba muy feliz cuando volvió a la tienda. Hace tiempo no lo veía tan radiante.

Ante sus palabras sentí como el calor se subió por mis mejillas, al mismo tiempo que los labios se curvaban hacia arriba sin poder evitarlo. Siendo sinceros, pasaría abrazándolo si de mí dependiera.

—Es genial, amable y muy encantador —se me escapó en voz alta.

—Sí, lo es —concedió con una mirada nostálgica.

*Oh, no… conozco esa mirada. El peor escenario.*

—¿Te gusta? —pregunté con algo de pena.

—Es tuyo, Lucian. No te preocupes —volvió la vista a su computador.

—No te pregunté eso.

Volteó a mirarme y vi claramente como se encontraba en un gran debate mental, no quería hablar del tema, pero ambos estábamos consientes de que era el momento justo para hablarlo.

*Vamos, por favor se honesto conmigo, Dean.*

*No importa que sea doloroso para ambos, déjame compartir el dolor.*

—Quizás… quizás me gustó por un tiempo. ¿Cómo no hacerlo? Es encantador, es casi insólito que él no se dé cuenta lo genial que es.

—Dean…

—No, nada de *Dean* con esos ojos de pena. Estoy bien. Me conformo con ser uno de sus mejores amigos. Me prometí que lo ayudaría y cuidaría siempre. Lo que es irónico porque es él quien siempre me está cuidado. Quiero que él, más que nadie, sea feliz, y creo que solo tú puedes darle eso.

Sentí muchas cosas en esa habitación:

*Tristeza.*

*Nostalgia.*

*Cariño.*

*Amistad.*

*Lealtad.*

*Sinceridad.*

*Amor.*

Me levanté y abracé a mi hermano, porque la situación en la que nos encontrábamos era terrible. Mi hermano siempre había estado para mí cuando lo necesité, con una sonrisa, una palabra de aliento o apoyándome en silencio. Por otro lado, recién estaba descubriendo que había alguien más que ha estado para mí toda mi vida y esa persona me hacía sentir muchas cosas que nunca había experimentado.

Era difícil.

Porque una de las cosas en las que sabía que era bueno era la inteligencia emocional. Sé muy bien lo mucho que amo a mi hermano, y mi alma es muy efusiva respecto a su amor por el mago. Era una encrucijada horrible, pero no me sentía listo para renunciar a una relación que estaba recién empezando… es una situación totalmente injusta, quería ser egoísta por primera vez en la vida. No, no podía renunciar antes de intentarlo.

—Te amo, Dean. Pero tengo muchas ganas de luchar por él, creo que he esperado gran parte

de mi vida este momento. No puedo simplemente hacerme a un lado, siento que destrozaría mi alma si hiciera eso. No quiero hacerte daño, pero no reprimiré mis sentimientos ahora que tengo noción de ellos.

—No creo que necesites hacerlo. Siempre fue tuyo —devolvió mi abrazo.

—Dean, no se trata de si es mío o no. No quiero que lo den por hecho, quiero ganármelo. Quiero ganarme su amor, sus sonrisas y sus suspiros. Si tú ya renunciaste a él, bien. Si no lo has hecho, también bien. No podemos controlar nuestro sentir. Pero ahora que puedo, no me reprimiré, lucharé por nuestra felicidad.

*Porque estaba muy seguro que cuando entraba en el radio de Alexander todo su mundo se iluminaba, lo sé porque puedo sentirlo muy claramente.*

—Parece que mi adorable hermanito ya es alguien de armas de tomar. Sabes, aunque no lo creas, realmente soy muy feliz de escucharte hablar así.

Me llena de alivio poder escuchar la fortaleza y la valentía que tienes Cian. No te preocupes por mí. Lucha por tu felicidad. También te amo mucho. Eres demasiado cursi, siento que me dará un coma diabético.

Con nuestros vínculos familiares nuevamente fortalecidos salí de su habitación con un sentimiento agridulce en mi pecho. No retrocedería.

No sabía qué clase de historia tenían mi hermano y mi mago, pero la averiguaré. Sé que me dará mucha pena y tristeza, pero realmente quiero saber todo lo que no me he enterado de mi propia vida.

*¡Basta de pensamientos tristes!*

*Primera variable lista.*

*Debo ser insistente. Puedo hacer eso, mejor dicho, quiero serlo. Será divertido.*

**La segunda: Ezra**

Por supuesto que tenía que hablar con mi mejor amigo respecto a un acontecimiento tan importante en mi vida. Así que lo primero que hice fue llamarlo en mi habitación. Unos pocos segundos más tarde y ya había contestado.

—Ezra —hablé por celular acostado en mi cama.

—*¿Cian? ¿Qué ocurre?* —habló con voz cansada—. *Es casi medianoche. ¿Estás bien?*

—Por supuesto, mejor que nunca. Necesito presentarte al amor de mi vida.

—*¡¿Quién es?! ¿La conozco?* —eso lo despertó por completo.

—No, no creo. Y debo aclarar que es un hombre.

Ahora que lo pienso nunca hemos hablado de nuestra sexualidad, nunca fue un tema muy relevante, porque no recordaba haber mostrado interés romántico por alguien antes. Tuve el estómago apretado por un segundo, para luego relajarme.

—*¿Eres gay? No me importa que lo seas, Love is love.*

No esperaba nada menos de mi mejor amigo. Ezra no es de los que se preocupan de cosas banales como estas, además se nota a leguas lo mucho que me adora, somos mejores amigos desde siempre.

—Supongo, en realidad no lo sé, solo me ha gustado un hombre en la vida y es ese.

—*¿Es guapo? debe serlo para que te hayas fijado en él.*

—Mucho. Es el más guapo de todo el mundo.

—¿Es buena persona?

—Obviamente, no hay forma de que me hubiera gustado alguien con malos sentimientos, hay mucha bondad en su corazón.

—¿Cuándo me lo presentarás?

—¡Mañana! Vamos a verlo mañana… pero recuerda, Ezra, yo lo vi primero. Nada de enamorarse a primera vista de él. ¿De acuerdo?

*—Sí, sí. Tengo que verlo para saber si tiene mi aprobación. No cualquiera puede ser digno de ti, Cian. Tiene que cumplir una lista de requisitos, es una lista muy larga.*

—Él no puede ser más digno —sentencié divertido.

Luego de la llamada con Ezra, simplemente fui a dormir con una sonrisa en el rostro. A pesar del agridulce momento con mi hermano, no podía borrar mi emoción, tenía mucha energía acumulada, me sentía sobre excitado, justo como la noche anterior a un viaje a un parque de diversiones, pero debía dormir, me esperaba un largo día.

Habían pasado largas horas y por fin estaba listo para volver a ver a mi dulce mago. Mi primera idea es que fuéramos encubiertos, aunque era difícil, Ezra es muy ruidoso. No podía quedarse callado y tranquilo, siempre he pensado que tiene hiperactividad o algo así. Tampoco me hizo caso sobre vestir ropa discreta, él solo se puso un gorro rojo sobre su cabello castaño claro, junto con una camiseta rayada multicolor y pantalones negros. Por mi parte me vestí con una camiseta blanca y con jeans, nada extravagante.

Cuando llegamos a la tienda procedí a darle las instrucciones.

—Bien, entras pides la recomendación del día. Ves lo guapo que es y sales. Simple.

—¿Cómo voy a saber quién es? —preguntó mi amigo emocionado por ser parte de un plan.

—Es el dueño de la tienda y el único que trabaja ahí. Aparte lo notarás, tiene una gran presencia —estaba confiado, hice que entrara.

—¿Por qué no entras conmigo?

—Porque quiero que veas lo perfecto que es por ti mismo, sin mí como condicionante —expliqué sonriente.

—Bien, bien, ya voy… —él abrió la puerta de la tienda y cuando tuvo la mitad de su cuerpo dentro se giró para hablarme— ¡Cian! ¿Seguro que no quieres entrar?, es tu oportunidad de verlo.

*Aish… este idiota.*

*¡Claramente estás llamando la atención! ¡Ezra!*

Me acerqué para cerrar la puerta con rapidez, pero no fue suficiente. Nos encontramos allí, Alexander dentro, mi amigo en medio y yo afuera. Solo fue un segundo donde el tiempo se paralizó, los tres nos miramos y vimos el pánico en todos nuestros ojos.

Creo que Alexander realmente paró el tiempo, porque todos dentro de la tienda estaban congelados, mientras que Ezra había perdido todo el color del rostro.

—¡Oh! ¡Maestro! ¡Le juró que no es mi culpa! ¡Yo no sabía! ¡Perdón, perdón, perdón! —Ezra estaba desesperado frotando sus manos.

—Mierda. Ezra —suspiró con cansancio.

*¿Qué está pasando aquí?*

—¡Le juró que no fue mi idea! No esta vez por lo menos. ¡Lo sieeento!

*¿Esta vez?*

—¿Están bien? —Alexander se acercó a mirarme preocupado.

—Estamos bien, Maestro, nada ha pasado. No hice nada. No aún por lo menos—estaba al borde de un ataque de ansiedad.

—Joder, está bien, Ezra, cálmate.

—No puede ser… ¿también conoces a Ezra? —me sentía algo indignado.

*¡¿Cómo es que todos lo conocen, lo ocultaban de mí?! ¡Increíble! ¡Hasta Ezra! Calma, Cian. Respira y escucha sus explicaciones.*

—Sí, es imposible no hacerlo —mi mago se pasó la mano por el rostro de forma cansada.

—¡Cian! ¡¿Por qué no me dijiste que el amor de tu vida era Sasha?! —exigió indignado.

*Tiene que estar bromeando. ¡Le pedí no decir nada!*

—¡Ezra! ¡¿Qué haces ventilando todo?! —lo regañé por su indiscreción.

—¿El amor de tu vida? —preguntó con sorna Alexander.

—Aish. Sabía que tenía que ser él. No sé porque pensé que podía ser otra persona —resopló amurrándose mientras se sentaba en la barra apesadumbrado.

Alex lo tomó del borde de su camiseta y lo sacó del asiento mirándolo con clara molestia.

—¿Disculpa...? Escuché que ibas a conocer el amor de su vida, el que suponías que no era yo. ¿Sin avisarme? —su sarcástica sonrisa asustaba.

—Eh… no, no, o sea. No creí que sería algo *taaan* en serio —se removió nervioso.

—Si no creíste eso, ¿por qué hiciste la lista con los requisitos que debía cumplir para ser mi pareja? —puntualicé sin más.

No tenía ninguna intención de salvarlo, él me expuso primero. Al escucharme, Alexander lo

miró con una ceja alzada viéndose intimidante. Debía confesar que era un poco divertido conocer otra faceta del mago.

—¿Y qué opinas? ¿Soy apto o no?

—El maestro Alexander, es el único apto. Solo él. Es más que apto. Es totalmente digno de alguien tan magnífico como Cian. Definitivamente no puede haber alguien más apto. Es perfecto —reía nerviosamente.

—Bien. Ya basta ustedes dos. ¿Por qué Ezra actúa como si fuera *Dobby*?

Ante mis palabras ellos se miraron entre sí para luego estallar de la risa dejándome más confundido de lo que ya me encontraba. Creía que había sido una gran analogía.

—Joder, si pudiera regalarte un calcetín para deshacerme de ti te hubiera dado una fábrica entera —comentó riendo Alexander.

—Cree que soy un elfo, que *tieeerno* —Ezra me abrazó.

—Yo creo que como elfo doméstico hubieras sido más útil —admitió aun mirándolo divertido.

—Que malo eres. ¿Cómo es que te recuerda? ¿Qué clase de magia usaste y por qué no la usaste antes?

*¡Estos dos son mega cercanos! ¡No es justo!*

—No fui yo. Fue un amigo. Sus recuerdos volverán. No me mires así, Cian, no hagas pucheros —acarició mi cabeza de forma inconsciente.

Fue un leve contacto, era realmente lamentable lo necesitado de cariño que me encontraba, porque esa leve caricia me dejó por los cielos, aunque debía admitir que realmente quería más, ojalá su mano nunca me abandonara.

—¿Ezra sabe que soy mitad ángel? —pregunté preocupado mirando a mi mago, suplicándole con la mirada que no se alejara.

—Claro que lo sé. Yo soy tu ángel de la guarda, Cian —reveló sonriéndome con ternura.

—El peor ángel de la guarda.

*¿Ángel de la guarda?*

*¿No mi mejor amigo?*

*¿Todos estos años he sido un simple trabajo otorgado por alguien más?*

—¿En serio, Ezra? ¿Estás conmigo solo por obligación? — esas palabras me apretaron el estómago, me sentí triste y ligeramente traicionado.

—¡Nooo! ¡Yo estoy de tu lado, Cian! Hace años que dejó de ser obligación. Tú no solo eres mi protegido. Tú eres mi mejor amigo —suplicó con la mirada que le creyera.

—Créele, Cian. Ha hecho un pésimo trabajo, obviamente no es obligación. Como ángel guardián es un menos diez, pero como tu mejor amigo ha hecho un gran trabajo —reconoció Alexander.

—¡Sashaaaa...! —exclamó mirándolo emocionado—. Es lo más lindo que me has dicho en años.

Ni siquiera puedo recordar las cosas que ha hecho mal según mi mago, solo recuerdo toda mi vida estando al lado de Ezra. Desde que nos conocimos, cuando cambiamos de dientes de leche, hasta cuando nos graduamos de la escuela, cada día de mi vida había estado a su lado. Todos mis recuerdos estaban llenos de Ezra, eso no podía ser obligación, era cariño y lealtad. Desde que lo conocí nunca más jugué solo, nunca más me sentí aislado, éramos los dos contra el mundo. Sabía

que eso era real.

Vi como él me miraba apenado y me tendía su mano tentativamente, era claro que tenía miedo a mi rechazo, pero aun así dio el primer paso.

—Soy Ezra, soy un ángel. ¿Podemos ser amigos? —suplicó con la mirada una oportunidad.

«—Soy Ezra. ¿Quieres ser mi amigo? —preguntó un niño que nunca había visto en el parque de juegos, vestía jeans y una camiseta amarilla, tenía el cabello cobrizo al sol, no podía distinguir si sus ojos eran caramelos o pardos y le faltaba un colmillo.

—Hola, Ezra, me llamo Cian. ¿Estás seguro? Si te juntas conmigo los otros niños no te hablarán —mencioné apuntando a otro grupo de niños más alejados que se encontraban jugando con una pelota.

—¿Por qué ellos no juegan contigo?

*No quería responder a eso. ¿Qué pasa si cuando lo sepa tampoco quiere ser mi amigo? No quiero que eso pase.*

—Porque soy algo torpe y malo en sus juegos, además… no soy bueno guardando secretos —confesé sin poder evitarlo.

*¡No! ¡¿Qué haces, tonto Cian?!*

Pero él no se alejó, su mirada no mostró dudas, al contrario, mis palabras lo convencieron aún más de que estaba haciendo lo correcto.

—¡Yo tampoco soy bueno! ¡Sé mi amigo, Cian! —sus ojos brillaban con una enorme sonrisa. No me dejó responder y ya había tomado mi mano para arrastrarme de mi escondite bajo la sombra de un árbol y guiarme hacia el patio de juegos».

Rechacé su mano con suavidad para abrazarlo fuertemente. Ezra había tomado mi mano y no la había soltado jamás. Me salvó de la soledad y los prejuicios de otros. Me brindó más sonrisas de las que podía recordar. Me apoyó en cada uno de mis pasos y, si tenía dudas o miedos, él iba adelante para demostrarme que no había nada que temer.

Ezra podía dejar de ser mi ángel de la guarda, pero nunca dejaría de ser mi mejor amigo.

—¡Idiota, ya lo somos! Eres tan cursi. No hay que volver a empezar cuando tenemos años siendo amigos, no puedes resetear el cariño de tanto tiempo.

Pude palpar su emoción y su ternura, lo que me dejó encantado. Lástima que nuestro lindo momento no duró mucho, porque mi consorte nos separó rápidamente.

—Muy tierna y adorable su hermosa amistad, pero deben separarse, el tiempo volverá a la normalidad en diez segundos —anunció con una pequeña sonrisa de ternura—. ¿Algo que decir antes de fingir normalidad?

—Sí, Alexander.

—Rápido Cian, cinco segundos.

—Deseo trabajar aquí. Contrátame.

Lo siguiente que vi luego de pronunciar esas palabras, fue la hermosa expresión de shock en el rostro de Alexander —el cual me moría por llenar de besos— y, un segundo después, el tiempo volvió a la normalidad, así que la taza que había dejado caer mi mago por la sorpresa se estrelló en el piso.

¿Cómo alguien puede ser tan encantador?

**La tercera: conseguir empleo con el amor de mi vida.**

*L. Asher mitad ángel de A. Leblanc.*

# *8*

## *Benditos sean los besos en la frente*

—Deseo trabajar aquí. Contrátame.

*Contrátame.*

*Contrátame.*

*Contrátame.*

*¡Mierda!*

La taza que se cayó de mis manos fue el detonante para que saliera de mi shock momentáneo. Vi como algunos de los clientes miraron en mi dirección extrañados para luego seguir con sus conversaciones. Por mi parte me temblaban las manos recogiendo los trozos de cerámica. No estaba seguro si era por miedo a mi propia incapacidad de controlarme teniendo a mi ángel cerca, o por lo fuerte que me golpeó el anhelo por lo mismo.

—¿Alex…? ¿Estás bien? —Lucian trataba de ayudarme.

—Sí... vayan a sentarse les llevaré algo para servirse —pedí mientras me deshacía de todos los trozos de la taza rota sin ocupar magia.

—¿Y mi deseo? —su voz está llena de diversión.

—Cian, por favor dame un poco de tiempo. Lo discutiremos cuando la tienda esté vacía —supliqué con la mirada por un poco de comprensión y paciencia.

—No puedo esperar a la noche, Alexander. Es sábado ¿recuerdas?, tienes otro local que atender por las noches.

*Maldición*

Me estaba restregando en la cara el que tengo contratado a su hermano para trabajar en el bar y no a él, no fue nada sutil en señalar su molestia al respecto.

—Solo hasta que la gente se vaya. Prometo que no dejaré que nadie más entre, solo que salgan.

Vi la mirada de duda en su rostro, pero me concedió mi súplica y se llevó a Ezra a sentarse a una mesa del fondo de la tienda. A pesar de tener un lío en mi cabeza les llevé galletas de limón con una helada jarra de limonada de frambuesa. Ambos estaban muy sonrientes, como si no les importara lo mucho que la decisión me estuviera matando, al contrario, Cian parecía que lo estaba disfrutando por completo.

*Bien.*

Era el momento de hacer una lista de pros y contras sobre la situación de tener a Lucian trabajando en la tetería, siempre funciona.

**CONTRAS:**

**1. Distracción:** La presencia de Lucian eclipsa todo lo demás, sumado a que solicitará inconscientemente mi atención y me mantendrá completamente enfocado solo en él.

**2. Autocontrol:** Estrés constante por mantenerme alejado de Lucian, no estar encima de él (en todos los sentidos), y darle su espacio.

**3. Cansancio:** Sufro mucha tensión cuando él está alrededor, estoy tan acostumbrado a verlo cuando tiene problemas que mi cuerpo asocia su presencia a estar en un estado de alerta.

**4. Descontrol de magia:** Esta se sobre estimula cuando él está cerca, se vuelve muy difícil de controlar, hace cosas locas sin que le dé permiso.

**5. Muerte:** Posiblemente ocasionada por estar frente a su lindura constante.

**6. Realidad y la ley de Murphy:** Es demasiado bueno para ser real, algo va a salir mal.

**PROS:**

**1. Poder verlo**: Estará donde mis ojos lo vean, no tengo que mirarlo a través de cristales mágicos o espejos encantados.

**2. Menos trabajo:** No tengo que curar heridas, salvarlo, alimentarlo, porque se supone que no se meterá en problemas al estar cerca de mí.

**3. Paz interior:** Menos preocupaciones de no saber qué está haciendo, o si está bien. Puedo conversar con él directamente y preguntarle por su día, o escucharlo hablar sobre lo que él desee contarme.

**4. Felicidad:** Lucian estará frente a mí todos los días. De solo pensar en que podré ver su sonrisa todos los días hace que mi alma se sienta cálida.

**5. Personal:** Una mano más de trabajo, realmente necesito un mesero, a veces me da ganas de hacer todo con magia, pero sé que debo ser cuidadoso respecto a esto si todos mis clientes son humanos.

*No puedo decirle que no, si ya contraté a su hermano. Sería injusto.*

Es cierto, las circunstancias fueron totalmente diferentes, le ofrecí el empleo a Dean porque sabía que lo necesitaba. En cambio, Lucian me está presionando para obtenerlo —algo que nunca pensé que pasaría—. Es astuto, lo reconozco, porque me está orillando a la decisión que él quiere. Cian siempre ha sido muy inteligente y de razonamiento rápido, deben ser los genes, su hermano también es así, con la diferencia de que el primero no puede mentir para tener la ventaja.

*No sé qué voy a hacer con estos dos hermanos.*

*¡No paran de presionarme!*

Debía confesar que ver a Lucian y Ezra sentados riendo de forma amena en mi tienda me hace sentir muy tranquilo, parecía una escena realmente utópica. Ellos estaban ahí casi como si pertenecieran al lugar, mientras comían galletas y charlaban dándome miradas furtivas.

Estaba cortando pequeños trozos de brownies de chocolate para llevarles, cuando la llamada entrante de mi celular me distrajo. Una sensación de preocupación se apoderó de mí cuando el nombre de Dean apareció en la pantalla. Algo andaba mal. Los vellos de mi brazo se erigieron por completo avecinando las malas noticias.

—¿Dean?

—*Al… tengo un problema… uno enorme* —habló entre dientes.

*No*. Por todas las runas. Dean nunca llamaba a menos que fuera algo muy grave que no pudiera resolver él mismo. Por supuesto que algo malo tenía que pasar justo ahora, era obvio, todo había estado muy tranquilo. Maldición.

*Mierda, mierda, mierda.*

Lo primero que hice fue revisar las barreras de protección que había puesto en él, pero todas estaban intactas, pero eso no me aliviaba para nada, porque significaba que podía ser algo muy peligroso que lo acechaba de lejos.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué suenas así? —traté de no sonar tan nervioso como me sentía.

—*¿Lucian está contigo?* —su voz está agitada, como si estuviera corriendo.

—Sí, está con Ezra en mi tienda.

Hizo una pausa estúpidamente larga que solo provocó que el sentimiento de intranquilidad se expandiera en mí. *Algo no está nada bien.*

—*Al, un ángel me está siguiendo. No, seguir es corto. Me está persiguiendo* —escuché un deje de pánico en su voz.

*¿Un ángel?*

—Tranquilo, Dean. Mierda, las barreras no permiten que nadie que tenga intenciones hostiles o quiera causarte daño se te pueda acercar, mi magia ya habría reaccionado y los habría atacado, ese ángel no te puede dañar.

A pesar de que estaba tratando de tranquilizarlo, con un chasquido ya había desaparecido a toda la gente del local, dejé solo a Lucian y a Ezra dentro, me miraron sorprendidos mientras escribía una cadena de runas para sellar la tienda.

—*Sí, lo sé… pero hizo algo raro, no me siento bien… mierda Al, tengo miedo* —perdió totalmente la calma, escuchaba el pánico en su voz.

*Nunca.*

*Nunca en la vida había escuchado a Dean tan aterrado.*

—Voy para allá. Dean, voy en camino. No estás solo. No me…

Antes de que pudiera decir «no me cuelgues» la llamada se cortó y se me heló la sangre por completo. A pesar de que sentía la garganta apretada la forcé a levantar la voz para dar instrucciones.

—Maldición ¡Lucian, estás a cargo! ¡Ezra, código azul! —grité alertándolos.

El código azul significaba que tenía que estar en modo de defensa y protección, era probable que alguien viniera por ellos, así que Ezra debía estar atento y permanecer escondido con Lucian.

—¿Qué pasa? —Lucian está claramente preocupado.

—Tu hermano está en problemas, voy a ir a salvarlo. Ezra, haz tu trabajo, no te distraigas y no confíes en nada ni nadie que no conozcas, solo protege a Lucian, por favor. Si le pasa algo te arrancaré todas las plumas de las alas una por una. ¿De acuerdo?

—¡Entendido! —Ezra me miró asustado.

—No le abran la puerta a nadie. Volveré con Dean. Si no tienes noticias de mí en veinte minutos, destrozas una de las copas azules y pinchas tu dedo hasta que consigas una gota de sangre. Eso invocará a Liam, él sabrá qué hacer —miré a Lucian acongojado.

No quería dejarlo solo, tenía un terrible presentimiento, pero no podía dividirme. Necesitaba ir a auxiliar a Dean.

A diferencia de mí, él no se veía asustado o angustiado, al contrario, estaba escuchando atentamente cada palabra e instrucción que les estaba dando. Finalmente me regaló una mirada decidida.

—Salva a mi hermano, estaremos bien —me tranquilizó con fuego en su mirada.

—Sé fuerte, por favor —besé su frente para dejar más magia en él, en caso de que fuera

necesaria.

Desaparecí con un rápido chasquido para teletransportarme a un radio de cien metros de donde se encontraba Dean. Estaba en un edificio deshabitado que había comprado su universidad para transformarlo en una extensión, aún se encontraba en remodelación, por lo que estaba completamente desolado.

*Debe haber corrido hacía aquí para esconderse y alejarse de otros humanos, para evitar que salgan heridos.*

Seguí el delicado hilo de mi magia que se encontraba guiándome hacia él, no podía divisarlo a simple vista, comencé a correr temiendo que pudiera llegar muy tarde. Cuando por fin lo vi estaba en el piso, sentado contra uno de los muros en el interior del edificio, con la mano en su pecho, claramente teniendo un ataque de asma. El otro sujeto estaba parado cerca de él tratando de acercarse.

—¡NO LO TOQUES! —grité mientras me interponía entre el ángel de cabello rojo y Dean.

—Y-yo no le hice nada… estaba intentando ayudarlo —el ángel tenía la voz rota.

Ignoré sus palabras y me agaché a la altura de Dean y lo que vi no me gustó para nada. Tenía la cara hirviendo de fiebre, apenas podía respirar, sus ojos miraban vidriosos mientras se mordía el labio. Él se aferró a mi camisa tratando de levantarse con dificultad.

Estos chicos nunca se enferman, me he encargado toda su vida de que estén sanos. Alguien le hizo algo para enfermarlo así, porque hay magia involucrada, podía sentirla. ¿Pero cómo se habían saltado todas las defensas que tengo puestas en él? No deberían poder dañar ni un solo cabello de su cuerpo.

—Por las runas, Dean —sentí la rabia en mi interior tomar vida.

—L-lo siento, no quería hacer que vinieras. Hay que salir de aquí —susurró.

—No seas idiota, debiste llamarme antes. Debiste ir a la tienda, por algo te regalé el portal que tienes colgando en tu oreja —reprendí y señalé su pendiente de cruz.

—¿Y llevarlos hacia ti y mi hermano…? No soy tan idiota, Leblanc. Podré sentirme jodidamente débil ahora, pero nunca seré tan estúpido como para ponerlos a todos en peligro, tengo una moral firme —me dio una sonrisa derrotada.

*No, no hagas eso.*

*Maldición, Dean. Por favor, resiste un poco más.*

Me giré para encarar al sospechoso del padecimiento de Dean, para encontrarlo con las manos tiritando de preocupación. Claramente era un ángel, tenía el cabello rojo, su nariz era respingada, tez clara, por la distancia no podía ver el color de sus ojos, era bastante alto, en cuanto a su vestimenta, era sencilla: unos pantalones oscuros y camisa holgada blanca.

—¿Qué le hiciste? —exigí mirándolo con ganas de matarlo por dañar a alguien importante para mí.

—¡No le hice nada! —gritó desesperado.

—No sé cómo lo hiciste pasando por todas mis barreras, pero no permitiré que pase otra vez. —señalé mientras concentraba magia a mi alrededor.

—Al… no fue él… —señaló débilmente Dean.

*¿No fue él?*

Volví a mirar al ángel pelirrojo para notar genuina preocupación. *No fue él.*

—Claro que no fue él. Fui yo. Hola *Golden Dealer*, que sorpresa encontrarme con alguien tan famoso, por aquí —saludó una voz chillona lejos nuestro—. No es como si hubiera puesto un maleficio en uno de sus juguetes preferidos para sacarlo de su escondite.

De las sombras salió un chico de apariencia infantil, con el porte y los rasgos de un joven de

no más de quince años, lo que destacaba era su vestimenta pomposa, como si hubiera salido de la aristocracia antigua, con un short corto negro y camisa con terminaciones de encaje, sobre esta, una chaquetilla llena de broches de bronce. Era como si le hubiera robado la ropa a un muñeco de porcelana. El problema era su rostro de psicópata, sonrisa aterradora y grandes ojeras bajo sus ojos oscuros, los cuales eran casi cubiertos por su cabello negro. Nunca lo había visto en la vida, detestaba profundamente que él supiera quien era. Odiaba sentirme en desventaja.

—¿Quién eres?

—Oh, claro… supuse que no me conocías. Ustedes los magos me llaman *Tender Shadow*. Y soy el dueño de este angelito —respondió acercándose entre saltos a nosotros.

*¿Dueño de un ángel?*

—Pero… tu magia es negra. ¿Cómo te ves tan joven? —no tiene sentido, a menos que— Mierda. Mataste a su creador —deduje mirándolo con aún más rabia.

Mató a su creador, el cual era un mago blanco, por lo que debe haber consumido toda la magia de vida que este poseía, de esa forma se mantiene joven y se queda con el ángel de este, para usarlo después… como aperitivo.

*Este tipo es peligroso.*

Vi como el otro ángel bajó la mirada apenado y comenzó a alejarse para ir al lado de su nuevo dueño. Ahora estaba completamente seguro de que no era su culpa, solo seguía órdenes, lo peor es que realmente se veía preocupado por Dean.

*Probablemente…*

*Probablemente era el ángel de la guarda de Dean antes de que mataran a su creador. Por eso estaba tan preocupado por él y se apareció porque lo sintió en peligro.*

*Mierda. Esto era tan retorcido.*

—¡Ohhh! ¡Bravo! ¡Bravo! —aplaudió—. Los rumores son ciertos, inteligente y agradable a la vista. Me lo quedaría para mí —le comentó al ángel sonriendo.

*Estamos en una terrible situación.*

—¿Qué es lo que quieres? —pregunté entre dientes.

Consideré mis opciones, no podía pelear sin descuidar a Dean; tampoco podía hacerlo porque si lo hacía y lo mataba, ese ángel morirá por no tener un vínculo activo. Debíamos escapar hasta tener un mejor plan.

—¡¿YO?! *¡OH MY…!* ¡¿Me estás ofreciendo un deseo?! Ay, ay, ay... ¿Qué debería desear…? —chilló moviendo sus manos maniáticamente, celebrando con júbilo.

Sentí a Dean tensarse a mi espalda, mientras se aferraba a mi camisa. Dejé que mi cuerpo quedara como un escudo entre ese mago negro y mi amigo agonizante.

—Verás, yo colecciono angelitos. Me gusta desplumarlos y drenarles la sangre, es realmente deliciosa, rica en juventud. Pero existe un pequeeeño… problema —comenzó explicando como si fuera un niño pequeño moviendo sus manos para enfatizar cada palabra—. Tengo un ligero inconveniente con Apolo. Él está un poquitín enojado porque he matado a unos cuantos de sus hijos. ¡Pero vamos, tiene miles! —levantó los brazos y abrió sus ojos desmesuradamente—. No debería enojarse tanto —susurró—. Por lo que quería darle un regalito, uno rubio, muy lindo.

*Lucian.*

*¡El bastardo sabía de Lucian!*

—Ni lo pienses, te mataré antes de que lo intentes —amenacé sintiendo como mi magia

comenzaba a propagarse desde mis pies, congelé todo el suelo del lugar para luego crear unos espejos de hielo a nuestro alrededor.

—Primor… ya lo intenté. Por eso estás aquí. No te dejaré escapar —respondió con sorna mientras pisaba el hielo con fuerza logrando que este se trizara.

*Trampa. Todo fue una trampa, usaron a Dean como cebo.*

*¡Maldición, Lucian!*

*¡Por favor no dejes que te alejen de mí, no ahora que comencé a tener esperanza!*

Intenté retroceder cuando me di cuenta que huir no sería tan fácil, no podía moverme de mi lugar, miré hacia abajo para ver claramente como mi sombra y la de Dean se encontraban encadenadas aun cuando nosotros no tuviéramos ninguna física. El mago negro daba pequeños saltos con júbilo mientras nos miraba completamente divertido, incluso se dio el gusto de lamerse los labios saboreando su victoria.

*Cadenas de sombras. Ya veo, él controla las sombras, de ahí su nombre.*

—Mierda, Al, Lucian. Lo siento, tanto… todo es mi culpa —Dean sollozaba tiritando en mi espalda con impotencia.

—No, no es tu culpa, tranquilo. Necesito que cierres los ojos y no te sueltes, confía en mí por favor —susurré—. No abras tus ojos hasta que hayas contado hasta diez en tu mente.

Sentí que asistió con su cabeza, así que llevé mis dedos hacia delante lo más que pude y me preparé para chasquearlos.

—Oh ¿Qué harás? ¿Congelarme con tus hielitos? —desafió con sarcasmo.

*Algo mucho más fácil y rápido.*

—Ya quisieras. *LUX*.

En cuanto chasqueé, de mis dedos brotó una luz cegadora gracias al hechizo básico de luz, los espejos de hielo sirvieron para potenciarla y reflejarla por todo el lugar, todas las sombras se disiparon por completo y, de paso, los ojos del mago negro se quemaron.

Necesitaba aprovechar ese segundo, así que me di vuelta y abracé a Dean para teletransportarnos a la tienda con otro chasquido, a lo lejos escuchaba los gritos desgarradores del mago.

Ni siquiera pude suspirar con alivio al llegar a la tienda, el panorama era igual de desalentador al que escapamos, de hecho… era peor.

Aparecimos en medio del local y Dean ya no pudo mantenerse de pie, se escurrió entre mis brazos sin fuerza, Lucian estaba pegado a una muralla de la tienda con una copa azul intacta entre sus manos. El problema era Ezra… quien estaba colgando en los horripilantes brazos de una *Equidna*, esta tenía sus filosas uñas en la yugular del ángel.

Era gigante, cerca de los dos metros de altura o más, con una cola de serpiente que reptaba por gran parte del suelo, sus escamas subían por su cintura casi grisácea de lo blanca de su piel, su cabello era largo y oscuro, sus ojos eran amarillos y sus rasgos faciales eran afilados, partiendo por sus largos dientes que goteaban veneno.

—No te atrevas a moverte o el angelito muere —siseó.

—Bien… no haré nada —anuncié—. Lucian, acércate, necesito que cuides a tu hermano —pedí con voz tensa.

Casi podía hacerme una idea de la guerra campal que se había armado por el nivel de destrozos en la escena. Deben haberlos tomado por sorpresa, de otra forma sería imposible que

le ganara con tanta facilidad y rapidez a Ezra. A pesar de los puntos negativos del ángel, había pasado años entrenándolo en combate, en caso de que algo así pasara.

Ezra estaba lleno de heridas y ampollas por el veneno de la *Equidna*, mientras que Lucian no tenía ni un solo rasguño. Debió impedir por todos los medios que se lo llevaran.

—Ay, maldito mago. Se suponía que no deberías estar aquí.

—Al parecer tu jefe no es la gran cosa, pude librarme de él con el hechizo más sencillo del mundo, el primero que nos enseñan de niños —jacté tratando de ganar tiempo mientras Lucian se acercaba.

—No me tientes escoria. Puedo matarlo en cualquier momento —amenazó apretando más su agarre.

Con ese puro movimiento pude sentir el miedo de Ezra y de Lucian atravesarme como una flecha. Hice todo lo posible por mantener mi expresión de calma y que no notara lo afectado que estaba por la situación en que nos encontrábamos.

—Sí, pero no lo has hecho. ¿Qué es lo que quieres? —pregunté.

Necesitaba mover mis manos si quería hacer algún hechizo, pero no podía hacerlo, eso la alteraría y mataría a Ezra. Por otro lado, tenía que apurarme, la fuerza vital de Dean estaba disminuyendo rápidamente. Además, no podía dejar que se llevaran a mi ángel en mi propia cara.

*Por toda la magia. ¡Encuentra la salida, Sasha!*

—Soltaré al angelito, si liberas las protecciones del niño rubio. Este otro puede vivir, pero debes sacar esas mierdas que le pusiste, porque no me dejan acercarme.

*¡Bendito seas, Sasha!*

*¡Gracias por besar a Lucian antes de irte!*

*Él está a salvo, no pueden hacerle daño. Una preocupación menos.*

—¡No lo hagas Sasha! Es lo menos que puedo hacer, no hay muerte más digna que morir salvando a mi mejor amigo —lloraba.

*Ay, Ezra… no dramatices.*

*No morirás. No en mi tienda.*

Antes de poder idear un plan para liberarlo sentí a Lucian alcanzar mi mano, tocándola suavemente.

—Deseo que salves a Ezra —sus ojos estaban cargados de lágrimas, pero aun así dirigió una mirada furiosa a la *Equidna*.

*Esa era la respuesta a todos mis problemas.*

*Solo eso, no fue necesario nada más.*

*A. Leblanc, un furioso Mago clase SS.*

# *9*
## *El tesoro al final del arcoíris*

—Deseo que salves a Ezra.

*Solo eso, no fue necesario nada más.*

Ni siquiera tuve que moverme un milímetro, mi magia se activó por su cuenta mientras se formaba una sonrisa involuntaria en mi rostro. Era sorprendente que siempre sabía cómo activar mi magia aun cuando no le había dicho cómo funcionaba, él instintivamente pedía el deseo y enseguida me tocaba para hacer contacto, eso activaba el deseo, cuando este se cumplía obtenía mi pago.

Se materializaron cadenas aprisionando las manos y rodeando la larga cola de la Equidna. Todos jadeamos por la sorpresa momentánea.

—¡AHRG! ¡Cadenas! Crees que unas cadenitas me retendrán mago tonto —jactó con sorna.

Estaba completamente colérica tratando de moverse para zafarse de su prisión improvisada, soltó el agarre que tenía en Ezra haciendo que cayera al suelo sin poder sostenerse. Se veía muy magullado, tenía cortes en los brazos y cuello, además de ampollas en el rostro causados por el veneno, ese mismo veneno debe haber comenzado a debilitarlo. En un rápido movimiento de mano hice que el aire se ciñera en el tobillo de Ezra y lo jalé hasta dejarlo a nuestra espalda. Ahora estaba lejos del rango de la mujer serpiente y sentí una preocupación menos al saber que se encontraba alejado del peligro inminente.

—Claro que no son simples cadenas, culebra estúpida —sonreí sin contenerme.

*Te tengo.*

Ella pudo ver la confianza en mis ojos, comenzó a desesperarse perdiendo por completo el control. Sus ojos se habían tornado de un color amarillo y enseñaba los colmillos chorreando veneno, se veía aún más aterradora.

—¡NOO! ¡VOY A MATARLOS! ¡VOY A DESTROZARLOS A TODOS Y ME LOS COMERÉ! —chillaba colérica de desesperación.

Las cadenas empezaron a congelarse hasta transformarse directamente en hielo, este se estaba extendiendo por cada zona en contacto con la horrible criatura haciendo que comenzara a retorcerse, chillando de dolor, nos regaló un grito completamente mortificante.

—Lo quieras o no, eres un simple reptil de sangre fría, así que sigues siendo débil a las bajas temperaturas —expliqué—. ¡Ezra! ¡No tiene corazón! ¡Apunta a la cabeza! —ordené sin mirar al ángel.

—¡Hecho!

—¡NO ME OLVIDARÉ DE TU ROSTRO MAGO! ¡TE MATARÉ Y DESMEMBRARÉ A LOS INMUNDOS SERES QUE TE RODEAN!

Ezra había materializado un arco celestial, que parecía hecho de cristal, y disparó la flecha de luz directamente al centro de la frente haciendo que la repugnante equidna se empezará a

consumir hasta volverse polvo, todo con horribles alaridos de fondo.

*Un problema menos.*

—Gracias a las runas te enseñé a apuntar —suspiré con un momentáneo alivio.

Mi momento de tranquilidad no duró mucho porque aún tenía un herido al cual sanar.

—¡Lucian, la copa! —ordené.

Él tenía la cabeza de su hermano descansando en su regazo, tuvo que girarse un poco para quebrar la copa sin lastimar a Dean. Antes de que pudiera herirse a sí mismo para poder invocar la presencia de Liam, le quité el cristal de la mano y fui yo el que derramó la gota de sangre.

—Maestro Leblanc, deseo que me cure, por favor, si es que puede… —rogó malherido Ezra cayendo de rodillas, agotado.

*Por supuesto que lo haré.*

—No tienes que desearlo, idiota, es parte del deseo de Lucian, pero tendrás que esperar un poco, porque primero tengo que atender a Dean, sus signos vitales están muy bajos —podía ver que se extinguía—. Aguanta un poco más, Ezra.

Justo en ese momento apareció Liam aún con su bata de médico viéndose realmente preocupado, no era para menos, una invocación de emergencia no se realiza todos los días. Escaneó el lugar y de inmediato hizo una mueca de disgusto.

—Jodida mierda. Apesta a reptil —comentó notando todo el desastre ocasionado por las cadenas congeladas, las cenizas negras, la flecha aún en la pared—. Hay mucha magia oscura dando vueltas por aquí.

Me encantaba que pudiera analizar tan bien la situación solo con un rápido vistazo, pero no era por eso que lo había llamado, necesitaba que revisara a Dean.

—Liam, revisa a Dean, por favor —caí al suelo perdiendo la fuerza de las rodillas por los nervios, pero aun así conseguí arrastrarme cerca del cuerpo de mi amigo—. No sé qué le ocurre.

*Maldición, estoy agotado. Los hechizos de protección activos me están consumiendo mucha magia, sin contar las múltiples teletransportaciones, sumado a parar el tiempo. Todo está pasándome factura.*

A pesar de sentirme fatigado no podía darme el lujo de tomar un respiro, no hasta que Dean estuviera bien. Vi como Liam rápidamente revisaba sus signos vitales, y al hacerlo su expresión empeoraba. *Algo estaba muy mal*.

El mago blanco puso su mano en la frente de Dean y concentró un poco de su magia, entonces chasqueó la lengua disgustado, hizo lo mismo en su pecho, pero aquello le sacó un sonido todavía más frustrado.

—Sasha… estoy de manos cruzadas —me miró angustiado—, creo que no puedo hacer nada.

*Mierda.*

*No puede ser.*

*No, no, no.*

—¡¿Qué?! ¡Eres un jodido mago con magia blanca, un curandero y, hasta donde sé, uno excepcionalmente bueno! —encaré con desesperación—. ¡No hagas esto, Liam!

*No te desesperes, no pierdas más la calma.*

—Escúchame, no tiene ningún dolor. No puedo sanarlo sin un dolor —trató de explicar—. No tiene dolor físico…

—¡Joder Liam, no hay que ser médico para notar que se está muriendo de fiebre!

No solo era fiebre, tenía dificultades para respirar y su pulso estaba débil. Ni siquiera noté en qué minuto el chico había perdido la conciencia.

—Puedo quitar la fiebre, pero Alexander eso lo matará más rápido. La fiebre siempre es un mecanismo de defensa del cuerpo. Su cuerpo está luchando, el problema es que está muy débil. Lucian, necesito que desabroches la camisa de tu hermano, por favor, necesito saber donde está el virus.

Rápidamente comenzaron a moverse dejando a un delicado Dean en el piso, ahora sin camiseta, con su pálido torso expuesto y bañado en sudor. En el suelo aún había trozos de vidrios y objetos rotos del enfrentamiento anterior, me ponía de nervios que estuvieran tratándolo en esas condiciones.

—No trabajen en el piso, maldición —reproché mientras chasqueaba los dedos y mi magia dejaba a Dean levitando un metro y unos cuantos centímetros sobre el nivel del suelo.

Liam nuevamente juntó magia blanca concentrada en su mano y apoyó esta en el tórax de Dean por unos segundos. Su magia entró a su cuerpo y lo iluminó tenuemente mientras se movía escaneando la zona.

—Mierda.

*No, no, no…*

—¿Qué? ¿Qué es? —me levanté tambaleante.

—No tiene ningún daño interno, ninguna toxina, ninguna droga, ninguna bacteria. *Nada*.

—¿Eso es bueno, o no? —pregunté angustiado.

Desde hace años compartía un vínculo de protección con Dean. Por lo que me estaba matando sentir como poco a poco su fuerza vital se estaba apagando. Quería ponerme a llorar de frustración y dolor, era un completo desastre.

Joder, Lucian ni siquiera estaba llorando y era su hermano quien estaba peligrando. Al contrario de mí, él estaba centrado y listo para acatar cualquier instrucción que le dijéramos con tal de salvar a Dean. Mientras que yo estaba tiritando completamente aterrado.

Ese amargado niño había sido mi único soporte por más de quince años. Es mi confidente y mi mejor amigo. Se había colado en mi corazón, es el único humano en quien he podido confiar y con quien puedo ser yo mismo en lo que llevo de existencia. Aún le queda tanto por experimentar y se suponía que estaba lleno de encantamientos que lo protegían, si le pasa algo es totalmente mi culpa por dejar vulnerable una parte de él.

—Malísimo. Si no es nada físico, ni mental, eso quiere decir…

—Que es una jodida maldición a su alma —comprendí destrozado.

*¿Alma?*

*Casi ningún mago se mete con el alma de alguien. Esto es algo muy inusual.*

—No es mi campo, Sasha, solo tú puedes ayudarlo. El problema es que no sé cómo podrías, a este paso, el chico morirá —apuntó el tórax de Dean—. Tiene unas cadenas oscuras rodeando su alma, eso la está consumiendo.

*Coló las cadenas a través de su sombra.*

—Mierda. Mierda. Mierda. Mierda.

Esto es una pesadilla. Tenía que serlo. Las maldiciones al alma son magia muy oscura y compleja, subestimé por completo a ese maldito enano psicópata.

*Todo es mi culpa. Debí vigilarlo más. Ponerle más barreras, estar más atento.*

*Joder… ¿cómo lo ayudo?*

*¿Qué hago?*

*¿Qué hago?*

*¡¿Qué hago?!*

*Por toda la magia, no llores.*

*No llores. No llores. No llores…*

*No te derrumbes. No ahora.*

*Piensa. Piensa. Piensa.*

*¿Cómo lo salvo?*

*¿Cómo lo ayudo?*

—¡Alexander, mírame!

Lucian gritó y tomó mis manos haciendo que estas dejaran de temblar. En ese instante el pánico se esfumó por completo y comencé a sentirme más calmado. Las lágrimas desaparecieron para poder mirar los amables y fuertes ojos ambarinos del ángel frente a mí.

Alejó mi pena y angustia, para luego traspasar una oleada de calma y confianza. Los sentimientos no son algo que pueda esfumarse… él estaba quedándose con mi miedo, regalándome su tranquilidad, era su forma de protegerme y ayudarme.

*¿Cuándo aprendió a hacer eso?*

—¿Cómo lo salvamos? ¿Qué necesitas? ¿Cómo puedo ayudarte? —preguntó sin soltar mis manos y mirándome directamente a los ojos.

*Me está diciendo «concéntrate».*

*Está siendo mi ancla y ayudándome a ver todo con claridad.*

*Cian… gracias.*

—Magia naranja. Necesitamos magia naranja. La maldición vive en el alma que habita en el cuerpo de Dean. El mago que causó esto es especialista en magia de sombras. Por lo que en teoría si las sombras desaparecen el hechizo se rompe. Tengo que separar el alma de Dean, sacarla de su cuerpo para romper la maldición y volver a regresarla dentro de él —expliqué pensando en voz alta.

—Perfecto, suena a un muy riesgoso plan. ¿Tu magia es naranja…?

—No, actualmente no. Necesito tu ayuda. Necesito que lo desees —lo miré decidido.

—¿Qué salves a Dean?

—No, eso es demasiado amplio. Necesito que desees que el alma de Dean pueda volver a su cuerpo. ¿Crees que funcione Liam?

Mi amigo cerró los ojos considerando el plan que planté, luego de cinco eternos segundos volvió a mirarme.

—Funcione o no, es la única forma. Es la mejor oportunidad que tiene el chico.

—Bien —*por todas las runas*—. Puedo hacer esto.

Solté las manos de Lucian y lo miré a los ojos tratando de buscar dudas, miedos, resentimiento por el estado de su hermano, pero fue en vano. Solo había confianza, esperanza, y amor.

*¿Cuándo había crecido tanto?*

*¿Cuándo se había hecho tan fuerte?*

—Deseo que seas capaz de separar el alma de Dean y que esta pueda volver a su cuerpo sin

problemas —pidió sin una pizca de miedo.

*Eso es todo lo que necesito.*

Besé su frente sellando el trato y sentí mi magia transformándose nuevamente. Me giré para mirarlo y me entró mucho miedo porque vi como caían lágrimas de sus ojos mientras me miraba impactado.

—No. Sálvalo. Apúrate. Es el recuerdo… no es momento de dudar. No dudes —rogó girándose, evitando mirarme.

*Mierda.*

Traté de ignorar la emoción de Lucian y centrarme en su hermano.

Puse mi mano derecha en su tórax, en el lugar donde estaba su corazón, mientras que la otra estaba en su espalda. Sentí cada uno de los débiles latidos del corazón de Dean, traté de seguirle el ritmo mientras sentía la magia rodear mi mano sobre su corazón.

*Uno.*

*Dos.*

*¡…!*

Empujé mi mano superior con fuerza soltando la magia en el impacto contra al tórax de Dean, la energía atravesó su cuerpo tirando su alma consigo hasta encontrarse con mi otra mano que estaba cerca de su espalda. Mi mano izquierda con solo tocar el alma de Dean la liberó de las

cadenas de espinas negras que la estaban aprisionando. Para finalmente empujarla hacia arriba, haciendo que regresara al cuerpo de su dueño.

Todo en un solo segundo.

Escuché el sonido ahogado de Dean tratando de pelear por aire, al mismo tiempo en que luchaba desesperado por aferrarse a mis brazos, en ese momento me permití liberar la gravedad. Quedé sentado en el suelo con él sobre mi regazo, mientras trataba de respirar y llorar desconsolado a la vez.

Dejé que mi magia lo escaneara por un segundo para asegurarme que no había rastro de dolor. Lo que estaba sintiendo era pánico y desesperación ocasionados, entendiblemente, por la sensación de casi morir al sufrir esa maldición, yo había aumentado la sensación de muerte al separarlo de su alma por esa fracción de segundo.

—Te tengo, te tengo —repetí tratando de calmarlo suavemente—. No te soltaré. Calma. Estás bien. Todo está bien ahora.

A pesar de las palabras, él seguía empuñando mi camisa con miedo, porque el terror aún no abandonaba su cuerpo.

—¡N-no… p-uedo! ¡M-me ahogo…! —trataba de explicar con desesperación entre llantos entrecortados.

—Estás bien. Respira… uno, dos, bota —guié con suavidad—. Todo está bien, Dean. Estás conmigo. Estás a salvo.

—¡Alexander! ¡Al! ¡M-mierda! —gritaba entre lágrimas—. ¡Creí que moriría!

*Joder.*

*Cómo dolía mi pecho.*

—No, no lo hiciste. No podía permitirlo. Tranquilo.

—M-mierda. T-tenía tanto miedo —tartamudeó abrazándome mientras seguía intentando normalizar su respiración.

—Yo igual, estaba jodidamente aterrado. Liam… necesito algo para restaurar la magia, creo que hay ambrosía entre las copas de la vitrina —las señalé sin soltar a Dean.

Cuando por fin lo sentí relajarse fue como si el alma me volviera al cuerpo. Solo en ese instante me permití soltar las lágrimas que estaba reteniendo.

*Joder, casi pierdo a Dean.*

*Casi raptan a Lucian.*

*Casi matan a Ezra.*

*No puedo más. No puedo con tanto…*

*Esos tres, junto a Liam, son todo lo que me importaba en la vida y casi los pierdo a todos. No puedo.*

Cuando me estaba hundiendo en mi miseria, con millones de lágrimas mojando mis mejillas, sentí que me abrazaban por la espalda, cobijándome, transmitiéndome oleadas de gratitud. Sabía perfectamente quién era y, francamente, sentir su toque tan amable me provocaba aún más ganas de llorar.

*«Gracias.*

*Lo hiciste bien.*

*Gracias.*

*Estoy contigo. No te soltaré, estamos juntos»*

Podía escuchar claramente su voz en mi cabeza susurrando las palabras que más quería escuchar.

—Gracias. Gracias. G-gracias… —Lucian se aferraba a mí mientras lloraba emocionado en mi espalda.

Sabía perfectamente que esas lágrimas eran mías porque sentía como mi llanto comenzaba a detenerse. Nuevamente me estaba protegiendo y cuidando a su manera.

—G-gracias, A-Alex —susurró Dean.

*No agradezcan, me harán llorar más.*

—Por toda la magia del mundo, no sé qué voy a hacer con ustedes. Con los tres. Tú no te salvas, Ezra. No me hagan pasar estos sustos nunca más —pedí levantando la cabeza hacia el cielo dejando que las últimas lágrimas corrieran por mi rostro.

*Esto es tan dramático.*

—Toma, Sasha. No sabía que la habías sintetizado —Liam tenía los ojos cristalizados por la escena que estábamos montando. Me pasó la ambrosía que más bien parecía un pétalo de rosa, así la había trabajado con anterioridad.

—No es para mí. Dean, cómete esto —expliqué acercando el pétalo a su boca.

—¿Qué es…? No lo necesito. Tú ya gastaste muchísima magia hoy. Estoy bien. Soy un humano, no necesito magia.

*Mocoso orgulloso.*

—No seas idiota, estás más débil que las plumas de tu padre. Cómela. No hay que ser mago para comer comida mágica, te dará fuerzas. Te gustará, sabe a durazno.

A regañadientes lo hizo y recién en ese minuto recuperó el poco y nada del color de su piel. Ya no parecía estar a punto de morir. Sus lágrimas se secaron y volvió a ser el Dean de siempre. Hasta se alejó de mis brazos algo avergonzado, luego se levantó y arregló su camisa con un saludable rubor en el rostro. Pero no me engañaba, estaba muy emocionado. Podría actuar fríamente y aparentar ser distante, pero era completamente blando.

*¡Habuh! ¡¿Por qué los criaste para ser tan encantadores?!*

—Bien, uno listo. Ezra, de rodillas —señalé cansado.

Ezra solo se puso de rodillas y dejó la cabeza en el piso, en una posición de perdón máximo. Me tomó un segundo procesar su accionar hasta entender el porqué de sus acciones.

*Creía que iba a castigarlo. Qué idiota.*

Pero yo también había sido idiota, había gastado tiempo en llorar y conversar en lugar de actuar cuando él todavía estaba sufriendo. Toqué su hombro con suavidad y le palmeé la cabeza con cariño, traspasándole mi magia blanca, sus heridas comenzaron a sanar con rapidez y volvió a recuperar su fuerza.

—Levanta la frente en alto, ángel idiota, hoy lo hiciste muy bien. Gracias por ganar tiempo hasta que llegara. Gracias por cuidar a Lucian con tu vida —felicité sonriéndole con las pocas fuerzas que me quedaban.

Lo primero que sentí fue el abrazo de Lucian afianzarse mucho más en mi espalda, lo segundo, un beso en la nuca que me hizo derretirme por completo al atraparme desprevenido. Un recuerdo había vuelto.

*Injusto.*

*Jodidamente injusto.*

Estaba a punto de tener un ataque al corazón y no podía disfrutarlo en su totalidad, tenía a un ángel llorando a moco tendido emocionado por el reconocimiento que le di. Sonreía como nunca y lloraba como siempre.

*¿Qué pasó con los ángeles carentes de emociones de los tiempos de antaño? ¿Cómo es que creas ángeles tan singulares, Ámbar?*

—Deja de llorar Ezra —regañé con algo de ternura—. Limpia el desastre de la Equidna. Necesito que hables con Ámbar, dile que renueve las protecciones puestas en ti. Tengo que sumarle las mías, pero primero necesito recuperarme unas horas.

—¡Voy enseguida! ¡No se preocupe, Maestro, yo me encargo!

Lucian se soltó lentamente de mi espalda y se paró con intención de ayudarme a ponerme en pie. Tuve que hacerle una seña de negación con la mano.

—No, no puedo pararme aún… necesito estar cerca del piso para que la magia vuelva a llegar más rápido a mi cuerpo.

Tenía que ver con estar en contacto con la tierra y los flujos de magia. No necesité explicar aquello porque Cian asintió sin darle mayor importancia.

—Entonces déjame traerte algo para que te sientes en el suelo, el piso está helado.

*Adorable.*

—¡No! ¡No te alejes! —tomé su mano por puro instinto.

Él me miró sorprendido para luego sonrojarse hasta las orejas. Me sentía mucho más calmado con él cerca, lo necesitaba conmigo ahora. Mi alma no se quedaría en paz si no lo tenía a mi lado.

—Calma, campeón. Yo me encargo —Liam hizo que aparecieran unos cojines y unas mantas, creando un mini oasis personal en medio de la tienda.

*Gracias.*

—Dean, necesito que llames a Habuh y le cuentes lo que pasó. No hagas que venga porque pueden seguirlo —expliqué—. Dile que se quedarán los dos en mi casa hoy, mañana cuando mi magia se renueve los devolveré a su casa —pedí sin soltar la mano de Lucian—. No puedo hacer que vayamos enseguida a mi casa, tienen que esperar a que descanse un par de horas.

—No tenía muchas ganas de irme tampoco —se encogió de hombros, restándole importancia —. ¿Ese es el plan de acción?

—Solo el momentáneo. El verdadero lo conversaremos en unas horas, por ahora solo llámalo y luego descansa tú también. Liam —llamé mirándolo cansado mientras Dean se alejaba para hablar por teléfono.

—¿Sí, Sasha? —se agachó a mi altura.

—Gracias por venir —estaba genuinamente agradecido—. Por favor, cuida todo hasta que me reponga.

—Claro, cariño. ¿Algo más…?

*Lamentablemente sí.*

—Necesito que le digas la verdad a Fausto —pedí tragando mi orgullo—. Tenemos que tener otro aliado en esto —comenté para mi pesar.

—¿Quieres quitarme la diversión? —preguntó divertido.

—Liam…

Iba a reclamarle, aunque sabía que no estaba siendo serio al respecto.

—Claro, Sasha. Hablaré con él, no te preocupes —se alejó para ir ayudar a Ezra.

*Por último...*

Apreté el agarré de la mano de Lucian para llamar su atención.

—Tú… ven, siéntate conmigo —le rogué con la mirada.

Lucian me miró enternecido y se sentó a mi lado sin decir ni una sola palabra.

—No, no. Aquí —corregí mientras lo sentaba entre mis piernas y rodeaba todo su cuerpo con mis brazos.

Su nariz quedó justo a la altura de mi cuello, podía sentir su aliento hacerme cosquillas y estaba encantado por ello. Hace tanto tiempo que quería hacer algo así, se siente tan bien poder tener este pequeño momento de libertad.

—A-Alexander… ¿no estás muy incómodo? No debe ser una posición muy cómoda —sonaba nervioso.

—No, estoy perfecto. Déjame quedarme así, por favor —lo apegué mucho más a mi cuerpo. Acaricié su cabeza con mi nariz.

*Sí, déjame aprovechar totalmente la situación.*

—¿No consumo tu magia? ¿Cómo te recuperarás si me quedo con tu magia? —preguntó mientras olía disimuladamente mi cuello y se relajaba entre mis brazos.

—Cian, estás lleno de mi magia. Ya no tienes más que consumir. Además, sé que tu alma está intentando empujar esa magia hacia mí. Es algo muy lindo… muy tierno.

—¡¿También lo sientes?! —indagó emocionado.

—¿Nuestras almas…? —soné adormilado—. Un poco.

Claro que lo hacía. Nuestras almas estaban en gozo en este minuto. Era como si toda la energía de Lucian intentará curarme, sanarme. Trataba de ayudarme de una forma muy torpe y bella, porque no sabía realmente cómo hacerlo. Pero sus intenciones eran tan evidentes que era imposible que pasaran desapercibidas.

*Totalmente tierno.*

—No tienes que preocuparte. No puedes hacerme daño, Cian. Nada de lo que hagas me dañará… —añadí dejándome envolver en el cálido confort que mi ángel me daba.

—Dices eso, pero creo que solo has estado sufriendo por mi culpa.

—Claro que no, pequeño ángel —estaba a punto de reprocharme así que necesitaba distraerlo —. Hagamos algo. Yo cerraré mis ojos un momento y tú me hablarás de los recuerdos que recuperaste. ¿De acuerdo?

—¿Es lo que deseas? —estaba imitándome, al mismo tiempo que me hacía una leve caricia juguetona con su nariz en el cuello.

*Muy gracioso.*

—Sí, lo deseo —le seguí el juego.

—Bien, pero como precio tienes que decirme de qué color es tu magia realmente. Me dejaste muy intrigado con eso de los colores de la magia.

*Uf… estoy muy cansado para un tema tan largo.*

—Bien. Pero, los detalles sobre esto te los enseñaré cuando llegue Fausto. Él es bueno explicando estos temas algo aburridos —acepté derrotado.

—Es justo. ¿Cuántos tipos de magia hay?

—Diez colores, diez tipos de magia. Los colores del arcoíris, pero hay una extraña división más, por lo que son: rojo, naranja, amarillo, verde, celeste, azul, índigo, morado. El celeste se agrega como categoría. Además de la magia blanca y negra —estaba cada vez más adormilado.

—¿Cual es la tuya? —siempre tan emocionado.

*Aquí vamos.*

—¿La mía…? Todas menos la negra —confesé con simpleza.

—¡Todas! ¿Cómo…?

—Verás, mi mamá es algo… *bastante* famosa. La magia se hereda ¿recuerdas? Mi padre era un mago blanco y mi mamá es Iris.

—¿Iris? ¡¿Iris cómo la diosa?! ¡¿Cómo *arco Iris*?!
*No son dioses, Cian… solo magos.*
—Sí, la misma. Esa es mi madre. Yo soy el tesoro al final del arcoíris, pide un deseo, Cian.

*A. Leblanc, un completamente agotado Mago clase SS.*

# *10*
## *Introducción a la Magia I*

—¿Estás bromeando? —me miró incrédulo

—Un poco —acepté con una pequeña sonrisa—. Realmente ella es mi madre. Cuando uno ve un arcoíris debe pedir un deseo ¿o no? Por lo menos eso creen ustedes, por eso la gente al verme pide deseos. Activo una pulsión interna, esa es la historia de mi vida. Por eso el nombre de *Golden Dealer*, es porque puedo cumplir cualquier tipo de trato ya que tengo distintos tipos de magia.

—¿Tienes todos los colores de la magia? Debes ser muy genial —señaló emocionado.

—Algo. No te desvíes —cerré los ojos, no quería hablar sobre mi magia todavía, era un tema muy largo y estaba muy cansado—, prometiste contarme tus recuerdos.

Podía sentir como la magia que estaba en Lucian intentaba rodearme y protegerme, era como si me acariciara, se sentía tan familiar que me llenaba de paz y tranquilidad. Toda mi alma estaba completamente derretida por tener a su amada contraparte a su lado.

—¿Puedo acurrucarme un poco más? —preguntó tímidamente.

Ni siquiera tuve que responder, porque lo sentí acomodarse mucho más cerca de mí hasta recostarse en mi torso, mis brazos lo apretaron más fuerte.

No debería derretirme con tanta facilidad, pero era muy difícil no hacerlo cuando soy completamente débil frente a las cosas adorables. Cian era el ser más adorable y encantador del mundo, él simpre será mi máxima debilidad y fortaleza.

Al estar tan cerca podía oler su tan familiar esencia de vainilla con limón. Gracias a la falta de magia en mi cuerpo mi temperatura corporal había bajado, en cambio la de Lucian era cálida y perfecta. Me relajaba al punto de la somnolencia.

—El primero que volvió es el que me hizo llorar. Era de noche y parecía que el cielo se estaba cayendo a pedazos con la lluvia, para completar el panorama había truenos y relámpagos. Me daban mucho miedo, siempre que habían me iba a dormir con Dean para sentirme más seguro. Tenía diez años y me había peleado con él, porque me había dicho que me iba a poner gordo y feo si seguía comiéndome sus postres.

*Son tan lindos.*

—No te rías, mago malo —me reprochó.

—Lo siento, lo siento —volví a cerrar los ojos para escucharlo—. Continúa, por favor.

—Yo no quería dar mi brazo a torcer. Así que tenía que ser valiente y afrontar la tormenta solo. El problema es que se cortó la luz y ya no podía parar de llorar del miedo. Esa noche mis dos padres estaban en un recital de piano, así que tampoco podía ir a dormir con ellos. Era la peor situación posible y me encontraba muy aterrado.

» Por lo menos hasta que pequeñas luciérnagas comenzaron a dar vueltas en mi habitación iluminándola de forma totalmente irreal y mágica. Ellas me distrajeron de mi ataque de pánico.

«Hola, pequeño. ¿Te dan miedo los truenos?» preguntaste sentado en mi cama.

«No soy pequeño, tengo diez años. Son dos cifras» te respondí mostrando todos los dedos de mis manos. «Puedes decirme Cian. ¿Quién eres tú?».

«¿Yo…? Solo una persona que escuchó a un niño llorar».

«Me sequé las lágrimas, para mostrarte que estaba bien, pero en ese momento volvió a iluminarse mi cuarto por la luz del relámpago, seguido del rugido del trueno. Así que instintivamente me aferré a tu camisa en busca de protección.

«Tranquilo. No te pasará nada, todo estará bien… ¿hay algo que desees pequeño?» preguntaste abrazándome.

«¿Algo que desee?».

«Sí, ya sabes… como que se acaben los truenos, o la lluvia… también puedo traer a tus papás a casa».

«No, no quiero molestarlos. ¿Puedo desear lo que quiera?».

«Sí, todo lo que quieras».

«Deseo nunca estar solito cuando haya truenos. No me deje solo» pedí con un pequeño sollozo.

«Como desees Cian. Estaré contigo siempre que haya truenos».

»Eso fue lo último que dijiste, luego besaste mi frente y transformaste mi habitación en un espectáculo de pequeñas luces acompañado de suave melodía de fondo que opacó el sonido de la tormenta. Luego me dormí.

—¿Volviste?

—Todas y cada una de las veces que había truenos —sentí su alma emocionarse.

—Nunca me dejaste solo.

—Nunca lo has estado, Cian —añadí simple, con los ojos cerrados—. Todos los deseos que pediste los seguí cumpliendo a lo largo de los años. No eran deseos de una sola vez. Nunca esperaste en esa banca a Dean solo, así como nunca hubo días de lluvia donde pasaras miedo.

Sentir el corazón de Lucian latir como loco, no tenía precio. Realmente no debería disfrutar esas cosas tanto como lo hago, porque podría volverme adicto y dependiente de ellas.

—Gracias, realmente eres el mejor, Alex.

—Ahora. ¿Cuál es la razón de que besaras mi nuca? ¿Qué recordaste?

*¿Qué debo hacer nuevamente para tener tus labios sobre mí?*

—Eso… —sonrió con diversión—. ¡No puedo creer que fueras mi pareja en la graduación! ¡Cómo pudiste llevarte un recuerdo tan importante!

*Ah, eso.*

—¡No es que quisiera hacerlo! Cuando estabas deprimido por tu graduación pensé que era porque querías un traje, o algo así. No creí que ibas a desear que fuera tu pareja del baile.

—No puedo creer cuantos caprichos me has cumplido. Te veías muy guapo con el terno.

—Gracias, lo sé… me lo repetiste toda la noche.

—Dime que hay fotos.

—Hay fotos, a pesar de que Ezra es un desastre en muchas cosas, es muy bueno tomando fotos.

—Alexander… gracias. Creo que nunca dejaré de agradecerte.

—¿Por salvarte? ¿Por salvar a tu hermano? ¿Por salvar a Ezra?

—Sí, por eso también. Pero gracias por ser mi pareja. Gracias.

*Maldición, mi debilidad otra vez: es adorable y encantador.*

No me pude aguantar más y besé su mejilla con ternura contenida.

—Gracias por pedírmelo. Habría matado a tu pareja si no hubiera sido yo —confesé con simpleza.

Esas palabras lograron que su corazón latiera como loco nuevamente, pero trataba de aparentar tranquilidad.

—¿En serio? —preguntó incrédulo—. No creo que lo hubieras matado.

—No, yo tampoco —admití—. Quizás lo hubiera enfermado o algo así.

—Me habrías hecho llorar —acotó divertido.

—No, habrías ido con Ezra como amigos, ese siempre fue el plan. Realmente no esperé que me lo pidieras.

—Sabes… no estoy tan seguro si eras tú lo que pedí —señaló juguetonamente.

—¿A qué te refieres?

—Deseé ir con la persona más guapa.

*Mi orgullo no hubiera permitido que fuera alguien más.*

—O sea yo.

—Con mi príncipe azul.

*Demasiado cursi, pero…*

—Sigo siendo yo.

—Con la persona que me hiciera más feliz en mi vida.

—Cian —reproché—. Sabes que soy yo.

—No lo sabía en ese entonces —reía.

—¿Me estás molestando, angelito? —besé de nuevo su mejilla, haciéndolo soltar una melodiosa risa.

—¿Angelito? ¿Ese es mi apodo…? Soy muy fuerte y rudo.

*Mucho más de lo que todos creen.*

—Sí, lo sé.

—Angelito suena suave, no soy una damisela en apuros.

*La verdad es que no, tú eres el héroe de muchos.*

—Lo dice el que quería un príncipe azul —reproché en voz baja, pero sé que me escuchó, porque resopló indignado.

—Puedo valerme por mí mismo.

—Sí, lo sé. Sé todo eso, Cian. Sabía que cuando llegara el momento podrías hacer tu vida por ti mismo. Fuerte e independiente. Demostrándoles a todos la maravillosa y decidida persona que eres. Siempre supe que era yo el que te necesitaba más de lo que tú me necesitabas a mí. Nunca he pensado de otra manera, te lo prometo.

Era una sensación tan liberadora por fin ser honesto. A medida que las palabras salían de mi boca el ambiente comenzó a ponerse dulzón, no del de los dulces, si no ese dulzón natural de las flores.

Mi ángel no mencionó ninguna palabra como respuesta a mi confesión, pero sentía su alma

prometerme amor del más puro y eterno.

*Cálido…*

*Es muy cálido.*

Empezó a sonar la suave y dulce melodía de un piano. La canción era lenta y sus notas me entregaban mucha calma. Dean había comenzado a tocar, no sabía cómo había aparecido el piano sin mi ayuda, pero se lo agradecía, me ayudó a relajarme.

Mis ojos se encontraban totalmente cerrados y mis sentidos se comenzaron a adormilar. Era como si la música me empezara a cobijar por completo y, cuando menos me lo esperaba, mi ángel comenzó a cantar, suave y despacio, casi como una canción de cuna. Era hermoso. Mis oídos y mis sentidos no podían estar más deleitados.

Poco a poco me fui sumergiendo en el mundo onírico, con una relajada sonrisa en el rostro. Porque gracias a esos dos hermanos, habían logrado que este horrible acontecimiento se transformara en un momento de ensueño.

—No digan nada, déjenlo dormir.

—Pero Cian, es muy tierno, nunca lo había visto así de vulnerable. Voy a tomarle una foto antes de que despierte.

—No lo molestes, Ezra, está cansado.

—*Aish*, par de niños sobreprotectores ya durmió suficiente.

Sentí como intentaban alejar mi fuente de calor moviéndome suavemente, así que de mala gana abrí un ojo para encontrarme con cuatro pares de ojos mirándome con atención. Eran Liam, Dean, Ezra y Fausto alejado del resto. Aún tenía a Lucian entre mis brazos, pero al ver a tantos espectadores tuve que dejarlo ir.

Fausto Wells, conocido en la comunidad mágica como *The Genius Brain*, Mago clase A, especializado en la creación de encantamientos en cadena, era experto en la escritura de runas. Actualmente salía con Liam y no tenía idea de lo fuerte que era, lo que lo vuelve un ingenuo. Es muy alto, de tez tostada, cabello rubio ceniza y usa unos lentes de montura gruesa. Hoy estaba vestido de forma sofisticada, un sweater de cuello de tortuga negro, pantalones del mismo color y una gabardina larga color café.

—¿Cómo estuvo el sueño, bello durmiente? —jactó Liam.

—Muy reponedor. ¿Cuánto dormí? —bostecé.

—Tres o cuatro horas —respondió con simpleza.

*¿¡TANTO!? ¡Tres o cuatro!*

Eso me hizo saltar de inmediato. Traté de desperezarme y estirar las extremidades. Francamente me sentía como nuevo, había repuesto gran parte de mi energía y mi nivel de magia era bastante bueno.

Traté de inspeccionar el lugar buscando irregularidades, pero estaba como de costumbre. Todo ordenado y limpio, lo cual agradecía. La única diferencia es que había otro mago en la instancia sentado tomando un café.

—Pfff… bello durmiente. ¿Qué es esto? Parece que tienes un harem —reprendió pasando la vista por cada uno de los integrantes de la sala.

*Lo que faltaba.*

—Tus celos y tu envidia me dan vida, Fausto.

—Como si necesitaras más vida, espectro luminoso —bufó ajustando la montura de sus lentes.

*Que presuntuosa forma de decir arcoíris.*

—¿Espectro luminoso? ¿Qué clase de mal libro de física eres?

—Uno que al parecer no leíste.

—¿Aló, Newton…? Parece que se te escapó uno de tus ayudantes —devolví fingiendo hablar por un celular.

—Ya, basta. Relajen la testosterona. Estamos aquí para ayudar, no pelear entre nosotros, parecen niños pequeños, no magos con muchos años de vida —medió Liam tratando de calmarnos.

—No hables mucho *encanto*, aún estoy molesto porque me mintieras tan descaradamente por tanto tiempo. Pero estoy más enojado conmigo mismo por no notar lo obvio que era. Es indignante que no hubieras sido totalmente honesto hasta ahora. Siento que he tenido una imagen muy idealizada de ti —comentó con una mueca cansada.

Francamente le había dicho a Liam que era una mala idea y que estaba creando un drama innecesario a largo plazo, pero bien, muy pocas veces me escucha.

—¡Lo siento, Faus! —se excusó—. Te juro que no fue por maldad, solo por diversión. No tenía malas intenciones, debí aclarar el malentendido antes, pero era un poco adorable ver lo mucho que te esforzaste en explicarme cosas. Realmente lo siento.

Todos estábamos reunidos alrededor de la barra, aún no sabía si era buena idea confiar en él, pero Liam tenía mi voto de confianza y, si él cree que es un buen mago que nos puede ayudar, tendría que aferrarme a eso.

—¿Por qué siquiera viniste, Fausto? Tu actitud es terrible.

Él chasqueó la lengua en un gesto de fastidio, rodó los ojos y suspiró antes de responder.

—William dijo que necesitabas ayuda. Quiero ayudarte, pero si tú necesitas ayuda significa que algo muy malo y raro pasa, así que necesito algo a cambio como garantía.

*Me lo suponía.*

*Nada es gratis en esta vida.*

—De acuerdo, es justo —concedí asintiendo con la cabeza—. ¿Qué deseas?

*Soy bueno concediendo deseos.*

—Divina protección para William.

*Divina protección.*

*Mierda, de los pocos deseos que no puedo conceder.*

Pude ver como nadie se lo esperaba, en parte porque la mitad de la población total no tenía idea de lo que estábamos hablando, pero nosotros los magos sabíamos que era un tema serio.

—N-no es necesario —tartamudeó Liam conmocionado—. No debes hacerlo Sasha. No puedo creer que pidieras esto, Fausto, estás siendo irracional.

—¿Qué te hace pensar que siquiera puedo hacerlo? —apoyé uno de mis codos en la barra.

—Porque si hay alguien que puede, eres tú.

—Me halaga que me tengas tanta fe —apreté el puente de mi nariz—. Pero no puedo, ya no puedo —desvié la mirada hacia Lucian.

—¿De qué están hablando Alexander? —preguntó Dean notando el ambiente tenso que se

había formado.

—Divina protección es un hechizo muy especial. Ligas tu fuerza vital con la de otra persona. Si esa persona muere una parte de ti también. Por lo que el hechizo te obliga a ponerlo como prioridad.

—Ah, como un juramento inquebrantable —señaló Lucian.

*Este niño y sus libros.*

Fausto, siguió mi mirada hasta Lucian y rápidamente unió los cabos. No podía hacerlo, porque era un hechizo que puedes hacer solo una vez, y yo ya lo había hecho hace mucho tiempo atrás.

—Mierda, pensé que no tendrías a nadie más que a Liam, siempre creí que él era «tu persona» —murmuró anonadado—. No puedo ayudarte si no tengo garantías de que Liam estará a salvo durante toda esta locura, porque si estás necesitando mi ayuda es realmente algo crítico, tu orgullo no lo permitiría de otra manera —decretó cruzándose de brazos.

Lo entendía, porque si yo hubiera estado en su lugar hubiera pedido un deseo similar. Todos queremos proteger a las personas que amamos. Por supuesto, Liam no pensaba igual que nosotros, porque se veía muy indignado por toda esta situación.

—Mira Fausto, por mucho que me conmueva el gesto. Tienes que aceptar algo aquí y ahora: soy mayor y más fuerte que tú. No voy a permitir que chantajees a Sasha, no corresponde. La situación es simple, si tú no quieres ayudar: la puerta es ancha. Pero yo voy a hacer todo para ayudarlo porque le debo mucho y son las cosas que uno hace por la gente que te importa. Pensé que lo entendías y por eso estabas aquí.

—Liam —reproché.

*Estás siendo muy duro con él, especialmente cuando te perdonó luego de enterarse que habías estado mintiéndole a la cara y tratándolo como idiota todo este tiempo.*

—Nada de «Liam». Esto es importante —sentenció tajante—. Sasha, deseo que si Fausto Wells no decide ayudarnos y cruza por esa puerta, olvide todo lo que sabe de nosotros.

*Mierda.*

*Eso incluye sus recuerdos con él.*

—Liam… no es necesario que vayas tan lejos —persuadí.

*¿Qué haces, idiota? Pensé que realmente te gustaba, no parabas de hablar de lo maravilloso que era y lo feliz que eres con él. No tienes que tirar tu felicidad a la basura por mí. No quiero eso de tu parte.*

—Sí, lo es, Sasha. Habíamos hablado de no poner en peligro a tu tesoro —recordó Liam sin dar su brazo a torcer—. Se cumple.

Hubo un minuto de silencio donde todos nos miramos las caras esperando que alguien dijera algo, pero nadie hablaba. La situación era tan tensa que realmente estaba considerando teletransportarme con los dos hermanos a mi casa y dejar que estos dos resolvieran sus problemas solos.

—Ayudaré —accedió resignado—. No es justo que me arrincones así, William. Aún tenemos un tema que resolver, pero será después.

*Perfecto, la situación se salvó y tenía un aliado más.*

—Gracias —comenté con humildad—. Fausto, antes de que lo desees, tú mismo no puedes hacer una protección divina. Solo pueden hacerlo los magos con magia blanca, de hecho, Liam

puede hacerlo sin problemas —añadí con simpleza—. Incluso, si no mal recuerdo, fue él quien me enseñó el hechizo.

Gracias a mi reconocimiento una gran sonrisa de satisfacción se formó en el rostro de Liam y me guiñó el ojo en señal de complicidad. Teníamos una victoria.

—¿Qué quieres de mí, Leblanc? —preguntó con desgana—, antes de que preguntes, Liam ya me contó de tu mini ángel y tu lío con Ámbar, también de lo que pasó hace unas horas con la *Equidna*. Así que entiendo en parte la situación, solo no sé en qué parte encajo yo en todo esto.

Solté un suspiro y me permití confiar en él, ya no había vuelta atrás, de cualquier forma, ya sabía demasiado.

—No puedo permitir que se lleven a Lucian, hay que protegerlo, también hay que proteger a Dean, porque hoy un mago llamado *Tender Shadow* lanzó una maldición mortal sobre él. No puedo permitir que salga lastimado nuevamente. Por si fuera poco, hay que enseñarle todo sobre la magia a Lucian.

Ante esas palabras asintió en entendimiento, luego chasqueó la lengua. Por supuesto que él comprendería todo de inmediato.

—Básicamente tu mundo se desmorona y necesitas ayuda para sostenerlo.

*En grandes rasgos se podría decir que sí.*

—Básicamente necesito tu ayuda para ser el guardián de Dean, porque ya lo tienen como blanco. Para ti será fácil, simplemente debes convertirte en profesor de universidad o algo así, así lo podrás acompañar a sus clases. No requiere gran esfuerzo. Es por eso que si le pasa algo y no me entero, vas a ser el primero que busque.

—No se supone que las relaciones de amistad comiencen con una amenaza de muerte, pero lo haré. Solo porque siempre quise ser profesor en un conservatorio de música.

—¿Cómo sabes que…? —Dean lo miró con escepticismo.

—Que estudias música y composición.

—Mierda. Es bueno —reconoció Dean—. No eres otro mago idiota.

Vi que Lucian era el que estaba más perdido en la conversación, su incomodidad era casi palpable, pero aun así no se atrevía a preguntar nada. Lo ayudé.

—Fausto es un mago que tiene magia índigo —expliqué mirando a Lucian. —Creo que antes de seguir, tenemos que hacer una inducción a la magia básica I.

—Faus, tú eres bueno enseñando. Enséñale al niño los tipos de magia y su clasificación, será divertido —Liam le sonrió a su novio.

—Puedo hacer eso sin problemas —accedió girándose un poco para quedar frente a él—. Verás, Lucian, la magia está en todos lados, todo lo que puedes ver y lo que no, es magia y nosotros somos catalizadores de esa magia. Es tanto energía, como materia. Los magos podemos usarla y darle la forma que deseamos. Hay diez clasificaciones de esta.

*Aunque eso ya lo sabía, así que no es información suficiente para satisfacer su gran curiosidad.*

—¿Cómo saben qué magia tiene cada mago? —preguntó Lucian sagazmente.

*Una buena pregunta.*

—Sé que puede ser muy abstracto todo lo que estoy diciendo, pero trataré de ponerlo de forma que hayas escuchado antes —comenzó con paciencia—. Los tipos de magia son como las auras de las personas. Se supone que las personas normales atraen cualquier tipo de magia a su

alrededor, por eso tienen muchos colores en sus auras. Los magos solo atraemos uno.

*Pero por supuesto tú conoces una anomalía.*

—¿Por qué Alex puede tener más de una?

*Bingo.*

—Yo soy una excepción a la regla. No pienses en mí, soy un caso complicado. Primero comprende lo básico.

—La verdad es que nos pones en una situación difícil, estando aquí —reprochó mirándome sobre la montura de sus lentes—. Podemos hacer un experimento si quieres —comentó mirando a Lucian con una sonrisa macabra—. Hay una forma de ver los colores de la magia de cada uno, creo que si lo ves con tus propios ojos será más dinámico.

—¿Se puede…? —sus ojos estaban llenos de estrellas.

—¡Claro! Francamente es lo único bueno de tener a Leblanc cerca.

Miré de mala gana a Fausto y llené un vaso bajo con agua, lo dejé sobre la mesa y luego procedí a pincharme un dedo para que una gota de sangre se disolviera en el líquido.

—Para este experimento necesitamos agua que haya sido bendecida por la luz de un arcoíris —explicó Fausto—. Normalmente es agua de lluvia, pero gracias a que tenemos una fuente de los deseos andante no lo necesitamos.

*Muy gracioso.*

—Ahora solo un mago debería tocar el agua y esta debería tornarse del color de la magia del mago. ¿Liam quieres hacer los honores…? —Fausto explicó todo a un muy emocionado ángel.

El mago blanco simplemente asintió y sumergió la punta de su dedo, el agua comenzó a crear un pequeño remolino hasta quedar blanca. No, transparente, blanquecina.

—¡Woah!

—La magia de Liam es blanca. A la magia de este color se le llama magia de vida, ya que sus propiedades principales son curar y crear.

—Por eso Liam es un médico. Es muy hábil identificando problemas de salud y curándolos. Por otro lado Ámbar la creadora de tu padre y de Ezra, también es una maga blanca, pero se especializa en magia de creación, por eso existen criaturas tan nobles como los ángeles. Es una de las magias más puras —expliqué a mi pequeño ángel.

—El que quería secuestrar a Lucian tenía magia negra —añadió Dean.

—Sí. Leblanc, a *Tender shadow* se le conoce por ser un *Vampyr*. Te metiste contra alguien problemático —informó Fausto—. Has estado lejos del mundo mágico por un largo tiempo, por eso no lo conoces, pero es bastante popular entre los mercenarios.

—Mierda. Con razón se veía tan joven. Ha pasado tiempo desde que conocí a un *Vampyr*.

—¿Los vampiros existen? —otra vez Lucian tenía los ojos brillantes.

—Sí, por favor no pienses que brillan. No lo hacen, tampoco son románticos poetas ni ninguna de esas ridículas caracterizaciones. Se les dice de esa manera porque se alimentan de la esencia vital de otros seres vivos para mantenerse fuertes. La mayoría son bastante dramáticos y repulsivos. No mueren con la luz solar y ese tipo de cosas, ni pensar en las estacas o los ajos.

—¿Soy un vampiro?

—No, no, no… —negué divertido por su razonamiento—. Tú te alimentas de mi magia. No de mi sangre o mi alma. Mi vida está intacta.

—Normalmente los que tienen magia negra o magia oscura tienen que dar parte de su alma

para sus hechizos, por eso su vida siempre se está acortando. Es un tipo de magia que se especializa en la tortura y la matanza. Ocupan muchos hechizos y maldiciones de control o de sometimiento. También puede haber invocadores de criaturas oscuras —explicó Fausto.

—Como la *Equidna*, esa es una criatura mágica, mitad serpiente o víbora, mitad mujer —añadió Ezra.

—Exacto —aprobó Fausto—. Mi turno —anunció mientras tocaba el agua y el color comenzaba a cambiar.

—Índigo. Un color entre el azul y el morado.

—Nos especializamos en runas y en astrología. La magia de los oráculos por excelencia.

—Por eso sabías donde estudiaba —concluyó Dean—. Nada mal. ¿Lees las hojas del té o es más como un horóscopo?

—Faus puede tener pequeños flashes del futuro —explicó su orgulloso novio—. Debe haberte visto en uno de esos.

—No soy muy bueno como oráculo —confesó— Mi hermana menor es realmente increíble, yo no puedo controlar cuando me llegan esos pequeños vistazos del futuro. Ella tocando a una persona es capaz de verlo todo, pasado, presente y posibles futuros —jactó—. Mi camino va por las runas, la escritura de la magia y los hechizos. Crear encantamientos por la combinación de ciertos glifos.

—Claramente la magia más aburrida —acoté viendo como Ezra asentía con la cabeza dándome la razón.

—No me juzgues, ni me provoques.

—Ya, ya, calma —cortó Liam.

—Leblanc, te gustaría tocar el vaso, ya que obviamente tú eres mucho más interesante que el resto —señaló divertido.

—No soy un experimento, Fausto.

—Concédeme esto, es para que Lucian vea lo extraño que eres.

*Mierda.*

Miré a Lucian inseguro, pero en sus ojos solo había genuina curiosidad. No podía negarle nada a esos ojos. De mala gana puse rápidamente mi dedo dentro del agua y lo saqué.

Era casi un jodido espectáculo. El remolino nunca juntó los colores, cada uno se expresaba por sí mismo y nunca se mezclaron. Había mucho blanco, junto con azul. Le seguían celeste, naranja y amarillo. En menor medida estaban el verde, morado y rojo, casi no había nada de índigo. Cada vez que hago esto las proporciones cambian, depende mucho de las magias que he ocupado en el último tiempo.

—Quién lo hubiera dicho. Predominancia de azul —Fausto sonaba genuinamente sorprendido —. Francamente no lo esperaba.

—¿Qué magia es la azul? —Lucian estaba hipnotizado mirando el vaso con los colores girando alrededor.

—La magia protectora. La magia de protección por excelencia, junto con la magia de la memoria. Muchos magos detectives utilizan esta magia, es casi como si pudieran hablar con los objetos. Especialistas en el rastreo y ocultamiento —explicó Liam.

—Es demasiada magia azul para un mago que cumple deseos —puntualizó Fausto.

—Es porque Alexander tiene miles de hechizos protectores en nosotros. La sensación de seguridad en mi casa es impresionante. Tiene magia azul en mí, en Lucian, en Ezra, en mis dos padres, sin contar la misma tienda… —presumió Dean, sonriendo orgulloso—. Mantiene muchos hechizos activos al mismo tiempo.

Con cada palabra de Dean la mirada de Fausto se tornaba más consternada, hasta que comenzó a negar con la cabeza como si no pudiera creer lo que escuchaba.

—¿Mantienes esos encantamientos de forma constante?¡Es una tonelada de magia!

—Sí, pues… gajes del oficio —me sentía incómodo por la repentina atención.

—Comprendo que seas raro y, aunque me duela admitirlo, excepcional. Pero esto es innecesariamente desgastante. Podrías haber hecho los encantamientos y darles instructivos de activación remota.

—¿Y arriesgarme a que no se activen a tiempo? O peor, que se activen y luego queden desprotegidos. *No*. No había forma de que hiciera el trabajo a medias.

Me sentía muy incómodo hablando de mí frente a todos ellos. Era exponerme y no me gustaba para nada. No quería justificar mis acciones. Lucian se dio cuenta, así que cambió el tema para salvarme.

—Magia naranja. Esa la usaste recientemente.

—Esa es la magia de la energía —expliqué con rapidez—. Se le llama así porque es un potenciador de la fuerza o del endurecimiento corporal. Los magos que usan esta magia suelen ser luchadores por excelencia, ocupan su propia fuerza y energía vital para pelear. Lo que hice con Dean se llama *Soul Breaker*, es una habilidad ofensiva que se ocupa para separar el alma del adversario y destruirla.

—¿Destruirla? —Lucian se espantó por la expresión.

—Quizás es mejor decir *fragmentarla* —corrigió Fausto—. Es muy difícil reparar almas fragmentadas, por lo que es un hechizo muy complejo de realizar. El mago que lo realiza tiene que empujar parte de su propia alma para expulsar la otra, lo que te deja muy agotado y vulnerable.

Todos los ojos volvieron a estar puestos en mí, juzgándome por mis imprudentes acciones, simplemente alcé los hombros restándole importancia.

—Solo modifiqué las cosas a nuestro beneficio.

—Mierda. ¿Empujaste tú alma a mi cuerpo, para expulsar la mía? Suena peor de lo que me explicó Liam —reprochó Dean.

—Utilicé un poquito de mi energía vital para empujar tu alma. Un poquito de magia blanca para eliminar las sombras, junto con un poco de magia azul para protegerla… y más magia naranja para volverla a tu cuerpo. Todo en un pestañeo. Así que técnicamente hice muchas cosas buenas a cambio de una temeraria.

—¡ARGGG! Maldito Leblanc. ¿Por qué mierda no puedes ser más torpe o algo así? Todos los rumores sobre ti son jodidamente ciertos. El *Golden* te queda como anillo —escupió despectivamente el novio de mi amigo.

Negué con la cabeza, indignado por su arrebato infantil. No todo es perfecto. No siempre es tan fácil como suena.

—Mi magia no es fácil de controlar. Requiere mucho autocontrol y aun así se me escapa de las manos cuando me altero —expliqué algo avergonzado—. Las siguientes magias están muy ligadas a mis emociones. De hecho, la magia celeste es la prueba, esa es la magia del agua y, por lo tanto, del hielo.

—Cuando Sasha, está triste o melancólico, incluso cuando siente celos, toda la temperatura a su alrededor decae —comentó Liam—. Es realmente dramático, ha nevado dentro de la tienda.

Estaba muy triste y solo, no puedo controlar que a mi alrededor nieve cuando me siento de esa manera. Solía nevar luego de que Cian me olvidaba.

—Cuando está feliz salen aromas frutales o de flores. He visto florecer cosas, aunque estemos en pleno otoño —jactó Dean.

—Eso es por la magia verde y la magia blanca. La magia verde es de los creadores naturales. A unos se les llaman *Summoners*, ellos pueden crear e invocar a sus propias criaturas mágicas, son sus familiares. Por otro lado, se encuentra la otra rama de las pociones. La mayoría de los magos verdes son tan buenos con los temas naturales que son creadores de pociones innatos.

Los magos especialistas en pociones son de los más académicos, hay demasiadas combinaciones de elementos mágicos y no mágicos que probar, así que siempre estás aprendiendo nuevas fórmulas.

—Por eso todo lo que preparas es tan rico —aplaudió Lucian haciendo que me sonrojara.

—Gracias.

Le sonreí encantado por su inocente halago. Por supuesto Liam tuvo que carraspear con una sonrisa burlona en el rostro para llamar nuestra atención.

—Siguiendo con las emociones, hay una en particular que lejos, debe ser la más placentera —mencionó subiendo y bajando sus cejas mirando a Cian—. Tengo entendido que cuando Sasha está…

*Ay no.*

—No te atrevas —atajé mirando a Liam—. Lo que sea que vayas a decir, reformúlalo.

Me molestaba muchísimo ver su sonrisa cómplice, porque delataba lo mucho que estaba disfrutando esto.

—Iba a hablar de la magia roja. No le quites la diversión —pidió con una mirada cargada de entretenimiento al ver lo incomodado que me encontraba con el tema.

Sabía a donde iba el curso de sus palabras, pero era terreno peligroso, porque estaba su novio (no quería que imaginara algo que no era); mi cuñado y mejor amigo; un ángel de la guarda y mi doncel. No era el lugar ni el momento de hablar de mi pasada vida sexual. No podía permitirlo.

—Es la magia del fuego, también explosiva —tomé una pequeña pausa y desvié la mirada antes de murmurar—. Potenciador de las pasiones. Punto. Siguiente. —pedí avergonzado.

—Aburrido.

—No es el momento ni el lugar… ni es apropiado —sentencié.

Vi como todos nos miraban llenos de interrogantes sin comprender mucho de qué estábamos hablando, hasta que el primero en hacer una expresión de completo hastío fue Fausto. Nos miró indignado por un segundo, para luego cruzarse de brazos.

—Ay, por toda la santa magia. Pervertidos.

—No digas nada o te juro que te corto la lengua.

Mis palabras hicieron que subiera las manos en señal de derrota, pero aun así negó con la cabeza a modo de desaprobación. No me sentía preparado para hablar de sexualidad frente a Cian, mucho menos con una audiencia.

—*Okey, okey*. Magia amarilla… —continuó Liam con una sonrisa inocente.

—Esta es la Magia espacial, sé que suena algo extraño, pero es básicamente el control del aire, la gravedad, incluso la luz. Muchos magos se especializan en ilusiones ópticas.

—Otra de las magias con las que pierdes el control con facilidad cuando te dejas llevar —comentó Liam guiñándome el ojo.

Por supuesto que me sacaría en cara la vez que cambié las longitudes de onda cuando me enteré que Cian era mi consorte. Dirigí mi mirada hacia él, tratando de buscar alguna señal de molestia, porque estaba omitiendo muchas cosas, pero solo se veía algo desanimado.

*Maldición, soy un desastre volví a ocultarle cosas.*

—Por favor solo terminemos esto luego —retomó Dean con el ceño fruncido—, solo queda un color.

Como siempre no se le escapaba nada, ya le había lanzado un par de malas miradas a Liam, aunque este no parecía afectado, al parecer notó como mi amigo se estaba divirtiendo a costa de mi pudor y quería defenderme. Por otro lado, Lucian solo tenía la cabeza gacha, evitando mirarme. Tengo que arreglar esto.

—Morado —inició Fausto—. La magia de los sueños, también conocida como la magia del tiempo.

—Esta es de las magias más raras —señalé mirando a Lucian, tratando de animarlo—. El tiempo y los sueños son cosas particularmente difíciles de controlar. No hay tantos magos que se especialicen en esta magia.

—Tu magia es de las más raras —acotó Fausto.

Giré los ojos, pero mis palabras consiguieron que Cian volviera a permitirme ver su mirada caramelo, lo que era una buena señal. Vi como trató de desechar su incomodidad y reemplazarla

por su curiosidad.

—¿Siempre tienes todos los colores? —preguntó.

Pestañeé un par de veces, algo sorprendido con la pregunta, rasqué mi mejilla y procedí a responder. No era algo que hubiera pensado antes, por lo menos no en mucho tiempo, tenía la sensación de que debería haber preguntado lo mismo a mi madre hace muchísimos años atrás.

—Siempre hay algunos más predominantes que otros —respondí con calma—. Hace muchos, muchos años no ocupaba magia naranja como hoy, por eso me desgastó, porque no la tenía cerca de mí en grandes cantidades. Es una de las magias que rara vez ocupo, junto con la índigo. Sé que suena algo confuso, pero mi magia no es algo estático, está en constante cambio.

Pareció procesar las palabras en silencio por un momento, luego volvió a mirar el vaso.

—Eso quiere decir que si yo pongo mi dedo —señaló apuntando el vaso—, ¿Veremos los mismos colores que los tuyos?

—Así es —reconocí asistiendo—. Por ejemplo, si Dean pone su dedo en el agua, en esencia debería estar lleno de magia azul, junto con otras que se pegaron a su energía. Por otro lado, tú probablemente tengas proporciones de magia similares a las mías. Quizás con más verde y morada —añadí pensativo—. Porque son con las que más te alimento, por supuesto, sin contar la azul.

—¿Por qué morada? —preguntó encantado, con una ligera sonrisa tirando de su rostro.

*Porque soy un mago horriblemente empalagoso.*

—Me gusta que tengas dulces sueños —admití algo avergonzado, desviando la mirada.

Fausto exhaló consternado y Liam me regaló una sonrisa de ternura.

*¡Sí, lo sé, mátenme por darle dulces sueños al protagonista de los míos!*

Quería hacer que todos desaparecieran para quedarme solo con mi propia vergüenza, pero me detuve antes de chasquear los dedos al ver la adorable sonrisa que tenía Lucian en el rostro. Estaba tocando la parte de atrás de su cuello, claramente avergonzado por la revelación, pero al mismo tiempo se veía radiante de felicidad.

—Primera clase de introducción a la magia I, completada —decreté.

—Por fin —celebró Dean—. Estaba cansado de este ambiente tenso. ¿Ahora qué?

Movió su cuello como si estuviera estirándolo con el fin de desperezarse. Debe haber sido algo aburrido para él, porque sabía todo esto desde hace muchos años.

—Tú y Lucian se quedan en mi casa hoy como medida excepcional, luego harán sus vidas con normalidad. Para ello Fausto estará siempre dentro de tu radio, en caso de cualquier cosa puedes acudir a él, no es muy fuerte en combate físico, pero las runas serán muy útiles para los encantamientos de defensa. Puedes decidir irte en las noches a tu hogar o seguir viniendo aquí, pero nunca solo, siempre viaja acompañado en caso de que puedan emboscarte.

—Puedo con ello —abanicó la mano restándole importancia—. ¿Podré seguir tocando el piano en las noches?

—Siempre que quieras —accedí con una sonrisa—. Es tuyo.

Esas palabras parecieron aliviarlo, porque se formó una pequeña sonrisa en su rostro. No iba a permitir que dejaran de hacer las cosas que aman por culpa de otros. Encontraríamos la forma de lograr salir de esta.

—Lo mismo para Lucian, Ezra, nunca lo dejes salir solo, acompáñalo a todos lados y, por sobre todo, mantente atento a cada momento —enfaticé—. Nada de distraerse, ni con los pájaros

ni las mariposas, nada de andar tomando fotos y perdiendo de vista a Cian. Ojos siempre alerta a lo que ocurre a tu alrededor y cuando Lucian llegue aquí puedes irte a hacer las cosas que siempre haces cuando debes estar cuidando a Cian. ¿De acuerdo?

—Lo cuidaré con mi vida, Maestro Leblanc —levantó su mano como un saludo militar, pero la sonrisa nunca desapareció de su rostro.

—Siempre debió ser así —comenté negando la cabeza cansado—. Lucian…

—¿Qué debo hacer? —se adelantó con una mirada decidida.

*¿Aparte de sonreír toda tu vida…?*

—Tendrás clases del mundo mágico en las tardes —decreté—. Además de apresurar la obtención de todas tus memorias, lamentablemente no puedo prometerte más de tres deseos diarios, porque necesito tener fuerzas en caso de un ataque, por ello necesito que esos deseos sean para cosas muy importantes. Salvar a Ezra o a Dean fueron deseos cruciales —reconocí—. No podemos desperdiciarlos.

—Completamente de acuerdo. Tendré cuidado con lo que desee, soy bueno imaginando y creando cosas así que me esforzaré por pedir deseos útiles —respondió completamente emocionado por todo esto.

—Lucian… una cosa más —tomé su mano.

Era surrealista como todos los vellos de mi brazo se erizaron con ese simple gesto y pude observar una reacción similar en el encantador chico frente a mí.

—¿Sí…? —sonreía tenue, tratando de disimular que su pulso se había disparado por ese simple contacto.

—Estás contratado.

*A. Leblanc, un muy enamorado Mago* *clase SS*

# *11*
## *Aun así te gusto*

—Estás contratado —repetí tratando de sacarlo de su asombro.

Los ojos de Lucian me miraban como si buscaran cualquier atisbo de que mis palabras eran falsas, cuando no encontró nada se limitó a pestañear confundido. No se lo esperaba para nada.

—¿E-en serio? —preguntó trastabillando las palabras.

—Completamente —asentí con la cabeza—. En este minuto necesito que estés donde mis ojos te vean, de esa forma será más cómodo protegerte y enseñarte de magia al mismo tiempo.

—Pensé que sería más difícil convencerte —suspiró con una pequeña sonrisa.

—Yo también pensé eso —reconocí tocando mi cuello—. Pero no es el momento de ser quisquilloso. Es la mejor opción para mantenerte seguro.

—Sasha… ¿y yo? ¿Qué hago yo? —Liam llamó nuestra atención rompiendo la pequeña burbuja que habíamos formado.

—Tú… necesito que seas mi espía —pedí luego de pensarlo por unos segundos—. Estoy seguro que está ocurriendo algo raro en el mundo de los ángeles. Me gustaría que pudieras investigar cómo es que se enteraron de Lucian. Si necesitas ayuda, Ezra puede apoyarte en eso.

—Uhhh… *me gusta* —me dio un guiño—. Espía. Totalmente me queda —sonrió cómplice.

—No te expongas, que parezca sana curiosidad.

—Por supuesto, estás hablando con una persona a quien le encantan los chismes, será fácil para mí enterarme de…

Antes de que pudiera continuar, en el aire sonaron unas campanas alertándonos a todos. No había que ser un mago para saber que esto no era algo bueno, todas las miradas giraron hacia mí.

*¡Campanas!*

*¡¿Por qué no se acaba este maldito día?!*

—E-esas campanas —no alcanzó a terminar Lucian.

—Es un ángel intentando entrar —completé tenso—. Lucian…

No necesité decir nada más, entendió el mensaje rápidamente. Tomó mi mano y me miró a los ojos.

—Deseo ser invisible y ocultar mi presencia hasta que se vaya el ángel.

—Es bueno —reconoció Ezra, sonriendo a pesar de la situación.

No pude darle la razón porque Lucian ya estaba desapareciendo frente a mis ojos, a pesar de que su presencia se había desvanecido del todo, este nunca soltó mi mano.

Ezra tenía razón, me sorprendió gratamente la capacidad de pedir los deseos correctos en los momentos justos. También sentía orgullo porque descubriera el truco de tocarme cuando lo hacía. De esa manera lograba que su deseo se cumpliera inmediatamente, sellando el trato.

*Brillante.*

Un par de segundos después un chico alto de cabello cobrizo y rizado entró en la tienda. Tenía facciones delicadas y refinadas, una pequeña nariz y unos ojos inexpresivos, como si lo hubieran hecho con un cincel. Vestido de blanco en punta, se tomaba muy en serio su trabajo de parecer un ser puro y divino.

Todos estábamos terriblemente tensos, nadie hacía ningún movimiento, ni siquiera podíamos respirar. Por otro lado, nuestro visitante mantenía una expresión neutral, pero sus ojos estaban pegados en mí, ignorando a todos a mi alrededor.

—Gabriel —saludé.

—Maestro Leblanc, lamento su degradación a Sabio —hizo una pequeña reverencia—. Siendo honesto, para mí siempre seguirá siendo un Maestro —declaró con una pequeña sonrisa.

Cuando vi que su mueca se suavizó me permití exhalar el aire que estaba conteniendo.

—Mierda, Gabriel, me diste un susto de muerte —suspiré algo más tranquilo—. Pensé que era un mensajero del consejo.

—Lo siento, estoy algo oxidado con las entradas y presentaciones —dio una pequeña inclinación de cabeza, avergonzado.

—No te creo, eres el arcángel Gabriel, se supone que eres *el enviado*. Las presentaciones son lo tuyo —reprendí.

Ante esas palabras él me sonrió con amabilidad y luego retomó su expresión solemne. Eso me hizo entender enseguida que no venía con buenas noticias.

—Maestro… me temo que no tengo mucho tiempo —confesó mirando hacia arriba, como si viera algo más que el techo del local.

—Me imagino, el hecho de que precisamente tú estés aquí avisa un montón de desastres —reconocí—. Cuál es el mensaje.

Nadie a nuestro alrededor decía una palabra, los entendía, Gabriel tenía su atención en mí, como si los demás no importaran. Sumándole la presencia imponente de este arcángel era capaz de congelarte por unos segundos, su energía era mucho más fuerte que la de otros ángeles.

—Solo vine aquí por mi lealtad hacia usted, por eso necesito que borre mis recuerdos cuando me vaya, me interrogarán apenas vuelva a notificar el cumplimiento de la misión. Esto contará como pago por el favor concedido con anterioridad.

—De acuerdo —acepté.

—El mundo blanco está en un tremendo revuelo en este momento. Unos meses atrás comenzaron las matanzas y desaparecimientos de muchos Ángeles. Investigando la situación se dieron cuenta que sus creadores eran los que habían muerto primero, eso creó un gran caos. Sumado a esa catástrofe, toda la comunidad se enteró hace un par de horas que Habuhiah tuvo un hijo y, cómo entenderá, el Maestro Apolo pegó el grito al cielo. Culpó de todo a la criatura, por lo que pidió su captura y encierro.

*Jodida mierda.*

Se me congeló toda la sangre. La única razón por la que no me derrumbé fue porque sentí la mano de Lucian apretar con más fuerza la mía, recordándome que seguía a mi lado.

—Eso no es todo. Como no pueden encontrarlo, citaron a Habuhiah y a su creadora para una interpelación sobre sus actos.

—¿Cuándo…? —sentía mi mundo derrumbarse por segunda vez en el día.

—Diez días —respondió apenado, bajando el rostro.

—¿Quién estará en el tribunal aparte de Apolo?

—No se sabe mucho la verdad. De momentos hay rumores de que por parte de los maestros estará Ártemis, por parte de los Sabios estarán todos los representantes de los gremios de magias. Mi única certeza, es que estará el Sabio Eliot, por los magos azules, y el Sabio Pyro, por los magos rojos, no me han informado del resto.

—No te preocupes, es más que suficiente para saber el tormento que nos espera —agradecí—. ¿Por qué me dices todo esto, Gabriel?

—Uriel me pidió que le informara, fue su idea, además me envió con un mensaje personal: «No ocultes a Habuhiah, no hizo nada malo, pero prepárate para luchar y salvarlo. Es tu mejor oportunidad».

*No, no quiero dejarles a Habuh. Él no hizo nada malo. Es el mejor ángel de todos. No se merece lo que le vayan a hacer.*

—Pero es más fácil que no lo encuentren nunca, puedo llevarlo a un lugar imposible de encontrar —pensé en voz alta.

—Maestro, usted sabe que eso no es vida. Habuhiah tiene que afrontar sus acciones, pero no sus castigos. Ese es el mensaje.

*Malditos ángeles y sus profecías.*

—Gracias Gabriel. Si es todo, puedes irte.

—Oraré en vuestro nombre, Maestro Leblanc.

Toqué su frente y con un leve resplandor azul me quedé con sus recuerdos de hoy. Así, tan rápido como llegó, tan rápido se fue, dejando una pequeña pluma blanca en donde estuvo parado, tomé esa pluma y traspasé las memorias a ella para tenerla como garantía. Recién en ese momento todos parecieron respirar con normalidad. Lucian de a poco comenzó a aparecer.

—¿Qué cosa tan buena hiciste para que un arcángel te venga a dar una profecía? —inquirió Fausto apoyando su cabeza en el mesón en señal de agotamiento.

*Nada que otro mago no hubiera hecho.*

—Curó las alas de Uriel —Liam apoyó la frente de la misma manera que Fausto.

Tenía la mirada de Lucian clavada en mí, esperando una explicación o, por lo menos, una historia épica sobre Uriel, lamentablemente, no creo que sea una gran anécdota.

—Uriel es como el hermano menor de Gabriel, son muy unidos —comencé explicando—. Hace unos treinta años atrás comenzaron a robar ángeles para hacer pruebas con ellos y comercializar sus plumas para pociones. A él lo habían secuestrado, gran parte de la comunidad mágica lo sabía. Casualmente me lo encontré en un bosque mientras había ido a buscar una flor en específico, la necesitaba para una poción que estaba creando para mi acreditación como mago verde. Me lo encontré luego de que hubiera logrado escapar de sus captores, lamentablemente, sus alas resultaron quemadas. Así que le ayudé a sanarlas.

Narré todo tratando de suavizar lo traumático que fue en el momento encontrarme a un ángel sufriendo por llamas azules.

—¿Cómo es que te encuentras con un ángel con las alas quemadas? ¿Quién eres? —Fausto estaba indignado.

*¿Quién eres?*

*Un desastre andante que a duras penas pudo proteger todo lo importante para él y que, probablemente, dentro de diez días vuelva a sufrir toda esta angustia.*

—Es cosa de mamá, suelo encontrarme con gente en apuros —respondí por lo bajo.

—¿Uriel? Ese es el arcángel que tiene que ver con la llama de la sabiduría. Su nombre literalmente significa *Llama del creador* —Dean nos dejó a todos conmocionados, no esperábamos que supiera tanto.

—¿Cómo es que este niño sabe tanto de ángeles? —Fausto lo apuntó asombrado.

—Mi papá tiene un álbum de fotos con sus compañeros divinos. Me contó algunas cosas —se encogió sus hombros.

—Creo que de eso se trataba, una maldición. Un fuego fatuo, eso es lo estaba quemando —razoné—. En fin, el punto es que lo salvé.

Nadie quiso preguntar más y solo fue la voz de Cian la que nos sacó del incómodo silencio.

—Alexander… —llamó con cuidado—. ¿Qué va a pasar conmigo y papá? —se mordió nervioso el labio inferior.

—Creo que no es algo que pueda decirte hoy, Cian, porque no lo sé y… ¿francamente? me aterra.

Discutimos los últimos detalles respecto a las palabras de Gabriel, pero básicamente acordamos estar en modo de defensa, por lo menos mientras esperábamos la fecha de la citación de Habuh. Con ese acuerdo el tema quedó zanjado, dando pie a que Fausto y Ezra se fueran juntos.

Fausto es un buen estratega, me pidió que le diera una semana para pensar un plan respecto a cómo rescatar a Habuh luego de su interpelación. El que se comprometiera hasta ese punto me dejaba un poco más tranquilo. No todos los días contabas con el privilegio de un plan hecho por un mago índigo.

Ezra se fue a casa de Lucian para quedarse con Habuh, porque con todo lo ocurrido la casa estaba bastante patas a arriba. No por Habuh —supongo que siempre esperó que esto ocurriera —, el que estaba con ataque era el padre de Dean, porque no quería que se llevaran a su esposo, al padre de sus hijos, pero también sabía que no había nada que pudiera hacer, era un simple humano.

Nosotros fuimos a mi casa a descansar, o por lo menos intentarlo dado todos los acontecimientos del día. Era la primera vez que llevaba a Dean y a Cian a ella, así que se sentía como el evento del siglo dejarles conocer esta parte secreta de mí.

Mi casa es bastante rústica en su construcción, el exterior es de madera y piedra, gracias a eso el ambiente es muy acogedor y cálido, se ubica en medio de una pradera colindando con un bosque —lejos de todo—, por eso tenía cielos altos y grandes ventanales, para dejar entrar la luz y disfrutar de la vista.

Muchos magos seguían viviendo en plazas de la comunidad mágica —ellos también tenían gremios y suburbios dependiendo de tu magia—, por otro lado, las familias más antiguas tenían sus propios castillos —aunque ya es normal que magos vivan en departamentos como humanos —. La ubicación de mi hogar era algo que sorprendía a los visitantes, al poseer distintos tipos de magia tengo permitida la entrada a distintos gremios, fácilmente podría vivir rodeado de mucha gente —los magos prefieren vivir en comunidad por un tema de conservación de la especie y seguridad—, pero preferí ir contra los principios. Me gustaba mi soledad, pero me dispuse a diseñar mi casa de una manera que consideraba la posibilidad de que en un futuro tuviera el

milagro de contar con la compañía de mi ángel. Quería que fuera un hogar para él, uno donde pudiera estar a salvo, disfrutar de la vista y no ser juzgado, pero lo más importante, no quería una casa fría.

Después de los mil halagos que le hizo a mi casa al entrar —lo cual me hizo querer darme palmadas en la espalda de felicitación—, lo mandé a bañarse antes de que cenáramos, eso lo ayudaría relajarse un poco. Además, sabía que le encantaría el baño, lo que quedó confirmado casi al segundo, porque pude escuchar perfectamente el grito al cielo que pegó emocionado al notar que todo era preparado por hadas, desde los jabones o esencias del agua, hasta la temperatura y las burbujas.

Liam ya era un visitante habitual de esta casa, así que se tomó libertades y se dispuso a cocinar la cena para todos. A él realmente le gustaba cocinar, siempre fue más su cocina que la mía. Por varios minutos sentí la mirada cómplice del mago blanco en mi rostro y, cuando los hermanos se alejaron lo suficiente, me dispuse a escuchar lo que tenía para decirme.

—Ahora entiendo por qué esta casa es mucho más linda que todas las otras que tuviste. Sabía que había algo raro cuando investigaste tanto de diseño de interiores y te alejaste de las paredes negras.

—Guárdame el secreto —pedí cansado.

Eso fue lo último le dije a Liam antes de irme a la terraza donde Dean se encontraba fumando.

*Odio que fume.*

—¡Hey! ¿En qué habíamos quedado? ¿Quieres incendiar mi casa? —atravesé la mampara de cristal para salir.

Él estaba apoyado con los codos en la baranda de madera mirando hacía el pequeño prado en el exterior. Lo rodeaba un aire nostálgico y se veía muy agotado. Sin esperar invitación me puse a su lado, chocando nuestros hombros.

—Cállate, mago idiota —contestó con suavidad—. No me pidas que lo apague, estoy demasiado estresado en este minuto para hacerlo.

Me miró con una sonrisa triste antes de fumar otra calada.

—Esa cosa te va a matar, Dean — regañé preocupado.

—No dejarás que me mate —negó con la cabeza, manteniendo su pequeña sonrisa.

—No tientes a tu suerte —pedí cansado—. Quizás muera antes que tú y no pueda salvarte.

*Con todo lo ocurrido hoy, no me extrañaría.*

*Me siento jodidamente deprimido en estos momentos.*

—No digas eso ni en broma. No puedes, ni debes morir —frunció el ceño—. ¿Qué pasaría con Lucian?

—Trabajaría en una librería para luego, probablemente, volverse un escritor, sería exitoso, amado por muchos, ayudaría a mucha gente en el proceso —respondí con sencillez—. Espero que siguiera con Ezra bajo su ala, que se cuidaran mutuamente, pero si eso no ocurre… tiene una cuenta corriente que, en caso de imprevistos, quedará automáticamente a su disposición, ya está arreglado.

Mis palabras hicieron que su mandíbula se cayera del asombro e indignación.

—No puedo creer que digas eso —comentó enojado—. ¡¿Qué pasará conmigo si te pasa algo?!

—Tendrás a tu hermano y a tu familia a tu lado —hablé mirando al cielo nocturno—. Te

graduarás de la universidad y serás el mejor compositor del mundo, muy probablemente des conciertos de piano por todo el globo —me giré para mirarlo—. También tienes una cuenta corriente en caso de emergencias…

Vi en cámara lenta como dejó caer el cigarro para luego pisarlo con furia, entonces me sujetó de la camisa, colérico.

—¡Eres el mago más idiota del mundo! —estaba ofuscado, herido incluso— ¡No importa el dinero! ¡No importa el éxito! Nada de eso importa —explicó con sus ojos pegados a los míos, brillando de desesperación—. No hay forma de que seamos felices sin ti, imbécil.

*No hay forma de que seamos felices sin ti. Tampoco yo sin ustedes.*

—Solo es un plan de respaldo, Dean. En caso de que me ocurriera algo no los iba a dejar solos —expliqué con calma y luego tomé las manos que sujetaban mi camisa para separarlas y destensarlas.

—No seas idiota —pidió frustrado—. No tienes que morir. Punto. Por favor, paremos con el tema de la muerte… fue suficiente por hoy.

Bajó su mirada herida y me di cuenta que estaba siendo un idiota. No era el momento ideal para hablar de esto.

*Qué ocurre contigo, Leblanc. Estás siendo más torpe que de costumbre.*

—Bien. No más muerte —accedí y volví a apoyarme en la barandilla.

—Ni nada que tenga que ver con abandonarnos.

—Nada de abandono.

—Ni culpabilizarse por lo que está pasando.

*Es tan bueno leyéndome.*

—Sí fue mi culpa —suspiré.

—No, no lo fue, mago idiota. Tarde o temprano el mundo mágico sabría que Lucian existe. Sin ti, ya estaría muerto. Gracias a ti aún estamos todos vivos.

*Dean…*

—*O-okey*… nada de culpa —se me hizo un nudo en la garganta por sus palabras.

Siempre ha sido así, trata de aparentar indiferencia o frialdad, pero es muy considerado con todos a su alrededor.

—Estaba un poco sorprendido de tu cercanía con ese otro mago, desde que te conozco es la primera vez que veo a uno de tus amigos —suspiró derrotado.

—¿Con Liam? —sonreí por el repentino cambió de tema—. Siendo sincero, tenía algo de miedo de que todos se conocieran, sentía que mis mundos colisionarían.

—Pues parece que tienen mucha historia juntos, para que conozca sobre tus relaciones pasadas.

—No fueron muchas la verdad.

*Este es un tema muy incómodo para tocar aquí.*

—Eres tan injusto —comentó con el ceño fruncido.

—No sé de qué hablas —confesé masajeando mi nuca.

—¿Tuviste algo con él? Él parece saber mucho de tu vida pasada —inquirió sin querer desistir del tema—. Ni siquiera los puedo imaginar juntos. Como amigos, incluso como primos o hermanos… pero no como amantes.

Se veía muy consternado por el tema de mis relaciones pasadas. He vivido una buena cantidad de siglos, por supuesto que tuve algunas relaciones esporádicas, pero ninguna duró mucho, siempre fue algo más físico que emocional.

—No, no tuve algo con Liam. Pero sí conoció a algunas de las personas con las que salí —confesé suspirando—. Todas duraron un período más corto del que debes estar pensando. Estuve muy, muy solo… y las relaciones superficiales sirvieron en su momento.

Se dieron las circunstancias de aislamiento y soledad, por eso decidí intentarlo, pero no fue una gran idea.

—Si no hubieras conocido a Lucian —comenzó tentativamente, llamando mi atención —. ¿Habría tenido una posibilidad? —me miró con los ojos en calma.

No había recriminación ni había esperanza, tampoco eran celos, sino más bien una resignación pura. Al notar aquello pude sentir como mi corazón se estrujaba por un segundo. Era imposible que no supiera de los sentimientos de Dean hacia mí, pero no estaba seguro de la profundidad de estos hasta ahora.

*Esto es muy triste. Lo lamento mucho, Dean.*

—Si no hubiera conocido a Lucian, no te hubiera conocido a ti tampoco —sinceré—. Hay cosas que no se pueden cambiar, Dean.

Ante mi respuesta bajó la cabeza y suspiró indignado. Estaba a punto de disculparme cuando levantó su rostro con una pequeña sonrisa en él.

—Sabía que responderías evasivamente —comentó divertido—. Mago idiota.

*Mago idiota. Desde hace años que dejó de sonar como un insulto.*

Ante su familiar apodo sonreí enternecido, era su forma de decirme que lo aceptaba, pese a que le molestara. Hay cosas que no cambian, esta es una de ellas.

—¿Me estás preguntando si eres mi tipo, mocoso? —bromeé provocándolo.

—Dejé de ser un mocoso hace mucho, mago idiota. Y sí, eso es precisamente lo que hago.

*Woah, directo.*

Debí prever que incluso frente a un tema que le causa mucho dolor mantendría su orgullo intacto. Era increíble. Así que debía ser honesto con él, era lo mínimo.

—Eres realmente lindo Dean, siempre tratas de mostrarte algo frío, incluso altanero con el resto, pero es solo una coraza para protegerte de que puedan hacerte daño, es admirable. Por supuesto que eres guapo, hay que ser ciego para no verlo. Además, eres el ser humano más listo e inteligente que conozco, lo que es decir mucho —respondí acariciando su cabello—. Eres excepcional en todos los sentidos.

—¿Pero…? ¿Dónde está el pero? —exigió resignado.

—No hay pero —respondí divertido—. Lo eres y punto, idiota.

—Estamos en una conversación seria, no te rías, Al —pese a sus palabras, él mismo tenía una sonrisa encantadora.

—Tú también te estás riendo —choqué nuestros hombros.

El ambiente se sentía ligero pero melancólico. Era una combinación extraña.

—Así que… tenía potencial para que te acostaras conmigo, pero no para tener un felices para siempre.

*Es una ingeniosa forma de decirlo.*

—Los felices para siempre están sobrevalorados —le resté importancia—. Pero sí. Básicamente.

Negó con diversión como si no pudiera creer la forma en que estábamos manejando la conversación de un tema tan doloroso.

—Gracias, aumentaste mi autoestima —me regaló una sonrisa.

—Un placer —respondí con sinceridad—. No creo que seamos muy compatibles, te pasarías enojando conmigo…

—Por supuesto que no. ¿Cuándo me he enojado contigo? —preguntó indignado—. Bien. Quizás unas cuantas veces, pero es porque actuabas de forma temeraria y como un idiota. También me daba rabia verte deprimido por Cian, un poco por los celos, pero nada grave. Seríamos muy compatibles —debatió notablemente comprometido con su postura.

—Creo que las almas solitarias y tristes necesitamos un poco de alegría y luz en nuestras vidas. Soy un mago bastante lamentable, Dean. No podría hacerte lidiar con todos mis complejos y trabas, no sería justo contigo. Te mereces más que un tonto mago.

—No empieces con el tema de «te mereces» porque eso es algo que tengo que decidir por mi cuenta. Para mí eres más que un mago tonto, estoy seguro que sabes eso.

Levanté las manos en señal de rendición, tenía razón.

—Bien, no pondré ese tipo de excusas. Ninguna en realidad. Eres grandioso, Dean.

—¿Pero aun así crees que eres más compatible con mi hermano? —preguntó tratando de comprenderme.

—Es diferente —negué con la cabeza, con calma—. Con Lucian siempre fue diferente y especial. Me corta el aliento con una sonrisa y al mismo tiempo me hace latir el corazón. Movería el cielo y las estrellas para que seamos compatibles, o que no se enoje conmigo. No podría soportarlo. Vivo por su sonrisa —reconocí sonriente—. Soy el peor de los desastres cuando se trata de él, pero nunca parece importarle.

Podía seguir hablando de Lucian, pero fue Dean quien cortó mi monólogo moviendo las manos exasperado.

—Ya. Ya. Listo. Tema zanjado. Solo olvida esto —pidió avergonzado.

*Como si pudiera hacerlo.*

—¿Olvidar que te gusto? —pregunté—. Claro que no. Lo atesoraré y te lo sacaré en cara cada vez que pueda.

*Me gané esto.*

Su rostro se iluminó con un singular brillo de diversión en los ojos, hizo una mueca de indignación, pero sabía que a duras penas podía contener su sonrisa.

—Eres insufrible.

—Sí, lo soy, pero aun así te gusto… —respondí feliz viendo como se reía conmigo.

*A. Leblanc. Un afortunado Mago clase SS.*

Si bien aún estaba muy preocupado por todo lo que se vendría a continuación, hablar con papá me había dejado un poco más tranquilo. Papá Habuh mencionó que ya sabía que esto pasaría, él estaba preparado para enfrentar la responsabilidad de sus actos. Además, me encomendó cuidar a Dean y Alexander.

No tenía idea cómo quería que yo cuidara de ellos. Para mí, Dean siempre había sido la persona más fuerte de todas, era inteligente, capaz, y su personalidad no permitía que nadie lo pasara a llevar. Por otro lado, cada cosa que aprendía de Alexander lo volvía aún más increíble que el minuto anterior. Llevaba años protegiéndonos a todos de forma desinteresada. ¿Yo? Yo simplemente era otro chico más. Uno del que siempre se burlaron, al que aislaron por ser diferente. Un chico que siempre fue defendido por otros. Torpe y sin tener la capacidad de mentir. No hacía más que meterme en problemas. Pero al parecer papá pensaba diferente:

*—Hay cosas que solo tú puedes hacer. En los tiempos más difíciles es donde más debes confiar y ser fuerte. Saldremos de esta. No dejes que sus pensamientos se vuelvan oscuros, siempre debes ser su pilar, su ancla y, lo más importante… su luz.*

Creo que con solo escuchar su voz, mi corazón ya se había calmado y relajado. Papá tiene un efecto tranquilizador en todos, siempre deseé ser igual, poder calmar con una sola palabra el corazón de otra persona. Al parecer no heredé su voz.

Me sentía tan fuera de lugar con toda la situación actual, y lo peor es que podía saborear en mi paladar el sentimiento de culpa por ser el responsable de que ocurrieran tantas cosas terribles.

*No es tu culpa, no pediste nacer.*

*No es tu culpa, no mandaste a matar ángeles.*

*No es tu culpa, hace un par de días ni siquiera estabas seguro de que existiera la magia.*

*No es tu culpa, no es tu culpa.*

*No es tu culpa existir, Lucian.*

Mis pensamientos eran un desastre y estaba seguro que Alexander me mandó a tomar un baño por lo mismo, para poder despejarme un poco de todo esto (seguro podía leer mi mente y estaba siendo muy ruidoso).

Acaté la invitación, porque la verdad necesitaba un respiro, pero con toda honestidad puedo admitir que nunca me imaginé algo como lo que encontré.

*Esto es asombroso.*

No solo la casa de Alexander era la casa más hermosa que había visto, perfecta y soñada en todos los sentidos posibles. Su baño era literalmente el paraíso.

Era gigante, con baldosas blancas. Tenía una enorme bañera donde habían múltiples perillas, cada una tenía una esencia distintas, desde jabones, shampoo, lociones, etc. No pude aguantarme y las abrí todas. En pocos minutos todo el baño estaba lleno de espuma y burbujas. Era seguro que todo estaba lleno de magia, porque esas burbujas flotaban por todo el baño sin reventarse a menos que las apretara. Me sumergí en la bañera sintiendo todas mis preocupaciones volar gracias a la combinación de la temperatura perfecta del agua y los relajantes olores que me rodeaban.

Podría estar soñando de lo bien que me sentía. Hundí mi cabeza en el agua preguntándome si así se sentirán las sirenas bajo el mar y, riendo, volví a la superficie, noté que ya no estaba solo sino rodeado de pequeños rostros multicolores.

—Hum… ¿hola? —de pronto fui muy consciente de mi desnudez.

—¡Woah… el maestro por fin trajo a su lindo novio! ¡Lindo, lindo, lindoooo! —cantó una pequeña persona de aspecto infantil llena de espuma de color celeste. Medía el tamaño de mi dedo índice, era celeste y flotaba por todos lados.

No era la única, había muchas más, algunas que parecían hechas de agua, otras que brillaban intensamente, con todos los cortes de cabello del mundo, dejaban lleno de brillos a su paso. Estaba rodeado y todas ellas me miraban con mucha curiosidad y diversión.

—¿Quiénes son? —les di una tentativa sonrisa—. ¿Son hadas?

Estaba tanteando el terreno. Ellas se mostraron confundidas por la palabra por un segundo, pero luego procedieron a restarle importancia.

—¿Hadas…? Sí, somos hadas —aceptaron—. Servimos al maestro.

—¡Qué lindo cabello! —una se metió entre mi pelo húmedo.

—Y linda piel —otra frotó mi cara.

—Gracias —respondí sonriente—. ¿Qué hacen aquí?

Ellas estaban literalmente en todos lados, jugando con cada parte de mi rostro y espalda. Me sentía algo incómodo y divertido al mismo tiempo, estaba encantado por descubrir que existen las pequeñas hadas.

—Oh, el maestro nos pidió que le ayudáramos con su baño. Usted huele al maestro. ¿Es su novio o su mascota?

*¡Novio!*

*¿Mascota? Oh, dioses. ¿Mascota…? ¿En serio dijeron mascota? ¿Alexander tiene mascotas? ¿Así les dicen a sus amantes o realmente son mascotas?*

—Em… más como novio —acepté—. ¡Esperen! ¡¿Ustedes bañan a Alexander siempre?!

*Dioses, no me gustaba para nada la idea.*

*¿Pequeñas hadas tocando todo su cuerpo? No, gracias.*

—Oh, no, el maestro se baña usualmente solo. Esta es una ocasión especial.

*Bien. Preferiría yo mismo lavarle la espalda a Alexander a dejar que estas traviesas hadas lo hicieran.*

—Pero, si vamos a bañarlo a usted… —reconocieron riendo.

—No es necesario —estaba algo incómodo.

—No tiene elección.

—Woah… ¿qué te pasó? —Liam dejó de colocar la mesa—. Te ves reluciente.

Me escudriñó de pies a cabeza hasta que asintió en señal de aprobación. Las mismas hadas me dejaron unos pantalones de deporte con una simple camiseta blanca para reemplazar mi ropa sucia por la pelea.

—Hadas —suspiré recordando como se encargaron de mi limpieza.

No sabía aún cómo sentirme ante lo vivido con ellas. Necesitaba deshacerme de la vergüenza con rapidez.

—Dejaron tu cabello muy sedoso —halagó Liam—. Debería considerar también tener un baño con hadas.

*Tienen sus beneficios.*

—¿Dónde está Alexander? —lo busqué con la mirada.

—Afuera, con tu hermano —los señaló con simpleza.

Seguí su mirada y pude ver como ambos estaban apoyados en la baranda de madera, hombro con hombro hablando con familiaridad. Llevé una mano a la boca de mi estómago y apreté la camiseta.

*Cercanos.*

Toda la imagen denotaba complicidad. Sabía perfectamente que eran cercanos, pero nunca lo había visto con mis propios ojos, por lo menos no que recordara todavía. Sentí una pequeña punzada en mi corazón, pero preferí ignorarla. Aunque parece que no lo disimulé muy bien porque sentí que unos brazos me rodearon rápidamente, dándome consuelo.

—No es lo que estás pensando —susurró la suave voz de Liam.

¿Qué mi hermano está enamorado de Alexander, pero que Alexander no puede corresponderle porque está obligado a tener un vínculo conmigo?

*Estoy seguro que es justamente ese el caso.*

—¿Crees que ellos tuvieron algo? —pregunté aceptando su abrazo.

—Mmm… no los conozco mucho a ustedes, pequeño Lucian, pero sí conozco a Sasha —confesó—. No lo creo. Por otro lado, estoy seguro que desde que se encontraron solo tiene ojos para ti.

*Por el vínculo.*

—Me siento muy mal —*maldición, ¡por qué no puedo mentir!* —. ¿Por qué pueden verse tan bien juntos? ¿Por qué se ven tan cómodos?

*Yo también quiero.*

—Influye mucho que Dean si conserva todos sus recuerdos, gracias a ellos sabe manejar los límites de Alexander. Por el contrario, tú estás en desventaja porque aún no conoces toda la historia que tienes con él.

*Quiero saber nuestra historia, quiero conocer a Alexander.*

—No quiero sentir celos… no quiero sentir envidia —miré como se sonreían con complicidad —. Es mi hermano, me siento terrible por todo esto.

—Es normal, querido —consoló—. Dean sabe lo que necesita Sasha por su historia juntos,

por otro lado, Sasha sabe lo que tú necesitas por tu historia a su lado —explicó con calma—. Poco a poco, conviviendo podrás conocerlo más. No solo hablo de sus recuerdos, me refiero a que forjaran su propia historia también.

—Liam… realmente eres una gran persona —concedí sintiendo como apaciguaba mis inseguridades.

Ante mis palabras soltó una ligera risa, encantado por ellas.

—¿Te cuento un secreto…?

—Sí, por favor.

—No debes tener envidia, porque tú eres más increíble que esos dos, aun sin historia ni recuerdos sabes lo que necesita Sasha intuitivamente. Al parecer llevas años haciéndolo sin ser consciente de ello. Por eso estoy seguro que siempre le vas a dar lo que él necesita para ser feliz. Confía más en ti mismo y deja que tu instinto te guíe en tu camino.

*¡No es un mago, es un ángel!*

Con ese último consejo procedió a soltarme mientras me sonreía dulcemente.

Estuve a punto de agradecerle con efusividad, pero ni siquiera pude abrir la boca porque sentí un pequeño lazo invisible tirar de mí, acompañado de una explosión de júbilo espontánea.

*Woah… ¿qué es esto?*

Traté de seguir la dirección de esa sensación, hasta que mis ojos chocaron directamente con los de Alexander, en un instante me di cuenta que esa emoción era de él y, no solo eso, sino que yo era el causante de esa emoción. No había duda, porque me sonreía encantado por el simple hecho de estar ahí, frente a él.

*Yo soy dueño de su emoción.*

Sentí un nudo en la garganta, pero no me impidió sonreírle de vuelta. Liam tenía razón, debía confiar en mí y en mi guapo mago.

*No todo está perdido.*

*Tengo que ser fuerte y confiar.*

*En él, en mí, en nosotros.*

*Cian mitad ángel emocionado de A. Leblanc.*

# *12*

## *Me enamoré a primera vista de ti más de 150 veces*

Cuando desperté aún estaba oscuro en el exterior, miré a mi alrededor y noté que mi hermano seguía durmiendo pacíficamente en la cama aledaña a la mía. Me debatí entre seguir durmiendo o ir a ver otros lugares de la casa de Alexander. Decidí no pensarlo demasiado y salí del cuarto de invitados, entonces escuché ruidos provenientes de la cocina.

Traté de reunir el valor para encontrar el origen del ruido sin ser atrapado, pero el piso de madera no lo hacía fácil. Al llegar a la cocina me encontré con Liam sacando unas galletas recién horneadas del horno.

—¿Qué angelito anda por ahí? —seguía de espaldas.

Me acerqué con algo de recelo por ser descubierto, ¡pensé que lo había hecho muy bien en ocultar mi presencia!

—Buenos días —traté de arreglar un poco mi desordenado cabello.

—Oh, eres tú, Cian. Una persona madrugadora.

*Me gustan las mañanas, siempre se han sentido más productivas.*

—¿Cocinaste galletas a las… cinco veinte de la mañana? —estaba emplatando las galletas recién horneadas, pero, a pesar de eso, toda la estancia estaba pulcramente ordenada.

—Sí. Sasha se merece un descanso —se quitó el delantal de cocina que traía sobre una camisa y pantalones de vestir—. Es muy bueno cuidando de todos, pero se le olvida cuidar de sí mismo.

—¿Hiciste todo con magia? —pensé en el criterio que tenían para usar magia, porque ayer tampoco lo vi usarla para cocinar, pero estoy muy seguro que si la usó para vestir ropa diferente a la de ayer.

—¿Te refieres a si puedo cocinar con magia? —asentí con la cabeza—. Por supuesto, pero no es llegar y chasquear los dedos para que la comida se haga, cocinar requiere de muchos pasos, creo que es más sencillo hacerlo sin magia que recordar todos los hechizos que tengo que hacer para obtener la consistencia o sabor que busco. Por otra parte, hay cosas más concretas que solo toman un hechizo realizar, como encender la luz, teletransportarme, o cosas así. Los magos tratamos de no abusar de la magia para todo, porque en caso de necesitarla con urgencia, no tendríamos reservas.

—Ya veo, pensé que hacían todo con magia.

—Nah, también debes recordar que todos los magos tenemos magias especializadas, hay cosas que no puedo hacer, pero otro mago sí.

*Excepto por Alexander, él puede hacer casi de todo.*

—¿Pongo la mesa para que todos tomemos desayuno? —pregunté indeciso por la hora.

—Yo lo haré, tú anda a despertar a tu hermano.

—No va a querer levantarse tan temprano, odia bastante las mañanas.

—Tiene que hacerlo, porque tenemos que pasar a su casa para que hable con su padre y luego

irnos donde Fausto, para que vaya a la universidad. Todo eso antes de mi turno en el hospital.

—Eso quiere decir que no tomaremos desayuno todos juntos.

—Me temo que no, pero será para otra ocasión —excusó con una amable sonrisa.

—De acuerdo, daré lo mejor de mí.

Con un par de aplausos fui a hacer la tarea que me encomendó.

*Más le vale no enojarse conmigo esta vez. Tiene que despertarse para que otros también puedan hacer su vida diaria.*

*Despertarlo o unirme a él.*

Luego de que ambos se fueran, me debatí mentalmente si seguir durmiendo, o despertar a Alexander. Como sentía que mi sueño se había esfumado, procedí por la segunda opción, el problema es que cuando abrí la puerta de su habitación y lo vi dormir tan plácidamente en su gran cama, no tuve las fuerzas para irrumpir su sueño. El cuarto era sencillo, no había escritorio o librero, pero si un mueble lleno de cajones y un ropero antiguo

*De acuerdo, solo serán unos segundos, no haré nada malo. ¡Por supuesto que no! ¡Es mi consorte después de todo! Es normal, es normal.*

Solo estaba cubierto por una sábana, ya que las mantas estaban desparramadas por la cama, traté de hacer el menor ruido posible al subirme a esta y acomodarme a su lado. Llevaba una rodilla apoyada y ya sentía que mi corazón latía tan fuerte que retumbaba en mis oídos.

*No te despiertes, no te despiertes…*

Logré subirme a la cama y con cuidado me estiré a su lado mirando hacia arriba, esperando que me reprendiera por mis acciones, pero cuando nada pasó dejé salir un suspiro de alivio. Recién en ese momento me permití mirarlo con tranquilidad.

*Woah, realmente es muy guapo, sus facciones relajadas son… son muy bellas.*

Era la primera vez que me detenía a mirarlo con detenimiento tratando de recordar cada rasgo de su piel perfecta, sus cejas rectas, su nariz, su fino labio superior y más voluminoso inferior, sus dos pequeños lunares, uno bajo su ojo derecho y otro bajo su labio. No pude evitar acercar mi rostro al suyo, pero me detuve cuando lo sentí moverse. Inmediatamente cerré los ojos y fingí dormir.

*Huele muy bien, es fresco y algo dulce, una mezcla muy única. Gardenia, como las flores del jardín de papá, pero también dulce y cítrico, podría ser maracuyá, eso es muy exótico. Falta ese toque sofisticado detrás que no logro identificar. ¿Quién usa perfume al dormir? Quizás solo está muy impregnado en su piel. ¿Puede ser cacao tostado…?*

—Hey, ángel ¿qué haces en mi cama? —preguntó suavemente cerca de mi oreja.

Me tensé por completo por un segundo, pero traté de acomodarme en la cama para fingir un poco más, aunque sabía perfectamente que había sido descubierto y no podía evitar que las comisuras de mis labios se alzaran ante mi nerviosismo.

No quería moverme, pero fue muy difícil no hacerlo cuando me acercó a él y acarició con cariño mi cabello.

*¡Qué clase de milagro doméstico es este!*

Después de un rato disfrutando de sus caricias y de su aroma, sentí que besó con suavidad una de mis mejillas. Eso me despertó enseguida, mis ojos se abrieron y sentí el calor extenderse por

mi rostro hasta mi cuello y orejas.

—Buenos días, angelito —saludó con su voz algo ronca por ser las primeras palabras del día —. ¿Dónde están todos? —me miró con una inocente sonrisa.

*Gracias magia por permitirme estar vivo hasta este momento.*

—B-buenos días, Alexander —saludé nervioso para luego golpearme las mejillas y sonreír aparentando tranquilidad—. Se fueron. Liam, hizo el desayuno y se llevó a Dean donde Fausto, para ir a la universidad.

*Gracias Liam, por esta oportunidad.*

—¿Y tú? ¿Por qué no te fuiste con ellos? —bostezó.

*¿Es en serio? ¿No es obvio?*

—No quería dejarte solo —respondí con simpleza.

*No podía dejar pasar esta oportunidad dorada.*

Pude notar como mi respuesta lo desarmó por completo. Esas pocas palabras hicieron que se rompiera su máscara de tranquilidad.

—¿No querías dejarme solo? Vivo solo, no deberías preocuparte por mí —señaló con algo de vergüenza.

—Quería desayunar contigo, es triste comer solo —salí de su cama y tomé su mano para arrastrarlo—. Así que vamos.

Suspiró antes de levantarse, pero me siguió de buena gana. ¿Debería haber sugerido cambiarnos el pijama antes de ir a tomar desayuno? *Nah*, eso lo haríamos después. Se veía perfecto con su cabello algo desordenado y su holgado pijama de satín oscuro.

Al ir al comedor ya se encontraba la mesa pulcramente servida. Había café, galletas, pan recién horneado, frutas y demases. Todo olía y se veía exquisito. Un cálido sentimiento se instauró en mi pecho y no me abandonó en ningún momento.

*¿Esto es sentirse en un hogar?*

Por supuesto que mis padres siempre se habían esforzado en darnos un hogar cálido y lleno de amor, de alguna forma eso se sentía natural. Pero esta no era mi casa, no estaban mis padres o mi hermano, aun así, me sentía *en casa*. Muy raro.

—Woah… se ve muy apetitoso —se sentó en la mesa y lo seguí—. Liam se lució.

*¡Realmente lo hizo! Es asombroso.*

—Sí. Él dijo que necesitarás mucha comida para recuperar fuerzas —expliqué sentándome frente a él.

Creo que esta situación es realmente extraña para él, se ve inusualmente incómodo y solo estamos tomando desayuno. No había porque sentirse así, éramos dos personas comiendo la comida más importante del día, bien, un mago y un mitad ángel, pero se entiende el punto.

*Tiene un lado muy adorable.*

Le regalé una sonrisa y nos serví café en las tazas que teníamos en frente. Con total naturalidad él acercó su mano a mi taza, encantándola en el proceso. Pude ver claramente como pequeños destellos de luces moradas se colaban en mi café.

*¿Cuántas veces has hecho esto, Alexander?*

—¿No dicen palabras para hacer hechizos? —pregunté probando una de las galletas de limón.

—Sí, pero en nuestra mente. Si dijéramos todo en voz alta nuestros enemigos sabrían nuestros planes —explicó—. Además, hay algunos hechizos o conjuros que son muy largos.

—O sea, si son como los de Harry Potter —señalé encantado.

—No, no. Para nada. J. K. Rowling tuvo su propio mérito en la creación de los nombres de los hechizos, pero no son los mismos que ocupamos nosotros.

*¿Ni siquiera una coincidencia?*

—Eso quiere decir que si dices *wingardium leviosa* ¿No va a levitar nada? —estaba genuinamente interesado.

—Puedo hacer levitar cosas sin decir ese particular trabalenguas —bebió café.

*No te lo discuto, desde que te vi me siento en el cielo.*

—Eso quiere decir que si dices *wingardium leviosa* ¿No va a levitar nada? —estaba genuinamente interesado.

—Puedo hacer levitar cosas sin decir ese particular trabalenguas —bebió café.

*No te lo discuto, desde que te vi me siento en el cielo.*

—Eso quiere decir que las palabras no sirven —decreté tomando notas mentales.

—¡Claro que sirven! —me sorprendió cuando alzó la voz, al ver mi desconcierto se aclaró la garganta—. Las palabras son magia. Son fuerzas, y son catalizadores de cosas. Que todos las malversen dándoles otras atribuciones es el problema.

—¡Pero no necesitan decir palabras para hacer magia! —reproché.

*¿Por qué suena a que habla de algo más profundo que solo magia?*

—No para las acciones simples, como hacer levitar un objeto o prender una luz —explicó con calma—. Cuando el encantamiento es más complejo sí las necesitamos, las palabras nos ayudan a materializar nuestra magia. Fausto se dedica a estudiar la fuerza de las palabras y sus

combinaciones para la creación de nuevos encantamientos. Lo que es muy…

—Interesante —completé sonriente.

—Aburrido y tedioso —sentenció por su parte.

—Solo porque sea más teórico que práctico no quiere decir que sea aburrido —expuse divertido.

Pude ver claramente cómo reunió todas sus fuerzas para evitar rodar los ojos. Era divertido que le molestara mi interés o gusto por algo que hacía Fausto, pude notar fácilmente que su relación no era precisamente de amistad, había una rivalidad entre ellos.

—El punto es que las palabras no hay que decirlas por decir —retomó—. Pueden herir, pueden matar, pueden sanar.

—¿Tan así…? —sabía perfectamente que tenía razón, pero era encantador verlo hablar tan apasionadamente sobre algo.

—Muy así —sonrió—. Si tú desearas algo con tu mente y me tocaras, no se cumpliría tu deseo. Debes verbalizar tu deseo. No puedo leer tus pensamientos ni tampoco escucharlos. Las palabras son necesarias para activar mi magia.

*Es bueno confirmarlo.*

Ya sabía cómo funcionaba la magia cumple deseos de Alexander, aunque no estaba seguro de que no pudiera leer mis pensamientos.

—Yo puedo sentir los tuyos —declaré guiñándole un ojo con orgullo.

Eso lo descolocó por completo, porque no sabía que podía hacerlo. Entrecerró un poco los ojos con duda antes de contestar.

—Para mí es algo muy impreciso —retomó queriendo aclarar el tema de su magia—. Mi magia también trabaja con las palabras y los deseos. Trabajo con la comunicación. Mi madre no es mensajera por nada.

Me estudió con la mirada por un largo minuto, hasta que terminé entendiendo el punto de esta conversación y subí las manos en señal de derrota.

—*Okey, okey*… nada de J. K. Rowling es verdad. Ya entendí, pararé el asunto —accedí comiendo unas frutillas.

Aunque trató de evitarlo con todas sus fuerzas, terminó rodando los ojos, pero sin verse molesto del todo, porque tenía una pequeña sonrisa. Podía ver como no le gustaba precisamente el tema en cuestión, pero trataba de ser conciliador y no reprocharme por mi interés.

—Mira, sé cuánto amas ese universo —comenzó con su voz más calmada.

—No, no lo creo.

—Cian. Joder, te he visto leer esos libros más de diez veces, me has dado la charla de todo el universo de Harry Potter muchas veces—resopló.

*Woah… pues suena algo que sí haría.*

—Bien, eso sí lo creo.

—De acuerdo, me dije a mí mismo que no te diría nada para no fomentar tu búsqueda de paralelismos, pero supongo que te debo una información real.

*¿Es lo que creo que es?*

—Te escucho —susurré con una sonrisa que crecía a cada segundo.

Apoyé los codos en la mesa y puse la cabeza en mis manos, dándole mi completa atención. Estaba disfrutando esto como nunca.

—Uno de los magos que escribió la autora, sí existe —confesó tomando su café mientras esperaba mi bomba de emoción.

*Uno de los magos si existe… woah.*

—¡Oh, por dios! ¡Lo sabía! ¿Es Sirius? Tiene que ser Sirius… —grité eufórico casi saltando de la silla.

—Eh… no.

*¡No puede ser! ¡Sirius!*

—Pff, entonces debe ser Nicolas Flamel —respondí derrotado.

—Sí, o sea, claramente él es un mago. Los alquimistas eran magos, él por su parte es un mago blanco, ya sabes por lo de la piedra filosofal y todo eso, de hecho, es amigo de mi papá. Pero no, no hablaba de él. De quien hablo es uno de sus personajes principales.

*¿Personajes principales? ¡Jackpot!*

*No debe ser Harry, sería muy obvio. Ninguno del trío problemático. Quizás algún profesor… no debe ser alguien que no esperarías.*

—Malfoy. Estoy seguro que es Malfoy.

—No.

*¿En serio? ¿Lupin…? Nah, debería haber sido Sirius.*

—¿No? ¿Estás seguro que no era Sirius? —dudé de su conocimiento del mundo mágico.

Su cara reflejaba un claro: «realmente hiciste esa pregunta, encanto». Lo que logró que me avergonzara, porque obviamente él sabe más de todo esto que yo.

—No, no es Sirius. Es increíble que me lo cuestiones nuevamente como si me hubiera equivocado la primera vez —señaló con ironía—. *Scamander…*

*Oh, por todos los dioses.*

*Newt Scamander… mi encantador Eddie.*

Solo fue una palabra, bastó la simple mención de su apellido para causar toda una conmoción. Me levanté de la silla y me puse a saltar por toda la habitación mientras chillaba de emoción.

—¡Eddie!, definitivamente tenía que ser un mago. Es demasiado guapo para no serlo —decreté encantando.

—¡Hey! No te confundas, no hablo del actor, hablo de que realmente hay un *Scamander* y se dedicó al estudio de criaturas mágicas, es un mago verde. Es muy famoso. Toda la comunidad mágica se alborotó cuando salió el libro —explicó tratando de calmarme—. Y no es guapo.

*No es guapo. ¿Eso que leo entre líneas son celos?*

Eso me detuvo de inmediato para mirarlo consternado, llevé una mano a mi boca para controlar mi expresión, luego me senté tranquilamente en mi silla.

—No deberías tener celos de Eddie... —comenté tomando la taza de café nuevamente entre mis manos, mirándolo divertido a través de mis coquetas pestañas.

Vi claramente como su cara se desfiguró y un tenue color cálido adorno sus mejillas.

*Lo estoy disfrutando demasiado.*

—No tengo celos de ese actor —declaró irritado—. Solo te estaba aclarando que el verdadero *Scamander* no es guapo.

—¿Pero Eddie sí lo es…? —cuestioné con una sonrisa coqueta.

—No, tampoco —desvió la mirada de mis agudos ojos.

*Sí, lo es. Pero no tienes nada de lo que preocuparte porque para mí…*

—Tú eres más guapo —señalé con simpleza, haciendo que casi se atragantara con el pan de la pura sorpresa.

Vi claramente como se sonrojaba sin poder controlarlo y no pude evitar sonreír, complacido por su reacción. Tiene un lado muy adorable, es débil frente a los halagos directos. ¿Cómo es que no está acostumbrado a escuchar que es hermoso? Debería haber escuchado toda su vida miles de halagos por lo bello y amable que es. ¿Nadie se lo había repetido hasta el cansancio? Porque me ofrezco de voluntario para hacerlo toda la vida.

—Tú realmente eres mucho más guapo, no sé para qué te sorprendes tanto. Parecía que querías escucharlo al estar celoso de Eddie, no esperé que amaras tanto que te dijera lo obvio. Para mí, eres mucho más guapo que cualquier actor.

*Quizás me estoy pasando un poco con mi honestidad. Modérate, Cian.*

—S-solo dejemos este tema… —trastabilló nervioso volviendo a comer.

*Por supuesto, mago mío.*

Me limité a sonreír con complicidad en silencio, para no hacerlo sentir más incómodo, pero la verdad es que me sentía muy orgulloso de mí por ponerlo nervioso. Aunque hay algo que no hemos hablado.

*¡El trabajo!*

—¡Espera! —vociferé llamando su atención—. ¿Es mi primer día de trabajo, cierto? ¿Qué debo hacer?

*Estoy listo para lo que necesites. Limpiar mesas, listo. Tomar pedidos, listo. Sonreír a los clientes, listo. Coquetearte durante los pedidos, súper listo. Puedo con todo y más.*

—Nada —bebió un sorbo de su café.

*¿Es broma? Oí mal…*

—¿Qué? —estaba confundido—. Pero tú dijiste…

—Nada —repitió—, no iremos a trabajar.

—¿Es una broma? ¡Es mi primer día! —reclamé indignado, estaba física y mentalmente preparado.

—No iremos a trabajar, punto.

*Estás siendo muy tajante en esto, Alexander.*

—¿Por qué no? —inquirí evaluándolo con la mirada—. ¿Nos quedaremos aquí?

*Bien, esa no es tan mala idea. Igualmente puedo ponerte nervioso todo lo que resta del día. Además, me encantaría conocerte aún más.*

—¿Nos quedaremos aquí *solos*? —alcé las cejas.

*¿Los dos solos?*

*Entre abrazos, mimos, coqueteos y besos.*

—No, no nos quedaremos aquí —desvió la mirada.

*¡Oh, vamos! Qué cobarde.*

—¡¿Qué?! ¡Oh, vamos! ¡Aburrido!

—Basta —pidió cansado—. Quiero mostrarte algo, es importante —aseguró con una pequeña sonrisa.

—¿Realmente es importante o solo estás huyendo de mí? —interrogué con desconfianza.

—Iré contigo, lindo —respondió con una ceja alzada—. No estoy huyendo.

*Él también puede ser coqueto cuando quiere, me gusta. Pero no puedo esperar, es momento de actuar.*

—¿Ah, sí? Deseo que vayamos a ese lugar importante ahora.

—Espe…

No pudo evitar que se activara el deseo, ya que ya había tocado su mejilla con mi mano. Y no pude contener la diversión frente a mi pequeña travesura. Un segundo después ya no estábamos en el comedor de su casa, nos encontrábamos en la orilla de un lago, frente una cascada, rodeados de frondosa vegetación.

—…ra. ¡No hagas eso! —vociferó encarándome.

*Oh, no.*

Una lluvia de recuerdos me invadió y estos no era de los buenos. Sentía golpes, insultos, terror. Todo junto en grandes cantidades.

No fue una pelea de niños, ni siquiera un episodio de acoso, fue una pelea en unos callejones, afuera de lo que parecía ser una disco o un club nocturno, porque se escuchaba música cerca. Tuve la mala o buena fortuna de pasar por ahí volviendo de una exposición de fotos de Ezra cuando sentí los golpes. No había forma que no interviniera cuando eran cuatro contra uno.

La víctima era un chico que amaba el rosa, un chico demasiado delgado para no quebrarse después de tantos golpes, un chico demasiado dulce para poder aguantar tanto odio. Un sobreviviente de los prejuicios de la sociedad.

Di todo de mí para tratar de salvarlo, corrí, grité, me interpuse, hasta que usé todo mi cuerpo como escudo de todos esos golpes. Aguante como un guerrero, uno con pocos músculos, pero un enorme corazón. Ni siquiera dudé en intervenir, debía hacerlo. No había otra opción en mi mente. Si pasaba por esto él solo moriría, pero si éramos dos, quizás se cansaban antes de matarnos a ambos, mi dolor aumentaba sus probabilidades de supervivencia, por eso debía resistir, resistir todos los golpes, los insultos, su asquerosa saliva arrojada sobre nuestros cuerpos maltrechos.

Debía resistir, solo un poco más, hasta que ellos se aburrieran y se fueran, o que otra persona viera la escena y llamara a la policía. Por favor, alguien… *ayuda.*

Cuando llegó Alexander, aún mantenía abrazado al otro chico tratando de protegerlo, apenas podía ver por los miles de golpes que me dieron en el rostro, estaba cubierto de galaxias, sangre y lágrimas. Un cuadro acongojante.

Fueron solo dos cosas las que pudimos pedir en esa situación:

*Sálvalo, no dejes que le hagan más daño. Protégelo. No importa lo que me pase a mí, él no se merece esto.*

Mientras que el otro chico imploró:

*Él solo me estaba ayudando. A-ayúdalo, Por favor…*

Ninguno de los dos debería haber sufrido eso. El mundo está lleno de gente enferma. Gente que cuando está aburrida solo hace daño. Hieren y hieren, sin medir sus consecuencias. Gente tan rota que deben lastimar a otros para llenar su vacío con la certeza de crear más personas como ellos y así continuar un ciclo de abuso sin fin.

—Lucian… ¿estás bien? ¿Qué sucede? —angustiado se agachó a mi altura para examinarme. Ni siquiera me había dado cuenta de cuando había llegado al suelo.

Recién en ese momento pude volver a recobrar la conciencia de donde me encontraba. No estaba en un frío callejón. Estaba con Alexander, rodeado de naturaleza, *no estoy solo*. Es un recuerdo doloroso, pero solo eso, un recuerdo, no nos podrán hacer daño nuevamente. Él se aferró a mi mano en silencio, hasta que mi mirada se encontró con sus ojos. Traté de sonreírle a través de todo el dolor que sentía mi cuerpo. No quería que se preocupara.

—Sí, solo dolió —expliqué entre grandes bocanadas de aire, tratando de tranquilizarme—. Los recuerdos son muy vívidos.

—¿Cuál volvió? —acarició mi espalda con cariño.

—¿Protegiste y curaste al niño? —devolví yo.

—¿Cuál de todos? Me hiciste ayudar a muchos —me sacó una sonrisa.

Lo bueno es que la sensación de dolor estaba menguando un poco. Necesitaba seguir respirando y mantener la calma. *Estoy bien, sobreviví.*

—Al que le pegaron porque se vestía de mujer. Recordé como me interpuse entre sus agresores. Reviví sus golpes e insultos.

—¿C-cuál…? —preguntó tanteando el terreno.

*¿Cuál…? No puede ser.*

—¿De qué hablas? —inquirí preocupado sintiendo que mi garganta se cerraba por la angustia —. ¿Pasó más de una vez?

No podía creer en el terrible mundo en el que vivía. Qué desastre. Por qué tanta gente tiene que ser víctima de los prejuicios de otros. *Maldición, maldición, maldición.*

—Fueron dos veces —respondió con serenidad—. Una de pequeño y una de adolescente.

—La de adolescente.

—Mierda, Cian —maldijo con dolor—. Lo lamento mucho.

Se sentó en el suelo y me cobijó entre sus brazos. Eso hizo que toda la pena y angustia contenida se liberaran sin poder evitarlo. Inmediatamente me aferré a su espalda y permití que las lágrimas comenzaran a caer por mi rostro.

—E-estoy bien... solo dame unos segundos —no quería que se preocupara.

*Es uno de los recuerdos traumáticos. Solo necesito un poco de tiempo para asimilarlo y aceptarlo.*

—Ese chico… ¿está bien? —pregunté luego de unos minutos, mucho más calmado y recuperado.

—Estupendamente. Tiene su propia línea de ropa inspirada en la moda que se ve en *harajuku*. Le va muy bien y se ve muy feliz —me dio consuelo.

*Se ve feliz, eso definitivamente es lo más importante.*

—Me alegro tanto —confesé con alivio—. ¿No lo volvieron a golpear?

—Nunca más. Es un chico muy fuerte. Al igual que tú —reconoció con una tentativa sonrisa.

Solo en ese momento sentí calma. Él estaba bien, yo también lo estaba. Ya había superado esa pesadilla, me encontraba a salvo al lado de Alexander. Qué alivio. Me levanté y miré con más atención el frondoso paisaje a nuestro alrededor.

—¿Dónde estamos? —mis ojos curiosos recorrieron todo el paisaje.

—A unos metros de mi casa —suspiró mitad cansado y divertido—. No era necesario desearlo, estamos a quince minutos caminando.

*Ay, no. Me apresuré demasiado.*

Quería encogerme hasta desaparecer por gastar un deseo, un deseo que al parecer valía mucho, porque me devolvió un recuerdo terrible. Debería haber sido un poco más paciente, solo hace un día había acordado guardar los deseos para cosas importantes en caso de que hubiera una emergencia.

—Lo siento —respondí con la cabeza gacha.

—No importa —trató de tranquilizarme—. Este es uno de los santuarios de mi madre —explicó apuntando la cascada y el lago.

*Eso explica lo valioso del deseo.*

—Es un lago precioso —reconocí mirando mi reflejo en el agua cristalina.

—No vinimos al lago —corrigió rodeando mi cintura con su brazo.

*¿No por el lago? Eso quiere decir…*

—¿Por la cascada?

—Por la cascada.

Detrás de una cascada era húmedo y nosotros, gracias a mi imprudencia, estábamos aún en pijama a pesar de haber salido al exterior, ni siquiera se me ocurrió que debimos vestirnos primero. Pero a Alexander parecía no molestarle así que me dije que estaba bien.

Con un chasquido estábamos al otro lado de la cascada, en una cueva secreta. Era enorme, no solo era piedra o roca, había muchos tipos de geodas de diferentes minerales que reflejaban la luz de todos lados, el piso tampoco era lapidoso, era irrealmente liso y negro.

*¿Qué es esto? Las cuevas se supone que son sombrías y oscuras, esta está llena de luz.*

—Oh… woah… e-el… el agua tiene colores. ¡Woah! —estaba asombrado.

—Así es, es producto de la luz reflectada de las geodas.

*Las geodas se ven como cristales, realmente hermosos. Son muchísimos y muy grandes.*

—Esto es muy increíble. Está lleno de luces —miré cada rincón de la cueva.

—Es un refugio—explicó observando como estudiaba el lugar—. Aquí está lleno de magia y, lo más importante, es que nadie puede entrar. Es como un banco de magia y, justo ahora, nos encontramos dentro de la bóveda.

*Pero nosotros entramos.*

—Es hermoso —exclamé tocando uno de los cristales del suelo.

—Sí, mi idea era enseñarte el camino para que, en caso de estar en problemas, pudieras esconderte aquí, pero el señor impaciente no me dejó otra opción —bromeó acostándose en medio de la cueva.

Sentía la humedad fría refrescarme y fortalecerme, era su forma de darme la bienvenida. Toda la estancia se sentía muy familiar, estaba seguro que tenía que ver con la magia de Alexander.

—¿Cómo es que hay luz? ¿Por qué se ve mucho más hermoso por dentro? —me senté a su lado.

—Misterios de la magia —respondió con una pequeña sonrisa—. En este lugar nunca pasarás hambre ni frío ni dolor —tocó mi mejilla con la yema de sus dedos.

*Sin hambre, frío o dolor, eso es demasiado conveniente para mí.*

—Mi escondite perfecto.

Me regaló una pequeña sonrisa en señal de afirmación.

—¿Qué sientes? —preguntó cerrando sus ojos—. Cierra los ojos y descríbelo.

Me recosté a su lado hasta que nuestros hombros se encontraron. Tome tres respiraciones profundas y comencé a concentrarme totalmente en el ambiente.

*Bien, aquí vamos.*

—Siento… el sonido del agua —comencé tomando mi tiempo para pensar en cada palabra—, es muy relajante, es como si se llevara mis preocupaciones o, mejor aún, como si limpiara mi alma. También siento el rocío, o la humedad en mi piel, es como si se encargara de nutrirme, curarme, refrescarme. Huele a seguridad y calma… nos protegen… todo en este lugar quiere protegernos.

*Se siente como una extensión de ti.*

—Abre los ojos —pidió anticipando mi reacción.

Todo el ambiente a nuestro alrededor se había llenado de color azul, ocasionado por el color que habían adoptado las geodas y de unas pequeñas luces danzantes por el lugar. Las pequeñas motas de luces azules brillaban con más intensidad al chocar con mi cuerpo, para luego desvanecerse. Era como si la magia a nuestro alrededor quisiera quedarse dentro de mí.

—Es… es hermoso, Alexander —reconocí admirando la imagen frente a mis ojos. No tengo palabras.

*No puedo parar de temblar de la emoción.*

Toda la estancia estaba iluminada por luces azules y cianes. El rostro de Alexander parecía encantado con esto.

*Está rodeado de Cianes, incluyéndome.*

—Es un lugar especial, fue creado para tomar el color de tu estado de ánimo —trataba de controlar sus expresiones, pero no era necesario, podía sentir su emoción y regocijo.

—Es azul. ¿No quiere decir tristeza y depresión? —recordé las atribuciones culturales del color.

—No, no. En este caso el color azul proyecta: paz, tranquilidad y el deseo de que esto sea eterno —explicó sonriente.

—Alex…

*Maldición no puedo aguantarme más.*

Sin poder detenerme dejé un suave beso en su mejilla. Aprovechando el impulso lo hice tres veces más. En ese punto no estaba seguro si era mi alma o la suya la que se estaba derritiendo de ternura y felicidad, pero ya no importaba. Sabía que esto era especial.

—Gracias.

—No tienes que agradecer —me acarició suave el cabello—. Desde ahora será nuestro secreto.

*Nuestro.*

—Nuestro, qué bien suena eso.

Él me explicó que tiene que renovar sus reservas de magia, que era tan fácil como venir aquí, dejar todo fluir y que otra nueva entrara, solo necesitaba unos minutos. Para evitar molestarlo me dispuse a jugar con algunas de las motitas de luces a nuestro alrededor, y a examinar alguna de las geodas. Lo que me dejaba tranquilo era la expresión de paz y felicidad que tenía en su rostro.

*Aún hay una cosa que debo saber. Ayer Gabriel se disculpó por algo y habló de una degradación. ¿Qué quiere decir con eso?*

—Alexander —llamé tanteando el terreno.

—¿Sí? —respondió con sus ojos aún cerrados.

—No sé si deba preguntar, pero…

—Adelante. Este lugar me relaja, solo pregunta.

*Es mi oportunidad.*

—¿Hay alguna razón para que Gabriel se disculpara? ¿Qué es eso de degradación?

Ante las preguntas sus ojos se abrieron sorprendidos. Estaba muy seguro que lo tomé con la guardia baja, porque parecía seriamente complicado por la pregunta, como si no supiera cómo responder, pero esta vez no fui impaciente y dejé que se tomara todo el tiempo del mundo en formular su respuesta.

—Es una historia larga…

—Tenemos tiempo —volví a recostarme, expectante a que comenzara a hablar sobre el tema.

Tomó un largo respiro tratando de poner sus pensamientos en orden y procedió a hablar con calma.

—Los magos tenemos una clasificación dependiendo del nivel de nuestra magia, esta va de la F a la SS.

*Son como notas.*

—¿Cómo saben a qué categoría pertenecen?

—No me dejaste terminar —reprochó con una sonrisa—. Hay otra categoría más, pero, respondiendo a tu pregunta, nos hacen un test de magia, de hecho hay varios de estos diferentes. El primero que nos hacen es cuando nacemos, este es para saber el color de nuestra magia.

*Ahora que lo pienso. ¿Cómo nacen los magos? ¿Se crean por magia? ¿Nacen como humanos? ¿Aparecen en medio de un círculo de invocación?*

—Sé que va a sonar raro, pero… ¿los magos nacen como los humanos? —estaba impaciente y maravillado por la información nueva que estaba recibiendo.

El mago frente a mí quedó descolocado ante mi pregunta por unos segundos, para luego comenzar a reírse a carcajadas. Sentí como el color se subió a mi rostro algo avergonzado, no quería que se riera de mí, pero necesitaba saciar mi curiosidad.

—Sí, nacemos como los humanos, pero el mismo día que nacemos ocurren milagros —explicó con pequeñas lágrimas en la comisura de los ojos—. Por ejemplo. Cuando nace un mago verde puede pasar dos cosas, la primera es que nace un *familiar* al mismo tiempo que él, eso indica que será un *Summoner*. La segunda es que nace un árbol mágico, por lo que algunos magos cuando crecen vuelven a donde está su árbol y cortan una de las ramas, para forjar su varita o bastón.

*¡Varitaaaas!*

—¡Sí tienen varitas! —señalé con emoción.

—Algunos magos verdes. Otros tienen distintos objetos, pero todos tallados de la madera de ese árbol, porque estos existen solo para protegerte y proveerte salud. Cuando un mago verde muere, su familiar muere con él, mientras que los otros se convierten en un árbol.

*Cíclicos.*

—Sorprendente —reconocí—. ¿Qué es eso de *familiar*? ¿Es una criatura mágica?

—Sí, exactamente. Es una criatura mágica con la que haces un contrato de por vida, un fénix, una deidad, otro tipo de criatura… hay millones. Mueren y renacen todo el tiempo.

—Es como nacer con tu compañero y mejor amigo. Espera. ¿Cómo puede hacer un contrato un recién nacido?

—Los padres hacen un círculo mágico cerca del lugar del nacimiento, este se activa al nacer el bebé, aparece el *familiar* y son los padres los que le ofrecen una gota de sangre del infante para el contrato. Luego, cuando el niño crece, rehace el contrato y el *familiar* se hace más fuerte.

*Evoluciona como los Pokemon, pero no puedo por ningún motivo decirle eso.*

—Eso quiere decir que crece con el niño y cuando es mayor hacen el contrato definitivo. Apuesto que es porque se comprometen a darles más magia —deduje con facilidad, me sabía este desarrollo de trama.

—Exacto, pasa lo mismo con cada una de las clases —reconoció con una sonrisa—. Todos tienen distintos milagros al nacer que ayudan a definir y entender el tipo de magia que posees.

*¿Qué clase de milagro ocasionaste tú?*

—Continúa con los test —comenté animándolo a continuar.

—Oh, luego cuando cumplimos diez años nos hacen otro, para saber el potencial de nuestra magia. Ahí es cuando te derivan a la primera categoría, y dan un aproximado a la máxima clasificación a la que puedes aspirar.

—¿Cuál tenías tú? —pregunté curioso.

—Yo saqué clase C en ese momento, con tendencias de A —explicó recordando su primer examen.

*¿Clase C? No lo creo.*

—Eso no suena muy alto.

—No, no lo era. Cuando pequeño era muy tímido y algo retraído, cuando tomé el examen solo ocupé la magia de papá, magia blanca. Fue un verdadero desastre —comentó con un ligero tono de diversión en su voz—. Se salió todo de control.

*¿Por qué no usaste la magia de tu madre también? Escondías tu poder y lo que te hace único.*

—¿Qué tenías que hacer?

—Simplemente concentrar un poco de tu magia en un vaso con agua, similar a lo que hicimos ayer —explicó sin perder la sonrisa—. Yo transformé el vaso en un elixir de la juventud.

—Eso suena genial.

—Era lo esperable del examen para un mago blanco, el problema es que aquel que lo tomó era un anciano, y cuando lo ingirió se volvió un bebé, ya que metí la pata con la concentración de magia.

*¡Hasta para equivocarte eres asombroso!*

—¡Debió ser tan divertido de ver!

—Lo fue, recuerdo los sermones de mamá por no usar su magia y lo divertido de papá por mi hazaña. Ellos lo disfrutaron mucho, siempre han celebrado cada pequeño paso que doy.

*Adorable. Su familia es hermosa. Ni siquiera los conozco y sé que los amaré. Cómo no hacerlo cuando crearon a la persona más bella del mundo. Mi dulce mago.*

—Cada diez años puedes tomar un test para ir midiendo tu magia —prosiguió, ignorando mi monólogo mental—. A los cuarenta años puedes aplicar para tener la clasificación S o SS. El examen es probar que tu magia es única, poderosa y distinta. Es casi poner a prueba tu creatividad.

*Cuarenta años, esos son muchos años. Alexander no se ve de más de veinte. Aunque la*

*primera vez que lo vi también se veía de esa edad. La magia hace que los años pasen distinto.*

—A los magos bajo el rango A se les llama hechiceros o *Wizards*. S y SS son Sabios o *Sage*. Por último, los que están en la clasificación X se les llama Maestros o *Masters*. Los hechiceros pueden dominar a la perfección una de las especialidades de su magia. Los Sabios pueden usar ambas especialidades. Los Maestros pueden usar más de tres y de diferentes tipos de magia.

—¿X? Es la primera vez que lo mencionas. ¿No que la clasificación era de la F a SS? ¿Son magos supremos?

—Es porque son una anomalía en el mundo mágico. Son magos que su magia no se puede clasificar ni medir por parámetros normales. Por ejemplo, una de las Maestras actuales del gremio de fuego es capaz de usar este para sanar, algo muy, muy, muy raro, eso quiere decir que…

—Usa magia roja y magia blanca.

—Exacto —celebró levantando su pulgar—. Y por si fuera poco tiene de familiar a un fénix.

—Eso es magia verde —comprendí maravillado.

—Ella es una anomalía que nació de una maga verde y un mago rojo, y uno de sus abuelos es un mago blanco. Su nombre es Keahi.

—Increíble —susurré realmente encantado por toda la información nueva que estaba recibiendo—. ¿Hay muchos magos que llegan a ser maestros?

—No, no hay muchos. De hecho, yo soy una de esas anomalías, por lo que también era clase X, un Maestro, pero me degradaron —chasqueó la lengua molesto.

*¡Espera un segundo! Eras un Maestro. Eso suena a algo mega genial, pero ¿por qué lo degradaron?*

—¿Por qué tu magia se pudo clasificar? —pregunté confuso.

—No, porque hice enojar a otro Maestro y ofendí a todo el consejo —explicó divertido de su hazaña.

—¿A quién? —me asombraba su actitud rebelde.

—Al mismo que te está buscando.

*Ya veo.*

—Apolo.

*Así que ellos tienen historia.*

—Sí. Cuando llegas a cierto punto de tu vida, debes cumplir tu deber con la comunidad mágica, es un deber muy retrógrado. Yo me negué a hacerlo —admitió sin un deje de culpabilidad o arrepentimiento.

*¿Te negaste? ¿Aun cuando eso implicaba la degradación?*

Por lo poco que había visto interactuar a mi mago ayer con Fausto, pude notar lo orgulloso que puede ser, más que nada porque al parecer no le gustaba sentirse menos que otros, aunque se contradecía, porque parece que no le gusta que otros hablen de él, lo avergüenza. *Complejo.*

—¿Qué era tan imposible de hacer? —pregunté genuinamente curioso.

—Casarme y tener un descendiente. Básicamente que continuara con mi línea singular de magia.

*Oh, vaya. No esperaba eso.*

—C-casarte… —trastabillé sorprendido e incómodo.

—Sí, mi prometida era una hija de Apolo, porque él creía que necesitaba una esposa con magia

blanca para que mi magia pudiera traspasarse tan bien como lo hizo conmigo. Trataba de replicar la fórmula de mi padre y madre.

*Mierda.*

—Te negaste —deduje fácilmente—. ¿No te gustaba?

—Era bella y amable, si eso es lo que te preguntas, pero no, no me gustaba. No iba a pasar toda la eternidad con ella, menos para tener un hijo que sería la rata de laboratorio del consejo, apadrinado por Apolo —bufó molesto de solo considerar la idea—. Me negué, llamé a las leyes de los magos retrogradas y obsoletas, así que me enjuiciaron por desacato.

—¡¿Te enjuiciaron?!

*¿Cómo puedes estar tranquilo con eso?*

—Sí, fue una mierda —reconoció aún divertido de su hazaña—. Creo que solo me gané una degradación gracias a la furia de mi madre y sus constantes huelgas, para evitar que tomaran una medida peor. Fui el primero en años en negarme a sus leyes.

—Santa magia, fue realmente grave.

—Sí, pero no me arrepiento —le creía, porque tenía una mirada brillante en su rostro—. Mi hijo es mi hijo y yo decido con quién, cuándo y cómo tenerlo. Nacerá del amor, no de las tradiciones —declaró con solemnidad en su voz.

*Maldición, eso fue muy efectivo para mi corazón. Me encanta.*

*Valiente; de ideales fuertes y rebelde. Mi debilidad.*

—Eso es muy romántico —reconocí muriendo de ternura por dentro.

—Tuve mis dudas respecto a si mi decisión fue correcta —reconoció sonriente—, pero luego conocí a Habuh y reafirmé mis creencias.

*Conocí a Habuh… no me digas que…*

—¡¿Te gustó mi papá?! —pregunté agitado.

*No puedo negar que mi papá es hermoso, no puedo competir con él. No, no.*

Cuando lo encaré su rostro se desfiguró entre una extraña mezcla de espanto y vergüenza, para luego pasar a la indignación.

—¡No! No. Su historia de amor me conmovió, me di cuenta que sí existía el amor verdadero.

*Gracias a todos los ángeles.*

Recién entonces pude respirar aliviado. Podía luchar mientras no se tratara de mi familia. Lo genial, es que volvimos al tema del amor, mi favorito, aunque le sigue muy de cerca todo sobre el mundo mágico.

—O sea no crees en el amor a primera vista, pero sí en amor verdadero —recordé una de nuestras primeras conversaciones, él alzó una ceja para luego regalarme una coqueta sonrisa.

—Tendría sentido para ti, si no te hubieras enamorado *150 veces* a primera vista de mí —jactó tratando de molestarme.

—Ya quisieras —devolví divertido—. Estoy seguro que no fueron todas esas veces.

*Probablemente fueran más.*

—Oh. ¿Pero admites que si te enamoré a primera vista? —preguntó claramente coqueteando conmigo.

*¿Qué buscas Alexander?*

*Por supuesto que sí. ¿Quieres que lo niegue? Soy un ángel no puedo mentir.*

—¡Por supuesto! —reconocí con obviedad—. Me enamoraste a la primera, segunda y tercera.

Todas las veces. Cada segundo que paso a tu lado me encantas más, eso no es un secreto —me sentí satisfecho al ver como se instauraba un tenue color rojo en sus mejillas.

Sentía claramente como quería escapar y al mismo tiempo estar amando cada una de las palabras que salían de mi boca. Era una de las pocas veces en mi vida que podía sentir mi ambición crecer tan palpablemente, me sentía hambriento por descubrir más y más aristas del mago. Quería verlo derretirse y perder el control. Quería verlo derretirse de ternura. Quería verlo reír tanto que le dolieran las mejillas. Quería verlo todos y cada uno de los días. Quería reescribir nuestra historia con nuevas memorias felices.

—Maldición, tú ganas, eres demasiado encantador, no puedo contigo —desvió la vista avergonzado por mi descaro.

*No debería disfrutar tanto avergonzarte, pero solo un poco más. Un poco más y paro. Permíteme saborear estos momentos, mago mío.*

—Yo creo que tú eres mucho más encantador y me encargaré que lo recuerdes todos los días… Maestro Leblanc.

*Cian, mitad ángel del encantador Maestro Leblanc.*

# *13*
## *Hacker profesional*

—Liam, una infusión de limón y menta, con un muffin de arándano.

—Se supone que ayudo a sanar a la gente, no debería estar atendiendo esto —rezongó de mala gana, pero aun así preparó el pedido con una sonrisa.

*Pues a veces no todo sale como queremos.*

Cuatro días habían pasado desde que me mostró el refugio de Iris, desde ese momento me dispuse aprender muchas cosas para poder serle de utilidad, partiendo por la carta de la tienda e información del mundo mágico. Hace poco comencé a sacarle provecho a mis genes de ángel, los cuales antes no sabía que tenía, así que desde que estoy aquí entran muchos más clientes. Al dice que los atraigo con mi *gracia* angelical, lo que en términos simples vendría siendo mi encanto y mi lindura.

*Creo que estoy hecho para esto. Sonreír y atender a la gente con amabilidad, algo que puedo hacer hasta durmiendo.*

Por otro lado, había llegado a sentir que este era el lugar donde realmente pertenecía. No sabía si era por lo rústico y fantasioso de la decoración —por la combinación de madera, plantas, cosas hechas de cristal, lo que a mi parecer podría ser un lugar perfecto para hacer pociones—, o por estar rodeado de magia todo el tiempo, pero mucho tenía que ver con la presencia del más guapo barista del mundo —según mis estándares—. Debía reconocer que me encantaba girar la cabeza y verlo: sonriente, concentrado, o incluso rodeado de un aire nostálgico. El simple hecho de tenerlo cerca era lo importante.

Creo que ambos nos estábamos amoldando a la personalidad del otro, conociéndonos más allá de los recuerdos. Algo había cambiado con nuestro vínculo y ambos lo podíamos sentir. Lo que antes podían ser silencios incómodos o tensos, se transformó en silencios de paz. A veces no teníamos que decirnos grandes cosas, nuestros ojos hablaban por sí solos, era hermoso ver sus ojos brillar de diversión o ternura.

Estaba aprendiendo a leer sus pequeñas expresiones, saber cuando estaba cansando o cuando estaba feliz. Comencé a ser mucho más receptivo con sus pequeños cambios de humor, así como los pequeños gestos que tenía conmigo, eso de encantar cada una de mis comidas con su magia, o mantener una mano siempre sobre mí —como si sintiera miedo de que me alejara o desapareciera—, pequeñas sonrisas, pequeñas miradas, pequeñas caricias con su magia. Micro expresiones que ya no pasaban desapercibidas frente a mis entrenados ojos para leer lenguaje corporal.

Lastimosamente hoy no estaba para mirarlo. Tuvo una llamada urgente de Ámbar, así que me dejó al cuidado de Liam.

Me preocupa bastante no tenerlo cerca, es como si todo mi cuerpo se tensara esperando lo peor, pero debía reconocer que estar dentro de la cafetería me calmaba bastante porque todo el lugar estaba repleto de la magia de Al; me daba un sentimiento de comodidad y protección.

Con el pasar de los días fui aprendiendo mucho más respecto a nuestra historia juntos, así como también sobre la magia. Cada recuerdo que recuperaba llenaba vacíos de mi vida, me provocaban una sensación de satisfacción similar a la de armar un rompecabezas, además me hacían comprender mejor mi amor por este noble mago. Entendía el por qué de mis instintos, junto con todo lo que sentía estando a su lado. Lo central de estos recuerdos fue darme cuenta de dos cosas:

*Me ha salvado más veces de las que pensé.*

*Me ha malcriado en miles de formas posibles.*

Debía reconocer que a su lado también estaba aprendiendo más y más de la magia. Soy mucho más consciente de ella a mi alrededor sabiendo que existe. Al me está enseñando a leer runas, junto con algo de historia de la magia.

*¡Con lo que amo las historias!*

—¡Psss! Pequeño Lucian… —susurró Liam.

—¿Qué ocurre? —pregunté mientras escaneaba el lugar con la mirada en caso de que hubiera pasado algo y, por estar enfrascado en mis pensamientos no me hubiera dado cuenta, pero no, todo se veía en orden. Los clientes se limitaban a ignorarnos.

Cuando me giré nuevamente para encararlo, Liam sacó un computador portátil y lo puso sobre la barra, cada movimiento acompañado de una sonrisa traviesa.

—Ahora que estamos descansando. ¿Quieres que te cuente de mi última aventura? —movió sus cejas para tratar de tentarme.

—¿Descanso? Pero si seguimos trabajando, a Alexander no le gustaría que…

Antes de que pudiera decir algo más él comenzó a mover su mano, restándole importancia al asunto. Al ver que seguía sin convencerme comenzó a darme una sonrisa que claramente significaba problemas.

—Sasha no lo sabrá —me dio un guiño cómplice—. Vamos, prometo que es divertido.

Sus palabras parecían un verdadero encantamiento para tentar a mi curiosidad, pero la mirada de Liam lo decía todo:

*Problemas.*

*Nos meteremos en muchos problemas.*

—Lucian, vamos, Sasha no puede enojarse contigo —quería hacerme cambiar de parecer.

*Tiene razón. No creo que pueda hacerlo fácilmente.*

—De acuerdo —accedí rindiéndome a la curiosidad—. ¿Cuál fue tu aventura? ¿Qué es esa página? —pregunté al darme cuenta que no era un navegador de internet que conociera.

—Uff, creí que nunca lo preguntarías —su sonrisa dejaba ver lo complacido que estaba—. Esta, dulce tesoro de Sasha, es la página web de los magos azules. Es una red de información que pertenece a la facción de nuestros detectives del mundo mágico.

*Deep Blue.*

—¿Qué es eso? ¿Es cómo *Facebook* y la *Deep web* juntos? —pregunté al asociarlo con lo más cercano que conocía, aunque ciertamente no se parecía a ninguna de esas plataformas.

—No, no —respondió moviendo su dedo índice frente a mi rostro—. Es como un registro de magos. Es como una enciclopedia de antecedentes y registros de todo el mundo mágico —explicó sonriente.

*¿Wikipedia y Facebook con registro de antecedentes?*

—Esto es muy interesante —reconocí dedicándole toda mi atención—. ¿Puedes entrar?

Observando la página requería una contraseña junto con una ID para entrar. Estoy muy seguro que Liam no tenía la autorización para entrar en esta página, no es un mago azul.

—Oh, claro que puedo —jactó orgulloso—. De eso va mi historia. Resulta que no hay nada que mis encantos no puedan conseguir.

—¿Tus encantos? —pregunté retóricamente algo divertido.

Había que reconocer que Liam era algo guapo, su pelo siempre estaba peinado pulcramente para atrás —como si fuera un actor o una persona famosa—, además poseía unos ojos verdes enmarcados por pobladas pestañas —las cuales envidiaba sanamente—, sus labios eran pomposos y me sacaba fácilmente unos veinte centímetros de altura. En resumen, posee hermosas facciones y tiene un gran porte, pero lo más importante es que él lo sabe y lo usa a su favor, la confianza multiplica su atractivo.

*Debo aprender de él.*

—Me fui a dar una vuelta por uno de los gremios azules —comenzó a relatar—, ya sabes, en plan de misión secreta y eso. Afortunadamente me encontré justo a un mago algo desesperado por adulación y atención.

*Desesperado por adulación y atención. Lo manipuló totalmente.*

—¿Fausto no se enojará porque coqueteaste con otro? —pregunté siguiendo el curso de la conversación.

—Claro que lo hará, pero es un detalle que no debe saber de momento —acordó encogiendo los hombros, despreocupado—. Además, era una misión —repitió enfatizando la última palabra —. Solo tuve que hacerme la damisela en apuros y él cayó de inmediato.

—¿Damisela?

—Ya sabes, hacerte el vulnerable e indefenso. Siempre funciona. Sobre todo con los magos azules, no pueden controlar su instinto de protección. Un par de lágrimas junto con unos pucheros y es tuyo.

—Woah, realmente eres muy manipulador, increíble.

—Me considero más bien un seductor nato, pero no hay problema con ser manipulador, todo es por el bien mayor —expresó divertido.

—Lo entiendo, pero aun así hay cosas que no me cuadran. De alguna forma accedió a ayudarte. Pero ¿cómo conseguiste la clave y el ID?

—Fácil, le dije si podía buscar a mi ex en los registros y verificar que siguiera en otro continente, porque creía que me estaba acosando, pero no estaba seguro si era él realmente. Cayó totalmente en la historia. Luego solo tuve que memorizar el patrón de sus movimientos dactilares y *voilà*.

—¿Le diste un nombre verdadero al cual buscar?

—Sí, le di el de un amigo que sé que vive actualmente a millones de kilómetros de aquí, así que solo se limitó a «tranquilizarme» y hacerme ver que estaba a salvo de un ex psicópata que no existe —explicó orgullo de su actuación y desempeño—. Así que le robé la ID y la contraseña. En realidad, debí suponer todo el truco de la contraseña por mí mismo, era bastante fácil. Verás que la parte más difícil es calzar la ID con la contraseña. Resulta que cada ID es una Runa y tiene su propia contraseña. Hay que hacerlas coincidir —señaló escribiendo la runa en la pantalla.

*Algiz.*

—La runa de la protección —recordé de las clases de los días pasados.

—¡Estás aprendiendo runas! —aplaudió emocionado—. Qué alumno más aplicado.

—Sí. Pero en realidad no es que sea un gran alumno, es solo que Al es un gran maestro.

—No lo dudo, espero que te premie con besos.

*Me encantaría que lo hiciera.*

Frente a eso no pude evitar sentirme algo avergonzado de mis codiciosos anhelos. Debía reconocer que solo ver la sonrisa de orgullo del mago era suficiente pago para esforzarme en aprender cada cosa que me enseñara. Esa era motivación suficiente.

—Ojalá algún día lo haga —confesé con un suspiro.

El mago frente a mí me regaló una sonrisa condescendiente para luego retomar el hilo de la conversación.

—La runa de la protección ¿cierto? —preguntó sin esperar respuesta—. Pues las runas nórdicas están asociadas a deidades o maestros, y el maestro asociado a esta runa es *Heimdal*. Así que estoy bastante seguro de que esa es la contraseña.

*Heimdal, «Heim» significa hogar, casa. El Dios de la protección según la mitología nórdica. Fue nombrado por los dioses como el guardián del Bifröst, conocido como El Arco Iris.*

—¿No es algo obvio? Son muchas coincidencias.

—Tranquilo. El mundo mágico está lleno de esta clase de cosas. Estoy muy seguro que esta es la contraseña. Confía.

Liam empezó a teclear con rapidez la contraseña logrando con éxito entrar de inmediato a la página web.

—No puedo creerlo, realmente la contraseña era el Dios de la protección.

—Exacto, te dije que confiaras. Ahora busquemos qué dicen de Sasha —comentó riéndose de su travesura.

*¿Tan fácil? No puede ser que las cosas sean tan sencillas.*

—Eso de las runas fue muy fácil Liam. Además, esa deidad o maestro es el que se encargaba de proteger el Bifröst, es mucha coincidencia.

*Algo anda mal.*

—Exacto, woah… Sasha realmente es un buen maestro —felicitó tecleando «Golden dealer» a toda velocidad sin ponerme atención.

—Liam —llamé, pero fui ignorado—. Lo que trato de decir es que esa deidad es el guardián del puente entre Asgard y la tierra de los humanos. Eso es el…

—Arcoíris —completó Liam golpeando su frente con la palma de su mano—. ¡Mierda!

En ese segundo apareció frente a nosotros la página con el expediente de Alexander. La cual se veía claramente modificada, como si lo hubieran alterado a propósito, porque no había forma que los magos pudieran ser tan informales para ingresar la información.

—Sí, el arcoíris.

—La hackeó. ¡AH! ¡Debí suponer que él haría algo así! ¡¿Puedes creer que sea tan temerario para hacer esta clase de estupidez?! Ya no es un niño pequeño para hacer esta clase de estupideces. Maldición, no sé por qué me sorprende.

*Oh, Dios...*

—Debí esperar que hiciera algo así —repitió Liam soltando un largo suspiro—. Esto es tan Sasha «las reglas están para romperse, no voy a permitir que el consejo me controle, no les voy a

dar el poder» —comentó imitándolo a la perfección—. Siento que hizo esto justo después de su degradación, en un acto estúpido de venganza.

—Creo que desde que me dijiste el nombre de la runa, sospeché que él ya debía saber sobre esto —confesé algo divertido—. Es muy difícil que no lo hubiera adivinado antes.

—¡No pensé que llegaría tan lejos! ¡Una cosa es entrar en la base de datos de los magos, y otra muy distinta modificarla a su antojo! Claramente le encanta meterse en problemas.

—Sí, la verdad es que fue audaz de su parte —acepté, pero luego me distraje y saqué mi celular para fotografiar la pantalla en la parte de la foto del expediente—, pero sale muy guapo en la foto.

Realmente no parecía un mago en la foto, tenía un *undercut* en el lateral derecho, mientras que su cabello castaño se veía mucho más largo y rebelde, tenía una camisa holgada negra arremangada hasta los codos, en su rostro se veía una expresión de hastío total, la cual acompañaba de su dedo corazón levantado casi como si estuviera desafiando directamente a el consejo de magos.

*Bastante sexy.*

—Audaz es quedarse corto Lucian —retomó Liam deteniendo mi hilo de pensamientos—, es decirles a todos que le importa una mierda las reglas. Esto fue muy infantil de su parte. Completamente inmaduro. Normalmente yo soy el inmaduro. Esto fue extralimitarse. Ese idiota, ni siquiera se puede modificar a menos que seas un moderador de la página con un usuario especial. Realmente es absurdo tomarse tantas molestias para este arrebato.

—Liam, estás siendo muy duro con él —defendí con una pequeña sonrisa—, es normal hacer una que otra locura para tratar de alejar la frustración de los castigos, es bastante inofensivo si lo piensas. Además, tú robaste el ID y la contraseña —acoté mientras le quitaba el notebook y escribía en el buscador.

*Handsome Pain.*

ENTER

—Ese soy yo —señaló cuando vimos su rostro en el expediente.

Su foto era, básicamente, él con una pequeña sonrisa, usando una bata blanca de doctor sobre una camiseta sencilla gris y unos lentes redondos que lo hacían ver incluso más jovén. Es como si hubieran tomado la foto hace un par de horas, no había cambiado en nada.

—Sí, creo que así es cómo debería verse un perfil real.

—¿Florecieron?

—Sí, nací rodeado de rosas. Bello, pero doloroso por las espinas.

—Tu nombre mágico tiene mucho más sentido ahora. ¿Qué pasó cuando nació Al? —pregunté curioso.

El mago frente a mí se veía muy satisfecho por mi pregunta, como si estuviera esperando por ella, pero aun así trató de mostrarse serio.

—Sasha me mataría por decirte esto —estaba haciéndose de rogar mientras trataba de contener la sonrisa.

—No le diré que me dijiste —prometí tratando de convencerlo.

*Algo muy difícil de prometer para un ángel que no puede mentir como yo.*

Estaba seguro que se moría por decirme, así que puse mi mejor puchero y eso pareció convencerlo, finalmente accedió con un falso suspiro.

—Verás, pasó algo muy raro… fue un fenómeno de la naturaleza, pero multiplicado por ocho. Hubo ocho arcoíris en un mismo sector. Realmente loco.

*Ocho arcoíris… woah.*

—No me mientas —pedí asombrado.

—No lo hago. Fue algo muy loco de ver —presumió.

—Suena increíble.

—Sí, la madre de Sasha es realmente increíble —declaró con una sonrisa.

*La madre de Alexander…*

*Espero algún día poder conocerla.*

—Ahora que lo pienso nosotros no somos a los que debemos estar buscando —recordó Liam volviendo a escribir en el teclado.

**T.e.n.d.e.r. S.h.a.d.o.w**

M.I.E.R.D.A.

—Jodida mierda —expresó Liam cubriéndose la boca.

—Es peor de lo que pensé —sentí que se me secaba la boca.

Mis manos se habían helado al leer la información del perfil del mago negro, no es un tipo que parezca racional, es un psicópata que posee magia poderosa y peligrosa.

—Te das cuenta que no sale «Agresión a mago», eso quiere decir que Sasha y Dean tuvieron mucha suerte. No estaba en sus planes que se escaparan, él hace todo para matar.

*Eso es aún más terrible.*

—¿Los magos no se pelean entre ustedes? ¿No hay guerras o enfrentamientos? —buscaba alguna forma de hacerle frente a este asesino.

—Las evitamos de ser posible, ya somos muy pocos los que vamos quedando en comparación a la población mundial, así que tratamos de resolver las cosas de manera diplomática, pero no siempre se puede porque ciertamente hay magos que son peligrosos.

—Magos malos.

—No, no magos malos. La maldad es relativa —expresó sonriente.

*La maldad es una construcción social, es decir que es relativa.*

—Alexander me dijo exactamente lo mismo.

—Eso es porque, para algunos magos del consejo, Sasha es un mago malo.

*Alexander un mago malo.*

*¡IMPOSIBLE!*

—¡¿Qué?! ¡Me niego a creerlo! ¡Al no es malo, no hay forma de que lo sea!

—Tranquilo, calma, no te alteres —pidió mirando a la gente del local.

*No estamos solos.*

—¡Al no es malo! ¡No lo es! —traté de bajar la voz, pero fue muy difícil.

—Tesoro, yo estoy contigo —explicó posando una mano en mi hombro—. Para mí tampoco es el malo aquí.

*Por supuesto que no lo es.*

—Soy mitad ángel, Liam, sé cuando alguien es malo. Mi mago no es malvado —defendí con énfasis.

*Alexander no lo es.*

*Me niego a creerlo.*

—Por toda la magia, eres un encanto —se dejó caer sobre la barra con una sonrisa, derrotado —. Déjame explicarte.

—Definitivamente los otros magos deben estar envidiosos —puntualicé negándome a razonar.

—Suenas como Alex… —comentó divertido—. ¿Por qué lo estarían?

Volvió a incorporarse peinando su cabello para atrás en el proceso, luego se apoyó con los codos en el mesón y reposó el rostro en sus manos.

—Porque de seguro es más talentoso que ellos —señalé completamente seguro de mis palabras.

Lo único que conseguí fueron risas divertidas de parte de Liam, lo que me molestó más, porque sentía que no se estaba tomando el tema con la seriedad que merecía.

—Es en serio, Liam.

—Lo sé, lo sé. Sonaste idéntico a él. Ese chico no te debe dejar ir, definitivamente eres lo que siempre ha buscado. Confías tan ciegamente en él, es demasiado tierno.

Sentía como me sonrojaba rápidamente por sus palabras, pero no creía que esas cosas fueran algo malo. No estaba mal confiar ciegamente en él. No después de tener nociones de lo difícil que fue nuestra historia.

—Algunos lo consideran «malo» por su rebeldía frente a las costumbres ancestrales, además tiene muchos años, pero aún no da un descendiente. Como es de los que no siguen las normas, evidentemente no es respetuoso con las autoridades.

—Eso no quiere decir que sea malo.

—No, claro que no. Es lo que todos a su alrededor pensamos. La gente le teme a lo que desconoce. Sasha es un mundo infinito de posibilidades dentro del mundo mágico, es un fuerte opositor al actual consejo de magos, por lo que lo consideran un peligro.

—¡Pero Alex solo usa su magia para el bien!

Una pequeña pausa me cortó la respiración, Liam estaba considerando mis palabras y me daba a entender que no estaba del todo seguro frente a ellas.

—Actualmente es así —respondió finalmente—, no me malentiendas, Lucian, Sasha es lo más cercano que tengo a una familia, lo defendería con todo lo que tengo, pero tampoco puedo tapar el sol con un dedo, hemos vivido muchísimo. No todos los tiempos son como el actual —expresó con un aire nostálgico.

*A veces se me olvida que estos magos han vivido muchos más años que yo.*

Alexander me explicó que cumplen ciclos de edad, puede que todo un siglo tenga veinticuatro años, como también puede ocultarse y entrar en un sueño profundo por otro tanto de siglos, dijo que muchos magos hacían esto cuando estaban al borde de la muerte y necesitaban sanarse, así como también para juntar magia para los tiempos posteriores. Según yo, eso es hibernación.

*El tiempo es relativo.*

*Pero más importante…*

—¿Él ha matado? —pregunté preocupado.

*¿Cambiaría algo si lo hubiera hecho?*

—No te espantes, por favor. No lo ha hecho porque sí, fue más en defensa propia y hace siglos atrás. Le temen más porque ha hecho muchísimos tratos y no todos resultaron bien.

*Siglos.*

*Tratos.*

*Una vez que entiendes la lógica detrás de sus tratos, es bastante fácil forzarlo a hacer uno, no es una locura pensar que pudieron aprovecharse de él. Maldición.*

—No te asustes, Sasha me va a matar si por mi culpa te alejas de él —pidió algo arrepentido por contarme esto—. No le tengas miedo.

*¿Alejarme de él?*

Puede que haya muchas cosas que no entienda, cosas en que aún no llegó a una explicación coherente, pero de algo estoy seguro:

—No le tengo miedo —decreté con sinceridad—. Sé que no me haría daño. Pudo haberlo hecho en muchísimas ocasiones, o simplemente permitir que me sucedieran cosas malas y peligrosas, pero no lo hizo, solo se ha dedicado a cuidarme.

*Cómo podría tenerle miedo, si con su simple presencia mi alma se tranquiliza por completo.*

*¡Es absurdo!*

—Bien, entonces no arruiné todo —comentó aliviado, soltando un suspiro.

—Oh, sí lo hiciste.

Esta vez fue la voz de Alexander la que nos sorprendió cuando entró al local. Su mera presencia hizo que mi alma se animara a pegar un salto, era como si todo de mi ser le diera la bienvenida. Debía estar mal que ese hombre fuera el dueño de mi euforia. Se veía tan molesto, con sus cejas fruncidas y sus fríos ojos azules que parecían casi grises, vestía una camisa blanca dentro sus pantalones oscuros y traía un papel en la mano.

—¡Espera! ¡Sasha, no te enojes!

—*Shh.* Silencio, Liam, luego hablaremos de esto —apretó el puente de su nariz—. Hola, Cian —suavizó su voz y dejando un suave beso en mi cabello, lo que hizo que me derritiera completamente.

*Woah… lo amo. Lo amo. Lo amo.*

—¡Hey! ¡¿Por qué no te enojas con Lucian también?! ¡Eres tan injusto! —reclamó indignado.

Mi mago me miró algo confundido, sin saber por qué debería enojarse conmigo, como

respuesta puse mi cara más inocente para prevenir cualquier regaño de su parte. Él volvió a mirar a Liam como si se hubiera vuelto loco.

—¿Has visto lo lindo que es? —preguntó como si fuera lo más obvio del mundo—. No puedo enojarme con él.

*Lucian: 1 - Liam: 0.*

Llevé una mano a mi corazón para darle más dramatismo a mi reacción, no tenía idea cómo podía decir algo como eso con su cara seria sin mostrar ni un solo gesto de vergüenza, yo estaba que moría por dentro —de felicidad y encanto—.

—Bien, escuchen. En realidad, no estoy tan enojado con ustedes por colarse en una página web privada, porque sería hipócrita de mi parte —respondió apuntando la página que estábamos mirando hace unos momentos—. Tampoco estoy molesto porque le estés contando cosas a Lucian sin contexto —comentó dejándonos algo sorprendidos de que comprendiera la situación a la perfección—. Sí, los estaba escuchando, estaba terminando de sellar la tienda con runas por afuera.

Apenas las palabras salieron de su boca la gente comenzó a salir del local como si fueran zombies. Podía sentir un familiar olor dulzón que dejaba de rastro la magia morada. Esto era grave y urgente, por eso estaba evacuándolos a todos.

—¿Entonces que te tiene molesto? —pregunté notando el enojo y frustración rodearlo.

—Ámbar tuvo que llevarse a tu padre.

*¡Espera!*

*¿Qué?*

—¿Eso es bueno o no? —sentí como el ritmo de mi corazón se alteraba.

—No. No es nada bueno —Liam movió su cabeza negativamente.

—No, no lo es, Lucian —negó Alexander tocando mi mano—. Nos quedaban cuatro días para prepararnos, lo que quiere decir que ellos nos están apurando.

*Nos están apurando.*

—¿A-adelantarán el juicio? —trastabillé, me encontraba nervioso.

—Querían hacerlo, pero Ámbar apeló, por eso se llevó a tu padre para que no pudieran acusarlo de huir y que esto agravara la causa.

—Quiere ganar tiempo —concluyó Liam.

—Exacto. Pero no resultó como Ámbar quería —susurró desviando la mirada.

—¿A qué te refieres? ¿Papá está bien? —sentí como el pánico comenzaba a helar mi sangre.

No quería tener un ataque de pánico, pero sentía que el miedo se apoderaba de mí demasiado rápido para poder evitarlo. Ni siquiera tuve tiempo de despedirme de él, necesitaba decirle que todo saldría bien, así como él siempre lo hizo todos estos años cuando las cosas iban mal para mí. Quería escucharlo una vez más, para saber que estaba bien. *Mierda*.

*No. No puede estar pasando tan rápido. Necesito verlo antes, despedirme, disculparme, abrazarlo, sentirlo antes de que se fuera de mis brazos.*

No podía controlar mi errática respiración, sentía la angustia apretarme la garganta y una terrible presión comenzó a instaurarse en mi pecho. Ni siquiera podía ponerme a llorar.

—Cian, cariño, tranquilo, ven aquí —Alexander me atrajo a sus brazos.

Sentía como el corazón me latía en la garganta, pero mi cuerpo reaccionó instintivamente a la cercanía familiar de mi mago y se aferró a él con necesidad. Todos mis músculos estaban tensos

ciñéndose a su cuerpo. Los sentimientos de tranquilidad me empezaron a envolver inmediatamente, estaba seguro que estaba tratando de proyectar eso dentro de mí para calmarme, y todas las barreras de mi sistema se vinieron abajo para permitirle el acceso. De alguna forma me hice muy consciente de que estar en sus brazos era simplemente perfecto, sentir su corazón y olerlo era muy estimulante.

*Calma.*

*Todo estará bien.*

*Él estará bien.*

*Tú estarás bien.*

*Tranquilo.*

*No dejaré que les pase nada, te lo prometo.*

Esto era lo que el alma de Alexander recitaba fuerte y claro para aliviar la angustia que acongojaba a la mía. Cerré los ojos y me permití confiar en sus palabras.

—¿Qué haremos ahora? —pregunté luego de unos minutos aferrado a él, no queriendo pensar en los peores escenarios.

—Tanto Ámbar como Habuh son prisioneros en este momento, los tienen cautivos hasta el día del juicio. Es una medida que tomaron porque creyeron que intentarían algo antes del evento.

*No. Prisioneros. Mi papá es un ángel, no merece ser prisionero, no hizo nada malo.*

*Todo suena horrible.*

—Por favor, dime que no le harán nada —rogué aterrado.

—No le harán nada, Lucian —recitó acariciando mi cabello, tratando de calmarme—. Ámbar está con él. Lo protegerá con todo lo que tenga.

—Bien—acepté para luego de tres segundos arrepentirme—. Maldición, es realmente terrible.

*Papá ni siquiera mata arañas o moscas, no hay forma que pueda defenderse si alguien trata de hacerle algo. Solo aceptará todo con la cabeza en alto.*

—Ámbar es muy fuerte, Cian. Ella no dejará que le pase nada —repitió Liam tratando de confortarme por su parte.

—Ya estamos trabajando en un plan, todo saldrá bien, Cian.

—¿Qué plan? —pregunté tratando de enfocarme en eso y ser productivo, en vez de caer en los auto lamentos.

*Hay un plan, podemos hacerlo funcionar. Tenemos una oportunidad. Aún no está todo perdido.*

—Hoy Fausto y Dean fueron donde tu padre Noah y sellaron su casa para que no pudieran hacerle nada a él. A Ezra lo mandé a la casa de Ámbar por unas provisiones en caso de emergencia —hubo una pausa larga, en la que debería hablar sobre él, pero no lo hizo—. Liam te cuidará.

*Tiene que ser una mala broma. No puedes hablar en serio, Alexander.*

—¿Qué? Creo que oí mal —respondí separándome de inmediato de él para encararlo—. ¿Dónde estarías tú? —cuando no recibí una respuesta supe sus intenciones—. No ¡NO!

*¡Quieres hacer todo solo!*

*Arriesgarte, exponerte y sacrificarte.*

—Mañana en la noche me colaré en el complejo del congreso, trataré de trabajar desde adentro. Salvaré a Habuh —como si fuera tan fácil—. No dejaré que le ocurra nada malo.

*¡No prometas imposibles!*

*Ni siquiera suena a un plan. Solo son malas ideas, pésimas ideas.*

—¿Piensas ir tú solo? —inquirió indignado, Liam cruzándose de brazos.

—No, iré con Fausto —suspiró cansado—. Dean y Lucian deben permanecer juntos —puntualizó mirando a Liam.

Esa fue la gota que rebalsó el vaso para Liam, perdió toda la calma, ni siquiera estaba considerando nuestras opiniones al respecto. Era imposible que su «plan» funcionara.

—¡Yo iré contigo también! —encaró Liam oponiéndose totalmente— Hay demasiadas posibilidades de que todo salga mal y los capturen, los torturen o tengan que enfrentarse a más de un mago. Por eso si los hieren puedo curarlos. ¡Me necesitan!

—¡No! —reprochó elevando su tono de voz—. ¡Alguien tiene que quedarse protegiendo a Lucian y a Dean!

—¡Pues que sea Ezra! ¡No los dejaré ir solos!

*Por toda la magia.*

*También quiero ir. Es mi padre del que estamos hablando. Quiero luchar y rescatarlo, pero sabía que solo estorbaría. Ya estoy estorbando.*

—¡No puede ser solo Ezra! —reprochó sin querer dar su brazo a torcer.

—¿Por qué mierda no? —arrinconó Liam.

*Oh no. Algo está mal.*

Mi mago desvió la mirada y mordió su labio inferior, luego subió su mano y nos mostró finalmente el afiche que tenía en su mano.

*Jodida mierda.*

Mi mundo se volvió a derrumbar frente a mis ojos. Era una foto mía y se encontraba en lo que parecía un cartel de «Se busca».

—Porque no puedo ir a tratar de salvar a Habuh —explicó cansado para luego dirigir una mano hacia mí—, si no estoy seguro de que estará a salvo. Pusieron una recompensa bajo el nombre de Lucian.

—Tiene que ser una broma. ¿Cómo lo identificaron tan rápido?

—E-esa foto… —era una que mi papá había tomado luego de mi graduación, una hermosa foto mía sonriente, sosteniendo un pequeño ramo de flores que me había regalado.

No puedo creer que me haya avergonzado cuando fue el único padre que llevó un ramo para la graduación. Le había dicho que no era necesario nada más que su compañía, pero no me escuchó, y lo amaba por eso. Porque nunca le importó lo que otros pensaran, él nos amaría a su manera.

*Papá…*

—Es de tu padre, la traía encima cuando se lo llevaron. Le había advertido que era mejor que no tuviera nada que los vinculara en caso de que algo así ocurriera, pero no quería irse sin «su bebé» —comentó cabizbajo—. Ni siquiera pude enojarme, porque en su lugar tampoco podría abandonar todo.

—Por todas las runas —exclamó cansado Liam.

*Perfecto.*

*No podía ser peor.*

Se llevaron a mi padre para enjuiciarlo por darme la vida.

Mi cabeza tiene una recompensa, lo que me vuelve un blanco fácil para todos los mercenarios.

Como si eso fuera poco, el amor de mi vida iba a arriesgar su vida para salvar a mi padre, entrando al lugar que más odia en el mundo, enfrentándose a la gente que más detesta, y no sé si saldrá ileso de esta porque las probabilidades no estaban a su favor.

*Perfecto.*

*Al cabo que no deseaba ser feliz.*

*Al cabo que no había planeado todo mi futuro al lado de mi mago.*

*Mierda.*

*¿Dónde están los pensamientos felices cuando se necesitan...?*

*Cian, un desesperanzado mitad ángel de A. Leblanc.*

# *14*
## *Mi vida es tuya*

*Bien, definitivamente la noticia no salió como yo esperaba.*

Tenía frente a mí a dos hombres furiosos e inconformes con la situación, ambos frustrados, pero no podía hacer nada para darles el gusto. Todo esto estaba fuera de mis manos —en parte —.

—Basta, ya van treinta minutos y todo lo que han hecho es protestar —reclamé al ver que no estábamos llegando a ningún lado—. No va tanto por ti, Lucian, es más por Liam.

—¡HEY! —replicó agarrando mi camisa.

—Aún hay tiempo, podemos modificar el plan si es que existe uno mejor. ¿Tienes uno mejor, Liam? —inquirí tratando de orillarlo.

*Sé que es una pésima idea, con muchos puntos débiles y cuestionables. Lo sé. Pero es lo mejor que pude pensar en la última hora, esta es una carrera contra el tiempo, necesitamos actuar mañana mismo.*

Lo miré seriamente, pero todo lo que podía ver era su rostro contrariado, completamente rojo, el cual parecía a punto de explotar por la exasperación.

—¡No, no tengo uno...!

*Lo sé.*

—Bien —acepté con un suspiro.

—¡Pero lo tendré! Esto no se queda así, Sasha —decretó girándose para darme la espalda—. Iré a ver a Fausto para pensar en otra forma de hacer las cosas. No hagas nada hasta mañana, nos vemos.

Eso fue todo lo que dijo para desaparecer en un chasquido.

Lo entendía, juro que lo entendía. Siempre he lidiado todas mis guerras con Liam como mi médico personal, es mi mano derecha, el compañero que me cubre la espalda, estoy seguro que piensa que lo estoy dejando atrás, pero no puedo tenerlo en la delantera, todo por culpa de Fausto.

*Esa maldita promesa…*

—Fausto me pidió no arriesgar a Liam —confesé a Cian.

Recién en ese punto golpeé mi frente con la barra dejando salir toda mi frustración. Por supuesto que quería ir con él ¿cómo no?, siempre ha sido mi compañero de aventuras. Todo es tan injusto.

—De acuerdo, eso tiene más sentido. ¿Pero realmente crees que Liam estará de acuerdo con eso? Es una persona, bien, un mago, pero el punto es que él puede decidir por sí mismo. No deberían tomar decisiones por él.

Lucian también se veía frustrado y angustiado. Notaba como tenía demasiadas cosas en la cabeza, pero aun así se contenía porque tenía que demostrarme que podía soportarlo.

*No quiero que se sienta así.*

*No quiero darle preocupaciones.*

*Simplemente quiero hacerlo feliz.*

*¡Por qué es tan difícil!*

—No, claro que no. Lo sé perfectamente, pero es lo mejor —respondí cabizbajo.

Por algo había estado treinta minutos quejándose respecto a esto, además es lo que siempre hacíamos, cuidarnos el uno al otro, éramos expertos en eso. Pero nunca había estado en una situación donde tenía tanto que perder, era muy angustiante.

—¿Realmente crees que es lo mejor? —frunció el ceño—. Estoy seguro que no es el mejor plan.

—¿De qué hablas? —pregunté curioso, porque no parecía un simple reclamo. Había un pequeño brillo en su mirada que me indicaba que había pensado en algo.

—Mira, sé que aún no manejo todas las cosas sobre el mundo mágico, tampoco conozco mucho a Liam o a Fausto, pero soy bueno con las historias y he aprendido un poco sobre estratagemas. Así que simplemente lo diré: Fausto no debería ser tu compañero.

Recién en ese punto me di cuenta de que parecía que se estaba conteniendo, como si no quisiera decir todo lo que pensaba, por miedo a mi reacción. Maldición. No debería sentirse intimidado o incómodo. Quiero que sea capaz de compartir y expresar todas sus ideas. Todo lo que sale de su boca siempre tiene mucho sentido y es refrescante de una u otra manera.

*¿Fausto no debería ir conmigo? Démosle una oportunidad.*

—Bien, es interesante. Continúa, por favor.

Tomó una profunda respiración y finalmente se soltó. Comenzó a pasearse por la sala compartiendo sus pensamientos respecto al problema que teníamos.

—Fausto y Dean deberían quedarse atrás, porque ellos son buenos estrategas, mientras vean todo lo que está pasando podrían idear diversos planes para afrontar los retos y ayudarnos a salir de los problemas. Dean es realmente astuto y (aunque lo conozco poco) Fausto es muy listo. Por supuesto tienen un talón de Aquiles, mi hermano es un simple músico, lo que quiere decir que tiene cero *stamina*. Por otro lado, Fausto es un ratón de biblioteca, no sirve para pelear, ejemplo: ayer Ezra le hizo una zancadilla muy fácil de esquivar, pero él rodó por el suelo de una forma bastante patética, pero sí es cierto que conoce el consejo, por lo que debería guiarte.

*Mierda. Es bueno.*

*¿Cuándo analizaste la situación tan bien, Lucian?*

—Si hubiera alguna forma de que te mantengas en contacto con ellos en todo momento tendrías más oportunidades de infiltrarte, rescatar a mi papá y salir ileso. Ellos te mantendrían centrado y aconsejarían las mejores decisiones a tomar.

*Fausto y Dean trabajando de guías es una buena oportunidad.*

*Dos mentes piensan mejor que una, podrían analizar mucho mejor la situación si la ven desde afuera.*

—¿Liam y Ezra? ¿Qué opinas? —pregunté genuinamente interesado.

—Creo que ellos son los que deberían ir contigo —respondió sin desviar la mirada de mis ojos—. Liam tiene razón, necesitas un médico, no sabemos en qué estado estarán Ámbar o mi padre.

—Estarán bien —agregué con rapidez.

Rodó los ojos, pero me regaló una pequeña sonrisa, como si agradeciera mi optimismo y seguridad.

—En el mejor de los casos lo estarán, pero necesitas a Liam —rectificó solemnemente—. Sé que puedes usar magia curativa, pero no creo que seas capaz de usarla rápidamente en caso de una emergencia —cuando iba a protestar, él levantó la mano para explicarse—, ya que debes escuchar historias para activar tu magia en otros, eso toma tiempo del cual podríamos no disponer.

*Increíble, hasta en eso había pensado.*

—Sí, tienes razón —concedí asintiendo—. No puedo negar que me siento más seguro con Liam cerca. Confío plenamente en él, así que también me gustaría que venga conmigo y evite que haga alguna estupidez impulsiva.

Cuando acepté su razonamiento volvió a sonreír esta vez con algo más de confianza, él podía notar que estaba de acuerdo con lo que me estaba proponiendo.

—Ezra debe ir contigo —agregó con rapidez—. A pesar de todo, te puede ayudar en la batalla y me puede proteger.

Estaba a punto de darle la razón, cuando caí en cuenta de sus últimas palabras: «me puede proteger». Mierda. Estuve a punto de caer.

—Espera. No estás insinuando que…

Antes de que pudiera replicar, él se había adelantado y levantó una mano para callarme.

—Sí, debo ir contigo.

*¡NO!*

*¡No, por supuesto que no!*

—De ninguna manera, eso estaba fuera de discusión, Lucian —me crucé de brazos—. ¡No puedo creer que siquiera lo pensaras!

Él no parecía querer dar su brazo a torcer, al contrario, tenía esa mirada decidida en su rostro, esa misma mirada de ojos brillantes e intensos, justamente la mirada que me había obligado a conceder sus deseos muchas veces.

*Maldición.*

—Soy tu mejor opción —declaró con terquedad—. Si lo deseo puedes usar tu magia libremente, sin necesidad de esperar o escuchar una historia ya que simplemente devuelves mis recuerdos. Me necesitas —señaló con énfasis en la última palabra.

*Ese es un buen punto. Un maldito buen punto.*

—Primero, no voy a exponerte, Cian, es muy riesgoso. Segundo, puedo utilizar mi magia sin tener que esperar que la gente pida cosas —señalé tratando de no perder la calma.

—Lo imaginaba, pero tienes limitaciones, en cambio si yo lo deseo puedes no tener ninguna.

*¡Por toda la magia, Lucian!*

*Te encanta orillarme.*

—No quiero que te pase algo, Lucian. Esto no es un juego, es una situación increíblemente peligrosa. No voy a exponerte —apreté el puente de mi nariz, queriendo alejar la jaqueca que sentía que me daría.

—No tienes que hacerlo —presionó—. Estoy seguro que debe haber alguna forma de mantenerme oculto e ir contigo igual.

*¿Por qué eres tan terco?*

—¡Te están buscando por todos lados, Lucian! —señalé exasperado—. ¡No te voy a llevar a ese lugar!

—¡Por eso mismo! ¡Nunca buscarán bajo sus narices!

*¿Es en serio? Mierda, es en serio.*

*Ay, por las runas.*

*¿De dónde sacaste esta idea, Lucian? ¿Los libros de Arthur Conan Doyle?*

—Lucian… —comencé en tono de reproche.

—Alexander —devolvió haciendo que quisiera rodar los ojos.

*Respira.*

—No hagas esto por favor… —pedí rindiéndome—. Pensemos bien las cosas mañana —sugerí—. Te iré a dejar a tu casa hoy…

—¡NO!

—¿No? Lucian debo…

—No voy a pasar mis últimas horas sin ti, menos si tienes intenciones de hacer todo por tu cuenta. En el peor de los casos puedes escaparte por tu cuenta y no te veré nunca más, no puedo permitir eso. Realmente deseo pasar la noche contigo.

*Mierda.*

*No hagas esto, Cian.*

Parecía estar a punto de llorar, pero aun así tenía un adorable sonrojo en sus mejillas. Con mucho cuidado, acunó mi rostro en sus manos y el deseo se cumplió de inmediato.

Aparecimos en medio de la penumbra de mi habitación, chasqueé mis dedos y esto hizo que aparecieran pequeñas luces flotantes iluminando la estancia. No pasó ni un segundo y comenzaron a asomarse unas lagrimitas por las ranuras de sus ojos, pero hizo todo lo posible para no soltarlas, tratando de contenerse. Esa imagen me estaba apretando el corazón.

*No es necesario, ángel.*

—¿No lo entiendes, Lucian? —encaré sosteniendo sus hombros con las manos para mantener su mirada—. No puedo soportar la idea de perderte. Saber que tú estás a salvo en este lugar, hace que me sienta mucho más tranquilo —estaba desesperado—. Contigo esperándome tengo razones para volver.

Ambos éramos unos desastres que no podían sostenerse por su propia cuenta, temblábamos, nos gobernaba la frustración por encontrarnos en esa situación, pero ninguno quería dar su brazo a torcer.

—Sí, lo entiendo… lo entiendo completamente. ¡Pero no puedo dejar que vayas a la guerra tú solo! —gritó desesperado—. ¡Es tan injusto, no quiero perderte cuando recién te encontré!

*Ay, Lucian.*

Su grito había sido tan desgarrador que aún mis oídos zumbaban de dolor. Ya no era yo el que tenía sus hombros sujetos, él se encargó de rodearme con sus brazos y abrazarme fuerte, aferrándose con su cuerpo y alma. Era como si me estuviera encadenado, el vínculo estaba palpitando en nuestro interior. Se sentía más fuerte y vivo que nunca.

*No, no, no.*

*No llores.*

*Por favor, no llores.*

—Tú… tú tienes más de diez años de recuerdos conmigo —susurró entre su llanto—. Tienes

historias, memorias, vivencias. Eres el dueño de cada una de mis sonrisas. Pero yo… yo no tengo nada de eso y es horrible. Sin embargo, en este preciso momento te alcancé. Te tengo, te recuerdo, te quiero a mi lado. En este efímero instante eres mi mago, Alexander. Así que escúchame.

*Cian…*

*Mi ángel.*

—Yo no tengo recuerdos que proteger, pero tengo un presente que reconstruir y tengo un futuro que quiero proteger.

Eso terminó por desarmarme por completo, todas las lágrimas se escaparon de mis ojos sin poder evitarlo.

—Cian yo… por favor… no.

*Oh por toda la magia, no puedo parar de llorar. Ni siquiera estaba seguro de que pedía:*

*No vayas.*

*No me fuerces a permitirlo.*

*No me dejes.*

*No te alejes.*

—No te dejaré solo, Alexander. No estarás más solo. No dejaré que me alejes de ti, ni ahora ni nunca.

Con ese decreto, terminó por destruirme por completo.

*¿Cuándo había visto a través de mis defensas para saber mi mayor temor?*

Desde que te conocí, fui bendecido con tantos momentos cálidos, pero esa calidez me hizo volverme codicioso y temeroso. Quería que me recordaras, pero no parabas de olvidarme. Me daba miedo que alguna vez nos encontráramos y no sintieras nada por mí. Me dolía pensar que tu hermosa sonrisa pudiera estar dirigida a otra persona en el futuro. Sabía perfectamente que debía ser feliz con lo que sea que te hiciera feliz, aun si esa persona no era precisamente yo, pero… la verdad es que quería poder ser yo quien trajera luz a tu vida. Ese pensamiento era el que trataba de mantener encerrado dentro de mí, para que no interfiriera en tu vida.

Por tanto tiempo me obligué a ser un mero observador lejano y un protector anónimo. Me repetía continuamente que no debía intervenir más de la cuenta. Que no debía involucrarme demasiado ni dejar que mis emociones y deseos se interpusieran en tu vida. Acumulé años de frustración y de arrepentimientos.

*«No dejaré que me alejes de ti, ni ahora ni nunca».*

*¡¿Cómo puedes ser tan valiente, Lucian?!*

*No puedo más. ¿Yo también puedo ser feliz?*

*¿También puedo ser codicioso? ¿Puedo dejar de reprimir todo?*

*«Por supuesto».*

Tomé su rostro y lo besé con toda la necesidad acumulada que sentía. Era la segunda vez que lo besaba, exactamente igual a la primera, sentí cómo mi magia se salió de control, pero no me importaba en lo más mínimo, porque estaba concentrado en otra cosa.

Sentí claramente como Lucian se deshacía por completo mientras le robaba el aliento. Mis manos vagaron delineando su mandíbula y cuello, hasta que una se quedó en su nuca y la otra rodeó su cintura y se instauró en su espalda baja. Colé mi lengua en su boca y pude sentir el delicioso estremecimiento que lo recorrió al mismo tiempo que se aferraba a mi camisa. No nos

dejaríamos ir, no ahora. Al salir de su boca escuché un pequeño quejido involuntario que deleitó a mis oídos e hizo que estuviera a punto de perder la razón.

Era el mayor, se suponía que tenía mucha experiencia, era yo el que manejaba el beso, Cian, por su parte, hacía todo lo posible por seguirme el ritmo de forma completamente deliciosa, pero ahí estaba yo, jadeante, anhelante, hecho un completo desastre por el beso de un encantador ángel inexperto.

*¡Cálmate! ¡Contrólate!*

Bajé la intensidad, ahora solo estaba moviendo despacio nuestros labios al mismo tiempo que sentía nuestras narices acariciarse, pero incluso ese simple acto era gloria pura, me transmitía electricidad por todos lados. Quizás no era electricidad, era mi magia en un estado de excitación y felicidad máxima. Era como si nuestra conexión estuviera regocijándose.

Sentir nuestras respiraciones chocando, cuando nos separamos lentamente con los corazones a mil por hora, me tenía al límite de perder la cordura.

Quería volver a probar sus tiernos labios, pero tenía miedo de haberlo incomodado, así que lo estudiaba mientras lentamente abría los ojos. Era un cuadro encantador, sus mejillas coloradas, sus labios un poco brillantes porque los acaba de lamer suavemente, sus párpados se abrían dejando entrever los más brillantes y extasiados ojos del mundo. La obra de arte frente a mí me cortó la respiración por completo.

*Oh, por toda la magia, es demasiado hermoso.*

*¿Cómo sus ojos pueden brillar tanto?*

Admiraba en silencio cada una de sus micro expresiones, pero ver como no podía parar de mirarme maravillado hacía que mi pecho y abdomen se contrajeran.

Llevó la punta de los dedos a sus labios, aún ensimismado, mientras se formaba una coqueta sonrisa. Luego estos dedos fueron a parar a mi mejilla para descender a mis labios, no pude resistir besar las yemas de sus dedos, él volvió a derretirse.

—Quiero otro… —susurró aletargado.

*Maldición, soy un desastre. Me tienes a tus pies, Cian.*

—¿Otro qué? —pregunté sin querer creer lo que significaba esa petición.

—Deseo otro beso —rectificó mientras me invitaba entreabriendo sus labios.

No podía decidir si reír o llorar por lo similar que era la situación a nuestro primer beso, me permití soltar una pequeña sonrisa mientras asentía con lentitud a su deseo.

Volví a acunar su rostro y me permití besarlo con todas las ganas que tenía acumuladas. Ya no importaba nada, probablemente era la última oportunidad que tenía para aprovechar antes de que nuestras vidas se desmoronaran. Nuestros labios no paraban de rosarse, de tentarse, de conocerse y disfrutarse, me atreví a succionar lenta y tortuosamente su labio inferior mientras lo lamía, lo que logró sacarle un delicioso gemido de éxtasis.

*Por las runas…*

Eso había sido literalmente escuchar el cielo y ahora estaba probando la gloria. Las yemas de mis dedos masajearon el inicio de su cabello y su nuca, logrando erizar su piel. Me permití sentir su sedoso pelo entre mis dedos, lo cual hizo que soltara un pequeño jadeo, no pude evitar que se formara una pequeña sonrisa en mi rostro. Todas sus reacciones eran tan adorables.

Todo se sentía *tan* bien. Me estaba ahogando en Lucian, literal, sentía su alma gritarme y exigirme que no lo soltara. Quería más y más. Me moría

por sentirlo por completo, probarlo a mi antojo y tomarme todo el tiempo del mundo para hacerlo… pero en este momento, antes de la crisis, con su padre cautivo… no se sentía correcto.

*Haz las cosas bien.*

Acaricié suavemente su nuca y nos separé suavemente, repartiendo pequeños besos por todo su hermoso rostro, él sonreía, encantado por cada uno de ellos.

*Te amo tanto, Cian.*

—Ángel, tenemos que parar —susurré sin poder evitar dejar unos besos en su cuello.

*Maldición, su cuello huele muy bien.*

—¿Por qué? No, sigamos, por favor. Más, más… —pidió aún con sus ojos nublados perdidos en el deseo.

*No, no podemos.*

—Cian, es el vínculo —expliqué el por qué estaba reaccionando de esa forma—. Estoy seguro que este no es el mejor momento para todo esto. Ven, vamos a acostarnos y descansar.

Lo tomé de la mano para guiarlo hacia la cama, con toda la intención de simplemente acostarnos, cuando me di cuenta que muchas cosas del cuarto se encontraban flotando en el aire y en las esquinas habían comenzado a florecer unas flores que antes no se encontraban ahí.

*Maldición.*

Chasqueé los dedos para hacer que los objetos volvieran a su lugar y preferí ignorar por unas

horas la existencia de las flores silvestres en mi habitación. Antes de que pudiera llegar a la orilla de la cama, tomó mi mano para frenarme.

—Alexander —comenzó tomando una profunda respiración—. ¿Realmente crees que todo el deseo y anhelo que siento por ti es por nuestro vínculo?

*Mierda. Honestamente…*

—S-sí… —trastabillé al responder—. El vínculo hace que tu cuerpo responda a mi tacto —le hice una leve caricia en la mejilla, él se estremeció y acomodó su cabeza para buscar más.

*¿Ves?*

—No es el vínculo, mago idiota —reprendió frustrado—. Todo mi ser te anhela. Vínculo esto y vínculo lo otro.

Lo hice sentarse en la cama antes de tomar su rostro y dejarle un beso en la frente, quería deshacerme de su ceño fruncido, pero su mirada de reproche se mantuvo firme.

—Cian, sí lo es. El vínculo está para que mi toque te estimule más que el de cualquier otro, para que disfrutes, para que te sientas protegido y contenido. Tu padre me explicó todo sobre…

Antes de que pudiera continuar, fue mi lindo rubio el que se paró e hizo que yo me sentara en la cama, puso entonces las manos en mis hombros manteniéndome anclado en el lugar para, finalmente, fijar sus ojos en los míos. Se me secó la garganta al ver la intensidad de su mirada.

—Mi padre también me lo explicó hace poco —replicó—, junto con todo lo que implica, incluidas las debilidades y las fortalezas de este, los beneficios y las consecuencias. Así que quiero que te grabes algo en tu hermosa cabeza: yo te elegí, mi alma te eligió, no el vínculo, este vino después.

—Cian…

—No, escucha esto —continuó callándome de inmediato—. El vínculo me mantuvo unido a ti, me permitió siempre poder encontrarte, reconocerte y saber que eras mi hogar. Es cierto que mientras paso más tiempo contigo, este se hace más fuerte. Lo puedo sentir perfectamente.

—Es por eso que…

—Me gustas tú, Alexander. No es el vínculo. Me gustan tus hermosos ojos azules casi grises, no solo tu iris, su forma es bella igual, son grandes y bonitos.

Justo cuando dijo eso besó mis párpados.

—Me gusta tu nariz, tu frente, tus pómulos… olvídalo, me gustan todas tus facciones, así como cada una de tus expresiones.

Iba llenando de besos todo mi rostro, logrando que mi pecho se llenara de un sentimiento cálido.

—Te encuentro guapo, el vínculo no me hace pensar que eres realmente atractivo —señaló tratando convencerme —. Incluso, en cada uno de los recuerdos que me has devuelto, mi primer pensamiento siempre es asombrarme de lo guapo que eres. Eres jodidamente hermoso, y no solo por tu físico, sino que también puedo sentir lo hermoso que es tu corazón.

Sentí sus manos ir a mi nuca para masajearla con cuidado, logrando que me relajara bajo su toque.

—No quiero que dudes de lo que siento por ti, Alexander. Podré no saber muchas cosas, podré no tener millones de recuerdos, pero de la única cosa de la que estoy completamente seguro es que mi corazón late por ti. Eres todo lo que he deseado.

*Has deseado muchas cosas, amor, pero tienes razón, muchas de ellas tenían mi nombre.*

*No puedo competir contra tu mirada llena de pasión.*

*¿Cuándo dejaré de sorprenderme por tu tenacidad? Eres increíble.*

—De acuerdo —acepté rindiéndome—, me disculpo, tú ganas Lucian. No es el vínculo.

—No, por supuesto no lo es.

Tomé su cintura para acercarlo a mí, de esta manera pude abrazarlo mientras apoyaba mi cabeza en su pecho. Podía escuchar los latidos de su corazón resonando en mi oreja, me sentía tan agradecido de sentir el ritmo que lo mantenía con vida.

—Lucian. Cumplí cada uno de tus deseos —señalé tratando de que no pudiera negarse a mi petición—. ¿Puedes prometerme algo?

—Si implica no ir y quedarme acá, viendo como vas a arriesgar tu vida para salvar la de mi papá. Entonces no —adelantó, logrando sacarme una sonrisa.

*Muy listo.*

—No, no es eso. Aunque aún tenemos que discutir sobre ello, pero será mañana. Es otra cosa.

—En ese caso, estoy dispuesto a considerar tu promesa —dejó un suave beso en mi coronilla e hizo que mi ser se derritiera con ese simple gesto.

Sentí sus dedos cepillar mi pelo lentamente, no puedo creer que ame tanto los mimos, estaba muy seguro que así debía sentirse el paraíso que tantos ansiaban conocer.

—Quiero que me prometas que pase lo que pase: serás feliz, sonreirás todos los días y estarás siempre orgulloso de ti. Antes que reproches, te prometo que haré todo lo posible para velar por esto.

*Solo necesito eso.*

*Solo necesito que seas feliz, el resto no importa.*

*Nada es suficientemente doloroso ni cansador si puedo recordar este momento por lo que me reste de vida.*

—¿Incluso si no es a tu lado? —inquirió con su voz calma.

—Sobre todo si no es a mi lado.

—No —respondió suspirando—. No lo prometeré.

—Pero…

*Más de 150 deseos y no puedes prometerme que…*

—¿Quieres que sea feliz? —encaró alejándose solo un poco para mirar mi rostro—. Bien. Encárgate de hacerlo tú. No quiero ser feliz si no es contigo.

*Oh, por todo lo sagrado.*

—Por favor…

—No. No te entiendo Alexander, hablas como mi pareja a veces, pero otras no dejas que me acerqué a ti. Me cautivas, me gustas, me encantas, me coqueteas… y me alejas. Creí que no habíamos tenido grandes acercamientos porque dudabas sobre mis sentimientos por ti, porque yo sí estaba seguro sobre lo que sentías por mí, de otra forma no me habrías cuidado por tantos años.

*Mierda.*

—Estaba siendo cauteloso, es la primera vez que hacemos este tipo de cosas más íntimas —expresé cohibido ante su elocuencia.

—Soy todo tuyo, Alexander —expresó con énfasis—. Mi corazón late por ti, se emociona por

ti, ni se te ocurra pensar que es por el vínculo, es por ti —señaló sin aliento—. ¡Me tienes aprisionado entre tus brazos y aun así haces que prometa que seré feliz en los brazos de alguien más! No te entiendo, por qué te contradices tanto cuando las cosas son tan sencillas. ¿Eres mi pareja?

*Lo siento, Cian. Ni yo logro entenderme por completo.*

—Soy tu pareja.

—Pues actúa como mi pareja —regañó con amor—, cuando te pido un beso, bésame.

Sentí como todo mi rostro se sonrojaba por el reproche que me hacía.

—Si vas a ser mi pareja, pues déjame ser tu pareja también —exigió—. Quiero ser tu soporte y ayudarte. Realmente quiero estar contigo cuando las cosas sean difíciles. Sé que crees que soy un simple niño que no puede ni debe vivir este tipo de situaciones, pero es lo que nos tocó, Alexander. Hay que afrontarlo y tratar de hacer lo mejor posible para no tener ningún arrepentimiento después.

*¿Cuándo creciste tanto?*

*¿Cuándo te volviste más fuerte y valiente que yo?*

*Maldición.*

—Te prometo que podré soportar todo lo que venga, pero solo si es a tu lado, Alexander —declaró con suavidad.

*Mierda, mierda, mierda.*

*No llores más. Contrólate.*

*Trágate ese estúpido nudo que tienes en la garganta.*

*Lo amo demasiado.*

*Mierda.*

—Salvaremos a papá. Tú no harás ningún sacrificio estúpido por el bien de mi felicidad, porque recordarás que *tú* eres mi felicidad. ¿De acuerdo?

*Mierda.*

*Te amo. Te amo. Te amo… te amo tanto, Cian.*

—¿Eres siquiera real? —inquirí con mi rostro empapado de lágrimas—. ¿Cómo es que creciste para ser tan hermoso? No puedo con ustedes, ángeles.

—Uno de mis padres es un ángel, mi hermano es un demonio, mi mejor amigo es mi ángel guardián y tengo de consorte al mago más guapo de todo el mundo, uno que se ha dedicado a cuidarme muchos años de su vida. Sin duda me criaron bien.

No pude evitar soltar una pequeña risa a costa de su ingenio. No sé cómo tiene tanto poder en mí. Me eleva y me hace poner los pies sobre la tierra.

Hace quince años atrás, sentí que el peso de los años que había vivido me había alcanzado. No tenía un motivo para seguir viviendo. Cientos de años eran más que suficientes, había aprendido más de la magia que cualquiera, había cumplido más deseos que muchos.

*¿Para qué seguir?*

Mi trabajo ya estaba hecho. Lo único que me divertía era escuchar las historias de otras personas, pero incluso estas se me estaban haciendo monótonas. Por lo que si tenía que dar mi vida para salvar a otra persona que lo mereciera, estaba dispuesto. No tenía miedo a morir.

Seguía pensando lo mismo: si tuviera que dar mi vida por Lucian, Dean y Habuh. Lo haría sin pensar. Que Lucian se haya dado cuenta de esto es sin precedentes. Vio a través de mí con

demasiada facilidad.

Siempre pensé que no importaría si muriera, Lucian no me recordaría, no sabría que algo me pasó. Tenía todo respaldado para su futuro, un seguro, herencia, incluso tenía un par de anillos forjados con mi magia para que nunca le faltara. Pero ahora, todo el juego había cambiado.

*¡Él me recuerda!*

*¡Le gusto!*

*¡Quiere un futuro conmigo!*

*Esto me da tantas esperanzas.*

Me exige seguir con vida, aun cuando yo no quiero mi vida. Por eso es mejor entregársela a alguien que si la quiera. A alguien a quien le importe y la valore incluso más que yo. Así que se la daré al dueño de mis sueños, mis anhelos, mis esperanzas, mis risas y mi completa felicidad. Seguro que él la atesorará mejor de lo que lo habría hecho yo.

—Lucian Asher. Mi vida es tuya.

*A. Leblanc, Mago Cl ase SS de Lucian Asher***.**

# *15*
## *Iré, aunque sea como llavero*

—… Por eso llegué a la conclusión que soy yo quien debe acompañarte, no Fausto, y probablemente Ezra debe ir con nosotros.

Estábamos todos en mi tienda —la que actualmente se encontraba como bar—, fue Liam quien nos citó y explicó todo su plan pasándoles unos auriculares mágicos a Dean y a Fausto, los cuales les permitían oír todo lo que escucháramos, además nosotros podríamos escucharlos, no importa donde estuviéramos.

Sí, obviamente fue un regalo de mi madre. Le pareció una estupenda idea, era su versión de celulares mágicos, o algo así. Obviamente Liam estaba ansioso por probarlos desde hace años, por fin encontró el momento perfecto para darles un buen uso.

Mi amigo estaba con su postura a la defensiva, preparado para lanzar mil argumentos al que objetara su plan —el cual era básicamente el mismo que planteó Lucian ayer, solo que este excluía la presencia de mi bello ángel—. Daba miedo lo similar que fue su pensamiento.

—¿Y bien…? ¿Nadie dirá nada? ¿Dónde está tu «pero», Sasha? —increpó altaneramente listo para debatir.

No era el momento para discutir, así que con un largo suspiro procedí a darle la razón.

—No existe. Lucian pensó lo mismo que tú anoche, también creo que es la mejor opción —expresé con algo de rapidez—. Yo también preparé algo.

—Mira, sé lo que vas a decir, pero… ¿qué? —comenzaba su monólogo cuando cayó en cuenta de mis palabras, haciendo que parara en seco—. ¡Espera, no esperaba que fuera tan fácil!

*Lo sé, también es raro para mí.*

—Yo siempre quise ir contigo, Liam, pero Fausto era quien se oponía a esto —sinceré apuntándolo—. Ahora que lo chantajeaste para dejarte ir, no tengo ninguna queja.

—Vaya, no estaba preparado para esto. Tú fuiste muchísimo más difícil de convencer anoche, cariño —confesó mirando a un no tan contento Fausto.

—No me lo recuerdes, porque aún no estoy feliz de que te expongas de este modo, William.

—Tranquilo, amor mío, todo saldrá bien, soy más fuerte de lo que parezco, detrás de este hermoso rostro hay un mago blanco muy hábil. Volveré a tus brazos tan rápido, que no notarás que me fui —susurró con una voz más baja dejando un beso en la mejilla del mago índigo, logrando que su mirada se inundara de preocupación y amor por partes iguales.

Por su mirada podía notar perfectamente lo mucho que amaba a Liam, sé en carne propia lo frustrado que tiene que estar por toda esta situación. Pero no era el momento de dudas, necesitaba explicar muchas cosas si quería que todo funcionara y pudiéramos tener una oportunidad para estar todos a salvo.

—Tengo algo para todos —comencé pasando unos pequeños frascos con lentillas—. No son pares, son individuales, cada par permite ver lo que su contraparte ve.

*Mierda, eso sonó algo confuso.*

—Eso quiere decir, que si yo me pongo uno de ellos y tú llevas el otro, veré lo que tú ves —explicó con facilidad Dean.

*Bien, esto sí funcionará.*

—Exacto, están encantados para conectar las vistas por mucha distancia que exista. Pruébenlo, pueden marear un poco al inicio. Pueden taparse un ojo para notar la diferencia.

Todos abrieron los frascos y se pusieron las lentillas —algunos con más facilidad que otros— y estaban tapándose el ojo contrario para poder ver lo que la otra persona ve.

—Yo no veo la diferencia —expresó Liam.

—Es porque son unidireccionales, ustedes pueden ver lo que veamos —apunté a Liam, Ezra y a mí—, pero nosotros no a ustedes —señalando a Dean, Fausto y Cian—. De esta forma pueden oírnos y vernos, sin que nosotros nos distraigamos demasiado.

—Muy conveniente —aceptó de mala gana Fausto.

A pesar de me había pedido expresamente que no involucrara a Liam, él descubrió nuestra conversación cuando fue a hablarle, esto ocasionó que las cosas estuvieran algo tensas entre ellos. Yo prefería ignorarlo, aunque habría que resolverlo en otro momento.

Liam le colgó un collar a Lucian que tenía el frasco con el recuerdo de su deseo número 150. Hizo que el frasco fuera tan pequeño que parecía un encantador dije y se acercó, para decirle en voz baja, que si todo se ponía difícil o se sentía a punto de perder la esperanza, lo abriera.

*Ojalá no lleguemos a eso.*

—Esperen no pensarán llevar a… —Dean no alcanzó a terminar porque su hermano le cortó la oración.

—Sí, voy —atajó sin dejarlo continuar—. Ya está conversado.

La tensión en el ambiente se disparó en un segundo. La mirada indignada de Dean se turnaba entre la cara de su hermano y la mía, tratando de exigir una explicación a esto.

—Te están buscando —expuso levantando su mano para apretar el puente de su nariz—. No para darte un premio. Papá está allí para evitar que te maten y tú… no puedo creerlo —exclamó indignado—. Tú vas a exponerte y arruinar el sacrificio de todos.

La voz de Dean estaba cargada de irritación, yo simplemente suspiré, porque tenía un punto importante, sin embargo, decidí ignorar sus palabras por el momento. Necesitaba hacer algo más importante. Me paré frente a Lucian y tomé su mano para ponerle mi anillo.

—Voy a poner esto en tu dedo —expliqué levantando la argolla—, este anillo está literalmente forjado debajo de un arcoíris, acumula y almacena mi magia en caso de emergencia. ¿Recuerdas que no todos los magos tienen varitas? Bien, los magos si tienen objetos mágicos en que canalizan o almacenan su magia. Este es el mío.

Era un anillo dorado con intrincados grabados de runas protectoras, y por el interior se encontraban mis iniciales grabadas. Mi posesión más preciada. Si algo podría mantenerlo a salvo sería esto.

La emoción contenida de Lucian se podía palpar en el aire, era imposible no notarlo, porque parecía electricidad pura. Cuando el anillo se asentó en su dedo, se me erizó la piel, y es que brilló por un segundo… luego volvió a la apariencia de una argolla común.

*¿Qué fue eso? Reaccionaste así por la magia en el interior de Lucian, o fue por…*

—Oh, maldición, es real —exclamó Dean exasperado, desviando mi atención.

—Sí, Dean, es real. Ya tuve una pelea con tu hermano respecto a esto, no voy a luchar más contra ti o él. La lucha debe ir en otra dirección.

Luego de lo que ocurrió ayer, siguió una sesión de besos, cariños, y actualizarme acerca de los recuerdos que habían vuelto, todo en la comodidad de mi cama. El panorama perfecto si me lo preguntan.

Claramente después de dormir siguieron los dramas respecto a cómo ocultarlo. Mil y una forma de ocultar a Lucian rechazadas. Hasta que una me convenció.

1. Capa de invisibilidad como Harry Potter > ***Rechazada.***

Ser invisible no te hace indetectable. Aparte tampoco es una opción muy ágil en caso de una huida. Para un corto período de tiempo podría funcionar, pero no para lo que vamos a hacer.

2. Ocultar su presencia como cuando vino Gabriel > ***Rechazada.***

Mismo problema de movilidad, aunque no pudieran percibirlo aún podrían chocar con él, o podría perderse y herirse.

3. Transformarlo en algún animal o familiar > ***Rechazada.***

Tienes que tener a tu familiar registrado para poder ingresar con él al congreso, así que se darían cuenta de inmediato que algo anda mal.

4. Poción para cambiar su apariencia > ***Rechazada.***

Al igual que la anterior, no lo dejarán entrar si llega de imprevisto, además notarán de inmediato ese tipo de hechizo.

La lista seguía y seguía, muchas tenían que ver con hacerse invisible cuando ya habíamos acordado que sería una mala idea.

*«Bien, se me acaban las ideas, así como vamos terminaré siendo como Alicia».*

*«¿Alicia? ¿Cuál Alicia?».*

*«Alicia en el país de las maravillas. Ya sabes, hacerme pequeño. Me terminarás llevando en tu bolsillo, como si fuera un llavero».*

*«¿Quieres decir más pequeño y adorable de lo que eres actualmente?».*

*«Jaja. No es gracioso».*

*«Lo siento, no pude resistirme. En realidad, es buena idea».*

Tanto Ezra, Liam y yo, estábamos vestidos formales. Mi mejor amigo, vestía una camisa blanca bajo un chaleco negro con botones dorados, en el pequeño bolsillo colgaba una cadena del mismo material y pantalones oscuros. Ezra, usaba una camiseta negra de cuello alto con pantalones a juego, además de un vestón cuadrillé claro. En mi caso, me encontraba con un traje azul oscuro, mi camisa oscura favorita de estrellas y lunas, con un pañuelo amarillo pálido en el bolsillo exterior del blazer. Mi idea era llevar a Lucian oculto en el bolsillo del vestón, por eso el pañuelo camuflaría su cabello rubio en caso de cualquier cosa.

*¿Arriesgado?*

*Muchísimo.*

*¿Había soñado con llevar a Lucian como llavero para evitar que se meta en problemas?*

*Más de una vez.*

Había hablado un par de horas antes con Ezra, quería dejarle en claro todo el riesgo que conllevaba lo que vamos a hacer hoy, así como también las consecuencias posibles de sus actos. Literalmente llevaba preparándolo toda su vida para este momento, clases de arquería, de pociones, ejercicios de agilidad, defensa personal, etc. Todo ese tiempo invertido en Ezra para que

cuando llegara el momento pudiera ser capaz de proteger a Lucian y a sí mismo. Estaba listo.

Todos sabíamos lo que debíamos hacer. Ezra estaba más enfocado y centrado que nunca. Liam tenía una pequeña sonrisa que transmitía confianza —estaba profundamente agradecido de que la tuviera, porque a mí me faltaba mucha de ella—. Solo faltaba un pequeño detalle:

*Cian, ya es hora.*

Cuando nuestras miradas se encontraron sabíamos que era el momento aun sin decir nada. Vi como asintió con su cabeza, mientras dejaba escapar un breve suspiro para luego regalarme una pequeña sonrisa.

*«Estoy listo».*

—Deseo ser tan pequeño como para caber en el bolsillo de tu chaqueta y que mi presencia desaparezca.

Me permití mirar por última vez su cuerpo esbelto, completamente cubierto por ropas negras para poder pasar más desapercibido en caso de una emergencia, aunque había que ser realistas, era imposible que no destacara con su hermoso cabello rubio. Aún estaba esperando que se arrepintiera, pero no había ningún rastro de duda o miedo en su mirada, así que inspiré hondo antes de cumplir su deseo. Me acerqué a él para abrazarlo.

—Por lo que más quieras no dejes que te atrapen —susurré en su oreja—. Usa todo tu ingenio y siempre confía en tus instintos.

Con esas últimas palabras dejé un beso en su frente —concediendo su deseo— y comencé a notar como Lucian empezaba a encogerse, hasta hacerse tan pequeño que parecía un encantador muñeco. Cabía en la palma de mi mano. Le hice una pequeña caricia con uno de mis dedos en su cabeza antes de colocarlo en mi bolsillo.

*Es demasiado lindo.*

—Recuerda, solo yo puedo oírte.

Lucian asintió tiernamente y se acomodó aún más en el lado de mi corazón. Tuve que reprimir una sonrisa involuntaria ante lo divertido de mi último pensamiento.

Con todo listo, fue el mismo Fausto quien escribió las runas necesarias para crear el portal que nos llevaría hasta el congreso. No era sencillo hacer portales, se necesitaba saber las coordenadas precisas al escribir las runas, un mínimo error y podías acabar bajo el mar, o dentro de un volcán. Aunque no hay nada de qué preocuparse, porque estábamos hablando de Fausto, un mago aburrido, pero un verdadero genio cuando se trata de ingenio y precisión.

Nos despedimos de las dos personas que dejaríamos atrás, ambos tenían miradas cargadas de frustración y preocupación, pero ya habían aceptado nuestras decisiones.

—Te veo luego, mago guapo— susurró Liam guiñándole el ojo a Fausto y robándole un beso rápido—. Esto es para el camino.

En ese momento Liam cruzó por el portal sin mirar la anhelante mirada de Fausto acompañarlo en todo el proceso.

Dean se negaba a dirigirme la mirada, aun cuando se encontraba de brazos cruzados y mordiendo su labio inferior frente a mí. No me decía ni una sola palabra, por su orgullo, pero yo no podía irme así. No era justo para ninguno. Acerqué mi mano y dejé una suave caricia sobre su cabello.

—No lo tomes personal, Dean. Me siento más seguro contigo en mi oído y viendo lo que veo. Cuida de nosotros y cuida de ti mismo. ¿De acuerdo?

Solo en ese momento me devolvió la mirada. Retiró mi mano de su cabeza, pero la mantuvo entre las suyas.

—Por supuesto que eso haré, mago idiota. No hagas la despedida mucho peor, solo vete, estaré a tu lado.

Con esas palabras, se alivianó un peso de mi corazón y pude permitirme avanzar hacia nuestra misión.

Cruzar por el portal era la parte fácil, entrar a esta fortaleza mágica era la parte intermedia, llegar donde Habuh era la parte difícil. Traté de tragarme las inseguridades y dar el primer paso.

*Bien, aquí vamos.*

Estábamos frente a una construcción que parecía una fortaleza medieval, hecha completamente de piedra, con altas torres llenas de centinelas haciendo guardia sin descanso. El estilo de castillos que verías en películas inglesas, lo que era una pésima señal. Como si fuera poco, la única entrada visible era la principal, esta se encontraba entre dos torres altas, custodiada por varios magos.

El congreso cambia cada mes de estilo arquitectónico, adoptan el diseño que desea el miembro de turno designado. Estar frente a esta versión del congreso solo significaba problemas, porque esta en específico era un maldito laberinto en su interior. Sabía perfectamente quién era el encargado de esta fachada, un —muy apegado a las normas y leyes— mago azul.

*Eliot Giedrius.*

*—Maldición, Eliot es el encargado. No esperaba que fuera fácil, pero nunca creí que tuvieras una suerte tan pésima, Golden.*

Escuchar la voz de Fausto en el oído sin que estuviera cerca era claramente perturbador, pero la sensación solo duró un momento, saber que ellos seguían de alguna forma a nuestro lado, apoyándonos, me dejaba un poco más tranquilo.

—¿No conoces alguna entrada o pasadizo secreto? —pregunté con la vaga esperanza de una respuesta positiva.

*—No hablo con Eliot para saber los puntos ciegos de su «fortaleza»* —respondió con sarcasmo —*. No es que sea amigo de todos los del consejo.*

Eso no ayudaba nada, al contrario, solo me hizo querer rodar los ojos con hastío. Estaba a punto de apretar el puente de la nariz para tratar de calmarme.

—Si sirve de algo, yo si hablo con Eliot —acotó Liam tratando de aligerar el ambiente—, no me mires así. Es algo guapo.

Escuchamos claramente el chasquido de fastidio de Fausto seguido de una sonora exhalación.

*—Hay pocas opciones, Golden. Escabullirse frente a los ojos de un mago azul no es una de ellas, simplemente agravaría toda la situación. Dicho eso, creo que simplemente debes tratar de ingresar por la puerta principal.*

Habíamos llegado unos metros lejos de la entrada, para que no nos detectaran de inmediato, así que la caminata hasta allí no era tan larga, pero aun así no sonaba a una buena idea, siempre había guardias que custodiaban la entrada.

—¿Cómo será una buena idea? Hay que entrar con una de esas estúpidas cartas de acreditación.

*—Hazme caso, hay un 18% de probabilidad de que te dejen pasar.*

—¿18%? Eso es muy bajo. ¿Qué pasa en el otro 82%?

*—Te atrapan y encarcelan.*

—Genial, que bueno es tener a un seudo oráculo de nuestro lado —repliqué con sarcasmo.

—*Al, escucha, puede funcionar* —escuché la voz de Dean—. *Traten de hacerles creer que deben estar ahí, es muy probable que no puedan confirmar de inmediato la información que les den. Hasta ustedes los magos fallan a veces con la comunicación fluida. Lo importante es que debe ser casual, pero que Liam actúe como el puto amo del castillo, la idea es que parezca que deben estar en ese lugar. Recuerden ustedes están bien, ellos equivocados.*

Bien, eso sonaba mucho mejor, porque es cierto. Todos los guardias y centinelas del congreso tenían que pasar por canales de control de información, así que la burocracia podía estar de nuestro lado esta vez.

—Puedo con ello —aceptó Liam con una pequeña sonrisa engreída.

No pude hacer nada más que suspirar y tratar de tranquilizar a Ezra con la mirada para que se calmara un poco, podía notar como comenzaba a sudar por el nerviosismo. Sabía perfectamente la razón de su nerviosismo. El ángel de la guarda es realmente malo mintiendo, puede ocultar cosas, pero es realmente obvio cuando no dice la verdad. Estas situaciones son realmente complejas para él.

*Todo saldrá bien.*

Abrirnos paso por la entrada principal fue muy tenso, los centinelas nos notaron desde que empezamos a caminar, seguimos el plan de hacernos los desentendidos hasta llegar donde se encontraban.

—*No la caguen* —susurró Dean.

*Por favor, no. Sé que puedes, Liam.*

El mago blanco ni siquiera vaciló, caminó con una sonrisa en el rostro atravesando a los guardias como si realmente fuera el dueño del castillo, dejándonos a todos boquiabiertos, estaba seguro que esperaban que nos detuviéramos frente a ellos. En estas circunstancias me forcé a seguir la actuación de Liam, caminando con mis manos en los bolsillos, tratando de demostrar un aire despreocupado cuando francamente esperaba lo peor. Podía sentir cómo Lucian aguantaba la respiración en el bolsillo de mi vestón.

*Tres pasos.*

*Dos pasos.*

*Un paso más y estábamos dentro.*

Sentía que sudaba. No entendía cómo habíamos avanzado tanto y rogaba internamente por no tener que utilizar la violencia —no tan pronto por lo menos—, para sacarnos de este apuro. Casi podía ver el jardín principal saludarme. Estábamos, tan cerca… pero por supuesto que no podía salir bien.

—¡Hey! Identifíquense, ¿cómo se atreven a pasar como si nada frente a la guardia de turno? —uno de los guardias nos alcanzó después de correr tras nosotros.

Era una buena señal que no se hubiera teletransportado para taparnos el paso, quería decir que no contaba con los permisos para poder hacerlo. Ese tipo de magia está restringida en el congreso.

—Oh, claro. De seguro que ya me conoces soy *Handsome Pain*, William Lux. El mago a mi derecha es *Golden Dealer* y este de aquí es mi ángel personal, Ezra —lo señaló con una sonrisa en el rostro como si estuviera hablando con un amigo de muchos años.

—¿Sus clases?

El mago que nos estaba interrogando parecía mortalmente serio. No podía imaginar en qué estaba pensando detrás de esa cara de póker. Tenía una placa en el bolsillo exterior de su chaqueta

de vestir que era el emblema de los magos azules, pertenecían al gremio de *Giedrius*.

—Él es SS, y yo S.

Al mencionar que éramos de clases altas su expresión pasó a una de desconcierto, casi como si considerara los hechos o nuestros motivos para estar aquí.

—¿Vienen al juicio? —inquirió finalmente—. Le avisaré al Sabio Giedrius y podrán pasar.

*Mierda. Eso no es bueno. Eliot no permitirá que nos movamos con libertad si sabe de nuestra presencia.*

—Sí, por supuesto —*¿Qué haces Liam?* —. De hecho… él mismo nos invitó. Vamos un poco atrasados, justo ahora veníamos a una reunión con él y estoy seguro de que sabes como se pone con el tema de la impuntualidad —comentó con familiaridad— ¿Sabes dónde se encuentra? Iremos directamente a hablar con él.

*Mentira, verdad, mentira y verdad.*

*Liam eres un genio.*

El mago parecía estar creyéndole a Liam por la forma tan cercana y confiada que estaba hablando, incluso le dio la razón cuando mencionó el tema de la impuntualidad.

*—No te quedes callado, pareces sospechoso. Alex haz que crea que son amigos de toda la vida* —sugirió Dean.

*Solo debes hacer lo mismo Sasha, camuflar las mentiras con verdades.*

—No es necesario que nos diga, Liam, es más que obvio que debe estar en su aburrido estudio, revisando todas las cámaras de seguridad —hablé con desgano tratando de ocultar mi adrenalina frente a la situación.

Eso pareció convencerlo porque soltó un pequeño suspiro de derrota, pero la desconfianza y cautela seguían sin abandonar su rostro.

—Bien. Pasen. De todas maneras le avisaré —permitió con la voz cargada de dudas.

—Por supuesto, haz tu trabajo —animó Liam—. Estoy seguro que estará encantado de escucharlo, aunque no estará del todo feliz porque le desvíen la atención de su trabajo para una nimiedad como esta —el toque de malicia en la voz de Liam no pasó desapercibido para ninguno. Lo hizo vacilar, dándonos una oportunidad.

Nosotros no esperamos a que cambiara de opinión, con rapidez nos abrimos paso por los largos jardines que retrasaban nuestra entrada al edificio. Eran de esos típicos jardines con laberinto, porque obviamente Eliot no iba a dejar que las cosas fueran fáciles para nadie. Lo terrible de este en particular es que es un laberinto mágico, cambia de forma cada cinco minutos, lo que es un problema enorme.

*Esto es el infierno.*

Cuando nos adentramos por las frondosas paredes de vegetación, pudimos recién preguntarles qué hacer a nuestros consejeros, así no nos verían los centinelas.

*—De acuerdo, esto es fácil, no deben desesperarse, solo deben avanzar con una mano en la pared izquierda y seguir ese camino, finalmente llegaran al final…*

—¡El laberinto cambia cada cinco minutos, eso no funcionará, Fausto!

—Deseo que podamos atravesar el laberinto de plantas —susurró Lucian sacando su tierna cabeza de mi bolsillo al tiempo que estiraba su diminuta mano para que lo tocara.

Antes de que pudiera derretirme de ternura, toqué discretamente su mano y sentí como mi magia verde empezaba a mover las paredes de las plantas del laberinto, creando un pasadizo entre

ellas.

—*Oh, bueno, tener a Lucian, eso también puede servir* —replicó con sarcasmo.

—Perfecto, gracias pequeño Cian —comentó Liam—. Estaba pensando en hacer que Ezra abriera sus alas y nos llevara volando hasta adentro.

—Hubieras conseguido que lo mataran antes de que cruzáramos todos. Recuerda que está prohibido que los ángeles vuelen aquí —respondí a mi pesar.

Comenzamos a trotar por el camino recién creado, no podíamos perder tiempo, mi magia no podría evitar que este cambiara de forma al correr los minutos.

Debía reconocer que atravesar todas esas plantas fue hasta un poco relajante, porque al entrar por la puerta principal y encontrarnos cara a cara con Eliot al pie de la escalera central, la tensión se disparó de inmediato.

Eliot Giedrius, Sabio SS, el actual líder y representante de los magos azules. Alto, mucho más que yo, debía rondar por el metro noventa o más, joven, y con un permanente ceño fruncido. Era el heredero de una larga rama de magos azules, por eso las costumbres algo estiradas e inflexibles. Tenía los rasgos faciales duros, con un corte perfectamente peinado hacia atrás de color negro. Lo más llamativo eran sus ojos, se veían casi grises, totalmente fríos y calculadores. Vestía con un traje de tres piezas azul marino con detalles plateados en los botones, le quedaba a la medida perfecta.

*¿Magos correctos y con un fuerte sentido de justicia?*

*Este era uno de ellos.*

—*Mierda* —susurró Fausto al otro lado del auricular.

Fue un breve momento de silencio hasta que tanto él como nosotros nos acercamos al centro del salón. Era imposible evitar hacerle frente. No podía creer nuestra mala fortuna. No había ni siquiera otro mago a la vista, solo él, casi como si nos estuviera esperando y le hubiera ordenado a todos que reforzaran la seguridad en otros lados.

*¿Tenía que ser justo Eliot quien nos recibiera?*

—No puedo creer su descaro al saltarse todos los protocolos —resopló con gravedad—. ¿Qué es lo que hacen ustedes aquí?

—¡OH, ELIOT! —exclamó con euforia Liam—. Tantas lunas sin verte. Cada día estás más guapo. ¿Te cortaste el cabello? ¡No, te hiciste un *undercut*! Realmente te queda espectacular.

—Podría decir lo mismo de usted, William. Un placer volver a verlo —respondió con mucha cortesía y una pequeña sonrisa—. No es un placer verlo a usted, *Sabio Leblanc* —me miró duramente mientras recalcaba la palabra «Sabio».

—Qué cruel eres, yo sí pienso que es un placer verte a ti, Eliot —respondí con sarcasmo.

La postura de Eliot cambió en un segundo, se irguió mucho más y su mandíbula se apretó. Traté de no demostrar lo nervioso y tenso que me sentía en ese momento.

—*No vayas por ese camino, Golden. Recuerda que es un mago azul y se especializa en restricción de magia. Si hay alguien que no te conviene tener de enemigo en este momento, es él.*

—*Y no se te ocurra mentir, estoy muy seguro que sus ojos son un detector de mentiras* — agregó Dean.

—Repito. ¿Qué es lo que los trae hoy al consejo? —inquirió, para luego dirigir su mirada a Ezra—. ¿De dónde salió ese ángel?

*Ese ángel* estaba pasando por un muy mal momento, porque realmente se debía estar

mordiendo la lengua frente a toda esta situación, para evitar confesar todo. Ezra siempre era espontáneo y honesto, pero ahora tenía que autocontrolarse como nunca, había vidas en riesgo.

—Vaya, Eliot ¿te gusta? —inquirió Liam en plan de broma tratando de aligerar el ambiente.

—¿Qué? —preguntó desconcertado—. ¡No! —negó con un avergonzado sonrojo.

Honestos y puros, justamente el tipo de hombres que Liam adora molestar. Solo suplicaba internamente que no fuera demasiado lejos.

—No hieras sus sentimientos de esa forma —regañó Liam aun jugando con él—, Ezra también tiene sentimientos. Es mi angelito —presentó mintiendo—. Hoy está encargado de protegerme, así que me está siguiendo a todos lados.

*Primera mentira.*

—¿Tuyo? Tú no te especializas en magia de creación, Liam —lo miró suspicaz.

*¿Será muy malo congelarlo?*

*¿Si hago un hechizo de sueño? ¿Lo extrañaría alguien?*

—Claro que no —concordó con una sonrisa—, pero ya sabes… están matando a magos blancos por todo el mundo para quedarse con sus ángeles —susurró como si estuviera hablando de un tema confidencial—. El creador de Ezra está imposibilitado para cuidarlo en estos momentos, por eso me estoy haciendo cargo de él.

—*Liam es bueno* —reconoció con asombro Dean.

*Es más que bueno, es perfecto para lidiar con magos —detectores de mentiras andantes— azules. Disfraza mentiras con verdades como si fuera lo más natural del mundo.*

—*Aunque las posibilidades estén a tu favor Golden, no hagas nada. Deja que Liam lo maneje. No podemos arriesgarnos a que sean descubiertos demasiado pronto.*

—No puedo tenerlo lejos de mí, Eliot —continuó Liam tratando de apelar a su sentido de protección—, no después de todo lo que está pasando.

Eso pareció suavizar un poco su expresión, pero aún se encontraba de brazos cruzados.

—¿Cómo se enteró sobre los magos blancos?

—Soy un mago blanco —respondió señalándose como si fuera lo más obvio del mundo—. Los chismes vuelan entre nosotros. Ahora si nos disculpas…

—No se atreva, William —detuvo con rapidez—. Aún no responden qué hacen aquí, es un período peligroso, no podemos tener escándalos —señaló dirigiendo su mirada hacía mí—. Y con todo esto me refiero a usted, Sabio Leblanc —terminó mirándome severamente.

—No me siento ofendido si es eso lo que buscas —devolví haciéndome el desentendido—, y no vinimos a hacer un escándalo —*si podemos evitarlo*—. Quiero participar en el juicio que se va a llevar a cabo en unos días.

*Perfecto, sin mentiras.*

Él me miró sorprendido y algo confundido, no era para menos, ya que muchas veces había sido invitado a esta clase de eventos —sobre todo cuando tenía el rango de Maestro—, pero siempre los encontré un fastidio, así que los rechazaba. Ni siquiera cuando tenía que venir en representación de mi madre lo hacía. Una de las tantas razones por las que no era tan bienvenido aquí.

—Qué sorpresa —respondió genuinamente sorprendido—. Es una lástima, puesto que es un evento privado, solo algunos pocos miembros del consejo, junto con los representantes y líderes de sus respectivas magias pueden pasar a ese juicio.

La sonrisa engreída de Eliot no hacía más que fastidiarme a cada segundo, porque me estaba sacando en cara que, de haber sido diferente en el pasado, entraría perfectamente en este juicio.

—Estoy seguro que podría tomar el puesto de mi madre en esto, a ella no le importará.

—Su madre no participará —atajó con rapidez—. No ha anunciado su presencia en este evento. De momento hay tres Maestros anunciados, ninguno de ellos su madre.

*¿Tres Maestros?*

*Uno es Apolo y el otro Ártemis, según lo que dijo Gabriel. ¿Quién será el otro Maestro?*

—Si solo vinieron a esto me temo que tendrán que retirarse, no son bienvenidos aquí. Prefiero evitar problemas, así que ahorrémonos las vergüenzas y simplemente devuélvanse por donde vinieron.

*Bien, no queda de otra.*

Me estaba preparando para noquear a Eliot cuando todos escuchamos unos pasos corriendo en nuestra dirección. Todo lo que pude ver fue una pequeña mota roja lanzarse a abrazarme, cuando noté de quien se trataba me di cuenta que aún había algo de suerte de nuestro lado.

*Pyro Sunset.*

—¡Maestro Leblanc! —gritó con emoción al alcanzarme—. ¡Espero que no le estés dando problemas, estúpido Eliot!

—Pyro —suspiré con alivio—. No has crecido nada, enano —correspondí su abrazo.

Pyro fue mi aprendiz, es un chico de baja estatura, mide poco más de un metro sesenta, pelo ondulado de un brillante rojo con ojos negros que cambian a ámbar cuando se molesta. Actualmente vestía con unos pantalones formales oscuros con líneas verticales, dentro de estos una camisa holgada blanca desabotonada en la parte superior, sobre esta unos suspensores negros. Parecía joven, pero tenía más de doscientos años, es un prodigio total y el actual líder de los magos rojos, y —me arriesgaría a decir— uno de los peleadores más fuertes.

*Qué milagro tenerlo cerca.*

—Creo que crecí un centímetro estos años —presumió con una sonrisa tan grande que hasta mostraba sus dientes—. Usted es muy alto, Maestro.

—No le digas «Maestro» Pyro, fue degradado, te castigarán si te oyen —reprochó Eliot separándonos en el proceso.

Estos dos, aunque no lo parezcan, son amigos de la infancia, se conocen porque sus respectivos padres eran los líderes de sus gremios, pero no pueden ser más diferentes entre sí. Pyro es un sol brillante, Eliot un frío témpano de hielo.

—Para mí, siempre será un Maestro, no importa si me castigan —respondió con su cabeza en alto—. Layla, te dije que era él.

*¿Layla también está aquí?*

De la nada, Layla Quarts se materializó frente a nosotros, nos dejó boquiabiertos, ninguno de nosotros la había detectado, aunque se encontrara a unos pocos metros de distancia.

*Sorprendente, su magia de ocultación y espejismos mejoró muchísimo.*

Ella tenía la misma estatura de Pyro, pero era albina de ojos violáceos, actualmente se encontraba con un vestido holgado color lila pastel que le llegaba hasta las pantorrillas, con mangas de globo, dándole un toque más infantil. La actual sucesora del liderazgo de los magos amarillos, una de las protegidas y alumnas de mi madre, por eso la conozco desde que era una bebé, es casi como una hermana pequeña porque siempre se encontraba al lado de mi madre. Se

volvió experta en ilusiones ópticas, espejismos y paradojas espaciales.

—No sé cómo puedes ser tan grosero, Eliot. Tú sabes lo injusto que fueron con el Maestro, Sasha no se merecía ese castigo —increpó Pyro.

—*¿Ellos son problemas?* —preguntó Dean preocupado.

Por un segundo olvidé que había personas que no tenían idea de quiénes eran los presentes, pero por suerte Fausto pudo explicar todo con rapidez.

—*No, son aliados. Pyro es el aprendiz de Leblanc y Layla fue la aprendiz de Iris. El primero es líder de los magos rojos, y ella de los magos amarillo. Nos salvamos* —suspiró Fausto.

*Exacto, nos salvamos.*

Layla no hablaba mucho, era muy reservada y tranquila, pero había algo que amaba y protegía más que todo y esos eran los…

—Hola, Liam —saludó en voz baja al mismo tiempo que tomaba la mano de Ezra.

*…Ángeles.*

Ella los adoraba, era fiel defensora de ellos.

—No te pongas de su lado, Layla —replicó Eliot, notando como Layla ni siquiera nos miraba, sus ojos estaban anclados en Ezra—, creí que tú entenderías la situación crítica que estamos viviendo. No hay que romper más leyes.

Ella decidió ignorarlo, se veía muy feliz de tener un ángel en sus manos, era como una niña con su nuevo juguete. Por otro lado, Ezra por fin se había relajado, Layla —a pesar de ser mucho mayor que Ezra o hasta el mismo Eliot—, conserva una apariencia muy infantil, y Ezra tiene debilidad por los niños. Así que estaba en su zona de confort.

—Leyes, esto. Normas, lo otro —se jactó Pyro—. Ya basta, Eliot. Hay cosas más importantes que esas —se volteó a verme con ojos brillantes—. ¿Por qué están aquí, Sasha? ¿Misión secreta? —inquirió con complicidad.

*¡Pyro! ¡No has aprendido discreción!*

—Están por irse —respondió Eliot por nosotros—, vinieron al juicio, pero no tienen invitación, y los únicos que pueden entrar sin este pase son los representantes por gremio —adornó su rostro con una sonrisa petulante.

Ante la explicación, los ojos de Pyro me miraron con entendimiento, así que siguió ignorando a Eliot para dirigirse hacia mí.

—¿Quieres entrar, Maestro? Supongo que conoces a Habuhiah, porque odias esta clase de reuniones.

*Mi amigo, padre de mi consorte, suegro. Sí, diría que lo conozco.*

No sacaba nada con mentirle a Pyro delante de Eliot, así que preferí ir con la verdad, de esa forma podría contar con su ayuda.

—Sí, es mi amigo —declaré frente a todos—. Uno de los mejores ángeles que conozco.

Todas las miradas estaban sobre mí, como si no pudieran creer que hubiera delatado parte de nuestras intenciones. Pero el mago rojo me regaló una sonrisa ladeada y asintió con entendimiento.

—Pues está todo dicho. El Maestro entrará —decretó Pyro tomando mi mano para arrastrarme lejos de Eliot.

Eso desconcertó a todos, pero él más indignado e irritado por esta declaración era el mago azul.

—¡De qué hablas, Pyro! ¡Tú no decides eso!

Estaba a punto de tomar su hombro para detenerlo, cuando él le envió una mirada que le

advertía que se detuviera de inmediato. Pyro sonreía con falsa inocencia, cuando todo el ambiente se sentía caliente y tenso, como si estuviera concentrando su magia de forma inconsciente, preparándose para pelear.

—Claro que sí —señaló sin perder su sonrisa—, el Maestro será el representante de los magos rojos. Entrará en mi lugar —su voz no admitía negativa, como si fuera lo más normal del mundo.

—*¿Se puede hacer eso?* —preguntó Dean.

—*De que puede, puede. Pero no es algo habitual. Ser el representante de un gremio tiene muchos beneficios, signo de mucho poder y status. Nadie quiere renunciar a eso. Hay gremios que cambian de representante solo cuando este muere* —Fausto sonaba sorprendido**.**

—¡No puedes! ¡Eso es demasiado irresponsable para un líder! ¡¿Cómo crees que se sentirán tus magos cuando se enteren de lo que hiciste?!

—*Ves, es algo muy controversial. Es un puesto que muchos se pelean por tener.*

—Probablemente se reirán y me felicitarán, los magos rojos le debemos mucho a Sasha. Ellos confían en él. Estoy seguro que también aprobarían esto.

—Pyro, apreció el gesto, pero…

*¡Es mucha responsabilidad!*

—No hay peros, ya está decidido, será un cambio temporal. Quieres entrar al juicio y entrarás —no me dejó reprochar nada—. Ahora si nos disculpas, la Maestra fue la que nos mandó a traer a Sasha. *Bye, bye*, Eliot.

Lo último lo dijo sacando la lengua de forma infantil, al mismo tiempo que Layla le tomaba la otra mano a Liam —sin soltar la de Ezra— para conducirnos a todos al segundo piso. Casi corrimos por las escaleras y los pasillos enormes del castillo de Eliot, alejándonos lo más posible del mago azul. Miré hacia atrás, Layla se encontraba alterando el espacio —duplicando puertas, cambiando y reposicionado paredes, entre otras cosas—, para que fuera más difícil encontrarnos.

—¿Es cierto que vienes por Habuhiah? —Pyro se detuvo repentinamente.

—Sí, es una misión secreta —revelé confiando en él—. Tengo que asegurarme que esté bien.

—Misión secreta… me gusta —asintió con la cabeza—. Te ayudaré, Sasha. De hecho, me alegro de que llegaras. Las cosas están un poco locas por aquí —frunció el ceño volviendo a caminar más rápido.

—¿A qué te refieres?

—Apolo perdió la cabeza, Ámbar no la está pasando muy bien que digamos —comentó mordiéndose el labio.

*¡Maldición, resiste un poco más!*

—Mierda, dime que están bien, solo llevan un día aquí.

Pyro negó con la cabeza antes de proceder a explicar la situación.

—Tanto Ámbar como su ángel están en las mazmorras, le prohibieron comida y agua a Ámbar con el fin de debilitarla. Hemos visto a unos cuantos gritarle basuras al ángel. Toda la situación me tenía con un mal sabor en la boca.

—*Malditos infelices, papá…* —Dean sonó frustrado en mi oído.

Esta vez fue el momento de Layla para detenerse, su rostro dejaba ver lo enojada que estaba, pero aun así nos habló con la voz calma.

—He estado haciendo guardia sin que me vean. El ángel le ha estado dando de su propia comida a su creadora y Ámbar ha estado como una fiera defendiendo a su ángel. No se merecen

esto. No puedo soportar como los tratan.

Sentí como el alma de Lucian se estrujaba con cada palabra que decían ambos magos, dolía como el infierno. Traté de enfocarme en calma, para poder traspasarla por el vínculo y aliviar un poco su angustia.

—No, no lo hacen —respondí—. Habuh es el ángel más amable y dulce que existe. Ámbar es una maga excepcional. Vinimos a impedir una tragedia y salvarlos si las cosas se ponen difíciles. Al parecer fuimos un poco ilusos pensando que podríamos hacerlo solos, nos salvaron ahí abajo, pero creo que vamos a necesitar su ayuda nuevamente.

—Yo te ayudaré, Sasha —respondió Layla sin vacilar—. Ese ángel no merece esto.

—¡Yo igual! ¡Team Sasha! —vociferó con emoción Pyro—. He esperado mucho este momento, pero antes de cualquier cosa tenemos que hacer una parada, hay alguien que quiere verte.

*¿Perder el tiempo para ayudar a Habuh?*

—¿Es posible que solo yo vaya a ver a «ese alguien», pero que Layla se lleve a Liam y a Ezra para curar a Ámbar y Habuh? —formulé un plan improvisado.

—No creo que haya problema, solo pidieron por tu presencia después de todo.

—Déjamelo a mí —declaró Layla—. Nadie notará que están ahí.

Volvió a tomar las manos de Liam y Ezra y desaparecieron frente a mis ojos. Ni siquiera podía sentir su presencia, pero Ezra me tomó el hombro con suavidad para que supiera que aún estaba conmigo. Cuando me soltó supe que se habían ido.

—Mierda. Es buena —reconocí.

—Mejoró mucho —respondió sonriente Pyro.

—Dean, tú monitorea a Liam y a Ezra. Fausto, tú vienes conmigo —comenté en voz alta sabiendo que me escucharían.

*—De acuerdo.*

—Woah, no estás solo. Hay más gente en el Team Sasha. Me alegro —suspiró con alivio Pyro —. Bien, ahora vamos a ver a una de tus personas favoritas.

*¿Personas favoritas?*

—¿De quién hablas? —pregunté confundido, no tenía tantas personas en esa categoría—. Creí que no estaba mamá…

—No es la Maestra Iris —señaló divertido—. Es una de tus tías favoritas, de la que eres, al parecer, su protegido favorito.

*Oh, no… no.*

*Mierda.*

—Dime que no es…

—Sí, vamos a ver a Afrodita.

*A. Leblanc, Mago Clase SS con su consorte en el corazón.*

# *16*
## *Incluso en la soledad te acompañaré*

No es que realmente Afrodita fuera mi tía —aunque quien sabe, los antiguos griegos son casi todos familiares lejanos—, pero como mamá una vez la salvó, ella le prometió que sería la protectora de sus hijos. Como soy hijo único, eso me hace directamente: su protegido.

Personalmente creo que ella ha sido completamente injusta conmigo. Le encanta meterse en mi vida privada, dar su opinión respecto a esta y joderla a su antojo. Lo digo en serio, si no es de su agrado se las arregla para poner miles de complicaciones para que vaya como ella quiere, hasta que finalmente todo se arruina.

La segunda razón por la que su nombre no son buenas noticias es porque es una experta en el drama. El término *drama queen*, es su segundo hombre. Manipulación emocional, coerción mental y hechizos con palabras la hacen a una de las personas a las que no puedes engañar, u oponerte a sus deseos, ella es una experta en la seducción y el engaño.

—¿Se veía de buenas o de malas? —ya sentía el cansancio que me provocaría este encuentro.

—Mmm… es difícil decirlo. Más que de buenas o de malas, estaba… algo eufórica.

*¿Eufórica? ¿qué mierda significa eso?*

*Maldición, no quiero verla ahora.*

Caminamos por algunos pasillos, entramos por algunas puertas y volvimos a caminar por pasillos, la arquitectura interna de esto también era caótica —como otro laberinto—, hasta llegar a una enorme puerta que estaba llena de arreglos florales.

*Fanboys… ¿incluso en el congreso?*

—¿Por qué no nos hemos topado con ningún mago? No puede ser que seamos los únicos aquí. Menos notando la cantidad de arreglos florales en esta puerta.

—Los magos de clases altas tienen sus propias salas encantadas. La mayoría de centinelas están en las mazmorras, Eliot los mandó ahí cuando se enteró que estabas atravesando el laberinto de la entrada. El resto es obra de Afrodita, los hechizó para que se mantuvieran lejos del camino hacia aquí. Quería privacidad.

—Ya veo. Nos limpió el camino —entendí agradecido.

—Sí, pero solo lo hizo porque se trata de ti.

*Lo imaginaba, no se hubiera tomado tantas molestias de otra forma.*

—De acuerdo, entraré ahí —declaré con decisión—. Vigila la puerta, si no salgo en treinta minutos quémala —señalé con seriedad tomando sus hombros para sostener su mirada—. Si grito tu nombre también debes quemar la puerta —ignoré como rodó los ojos como si no pudiera creer lo que le estaba pidiendo—. En mi bolsillo hay algo sumamente importante, debes llevártelo y protegerlo con tu vida, esa es la máxima prioridad, ni siquiera debes preocuparte por mí, yo me las arreglaré de algún modo ¿entendido?

Vi cómo la mirada de Pyro tomaba un tono de diversión, pero aun así me dio un apretón de

mano, junto con su puño en el corazón, haciendo oficial el acuerdo, esa era nuestra forma de sellar promesas.

—Completamente.

Fue lo último antes de adaptar una posición defensiva, focalizó la magia en sus extremidades para demostrarme que tomaba lo dicho en serio.

Miré la puerta y por un segundo vacilé.

*¿Y si era una trampa?*

*¿Debería dejar a Lucian fuera de esto?*

—Hey, tranquilo… —susurró Lucian—. ¿Qué tan malo podría ser?

*Oh, angelito. Ni te imaginas.*

*¿Cómo puedes ser tan valiente y temerario?*

*Uno.*

*Dos.*

*Tres…*

Abrí la pesada puerta esperando el efusivo y cálido recibimiento que Afrodita acostumbraba a darme. Cuando este nunca llegó y todo lo que obtuve al entrar fue una mirada seria y tensa, supe enseguida que todo andaba mal.

Estaba de pie usando un sofisticado vestido blanco y corto de cintura ajustada con mangas largas y abultadas, estaba llena de accesorios brillantes y de oro en sus manos y cuello, hacía juego a su largo cabello con ondas gráciles de la misma tonalidad. Sus ojos verdes cubiertos por pobladas pestañas estaban en llamas, pero no se movía ni un solo centímetro. Era una advertencia, me decía con la mirada que tuviera cuidado.

La habitación estaba demasiado iluminada para el gusto de todos, cuando me di cuenta de eso todo tuvo sentido: no estábamos solos.

*Frost.*

Con solo pensarlo, desde la suela de mi pie todo empezó a congelarse y llenarse de escarcha, el piso, la mesa de centro, los estantes y demases. Esto hizo que una figura que estaba invisible al lado de Afrodita apareciera, el hielo delineaba su cuerpo.

*Mierda, tiene que ser una broma.*

—Bien. No esperaba menos de ti, Alexander. Demorarse apenas dos segundos en descubrirme es un tiempo récord —halagó con ironía —. Creí que había hecho un muy buen hechizo de luz para que fuera imposible detectarme.

*Sí, lo conozco. Usé el mismo para ocultar a Cian de Gabriel hace unos días.*

*Mirage lumineux*, un nombre vistoso para lo que básicamente era la reflexión de las longitudes de ondas de luz, logra que el otro no pueda ver lo que está frente a sus ojos.

—Sí, bien… apestaba a ego esta habitación —devolví molesto, rogando porque no notara a Lucian.

*Apolo.*

La persona que menos quería ver en este mundo estaba frente de mí, alto de cabello rubio ceniza, perfectamente peinado, de ojos azules y piel ligeramente bronceada, usaba unos pantalones de vestir caqui y una camisa blanca arremangada hasta los codos.

Verlo ahí con su sonrisa engreída solo aumentaba mis nervios, quería partirle la sonrisa a golpes por lo que estaba haciendo con Habuh y Ámbar, y eso es decir mucho, por regla general prefería la

magia de rango a la que implica contacto físico, pero detestaba tanto a Apolo que por él haría una excepción y le demostraría los movimientos que usé para entrenar a Pyro.

Por alguna razón no podía escuchar a Fausto, uno de ellos dos debe haber sellado la habitación para prohibir la comunicación, lo que era jodidamente desafortunado, nadie podría ayudar desde afuera, ni siquiera sospecharían algo porque Afrodita suele hacer eso con las habitaciones, dice que nadie debería oír las cosas de las que se ha enterado y que sabe que *Laverne de Montmorency* estaba ansiosa de chismes.

Nunca me había parecido infortunado hasta ahora. No podía saber que estaba ocurriendo con Habuh o, en el peor de los casos, pedir ayuda para alejar a Cian de Apolo.

—Oh, eso debe ser por Afrodita.

*Hijo de puta presuntuoso de mierda.*

*Claro que no.*

Lo único que me mantenía cuerdo en este momento, es que sentía los latidos acelerados del corazón de Lucian zumbar en mis oídos. No podía hacer ningún movimiento en falso, no podía permitir que él se enterara de que el pequeño ángel estaba aquí. Necesitaba tener el control de la situación.

—Claro que no, yo huelo a rosas —declaró Afrodita sacándome del ensimismamiento—. El apestoso es otro. Ahora, apreciaría demasiado que quitaras las estúpidas esposas que le robaste a algún mago azul. Esto se vuelve denigrante.

Ya sabía que era extraño. Afrodita no estaría al lado de Apolo tan fácil, no se llevaban bien, era imposible, compartían sus peores características: vanidad; egolatría; belleza; altanería; orgullo… y la lista seguía. Sus personalidades chocaban demasiado.

—Lo haría, pero no quiero que puedas ayudar a tu *protegido* —señaló burlesco—. Así que esas se quedan.

Vi como pretendía sonreír con falsa inocencia. Lástima que ninguno de los que estábamos aquí se lo comprábamos. Podía ser guapo y encantador frente a todo el mundo y este lo amaría completamente, pero nosotros sabíamos lo que había detrás de su máscara: arrogancia y deseo de atención.

—¿Cómo supiste que estaría aquí? —pregunté con mi mano estirada, preparando mil y un hechizos en caso de ser necesario.

*Fuego, hielo, veneno ¿cuál será la mejor opción?*

*Por mucho que me gustaría quemarlo, está acostumbrado al calor, supongo que congelarlo es la mejor opción. No. Alto. La mejor opción es clavarle estacas de hielo y que estas lo congelen. ¿Veneno? No es mala idea. Maldición no traigo mi maletín de pociones.*

—¿Bromeas? —preguntó incrédulo—. Afrodita estaba cantando, cantando —repitió para darle énfasis— …era como si gritara al mundo que llegó el hijo pródigo. Ah, y obviamente Eliot me lo dijo apenas pusiste un pie en el jardín.

*Traidor.*

Nunca esperé que guardara silencio, pero pensé que podría regalarnos unos minutos más. Sabía que Eliot lo había hecho más por protocolo que por maldad, pero desearía que hubiera estado un poco más de nuestro lado.

—¿Qué es lo que deseas, Apolo? —traté de cambiar la técnica y negociar antes de iniciar una pelea—. No puedo dejar que Afrodita siga encadenada. Es completamente denigrante.

En realidad, quería tener una aliada. Sé que todos piensan que no es de las que se ensuciaría en una lucha, y tienen razón, no se ensuciaría, pero sí lucharía por las pocas personas que le importan —da la casualidad que yo soy una de ellas—.

*Pero Alex ella es la personificación del amor, placer y muchas cursilerías. Esas son cosas buenas, no es una maga que pueda hacer daño. Pues se equivocan:*

*¿Saben lo fácil que es para ella hacerte sentir el ser más deplorable del mundo? En un pestañeo puede moldear tus emociones, felicidad, tristeza, hacerte alucinar, odiar, amar.*

*Eso incluye a uno mismo. Los suicidios son recurrentes frente a Afrodita.*

—Pues te aseguro que no es la primera vez que ha estado encadenada —señaló alzando sus cejas en señal de complicidad—. Le gusta rudo.

—No seas un puerco, mi sexualidad y cómo la vivo no viene al caso —vociferó furiosa.

—Como sea —comentó moviendo su mano para restarle importancia—. Hay muchas cosas que quiero, pero hay una en específico que tiene que ver contigo. Tú sabes cual es nuestro asunto pendiente, Alexander. La oferta ya está hecha, es algo irrevocable, pero necesito que sea pronto.

*Tiene que ser una broma.*

—No puedo creer que sigas con este tema —mencioné indignado—. Creí que había quedado clara mi postura cuando permití que me quitaran mi título de Maestro. S.u.p.é.r.a.l.o.

Pensé que mi negativa borraría su molesta sonrisa, pero no fue así, al contrario, esta se hizo aún más pronunciada, me ocasionó escalofríos porque su soberbia no parecía ser infundada.

—Sí, pero creí que tu resolución podría cambiar con el giro de eventos que están ocurriendo —señaló fingiendo inocencia.

Afrodita abrió sus ojos impactada por el rumbo que estaba tomando la conversación y sentí como todo el ambiente empezó a oscurecerse. Esto no era nada bueno.

—Creí que un poco de apoyo en el veredicto del consejo podría ser un incentivo suficiente. Es lo mínimo que podría hacer por mi yerno.

*Jodido bastardo.*

Esto era bajo. Estaba negociando el futuro de Habuh y Ámbar, junto con el del mismo Lucian, lo estaba tirando en bandeja como si no le importara nada. Era como si para él solo fueran fichas para mover, así como yo, era una mera ficha más que utilizaría para su propio beneficio, lo que finalmente significaría que se quedaría con mis genes, descendencia y voluntad.

Empuñé mis manos y la temperatura comenzó a elevarse, ya no había nada de escarcha, se había derretido por la furia que estaba sintiendo.

*Mi vida, mi felicidad y mi libertad, por la de Habuh, Ámbar y Lucian.*

*Mierda, no había por donde perderse. Esto significa que ellos estarían a salvo.*

—No te atrevas —amenazó Lucian con su voz cargada de frustración y rabia—. Ni lo pienses.

Eso me hizo reaccionar y recordar la conversación que habíamos tenido la noche anterior.

*Quiero un futuro con Lucian.*

*Lo quiero tanto como respirar, pero lo que más quiero es que él sea feliz.*

—No es una opción, mago idiota, no es una jodida opción.

*Mierda, mierda, mierda.*

Estaba tan confundido, no sabía qué hacer. Podía ver la diversión en los ojos de Apolo, junto con los severos ojos de Afrodita. Esto garantiza tantas vidas, solo por la mía. No es justo.

—Yo… yo no…

*Mierda.*

No podía hablar, tenía la garganta apretada. Me sentía atrapado, la decisión es tan fácil y a la vez tan difícil.

—Está bien. Te daré un día, Alexander. Un día para que lo pienses. Aún puedo encontrar algo que te haga tomar la decisión final. Sé que encontraré un punto de inflexión que logrará que no tengas dudas respecto a aceptar mi trato —chasqueó los dedos y se fue.

La habitación era un completo desastre, el hielo se había derretido así que estaba húmedo en todos lados, la luz volvió a la normalidad. Un profundo suspiro de alivio salió de los labios de los tres.

—No dejes que ese idiota te intimide, cariño —reprochó Afrodita mostrándome sus muñecas para que le quitara las esposas—. No le des el poder de hacerlo.

—No estoy intimidado. Solo confundido con mis prioridades.

Suspiré con cansancio. Chasqueé los dedos para abrir las esposas, pero estas ni se inmutaron. Claro, un mago azul no lo haría tan fácil. Volví a suspirar, para luego comenzar a inspeccionarlas con detenimiento, en la zona baja de estas había una pequeña protuberancia de metal intenté presionar, pero no aflojó.

*Bien. Esto no está funcionando.*

Ambas cosas eran muy sencillas, cualquiera hubiera podido abrirlas con un poco de tiempo.

Presionaría esa esfera de metal a la fuerza. Concentré un poco de magia roja en mi dedo índice calentando solo mi huella dactilar, luego empujé mi dedo hasta que comencé a deformar el metal.

—¡No me vayas a quemar! —exclamó notando como el metal se calentaba.

—Claro que no, pero cálmate y no te muevas.

Cuando la protuberancia se deformó hasta hacer una superficie lisa, los grilletes comenzaron a brillar con una luz azul y se abrieron.

—Fue fácil.

Alcancé a decir solo eso antes de que Afrodita se lanzara sobre mí en un muy apretado abrazo. Recién en ese momento me permití sentir algo de calma.

—¡Cariño! Gracias —suspiró con alivio—. Es mi culpa por descuidarme con Apolo. Pensé que había venido a hablar respecto a lo que ocurría con el caso de Habuhiah. No puedo creer que no haya olvidado el tema contigo.

*¡Conoce a Habuh! Por supuesto que sí, nunca se le escapa nada.*

—¿Viniste por Habuh? —inquirí alejándola del abrazo—. Tienes que ayudarlo. No hizo nada malo, solo se enamoró, no es su culpa.

No podía parar la verborrea que se escapaba de mis labios, sentía un completo alivio al darme cuenta que estaba de nuestra parte.

—Claro que no es su culpa, cariño —respondió mirándome con ternura.

Se alejó de mí y fue a preparar unas tazas de té. Junté mis manos e hice tronar un poco las articulaciones de tres de mis dedos, activando un hechizo de tiempo. Fue una cadena de hechizos, el primero paró el tiempo, el segundo rebobino las cosas de la estancia, haciendo que la habitación quedara en perfectas condiciones, y el tercero volvió a hacer que el tiempo corriera en su normalidad.

*Listo, mucho mejor.*

—Gracias por eso —señaló el lugar agradecida, luego dejó pequeñas tazas de té sobre platillos

en la mesa de centro, se sentó en una silla tapizada y me invitó a imitarla—. Sí, vine por él. Nunca me hubiera perdido una historia de amor tan pura y hermosa. Además, yo soy la razón por la que hay tanto revuelo —señaló divertida.

—¿A qué te refieres? —me senté frente a ella.

—Oh, cariño, un ángel enamorado no es una novedad —restó importancia moviendo su mano —. Pero un ángel que tuvo un hijo… ese es un tema completamente nuevo. Y no solo eso, es un hijo con un humano.

Viendo lo complacida que estaba frente a esto, me dio mala espina. No me gustaba el rumbo que estaba tomando la conversación.

—¿Y qué tienes que ver tú en esto? —pregunté algo temeroso por su respuesta.

—Pues… Habuhiah se portó muy bien conmigo —asintió con la cabeza—. Su historia de amor era simplemente adorable, así que… le tendí una mano.

*Mierda no.*

—Dime que tú no… —comencé a masajear mi cian.

—Le ofrecí una oportunidad, una simple y pequeña bendición —comentó restándole importancia, pero sin ocultar su sonrisa de satisfacción.

—¡No puedo creerlo... tú...!

—¡Ayudé con el nacimiento del hermoso Lucian! —vociferó con júbilo.

Ella estaba radiante por al fin revelar su participación en todo esto. Se veía feliz y emocionada, como cuando las madres se juntan a hablar de los logros de sus hijos. Este era un secreto del que se sentía orgullosa y se moría por revelarlo al mundo.

Afrodita ayudando a Habuh, por qué no me extraña. Por supuesto que ella tenía que estar detrás de esto. Siempre tenía que estar metida en alguna parte de mi vida amorosa. Maldición.

Sentía la migraña punzar mi cerebro por toda esta información nueva. No sé por qué me sorprendía.

—De hecho, hablando de él ¿puedo conocerlo? —preguntó sonriente.

—¿A qué te refieres? —inquirí cauteloso.

—Oh, vamos, cariño. Sé que está en tu bolsillo —señaló apuntando justo el lugar donde se encontraba—. Quiero ver qué tan guapo se ha puesto. Tiene mi bendición, así que debe ser todo un encanto.

—¿Qué? ¡Espera, cómo lo…!

—Hilos rojos, cariño —respondió antes de que pudiera terminar de hablar—. Mis ojos ven el destino, las almas y los vínculos. Te felicito, por cierto.

*Por toda la magia, ya ni siquiera puedo ocultar a Lucian como se debe.*

—¿Por qué?

—Porque sus hilos están preciosamente trenzados —explicó con un suspiro de alivio—. Verás, los hilos de la gente están ligados con sus almas. Hay muchos tipos: algunos tienen sus hilos laxos donde sus historias de amor son hermosas, superan todo como un equipo. Hay otras donde están llenos de nudos. Se aman, se odian, se pelean, vuelven a estar juntos, sufren, lloran, el ciclo es eterno.

Esas son relaciones muy tóxicas de dependencia emocional. No deberías hablar de ellas como si no fueran la gran cosa.

—¿Cómo permites algo así? —inquirí preocupado— ¿Por qué haces eso?

—Ay, cariño —suspiró—. Los hilos están, claro, desde el nacimiento de ambos, pero ellos son los encargados de cuidarlos. Las mismas personas los enredan, los cortan, o los cuidan para que se mantengan siempre juntos, son sus acciones, decisiones y palabras las que construyen su destino. No tengo nada que ver con ellos.

Era bastante tranquilizador saber que somos los que forjamos nuestro camino, que de nuestras acciones depende lo fructífera de nuestra relación y no de una entidad externa.

—¿Tenemos un solo hilo?

—¿Te refieres una sola pareja destinada?

—Sí.

—No, por supuesto que no —respondió con una pequeña negación—. Hay personas que unen sus hilos y cortan otros cientos de veces. Si me lo preguntas, eso no siempre funciona, a veces son los más infelices, porque sus corazones se rompen tanto que se les olvida cómo es tenerlo entero y ser feliz.

—Se autodestruyen —entendí.

—Exacto. Por eso estoy feliz por ti. Ambos han cuidado su hilo hermosamente, no está laxo, está trenzado, eso quiere decir que cada uno de los dos se ha dedicado por muchos años a amar y cuidar al otro. Además, ninguno de los dos quiere soltarse, si solo uno se hubiera dedicado a cuidar al otro estaría laxo, pero como cada uno fue aportando de su parte, los hilos se fueron entrelazando. Realmente son unas ternuritas.

*¿Nos cuidamos por muchos años?*

*Pero Cian no me recordaba. Eso quiere decir…*

Lucian trepó de mi bolsillo y saltó de este, recuperando su estatura normal. Tenía las mejillas sonrojadas y los ojos brillantes. Podía sentir la emoción emanar por cada uno de sus poros, lo que se traducía en un encantador aire dulzón que hacía que me relajara.

—¿Yo también cuidé a Alexander? —sonaba desesperado—. ¿Todos estos años pude ayudarlo? Por favor, dígame que no lo dejé solo y pude cuidar de él —su voz estaba llena de súplica y angustia.

*Oh, mi ángel.*

—Sí, encanto —confirmó con una dulce sonrisa—. Lo hiciste.

Esas palabras fueron todo lo que necesitó el alma de Lucian para sentirse en calma. Todo lo que le afligía pareció desaparecer por unos segundos. Del puro alivio perdió un poco la fuerza de sus piernas, pero no fui yo quien lo atajó, sino Afrodita.

—Hiciste un gran trabajo, encanto —aseguró mirándolo a los ojos mientras sostenía sus hombros—. Te puedo asegurar que cada vez que lo veías te encargaste de cumplir más de sus deseos, de los que él hizo contigo. Incluso cosas que él nunca admitiría en voz alta. Te puedo asegurar que siempre has sido el mejor leyendo a través de él —confesó abrazándolo con ternura —. Le trajiste amor y esperanza, encanto. Eso es una hazaña que nadie había logrado cumplir en mucho tiempo.

Muchos creen que Afrodita solo es vanidosa, pero se equivocan. No es mala, tiene sus momentos.

Ver la imagen de ambos sonrientes abrazados me hizo notar el inmenso parecido de ambos. Rubios, rizos, piel clara y tersa (aunque Cian poseía unas adorables pecas), labios pomposos, sonrojos tiernos, ojos seductores con pobladas pestañas.

*Mierda.*

Sé que la magia de Afrodita le permite cambiar a la imagen más atractiva de quien la vea. Yo siempre la he visto igual. Recién noté que siempre la he visto con los rasgos que más amo de Cian, desde hace mucho antes que él naciera.

*«Cariño, solo espera un poco más, la fuente de tu felicidad vendrá y traerá los mejores días de tu vida, nunca más estarás solo, porque tu felicidad nunca lo permitirá».*

Era como si todas las piezas comenzaran a caer en sus respectivos lugares, nunca me permití ligar las cosas y preferí pensar que todo eran muchas casualidades, unas vueltas del destino muy locas, pero claramente fui muy iluso.

—Tú lo sabías —declaré logrando que se alejara un poco de Lucian—. Esa vez, hace ochenta años, cuando la última de mis frívolas relaciones no funcionó, esa vez que me harté de todo y solo quería morir, tú…

*Tú no dejaste que terminara con mi vacía existencia. Impediste que lograra mi cometido y me hiciste prometer que tendría paciencia, dijiste que podría ser feliz.*

—Sí, sabía que no podías ser feliz porque tu hilo rojo no existía —reconoció con tristeza.

Vi como desviaba la mirada justo al momento en que se vislumbraba un poco de pena en sus ojos. Este era un tema delicado entre ambos, había sido un secreto que le pedí que guardara hasta de mis padres, no quería preocuparlos.

—¿No existía? —Lucian me buscó preocupado—. ¿Es por qué no había nacido?

—No, es porque tu sola concepción era algo imaginario, nadie pensó que pudieras existir —aclaró Afrodita con una mirada apesadumbrada en el rostro—. Eres realmente un milagro.

*No estaba destinado que Lucían existiera.*

*Estaba destinado a estar con alguien que no amara, porque no tenía un hilo rojo antes de él. Mierda, eso significa que yo…*

—¿No podía ser feliz? —hice todo lo posible para que no se me quebrara la voz por el desgarrador sentimiento que me recorría.

*¿Del uno al diez qué tan triste suena eso? ¿Mil?*

*Mierda, me duele mucho el pecho.*

—¡Pero tenía a Liam y a su mamá, además de amigos! —señaló Lucian afligido por esta información.

—Yo tampoco lo entendí al principio, porque siempre asocié *ese* hilo que veía a las relaciones de amor, así que la primera vez que vi a Alexander me asusté y preocupé —reconoció con sinceridad—. Años después de investigarlo y entenderlo, me di cuenta que los hilos que veía significan más que amor o destino —explicó suspirando—. Es tu motivación para vivir. Esto puede ser tanto tu perdición como tu salvación, tu compañero de vida o quién te inspira a vivirla. Es mucho más complejo que una simple relación. La persona puede tener muchas redes, pero no tienen sentido si no lo siente de esa manera, por eso… por eso tu desmotivación.

*Lo entiendo. Tiene sentido.*

*No tenía ningún hilo que me anclara a vivir mi vida.*

En ese entonces no le encontraba sentido a seguir vivo. Había vivido muchísimo más que los humanos, así como también muchos magos. Había aprendido muchas clases de magia. Había tenido parejas y relaciones. Había logrado todo lo que alguna vez me propuse. Aun así, todo se sentía tan vacío, no había ninguna satisfacción detrás de todos esos logros.

No quería vivir en una existencia sin sentido.

—¡No es justo que Alexander no fuera feliz! ¿Cómo es posible que no tuviera ningún hilo? Ni siquiera quiero sentirme especial por esto, porque es horrible que sin mi existencia él no tuviera ¡«Eso» tan especial! —Cian estaba frustrado—. ¡Es injusto y horrible!

*«No me digas que quieres morir».*

*«Tienes a gente que te quiere, no les puedes hacer eso».*

*«No seas egoísta».*

Esas frases no tenían sentido. Después de todo era mi vida de la que estábamos hablando, podía hacer lo que quisiera con ella.

*«¿No tienes un sueño?».*

*No. No lo tenía.* Ni siquiera me interesaba tenerlo. La soledad no bastaba para definir el vacío que sentía en mi interior. Me sentía muerto en vida y lo único que me mantenía aún aquí era una simple promesa que contenía esperanza.

*Hasta que te conocí, Cian.*

*Diste vuelta mi mundo por completo. Me obligaste a volver a sentir emociones de todo tipo: asombro, preocupación, miedo, cariño, ternura, empatía, tristeza y felicidad. Me hiciste volver a enamorarme de la vida al hacerme ver esta a través de tus inocentes ojos, me ayudaste a valorar las amistades y lazos que antes no sentía que importaban tanto.*

*Me sacaste de un sitio muy oscuro, Lucian.*

—Los milagros requieren muchas cosas para pasar, todo tiene que alinearse a la perfección.

—Creí que no existían los milagros, solo era magia —señaló Cian.

—Encanto, incluso en la magia existen cosas que se escapan de nuestra comprensión —explicó con paciencia Afrodita—. Sí, es cierto que no muchas cosas pueden sorprendernos, pero para nosotros encontrar algo que nos resulta sorprendente y escapa de nuestra comprensión es un milagro, y la vida en sí misma siempre será uno.

Estaba bastante impresionado con las palabras de Afrodita, uno no acostumbraba a ver esta faceta de ella. Sensata, comprensiva y llena de respuestas. Generalmente ella es la que exigía explicaciones, pero que esté tan abierta a darlas significa que realmente le importa.

*Ojalá me hubiera dicho que nacería un chico que pondría mi mundo de cabeza con una sonrisa. Quizás así hubiera estado más atento y no me hubiera quedado con sus memorias de mí como pago.*

—Bien, no importa —acepté con otro suspiro—. El punto es que Cian existe ahora, y no podemos permitir que le pase algo.

*Debemos seguir adelante y no estancarnos con este tema tan depresivo.*

Ante mis palabras entrelazó su brazo con el de Lucian, como si todavía no quisiera perder el contacto con el pequeño ángel. El ambiente había vuelto a cambiar a uno más alegre y determinado al volver a plantear uno de los temas que nos convocaban aquí.

—En eso estoy contigo —concordó con severidad—. No voy a permitir que destruyan la felicidad y el amor de todos. Es una injusticia que no estoy dispuesta a aceptar, un total insulto a mis bendiciones.

Esas palabras hicieron que el ceño fruncido de Cian desapareciera para enfocarse nuevamente en este tema y no en mis traumas pasados.

—Me alegra tenerte de nuestro lado —confesé levantándome del asiento e inclinando mi

cabeza, quería hacerle ver mi sinceridad.

Pensé que tendría que enfrentarme a todo el consejo solo, pero en vista que Afrodita tiene más poder de convencimiento que yo, su mera presencia era un gran plus en nuestro equipo. Un simple gracias no sería suficiente por contar con su ayuda en este momento.

—¿Cómo no iba a estarlo? —cuestionó ofendida—. Este chico tiene mi toque divino, no podía simplemente ignorarlo. ¿Has visto su carita? —preguntó poniendo la mano bajo su barbilla—. Es completamente hermoso. Oh, por supuesto que tú lo has visto —rodó los ojos con una sonrisa traviesa al ver como volvía a erguirme para mirar a Cian frente a mí.

—¿Has visto mi carita, Alex? —inquirió con un tono coqueto el ángel siguiéndole el juego.

*Oh, no. Por supuesto, que no lo dejarías pasar, Cian.*

Vi cómo batía sus pestañas de forma traviesa y fue mi final. Sentí como me sonrojé por su descarado coqueteo. Fue como si toda mi tensión se fuera muchos metros lejos de mí, era increíble como todo el peso de mis hombros se liberó por un segundo. Esta fue la gota que derramó mi estabilidad emocional. No estoy orgulloso de admitirlo, pero me desmoroné. Literal. Me agaché en cuclillas con mis brazos cubriendo mi rostro y suspiré.

*Por todas las runas. No puedo creer que aún con todo lo que pasa a nuestro alrededor, seas capaz de coquetearme. ¿Qué hice para merecer el privilegio de conocerte?*

Siento que nunca había tenido tantos colapsos juntos como en estas últimas dos semanas. Estos niveles de estrés y de alivio no deben ser saludables. Mi psiquis hace lo posible para no fragmentarse, pero no puedo si ocurren estas cosas.

—Hey, querido mago —susurró Cian sentándose mi lado—. Hay muchas cosas que aún no sé de ti. Voy descubriéndolas de a poco y otras tantas las voy deduciendo. Sé que todavía crees que soy un niño pequeño que no puede manejar las cosas difíciles, sé que me intentas proteger de todo. No te juzgo por ello.

Su voz era tan suave y cómplice que lograba colarse en mi corazón directamente.

—Odio el destino que te hizo sufrir sin darte la oportunidad de amar antes de que naciera, pero al mismo tiempo le agradezco el que nuestros caminos se cruzaran. Conocerte nunca fue ni será algo de lo que me arrepienta. No importa lo aterrador que sea nuestro futuro, prefiero vivirlo. Así

que no te culpes por nada. Yo tampoco lo haré y, aunque me moleste hacerlo, dejaré ir el tema de tu pasado antes de conocerme, pero quiero que sepas que lo hago solo porque la noticia de que he estado apoyándote y cuidado de ti me alivia el alma.

—Cian…

—No, déjame terminar. Realmente estoy orgulloso de mi yo del pasado, el cual pudo ayudarte. Eso me hace pensar que, si el Cian del pasado pudo, entonces el Cian del presente es más que capaz. Yo también te protegeré y estaré para lo que necesites, Alexander. Incluso en los momentos más oscuros…

—¿Me levantarás? —inquirí con ternura—. ¿Qué harás si no quiero salir de esos lugares? —pensé en mi época de profunda depresión.

—Me sentaré a tu lado. Nos quedaremos en ese lugar todo el tiempo que quieras, pero nunca te dejaré solo. No me importa la penumbra si es que puedo acompañarte en ella. Cuando estés listo nos levantaremos juntos. Simple, ¿no?

*¡No, no es simple! ¡No es para nada simple! Es mucha carga emocional que nadie tiene por qué vivir. ¡No es nada simple cargar con los traumas de otro ser humano! ¡Pero tú…! Tú, Cian, tú haces que todo parezca sencillo. Haces que mis miedos, temores e inseguridades no se sientan tan terribles. No es simple, pero se siente simple si me sonríes de esa forma que ilumina todas las tinieblas de mi alma.*

*«No te dejaré solo».*

Esa era la promesa implícita detrás de sus palabras, las que me arrebataron una silenciosa lágrima. Cian me estaba prometiendo cumplir mi mayor deseo, aquel que nunca he podido verbalizar.

*«Incluso en la soledad te acompañaré».*

*A. Leblanc, un muy agradecido Mago clase SS.*

# *17*
## *Gracias por ser mi amigo*

—Por favor, libera las comunicaciones, estoy seguro que los otros deben estar preocupados —pedí desde el suelo, tratando de tragar el nudo de mi garganta y tranquilizarme.

Ni siquiera miré a Afrodita, pero estaba seguro de que tenía una sonrisa divertida en el rostro, porque nunca me había comportado tan lamentable en su presencia, y eso era decir mucho.

—Solamente dos minutos —accedió chasqueando sus dedos.

—*¡Golden!* —gritó Fausto apenas permitió las comunicaciones exteriores.

*Mierda.*

—*¡¿ESTÁN BIEN...?!*

—Sí, por favor no grites, me destrozas el tímpano.

—*¡¿Pero qué mierda pasó?! ¡De repente los perdí! ¡Y-yo no veía nada!*

—Cálmate, estamos bien —tranquilicé al mago—. Afrodita tenía un cuarto sellado. ¿Cómo están Habuh y Ámbar?

Pregunté sintiéndome menos frágil que hace unos minutos al recordar el motivo por el cual estábamos aquí. Traté de sacudirme todas las auto lamentaciones, guardar toda mi melancolía y tristeza en una caja en lo profundo de mi mente, no estábamos aquí por ellas sino para salvar un ángel.

—*Respecto a eso, la situación es peor de lo que esperábamos. Tenemos un problema. Es mejor que lo veas con tus propios ojos.*

—Voy para allá —me levanté de un salto y me dirigí a Afrodita para despedirme—. Tenemos que irnos. Parece que las cosas se van a acelerar por aquí.

Vi como ella asentía en silencio entendiendo mis palabras sin problemas. Hizo aparecer una pulsera con unas pequeñas esferitas de cristal, sin esperar se la puso en la muñeca a Lucian.

*Sí, por si no lo habían notado los magos amamos andar regalando cosas mágicas a los demás. Sobre todo, los magos que hemos vividos más años, tenemos un problema con andar dando nuestras pertenencias.*

—Esto te ayudará en caso de una emergencia —explicó a Lucian—. Pero no funcionará frente a alguien como Apolo o algún mago de clase muy alta, por eso debes usarlas una a la vez. Vayan con cuidado.

*Oficialmente teníamos a Lucian lleno de presentes. Mi anillo. El collar de Liam. La pulsera de Afrodita.*

A pesar de eso no podía quitarme el mal sabor de la boca por las palabras de Fausto. Después de que Afrodita abrazara a Lucian, tomé su mano y volví a activar el hechizo, con eso entró en mi bolsillo al mismo tiempo que salíamos por la puerta. Lo primero que vimos fue a Pyro con un puño envuelto en llamas sorprendido de vernos.

—¿Qué haces? —encaré preocupado.

—Lo que tú me pediste. Quemar la puerta —hizo desaparecer el fuego con algo de timidez.

—Ya no es necesario —moví la mano desechando la idea—. Vamos al calabozo de Habuh y Ámbar, al parecer hay problemas.

—Claro, vengan por aquí, la verdad está más cerca de lo que creen —comenzó a correr.

Esta vez no nos molestamos en pasar desapercibidos, corrimos por los largos pasillos del frío castillo, bajamos muchas escaleras encantadas hasta perdernos en un laberinto de calabozos vacíos. Si tuviera que volver sobre mis pasos estaba seguro que me perdería, el camino estaba lleno de giros y pasadizos haciendo que fuera muy difícil ubicarse, no ayudaba que todo fuera de ladrillos grises.

*Malditas catacumbas.*

Gracias a nuestra velocidad, por la desesperación, no tardamos en llegar al lugar donde se encontraban nuestros acompañantes, frente una de las celdas.

Lo primero que me chocó fue la imagen de Ezra, ya que se encontraba de rodillas, aferrado a los barrotes con una expresión de completa agonía. Podía ver como sus manos se quemaban por estar en contacto con el hierro sagrado, deben haberlo encantado para que los ángeles no pudieran tocarlo —lo que no era usual, pero tenía sentido al tener un ángel de prisionero—. Además, pude notar que tenía una quemadura en el pómulo, debía haberse apoyado con el rostro.

—¡Creadora! ¡Habuhiah! —llamaba a gritos una y otra vez con la voz rota.

Vi claramente como Liam se mordió el labio cuando me vio llegar, luego bajó la vista al piso evitando por completo mi mirada. Cuando levanté el rostro para ver el interior de la celda me arrepentí de que Lucian y Dean pudieran ver esto.

*Mierda.*

La escena frente a mis ojos era hermosa y dolorosa por partes iguales. Habuh estaba sentado sobre sus rodillas con sus blancas alas estiradas, abarcando toda la celda, una de ellas tenía una fractura en la punta. El suelo estaba regado de plumas que se cayeron de sus alas. Su ropa estaba hecha jirones y su rostro estaba algo demacrado, tenía los ojos hinchados de tanto llorar, junto con un labio roto. Su mirada era la que se dirigía a algo mucho peor. Ámbar estaba acostada en el suelo con la cabeza reposando en los muslos de Habuh. El problema es que ella no era la enérgica y encantadora chica de cabellos cobrizo brillante con reflejos dorados. No. Ella era una anciana de cabello blanquecino, rostro arrugado, con ojos tan cansados que casi no podía abrirlos. Se veía completamente débil, como si estuviera muriendo.

La imagen era desgarradora, porque tanto Liam como yo la habíamos conocido hace mucho tiempo, pero era la primera vez que la veíamos en este estado. Ella solía golpearte en la frente por andar haciendo idioteces o, en mi caso, decir cosas poco empáticas —lo cual de solo recordarlo me avergüenza por completo—, le encantaba darnos lecciones sobre la importancia de las emociones y el sentir, sobretodo explicarnos que estas nos hacían seres vivos. Ámbar era la reina de las creaciones, fue bendecida por sus dones para dar vida, antes de sus teorías sobre los ángeles estos eran completamente inexpresivos, ella se encargó de darles una voz y personalidad, por ello tiene ángeles tan especiales —como Habuh y Ezra—. Era una sabelotodo, pero de las más amables y humildes hijas de Apolo.

*Verla así… es horrible.*

—No puede ser —susurré aún anonadado.

—Ellos le bloquearon el suministro de magia —explicó Liam con rapidez—. La celda tampoco

permite las comunicaciones, así que no podemos oírlos ni ellos a nosotros.

—¡Es una tortura! —grité colérico—. ¡Es una jodida maga blanca, la van a matar si no puede recibir magia!

Sin magia blanca, los años pasan en ella como cualquier otro mortal, por lo que me arriesgaría a decir —al verla en el estado en que se encontraba— qué Ámbar debería haber muerto hace cientos de años, su cuerpo no va a resistir un día más. Quizás sí, podría haber resistido más, pero quien estaría marchitándose por falta de magia sería Habuh. Ella fue mucho más noble que cualquier mago que hubiera conocido: prefirió no negarle de su magia y ahora estar en agonía, que descuidar a su más preciada creación. Su ángel.

—¡Sasha, por favor, corta mi vínculo, no quiero consumir más magia de mi creadora! —imploró Ezra encarándome—. ¡Morirá, no quiero que muera! ¡CÓRTALO! ¡CÓRTALO!

Se abalanzó contra mí completamente desesperado, haciéndome trastabillar, había pánico genuino en su mirada. A pesar de su histeria, estaba seguro que al contrarío de Habuh no podía sentir lo mucho que estaba sufriendo Ámbar, solo estaba colapsando por verla en ese estado.

Ezra creía que tanto él como Habuh estaban consumiendo magia de Ámbar y por eso se veía así. Pero este no era el caso, el ángel a mi lado no estaba recibiendo ni una gota de magia de ella. De hecho, hace bastante tiempo que no lo hacía, pero él no lo sabía.

Tomé de los hombros a Ezra, estaba casi teniendo un ataque de pánico, lo abracé para poder contenerlo. Él se aferró de inmediato a mi espalda usándome como soporte. Tenía que tranquilizarlo de alguna forma.

—No estás recibiendo magia de Ámbar, Ezra. Si piensas que es tu culpa que esté en ese estado, te equivocas por completo —susurré apretando más el abrazo por lo que tendría que confesarle —. Ella solo se la está dando a Habuhiah.

*Además, la restricción de magia de la misma celda no permitiría que te llegara a ti.*

—¿De qué hablas? ¡Maestro Alexander! —exigió angustiado.

—El pendiente que te regalé interfiere con tu vínculo, te hace receptivo a mi magia. Has estado alimentándote solo de mi magia, no de Ámbar —confesé mordiendo mi labio inferior con frustración.

Sentí como se le cortaba la respiración y apretaba los puños detrás de mi espalda. El primer sollozo fue desgarrador, hizo que se me estrujara el corazón por completo.

Sabía que no se lo tomaría bien, no es que pensara que me agradecería por ello, como sí lo hizo Ámbar en su momento. Por supuesto que él no valoraría esto, porque en su mente debe verse como una traición.

—¡¿POR QUÉ?! ¡¿POR QUÉ NO ME DIJISTE?! Si hubiera seguido con mi vínculo habría sabido que las cosas iban mal, podría haber ayudado, es mi culpa.

*No, no lo es. No hay forma de que lo sea.*

Había olvidado lo ingenuo que era. ¿Cómo todo esto iba a ser su culpa? Él ni siquiera existía y Habuh ya se había metido en problemas de proporciones colosales. Esto no tenía nada que ver con él. Ni siquiera deberíamos estar buscando culpables por el simple hecho de… *amar,* era ridículo.

Ezra lloraba desconsolado en mi hombro, mientras yo observaba el interior de la celda. Ellos podían vernos, pero no escucharnos, habían sellado todo. Aunque no era necesario que escucharan, porque estaba seguro que podían imaginar qué ocurría ahora con Ezra. La mirada de Habuh era de derrota, mientras que Ámbar moduló con todas sus fuerzas un: *Gracias.*

*Maldición. Esto es tan frustrante.*

—Nada es tu culpa, Ezra —expliqué para tratar de tranquilizarlo—. Supuse que sería mejor darle a Ámbar un respiro y que sus reservas fueran solo a Habuh. Tener que darles magia a dos ángeles es mucho desgaste y creímos que sería mejor que tuviera toda la magia de reserva que pudiera en caso de que esto ocurriera.

Cuando pronuncié esas palabras fue la primera vez desde que habíamos llegado aquí en que sentí llorar a Lucian. Sabía que estaba tratando de disimularlo, pero podía reconocer los pequeños sollozos.

—Idiota. Mago idiota… —susurró Lucian con su voz algo congestionada.

*¿Por qué? ¿Qué hice?*

Estaba a punto de preguntarle qué había hecho mal, para disculparme, si había dicho algo que no correspondía a la situación. Pero no fue necesario, Liam me lo explicó sin que se lo pidiera.

—Tú mantienes dos ángeles —recordó Liam, remarcando lo obvio—. Y estás en una situación donde necesitas magia de reserva.

*Ah, eso.*

Giré mi cabeza para mirarlo y pude ver como se mordía el labio, preocupado. Ambos sabíamos que era mucha magia mantener a un ángel, por lo que dos era todo un reto. No le había dicho a Liam sobre esto, así que es normal que se preocupara. Será mejor que mantenga en secreto las protecciones de Dean.

—Sí, pero yo soy un caso especial —aclaré para que no se preocuparan.

—¿Dos ángeles? —inquirió Layla.

—Sí, pero guarden el secreto —pedí aun sosteniendo a Ezra.

Fue el mismo Lucian quien se escabulló de mi bolsillo para trepar hasta darle un beso en la mejilla a Ezra, estoy seguro que solo sintió unas leves cosquillas, pero fue suficiente y reconfortante, además de un recordatorio de por qué estábamos aquí en primer lugar, tranquilizó su angustia y frustración por el momento.

Ezra se separó de mí y miró a Liam con los ojos llenos de lágrimas. Este solo se acercó en silencio e hizo que se arrodillara para luego imitarlo, luego lo abrazó por los hombros y besó su frente, con esa pura acción las heridas de quemaduras de Ezra comenzaron a sanar con rapidez. Liam se llevó todo su dolor físico, mas no el dolor emocional de ver a sus seres queridos sufrir.

—*No puede esperar un día más, Alexander. Morirá. El juicio tiene que ser mañana* —señaló con solemnidad Fausto.

Recién en ese momento recordé que llevaba un buen tiempo sin escuchar la voz de Dean, eso me alarmó de inmediato porque sentía claramente el dolor y la angustia de Lucian, aunque este se esforzara en no traspasármelos. Sabía que su hermano sufría lo mismo.

—¿Dean?

—*Está bien dentro de lo que se puede. Fue al baño, está tratando de componerse, estaba muy afectado, pero es un chico duro. Solo necesita un momento para desahogarse.*

—Cuídalo.

—*No necesitas decírmelo, por supuesto que lo haré.*

Me senté frente a la celda de Habuh tomé un profundo suspiro e hice unos pequeños gestos para que quienes estaban dentro me pusieran atención, entonces comencé a escribir runas en el aire y estas fueron visibles para ellos.

*Cian y Dean están bien.*

*Por supuesto que están preocupados por ti —después de todo te aman—, pero están bien. Se angustiaron mucho cuando te llevaron antes de lo acordado, ellos querían poder despedirse, darte palabras de fuerza y consuelo. Pero los criaste muy bien, son fuertes y valientes, están dando todo de si mismos para salvar a su amado papá.*

*Necesito que seas fuerte por ellos.*

Esas simples palabras hicieron que el mundo de Habuh volviera a iluminarse. Sus ojos volvieron a emocionarse, llenándose de lágrimas, le temblaba un poco la sonrisa, pero pese a todo, para mí, era una imagen preciosa de observar. Necesitaba que siguiera luchando, que no quebraran su espíritu.

*Los sacaremos de ahí. Adelantaremos el juicio, Ámbar se pondrá bien.*

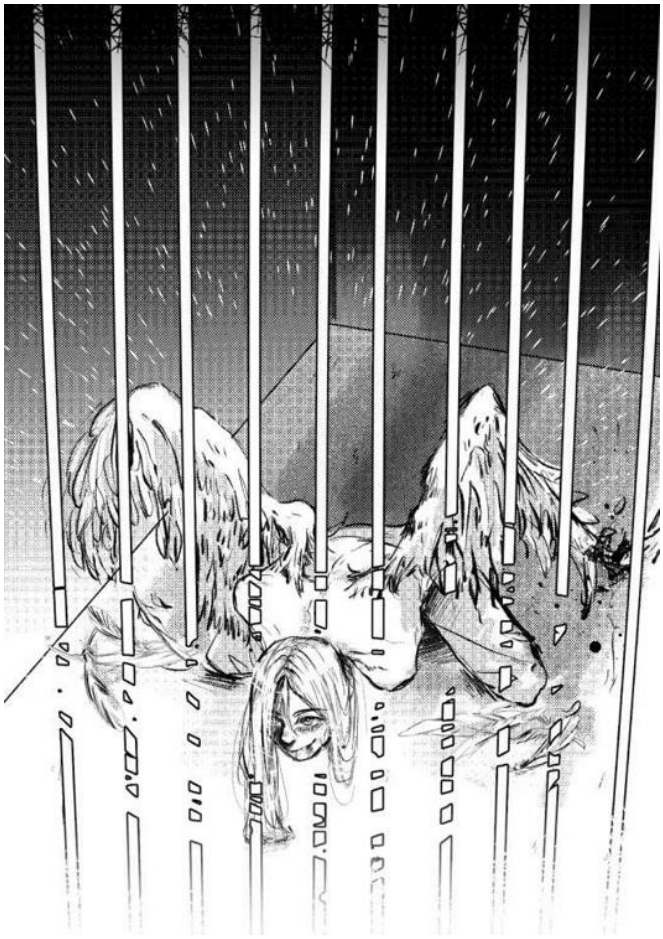
Vi como Habuh asentía con una mirada más decidida. Podía ver como creía plenamente en mis palabras y eso le daba fuerza.

*No te preocupes por Ezra, lo cuidaremos.*

*Resiste un poco más, Habuh. Tenemos un plan.*

Eso fue lo último que escribí antes de ponerme a contactar a las personas que me brindarían ayuda adicional. Teníamos que actuar cuanto antes, estábamos contra el reloj. Pero antes de que me fuera a mover influencias. Habuh moduló:

*Gracias por estar aquí.*



**1 Septiembre 20XX.**

Una fecha que nunca olvidaré.

Estaba sentado en la arena frente al mar, donde veía a un hermoso rubio de nueve años jugar cerca de la orilla. Tenía una camiseta blanca manga corta junto con su traje de baño puesto, además de un adorable gorrito azul para proteger su cabeza del sol. En este momento estaba sacando agua del mar para crear un castillo de arena.

Estábamos los dos solos en todo ese extenso lugar.

No era muy fan del mar, era más un mago de lagos, agua dulce antes que agua salada, pero aquí estaba yo, dejando que la incómoda arena se me metiera en todos lados, solo por ver sonreír a Cian.

*¿Cómo llegamos a este momento?*

Me encontró descansando escondido, protegido bajo la sombra de unos árboles al lado de un cupcake de glaseado azul, el cual tenía una pequeña vela de cumpleaños. Los magos blancos no somos de celebrar las vueltas del sol, celebramos solo cuando da cien vueltas. Hoy fue uno de esos días donde el astro completó una de sus vueltas y, francamente, solo quería esconderme donde nadie me viera para pasar mi cumpleaños como si fuera una fecha más.

Pero al parecer mi pequeño ángel tenía otros planes para mí. Siempre los tiene.

—¿Señor bonito? —preguntó una voz que reconocía a la perfección.

*¿Abrir o no abrir los ojos?*

—¿Bonito? —inquirí extrañado, solo abriendo uno de mis ojos para encontrarme con otros encantadores que me miraban con detenimiento.

—Woah. Sí, que es bonito —rectificó—. Sus ojos son muy, muy, muy azules. ¿Son lentes de contacto?, no mucha gente tiene ojos de ese color, son muy lindos… —habló con rapidez sentándose a mi lado mientras una de sus manos iba a mi ojo para abrirlo y mirar bien el color del iris.

Sí, Cian ha estado desbordando curiosidad este año. No hay quien lo pare. Así que solo lo dejaría hacer, si quería jugar con mi cara no lo detendría.

—¿Señor bonito, usted está de cumpleaños? —preguntó cuando su atención se desvió a mi cupcake.

—Sí —*lamentablemente*—. ¿Quieres comer un poco? —ofrecí mientras me erguía para quedar sentado a su lado.

—Sí, me gustaría, pero no debo —sonó cabizbajo.

—¿Por qué no debes comer cosas de extraños? —me sentí algo orgulloso de él.

—No, es porque es suyo —explicó ingenuamente—. Está de cumpleaños, cuando estoy de cumpleaños me gusta comer las cosas deliciosas que hace mi papi.

*Por toda la magia. ¿Qué haré contigo, pequeño Cian?*

—Podemos compartirlo —respondí partiéndolo por la mitad, tratando de solucionar su dilema.

*Cian ama los dulces.*

Contrario a lo que pensé, él solo me miró algo nervioso, pero sin realizar ninguna acción, a kilómetros notaba que se le hacía agua la boca por probarlo. Alargué mi mano con la mitad partida en su dirección y llevé la otra mitad a mi boca. El pequeño al ver que me lo comía haciendo muecas de que lo estaba disfrutando mucho, abrió la suya para que le diera de comer.

*Jodidamente tierno.*

Cuando sus papilas gustativas probaron el azúcar, se derritió a mi lado con una expresión feliz en el rostro.

—Señor, me llamo Cian —se presentó como siempre—. ¿Por qué está pasando su cumpleaños solo? ¿No tiene amigos?

—Un placer conocerte, Cian. Soy Alex —devolví el saludo quitándole una hoja de su rizado cabello—. Sí, sí tengo. De hecho, estoy escondiéndome de mis amigos. No me gusta mi cumpleaños —suspiré.

—¿Escondiéndose de sus amigos? ¡No debe hacer eso, no es divertido pasar su cumpleaños solo! —regañó preocupado.

—Estoy muy tranquilo estando solo, no te preocupes, Cian —comenté restándole importancia —. ¿Y tú no deberías estar jugando con tus amigos?

En cuanto vi como bajaba su cabeza y se mordía uno de sus pomposos labios rosas supe que había sido una mala pregunta. Este era un tema delicado, la amistad era un tópico importante para todos los niños de su edad.

—N-no tengo amigos —confesó avergonzado.

Estoy seguro que si Lucian pudiera mentir lo hubiera hecho en esa ocasión. Se veía muy avergonzado y humillado por su respuesta. *Maldición.*

—¿Cómo es que no vas a tener amigos, pequeño? —pregunté sonriente—. ¡Eres un completo

encanto!

Claro que sabía por qué no tenía amigos. Cian no siempre tenía mucha energía porque había períodos donde no lo veía muy seguido y no podía darle de mi magia directamente. Su falta de energía y resistencia no lo hacían un candidato muy cotizado a la hora de los juegos. A todo eso había que sumarle que a Lucian no le gustaba la violencia y, por su imposibilidad de mentir, era él que siempre echaba al agua a los que hacían travesuras.

Los chicos lo evitaban.

—Sí, bien, ellos no piensan lo mismo —susurró cabizbajo.

—Bien, hagamos algo —comenté tratando de animarlo—. Desde hoy, yo seré tu amigo.

Esas palabras funcionaron instantáneamente, porque de solo escucharlas todo él pareció iluminarse.

—¿Mi amigo? —tenía los ojos brillantes.

—Sí, tu mejor amigo… —rectifiqué sonriente.

Eso fue suficiente para que volviera a regalarme una dulce sonrisa, complacido por el desarrollo de todo esto.

—Sabes, tu mejor amigo está de cumpleaños hoy, por qué no lo celebramos juntos —traté de animarlo y que olvidara un poco el tema anterior.

—¡De acuerdo! —aceptó con facilidad—. ¡Vayamos al lugar que más amas!

*¿El lugar que más amo? No sé si realmente haya uno.*

—¿Por qué no mejor me llevas a conocer el tuyo? —sugerí improvisando—. Estaré feliz de ir allá.

—¿El mío? El mío queda muy lejos de aquí —señaló pensativo.

—Es mi cumpleaños, todo es posible en los cumpleaños. Si lo deseas, ocurren milagros —le resté importancia con una sonrisa y movimientos de mano.

—¿En serio? —preguntó ilusionado.

—Completamente. Cierra los ojos y di tu deseo en voz alta —alenté, al mismo tiempo que tomaba su pequeña mano y me aguantaba la risa al verlo cerrar los ojos de inmediato.

*Siempre tan lindo.*

—Deseo que estemos en la playa, con todo lo necesario para tener un picnic —pidió con el ceño fruncido.

*¿Un picnic en la playa?*

La comida se llenaría de arena, pero quién era yo para juzgar su deseo.

Entre risas mi magia lo hizo posible, hasta había cambiado nuestra ropa para hacerla más ligera acorde con el lugar donde nos hallábamos. Así es como me encontré sintiendo la brisa marina, refrescando mi rostro mientras miraba a Lucian construir un castillo de arena.

*Me sentía en paz.*

*Al menos por unos minutos.*

*Mi paz siempre duraba muy poco.*

—¿Debería preocuparme porque secuestraras a Lucian, *Golden Dealer*? —inquirió una voz a mi espalda.

Ámbar, la creadora de Habuh, la maestra en su momento de Liam. Se encontraba de brazos cruzados dándome una mirada de reproche.

Claro que me tomó por sorpresa, no podía negarlo, pero preferí permanecer tranquilo, no era la

primera vez que Ámbar aparecía de la nada, su presencia era la misma que la de Habuh, por eso siempre bajaba mis defensas.

—Cumplí uno de sus deseos, me olvidará luego —señalé restándole importancia.

La conocía desde hace tiempo, una de las pocas hijas de Apolo que me agradaba, era divertida y encantadora, de carácter fuerte.

Estuvo un buen tiempo sin decir nada, simplemente mirando a Cian jugar, hasta que se sentó a mi lado.

—Gracias, por cuidarlo —suspiró mientras distraídamente jugaba con una pluma de ángel en sus manos.

—¿A Cian…?

—A todos. Habuhiah me contó lo que hiciste por él. También por el pequeño Lucian, fue un alivio no sentir el desgaste de mi magia por consumirla tan rápido.

Por mi vínculo con Cian, él ya no consumía magia de Ámbar. Eso debe haber sido un respiro para ella. Este era un tema que no habíamos hablado hasta ahora. Sabíamos que algo cambió, pero ambos preferimos no mencionarlo para no hacernos responsables. Además, solo sabe que tengo un vínculo con él, no sabe qué tipo de vínculo es y, francamente, aún no estaba listo para aclararlo.

—Oh, no tienes que agradecer. No lo hice por ti, lo hice por ellos.

—Sí, bien. Me alegra que fueras tú. Sé que estarán a salvo. Por eso lo dejé pasar.

Ver a Lucian esforzarse tanto en su pequeño castillo solo me sacó una sonrisa, aun así, había algo que tenía que solucionar. Y justamente me encontraba con la persona que podría ayudarme con esto.

—Gracias por el voto de confianza. Ámbar… tengo una sugerencia.

Era algo que me preocupaba desde hace un año, no podía dejar que se quedara así. Francamente, si fuera algo que estuviera en mis manos ya lo habría hecho, pero no podía.

—Te escucho. Es raro que *Golden Dealer* tenga un deseo que pedir, debe ser porque tu centenario te está afectando —me dio una sonrisa burlesca.

Preferí ignorarla, no estaba en posición de debatir nada. Necesitaba tirar esta bomba ahora o perdería la oportunidad.

—Ya que ahora la magia que iba a destinada a Lucian ya no la gastas en nada, creo que debes crear otro ángel.

Conté hasta tres y ella estalló fúrica.

—¿Crear otro ángel? —estaba indignada—. ¿Por qué debería? Tú sabes mejor que nadie cuántos problemas ya me ha dado el primero. No solo hizo su trabajo, se terminó mudando con su protegido, se enamoró, se casó, se volvió padre y ahora tengo que cuidar de su felicidad ¿qué es tan importante que debería crear otro ángel?

—Lucian necesita un amigo.

...

...

...

—¿Me estás diciendo que quieres que cree otro ángel, sabiendo el costo, para que este sea el amigo de Lucian? —preguntó incrédula—. Tiene que ser una broma —suspiró llevándose la palma a la frente.

*Ojalá lo fuera.*

—Es algo que he pensado por mucho tiempo —confesé preocupado—. Creo que es la mejor opción, sería su mejor amigo y su ángel guardián, de esa forma nunca estará solo. Además, podrá mantener un ojo en él y alejarlo del peligro. Es simplemente perfecto.

Ambos se tendrían el uno al otro.

—Sasha, crear un ángel no es como crear un bebé. Te aseguro que no es ni la mitad de placentero. Además, no tengo el tiempo para poder instruirlo y enseñarle todo lo necesario para ser un guardián, ese entrenamiento tarda diez años… —explicó con los ojos preocupados—. Tengo muchísimas cosas que preparar y manejar, no puedo hacerme cargo, yo…

—Yo lo haré.

—Sasha, no es un juego.

—Yo lo entrenaré, yo lo prepararé, le enseñaré todo sobre los ángeles, sus habilidades, sus debilidades, le enseñaré a defenderse. Todo —respondí sosteniendo su mirada.

—¿Te das cuenta de lo que estás diciendo? —abrió mucho los ojos, totalmente impactada.

—Sí, lo sé, es algo en lo que he pensado por un año. Realmente quiero un amigo para Cian. No quiero que se sienta solo. Haz un ángel que tenga su edad y crezca con él. Yo los alimentaré a los dos con magia morada, de esta manera crecerán. Cuando lleguen a los veintiuno podemos comenzar con la magia blanca, para que se mantengan físicamente de esa edad si ellos lo desean.

—Sasha… —llamó protestando.

—Ámbar, por favor. Yo sé lo que es estar solo, no quiero que Cian pase por ello —pedí bajando la cabeza.

Vi como lo meditaba con el ceño fruncido. Sabía que lo que estaba pidiendo era una locura, que sería mucho trabajo y energía invertida, pero estaba convencido de que era lo correcto.

Lo correcto para Cian. No importaba cuanto trabajo me diera, si podía ver una sonrisa en su cara era más que suficiente.

—Bien, lo haremos. Será tu regalo por otro centenario más.

—¿Mi regalo?

—Sí, ya que tú te harás cargo de él. Aunque no creo que resulte tan perfecto como Habuhiah. Él realmente fue la culminación de todos mis estudios.

*Mi regalo…*

Ya tengo mi ángel, no quiero otro, pero si eso significa que Lucian no estará solo, lo acepto con gusto.

—Eso no importa, él será perfecto para Cian —respondí sonriente.

Tendrá un mejor amigo con el cual crecer, alguien de su misma edad, con quien conversar y hacer travesuras, alguien en quien confiar. Lo más importante: no se sentiría más solo. Él podría velar por mi angelito cuando yo no estuviera en su rango.

—Tú tampoco deberías estar solo, Sasha. No sé por qué no tomaste la oferta de casarte con Lillia, tú sabes que le gustas y es una buena mujer, amable, no ambiciosa, genuina. Muy diferente a muchas de mis hermanas.

—Sé que tu hermana es buena, no lo niego.

—Y muy fuerte, recuerda que es una gran maga médica —recordó tratando de convencerme.

—Pero no me gusta —argumenté deteniendo sus palabras—. No siento nada por ella.

—Oh, vamos —reprochó sin dar su brazo a torcer—. Ella es un encanto Sasha, cabello *rose gold*, ojos dorados, una belleza natural.

—No se trata de eso —reí al notar que seguía vendiendo a su hermana—. No voy a pasar mi eternidad con alguien que no me haga sentir algo. No tiene sentido para mí.

Vi como suspiraba y se reía en silencio aceptando su derrota.

—Tu tía tiene mucha influencia en ti. Afrodita te pega el romanticismo —comentó riendo, hizo un gesto con la mano y en unos minutos Cian estaba a mi lado.

—¿Abu Ámbar? —preguntó confundido—. ¿Qué haces aquí?

—Hola, pequeño Cian.

—¿Conoces a Alex? ¿Vienes por su cumpleaños?

—Sí, lo conozco. Es una molestia andante, ¿no lo crees?

—¡Por supuesto que no!

Mi corazón se derritió ante su rápida negativa.

—Ya te estás haciendo viejo, deberías casarte y tener un hijo, así no pasarías tanto tiempo cuidando de un niño —me regañó—. Parece tu hijo.

Pude sentir como el alma de Lucian se tensó ante las palabras de Ámbar. Este no era un tema que lo hiciera feliz.

—¡No soy su hijo! —reprochó molesto.

—¿Hermano mayor? —indagó la maga blanca.

—No, tampoco es mi hermano mayor.

—Vaya, entonces ¿qué opinas de que Alex necesite casarse? —sonaba divertida tratando de tornar las cosas a su favor.

—¿Necesitas casarte, Alex? —me miró preocupado.

—No la escuches Cian, solo está molestando —traté de tranquilizar su carita angustiada.

—Claro que no, él debe casarse con una mujer y tener un hijo —susurró exagerando Ámbar—. De otra manera la gente importante que rige nuestras vidas se enojarán y lo desterrarán.

*Ya lo hicieron.*

Sabía que estaba haciendo esto para molestarme, pero el único que parecía agobiado era Cian, porque realmente estaba tomando sus palabras en serio. Al ver que no negué sus afirmaciones se desesperó.

—¡NOOO! ¡NO! ¡No puedes casarte todavía! —gritó angustiado abrazando mi cuello.

*Oh, por las runas…*

*Mi corazón va a estallar.*

—¿Por qué no podría? —indagó Ámbar curiosa.

—¡ALEX, ES MÍO!

*«¡ALEX ES MÍO! Creceré y yo me casaré con él».*

*Oh…*

*Mierda.*

*No debería estar tan feliz, por las palabras declaradas por el vínculo.*

—¡¿Tuyo?! —gritó colérica Ámbar mirándome enojada.

—S-sí… es mi amigo —explicó sonrojado notando que sí decía lo que realmente pensaba, Ámbar se enojaría conmigo y se opondría a sus deseos.

—Sí, amigo —concordé también avergonzado—. Le prometí ser su mejor amigo. Nos encariñamos rápido.

*A. Leblanc, Mago clase SS mejor amigo del encantador Cian.*

# *18*
## *Lo más importante para un padre*

—¡Hey! —gritó una chica apenas entré a la sala para el juicio—. ¡Mira nada más, *Golden*, tanto tiempo sin verte!

Cabello negro con gráciles ondas peinado solo hacia su lado derecho. Distintivos iris color borgoña a juego con su labial, lo que, junto con su piel pálida, la identificaba rápidamente como una vampira. Se encontraba usando un vestido strapless negro, ceñido, lo que le permitía lucir su manga de tatuaje —camelias rojas realistas, unidas por un negro sólido— el cual iba del hombro hasta el dorso de su mano izquierda.

*Ah, Yunovich.*

—Hola, Mila —saludé con una pequeña sonrisa.

—Ven siéntate a mi lado mago escurridizo, de pronto todo esto se puso *mega* interesante —sonaba efusiva y tomó mi antebrazo para sentarme al lado de su silla.

Hace muchos años atrás Mila y yo formamos una alianza implícita, éramos camaradas rebeldes, preferimos unirnos para tratar de hacer las burocracias del consejo más amenas, a ellos pareció no molestarles ni sorprenderles nuestra cercanía, ya que al ser los «más problemáticos» para el consejo —al ser tan impredecibles para ellos— nos agrupaban por semejanza. Francamente era un alivio volver a verla por aquí.

*—Mila Yunovich, Maga negra SS. La líder de uno de los clanes de vampiros más grandes, por lo menos de los que no son mercenarios* —presentó Fausto.

*—¡Mierda! ¿¡Ella es…!?*

*—Tranquilo, es de las buenas.*

*—Una «vampiresa» no suena muy buena.*

*—Tranquilo, Dean, es el menor de los problemas actuales de Leblanc. Yunovich es la mejor y más antigua representante de los magos negros, antes de ella estos no tenían asociación con el consejo de magos, eran considerados exiliados, pero Yunovich logró formar un tratado de amnistía. Si bien es cierto que muchos magos negros prefieren ser mercenarios y no tener nada que ver con la maga, un gran número de ellos la respalda, por admiración o temor.*

*—Pero es un vampiro más. Ellos podrían oponerse a ella.*

*—Por supuesto, pero se aplica lo mismo para los magos, aunque todos seamos usuarios de magia, hay magos más fuertes que otros. Ese es el caso de Yunovich, su magia es una muy rara y peculiar, incluso dentro de las magias extrañas. Ella controla la sangre a su voluntad.*

*—Pues, es una vampira, se espera que tenga algo que ver con la sangre.*

*—No, no es así. Francamente, si así lo quiere, ella puede controlar tu cuerpo. La sangre fluye por todo tu sistema, ella puede parar ese flujo o acelerarlo; puede hacer que la sangre se filtre por tu piel; puede moldearla y transformarla en lo que desee.*

*—Mierda, eso suena espantoso. ¿Cómo puede ser de los buenos?*

*—Yo tampoco lo sé muy bien, pero… por extraño que parezca, también es una curandera. Es la única en toda la historia de la magia negra. Es incluso mejor que los mejores magos blancos. Usa la sangre para curar enfermedades mortales, acelerar regeneración celular, nutrientes, hasta genética… ni hablar de todos los maleficios mortales que ha deshecho porque gran parte de ellos involucran sangre, es una genia. Lo siento, es asombrosa.*

Ignoré la pequeña conversación que estaban teniendo Dean y Fausto —el cual parecía un completo *fanboy*— sobre Mila, para concentrarme en la estancia. El lugar era tal cual lo recordaba, diez sillas grandes formando una semicircunferencia que debían ser ocupadas por los magos representantes de cada uno de los gremios, unas cuantas sillas más atrás para los espectadores autorizados y, por supuesto, tres sillas grandes al frente para los que dirigen el encuentro. En el centro se sentarán los acusados de forma que todos pudieran verlos. Eso era lo normal, rara vez cambiaban la distribución de las cosas. Liam y Pyro se sentaron en las sillas de espectadores, mientras que a Ezra no le permitieron la entrada. A ninguno de nosotros nos había sentado bien que no hubieran dejado entrar al ángel, pero no pudimos hacer nada, en la audiencia estaban prohibidos los ángeles por un tema de conflicto de intereses. Lo cual, francamente, tenía algo de sentido.

Normalmente había distintos tipos de juicios en el consejo, había algunos donde se votaban los cambios o modificaciones de las leyes que se encontraban actualmente en el reglamento, en ese tipo cada representante de un gremio tenía un voto, con seis votos o más se aprobaban las cosas. Sin embargo, esta ocasión era algo especial y diferente, no era tan usual un juicio para condenar a una criatura mágica. En este caso los tres maestros dirigían la sesión, ellos se encargan de nombrar los cargos y dictar la sentencia, el resto, los representantes de los gremios, votan para oponerse o aprobarla —normalmente nadie se oponía y, si era el caso, e intentabas convencerlos del error que cometían, era una pérdida de tiempo, todos tienen demasiado orgullo para retractarse—. Técnicamente estábamos ahí para dar fe de que el castigo sea justo.

Actualmente los que votaremos seremos: Olli Velko, líder de los magos morado; Deimos Blake, líder de los magos índigos; Nealie Roscoe, líder de los magos verdes (ellos tres en especial no eran mis mayores simpatizantes, francamente, me aborrecían); Layla Quarts, líder de los magos amarillos; Pyro Sunsent (yo me encontraba en su lugar), líder de los magos rojos; Eliot Giedrius, líder de los magos azules; Ryuu Takashi, líder de los magos celestes; Thayne Eustass, líder de los magos naranjas y Mila Yunovich, líder de los magos negros.

De momento sabía que podía contar con el voto de Mila, Layla, y el mío. Quizás con el de Takashi, él siempre es alguien razonable y no es muy fan de la violencia. *¡Maldición, seguimos siendo minoría!*

—¿Es idea mía o Layla se ha puesto más guapa de la noche a la mañana? —Mila alzó una de sus cejas.

—¿De qué hablas? —para mí se veía igual que siempre—. Layla está fuera de tu alcance, Mila. Creo que desde lo de Ártemis tienes que cambiar tu radio de conquistas.

Ante mis palabras se mostró sorprendida, pero no ofendida, al contrario, creo que no esperaba que recordara de su amorío con la maga líder de las amazonas.

—No seas malo, lo que ocurrió con Ártemis fue fugaz, pero asombroso, y por supuesto ya está en el pasado, aunque sé que debe extrañarme —su sonrisa mostraba uno de sus afilados colmillos —, porque pasamos unas noches muy divertidas. Ella realmente trata de alejarse de la diversión, así que simplemente seguí mi camino.

Mila no es una de los vampiros que matan gente —como bien explicó Fausto—, al contrario, es una genia de la medicina «no convencional», la original *Lycoris radiata* o flor del infierno. Es la única maga negra que ha sido parte del consejo, posee mucho respeto entre la comunidad mágica por su fuerte carácter, su gran sentido de justicia, bondad —inusual en magos negros— y talento sin igual. Es de esas personas que necesitas tener de aliada, porque nunca podrías vencerla como enemiga.

Como maga ella está al nivel de un Maestro, Clase X, por el simple hecho de que es la única que podría matar hasta el mago más prodigio. Aunque pongamos todos los encantamientos que conozcamos sobre nuestro cuerpo para que magias no nos dañen, no podemos poner uno dentro de nuestra sangre, así que podría controlarnos desde adentro si quisiera. ¡Pero se ha negado a mostrar su verdadero potencial en los test de clasificaciones!

Hay cosas en los libros de vampiros que son ciertas —aunque muchas otras son concepciones erróneas—, ellos sí o sí deben consumir sangre humana para poder vivir y mantenerse joviales porque de otra forma su expectativa de vida es muy corta al ser usuarios de magia negra, de la sangre obtienen la magia que consumen como energía vital. Pero contrario a la opinión general no es necesario llegar a la muerte del ser humano, solo toman lo que necesitan. Realmente nunca he escuchado que Mila haya tenido que rogarle a alguna chica para beber su sangre, siempre hay candidatas dispuestas a darle lo que quiere a cambio de una buena dosis de placer o curar alguna enfermedad mortal de un ser querido, una de dos.

—Es extraño, mi tipo de mujer suelen ser las malas, ya sabes, esas que mienten, engañan y son peligrosas. Por alguna terrible razón, siempre esas son las que más me parecen atractivas. Es como si tuviera un radar para encontrarlas.

—¿En serio? —pregunté con algo de lástima por ella—. Eso suena a un montón de problemas, Mila.

*Te mereces algo mucho mejor.*

—Lo son, pero ya sabes, me gusta ser quien las ponga en su lugar —confesó con una mirada divertida—. Siempre termino enderezándolas para el bien, es un divertido y placentero camino. Por eso es raro lo de Layla, quizás esta vez es amor de verdad.

*Lo dudo.*

—He escuchado esa frase antes, con Ártemis.

—Sí, pero yo realmente creía que la amaba, ella simplemente no quería tener una relación, ya sabes, por su voto de castidad y eso —explicó suspirando.

La sala se empezó a llenar a medida que hablábamos. Layla se sentó a mi lado izquierdo en silencio, casi parecía que no estaba ahí.

Era imposible ignorar a mucha gente del consejo, no hacían otra cosa más que cuchichear sobre mi presencia en este juicio. Totalmente insólito considerando que Afrodita se las había ingeniado para convencer a todos para adelantarlo, eso es de lo que deberían estar hablando. Sus razones fueron vagas y llenas de mentiras, pero todo el mundo pareció aceptarlo sin cuestionar nada. Esos eran los poderes de su encanto natural, junto con mucha magia morada, para encantarte a través de las palabras sin que fueras consciente de ello. Pero no, toda la atención estaba puesta en mí.

Actualmente los diez líderes del consejo ya se encontraban en la sala, los reconocí a todos, lamentablemente, solo me encontraba en buenos términos con tres de ellos —sacando a Pyro, ya que estaba en su lugar—, esto implicaba que mi poder de voz y voto estaba en números bajos.

Eso era malo.

—¡SILENCIO! —gritó solemne Eliot, dando comienzo a todo—. ¡Va a comenzar el juicio nº 582490! En la cabeza de este consejo tendremos a tres magos de Clase X, el maestro Apolo, junto con su hermana Ártemis, y la maestra Afrodita.

*¿Cómo mierda pueden llevar el conteo de esto?*

Ni siquiera me di cuenta cuando el ambiente decayó y se volvió completamente solemne.

*—Los triple A serán los que dirigirán este juicio* —susurró Fausto.

*—¿Triple A?* —preguntó Dean.

*—Les dicen así a Afrodita, Ártemis y Apolo. Triple A.*

*—Ah. Buen nombre.*

*—El punto es que hay que identificar el bando de Ártemis, si ella es razonable, quizás tengamos opciones de que todo termine bien. Enfócate en eso, Golden.*

*Eso haré.*

—Por favor traigan al ángel y a su creador.

Ese fue el momento exacto donde todo estalló. Fue solo un segundo después de que ambos entraron a la sala, los gritos de horror no se hicieron esperar por parte de los espectadores. Tanto Habuh como Ámbar entraron con grilletes en las manos, pero era Habuh quien estaba cargando a su creadora en sus brazos, puesto que a duras penas podía estar consciente de la precaria forma en la que se encontraba al negarle la magia. El ángel tenía sus alas abiertas en todo su esplendor, mostrando lo deterioradas y fracturadas que se encontraban, a pesar de lo doloroso que eso debía ser Habuh… él entró con la cabeza en alto. Toda la escena me apretó el estómago, me preocupó y enorgulleció por partes iguales.

*Maldición, Habuh.*

—¡Oh, por las runas!

—¡¿QUÉ LE HAN HECHO?!

—¡Este trato es inaceptable!

La sala del consejo era un caos. Todos gritaban y decían sus opiniones frente al estado de ambos. Al parecer nadie se había enterado de esto. Nadie excepto los tres grandes que estaban estoicos en sus lugares… y Eliot, él estaba con la cabeza gacha, casi como si no estuviera orgulloso de las medidas disciplinarias.

—¡Por toda la hemoglobina del mundo! ¡No puede ser, Sasha! ¿Esa es Ámbar? ¡Mierda! —susurró horrorizada por lo bajo Mila—. Esto es indignante y denigrante.

Estaba indignada, tenía los ojos rojos y sus uñas se estaban enterrando en la madera de la silla. Me recorrió un escalofrío y mi sangre se heló de inmediato cuando sentí como acumuló, sin notarlo, magia negra a nuestros pies.

*Jodida mierda.*

—Sí, es Ámbar.

—¿Qué mierda le hicieron? —inquirió con rabia por lo bajo.

—Los grilletes inhiben la recepción de la magia —expliqué tratando de aguantar la rabia que me producía toda esta escena frente a mí.

—Desgraciados —murmuró entre dientes—. Cómo mierda la tratan así, ella es una de nosotros. Negarle magia a un ser de luz como Ámbar… ni siquiera los magos negros somos tan despiadados.

—¡SILENCIO! —vociferó Apolo—. ¡Estamos en un juicio oficial, las preguntas deben ser a los acusados, no las medidas disciplinarias! ¡Voy a proceder a nombrar los cargos!

Había solo una silla en medio de la sala, por lo que Habuh acomodó a Ámbar lo mejor posible en ella y él se arrodilló a su lado, sin bajar su cabeza, enfrentando a los tres altos mandos frente a él.

—¡QUE ALGUIEN RETIRE LAS ESPOSAS DE LA SABIA! —gritaron desde el sector de los espectadores.

—¡SILENCIO!

Esta vez fue casi un rugido de parte de Eliot, quien con solo un aplauso dejó al anónimo protestante cubierto de cadenas y exiliado de la habitación.

—¡¿Alguien más quiere irse por estar interrumpiendo una ceremonia oficial?! —vociferó a lo que nadie se atrevió a replicar—. Mientras más rápido comencemos, más rápido terminará todo.

*Así que tampoco estás cómodo con esto, Eliot. ¿Quién te ordenó tan estrictas medidas?*

Ante esas palabras todos parecieron entender de inmediato el significado detrás de la amenaza de Eliot, por lo que, muy a su pesar, hubo silencio una vez más, permitiendo que se reanudara la lectura de los cargos.

—Perfecto. Nos reunimos aquí para la interpelación contra el ángel Habuhiah, el cual fue creado por *The Angelic Creator*, Maga blanca: Clase SS. Quien se encuentra aquí por romper los estamentos del reglamento de los Ángeles:

**1. Involucrarse sentimentalmente y físicamente con un humano.**

**2. Tener relaciones carnales con tu protegido.**

**3. Tener un hijo con un humano.**

—¿Puedes negar o afirmar si estas acusaciones son reales o no? —preguntó Apolo.

—*¿Sabes que nada de esto suena terrible?* —replicó frustrado Dean.

*—Dean, tienes que pensar que es un ángel, estamos hablando de un ser que solo fue creado para proveer protección y guía a los humanos. Al primer momento de que un humano deje de merecer a un ángel, este debe tomar sus cosas y ayudar a otro. Van y vienen, ese es su trabajo.*

—Son reales —respondió con honestidad.

—¿Puedes decirme qué te motivó a romper tres de las reglas de oro para un ángel?

—Es más que obvio, maldito bastardo —murmuré frustrado lo más bajo que pude.

Mila silbó divertida a mi lado al escucharme maldecir, lo que me recordó que no podía perder la calma, no ahora por lo menos.

—Nunca fue mi intención, simplemente pasó —respondió Habuh con la cabeza en alto sin una gota de arrepentimiento en su mirada.

—¿Simplemente pasó? —la voz sarcástica de Apolo resonó en el lugar—. ¿Cuál fue tu misión como ángel guardián?

—Proteger y cuidar a mi humano.

—¿De qué forma lo hiciste?

—Lo ayudé cuidando de su hijo. Llegué cuando solo tenía tres años de edad, así que trabajé en una guardería para proteger y cuidar a los niños de ahí, entre ellos el suyo.

—¿Quién determinó que esa era la mejor forma para cuidar a tu protegido? Yo solo veo que estabas cuidando del niño pequeño, no de tu humano asignado.

Vi claramente como Habuh frunció el ceño y se levantó encarando a los tres grandes, todos en

la sala contuvieron el aliento, sorprendidos. Ese puro acto elevó la tensión al máximo, haciendo que los magos azules que estaban de guardias se pusieran en posición defensiva para retenerlo.

—¿Qué cree que es lo más importante para un padre? —miró directamente a Apolo.

*Habuh…*

*Por las runas, eres increíble.*

La cara de Apolo no tenía precio, hasta él no podía creer lo que había escuchado, por eso tardó un par de segundos en recuperarse de la impresión de que lo estuvieran cuestionando.

—Yo soy él que hago las preguntas aquí —declaró solemne—. Por lo que apreciaría que volvieras a la posición que tenías en tu lugar.

*¿En el suelo? ¿De rodillas frente a ti?*

Es Habuh del que estamos hablando, no es de los que se intimidan fácil. Es uno de los ángeles más valientes que conozco, el siguiente en la lista es su propio hijo. Por supuesto que tiene los mejores modales del mundo, pero él estaba orgulloso de su actuar, así que no se doblegaría ante nadie.

—Para un padre no hay nada más importante que su hijo —puntualizó Habuh—, él podría soportar no comer, no beber, no dormir, con tal que su hijo pueda hacer esas cosas. Un padre puede soportar cualquier cosa, incluso llevar el mundo en sus hombros y hacerlo con una sonrisa, todo para que su hijo no sufra. Así que me parece completamente razonable pensar que cuidar a su hijo era la mejor manera de cuidarlo a él, porque era todo su mundo. Aun si cuidar de su hijo —en vez de a él— significa que padeceré alguna clase de castigo, lo volvería hacer una y mil veces. Lo acompañé en cada uno de sus pasos, estuve ahí en todos los momentos que lo necesitó. Es la luz de mis ojos y mi orgullo más grande. No haría nada distinto porque ese niño es mi hijo también.

—*¡P-papá! Oh, papá, mierda, no…* —escuché a Dean quebrarse, angustiado al oír las nobles palabras de Habuh, lo que hizo que se me apretara el corazón.

—Habuh... —suspiré asombrado y emocionado por sus palabras.

—Woah… ese ángel tiene valor —Mila sonaba maravillada a mi lado—. Es increíble.

—¿Qué quieres decir con que es tu hijo? —inquirió furioso—. Estoy seguro que la criatura que tuviste con el humano es otra.

—Ese niño se llama Dean y también es mi hijo. No tiene mi sangre, no es un ángel, pero es mi muchacho. Nada ni nadie puede hacerme pensar lo contrario. Mi otro niño no es una criatura, es mi bebé, Lucian. Ambos son mis adorados hijos.

*Que orgullo.*

Los ojos de Habuh brillaban al hablar de esos dos seres maravillosos con tanto amor y orgullo. Vi como a Ámbar se le formaba una sonrisa con solo escuchar a su ángel decir esas maravillosas palabras. Todos estábamos mudos frente a lo que acabábamos de escuchar.

—Que desgracia, un ángel descarrilado —señaló con disgusto—. ¿Querías tener un hijo, por eso rompiste tus votos y te acostaste con el humano?

—No, no me acosté con el humano —aclaró con una pequeña sonrisa.

—¡¿Qué?!

—Hicimos el amor.

*Ay, Habuh, por toda la magia.*

—¿El amor…?

—Y no fue porque quería tener un hijo con él, no era necesario, ya tenía uno, a quien amo con todo mi ser. Lo hice porque me enamoré de él, de todo ese amor nació el niño más lindo del mundo: Lucian.

El shock de toda la audiencia fue increíble. Quería aplaudir como loco, vitorear era lo mínimo, Habuh se merecía una ovación completa. Ni siquiera me molesté en ocultar la sorpresa y felicidad. Afrodita tenía unos ojos llenos de orgullo. Pero por supuesto había gente no muy contenta con sus palabras.

—Debo hacer un alto para recordarles a todos los miembros presentes las penas a las que se someten por romper los juramentos sagrados tanto los ángeles y los creadores—declaró por primera vez Ártemis.

»1. Un creador nunca debe usar a su ángel para satisfacer sus deseos carnales. De haber incurrido esta acción al creador se le revocará su título como creador, junto con cortar el vínculo entre estos. El creador también será exiliado de la comunidad mágica y se le anularán sus derechos, para ello se le marcará la palma de la mano y el cuello, de esta forma todo el mundo mágico sabrá que profanó al ángel.

—*¿Qué mierda? ¿Hasta por un oral o algo así?* —preguntó Dean.

—*Sí, es un delito grave* —comenzó a explicar Fausto—. *Lo que pasa es que antes los ángeles no eran como tu padre. Los ángeles eran más como Gabriel, inexpresivos, fríos, sin emociones ni deseos. Ellos cumplían con todas las órdenes que les daba su creador. Por ende, había muchos que los forzaban a realizar este tipo de actos, aun si ellos no sentían deseo sexual. Esa ley se creó tratando de evitar que violaran a los ángeles.*

—*¿Sin emociones? Mi papá no es el más efusivo del mundo, pero aun así lo veo reírse a diario con nosotros.*

—*Eso es porque Ámbar luchó casi tres siglos por eso. En el mundo mágico hubo mucha controversia, las opiniones respecto a cómo debían ser los ángeles estaban divididas. Por un lado, estaban los que creían que debían ser clásicos, sin emociones, ya que nublarían su juicio. Ellos mantenían su postura muy firme acerca de que los ángeles no debían tener humanidad, porque los seres humanos no son perfectos.*

—*En la otra estaba abu Ámbar…*

—*Sí, Ámbar era la máxima ponencia que creía que los defectos, no eran tal, eran virtudes. Acercarlos al ser humano les daría vida, les daría empatía, tendrían mejor juicio. Ella y un selecto grupo de magos blancos no permitía que los ángeles fueran cáscaras vacías. Pero con ello vinieron otros problemas.*

—2. Un ángel no debe cruzar la línea de su relación con su creador. Al contrario, debe resguardarla y protegerla. Cualquier acto de placer carnal se considera una blasfemia. De acuerdo a la gravedad del acto, este puede ser penalizado desde la quema o desprendimiento de sus alas, hasta el corte del vínculo, lo que procedería a la futura muerte del ángel.

—*Con ángeles más humanos, ellos también quisieron curiosear respecto al placer, era algo desconocido, atrayente. Por lo que, no solo empujaron a sus creadores a eso, sino que también los tentaron para quebrantar más de un límite. Para un creador un ángel es como un hijo, por lo que es un tema muy delicado.*

—3. Un ángel no debe involucrarse en el destino de un humano. Su deber es proteger a la humanidad, debe estar dispuesto a ayudar a muchos de ellos, por ello debe estar preparado para no crear lazos afectivos y mantenerse al margen de su vida. En caso de ocurrir se les separará

inmediatamente, al humano se le borrarán todos los recuerdos que tenga sobre el ángel y al ser alado se le prohibirá acercarse a un humano por doscientos años.

*—Un ángel evitó que un humano muriera, ese era su destino, luego el chico ocasionó un accidente de tráfico donde murieron más de veinte personas. Arrebató veinte vidas por involucrarse en la vida del humano.*

Luego de eso no solo hubo silencio al otro lado de la línea, también lo hubo en la sala. Todos entendíamos el problema, no sabían por qué inculparlo específicamente.

—Habuhiah no solo se involucró en la vida de un humano, lo hizo sentimental y físicamente. Cruzó todas las líneas y ni siquiera muestra un solo signo de arrepentimiento. El problema es que unió sus destinos para siempre por traer a esa criatura al mundo —explicó Ártemis con su voz más solemne.

—No es una criatura, se llama Lucian, es mitad ángel y mitad humano —volvió a corregir Habuh—. Merece el mismo respeto que cualquier humano, ángel o mago.

—De acuerdo. No podemos borrarle la memoria al humano, puesto que está Lucian de por medio, no puede olvidar a su hijo —reconoció contrariada Ártemis.

—Oh. Pero eso es fácil, solo debemos deshacernos de esa criatura, sin eso, borramos los recuerdos del padre y del otro hijo, será como si nunca hubiera existido —declaró con una sonrisa Apolo.

*¡Tiene que ser una maldita broma!*

—¡NO! —gritó desesperado Habuh.

—¡NO PUEDEN HACER ESO! —grité colérico mientras me paraba de la silla por acto reflejo.

*—¡CÁLMATE, LEBLANC! ¡NO PUEDES DEJAR QUE ELLOS SE ENTEREN!* —gritó Fausto.

—¿*Golden dealer*? ¿Pidió la palabra en algún momento? —preguntó Ártemis.

Todos los ojos estaban en mí, desde curiosos, hasta disgustados por mi osadía al interrumpir. Traté de tragar toda mi rabia para intentar ser razonable, era un infierno considerando la enorme cantidad que llevaba días acumulando.

—No pueden matar al chico. Para comenzar, sigue siendo un ser humano —expliqué tratando de justificarme, pero era imposible, los ojos de Apolo ya estaban brillando de malicia.

—Es una criatura nacida de un ángel y un humano, nunca habíamos conocido algo así. No es humano como tal, deberíamos estudiarlo y analizarlo, puede ser algo sin precedentes o una total abominación —señaló uno de los viejos magos, era el líder de los morados, Olli Velko.

Velko era un mago excéntrico, el cual está desde que existe el psicoanálisis. Llegó a donde se encuentra ahora por su talento con las pesadillas. Con toda su cara arrugada y sonrisa de psicópata él mismo parecía una viviente.

*¿Lucian rata de laboratorio?*

*¡Mierda, NO!*

*¡No, no, no!*

—Eso es mejor que matarlo. ¿No? —Velko miró a su alrededor tratando de obtener más respaldo.

—Pero si no lo matamos, más ángeles pensarán que es posible y lo comenzarían a intentar. Por culpa de eso tendremos muchos ángeles rebeldes. Tiene que ser un ejemplo de lo que pasa si rompen las reglas. Muerte a la criatura, borrar los recuerdos al padre y al niño, al ángel ponerle

restricciones en las alas, no las podrá ocupar y le dolerán permanentemente —sugirió Deimos Blake, líder de los magos índigos.

*Oh, por las runas… maldito anciano sádico de mierda.*

Vi como Habuh palidecía y se mordía los labios, angustiado por primera vez en todo el juicio. No creo que tenga problema con el tema de sus alas, pero realmente tenía pánico por el futuro de sus seres amados.

Deimos y Velko tenían una alianza desde hace muchos años, ellos se encargaban de hacer miserables a toda la comunidad mágica con sus pensamientos perversos, retrogradas, y egoístas.

—P-por favor, Sabios… Maestros, no culpen a los niños por los pecados de los padres. Lucian no pidió nacer, no es justo que hagan eso —suplicó arrodillándose frente Apolo.

*No, Habuh…*

—Aceptaré el castigo que sea. ¡Corte mis alas, pero no le haga nada a mi familia! —imploró apoyando su frente en el suelo.

—Oh, angelito, no hagas eso… —susurró Mila a mi lado.

La sonrisa de Apolo era terrible, completamente tenebrosa y satisfecha por lo que había conseguido. Volvieron los cuchicheos de sorpresa por las palabras de Habuh.

*¿¡Cómo no pueden ver cuánto los ama!?*

*¡Les dijo familia! ¡¿Cuándo otro ángel ha declarado que tiene familia?! ¡Nunca!*

—¡Ya basta! ¡Primero lo primero, alguien quítele las esposas a la creadora, se está muriendo frente a nuestros ojos! ¡¿Por qué siquiera las lleva?! —vociferó Afrodita.

—¡Porque es culpa de su indulgencia y mala crianza que ocurrió esto con su ángel! —respondió Velko.

—¡Oh, por favor! —respondió indignada—. ¡Como si ella le hubiera ordenado enamorarse de su protegido y concebir un hijo! Ya no será un castigo si ella muere —declaró mirando a Eliot.

Él simplemente se acercó a donde estaba Ámbar y le quitó las esposas. En ese mismo momento ella pudo respirar fuertemente por primera vez en lo que parecía una eternidad. Se parecía mucho a cuando te estás ahogando, pero todos sabíamos que era que su cuerpo estaba tratando de llenarse de magia desesperadamente. Obviamente seguiría con su apariencia de anciana por unos días, pero sin las esposas ya no parecía que se moriría en cualquier momento.

—Bien. Ahora, apoyo que no hay que castigar al niño, él no pidió venir a este mundo, su mera existencia es un milagro, no podemos simplemente matarlo —puntualizó mirando furiosa a Apolo—. Pero tampoco creo que el padre tenga pecados por los que deba ser eliminado.

—Desde que comenzó está audiencia, Habuhiah todo lo que ha dicho ha sido para proteger a otros —alcé la voz para defender a Habuh—, nunca ha estado pensando en sí mismo, incluso propuso su propio castigo con tal de proteger a su humano y a sus hijos. ¿No es eso lo que se le pide a un ángel, que vele por el bienestar y felicidad de su protegido? Ha sido un ángel más que ejemplar.

—¡¿Ha sido un ángel ejemplar?! ¡Se enamoró de un humano y concibió un hijo con él! —exclamó escandalizada Nealie Roscoe, la líder de los magos verdes.

Nealie, otra de las magas ancianas, especializada en venenos, y su razón de vivir es ser una maga estirada que protege las tradiciones.

—¡¿Y cuántos magos no han hecho lo mismo?! —señalé indignado—. ¿Sé les va a juzgar a

ellos también?

—¡Tenemos hijos porque hay que traspasar el legado de la magia! ¡Eso es algo que tú sabrías si no hubieras sido tan terco! —vociferó Velko.

—¡ALTO! —detuvo Afrodita—. Saben cuál es el problema aquí, es que a ustedes se les ha olvidado lo que es el amor. Se les ha olvidado que no solo está el sexo o los deberes del mundo mágico, también está el amor. Ese ángel no ha hecho nada más que amar a un hombre y formar una familia. ¡Sí, es algo sin precedentes! Estoy de acuerdo en eso con todos ustedes, pero no por eso vamos a hacer toda una inquisición por este hallazgo.

—¿Propones que esto se quede así como así? —preguntó con sarcasmo—. Como se esperaba de alguien como tú —atacó Ártemis.

—No, claro que no. Esta es nuestra llamada de atención, el consejo debería comenzar a crear leyes respecto a esto, algún protocolo a seguir. Estoy segura que es momento de actualizarnos un poco. Podemos evaluar al chico, saber qué es lo que implica ser un mestizo de este tipo y de acuerdo a eso proceder. Quién sabe… quizás es un bien invaluable para la comunidad mágica.

Me encantaba cómo la gracia divina de Afrodita tornaba todo a su favor, ya había muchos que asentían de acuerdo con sus palabras. Había magia muy sutil en cada una de sus opiniones, otorgándole un singular carisma y llamándonos a empatizar con ella.

—¿Y cuál sería el castigo para él entonces? —inquirió Apolo sin querer dar su brazo a torcer.

—¿Para quién? —preguntó Afrodita.

—Para el ángel, no puede irse sin uno. No puede irse a jugar a la casita después de todo esto. Él sabe que lo que hizo está mal.

—¿Está mal enamorarse? —preguntó horrorizada.

—¡Para un ángel sí! No fueron creados con ese fin, interfirió en la vida de un humano —exclamó Apolo, complemente obstinado.

—Démosle opciones —propuso Ártemis—. Si elige salir de la vida del humano y se viene a vivir a la comunidad mágica con su hijo podrá seguir cumpliendo sus labores de ángel, pero con otro humano. Si quiere volver a casa para vivir su romance de ensueño, compartirá el mismo destino que su protegido, vivirá solo hasta que él viva, pero para eso tendremos que quemar sus plumas —declaró a lo que muchos se mostraron de acuerdo con esa resolución—. Cómo será tan doloroso te daremos un día para que lo pienses, mañana podrás decirnos que…

—Quemen mis plumas —declaró de inmediato y sin vacilación.

*Ay, amigo mío.*

—Cuidado, ángel, no hables sin pensar, probablemente nunca vuelvan a sanar, gran parte de todos los poderes de un ángel residen en sus alas —recordó Ártemis.

—Ya lo decidí, quemen mis alas. Si puedo estar con mi familia, no las necesito —repitió con la cabeza en el suelo.

—¡Como gustes! ¡Llévenselo y preparen todo para el castigo del ángel! —bramó Ártemis.

—¡ESPEREN! ¡¿DONDE ESTÁ LA MALDITA VOTACIÓN?! ¡Me opongo a ambos castigos!

Estaba a punto de saltar en medio de todo, tomar a Habuh en mis brazos y sacarlo de ahí, pero Mila tomó mi mano anclándome en mi lugar, también se le veía frustrada, pero negó con la cabeza con su ceño fruncido, para luego apuntar a la escena frente a mis ojos.

Habuh estaba girado en mi dirección esperando que lo mirara, cuando nuestros ojos se encontraron se volvió a arrodillar haciendo una reverencia completa, mostrándome su completa gratitud.

*No, no, no hagas esto, Habuhiah.*

*No te mereces esto.*

*No aceptes esto.*

—¡Votemos entonces! —bramó Apolo con una sonrisa sádica— ¿Quién a favor de que le quemen las alas al ángel?

Miré la cara de cada uno de los representantes de los gremios, ninguno mostraba ni un atisbo de duda, todos ya habían tomado una decisión, una que hizo que se me apretara el estómago.

*Tiene que ser una broma…*

*Seis manos levantadas.*

Las únicas que no se encontraban erguidas eran la mía, Mila, Layla, y, efectivamente, la del líder de los magos celestes. Los otros ni siquiera se molestaban en mostrar una pisca de empatía.

*¡Maldición! ¡No es justo!*

—¡Magnífico! ¡Me alegra ver que estemos de acuerdo con esto! —celebró Apolo señalando con su mano a los guardias para que se llevaran a Habuh.

Habuh al levantarse me regaló una pequeña sonrisa y luego se lo llevó un pequeño número de guardias azules escoltados por Eliot. No había pena o dolor en su mirada, al contrario, estaba llena de gratitud y calma. Se iba en paz, eso fue lo único que me impidió destrozar todo y sacarlo de aquí. Estos eran sus deseos.

*¡Maldición!*

—Respecto al mestizo, tendremos una audiencia luego de que el ángel cumpla su castigo y pase un día de reposo, lo mínimo es que esté a su lado después de perder sus alas por él. ¿Alguna objeción? —preguntó Ártemis.

Nadie se atrevió a decir nada, por lo que se dio por acabada la sesión. Todos se empezaron a retirar, pero yo no me pude levantar, porque a pesar de que todo mi ser estaba colérico e impotente frente a esta situación, había algo más que me desconcertaba por completo y me hizo tener un horrible presentimiento.

Le hice una seña a Liam para que él y Pyro se llevaran a Ámbar y pudieran proporcionarle el tratamiento necesario. Mila se fue corriendo mientras me gritaba que conseguiría unos dulces de hierro ideales para que Ámbar recobrara fuerza.

La gente se iba y se llevaba todo el bullicio con ellos, dejándome en completo silencio.

Fue en ese instante donde comprendí mi mal presentimiento: Lucian había estado demasiado callado todo este tiempo. Sé que tenía que estar en silencio para que no le pasara nada, pero esto era extremo. Algo no estaba bien. Durante toda la audiencia pude ver sus cabellos dentro de mi bolsillo, pero cuando lo fui a sacar de este se disolvió entre mis dedos con pequeños destellos.

*¡¿QUÉ MIERDA?!*

Levanté la vista y todo lo que pude ver fue a Apolo frente a mí, mirándome con una sonrisa mientras abrazaba por la espalda a Layla, quien solo tenía la mirada gacha, completamente avergonzada.

*No, no, no, ¡NO!*

—Te dije que encontraría algo que te hiciera cambiar de opinión —señaló risueño.

—¡¿DÓNDE ESTÁ?! —bramé furioso al levantarme de la silla, botándola en el proceso, al momento en que cayó al suelo toda la habitación se encontraba congelada, y pilares de hielo afilado se encontraban rodeando al mago frente a mí.

—En algún lugar… ya sabes, algo oscuro, no muy cómodo, con un vampiro que ama a los ángeles.

*No…*

*¡NO…!*

*¡NO!*

*¡Cian! ¡Lucian!*

*¡Mi ángel!*

—¡¿CÓMO PUDISTE?!

—Oh, yo no lo hice, fue esta preciosura —corrigió sosteniendo la cara de Layla.

*¡¿Layla?!*

Solo en ese minuto puede sentir el peso de la traición, al mismo tiempo todo se veía claro en mi cabeza. Layla me lo robó, nunca estuvo presente en la audiencia, fue una ilusión, proyectó a Lucian en mi bolsillo.

*«¿Es idea mía o Layla se ha puesto más guapa de la noche a la mañana?».*

*Maldita Mila, su instinto nunca falla.*

Me derrumbé totalmente, no podía creer lo que estaba ocurriendo. Mi pecho se oprimió, mi garganta se secó, sentía la bilis subir a mi garganta, mis ojos se nublaron y sentí que mi corazón se estrujó al punto que pensé que se desgarraría dentro de mí.

—L-lo lamento Sasha, era la única forma. Él prometió que si se lo daban al vampiro este pararía la matanza de los magos blancos y de los ángeles. ¡Han muerto más de cincuenta y ocho ángeles, no podía permitir que siguieran las muertes!

—¡Pues serán cincuenta y nueve con Lucian! —grité colérico—. ¡Lo vendiste, Layla, vendiste su vida! ¡Él no tenía nada que ver en esto!

—¡Una vida más es nada, en comparación a las que se salvarán! —gritó desesperada—. Además, él prometió que no le haría nada si tú cooperas.

*Promesas, promesas, promesas.*

—¿Y tú le creíste…? Por supuesto que le creíste. ¡Confiaste en el mismo demonio que llegó tan lejos solo para empujarme a casarme con su hija! —bramé destrozado.

—Oh, por las runas, Alexander, todavía piensas que solo quiero que te cases con mi hija, que inocente de tu parte. No, hago todo esto porque quiero al pequeño que nacerá de ese matrimonio. Lo voy a entrenar yo mismo para que sea capaz de conceder todos mis deseos.

*Eso es aún más retorcido y horrible.*

*Había perdido.*

*Haría lo que fuera, cualquier cosa que él quisiera. Ambos lo sabíamos. No había forma de resistirme cuando su vida estaba en juego.*

—¿Qué quieres por Lucian? —renuncié sin fuerzas para pelear.

—Tú te casas en una semana con mi hija, me das a mi heredero, cuando este nazca, liberaré a

Lucian. Le borraré sus recuerdos de ti, él podrá hacer su vida y tú la tuya. Sin trucos.

*«Le borraré sus recuerdos de ti».*

Mi corazón se hizo añicos con esa frase, no podía comprender por qué el destino me odiaba tanto como para reírse así de mi desgracia.

*Maldición. No es justo, pensé que la pesadilla se había acabado. Qué iluso fui al permitirme tener esperanzas.*

—Solo me casaré con ella si me muestras a Lucian intacto antes, si no, no hay trato.

—Perfecto. Tenemos un acuerdo.

*Lo siento ángel mío.*

*No puedo permitir esto.*

*Tú tienes que vivir, tienes que vivir a cualquier costo.*

*Tu felicidad será la mía.*

*Mi corazón siempre será tuyo.*

*A. Leblanc, Mago clase SS de Lucian Asher.*

# *19*
## *El ángel de la esperanza y alegría*

¿Este es el momento donde debería preocuparme? Porque ciertamente me sentía preocupado. Desde que recobré la conciencia hasta ahora habían pasado tres días. Creo que puedo permitirme perder un poco la cabeza en mi tercer día encerrado en un calabozo. No debería, porque confiaba trescientos por ciento en mi mago, sabía que él haría todo lo que estuviera a su alcance para sacarme de aquí.

*¡Alexander! ¡¿Dónde estás?!*

La celda tenía una cama y una especie de pantalla que solo se encendía para mostrarme cosas horribles —como ángeles gritando en agonía—, pero si cerraba los ojos y contaba hasta treinta volvía a apagarse. No había muchas más comodidades, pero me traían tres comidas al día por lo que suponía que aún me necesitan vivo.

El cambio de estar en el bolsillo de mi mago a estar en una horrible celda fue demasiado rápido para mi gusto, ni siquiera puedo recordar cómo ocurrió todo. No tenía ninguna idea de donde me encontraba, o sea, si sabía que esto era la guarida del vampiro loco que casi mata a mi hermano, porque lo había comprobado apenas llegué.

La primera vez que lo vi me encontraba temblando de miedo al estar los dos solos dentro de la celda, no sabía qué es lo que me haría, pero todo lo que podía pensar en ese momento era que él se veía muy dispuesto a morderme y drenar toda mi sangre, lo cual de hecho intentó, más de una vez, pero el resultado siempre era el mismo:

Ser paralizado mientras comenzaba a congelarse al estar cerca de mí.

Después de intentarlo cinco veces con el mismo resultado dejé de tenerle miedo. Por mucho que fuera horrible y me amenazara de mil formas posibles, no podía ponerme ni un solo dedo o colmillo encima. Así que ahora trataba de ignorarlo. Me dio hasta un poco de pena por él, era francamente humillante que no se rindiera en atacarme, para luego salir repelido y congelado con tanta facilidad, por ello estaba agradecido, a pesar de todo, estaba a salvo.

Podía estar alejado de mi mago, pero su magia seguía a mi lado. Su anillo me protegía de todo, me mantenía fuerte y saludable durante el día, mientras que en la noche hacía aparecer una manta amarilla que me confortaba, me arropaba y me hacía sentir en casa. Era una magia muy bella.

Mi mago nunca mintió en eso de que me protegería de todo y de todos. Aun así, no podía evitar ponerme ansioso. Tres días no eran tanto, pero se me hacían eternos al no tener ninguna distracción.

—Lucian, dejaré la comida aquí.

*Tú de nuevo.*

Ese ángel de cabello rojo era el único que había sido amable conmigo estando aquí. En realidad, solo lo había visto a él, al vampiro, y a otro señor temible —de ojos rojos y una horrible cicatriz que le cruzaba todo el rostro— que me vigila de vez en cuando. De los tres, el ángel definitivamente era mi preferido.

Creo que entre ángeles podemos identificarnos, hay cierta aura que nos rodea que nos hace vernos más dóciles que los demás. Él es quien siempre me trae la comida y me pregunta si estoy bien. Francamente él se veía mucho peor que yo, si bien su cabello rojo seguía siendo vibrante, su rostro estaba bastante demacrado, tenía ojeras notorias bajo sus ojos avellana y su piel se veía mucho más pálida que cuando lo vi por primera vez, antes tenía un saludable bronceado.

*Algo le están haciendo.*

—No te vayas, por favor —pedí desesperado—. ¿Puedes quedarte un rato más?

Me acerqué a los barrotes donde se encontraba la bandeja de comida y me senté en el suelo. Solo quedaban unas tres horas antes de que fuera un nuevo día, lo que quería decir que serían cuatro días aquí secuestrado. Si no hablaba con alguien me volvería loco y realmente necesitaba mi salud mental si quería salir de aquí.

—Y-yo no debería…

Vi como dudaba respecto a si quedarse o no, sabía que esto era muy arriesgado para ambos, pero me quebraría mentalmente si pasaba más tiempo solo, estaba en el límite de mi cordura. Necesitaba hablar con alguien para no sentirme tan solo.

—Por favor —supliqué con la mirada.

—Me meteré en problemas si hablo contigo —explicó complicado.

—¿Por qué? ¿Por qué soy un prisionero? —estaba desesperado por generar una conversación.

Vi cómo él sonrió sutilmente, pero negó con la cabeza para luego bajarla avergonzado.

—No, no es eso. Soy realmente malo mintiendo —señaló con un hilo de voz.

*¡Ah, eso!*

—¡Yo también! —respondí emocionado—. No te preocupes por eso. Mi mago siempre dijo que la honestidad era una característica que te hacía valiente —expliqué algo más alegre por poder conversar con alguien.

—¿Tu mago? ¿Tienes un mago? —preguntó algo más relajado.

—Sí, Alexander Leblanc, *Golden Dealer*, el mago más fuerte, amable y guapo de todos —respondí con una sonrisa llena de orgullo.

—Ah, quieres decir que eres su ángel. ¿Es tu creador?

—No, no. Él es mío, me pertenece, así como yo le pertenezco a él —expliqué orgulloso—. Sé que eso de las pertenencias de las personas es algo no muy correcto, porque cada uno es un ser en sí mismo, pero creo que voluntariamente nos pertenecemos.

—¿Un mago puede ser tuyo? —preguntó anonadado—. Creía que los ángeles solo podíamos servir a otros, no tener nada propio.

—Él definitivamente es mío —no daría mi brazo a torcer—. No sé mucho de las leyes de los ángeles, pero mi mago se encargó de decirme que su alma y su vida me pertenecen, no importa lo que digan los demás, y yo confío fielmente en sus palabras.

—Vaya… debe ser un muy buen mago, nunca había escuchado de uno tan abnegado —reconoció con amabilidad—. Mi nuevo amo dice que soy un estorbo que no sirve para nada, porque no me puedo quedar en silencio ni puedo ocultar las cosas —respondió avergonzado de sí mismo.

*¡¿Cómo puede tratarlo así?! Nadie es un estorbo, menos por cosas que otros consideran grandes valores y virtudes.*

—¿Hablas del vampiro? —vi como asentía suavemente—. Él no sabe lo que dice, es un

engreído que no tiene idea del valor que significa una vida, así que no le hagas caso a sus palabras. Tienes que creerle a mi mago —recomendé—. El vampiro tiene como unos… veinte años de vida, a lo mucho, mi mago debe tener el doble —señalé sin estar realmente seguro de su edad—. Por eso hay que hacerle caso a él. La honestidad es una virtud, no importa lo que el vampiro enano diga.

*Nunca le pregunté cuántos años tenía. Soy un idiota. Aunque realmente no importa cuantos tenga, solo se ve un poco mayor que yo, y me gusta que sea más maduro en sus pensamientos.*

—¿Cómo es que no tienes miedo? —me miró confundido—. Mi amo está como loco porque tú no te ves ni un poco angustiado por encontrarte aquí. A mí también me sorprende un poco, estás en un calabozo, encerrado, solo… no sabes qué es lo que harán contigo. Es una situación horrible.

*Deberían darme puntos por eso. Es un gran mérito el mantener la templanza en situaciones de crisis. He tenido que hacer múltiples ejercicios de respiración para no dejar ver mi angustia, no quiero darles ese poder mientras pueda evitarlo.*

—Sí tengo miedo, mucho en realidad, pero confío mucho más en que mi mago está luchando en otro lado para rescatarme, es lo que siempre ha hecho —solté un melancólico suspiro—. Me duele pensar que lo olvidé más de cien veces, pero aun así él nunca me ha dejado de cuidar, por eso es momento de que ahora sea consciente de esto.

*Sé que en otro lugar debe estar junto a nuestros amigos haciendo lo imposible por idear alguna forma de sacarme de aquí. Tenía que esperar y tratar de ayudarlo de algún modo.*

Vi como su expresión se relajó y mostró una tímida sonrisa.

—Eres muy raro. Eres humano, pero te siento como uno de nosotros. Realmente pensé que eras un ángel por un momento.

*Pensé que ya sabías que era un ángel.*

—Oh, sí, supongo que soy un poco raro, soy mitad ángel y mitad humano —confesé sintiendo que podía confiar en él—. ¿Cómo te llamas?

Esa simple pregunta cambió por completo su humor, su expresión se ensombreció repentinamente y supe que había pisado un terreno delicado. ¿Era un secreto muy personal que un prisionero como yo no debería saber? ¿Quizás no le gustaba su nombre porque le recordaba a su antigua vida? Con un triste suspiro volvió a hablar, contestando a mi pregunta con una respuesta que no contemplé.

—No tengo nombre —confesó con pena.

—¿Qué? ¿Cómo es eso posible? —pregunté con genuina curiosidad—. Todos tenemos un nombre.

*¿Cómo has vivido tantos años sin un nombre?*

—Para los ángeles el tema de los nombres es realmente importante, no te nombran al nacer, te nombran después de que tu creador reconoce tu virtud, de esta forma tu nombre representa tus dones. Mi creador no alcanzó a darme mi nombre, mi nuevo amo lo mató antes de que él pudiera hacerlo —su voz estaba llena de dolor.

*Jodida mierda.*

Pude ver como el ángel tenía una expresión de tristeza la cual trataba de ocultar, pero era imposible hacerlo a cabalidad, era evidente que le dolía demasiado hablar de este tema en particular.

*Maldición, le hice revivir malos recuerdos.*

—Lo lamento muchísimo.

—No, no es culpa de Lucian —me dio un intento de sonrisa—. Tú no hiciste nada malo, así que no debes disculparte.

Es verdad, pero aun así lo sentía. No solo por el hecho que le arrebataron a alguien importante para él, sino también porque le privaron de poder tener su propia identidad. Es tan injusto lo que tiene que vivir, sirviendo justamente a quien le quitó todo lo que le importaba en su vida. Es retorcido.

Sé que es un tema sensible y parecía estar a punto de explotar a llorar en cualquier momento. Podía cambiar el tema, pero mi intuición me decía que él realmente necesitaba desahogarse de todas las cosas que cargaba en su interior, así que lo mínimo que podía hacer era escucharlo.

—¿Lo extrañas? —pregunté sabiendo la respuesta.

—Muchísimo —reconoció con una sonrisa melancólica.

*Es evidente.*

—¿Cómo era él? —pregunté tanteando el terreno—. Sé que posiblemente no quieras hablar del tema, lo entenderé completamente, estoy siendo un entrometido, eso siempre ha sido un problema…

—No, tranquilo —detuvo con amabilidad—. Sinceramente, creo que me hace feliz hablar de él. Recuerdo que era ruidoso… en realidad, los dos lo éramos —evocó con una pequeña risa al final—. Me encantaba que fuera muy cariñoso y de piel, muy diferente a otros creadores mucho más huraños. Siempre me sonreía a montones, como si el mero hecho de mirarme le hiciera feliz. Hablaba muchísimo, su tema favorito era sobre la música, era algo que le intrigaba y fascinaba muchísimo.

Poco a poco pude ver cómo él se abría y se mostraba mucho más entusiasmado de hablar de quien fue su creador. Era como si por fin pudiera ser él mismo, sin reprimirse en lo más mínimo, me traía un genuino sentimiento de alivio al alma.

—¿En serio? ¡Mi hermano es músico! —comenté entusiasmado—. Él compone, escribe y produce canciones. Toca el piano, no es tan bueno cantando, pero hace que el piano cante por él.

—Lo sé, toca realmente hermoso —era la primera vez que lo veía sonreír tan plenamente.

*¿Cómo…? Espera.*

—¿Tú lo conoces?

—Solo un poco —confesó con pesar—, le pedí a mi creador protegerlo, se suponía que era el ángel guardián de Dean, pero ni eso pude hacer bien.

*Por toda la magia.*

—¿Eres su…?

*¿Dean lo sabía? Estoy seguro que no, lo hubiera mencionado con todo esto que está pasando.*

—Sí —afirmó con una dulce sonrisa.

—¿C-cómo es que te asignan a un humano? —trastabillé genuinamente sorprendido—. ¿Cómo pasó? ¿Cuánto tiempo?

*Jodida mierda.*

*Él es el ángel de la guarda de mi hermano.*

*Mierda.*

Tenía que sacarnos de aquí, si lograba escapar definitivamente me lo llevaría conmigo. No hay forma de que lo deje aquí. Tengo que hacer un gran plan que sopese todas las dificultades en

las que estoy actualmente.

—Sucede por diferentes motivos, por regla general se les asigna un ángel de la guarda a los humanos que han sufrido una enorme pérdida, una taaaaan grande que otro podría preferir quitarse la vida, pero si ellos son resilientes y pueden superar esa pena son merecedores de que cuidemos de ellos para que nunca más vuelvan a pasar por eso.

—Eso suena terrible —reconocí aterrado.

—No, no, Lucian, los problemas existen para ser superados, todo el mundo tiene problemas, tiene dolencias, tiene sufrimientos, penas y angustias, pero cuando sufrimos una pena muy grande significa que seremos el doble de felices. Nosotros nos encargamos de que así sea, lamentablemente, a veces nos demoramos en llegar.

—¿Mi hermano sufrió tanto? —pregunté afligido.

*Dean.*

—Sí, no tuvo una adolescencia muy buena, no entendemos por qué los humanos siguen dándole tanta importancia o trascendencia al género de la persona en sí mismo o de la que eliges amar. Tampoco entiendo por qué los humanos desvalorizan el arte de crear música. Ni qué importa que algunos sean más introvertidos que otros. La gente no es muy tolerante con aquello que es un poco diferente a sus concepciones de lo normal.

Recordaba perfectamente muchísimas veces en las que Dean llegó lleno de heridas, nuestro padre siempre tomaba su chaqueta decía que hablaría con los padres de los niños que le estaba pegando a su hijo, mientras que papá Habuh siempre curó sus heridas con una mueca de tristeza mientras le pedía disculpas, aun cuando claramente él no era el culpable.

Mi hermano siempre tuvo la cabeza en alto, aun cuando estaba cubierto de golpes. Solo yo sabía cuanto sufría al sentirlo llorar por las noches, siempre procuraba pasarme a su cama para dormir abrazado a él rogando que mi compañía pudiera calmar su dolor. A veces papá se colaba en nuestra cama para cantar una canción y hacernos cariño en el pelo, eso siempre nos calmaba. Extrañaba sus caricias.

—Eso quiere decir que Dean sufrió porque otros lo molestaron por gustarle los hombres, siempre pensé que era más bien asexual, hasta que lo vi interactuar con Alexander. Pero… mi hermano no es de los que se acomplejaría tanto por su sexualidad.

—No, o sea, sí se burlaban de él por eso, pero como tú bien dices, él siempre fue fuerte, no les hacía caso —en ese momento tomó una pausa para mirarme, debatiéndose entre contarme el resto o no, finalmente retomó la conversación—. Comenzó su tortura cuando comenzaron a hablar mal de su familia, ellos hablaron mal de tu padre porque reemplazó a su esposa por otro hombre, que el otro hombre afeminado tenía la culpa de que Dean y tú salieran así —refiriéndose despectivamente a la sexualidad y actitud de ambos—. Eso hizo que tu hermano estallara la primera vez y ocasionara un gran pleito.

*Hermano…*

—¿Hubo más veces?

—Muchísimas —asintió con cansancio—. También te defendía a ti, él haría lo que fuera por su familia.

—Mi hermano siempre ha sido así, no es que sea muy atlético, ni siquiera tiene gran musculatura, pero desde que tengo memoria se ha metido en peleas. La verdad, es que siempre me he sentido protegido a su lado —reconocí con algo de tristeza—. ¿Cuándo comenzaste a

protegerlo?

Ante mi pregunta él volvió a bajar su cabeza, apenado y avergonzado, así que esperé con paciencia para que volviera a abrirse cuando se sintiera listo. No quería que se sintiera presionado de ninguna forma, solo tenía genuina curiosidad.

—No es como que los ángeles metemos la mano a una tómbola y sacamos el nombre de nuestro protegido —respondió con una triste sonrisa—. Yo no estaba listo para tener un protegido, tanto mi creador como yo mismo lo sabíamos. ¡Ni siquiera tenía mi nombre!, pero todo cambió cuando llegó ese mago.

—¿Ese mago…?

—Sí, un mago de ojos azules y cabello castaño —*¿Será…?* —. Él nunca me vio porque estaba escondido detrás de la puerta, solo habló con mi creador. Parecían viejos amigos. El mago estaba desesperado, había escuchado rumores de que mi creador tenía un ángel nuevo, por lo que le contó toda la historia de Dean y le rogó que fuera su guardián.

*Mierda. ¿Un mago que conociera la historia de Dean? Solamente podía ser Alexander, no hay forma que fuera otro.*

—¿Accedió?

—No, claro que no. No estaba listo, mi creador le explicó eso al mago, pero él no quiso escuchar. El mago estaba desesperado, le gritó que se había intentado quitar la vida, porque creía que todos los problemas y rumores de su familia eran por su culpa —explicó frotando su rostro con tristeza—. Que por su culpa estaban dejando mal a su padre, que por su culpa estaban molestando a su hermano, que ni siquiera merecía ser su hijo porque, según él, dañó a muchas personas. Estaba convencido de que todo se solucionaría si no existiera.

*Mierda.*

*Mierda.*

*¡¿Hermano qué hiciste?! Por supuesto que no es así. Te necesitamos en nuestras vidas.*

—Dean —susurré con el corazón apretado—, pero tu creador aceptó, por eso eras su ángel. ¿Cierto? —tenía la garganta apretada de la angustia.

—No, no lo hizo —respondió sonriente—. El mago estaba colérico por la decisión de mi creador, le dio mil y una razones por las que Dean necesitaba y merecía la protección de un ángel, pero mi creador no dio su brazo a torcer.

*¡No sonrías! ¡Detente! ¡Cómo puedes hablar de que tu mago le negó ayuda a mi hermano con una sonrisa en el rostro!*

—¡¿Por qué sonríes?! —repliqué molesto, sin poder controlar mis emociones—. Es la vida de mi hermano de la que estamos hablando.

Eso pareció sorprenderlo, levantó sus manos en señal de derrota, sin embargo, no pudo borrar su sonrisa.

—Oh, por favor no te ofendas —pidió amablemente—. No puedo contener mi sonrisa por la respuesta final del mago, realmente fue muy genial, nunca la olvidaré, dijo: «¡Bien, él no los necesita, él será jodidamente feliz, será el mejor músico de todos, creará música mejor que la que tanto amas. Yo lo protegeré de todo, olvida que vine, ¡fue una pérdida de tiempo!» —lo imitó con los ojos brillantes.

*Alexander. Ese definitivamente era Alexander. Por supuesto que es él.*

*Ay, mi amado mago…*

*¿Cuántas cosas has hecho por nosotros?*

—¿Cómo no lo noté antes? —pregunté retóricamente, sintiendo que mis ojos se nublaban, con toda mi fuerza de voluntad traté de tragar el nudo de mi garganta—. Si tu mago no lo permitió, entonces ¿cómo te volviste su ángel de la guarda?

Me concedió unos segundos para que pudiera limpiar las pocas lágrimas que se habían caído por mi rostro. Traté de regularizar mi respiración en un vano intento para calmarme y, cuando vio que recuperé un poco la calma, continuó su relato.

—Como escuché todo, le pedí a mi creador que me permitiera ser su ángel guardián, pero se negó rotundamente porque claramente no estaba listo, aún me faltaban diez años de entrenamiento. Eso me frustró mucho en su momento, no podía esperar diez años para ser su guardián, él me necesitaba ahora. Obstinadamente me propuse aprender todo mi entrenamiento en cinco años, reduje mis horas de sueño, las de ocio, no me relacioné con otros ángeles, lo que fue muy difícil, pero saber que tenía que esforzarme por tu hermano me motivó a cumplir con todo.

*Dean, tenías a alguien esforzándose mucho por ti.*

—Al completar todo mi entrenamiento ni siquiera esperé a que mi creador me diera un nombre, simplemente bajé a conocer a mi humano, necesitaba verlo como recompensa de mi arduo esfuerzo. Cuando lo encontré no fue nada parecido a lo que tantas veces imaginé —se rascó la mejilla con diversión—. Me había formado una imagen mental de que tendría a un adolescente tímido, con muchos problemas de autoestima y confianza, algo huraño quizás —tomó una larga respiración para luego negar con su cabeza—, pero no, tu hermano no era nada símil a la idea que tenía de él.

*Exacto, Dean es mucho más que eso.*

Vi claramente como sus ojos brillaban y su sonrisa se expandía al hablar de mi hermano, él realmente lo quería mucho. Podía notar su regocijo al hablar de él sin que me lo dijera directamente, su rostro era muy franco respecto a ello.

—Tu hermano tenía un temple muy fuerte —comenzó explicando—, efectivamente era huraño, no tenía miedo a alzar la voz, era introvertido, pero no tímido, lo vi muy seguro de sí mismo, así que ingenuamente pensé que no me necesitaba —ante esa afirmación negó con ironía —, pero al escuchar su música lo comprendí todo. Su música gritaba soledad, tristeza, rabia, pena, frustración y agonía. En ese momento tuve la mayor epifanía de todas: él no necesitaba que lo cuidaran, lo que él realmente necesitaba era que le dieran esperanzas para seguir viviendo, que le dieran alegrías y montones de diversión. Decidí que ambiciosamente yo se los daría, lo haría sonreír, sería quien le regalara su energía cuando él ya no tuviera más…

En todo el monólogo del ángel podía entrever claramente todos los sentimientos que este poseía por mi hermano. Era realmente hermoso y noble ya que genuinamente quería lo mejor para él.

*Hermano… tienes un gran ángel velando por ti.*

*Esperanza.*

—¡Hope! —exclamé repentinamente.

—¿Hope? —me miró extrañado—. ¿De qué hablas, Lucian?

—Ese es tu nombre —presenté—. Hope, eres el ángel de la esperanza y la alegría.

—¿Hope es mi nombre? —preguntó con sus ojos llenos de estrellas brillantes.

—Sí, desde ahora serás Hope —declaré con una sonrisa.

Mis palabras desarmaron al ufano ángel pelirrojo e hicieron que se quebrara por completo. Las lágrimas no paraban de rodar por sus mejillas, como si hubiera abierto una llave de agua y nunca la cerré. Otorgarle un nombre fue un momento catártico, no importaba el contexto en que estuviéramos, sentía que esa fue la razón por la que me encontraba en este lugar. Para conocer a Hope. Todos nos merecemos un nombre, este nos da identidad, autonomía y, al mismo tiempo, un sentido de pertenencia. Hope era un nombre perfecto para alguien con tan nobles intenciones.

*Quiero que todos te conozcan, estoy seguro que te apreciarán y valorarán mucho más que aquí. Te mereces mucho más que esto, Hope. Nos sacaré de aquí de alguna forma.*

No pasaron muchos minutos antes de que Hope tuviera que salir corriendo de mi calabozo, habíamos pasado demasiado tiempo hablando y vinieron a buscarlo. Me sentí muy culpable cuando escuché como fue regañado severamente por estar fraternizando con un prisionero.

Eliminando lo anterior, esta fue la noche en que mejor dormí. Por primera vez, desde el secuestro y confinamiento no me sentí tan solo, gracias a Hope me sentía mucho más cercano a mi familia, su recuerdo estaba latente en mí.

No solo eso, volví a rectificar el gran corazón que tiene mi mago.

*¿Hasta qué punto has llegado por nosotros, Alexander?*

*¿Por qué siempre nos antepones a ti mismo?*

Ese día soñé con él. Soñé con sus encantadores ojos sonrientes, con sus dulces caricias, con sus tiernas palabras. Quería verlo. Necesitaba verlo.

—¡Lucian! ¡Debes prender la pantalla! —gritó Hope despertándome abruptamente.

No lo había sentido llegar, pero podía sentir la urgencia en su voz a medida que mis sentidos se encendían. La manta amarilla se deshizo en el aire dejándome solo con un ángel jadeante, sosteniendo los barrotes de mi calabozo.

—No quiero. La última vez que la prendí vi como el chupasangre torturaba a un ángel —rehusé con miedo, negando con la cabeza.

—No es él esta vez —explicó con urgencia—. ¡Es tu padre! ¡Habuhiah!

—¿Papá…?

Ante la mención de su nombre rápidamente abandoné mi catre y corrí a prender la pantalla.

Efectivamente era la imagen de mi papá, no podía escuchar nada de lo que me mostraba, solo ver el video atentamente.

*¿Papá, qué ocurre?*

Era él caminando hasta llegar en medio de un círculo lleno de runas, estaba encadenado y aún se veía algo demacrado, pero no tanto como cuando lo vi en su celda. Con mucha dificultad se arrodilló y desplegó sus alas en todo su esplendor. Al ver como seguían fracturadas y con muchas plumas perdidas mi estómago se apretó.

—¿Qué mierda está pasando? —pregunté sintiendo un nudo en la garganta causado por el terror.

—Por lo que escuché, este era el castigo que recibió en su juicio.

—¿Castigo? ¡¿Qué clase de castigo?! —grité desesperado.

Lo miré esperando respuestas, pero al verlo bajar su cabeza y mirar al suelo supe que no era nada bueno, volví a dirigir la mirada a la pantalla.

—A él…

No alcanzó a decir más cuando vi el fuego azul estallar en la pantalla, llamas ascendían de abajo hacia arriba consumiendo las plumas de ambas alas de mi padre.

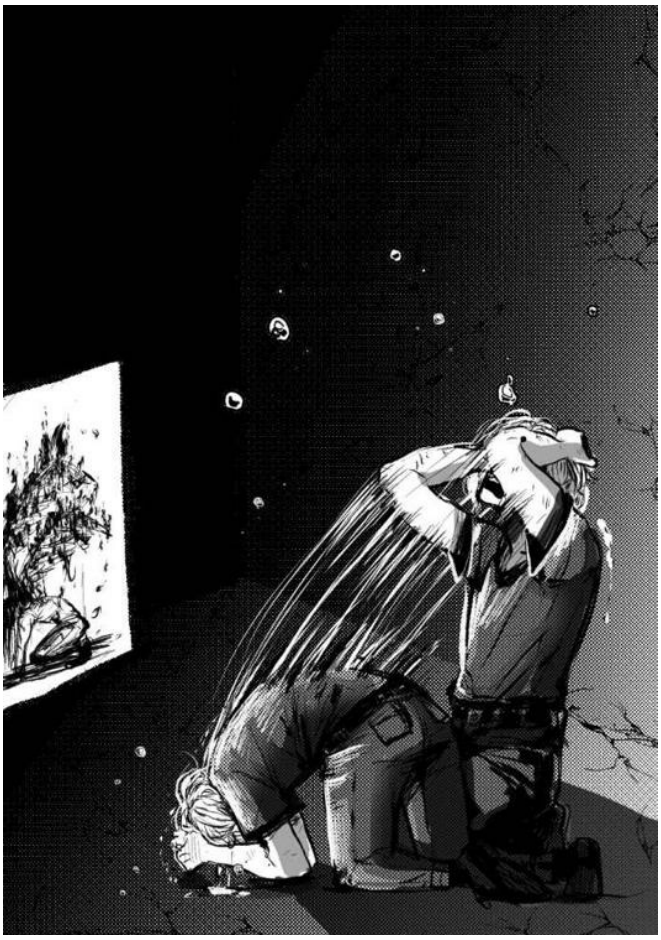
*No…*

*No, no, no, no. ¡NOOOO!*

*¡PAPÁ!*

—N-no… p-paren… —sollocé vanamente—. ¡Le están haciendo daño!

Mi mano se fue a mi boca para tratar de callar los quejidos de angustia que salían de mis labios sin control, mientras que mis ojos se estaban quemando por las lágrimas acumuladas que comenzaban a resbalar por mis mejillas.



Cuando enfocaban la cara contrariada de dolor de mi papá mi corazón se apretaba y agonizaba como si le enterraran miles de agujas. Una a una sus plumas iban cayendo carbonizadas, mientras se veía la cara desfigurada de mi padre gritando en silencio. Era mortificantemente desgarrador.

Mis oídos se habían aclopado, así que escuchaba en la lejanía mis propios gritos durante toda esta tortura, pero no sería tan consciente de ellos si no fuera por el ardor que sentían mis cuerdas vocales al desgarrarse.

*Papá… papá…*

Cuando estaba a punto de terminar me encontraba hecho un ovillo en el suelo sin apartar la vista de la televisión, ya no tenía más voz con la que gritar, mi garganta no podía producir más sonidos. Muy dentro de mí estaba sintiendo genuino terror al sentir el vínculo con mi padre desvanecerse.

*Mi papá está muriendo. Lo están matando. No había manera de que soportara hasta el final…*

Al reparar en eso sentí que yo mismo me moría, me estaba asfixiando, mi pecho no paraba de doler, como si me hubiera roto una costilla o estuvieran apretando mi corazón.

*No puedo morir, mi papá no puede morir. No podemos morir. No. No, por favor.*

Luego la pantalla se puso blanca y hubo un gran revuelo, el fuego se había acabado. Me abracé a mí mismo, cruzando mis brazos y llevando las manos a mis hombros, traté de dar pequeñas palmadas al mismo tiempo que trataba de respirar. Cuando levanté la mirada hacia la imagen frente a mí, mi corazón se detuvo por un momento, era mi mago el que se encontraba abrazando a mi padre.

*Alexander…*

Sus facciones estaban llenas de rabia y por su rostro no paraban de caer lágrimas de impotencia. Mi padre ni siquiera tenía fuerzas de aferrarse a él, pero pude ver como claramente su rostro se relajó al notar que era Alexander, no podía escuchar nada, pero no lo necesitaba, porque los labios de mi mago eran muy fáciles de leer:

*«Te tengo».*

*«Ya acabo todo».*

*«Fuiste muy fuerte, amigo mío».*

Mi mago terminó de decir esas palabras y mi padre perdió la conciencia en sus brazos, al mismo tiempo que yo tomé una profunda respiración.

*Respira, Cian. Respira. Papá está con Alexander, él no permitirá que muera. Lo salvará. Confía en él. No mueras aquí. Sé un poco más fuerte.*

El panorama era desgarrador, las hermosas plumas blancas de mi padre dejaron de existir, ahora solo quedaban un montón de cenizas, sangre y negrura. Quería ver si lo sanaban, quería ver cómo se pondría bien, quería verlo una vez más para saber que no moriría. Pero las cosas nunca salen como uno desea. La pantalla se apagó al mismo tiempo que Hope salía volando, estrellándose en una de las paredes de piedra, el estruendo me congeló del miedo.

El vampiro aplastó la cabeza del ángel contra el muro hasta dejarlo inconsciente.

Ni siquiera tuve tiempo para gritar, y no podía hacerlo. Estaba petrificado, sin voz, abrazándome a mí mismo, ahogándome de la desesperación. No quería verlo a él ahora. No podía hacerle frente cuando me estaba desmoronando de dolor.

—No se suponía que vieras eso —señaló con sus ojos rojos, centelleantes de rabia—. Maldito ángel bueno para nada, debí matarlo cuando tuve la oportunidad, solo me ha dado problemas.

Su voz chillona siempre conseguía ponerme los nervios de punta, pero era bueno disimulando, en este momento no tenía fuerzas para encararlo. Solo quería que todo fuera una horrible pesadilla de la cual pudiera despertar.

—N-no fue su culpa —excusé con afonía— yo prendí la pantalla, a mí es a quien debes golpear, no a él.

—Oh, angelito, lo haría si pudiera, tú sabes muy bien eso —siseó entre sus colmillos.

—Si tanto te molestaba que viera la pantalla ¡¿Por qué mierda hay una en mi celda?! —cuestioné con lo último que me quedaba de voz.

Apenas formulé la pregunta me arrepentí, porque comenzó a formarse una siniestra sonrisa en un rostro.

—Eso fue una petición especial que me hicieron. Tienes que mirar la pantalla en tres días, solo para eso está ahí.

Eso me puso a la defensiva, una petición especial no sonaba a nada bueno. Ni siquiera estaba seguro de quien era el que me necesitaba con vida. Porque si fuera por el vampiro ya me hubiera matado.

*¿Con qué me torturarán ahora?*

—¿En tres días? ¿Qué hay en tres días?

Ante mis preguntas, su sonrisa se hizo el doble de grande y más atemorizante, realmente estaba disfrutando cada segundo de esto. A pesar de que estaba aterrado, prefería tener su atención en mí, porque de esa manera se olvidaría de la furia que tenía contra Hope por actuar ignorando sus órdenes.

—Una gran celebración, una a la que no estás invitado —señaló con diversión.

—¿Una celebración? —pregunté con dificultad.

*¿Pensé que era solo el juicio? ¿Hay otro evento importante en el consejo?*

—Sí, uno de los mayores acontecimientos del mundo mágico en los últimos cinco o seis siglos. La boda del milenio.

*Mierda… no. Por favor. Alexander, dime que tú no…*

—Al parecer *Golden Dealer* conoció a su pareja destinada, porque se va a casar en tres lunas más —jactó retirándose del calabozo, dejándome con mi furia.

Ese es el momento donde mi mundo terminó por derrumbarse, mi corazón se hizo trizas y mi alma gritó.

*¡¿QUÉ MIERDA ESTÁS HACIENDO ALEXANDER?!*

*Cian, mitad ángel destrozado por completo de A. Leblanc.*

# *20*
## *Nos protegeré a ambos*

*¿Es broma, cierto? Definitivamente tenía que ser una broma.*

*¡MIERDA! ¡NO, NO LO ES! ¡Por supuesto que no lo es!*

*¡Esto es algo que definitivamente Alexander haría! ¡Te dije que no hicieras algo así!*

*¡Mago estúpido!*

*¡Yo estoy bien, no tienes que sacrificarte por mí!*

*¿No lo sientes?*

*¡Leblanc!*

*¡Alexander!*

*¡Alex!*

*¡Sasha…!*

—N-no lo hagas… —pensé en voz alta aún con mi voz rasposa.

—Oh, parece que toqué un tema sensible —puntualizó con ironía—. Posiblemente quieras saber más detalles de la hermosa pareja, porque ciertamente hacen una bella pareja —agregó con rapidez para hacerme enojar—, son ambos muy hermosos juntos.

—Cállate —susurré con mi voz quebrada.

—Hay que ser ciegos para no ver el atractivo de ella. No hay duda que es una mujer muy fértil para darle el tan esperado heredero al mago.

—¡Cállate! —alcé la voz con dolor mirándolo con odio.

*Está jugando contigo, Cian. Quiere sacarte de quicio, no caigas en su tonta manipulación.*

—¡Dicen que no han salido de su habitación desde hace días, deben estar teniendo sexo como locos sin parar!

—¡CÁLLATE! —vociferé al mismo tiempo que golpeaba los barrotes de la celda.

Sostuve su mirada completamente cegada por la ira, sintiendo un visceral desprecio por su existencia. Si no hubiera sido por los barrotes, me habría lanzado a atacarlo sin pensarlo. Lo odiaba. Me asqueaba lo que había hecho con los ángeles y sus creadores, repudiaba que actualmente mantuviera un vínculo con Hope, me enfurecía que se aliara con Apolo para dañar a mi mago, y no le perdonaba lo que le había hecho a mi hermano.

*Y pensar que hace unas horas atrás sentías pena por él. Ni siquiera vale tu lastima, Cian.*

—Un ángel con agallas —aplaudió y silbó—, definitivamente un desperdicio lo que pasará contigo —mencionó con desdén—. Bien, lo quieras o no, el compromiso ya está acordado y el consejo de magos es muy severo en cuanto al cumplimiento de las tradiciones y los contratos. Así que no hay nada que puedas hacer al respecto angelito.

Luego de decir eso, se fue saltando divertido hacía el exterior del calabozo, olvidándose completamente del malherido ángel inconsciente en la estancia.

*Mierda, mierda, mierda. Todo es real, pero necesitas ordenar tu cabeza. Confía en que tu*

*padre está a salvo. Eso es lo más importante.*

*Sí, tu mago está cometiendo el error de su vida, lo que quiere decir que todo esto es culpa de Apolo y eso es jodidamente retorcido, porque supuestamente este vampiro mata ángeles y a sus creadores, los cuales —muchos de ellos— son sus descendientes directos. Maldición, esto es horrible.*

*Respira, Lucian, no es momento de sufrir un colapso. Respira. Primero hay que ayudar a Hope, luego piensas en lo otro. Soslaya la pena, ignora la angustia.*

*Un problema a la vez.*

*Un problema a la vez.*

*Un jodido problema a la vez.*

—Hope… —llamé desde los barrotes—, Hope, Hope ¿puedes oírme? —pregunté tratando de tragar saliva en el vano intento de aliviar mi ardor en la garganta—. Tienes que despertar. Hope, por favor. No me dejes, Hope. Abre los ojos.

Saqué mi brazo por entre los barrotes en un vano esfuerzo de alcanzarlo, pero simplemente era imposible, él estaba a unos tres metros lejos de mí. Al comprender que todo era inútil, golpeé mi cabeza frustrado contra los barrotes, no sabía qué hacer para ayudarlo, no podía dejarlo morir frente a mis ojos.

*Que esté vivo, que esté vivo, que esté vivo.*

*Por favor, que esté vivo.*

—Ugh…

Fue un simple quejido, pero fue como encontrar agua en el desierto, ese sonido trajo muchísimo alivio a mi alma. Aún había esperanzas, no estaba todo perdido.

—No pierdas la conciencia —implore aún algo desesperado—, arrástrate hacia mí.

—N-no puedo… —susurró con un hilo de voz.

*No, no, no. Respira, Cian. No te angusties, debes ayudarlo.*

—Sí, sí puedes —continué tragándome mi angustia—. Tú puedes, ven, no importa que te tomes todo el tiempo del mundo, pero debes venir a mi lado para ayudarte.

Francamente no sabía qué es lo que debía hacer. No tenía magia blanca como Alexander o Liam para curarlo, tampoco sabía mucho de runas como para poder crear algún encantamiento. Era un completo inútil que no podía ayudar a un amigo frente a sus ojos.

*¡Joder, ni siquiera sé primeros auxilios!*

*Cálmate, Cian. Si salgo de aquí lo primero que haré será tomar clases de primeros auxilios con Liam.*

*Espera…*

*¿Qué pasa si nunca salgo de aquí?*

*No, no, no.*

*No pienses en eso, Cian.*

*Confía en tu mago, él definitivamente debe haber hecho un plan para sacarte.*

*¿Y si no…? Mierda, y si no podía sacarme.*

*Oh, por toda la magia…*

*…O peor: puede sacarme, pero me hace olvidarlo.*

*No.*

*No, no, jodidamente no.*

*Alexander Leblanc, eres el mago más idiota de todos, si vendiste tu felicidad por la mía cuando salga de aquí no te librarás de mí.*

*Si salgo de aquí y no te olvido no te la pondré nada fácil.*

*Si salgo de aquí y te olvido, te encontraré no importa cómo y volveré a enamorarme de ti.*

Hope a duras penas logró llegar arrastrándose cerca de los barrotes, tenía sangre goteando por el rostro, venía de la parte superior de su cabeza, cerca de su sien izquierda donde había sido el impacto.

—Estás sangrando —carraspeé—. Eso es bueno… ¿eso es bueno, cierto? Sí, eso es bueno —me respondía solo—, Dean siempre me dijo que si la herida sangraba era mejor a que no lo hiciera, porque liberaba presión. Estamos bien, estamos bien —repetí como mantra—. ¡Estarás bien, Hope!

—Lu-Lucian… no me siento bien —respondió tratando de sostener la cabeza entre sus manos.

*¡Cálmate!*

*Cálmate, Lucian. Hope te necesita.*

—Tra-tranquilo no te ves tan mal como te imaginas.

*Mentira. Mentira. Mentira.*

*Lo siento tanto, Hope.*

—Realmente eres malo mintiendo —señaló cerrando los ojos.

—Tranquilo, sé que puedo hacer algo con esa herida. Solo… solo no te duermas, por favor. Sigue despierto —rogué angustiado.

Veamos, repasemos las cosas que tengo a mi disposición:

**1. El anillo de Alexander:**

El problema es que no sabía cómo usarlo, este se activaba por su propia cuenta, como era parte del alma de mi mago solo reaccionaba a mis necesidades inmediatas.

**2. La pulsera de Afrodita:**

Tenía tres cuencas de cristal en su interior, pero estoy seguro que Afrodita no es experta en curación, por lo que tengo entendido, es reconocida por su labia y sugestión, así que me da miedo usar una y agravar la condición de Hope.

**3. El collar de Liam:**

No, definitivamente no podía usarlo. Alexander sé negó rotundamente a que lo abriera.

*Bien, solo podía rogarle al anillo.*

—Alexander —comencé llevando el anillo a mis labios—, por favor, ayúdame con esto. No podemos permitir que Hope muera —me escocía la garganta con cada palabra que salía de mi boca—. Por favor, por favor, por favor. Deseo que sanes las heridas de Hope.

*Por favor, deseo que lo salves.*

Cerré mis ojos y besé el anillo, vertiendo toda mi fe en él.

Esperé.

…y esperé, pero nada pasó.

—¿En serio, Leblanc? —encaré incrédulo—. ¡Oh, vamos! ¡¿Realmente me abandonas ahora?!

*¡Dije las palabras mágicas! ¡Dije las jodidas palabras que siempre funcionan!*

*¡¿Por qué ahora no?! ¡No es justo! ¿También me abandonas en esto? Pensé que siempre me*

*cuidarías y ayudarías, pero no es así. ¡Te necesito ahora, Alexander! ¡No me dejes…!*

—Lu-Lucian no llores.

Eso detuvo mi autoindulgencia y recordé que alguien me necesitaba. Mierda, era un desastre, estaba llorando mientras tenía frente a mí a Hope casi muriéndose, no podía ser más inútil. Debía calmarme, tenía que hacer que funcionara, estaba seguro de que debía haber alguna manera porque el anillo se activaba sin que se lo pidiera.

—No puedo hacer que funcione. No sé qué hacer —con un hilo de voz traté de retener inútilmente las lágrimas que caían por mi mejilla —Por favor, resiste Hope, no me rendiré.

*Por favor, anillo.*

*Sé que no soy tu dueño, sé que no tienes ninguna obligación de responder a mi llamado, pero ayúdame por favor. Tu dueño también es el dueño de mi alma.*

Limpié mis lágrimas con mis manos y ese fue el momento en que el anillo comenzó a iluminarse, de inmediato sentí como mi garganta dejaba de doler, esperando lo mejor simplemente lo acerqué hasta tocar el rostro de Hope. Al mínimo contacto aparecieron unas pequeñas luces flotantes que comenzaron a borrar todo rastro de sangre, luego se posicionaron en el lugar de su cabeza que había recibido la mayor parte del impacto, se quedaron unos treinta segundos en esa zona y finalmente estas se absorbieron en la herida cuando sanó por completo.

*¡Nos curó!*

*¡Oh, Alexander, lamento haber dudado de ti, ¡soy un completo idiota!*

*Gracias. Gracias. Gracias.*

—¿Qué hiciste, Lucian? —Hope aún tenía una mueca de dolor en el rostro por moverse bruscamente, al parecer solo curó las heridas con riesgo vital.

—No estoy muy seguro, traté de pedir ayuda al anillo que me regaló Alexander —expliqué algo más aliviado.

—¿Te dio su anillo? —se sentó contra los barrotes.

—Sí, dijo que contenía su magia y me protegería —respondí con algo de melancolía.

—Vaya, eso es simplemente increíble.

—Sí, ya lo sé. No pude evitar emocionarme —acaricié el anillo de mi dedo.

*No es que fuera un anillo de compromiso o algo así, solo te prestó su anillo. Calma tu emoción, Cian.*

—No, no, Lucian, no lo entiendes. Los magos tienen un canalizador de magia.

—Sí, eso me lo explicó mi mago —atajé antes de que continuara—, me dijo que los magos verdes creaban su varita de las mismas ramas del árbol que nació junto a ellos.

—Lucian, este tipo de objetos son las posesiones más preciadas de un mago, porque parte de su alma está en ellos.

*Oh, santa magia.*

—¿C-cómo un horrocrux? —pregunté atragantándome con mi saliva.

—¿Un horocu qué?

*Maldición, olvidé que no debe conocer Harry Potter. Extraño a Alexander, él podía entender las referencias. Alexander…*

—Nada —respondí con algo de vergüenza—. ¿Dividió su alma para crearlo? ¿Mató?

Ante las preguntas, me miró con genuina extrañeza, como si no supiera de dónde salían esas preocupaciones, las cuales, por supuesto, eran legítimas.

—No, no —respondió cerrando un ojo en señal de dolor al negar con su cabeza—. Es porque pasan muchísimos años al lado de su objeto, por lo que este empieza a guardar recuerdos residuales. Al estar tanto tiempo en contacto con sus dueños, este se convierte en parte de ellos.

Eso suena mucho más hermoso y noble de lo que yo pensaba.

—O sea, es como una canción —señalé con un suspiro.

—¿Cómo una canción, a qué te refieres?

—Dicen que cuando escribes una canción pones parte de tu alma en ella. En realidad, creo que se aplica a cualquier creación artística.

Ante mi explicación su rostro formó una pequeña sonrisa, realmente se veía conmovido por mis palabras, así que con un pequeño asentimiento me dio la razón.

—Sí, como una canción.

—Y yo pensé que el mayor significado detrás de su anillo era que se estaba comprometiendo conmigo —susurré con un dejo de decepción.

—Es más que un compromiso —recordó Hope—, el hecho de que lo tengas contigo significa que su vida y su alma te pertenecen. Creo que es mucho más importante y esclarecedor que un compromiso.

*«Lucian Asher, mi vida es tuya».*

*No, al parecer ya no lo es.*

*¿Por qué me mentiste, Alexander? Pensé que había quedado claro que no debías sacrificarte por nadie.*

*Creí por completo en tus palabras, pero al parecer… aún quedan muchas cosas que tenemos que aclarar, trabajar y cambiar.*

*¿Pero y si ya no tenemos la oportunidad de hacerlo?*

*¿Y si ya no puedo hablar nunca más contigo?*

*Hablar, verte… recordarte.*

—Lucian, ¿por qué lloras? —secó mis lágrimas a través de los barrotes—. No llores.

*No quiero llorar, pero no puedo evitarlo, Hope.*

*Quiero a mi mago.*

*Quiero a Alexander.*

*Quiero que me abrace y me consuele.*

*Quiero que me bese y me llene de caricias.*

*Quiero que me diga que todo es un mal sueño.*

*Quiero verlo.*

*No quiero olvidarte, Alexander.*

*¡Alexander!*

*¡Alexander!*

*¡ALEXANDER LEBLANC!*

Toda la adrenalina que sentía se esfumó y, como mis niveles de cortisol bajaron, todo el peso de mis emociones me derribó por completo. No podía parar de llorar, ni tratar de calmarme, la pena, angustia, desesperación, soledad y miedo me abrumaron por completo. Me sentía tan desolado y desdichado que era asfixiante. Era sumamente injusto, toda la situación no hacía más que empeorar y empeorar.

—Lucian, no —llamó con suavidad—. Habla conmigo, entiendo que quieras desahogarte, pero no sé cómo ayudarte si no me dices la razón de toda tu angustia. ¿Es por tu padre? Estoy seguro que deben estar tratándolo y se pondrá mejor.

*También es por papá, pero mi miedo irracional no es por él. Mi padre está con todos los aliados de Alexander, ellos harán lo que esté a su alcance para ayudarlo. Está Liam, está Ezra, Dean y Fausto, todos se encargarán de que mi papá viva. Lo vi en el rostro de Alexander.*

*Lo que me rompe el corazón es que…*

—N-no me pertenece, Hope. Y-ya no. Él me d-dejó —traté de explicar entre espasmos de llanto ahogado—. Tengo miedo… miedo de olvidarlo por completo.

Mi pecho no podía más con la presión que sentía y, aunque mi mano no paraba de sobar la zona, no calmaba mi asfixiante dolor. Mi alma no paraba de clamar por la de mi mago y, al no tener respuesta, mi desdicha no hacía más que multiplicarse.

—¿De qué hablas, Lucian? —preguntó el ángel con voz calma—. Él no lo ha hecho.

—¡Se va a casar! —grité al mismo tiempo que la mano que se encontraba masajeando mi corazón empuñaba la prenda oscura sobre este—. ¡Se va a casar en tres días! —recordé bajando la vista al suelo—. Lo único que le pedí fue que no me dejara atrás, que no se sacrificara… y lo primero que hace es eso. ¡Se rindió con lo nuestro de inmediato!

—Lucian…

—N-no quiero que se rinda, le pedí encarecidamente que no lo hiciera —continué tratando de inútilmente secar las lágrimas que no paraban de salir—. Quiero que ambos luchemos, yo también quiero luchar por él y por lo nuestro, pero le encanta alejarme y no poder hacerlo. ¡Es tan injusto!

—Pequeño…

—Quiero que me ame y atesore egoístamente, lleva años haciéndolo altruistamente y no nos ha traído más que frustraciones —señalé con dolor—. ¡Pero nuevamente él prefirió rendirse! ¡Yo puedo soportarlo, puedo soportar cualquier dolor y castigo mientras signifique que puedo estar a su lado! Me subestima.

—Lucian, espera…

—¡No quiero que se case! ¡Quiero que me ame solo a mí! ¡No quiero sonar como un niño caprichoso y egoísta, nunca lo he sido, pero no puedo soportar la idea de que esté con alguien más que no sea conmigo, cuando ni siquiera tuvimos la oportunidad de…! —*maldición, maldición, maldición*—. De ser felices juntos.

Se me quebró por completo la voz en la última frase, no podía parar de llorar como un niño pequeño desesperado, sabía que estaba desahogándome por todo lo que ocurría, pero aun así no podía pensar con claridad, la pena y la impotencia nublaban mi juicio.

—Lucian, tu mago te ama. Él definitivamente no te ha dejado…

—¡Sí, lo hizo!

*El cruel vampiro fue muy enfático en eso era cuestión de tiempo para que hiciera desaparecer mis recuerdos de él con tal de que olvidara el dolor. No quiero, no quiero eso.*

—Pequeño, mira a tu alrededor —pidió con suavidad, logrando que por fin dirigiera una mirada a su rostro el cual tenía una pequeña sonrisa.

Me giré despacio tratando de limpiar mis lágrimas, pero lo que vi solo me hizo llorar con muchas más ganas.

*¡IDIOTA! ¡MAGO IDIOTA! ¡TE AMO!*

Ni siquiera me di cuenta cuando la manta amarilla me había cubierto para cobijarme mientras lloraba en medio de la celda, ahora estaba llena de pequeños brillos que parecían estrellas. Era como si todo el lugar se hubiera amoldado para parecerse al refugio de la cascada de Alexander, porque hasta las luces azules estaban de vuelta.

No tenía idea de cómo lo hizo, pero ahí estaba de nuevo, reconfortándome, cuidándome y protegiéndome. Toda su magia estaba rodeándome, aun cuando él se encontraba quizás cuantos kilómetros lejos de mí. Todo el lugar se sentía cálido, y comenzó a oler a rocío, una extraña mezcla de sensaciones que consiguió calmar un poco la gran pena que estaba cargando en esos momentos.

*¿Aún no me abandonas?*

Definitivamente la magia me estaba calmando, porque me sentía algo adormilado y muy cansado por todo lo ocurrido. Pero no podía rendirme al sueño aún.

—Lucian, ese frasco está brillando —señaló Hope.

*¿Frasco…?*

*¡Oh! ¡El frasco con la motita de algodón que me obsequió Liam!*

Me saqué el collar del cuello, emitía un suave destello y al sostenerlo en mi mano lo sentí entibiarse, como si fuera un ser vivo.

*Sorprendente.*

—¿Es momento de abrirte? —pregunté sabiendo que no podía entender lo que le decía, pero de alguna forma me sentía mucho más respetuoso con los objetos mágicos, ya que, al parecer, ellos también actúan por cuenta propia.

El brillo se intensificó un momento y me di cuenta que era la señal que necesitaba.Sin esperar más destape el frasco, en menos de un pestañeo me di cuenta que se trataba de un recuerdo, me dejé invadir por esa memoria.

Ya no me encontraba en la celda, estaba en un lugar que extrañaba mucho: la cafetería de Alexander. Frente a mis ojos estábamos nosotros, hablando frente a frente, separados solos por la barra.

—…Pero no pude. No sé qué está mal conmigo —tenía una expresión cargada de pena.

—¿Por qué habría algo malo contigo, Cian?

—Porque desaproveché la oportunidad de amar solo porque no me parecía correcto. Porque no sentía nada —agaché la cabeza—. No se sentía correcto.

*¿Qué es esto?*

—Quizás, solo no has encontrado al indicado —aconsejó apretando su puño con frustración.

*Tú eres mi indicado.*

—¿Pero y si nunca lo encuentro? —pregunté con algo de desesperación en mi voz—. Tengo veinte años y nunca he dado un beso, nunca he salido con nadie, soy un desastre.

*¡No, no lo eres!*

*¡Está frente a ti!*

*¡No lo dejes ir!*

—No eres un desastre, además estoy seguro que lo harás, lo encontrarás. No tienes que sentirte tan ansioso —susurró con amabilidad, pero podía leer su tensión corporal.

*Te encontré, te encontré más de cien veces, Alexander Leblanc, y te volveré a encontrar todas*

*las que sean necesarias.*

*No quiero que te restrinjas más. No tienes que guardarte todo tú solo.*

—Ya no quiero seguir sintiendo esto. Hay veces que me siento tan solo. Es como si mi corazón ya no quisiera quedarse en mi cuerpo. La soledad duele… —volví a lagrimear.

*No eres el único, Cian. Mira a ese mago frente a ti, está desesperado por la impotencia de verte así y no poder decirte nada. Ambos sufren, pero estoy seguro que estando juntos ese dolor desaparece.*

—No quiero sufrir más —susurré llorando—. No sé qué me ocurre…

—Tranquilo —respondió con una dulce sonrisa—. Está todo bien, Lucian.

—Pero no quería que me vieras llorando.

*¿Siempre somos tan llorones frente a él?*

*Se ve que está acostumbrado a eso.*

—No hay problema, estoy aquí para ti. Dime que es lo que más deseas, te prometo que lo cumpliré —pidió tomando mi mentón delicadamente.

*¡Oh, por toda la magia!*

*¡Alexander!*

*¿Cómo puedes ser tan encantador?*

Al primer contacto con su mano, mis lágrimas pararon de brotar y mis mejillas se tiñeron en un tenue rosa. Todo mi cuerpo se calmó totalmente bajo sus dedos. En ese suave toque sentí como un poco de su magia se arremolinaba a mi alrededor y calmaba mi angustia, por lo menos de forma momentánea.

—¿Lo prometes…? —pregunté con mis ojos brillantes por las lágrimas.

—Sí, Cian, te lo prometo.

—En ese caso… quiero un beso. Deseo que me beses.

*¿Yo?*

*¿Yo pedí un beso?*

*Por supuesto que yo tenía que arrinconarlo con algo así.*

Llevé las manos a mi boca mientras sonreía. Caminé hasta tomar el lugar del «yo» de mi recuerdo. Ahora estaba frente a mi guapo y desconcertado mago.

—¿U-un beso? Pero dijiste que no pudiste con ese otro tipo —señaló preocupado y avergonzado.

*Tan lindo. Eres realmente dulce, Alexander.*

*Me cuestionas mi deseo, aunque tus ojos azules brillan de emoción y delatan tus ganas de hacerlo. Debes ser más sincero con el amor, mago mío.*

—Sí, porque no se sentía correcto. Era como si mi corazón se estrujara de solo considerarlo, pero por alguna razón desde que entré a la tienda, mi corazón no para de latir feliz. Realmente deseo ser besado —las palabras salían de mi boca con total naturalidad, al mismo tiempo que sentía una sonrisa crecer en mi cara.

*Sorprendente.*

Ahora podía apreciar todo con más detalle y entendimiento. Su rostro pálido adornado con un inusual sonrojo en las mejillas, sus facciones marcadas completamente tensas, sus ojos azules brillando de emoción contenida, se acomodó un mechón de cabello detrás de la oreja y mordió

con suavidad sus labios rosas. Todo Alexander me estaba anhelando de forma que se le escapaba de las manos por completo. ¡En sus ojos había tanto amor!

Totalmente emocionado lo sentí tomar mi rostro con una de sus manos temblorosas y la otra la puso de apoyo en la barra. Lentamente comenzó a cerrar la distancia entre nuestros rostros. Mi pulso se había disparado tan fuerte que podía sentirlo golpear con fuerza mi pecho. A pesar de eso, lo estaba disfrutando al máximo.

Esta vez no me perdería ningún detalle de su potente mirada —era justo lo que necesitaba—, estaba cargada de amor, hacía que todas las dudas respecto a sus sentimientos por mí desaparecieran de inmediato.

—Solo relájate, Lucian, abre tus labios… —susurró cerca de mi rostro.

*¿Qué hacer cuando te lo piden tan sensualmente?*

*Solo queda derretirse y disfrutar este sueño hecho realidad.*

Me obligué a relajarme mientras veía como se lamía los labios, ansioso. Él estaba tan nervioso como yo. En ese momento lo supe, el momento en que juntamos nuestros labios:

*Este es el recuerdo de nuestro primer beso y fue mágico…*

No soy un mago, soy un simple humano mitad ángel, pero he leído sobre magia, y esto era otro nivel.

No fue un simple beso, fue mucho más. Nuestros labios se acoplaron de inmediato, yo me derretí completamente, me aferré como pude a su camisa, porque no conseguía estar lo suficientemente cerca de él. Cuando comenzamos a mover nuestras bocas mi mente se perdió, deleitándose en el juego: apretándose, soltándose, rozándose, probándose. No había forma de que pudiéramos quedar saciados con un simple roce.

Me sentía tan feliz y emocionado, era como si todos mis sentimientos salieran a flote, pero no me sentía abrumado, me sentía vivo, me sentía en casa. Este beso es uno de los momentos más felices de mi vida, era catártico.

Rozó mi labio inferior tentativamente con su lengua y sentí como todo mi cuerpo tembló de emoción derritiéndose por completo. Debía confesar que fue mucho mejor cuando se coló en mi interior, me perdí completamente, se sentía tan bien, tan placentero, no pude ni quise reprimir el sonido de éxtasis que escapó de mi garganta.

Sentía como la magia de Alexander fluía por mi cuerpo para cobijarme, para protegerme, para confortarme, para hacerme sentir cuánto me amaba. No podía estar más encantado. Pero lo mejor pasó cuando lentamente se separó de mis labios, porque pude escuchar un susurro que venía desde el alma de mi mago:

*—Mi ángel...*

—Mi dulce mago… te amo.

Abrí los ojos y todo en mi mente estaba mucho más claro. Ese mago es lo que más amo en este mundo. Claramente es mi felicidad y, sorprendentemente, yo soy la suya. No dejaría que nadie me apartara de él.

*¿Quieres protegerme?*

*Bien, hazlo.*

*Pero yo nos protegeré a ambos.*

*Lucharé por nuestro futuro juntos.*

*No permitiré que te alejes de mí tan fácil, Alexander. No cuando nos costó tanto poder estar*

*juntos.*

*No dejaré que te cases a menos que sea conmigo.*

—¿Lucian, por qué sonríes? —preguntó Hope por mi repentino cambio de humor.

Me tragué los nudos de mi garganta. Me deshice de las dudas, inseguridades, miedos y dolores. Necesitaba ser fuerte, por mí, por mi mago, por mi familia y por Hope.

Era el momento de dejar de sentirme miserable, cambiaría las cosas a mí favor.

—Tenemos que salir de aquí —declaré—. Tenemos que impedir una boda y tienes que hacer feliz a mi hermano.

Ante esas palabras sus ojos se iluminaron e igualaron mi rostro decidido.

—¿Tienes un plan?

—Tengo un plan y tú, amigo mío, eres parte de él. Me cansé de que me utilicen para chantajear a Alexander, también de esperar para ser rescatado, así que huiré por mi cuenta, tú también vienes, así que ponme atención: saldremos de aquí.

—¿Realmente crees que esto funcionará? —preguntó el ángel pelirrojo.

—No, pero no perdemos nada con intentar —traté de tranquilizarlo—. Miento, acabo de perder mi manta favorita por este plan.

Habíamos dejado pasar la noche para recuperar algo de fuerza mental y física, pero debíamos actuar rápido. Hope sabía que —probablemente— hoy lo matarían, no tenía nada que perder al arriesgarse tanto por mí.

Estaba decidido a ayudarme todo lo que pudiera para escapar de este lugar, no dudó en acatar todos mis pedidos. El primer encargo fue que me consiguiera alguno de los uniformes de los guardias para usarlo y así camuflarme con ellos. Por supuesto que sabía que esta era una estrategia temporal, fácilmente sabrían de mi intención al chequear la cámara de vigilancia que estaba en la celda, pero esto nos haría ganar algunos valiosos segundos.

Con ayuda del anillo de Alexander hice —sin saber muy bien cómo— que un pequeño brillo apareciera y lo puse en el lente de la cámara cuando Hope me trajo el uniforme. Mientras él abría la celda yo le pedí a mi manta amarilla que tomará la forma de una persona acostada. No quería dejarla, pero era la única forma de que cuando vieran la cámara pensarán que seguía allí.

Actualmente estábamos tratando de salir de las catacumbas del calabozo.

—No la perdiste —corrigió Hope—, es un objeto mágico, volverá a ti.

—¡¿En serio?! Me alegro muchísimo —me emocioné mientras lo seguía—. A todo esto, cómo encontraste las llaves de mi celda, creí que no las tenían los guardias. Llevo días tratando de encontrarlas cuando vienen a hacer rondas de vigilancia.

—Se las robé a mi amo cuando me golpeó —respondió algo sonrojado por la vergüenza.

*¡Eso fue antes de contarle mi plan!*

*Sabía que podía confiar en Hope, él estaba decidido a ayudarme antes de pedir su ayuda.*

—Creí que los ángeles no robaban —señalé divertido.

—No robé, pedí prestado indefinidamente —explicó con vergüenza—. *Bien*, si fue un robo, pero era por un bien mayor.

Se notaba lo complicado que estaba con su acto, yo simplemente pude reír por lo surrealista que era todo. Nos iban a matar —de diferentes maneras y en diferentes tiempos— a ambos, pero

aún seguía sintiéndose mal al robar las llaves que podrían salvarme la vida. Realmente es un ángel.

La huida no era tan fácil como mi pensamiento inicial creía. Estábamos en un calabozo, por lo que obligadamente debíamos subir al nivel principal para poder salir, esto sonaba sencillo, pero había muchísimos detalles que entorpecían este trabajo:

**1. Encontrarte celdas vacías llenas de plumas hermosas.**

En ninguna había un solo rastro de sangre, así como tampoco había cadáveres, lo que hacía todo mucho más mortificante porque significaba que los drenaron por completo y se deshicieron de los cuerpos. Lo peor de todo, es que no era una sola celda, había dejado de contar al número veinte.

Ni siquiera entendía cómo es que Hope seguía con vida. Me sentí tan asqueado que tuve que parar para vomitar, en ese momento me afirmé de la manga de Hope y, al descubrir un poco de piel, puede ver múltiples marcas de mordidas. Todo hizo click en mi cabeza. Básicamente estaba vivo de milagro, porque lo habían usado igual que otros ángeles. Por eso estos últimos días había llegado tan pálido, lo estaban drenando de a poco, porque al parecer era el último que quedaba.

**2. Los jodidos *Vampyguards*.**

Sí, sé que no debería estar haciendo un puto chiste —ni siquiera este mal juego de palabras— en este momento, pero todos los jodidos guardias tenían colmillos enormes, ojos color rojo, eran pálidos y, francamente, daban mucho miedo. Me parece muy importante recalcar, que no eran guapos. ¡Ni siquiera eran jóvenes! Eran viejos, feos y me daban escalofríos.

Cuando hablé sobre vampiros con Alexander me dijo que no los idealizara porque no serían como los de los libros románticos juveniles. Él puntualizó mucho que la mayoría que me topara en mi camino serían viejos, porque tenían magia negra. En su momento realmente esperaba que se vieran como *Gary Oldman*, cuando hizo a *Sirius Black*, o *Johnny Depp*, gente adulta por la que uno suspira. Pero no. Olvídenlo.

Tenía que poner todo de mi parte para mantener una expresión de indiferencia cuando pasábamos al lado de uno, pero mierda, era difícil, porque estaba sudando frio.

**3. Destacaba mucho, bastante, demasiado.**

Era un farol. Literal, todos los *vampyguards* se giraban a verme, pero al ver el uniforme solo quedaban confundidos y extrañados.

Gritaba que no era un vampiro por donde se me mirara, partiendo porque tenía cara de bebé en comparación a ellos, mis ojos no eran rojos, eran caramelo, tenía el pelo rubio, cuando todos los vampiros que había visto llevaban el pelo negro.

Me sentía como si alguien hubiera escrito con marcador en mi cara las letras de Á-N-G-E-L.

De hecho, estaba seguro que hasta me olían, pero como iba con Hope pensaban que el aroma era de él, no mío. Así que estuvimos bien los primeros minutos. Pero no había forma de que durara para siempre.

En ese mismo momento, cuando estábamos subiendo al primer nivel, las luces se apagaron y se prendieron las luces de emergencias rojas.

*Oh, no…*

—Corre —Hope comenzó a subir los escalones de dos en dos.

Hubo estruendos por todos lados, gritos, golpes a los barrotes, vidrios rotos, y pasos de gente corriendo muy cerca nuestro. Traté de ignorar y seguir avanzando, aprovechando el golpe de adrenalina.

—Estamos en estado de emergencia, eso quiere decir que cerraron la entrada principal y la de emergencia. Tenemos que ser rápidos para llegar a la azotea y saltar, es la única forma de salir de aquí.

—¿S-saltar? ¿De cuántos metros estamos hablando? —pregunté algo asustado, siguiendo al ángel por los pasillos del nivel superior.

—¿Ocho, diez metros quizás…?

*Bien, al cabo que no quería mis piernas.*

*Lo bueno es que conozco a un mago que es experto arreglando huesos rotos.*

Estaba tan distraído que no me fijé cuando uno de los vampiros saltó hacia mí desde unos de los pasillos que cruzaban el nuestro. Solo vi una mancha borrosa de ojos rojos volar en mi dirección para destrozarme el cuello.

*Mierda.*

—¡Lucian! —Hope intentó ponerse frente a mí como escudo.

Lo segundo que vi fue una mancha borrosa amarilla materializarse de la nada, desviando al vampiro y haciendo que se estrellara con uno de los muros de piedra.

*¡Mi manta!*

El vampiro siguió forcejeando para quitársela de encima del rostro, pero Hope ya había agarrado mi brazo y me estaba arrastrando fuera de ahí.

—¡HEY, ES EL PRISIONERO! ¡SE FUE POR AQUÍ! —gritó alertando a todos los demás guardias cercanos.

Con el anillo de Alexander su magia fluía hacia mí, alimentándome y protegiéndome, tenía toda la energía del mundo para correr, eso era lo único que podía hacer en ese momento.

No importaba que me hiciera un poco de daño o ganara unas cuantas heridas, correría sin parar aun con los pies lastimados, porque el solo recordar la sonrisa de mi mago, me daba fuerzas para seguir adelante.

Saldría de este calvario.

*Cian, mitad ángel lleno de adrenalina de A. Leblanc*

# *21*

## *Si un problema no tiene solución, hay que crearla*

—M-maestro Leblanc…

—Shh… Habuh no hables —alcancé la mano del ángel que se encontraba acostado boca abajo.

La imagen era desgarradora, todas sus plumas habían sido quemadas, sus alas habían sido reducidas a huesos y piel quemada, dolía de solo mirar su espalda.

El castigo del ángel había sido hace unas siete horas, hasta ese momento se encontraba inconsciente debido al inmensurable dolor al que había sido sometido. Nosotros, por el contrario, no habíamos despegado el ojo de él. Habíamos estado rotando en turnos de una hora para llenarlo de pomada para las quemaduras, literalmente lo estábamos bañando en ella al mismo tiempo que tratábamos de ir limpiando sus heridas.

—¡Liam! ¡Habuh despertó! —grité mientras que tomaba un paño húmedo y se lo pasaba por el rostro, limpié el sudor, lágrimas y suciedad de las cenizas.

No podíamos simplemente curarlo con magia, porque anularía el castigo y Habuh tendría que someterse a este nuevamente. Además, teníamos un pequeño inconveniente, nos estaban vigilando. Había dos guardias azules custodiando que no lo ayudáramos más de la cuenta, junto con muchísimos micrófonos en la habitación.

—Habuhiah, soy William, necesito que del uno al diez me digas cuánto dolor sientes —Liam puso su mano en el hombro herido de Habuh.

—N-nueve.

*Mierda. Él definitivamente estaba sintiendo más que un nueve.*

Liam movió su cabeza con un sutil balanceo, apuntando hacia la puerta donde estaban los guardias, dándome una señal silenciosa.

*No podíamos esperar más.*

Tomé una profunda respiración y chasqueé los dedos, en un segundo la presencia de Ezra se materializó frente a ellos.

—Lo siento —susurró mientras que con un rápido golpe en el abdomen y en la nuca noqueó hábilmente al primero, el segundo se lanzó hacia él, pero con agilidad asestó un rodillazo y luego, con la palma hacia arriba, golpeó su quijada haciendo que también perdiera el conocimiento.

Me agaché a la altura de los guardias derribados para tapar los ojos a ambos con las palmas de mis manos. Me concentré y dejé que mi magia morada los pusiera a dormir profundamente, con un simple suspiro me levanté sacudiendo el inexistente polvo de mis piernas. Le di una palmada a la mano de Ezra y este se llevó los cuerpos inconscientes de la habitación.

Era bastante útil que Eliot decidiera ahorrar magia y pusiera un cableado eléctrico para los micrófonos. Pegué mi mano a una de las paredes, cerré los ojos y me permití sentir bajo los

dedos toda la red de comunicaciones de la habitación. Apreté fuertemente la mandíbula al mismo tiempo que cortaba uno de los cables de la iluminación más cercanos y me electrocutaba, usándome como canalizador de electricidad. Dejé que la energía eléctrica corriera por todo mi cuerpo hasta moldearla y potenciarla, devolviéndola a mis dedos para sobrecargar todos los micrófonos.

—Ahora, Liam, diez segundos… —abrí los ojos sintiendo aún la energía eléctrica en mis nervios, mis muñecas y manos tenían pequeños espasmos involuntarios.

El mago blanco asintió y se concentró en curar la mayor cantidad de daño posible. Liam aplaudió y al separar sus manos una poderosa onda expansiva curativa comenzó a ser visible para nuestros ojos, era magia blanca concentrada y esta comenzó a rodear a Habuh, apresurando la recuperación de las quemaduras de la piel, era como si ya tuviera nuevos injertos de piel en toda su espalda.

8…

Él estaba moldeando su magia para concentrarla en curar su espalda y su cuerpo, dejando en segundo lugar sus alas.

7…

No había tiempo, arreglarían la sobrecarga enseguida.

6…

La magia estaba sanando cada una de las ampollas de su piel.

5…

La negrura de la piel chamuscada también desapareció.

4…

Piel nueva estaba cicatrizando las laceraciones abiertas.

3…

Actualmente solo se veía como si se hubiera quemado al sol, tenía un color rojo intenso, lo que era muy tranquilizante en comparación a como se encontraba segundos atrás.

2…

Ahora la magia blanca estaba en las alas de Habuh, en ese punto él gritó de dolor, porque la energía de Liam estaba empujando a sus alas a volver a su cuerpo y, como eran meros huesos, prácticamente se estaba fracturando para poder entrar.

1…

Solo quedaban las puntas de las alas heridas saliendo de los omoplatos de Habuh.

Luego de eso todos exhalamos el aliento que estábamos conteniendo. Liam se cayó de bruces al suelo, respirando pesadamente. Había vertido gran parte de su magia sanando a toda velocidad a Habuh. Sin decir ni una sola palabra me acerqué para recogerlo entre mis brazos y lo cargué hasta sentarlo en un sillón que había dentro del cuarto. El mago abanicó su mano para demostrarme que estaba bien, que fuera a chequear cómo se encontraba el ángel.

*Gran trabajo, Liam.*

Corrí a donde estaba Habuh, con urgencia revisé su cara, al ver que sus facciones estaban mucho más relajadas gran parte de la presión de mi pecho se aligeró. Quería dejarlo descansar, pero no podía, no había mucho tiempo y debía consultarle algo urgente. Me arrodillé en el suelo y con suavidad ladeé su cabeza haciendo que me mirara.

—Gra-gracias —habló en un hilo de voz.

Se veía terriblemente agotado, pero ahora había un poco de color más natural en su cuerpo, eso me dejaba más tranquilo. Mejoraría con un poco más de descanso.

—Shh… escúchame Habuh —susurré llamando su atención—, sé que no quieres que cure tus plumas, lo sé. Pero…

—Maestro Leblanc —llamó para detenerme—. Es mi castigo. Soy un ángel, yo debo cuidarlo a usted, no usted a mí. Ya ha hecho demasiado.

—Por favor, Habuh —traté de persuadir—. Eres mi amigo, no te atrevas a rebajarte. No eres un simple ángel más.

—Alexander —susurró conmovido con sus ojos cristalinos.

—Escúchame, por favor. Sé que estabas dispuesto a esto y más, lo sé —mi voz sonaba más desesperado de lo que quería—. Necesito que me digas un secreto y me perdones por lo que haga después.

—Maestro Leblanc, no es…

—¡Sí, lo es! Por favor —imploré con los ojos llenos de lágrimas—. Por favor, Habuh.

*Sé que no quieres.*

*Sé que esto está en contra de lo que les enseñaron a cada uno de los ángeles.*

*Sé que para ti esto iba en contra de cualquier cosa lógica.*

*¡Pero eres mi amigo, Habuh!*

*¡No hay forma de que te deje así!*

*¡Te mereces el cielo por ser el mejor padre del mundo, no sufrir estos calvarios!*

—Un secreto —suspiró—. Estaba molesto contigo por hacer que mis bebés se enamoraran de ti. Uno sonreía entre sueños y el otro lloraba dormido por no poder tenerte —confesó con una sonrisa melancólica.

*Lo siento tanto.*

—Lo lamento.

—Eso es una mentira, Maestro Leblanc —señaló cerrando sus ojos, cansado.

—Tienes razón: no lo lamento —concedí haciendo que volviera a mirarme—. No cambiaría ninguna de mis acciones, aun sabiendo el dolor que le ocasioné a Dean, porque mi intención nunca fue dañarlo, al contrario, era mantenerlo con vida. De acuerdo, eso sonó horrible, no quiero que Dean sufra, no quiero que llore, esa parte por supuesto la cambiaría, pero… pero realmente no sé cómo, ni qué es lo que cambiaría, sinceramente no sé cuándo pasé de ser un soporte al responsable de sus lágrimas, lo lamento, Habuh, también debo disculparme con Dean.

Con todas sus fuerzas logró formar una pequeña sonrisa, complacido con mi respuesta.

—Mi secreto, es que aun sabiendo lo que ambos sentían por ti, no pude hacer nada para ayudarte con ellos. Quería mantenerme al margen y tratar de ignorar el sufrimiento de los tres. No sabía qué hacer. No podía ayudar a mis hijos, y no podía ayudar a mi… a mi… a mi único a-amigo —su voz se quebró y al final comenzó a llorar.

*Habuh. No llores. Lo entiendo.*

—Tranquilo —susurré—. Era algo que teníamos que resolver nosotros. Gracias Habuh y perdón por esto.

Me levanté del piso, me incliné sobre la espalda lastimada de ángel y dejé un casto beso en medio de sus omoplatos. Toda mi magia se activó con un pequeño destello. Cuando me alejé vi a Habuh llorando a mares, me puse de rodillas en el suelo y bajé la cabeza en señal de reverencia

completa.

—Lo siento —susurré con pesar—. Sé que debí impedirlo con mayor ímpetu, pero no pude. No pude, Habuh, lo siento tanto. No puedo hacer más —señalé frustrado dejando mis lágrimas salir al mismo tiempo que mi frente golpeaba el suelo.

—G-gracias, Maestro… no. Gracias por todo, Alexander.

No pude evitar sonreír recordando los primeros «Gracias» que me dio Habuh cuando lo había conocido, así como todos los que vinieron a continuación.

Tener los ojos llenos de lágrimas no me detuvo de ver el pequeño milagro frente a mí: había logrado salvar una hermosa pequeña pluma blanca. Solo era una. Pero ese pequeño tesoro, nos llenó de esperanza.

Me encontraba caminando en círculos en una de las habitaciones del consejo que me habían asignado como residencia temporal mientras siguiera teniendo asuntos pendientes en la sede.

*«Descansa por favor, aunque sean unas pocas horas, Sasha. Habuh está a salvo».*

El problema es que aunque Liam me lo dijera —u obligara— era algo que simplemente no podía hacer, por lo menos no con Lucian lejos de mí. No podía permitírmelo. ¿Cómo puedo descansar cuando no sé en qué condición se encuentra? ¿Estará bien? ¿Se sentirá solo? ¿Tendrá hambre, frío, dolor? Lo único que estaba seguro es que mi magia seguía protegiéndolo, me estaba encargando de eso. Pero, incluso sabiendo eso, no podía con la angustia.

En este punto ya todos lo sabían y cada uno explotó de diferentes maneras siendo la preocupación una constante principal, la cual iba acompañada de: rabia, dolor, frustración, gritos y preocupación. Fue un desastre masivo, pero, así como todo se desmoronó, solo hubo una única pregunta que fue formulada.

*«¿Cuál es el plan, Sasha?».*

*¡¿Cómo les decía que no había ninguno?!*

*¡Ni yo mismo sé qué hacer en esta situación!*

*¡Mi única solución fue entregar mi vida por la suya!*

*Obviamente lloverían reclamos por esto.*

Lo único que les dije es que trataría de rastrear mi magia para dar con su paradero.

*¿Lo he hecho? Por supuesto, el problema es que no he podido localizarlo aún.*

Por eso he tenido que comenzar a bloquear el vínculo gran parte del día, porque si dejo que las emociones de Lucian me afecten, me derrumbaré por completo.

Lo que sí he hecho, es mantener activa la magia del anillo, tratar de canalizar gran parte de mi magia hacia él. Este es parte de mi alma, por lo que siento cada vez que usa su magia y, francamente, sentirlo protegiendo a Lucian es lo único que me mantiene en una pieza. Saber que está a salvo es lo único que me deja respirar tranquilo.

Lamentablemente ya saben cómo es la curiosidad, no se detiene hasta que logra su cometido. Dejé el vínculo abrirse por unos pocos segundos y no necesité más para sentir el dolor desgarrador de Lucian llamándome.

*¡Leblanc!*

*¡Alexander!*

*¡Alex!*

*¡Sasha!*

Esos pocos segundos fueron suficientes para dejarme agonizante, de rodillas en el piso de mi habitación, una de mis manos fue a mi pecho tratando de luchar con la angustia desgarradora que me abatía.

*Mierda, mierda, mierda.*

*Lucian, Lucian, Lucian… ¡lo siento!*

Me encontraba de rodillas sin poder controlar mi errática respiración, aun sintiendo los gritos desesperados del alma de Lucian resonar en mi cabeza una y otra vez. Torturándome de forma inmensurable. Me apretaba el pecho al mismo tiempo que lloraba sin control, hiperventilando, no podía parar los temblores involuntarios de mi cuerpo, ni el sudor frío que me recorría.

*Voy a morir.*

*¿Cómo pude permitir que pase por todo esto?*

*Mi corazón duele demasiado. No te salgas de mi pecho, no te desgarres.*

*Mierda, no puedo respirar.*

*¡Cálmate! ¡Respira! ¡No puedes morir! ¡Quién sabe lo que pasará con Lucian si mueres!*

*¡Mierda! Mierda.*

*Si no recibe magia morirá. Si mueres tú, muere él.*

*¿Por qué no puedo calmarme?*

La angustia me tenía aterrado y no me dejaba pensar con claridad. Todo lo que rondaba en mi cabeza era que iba a morir por no poder respirar y por mi culpa moriría Lucian. Lo que provocaba un círculo vicioso de desesperación. No podía ser racional y ordenar mis pensamientos o sentimientos. Todo me estaba sobrepasando de una forma abismal. Llevé una mano a mi boca cuando sentí las náuseas subir por mi garganta. No. No, por favor, cuerpo no me traiciones.

*Soy un desastre.*

*Toda esta magia y ni siquiera puedo hacer que mis pulmones respiren con normalidad.*

*Lucian está pasando por todo esto por mi culpa.*

*Todo es mi culpa.*

*Lo siento, lo siento tanto…*

*¡Mierda!*

Justo cuando sentía que me desmayaría en cualquier momento y perdería por completo el control de mi propio cuerpo, una mano se posó en mi cabeza, fue una pequeña caricia que desvió mi atención y engañó a mi cuerpo guiándolo a quedar acostado en el suelo, completamente relajado.

*Magia.*

Mis sentidos se sentían nublados, como si estuviera adormecido, así que poco a poco regularicé mi respiración. Sabía que esta era magia, pero aún sentía mucha angustia por todo lo que estaba pasando así que con los ojos cerrados traté de permitirle a la magia hacer su trabajo y calmar mi repentino pánico.

—¿Cómo lo supiste? —miré a la persona responsable de mi milagroso alivio.

—Hola, cariño —respondió con suavidad, secando mis lágrimas con mucho cuidado.

—Se supone que solo podemos vernos cuando llueve y no veo lluvia. ¿Tan mal estoy para que hayas venido? —pregunté llevando una mano a mi rostro para cubrirlo, permití que tanto la pena

y el alivio me inundaran. Mis ojos volvieron a llenarse de lágrimas.

—En algún lado del maldito mundo estará lloviendo. Y sí, de hecho, estás fatal —me permitió desahogarme—. ¿Por qué no me llamaste antes? ¡No quiero volver a encontrarte teniendo una crisis de pánico que pudo haber sido evitada!

—¿Cómo querías que te llamara? —pregunté con incredulidad— ¿Qué se suponía que iba a decir? «Hola, sabes, no te lo había contado, pero resulta que tengo un vínculo de consortes con un hermoso chico mitad ángel mitad humano, el cual conocí a los cinco años y ahora tiene veinte. A su papá lo están enjuiciando, así que voy a impedir que lo maten porque ese ángel se volvió un amigo muy cercano, lo que totalmente justifica que me enfrente a la ira del consejo por él. Ah, pero lamentablemente Apolo se robó a mi consorte, así que ahora me casaré con una de sus hijas —con la que espera que procree un heredero de mi magia— para que el amor de mi vida pueda vivir».

—Un simple «Hola mamá, tengo un problema» habría estado bien para empezar, no hacía falta el sarcasmo, cariño.

Desde muy pequeño que no podía vivir con mi madre, nos amamos, pero cuando estamos juntos hay demasiada magia junta, demasiada magia que atrae la desgracia y a personas desdichadas, codiciosas y sin nada para perder. Estar juntos es peligroso, cuando era pequeño me solían raptar con el fin de obligarme a cumplir toda clase de deseos, fue una época realmente horrible y traumática para un niño que recién estaba aprendiendo a controlar su magia. Por más que nos mudáramos nos encontraban fácilmente, eso porque nuestra magia junta era muy sencilla de rastrear… excepto en un particular escenario: cuando llueve. La lluvia borra el rastro de nuestra magia.

Crecí con papá y veía a mamá en invierno y otoño. Por supuesto que mamá nunca me dejó solo, siempre tenía un ojo sobre mí, con el tiempo dejé de pensar que no estaba conmigo por ser un pequeño mago malo que concedió deseos horribles, comprendí que hacía ese sacrificio para que aquellas situaciones traumáticas no volvieran a ocurrir, era su desesperada forma de protegerme. También dejé de evitar usar mi magia, me enfermé demasiado y solo logré preocupar más a mis padres. Crecí y después de que me explicaran la situación muchas veces, comencé a disfrutar todo lo que podía el tiempo que pasaba con mamá.

Cuando me volví un mago SS procedí a vivir solo, de esa forma mis padres podrían volver a estar juntos y vivir como la pareja amorosa que eran. Ellos habían sacrificado mucho por mi protección, ahora era su momento de volver a ser felices juntos. Desde ese punto nos vemos en contadas ocasiones.

La amaba muchísimo, pero esos traumas de abandono todavía me pesan hasta el día de hoy. Quizás esa es la raíz de mi terror a la soledad o el olvido por parte de quienes amo. Por supuesto que eso también explicaba porque no suelo depender mucho de mi madre, me acostumbré a ser independiente y solucionar todo solo.

Ella se sentó en el suelo, puso mi cabeza en su regazo y me hizo cariño en el pelo, logrando que llorara aún más. Todos estos años y esta mujer todavía me hacía sentir como un niño pequeño.

Mi madre era hermosa, cabello castaño claro largo con gráciles ondas, unos ojos azules casi grises, con rasgos muy delicados, pequeña nariz, abundantes pestañas, dulce mirada. Iluminaba cada estancia en la que se entraba. Estaba sin sus usuales alas de múltiples colores y vestía un romántico vestido holgado y claro.

—Esto es más que un simple problema, mamá —respondí con algo de dificultad, tratando de no sollozar—. Además, se supone que ya estoy grande para poder resolver esto por mi cuenta. No quería preocuparte.

*Los malditos hábitos de niñez son difíciles de borrar.*

Sabía que se había enterado, no tenía caso ocultarlo. Mi madre maneja toda clase de información dentro del mundo mágico. No había forma de que no se enterara. Hace muchos años atrás le había hecho prometerme que, aunque supiera cada paso que estaba dando, no me lo diría, me dejaría vivir mi vida a mi modo, no tenía que interferir en mis decisiones o en mis actos, aunque estos me lastimaran.

La información es un arma de doble filo y a veces prefería no contar con ella.

—Nunca serás lo suficientemente grande para dejar de ser mi hijo —susurró con amabilidad —. Estoy muy feliz de que seas un mago independiente, pero hay cosas que no puedes hacer solo, cariño. No está mal pedir ayuda cuando las cosas se ponen difíciles.

—Para empezar, ni siquiera estaba seguro para qué necesitaba ayuda —confesé mirando sus ojos desesperados —. Todo se escapó de mis manos y no sé qué hacer.

—Cariño, necesitar ayuda es un eufemismo en tu caso —concedió con voz cansada—. Nunca más quiero volver a aparecer como lo hice hoy.

—¿A qué te refieres?

—A qué estoy aquí más por mi rol como Iris que como madre —reprochó con la mirada.

*Mierda.*

*Realmente soy un completo desastre.*

Mi madre es la encarnación de esa ayuda que se nos aparece cuando más la necesitamos, justo en el momento en que creíamos desfallecer, en el que ya habíamos perdido toda posible esperanza. Es un milagro, es ese tipo de prodigio que se manifiesta ante nuestros ojos a pesar de nuestra incredulidad, y que nos llega con el mensaje de que la magia aún no nos ha abandonado.

—¿Eso significa que estoy en más problemas? —pregunté con dolor en la mirada, tratando de bromear sutilmente.

—¡No puedo creer que mi hijo perdiera la esperanza! ¡Estoy muy destrozada! —me miró indignada y me dio unas pequeñas palmadas en la mejilla—. Mi propio hijo.

—¡No puedo creer que mi hijo perdiera la esperanza! ¡Estoy muy destrozada! —me miró indignada y me dio unas pequeñas palmadas en la mejilla—. Mi propio hijo.

—Lo lamento —susurré queriendo volver a llorar—. Literalmente toqué fondo.

Estaba completamente agotado. La falta de sueño, preocupación y angustia acumulada, ansiedad y miedos irracionales, toda la situación me habían llevado a explotar. Ya no tenía sentido aparentar que era fuerte, no con mi madre a mi lado. Sabía que ella me protegería y me cuidaría, así que estaba bien poder dejar todas mis defensas caer.

Puedo dejar caer todas mis defensas y quebrarme por completo, ella de alguna forma me ayudaría a juntar los pedazos de mi destrozado ser.

—¿Cuándo voy a conocer a la persona que será tu pareja de por vida? —suspiró.

*Una pregunta difícil.*

—En tres días… ya sabes, por la boda y eso —susurré con desgano.

—¡Oh, por favor! ¡Me refería al ángel, no al estúpido arreglo que hiciste con Apolo! ¡Aún estoy enojada porque aceptaras eso!

*Francamente yo también estoy enojado y molesto conmigo mismo por toda la situación. Aún no puedo comprender cómo ni siquiera pude pelear para evitarlo.*

—Mamá, no me dejó otra opción.

—Cariño, no puedes permitirlo, él solo es codicioso y quiere tener acceso a todos los tipos de

magia. ¡No has luchado todos estos años por tu propia independencia para caer en su estúpido juego!

—¡Ya no es un juego! ¡No con Lucian de por medio! —repliqué exasperado.

—Hijo… —susurró apretando el puente de su nariz—. Sabes que no puedo aceptar esto.

—Sí, lo sé. Yo tampoco quiero que él tenga tanto poder, pero no sé qué hacer, todo se escapó de mis manos. ¿Qué quieres que haga? —la miré a los ojos sintiendo mi respiración volverse errática.

*Yo tampoco quiero aceptar todo esto, pero no sé qué más hacer. Resistí tanto el destino que todos esperaban de mí y todo lo que logré fue poner a todos en peligro.*

—Lo que toda una madre quiere para su hijo, que seas feliz.

—Pues será imposible entonces —resoplé consternado.

—¿Por qué dices eso?

—Porque mi felicidad es Lucian —me vi reflejado en sus claros ojos.

Una ligera sonrisa se formó en su rostro, me hizo pensar que realmente estaba esperando esa respuesta.

—¿Y qué estás esperando para abrazar tu felicidad?

—¿Es una pregunta seria? —cuestioné con un nudo en la garganta.

—Por supuesto.

No estaba esperando nada, estaba ahogado en la desesperanza, rendido a aceptar el peor de mis destinos. No había considerado ninguna otra salida porque creía que no existía otra manera.

*¿Qué estás esperando para abrazar tu felicidad?*

*Para abrazarla, lo necesito a él.*

*Necesito a mi ángel.*

*A mi bello milagro.*

—Un milagro —confesé—, quiero a mi pequeño y hermoso milagro.

Vi cómo los ojos de mi madre se iluminaban mientras me movía para que ambos nos pusiéramos de pie. Ella tomó mi rostro entre sus delicadas manos y me miró completamente enternecida. Estaba haciendo todo mi esfuerzo para no volver a llorar, pero verla hacía que todas las defensas se derrumbaran y, con ellas, mis sentimientos se encontraban a flor de piel.

—Cariño, nunca más te rindas —pidió con suavidad—. No importa que tan difícil parezca el camino, no importa que tan imposible creas que sea la solución, no importa que todo el mundo piense que es una locura. Siempre habrá una manera de superar la adversidad…

*A veces las cosas no son tan fáciles mamá.*

—¿Pero si esta no existe? ¿Si realmente no hay manera?

—Oh, pero eso es mucho más sencillo, hijo —soltó mi rostro para ondear su brazo en una grácil vuelta, haciendo que pequeños destellos holográficos aparecieran en todos lados.

De pronto todas las cosas de mi habitación habían sido reemplazadas y en ella se encontraban Liam, Ezra, Dean y Fausto, todos algo confundidos y desorientados por esta repentina aparición.

—Si no existe una solución a un problema, hay que crear una —decretó sonriente.

*«Si no existe, no hay problema, solo tienes que imaginar y crear algo innovador. La magia se trata de imaginar cosas imposibles, cariño. No hay límites, excepto los que te pongas tú, así que permítete soñar y pensar cosas que no suenan lógicas, porque en algún punto lograrás que se*

*vuelvan realidad».*

*Mamá, perdóname por olvidar tus palabras.*

Había sido obstinado, tal vez incluso demasiado orgulloso al no llamarla yo mismo en cuanto inició todo esto, debería haber buscado usar todos los recursos a mi alcance para salvar a Lucian y, sin embargo, no la había llamado ¿estaba dispuesto a casarme con alguien a quien no amaba, pero no a llamar a mi madre y pedirle ayuda? Era absurdo y lo entendía ahora.

Ante sus sencillas pero potentes palabras desperté, y por primera vez en cuatro días pude permitirme sonreír y abrazar a mi madre. Tenía razón, había que pensar fuera de la caja e idear algo que nadie consideró posible.

—¿Esto es en serio? ¡Nadie se va a creer que Dean es mi guardaespaldas! —repliqué mirando escéptico a mi madre.

—No es necesario que lo crean. Solo que acepten que él debe estar a tu lado en todo momento —comentó mientras anudaba una corbata negra completando la tenida formal de Dean.

—Vamos, Al, será divertido, no dejaré que nadie se acerque a ti —jactó arreglando el cuello de su camisa.

—Es necesario, cariño —recordó mi madre—. Liam no podrá estar a tu lado como escolta por estos tres días, necesitas que alguien mantenga a tu prometida a raya porque tú no puedes o sería considerado una ofensa.

Tenía razón, levanté mis manos en señal de rendición y me apoyé en una de las paredes de la habitación, aceptando mi derrota por completo. Prometí aceptar su ayuda, así que trataría de no cuestionarla.

Hace mucho tiempo que no había visto a Liam vestido de punta en negro: pantalones y camisa arremangada hasta los codos, cargaba un bolso con pociones y medicinas al hombro. Ezra por otro lado también estaba vestido de negro, pero usaba una camiseta manga larga ceñida al cuerpo, con unos pantalones cargo y botas de combate a juego. Actualmente estaba saltando y llevando sus rodillas al pecho a modo de calentamiento.

—¿Fausto, sabes cómo romper un vínculo de posesión de un ángel? —preguntó mi madre.

—Depende si es directamente del creador o del maestro actual.

—Del creador solo se puede anular temporalmente, a menos que este muera, de esa manera puedes reclamar el vínculo —comenté siguiendo el tema de conversación.

—En cambio del maestro actual es mucho más fácil —acomodó la montura de sus lentes—. Debes marcarlo como tuyo y el ángel debe aceptar la marca. ¡Espera! ¿Es por eso que voy?

Entre Liam, Ezra y Fausto, el menos preparado para una misión de rescate era este último, él era más conocido por ser un erudito que un mago de combate. En cambio Liam había sido mi compañero en múltiples misiones —desde recolección de materiales para pociones hasta control de criaturas mágicas y captura de magos peligrosos—, como es un mago curandero es vital contar con él como apoyo. Ezra en teoría sabe todo lo necesario de defensa personal y sobre criaturas mágicas, lo entrené por años, aunque sería su primera misión real lejos de mi supervisión. Aun así, confiaba en él y su desempeño. El problema era Fausto. Por eso cuando mi madre sugirió esta composición, sabía que algo extraño pasaba.

—Hay alguien más que merece ser rescatado —asintió—. Es un pequeño ángel, pero no

pueden llevárselo así sin más porque morirá si su maestro así lo quiere. Por eso deben romper su vínculo y salvarlo.

—¿Pero si estamos allá no será mejor rescatar a todos los ángeles que podamos? —sugirió Liam.

Ante su pregunta mi madre negó con la cabeza y dejó ver una expresión de pena.

—No quedan más ángeles. Solo ellos dos.

Esa revelación nos apretó el estómago a todos, pero tratamos de no pensar mucho en ello y seguir con el plan.

—¿Entonces no es mejor que yo rompa el vínculo? —preguntó Liam—. Será mejor para él tengo, magia blanca.

—No es tan fácil como crees, Liam —contestó mi madre—. Fausto tiene facilidad para romper cosas, así como para unir sueños y destinos —halagó poniendo una mano en su hombro —. Debe ser él quien lo haga.

*Sabe algo, pero no quiere decirnos.*

—¿No habrá problema con mi magia? —preguntó Fausto complicado— Digo, no es blanca, ese ángel envejecerá.

—Puedes preguntarle tú mismo —sugirió sonriente—. Aunque estoy segura que estará bien con eso —contestó guiñando un ojo mientras miraba divertida en dirección a Dean.

*Entonces estamos hablando de ese ángel.*

*¿Cuánto sabes, madre?*

—Además, yo puedo mandarlos para allá, pero no puedo traerlos de vuelta. Para eso necesitan a Fausto —empujó la espalda del mago índigo— ¿Listos?

—¡Un segundo! —pidió Ezra parando de estirarse.

Caminó hasta detenerse frente a mí y agacharse poniendo solo una rodilla en el suelo. Una reverencia de respeto y compromiso. Era la primera vez que lo veía hacerla.

—Volveré con él —decretó mirándome con ojos decididos.

De la nada me inundaron los recuerdos de esos diez años que llevaba entrenando con este ángel. Podía recordar cada una de las prácticas que tuvimos, cada uno de los retos que tuve que darle, cada una de las enseñanzas que recibió, cada una de las sonrisas que me robó. No podía más que sonreír orgulloso de él.

Le tendí la mano a este problemático ángel haciendo que se pusiera de pie, lo tomé de los hombros e hice que me mirara.

—Sé que lo harás, te entrené para poder encontrarlo y cuidarlo, es momento de que demuestres que todas esas tardes donde me hiciste rabiar no fueron en vano —le di una sonrisa.

—No te cases, espera a que llegue con Cian —pidió enseñando sus dientes con su usual sonrisa—. Porque definitivamente no hay nadie mejor que ustedes para ninguno de los dos.

Sonreí ante sus sinceras palabras y lo abracé.

—Cuídalos a todos, Ezra.

—Lo haré.

—Pero necesito que prometas otra cosa…

—Lo que desees —respondió sin titubear.

—No importa cómo, no importa el estado en el que lo hagan, pero volverán todos. Ningún sacrificio. ¿Entendido?

—Sí, lo prometo.

*Gracias.*

Me separé y lo miré con toda la confianza que pude transmitir. Delegar era algo muy difícil para una persona controladora como yo, aún más permitir que todos mis seres queridos se vayan a una misión de rescate sin poder ayudarlos. La sola posibilidad de que uno solo de ellos no vuelva hace que se me apriete el estómago y sienta que me ahogo. Lamentablemente no podía hacer nada más que confiar en ellos y desearles éxito.

—Maestro —susurró despidiéndose con una expresión seria y solemne para irse al lado de los otros dos magos.

—Bien, todos, tienen menos de setenta horas, para ir y volver, son tres deben volver cinco. No se arriesguen, eviten pelear. El objetivo no es destruir o matar, es rescatar —mi madre repitió el plan.

—Estaremos bien —Liam me arrojó un pequeño frasco que ágilmente agarré en el aire—. Cada tres horas, para Habuh.

—¿Qué es? —pregunté.

—Medicina para ángeles. Te robé la pluma de Gabriel y trabajé en base a ella —confesó guiñándome un ojo—. Será un boost de energía para él y ayudará a su velocidad de regeneración de tejidos. Que ingiera una gota y deja caer otras dos sobre su espalda. No me importa que él no quiera, hazlo, es una orden de su médico.

—Eres el mejor, Liam —me sentía tan conmovido.

—Lo sé —alardeó con una sonrisa—. Volveremos con tu tesoro, Sasha. Espéranos un poco más.

Luego de eso la luz de sus cuerpos se empezó a refractar creando un espectro luminoso donde sus colores iban desapareciendo, hasta que no quedó rastro de ellos.

*Realmente tengo grandes amigos.*

Cuando oyeron el plan de rescate de Lucian propuesto por mi madre ni siquiera dudaron en actuar. Yo mismo quería ir a rescatar a mi ángel, pero fue Liam, él que —aunque estaba agotado — me pegó un cabezazo gritando que confiara en ellos de una buena vez.

No podía ir, porque eso alertaría a Apolo y lo arrinconaría a actuar de otra manera. Tenía que permanecer aquí, en el maldito consejo y encontrar mañana a mi prometida.

Tenía que actuar como si todo siguiera de acuerdo a lo acordado.

Tenía que confiar en que todos ellos saldrían de esto.

Tenía que creer que todo saldría bien.

En el peor de los casos, estaría casado, pero Cian estaría a salvo y no lo harían olvidarse de mí. Lo cual francamente era un panorama bastante más agradable que el que tenía actualmente. Podía vivir con ello.

*Por favor.*

*Vuelvan todos a salvo.*

*A. Leblanc, un esperanzando Mago clase SS.*

# *22*

## *No estás solo, avanza con valentía*

—¿Estás bien, Hope? —pregunté ayudándolo a vendar su brazo.

Uno de los Vampyguards nos había alcanzado y rasguñó el brazo de Hope antes de que el anillo se activara y lo congelara. Por eso ahora nos habíamos escondido momentáneamente en una de las salas dentro de la prisión, aunque parecía más como un pequeño armario donde guardaban cambios de uniformes.

—Sí, tranquilo, nada grave —respondió recuperando el aliento.

—¿Los vampiros no envenenan con sus rasguños o algo así? —estaba preocupado apretando el nudo del torniquete improvisado en el brazo del ángel, de esta forma pararía el sangrado de forma temporal.

Recordé que Liam me había comentado sobre lo peligroso que era ser agarrado por un vampiro. Que lo peor no era cuando te mordían para sacarte sangre, sino cuando usaban sus garras en ti.

—¿Eh…? Sí, pero estaré bien, no te preocupes —trató de tranquilizarme con una sonrisa no muy convincente.

*Definitivamente no estaría bien.*

—¿Cuánto tiempo tenemos antes de que pase algo malo? —pregunté mirándolo preocupado.

—Cinco horas.

*Maldita magia negra.*

—Bien, eso es bastante tiempo —traté de ser optimista—. ¿Por qué todos los vampiros se ven tan viejos excepto el enano?

—Eso es porque él consume sangre de ángel.

—¿La sangre de ángel es la fuente de la eterna juventud? —pregunté incrédulo.

—La sangre de ángel es únicamente magia blanca concentrada, por eso la consume, los sabios que poseen magia negra envejecen muy rápido —comentó mientras rompía la manga de la camiseta del brazo que tenía herido—. Ahora, siempre hay excepciones, existen unos cuantos vampiros que de diversas formas pueden mantenerse jóvenes sin matar, de hecho, por eso son conocidos por los humanos, porque consumen su sangre sin llegar a ser letales. Otros magos negros se las ingenian de otras maneras… pero es la primera vez que atacan de esta forma a los ángeles.

Se veía realmente calmado para la situación en la que nos encontrábamos, así que involuntariamente una pregunta salió de mi garganta, aunque me reproché mentalmente porque no era el momento de preguntar.

—¿Crees que podamos salir de aquí?

*¿Eres idiota, Cian? ¡Esto no se pregunta!*

—Antes lo dudaba —confesó—, pero ahora viendo lo protegido que estás, creo que tenemos

oportunidades.

—Se me olvidaba lo sincero que somos —reconocí mientras me apoyaba en su hombro sano para levantarme.

—Lucian… ¿cómo es que no tienes miedo de toda esta situación? Te pregunté lo mismo en tu celda, pero esta vez todos los que están aquí quieren matarnos… la situación es aún peor que antes.

—Sí tengo miedo —*no puedo negarlo*—, pero prefiero el miedo a la pena. ¿Crees que puedas continuar? —le tendí la mano para que se levantara, él la tomó sin dudar.

—Por supuesto. Estamos muy cerca de lograrlo, solo tenemos que ir a la sala de control y obtener la llave de la puerta del techo. ¿Crees que la pulsera funcione?

—Sí, estoy casi seguro de que las perlas del brazalete tienen que poder hacer algo frente al guardia de esa sala, digo, me lo dio Afrodita, eso debe significar algo ¿no?

—¿Hará que el guardia se enamore de ti? —preguntó divertido.

—No creo, me dijo que no funciona en algunas personas. Quizás los ponga a dormir.

—Bien, vamos a averiguarlo.

—¿Cómo entramos? —preguntó Liam.

—Las ventanas del primer piso están trabadas, voy a subir y abrir una del segundo nivel —respondí alistándome para saltar y trepar por los muros.

—No necesitas hacer eso, hay una manera más fácil —comentó Fausto, subió la manga de su sweater negro hasta el codo y se aproximó a la ventana.

Apoyó una de sus manos en la ventana de metal y alrededor de esta un círculo con runas comenzó a brillar de color magenta, luego de eso el metal se desintegró bajo su mano.

—Ven, fácil —señaló sacudiéndose su mano.

—Woah… ¿cómo?

—El apodo de *Genio de la destrucción* es bastante real —Liam lo miró impresionado.

—No digas eso, Liam —pidió con algo de vergüenza—. Si sabes cómo está formada es fácil escribir un encantamiento para hacer vibrar las moléculas, de esta forma se terminan desestabilizando y perdiendo su forma. Es sencillo.

Ni siquiera perdí tiempo escuchando su explicación científica, solo entré ágilmente por la ventana. No necesitaba explicaciones, necesitaba pasar a la acción.

—¡Espera, Ezra! ¡No seas imprudente! —gritó Liam corriendo para alcanzarme.

—Cian puede estar en problemas, así que voy a adelantarme.

—¡Obvio que está en problemas, ángel idiota, había una ventana con una aleación metálica! ¡Vamos todos juntos! —Fausto estaba molesto—. Aumentaron las protecciones por algo.

—No, espérenme aquí. Despejaré el camino y volveré por ustedes —era la opción con menos riesgos—, Sasha dijo sin muertes…

—¡Ezra, VOLTÉATE! —gritó Liam.

Sentí un rápido movimiento de aire dirigirse hacia mí, giré el eje de mi cuerpo al mismo tiempo que desenfundaba mi daga y, con esta, le asestaba un fuerte golpe con el mango a la mandíbula de un vampiro, lo mandé a chocar con la muralla cercana. Sentí un ardor en la mejilla,

llevé mi mano a palparla, toqué la humedad y vi sangre en las uñas del viejo vampiro, este tenía toda la cara demacrada y ahora la mandíbula desencajada por el fuerte golpe que le había dado.

No dejé que se recuperara y al momento en que me enseñó sus horribles colmillos a modo de desafío me acerqué, desvié uno de sus arañazos agarrando su muñeca con una mano y con la otra corté su garganta con mi daga, del corte emergió luz blanca y se desintegró en medio de un asqueroso gorgoteo.

—Jodida mierda —exclamó el sabio de magia oscura entrando por la ventana—. Buenos reflejos pequeño ángel.

Ignoré su elogio y me dejé caer al suelo tratando de tranquilizar mi ataque de adrenalina sobando mi pecho. Miré la daga y no había rastro de sangre, pero si de un horrible líquido negro que me recordaba lo real que era todo esto.

—¡Te dije que no tenías que ir solo, Ezra! —Liam no estaba feliz.

—Estoy bien —respondí levantándome algo mareado.

*¿Qué mierda?*

—¡Ya quisieras! —empujó mi hombro hacia abajo—. ¡Siéntate, te envenenó, idiota! —explicó enojado.

—Estoy bien, esto es muy raro. Actualmente estoy lleno de magia blanca —entre otras, pero había mucha blanca—. ¿Por qué no me curó? —pregunté impresionado mientras tocaba mi herida, esta aún sangraba.

Estaba muy aturdido, mi vista era algo difusa, no podía enfocar lo que veía ni aunque entrecerrara los ojos. Algo andaba mal con mi oído medio, me sentía muy mareado.

—Repito, veneno, ángel idiota —replicó chasqueando sus dedos frente a mi rostro para que lo mirara—. Enfócate en mi voz, las uñas de los vampiros tienen veneno que droga a sus víctimas, de esa forma pueden alimentarse de ellas más fácilmente. Concéntrate en mis palabras.

A duras penas podía seguir sus movimientos, pero notaba como sacaba algo de los bolsillos de su bolso que servía de botiquín. Mis oídos parecían acoplados, escuchaba todo muy lejano. Esto era muy inconveniente.

*Ah, sí. Sasha me había explicado algo así.*

—Para los humanos es una droga, para los ángeles es un veneno, ya sabes, por el tipo de magia que utiliza. Solo un pequeño corte y estarás muerto en un par de horas.

*Mierda, eso era malo. No teníamos tiempo.*

—Hay que apresurarnos entonces, buscar a Cian —hice el ademán de levantarme, pero el otro mago me lo impidió.

—Oh, no, amigo, contigo en este estado no tendremos oportunidad.

—Estoy bien, algo mareado, pero estoy bien —respondí molesto.

Liam destapó un frasco con un agua de color blanca y me la tiró en la mejilla. En un instante un shock de energía me atravesó como una flecha, cerré los ojos, respiré profundamente y al momento de volver a abrirlos vi la sonrisa del sabio Liam. Era como si todo volviera a estar claro, nítido, brillante. Me sentía despierto y atento.

—¿Mejor? —me tendió la mano para ayudar a levantarme.

—¿Qué fue eso? —pregunté sorprendido.

—Una poción de purificación, hecha con magia blanca y lágrimas de Sasha —respondió Liam.

*¿Lágrimas del maestro?*

—No jodas con eso, William —el mago índigo frunció el ceño—. No le hagas caso, Ezra, tiene magia, sal, cuarzo y otros ingredientes.

—¡Hey, las lágrimas de Sasha son algo valioso! Las pociones que salen con sus lágrimas siempre son muy inesperadas.

Ignoré la conversación que estaba ocurriendo frente a mis ojos. Tomé mi daga y limpié la hoja sobre mi pantalón negro, al hacerlo el grabado en esta volvió a hacerse visible.

«—No temas, sé valiente, Ezra —alentó el mago frente a mí.

—¡Pero es una daga, tiene filo, hace daño! ¡No quiero hacer daño! ¡Da miedo!

—A veces tenemos que hacer cosas que nos dan miedo con tal de proteger a quienes amamos. El miedo nunca debe impedirte avanzar. No dejes que esto sea un impedimento.

—¡Pero no quiero dañar a la gente!

En ese momento, él tomó la daga y se cortó la mano frente a mí, solo pude cerrar los ojos horrorizado por lo que estaba haciendo, hasta que escuché la ligera risa del mago. Cuando sentí su suave risa volví abrir los ojos, no sin algo de desconfianza y miedo, pero lo primero que vi fue una divertida sonrisa y sus ojos azules brillando de ternura.

—No hace daño a la gente buena, Ezra. ¿Ves? —señaló mostrándome su mano, donde no había rastro de sangre—. Solo dañará a las personas o seres que tengan malas intenciones, y su daño será proporcional a lo que quieran hacerte a ti o a tus cercanos.

—¿Malas intenciones? ¿Si sigo comiendo tus galletas a escondidas podrá dañarme? —pregunté preocupado.

—¡Sabía que eras tú! —señaló exasperado para luego negar con la cabeza, no tan molesto como pensé que estaría—. No, no te dañará, solo lo hará con la gente cuya alma esté teñida por las tinieblas. Como te dije, gente que tenga intenciones de hacerte real daño.

—Pero no quiero estar frente a ese tipo de gente, me da miedo. No podré hacerlo, Maestro.

—Sí, podrás —respondió con mucha confianza—. Es más, vamos a grabar una inscripción en ella.

—¿Una inscripción?

—Sí, cada vez que tengas miedo podrás mirar la daga y te ayudará. Lo escribiré en enoquiano, de esta forma solo tú podrás leerlo —sonó emocionado.

—¡Pero maestro, aún no sé enoquiano!

—¡Por eso! ¡Tendrás una nueva motivación para aprender y no evadir tus deberes, ángel holgazán ladrón de galletas! —regañó riendo sin realmente estar molesto—. Esas eran premios para cuando termines tus lecciones, te las iba a regalar para que las compartieras con Cian, pero te las comiste solo. ¿Entonces no tuviste ningún problema para actuar sin miedo a las represalias? ¿No sentiste miedo?

—No, porque son tus galletas, Sasha —sonreí mostrando todos mis dientes, aunque no tenía un colmillo porque se me había caído recientemente—. Aun si lo descubrieras no me harías nada. No me das miedo.

—De todas formas, está mal sacar cosas a escondidas.

—No es realmente a escondidas, sé que lo descubrirás, solo que no de inmediato. Además, tus galletas favoritas son las de plátano y avena. Pero siempre haces las favoritas de Cian y mías: galletas de frutilla con chispas de chocolate. Eso quiere decir que son para nosotros.

Ante eso se cruzó los brazos y frunció el ceño, pero todavía mantenía su sonrisa intacta, sabía que realmente no estaba molesto.

—Lo dejaré pasar porque me sorprende que supieras una de mis favoritas, tengo otras que también me gustan. ¿Cómo puedes saber eso y todavía no aprender las palabras básicas en enoquiano?

—Si me dices qué pondrás en el grabado prometo aprenderme esos glifos.

—No seas tramposo y aprende honestamente».

*No estás solo, avanza con valentía.*

Sentía mis ojos picar frente a la emoción de recordar memorias del pasado. Ahora entendía cada una de las palabras que Sasha se esforzó tanto en enseñarme. Lamentaba no haber prestado más atención a sus clases sobre criaturas oscuras. Cuando tenía once años me daban tanto miedo que me saltaba esas lecciones, porque las ilustraciones en los libros de estudio eran muy feas, ahora me arrepiento mucho, si hubiera leído todas las notas del maestro en los bordes de las páginas habría sabido lo del veneno.

Siempre me preparó para lo peor y para lo mejor. Fue muy paciente conmigo, a pesar de que realmente era un pésimo alumno, uno al que no le gustaba prestar atención y se distraía con facilidad con las cosas lindas del mundo —como los animales, flores o un haz de luz—. Sasha nunca se rindió conmigo, siempre encontró la forma de lograr convencerme de aprender lo que necesitaba para asegurar mi seguridad y la de Cian.

Quería volver el tiempo atrás y disfrutar todo aún más, desaproveché tantas cosas.

—Como sea, ya entramos —Fausto señaló lo obvio, sacándome de las divagaciones.

—Es una prisión, estas deben tener calabozos y catacumbas, deberíamos ir a buscar a Cian ahí —sugerí volviendo a ponerme la máscara de fortaleza.

*Concéntrate en tu misión.*

—No, no lo creo —negó Fausto—. No hay guardias por estos lados, las protecciones están bajas, no nos esperaban, eso quiere decir una cosa.

—Que Lucian escapó —terminó Liam por él, con un suspiro.

—Mierda.

—Sí, probablemente por eso el revuelo, debe ser muy reciente, de otra manera ya deberíamos estar rodeados de ellos, pero están ocupados con Lucian. Por eso las protecciones fueron tan fáciles de romper, están diseñadas para que nadie salga, no entre.

—Debemos ir por él, no podemos dejar que le hagan daño a Cian —señalé preocupado.

—Tranquilo, Ezra, creo que está bien. Sasha no permitiría que tocaran a su tesoro —calmó el mago blanco—. Está protegido con su magia.

—Deberíamos ir a la sala de las cámaras de seguridad, de esa manera podemos revisarlas y encontrar a Lucian.

—Buen plan. ¿Cómo la encontramos? —pregunté algo más sonriente.

—Emm… ¿puedes capturar a uno de los guardias sin matarlo? —se acomodó los lentes—. De esa forma podemos obligarlo a que nos diga.

Antes de que pudiera responder del pasillo aparecieron corriendo dos de ellos y, al vernos, se lanzaron con sus colmillos expuestos hacía nosotros.

—¡INTRUSOS!

Maniobré la daga entre mis manos solamente para poder sentir su peso familiar y di un paso

hacia delante con una sonrisa. Por lo menos podría hacerlos pagar por tener a mi mejor amigo encerrado y, de paso, conseguiría información, dos por uno.

—Estoy en ello —me lancé contra ellos.

Eran rápidos, horribles y con unas insanas ganas de matar, pero nada comparado con los entrenamientos de Sasha, él era muchísimo más rápido, mis ojos se habían adaptado a seguir movimientos veloces, solo necesitaba concentrarme. No iba a dejar que ganaran. No otra vez.

Vi venir claramente sus nada controlados movimientos, fue sencillo esquivar sus furiosos arañazos mientras que ágilmente le corté la mano a uno. Por el corte comenzó a brotar una luz cegadora, eso los dejó en shock momentáneo, no era tan fácil cortar a seres o criaturas con magia negra. Solo ese instante era lo que necesitaba para poder dejar que mi memoria muscular hiciera su trabajo.

Era como si mi arma se moviera por su cuenta, la daga se abrió paso fácilmente por el cuello del vampiro al que le había cortado la mano. La luz que salió del cuello de este cegó al otro, gracias a eso pude desequilibrarlo con mi pierna, usando un poco de mi peso hice que se cayera de bruces al suelo, me senté sobre su pecho, corté una de sus muñecas y le enterré la daga en la mano para dejarlo clavado al suelo.

—¡AH! —gritó despavorido.

No había necesidad de repetir el episodio lamentable de la Equidna, eso solo había pasado porque Lucian estaba ahí y tuve miedo de asustarlo al verme ser certero para matar, realmente temí que descubriera esta parte de mí, por eso dudé, dudar fue mi error y nos puso en una situación peligrosa, pero ya no volvería a dudar. Debo aceptar que esto es lo que soy. Un ángel al que entrenaron para matar y aniquilar o, como le gustaba recalcar a Sasha: para proteger.

Puse mi brazo en su cuello para ejercer presión, pude sentir lo resistente que era su cuerpo, no podría romper las vértebras de su cuello con mi mano con facilidad, aunque sabía que con mi daga eso sería otra historia. Ante ese pensamiento se me formó una involuntaria sonrisa.

—¿Dónde queda la sala de control? —pregunté con gravedad en mi voz.

—¡CÓMO SI TE LO FUERA A DECIR, ALADO! —escupió las palabras.

Sentía como se retorcía bajo mi cuerpo, pero la daga lo tenía neutralizado por completo, drenaba su magia y la transformaba en magia blanca. Realmente era una herramienta muy útil.

—No es necesario que lo digas —acotó el mago índigo acercándose para tocar la frente del monstruo que se encontraba debajo de mí, solo bastó un segundo y ya se había alejado por completo—. Gracias.

—¡NOOOOOO! ¡TE MATARÉ!

No necesité ninguna señal más para desclavar mi daga y cortar el cuello del vampiro en una limpia maniobra, acabando por fin con sus infernales gritos.

No me avergonzaría más de mis habilidades adquiridas durante muchos años de entrenamiento, dejaría de aspirar a ser el ángel perfecto, no lo era, no era Habuhiah. No me ocultaría más tras mi máscara de torpeza, porque justo ahora necesito al yo que más me esforcé por esconder.

*Pero ya no tengo razones para ocultarlo más.*

—Ezra, eso fue increíble, tus alas...

«—Sasha... ¿Por qué las mías son así? —mordí mi labio inferior.

—¿De qué hablas Ezra? —el mago se sentó a mi lado.

—De mis alas ¿por qué no son como las de Habuhiah? —abracé mis rodillas.

—¿Hablas de que son más pequeñas? Tienes cómo trece años, Ezra, tus alas seguirán creciendo al igual que tu cuerpo —me dio leves palmadas en la cabeza.

—¡No! No es eso… —reproché contrariado— ¿Por qué tienen este horrible color? —presioné al borde de las lágrimas—. No quiero ser diferente.

—Ezra, no hay nada malo con tus alas —explicó con una mirada triste.

—¡¿Entonces por qué no son blancas?! Todos los otros ángeles tienen alas blancas, pero las mías no lo son. ¡Los otros ángeles me odian!

—Eso es mi culpa, es mi magia la que las vuelve de ese color. Lamento que te sientas así, Ezra.

*¿Su culpa? Pero… Maestro.*

—Ámbar no te puede dar magia blanca, porque de ser así tú no crecerías Ezra, dándote magia de colores oscuros hace que puedas seguir creciendo y envejeciendo, mi magia hace que tus alas se tiñan de ese color.

*Yo no…*

—No sabía que esto podría dañarte, debí preguntarte respecto a esto antes. Puedo hacer que

Ámbar te dé magia blanca si eso es lo que deseas. Serás como un ángel normal, honesto, con propiedades curativas, con alas blancas, pero no podrás ser amigo de Lucian, porque te quedarías de la misma forma en la que estás ahora para siempre.

—Estás diciendo que la razón de que no sea un ángel ejemplar como Habuhiah, es porque mis alas son…

—No me malentiendas —atajó sin dejarme continuar—. Sí creo que puedes ser un ángel ejemplar, Ezra, no justifiques tu torpeza o malas decisiones con tus alas. Solo eres mucho más único que los demás, más revoltoso, más descuidado, porque tienes mucha más energía y fuerza que ellos. No deberías sentirte mal por tus alas, son hermosas al igual que las de Habuhiah.

—¿Me estás diciendo que puedo ser como los otros?

—Sí, tú eliges. ¿Alas blancas o Lucian?

*¿Qué clase de elección es esa?*

—Cian —respondí con sencillez—. Ya sabías que elegiría esa —señalé enfurruñado, mirando para otro lado.

—Claro que lo sabía. Tienes mi magia, ángel torpe. Ambos lo amamos muchísimo».

—Son negras, lo sé —aclaré con rapidez—. Vamos a buscar a Lucian.

—¡Espera! ¿Los ángeles pueden tener alas negras? —inquirió consternado Fausto—. ¿Eres como una especie de demonio o algo por el estilo?

*Tiene que ser una broma. Más prejuicios. Justo cuando creí que los había superado.*

—¡No! —contesté sintiéndome atacado—. Es culpa de Sasha, toda su magia multicolor hace que mis alas sean de esta manera. ¡No soy un demonio!

—¡Pero eres como una máquina de matar! —señaló asombrado.

—¡Porque Sasha me enseñó a pelear! —respondí con obviedad.

—Es un simple mago que concede tratos no hay forma de que…

*¡Te equivocas, es más que eso!*

—Sasha es más que eso, Fausto —defendió el Sabio de magia blanca—. Es un luchador jodidamente bueno. ¿Te olvidas de quién fue el maestro de Pyro? Deberías considerarte afortunado de no haberlo visto en modo de combate. Si te asombró la destreza de Ezra, te consternarás con la de Sasha.

Tenía razón. Realmente el Sabio Liam conocía bien a Sasha. Aunque este último trataba de ocultarlo, era realmente feroz, ágil y elegante cuando se trataba de combate, casi parecía que podía leer tu mente para saber qué movimiento harías a continuación. Aguantar más de diez minutos en pelea contra él era una gran hazaña.

—¡Pero las alas negras, William! —exclamó aún preocupado—. ¡Nunca había visto algo así!

—¿Sí? Pues acostúmbrate, cariño. Cosas como estas son de lo más normal alrededor de Sasha —respondió sin más—. Vamos, Ezra. No le hagas caso. Mucha gente se asusta de las cosas que no comprende, pero eso no les da el derecho de hacer sentir incómodo a otros.

*¡Exacto! Siento que había escuchado las mismas palabras salir de la boca de Sasha más de una vez. Mis alas era un tema que me acomplejó por años y, aunque las odié por mucho tiempo, estas mismas me permitieron crecer con mi mejor amigo. No todo era malo.*

—Solo para que lo sepas, Sasha me enseñó que los demonios no tenían alas negras, él mencionó que eran guapos y que la mayoría tenía cuernos y colas, no alas —comenté indignado.

Ante nuestras palabras pareció recapacitar frente a la actitud que había tomado. Respiró hondo

y luego exhaló, todo en un suspiro muy ruidoso.

—Perdón, perdón, no se enojen —trató de disculparse—. Sí, me comporté como un idiota, lo lamento Ezra. Además, no es por ese pasillo, tenemos que doblar —mencionó con una sonrisa amable—. Solo yo sé el camino, así que perdonen mi actitud y síganme, creo que ya perdimos suficiente tiempo por pararnos a conversar.

—¿Hope? Mierda, no te ves bien —le costaba respirar y sudaba mucho.

Estaba mal. Su condición había empeorado mucho en cuestión de minutos, si esto seguía así colapsaría por completo dentro de muy poco tiempo. Todas las señales físicas estaban ahí a la vista de ambos.

—Estoy bien —tranquilizó inútilmente—. No pares de caminar, Lucian, ya casi llegamos.

—Hope, quizás necesites descansar, escondámonos por unos minutos.

—No, no lo haremos. Es solo llegar al final de este pasillo, Lucian. Apurémonos.

Eso decía, pero la verdad es que desde hace unos minutos que no podía correr, estaba tratando de trotar de una forma torpe. Se tambaleaba por todos lados, en cualquier momento perdería la conciencia. Me mordí el labio tratando de tragar mi preocupación, pero era en vano.

*¿Si Hope colapsa qué haré? Quizás pueda cargarlo en mi espalda, no importa que relentice mi andar. ¿Podré soportarlo? ¿Cuánto duraré con él en mi espalda? ¿Y si muere antes de lograr escapar? ¡No, no pienses eso! No morirá, no morirá.*

Mi manta estaba haciendo un gran trabajo distrayendo a los *Vampyguards,* gracias a eso pudimos abrirnos camino, pero no podríamos continuar de esta manera por mucho tiempo. Demonios, probablemente no podríamos continuar así por más de una hora. Definitivamente no había cinco horas.

Finalmente llegamos a la sala de control, pero nos detuvimos porque era obvio que dentro no estaba vacía, era realmente fácil sentir la presencia de alguien más.

—De acuerdo. Yo entraré primero —declaré mientras acercaba mi mano a la manilla.

—¡No, yo lo haré! Tu vida es más importante que la mía. Serviré de distracción.

*Ninguna vida es más importante que la otra, Hope.*

Podía debatir mucho sobre este tema, pero no teníamos tiempo. Preferí dejarlo pasar por esta vez y me dispuse a abrir la puerta con cuidado, tratando de hacer el menor ruido posible.

El cuarto estaba lleno de monitores, un panel de control, con solo una silla. El problema es que no había nadie en ella, eso no significaba nada bueno. Entré lentamente escaneando la sala, pero no había rastros de ni un alma. Era extraño, porque había sentido la presencia de alguien aquí.

Justo cuando estaba dejando escapar el aire que contenía, una mancha negra aprisionó a Hope por la espalda, usándolo de escudo. Esta vez el vampiro no era como los otros, este era alto y erguido, no demacrado, su rostro era duro y pálido, sus ojos parecían de un rojo vivo y su cabello era corto como si fuera un militar, de alguna forma asustaba mucho más que cualquier otro, su instinto asesino me dejó helado por completo, podía sentir que era superior a los otros guardias, eso me ancló donde estaba, mi cuerpo ni siquiera se movía por puro instinto de supervivencia. Tenía miedo.

—No puedo creer que cayeras en esa trampa —señaló con una voz profunda.

*Era bastante obvio. Ni siquiera me extrañó que hubiera un pasillo sin ningún vampiro.*

—Suelta a Hope —exigí entre dientes—. Puede matarte.

—Claro que no —respondió con un resoplido divertido—. Se te olvida que he estado mirando esos monitores, he vigilado cada uno de sus pasos. Por eso dejé que entraras primero, Lucian Asher. Para encerrarte.

Justo cuando pronunció esas palabras dio un paso y la puerta del cuarto se cerró, me sobresalté, pero traté de no entrar en pánico y reunir toda mi valentía. Podía salir de esta, aún no sabía cómo, pero había llegado demasiado lejos para rendirme ahora.

—¿Si es así por qué no le decías a tus compañeros nuestra ubicación? —traté de ganar tiempo.

—¿Compañeros? —inquirió con sarcasmo—. Ellos son de una clase inferior, no son mis compañeros, no necesito a nadie más. Pero tienes razón, debí avisar, excepto porque un asqueroso ángel averió las radios el día anterior. Ahora tengo suerte de tenerlo entre mis manos para poder matarlo —apretó el agarre de Hope.

*Hope, realmente eres increíble. ¡Maldición!*

—¡Espera! ¡No le hagas nada! ¡Yo me entregaré! —me acerqué un poco hacia él.

*Tranquilo, Lucian. Tienes la magia de Sasha de tu lado. No puede dañarte, debes preocuparte de salvar a Hope. Trágate tu miedo y avanza.*

—No es necesario, ya estás en mis manos —respondió sonriente.

—¿Eso crees? ¿Realmente creíste que no sabríamos que nos estabas esperando? —di otro paso hacia él—. Claramente vimos las cámaras. Solo teníamos que verificar cuantos más había aquí.

*¡Te tengo!*

Su cara era un poema y era el momento que estábamos esperando, debido a la sorpresa se distrajo un segundo, eso era todo lo que necesitábamos.

—¡Hope, ahora!

Mi manta se posicionó a su espalda y logró taparle la visión.

—¡¿Qué mierda?! —gritó confundido por el giro de eventos inesperados, gracias a eso Hope pudo escapar de su agarre.

No tardó nada en liberarse, pero lo estaba esperando, justo en ese momento rompí una de las esferas de la pulsera de Afrodita haciendo que un humo de color lila claro se extendiera por la sala. Cuando se dispersó nos permitió ver al vampiro completamente estático, sin poder mover ni un músculo, solo miraba en mi dirección, expectante.

—¿E-estará enamorado de ti? —preguntó Hope nervioso.

—¿Esos son ojos de amor para ti?

*Para mí, no se ve muy enamorado que digamos.*

—No es que haya visto ojos de amor aún.

—Yo sí los he visto, mi mago me mira siempre así. No, no está enamorado, de hecho, parece que está furioso —respondí algo curioso.

—Pues dile algo, quizás solo esté petrificado.

Afrodita no es solo una experta en el amor, es también del engaño y la persuasión. Ella podía lograr que cualquiera hiciera lo que ella deseara. ¿Sería eso? Me estaba otorgando el poder de doblegar a alguien contra su voluntad solo con… palabras.

—Necesito que me des la llave para abrir la puerta del techo —exigí tentativamente, tratando de probar mi teoría, lo miré directamente a los ojos ignorando el odio que veía en ellos.

*Bingo.*

El vampiro comenzó a moverse automáticamente como si estuviera bajo un encantamiento. Sin ningún movimiento innecesario buscó las llaves y me las entregó. Se veía que trataba de resistirse, pero le era imposible, el poder de la magia era mucho más fuerte que él. Tanto así que comenzó a sangrar de un ojo al tratar de oponerse con toda su voluntad, pero no lo logró. *Sorprendente*.

El poder de la magia de Afrodita era algo increíble.

*Cian, mitad ángel que puede encantar con sus palabras de A. Leblanc.*

# *23*

## *Mi único deseo es que sonrías*

—Leblanc, ¿quién es él? —la maga blanca en mi habitación miraba fijo a mi guardaespaldas.

—Yo lo crié, bruja —escupió con desprecio Dean.

*Santa magia.*

*¿Yo lo crié? ¿En serio, Dean? Yo fui el que te vio crecer, mocoso.*

—¡¿Qué?! ¡Oye, niñito irrespetuoso! ¡Soy una maga, una Sabia de hecho, ¡trátame con respeto! —exigió colérica.

—Bruja, maga, lo mismo —respondió agitando su mano, restándole importancia—. Se entiende.

*Este sería un largo día.*

Dean en modo cruel siempre era algo digno de ver. Se encontraba con un traje negro muy formal, el cual combinaba con su cabello negro. Por su delgada contextura no parecía un guardaespaldas, a lo más un secretario, pero francamente estaba muy cansado para cambiar el plan.

—Lillia, él es Dean —presenté tratando, inútilmente, de apaciguar los ánimos.

Hoy era nuestra cita oficial antes de la boda, teníamos que discutir asuntos formales, votos, contratos, acuerdos, etc. Era parte del conducto regular para las ceremonias oficiales del consejo. Doce horas con la persona comprometida, un número insignificante cuando amas a la persona con la que te vas a casar, ¿para mí? Un maldito infierno.

Lillia no era una mala maga, de hecho, la conozco, es una de las hermanas cercanas de Ámbar, me la topaba mucho en eventos especiales, como celebraciones o reuniones de gremios, etc. Es una maga experta en la magia curativa casi tan buena como Liam, si él era conocido por huesos rotos, ella era conocida por curar niños. Tiene un carácter fuerte y sé de primera mano que es una maga amable y caritativa, la he visto defender sobretodo a los magos más jóvenes. Lastimosamente nunca sentí nada por ella más que reconocimiento hacia una maga increíble.

A la vista era bastante obvio que era hegemónicamente hermosa, de un rostro pequeño y en forma de corazón, nariz respingada, ojos entre pardos y verdes, y cabello liso hasta media espalda con un singular rosa dorado. Poseía la misma altura que Lucian y compartía una singular mirada desafiantes en los ojos, estaba seguro que serían grandes amigos si se conocieran, pero ese no sería el caso.

—¡Creí que esto sería una cita, Alexander! —encaró molesta—. ¡¿Qué clase de insulto es este?!

*Uno muy grande si es que el consejo se entera. Lo lamento, Lillia.*

—Oh, es una cita —aclaré con calma—, pero tenemos que ir con Dean. Es mi guardaespaldas —declaré tratando de sonar casual.

Abrió los ojos muy consternada por lo que acaba de decir, luego negó con la cabeza con una

sonrisa de incredulidad en el rostro.

—¿Un humano? —su voz estaba llena de sarcasmo—. ¿En serio esperas que me crea esta farsa? ¡Es un humano! —señaló indignada —. Sí, está lleno de magia azul, pero es tu magia. Sé muy bien que te puedes cuidar solo, Leblanc. He tenido que curar a muchos de mis hermanos a los que les pateaste el trasero. Estoy muy segura que no necesitas que te defiendan.

*Claro que me puedo cuidar solo. Por supuesto que les pateé el trasero a algunos hijos de Apolo, son unos magos muy engreídos. Entiendo que sea difícil de creer, Lillia.*

Iba a contestar tratando de convencerla de que todo esto tenía sentido, pero antes de que pudiera abrir la boca Dean golpeó mi pecho con su mano abierta en señal de: «Tranquilo, déjamelo a mí». Ese puro acto me dio mala espina, pero no lo detuve.

—No esperamos que creas nada, bruja, las cosas como son: yo cuido la espalda de Al, así como él muchas veces cuidó mi retaguardia —respondió con una sonrisa socarrona.

*Jodida mierda.*

Eso no sonó nada bien, esto escalaría muy rápidamente. Lillia estaba roja, francamente no sabía si de furia o vergüenza. Sentía como empezaba a tener una jaqueca por todo lo que estaba pasando. Dean no estaba ayudando realmente, solo estaba sacando su frustración, en este caso la afectada era la maga.

—¡No estarás insinuando que tú…!

—¿Que yo qué? —atajó antes de que pudiera continuar— ¿Qué él cuidó mi trasero…? Podría estar diciendo justamente eso —la sonrisa de Dean era inmensa, sus ojos brillaban de satisfacción, estaba disfrutando esto más de lo que debería—. Puedo decirte que es muy bueno en eso de cuidar traseros. Un experto. Conozco por lo menos a cuatro personas a las que les ha cuidado el trasero y que están completamente complacidos por ello.

*Mierda, mierda, mierda. Por toda la magia.*

Prácticamente no era una mentira, había salvado su trasero muchas veces de que se metiera en problemas, así como con Ezra, Cian, hasta Liam, pero él lo estaba haciendo sonar *tan obsceno*. Se encargó de hacerlo sonar como si mi vida sexual fuera jodidamente activa, lo que no es cierto porque llevo un período de abstinencia eterna desde que conocí a Cian.

Toda la situación se sentía demasiado inapropiada, pero realmente no sabía cómo detener a Dean, no me sentía con fuerzas, porque aún me sentía horriblemente culpable de que por mi descuido su hermano menor se encontrara en peligro, me sentía responsable de la condición actual de su padre, ni siquiera podía sostener su mirada por la vergüenza de fallarle. Pero al parecer no le importaba tanto como a mí porque estaba teniendo el momento de su vida.

—Pues parece que voy a conocer eso en muy pocos días, porque el único trasero que tendrá que cuidar será el mío.

*Esto no puede estar pasando.*

*Maldición, Lillia. No, por favor, no te unas a esto, no le des alas para que siga. ¿Qué estás haciendo?*

—Sí, es realmente una pena —reconoció con falsa tristeza—, no hay mucho que cuidar.

*Mierda. Lo sabía.*

—¡OH, NO LO DIJISTE! —exclamó furiosa—. ¡*SECARE*…!

Mantenía su dedo índice apuntando a Dean, moví la cabeza en negación. Sabía que gran parte de la culpa de esto la tiene este humano malhumorado, pero nunca permitiría que le hiciera daño.

—No te atrevas —señalé con calma, poniéndome frente a Dean para protegerlo del hechizo que pretendía llenarlo de cortes.

—¡Quítate del medio, Leblanc, tu guardaespaldas necesita modales! —*¡Lo sé, esto realmente no tenía que pasar!* —. No puedo soportar más agravios.

Sí, Dean no estaba siendo muy amable, pero no es personal, él no es muy amable con mucha gente. Quizás sí es un poco personal, porque es mi prometida, pero no se merece que lo hieran, eso pasará sobre mi cadáver.

—No le tocarás ni un solo pelo, Lillia —rectifiqué suavemente, sosteniendo su mirada, para que viera la seriedad en mis ojos.

—¡Él me insultó! —señaló exasperada.

La verdad, es que esta clase de guerras de insultos o sarcasmo no eran muy comunes en el mundo mágico, aquí primaba la solemnidad y el respeto, entiendo lo molesto y frustrante que debe ser esto para ella. La verdad es que no se merecía este mal rato.

—Solo mencioné los hechos, que estos te afectaran tanto no es mi jodido problema.

*Ah… joder, basta, Dean.*

Esto era terrible. Realmente me encanta la personalidad de Dean. Joder, solo quiero largarme a reír, qué desastre. ¿Cómo puede ser tan ocurrente para responder? Maldición. ¿Por qué complicas todo, mocoso?

—Técnicamente tiene razón —concedí tratando de no reír—. Solo cálmate, Lillia —pedí tratando de tranquilizarla.

—No puedo creer que te pongas de su parte —señaló realmente herida—. ¡Nos casaremos en tres días!

*Sí, no me lo recuerdes.*

—Bien, él y yo tenemos historia —atajó asomándose por mi hombro.

*¡Dean, por toda la magia!*

—No estás ayudando, Dean —traté de sonar enojado… y fallé.

¡No podía estar enojado con él! Por alguna razón, toda esta tontería hasta me parecía un poco adorable de su parte. ¿Estaré mal por encontrar esto adorable? Sí, probablemente lo esté. Pero soy muy débil frente a la personalidad de Dean.

—No quiero ayudar, Leblanc.

*¡Por favor, mocoso!*

—No me importa su historia, solo aléjense entre ustedes —pidió tratando de tranquilizarse.

Miré a Dean para que retrocediera unos cuantos metros, él solo me miró contrariado y de muy mala gana se alejó de mí, no sin chasquear la lengua y hacer todo con mucha lentitud.

—Solo explica qué está pasando aquí, Leblanc —exigió dejándose caer en uno de los sillones de la habitación—. Mi padre me llamó muy feliz, diciendo que habías aceptado mi mano en matrimonio, lo que en primera instancia me pareció raro, pero luego me emocioné mucho. Pensé que finalmente tenía una oportunidad, eso me hizo feliz, tú sabes lo mucho que me gustas.

*Lo sé, ya me lo habías confesado y también te rechacé.*

Le di una mirada de advertencia a Dean, porque podía casi leer en sus ojos la frase de «sí, pues no eres la única, ponte a la fila». Estos dos hermanos siempre habían sido muy fáciles de leer, quizás por eso me encantan tanto. Suspiré como por novena vez en el día y agaché mi cabeza.

—Lo siento —me disculpé con sinceridad porque no quería que se viera envuelta en todo este

desastre, no era justo para nadie.

La verdad es que ella no tenía la culpa de esto, ella también era una víctima de su padre. Lastimosamente le tocó ser parte de todo este lío. Es tan triste, realmente me siento mal por ella, es un daño colateral.

—No te atrevas —cortó con dureza en la voz—, solo explica que mierda hago yo aquí. Es bastante obvio que no quieres ser mi esposo.

Había dolor y resentimiento en cada una de sus palabras y, francamente, me las merecía.

—Este es un caso de esos de «no eres tú, soy yo», nada personal —respondió Dean con falsa modestia—. Pudo haber sido cualquiera de las otras millones de hijas de tu padre, para él no haría ninguna diferencia.

—Por todas las runas, Dean —exclamé cansado. Este tema ya me estaba sobrepasando.

Ella solo dedicó una mirada de rabia a Dean ante sus crudas palabras. Levanté mi mano pidiéndole a mi amigo que se mantuviera en silencio por unos momentos, mi paciencia llegó al límite.

—Tu padre me quitó algo que amo, para que este sobreviva me hizo firmar los papeles de compromiso —expliqué de forma clara y concisa.

Eso pareció sorprenderla, estaba seguro que sabía que esto era obra de su padre, pero no debe haber esperando que la vida de otro ser humano se encontrara en peligro y, muchos menos, que era usado como grilletes para obligarme a cumplir con sus deseos egoístas.

—¿Papá hizo qué? —preguntó aún sin creer lo que estaba escuchando.

—Se robó a…

Pero antes de que pudiera seguir, levanté mi mano para tapar la boca de Dean. No podía permitir que dijera información importante, no sabíamos realmente el bando que tomaría Lillia.

—Tu padre me puso en una situación difícil —apreté el puente de mi nariz.

Ella comenzó a negar la cabeza para luego mirarme con dolor e indignación. Apretó sus labios y levantó la cabeza hacia el cielo en un vano intento por no dejar que lágrimas de frustración escaparan de sus ojos. Finalmente me dio una falsa sonrisa.

—O sea, es cierto. No te gusto ni un poco. El matrimonio no tiene ningún sentido —se derrumbó en el suelo de la habitación y cubrió con una mano su rostro.

No estaba llorando y, aun si se pusiera a llorar, estaba seguro que sería de frustración, impotencia, y de sentirse engañada y utilizada. La entendía porque ya me había sentido así. No es su culpa, nada de esto tenía que ver con ella.

—Lillia, no eres…

*No eres tú, soy yo, tu padre, mi ángel, como mínimo.*

—No te atrevas —advirtió con clara molestia.

—Bien, no lo diré —concedí con un suspiro de cansancio.

—Mierda, jodida mierda por qué fui tan ilusa —apretó los puños, temblaba de frustración—. Debí suponer que esto era demasiado bueno para ser verdad.

*Realmente lo lamento, Lillia.*

—Lillia, te aseguro que sería un pésimo esposo —traté de consolar—. Realmente no entiendo el deseo que tenías de que yo lo fuera, soy un desastre veinticuatro siete, el peor prospecto que pudieras pedir, nadie debería querer casarse conmigo.

Sin querer había soltado parte de mis inseguridades y complejo de inferioridad. Ante esas

palabras Dean resopló con indignación.

—¡Oh, por favor! Cállate, Leblanc, nos estás insultando a todos —declaró con molestia sentándose al lado de mi prometida.

*¿Qué haces?*

—El que no puedas ver lo magnífico mago que eres solo agrava todo —apoyó ella dándole la razón a Dean—. Porque está muy claro para cualquiera que te conozca un poco.

—Eres un mago idiota, Leblanc, siempre lo he creído, deberías dejar de darme la razón. Tu mayor debilidad es también tu más grande fortaleza. Es increíble que no seas consciente de esto.

—Te subestimas demasiado —declaró la maga.

—Y pones por sobre todas las cosas a las personas que amas, descuidándote por completo a ti mismo.

*Esperen. Ambos se pusieron de acuerdo para regañarme, increíble. Dejaron de lado sus diferencias solo para darme una lección.*

Suspiré al mismo tiempo que masajeaba la parte posterior de mi cuello tratando de relajarme. Ya no podía más con la tensión, el dolor, la culpa, la frustración, toda la situación en la que nos encontrábamos. Ellos no estaban ayudando.

—Bien, simplemente dime qué quieres que haga —inquirió ella con una pequeña sonrisa triste —. Ya firmaste el contrato de unión, no hay forma de anularlo. ¿Te rechazo? Aunque haga eso mi padre encontrará a otra de mis hermanas para que se case contigo, estoy segura que puede levantar una piedra y saldrían al menos diez. ¿Qué quieres que haga, Alexander?

Aunque yo había firmado, la otra contraparte debía hacerlo al momento de la ceremonia, le daban una semana al cónyuge para decidir si quería ligar su vida con la otra persona, si no le agradaba, o tenían diferencias muy severas, este podía rechazar el cortejo, así como también el contrato.

Aunque el consejo era una mierda, seguían creyendo que debían promover el libre albedrío.

*Hipócritas.*

—Tienes todo el derecho de rechazar, nadie quisiera ligar su vida con alguien que no le corresponde.

—Sí, en realidad no tengo tantos problemas con eso —respondió avergonzada de sí misma, huyendo de mi mirada.

—Maldito mago —resopló Dean fastidiado.

—Lillia…

*No estarás diciendo que…*

—Soy tu mejor opción, Alexander. No te exigiré nada, soy buena actuando, seré la esposa ideal frente a todos y no seré nada que no quieras frente a ti. Está bien que no me quieras de la misma manera que yo a ti, pero puedo ser una amiga, puedo apoyarte y ser tu soporte en lo que necesites.

*Eso… era demasiado bueno para ser verdad. Era algo muy cruel para ella. Porque yo tendría todos los beneficios, pero ella no obtendría nada de mí. Ella se entregaría por completo, pero yo no podía prometerle ni un 5% de mí. Porque no sentía más que pena por ella, por lo que estaba viviendo.*

—Lillia, no me merezco que hagas eso por mí. Nadie se merece que se sacrifiquen de esa manera.

—Uff, qué sacrificio, creo que todos merecemos ese sacrificio —miré a Dean con reproche,

pero lo único que pude lograr fue que levantara las manos en señal de rendición—. Bien, me callo, solo era una acotación, no debes enojarte tanto, Alex.

Traté de tragarme mi exasperación y suavizar mi voz para poder hacer las preguntas correctas a Lillia. No tenía sentido ese nivel de sacrificio.

—¿Por qué? —pregunté consternado—. Es una locura que quieras ser parte de esto. Literalmente, estás poniendo tu vida y tu felicidad en juego.

Antes de responder ella me regaló una mirada y una sonrisa triste. Por supuesto que sabía lo que estaba haciendo, pero estaba bien con eso, se conformaba con la situación si eso podía ayudar, aunque fuera un poco.

—Sí, pues… tú deberías saberlo, hacemos locuras por la gente que nos gusta.

—Es tu vida —remarqué aún incrédulo—. ¿Lo sabes?

—Claro que lo sé —respondió con serenidad levantándose del suelo—. Estoy muy consciente de esto. Así que debemos hacer que valga —declaró decidida, sin darme una oportunidad de protestar—. Te espero en una hora en el restaurante que habíamos acordado, vamos a ir a nuestra cita de compromiso.

Luego de eso no me dejó protestar nada y fue con rapidez a la salida de mi habitación en el consejo. A pesar de que era una situación horrible ya no se veía consternada por todo esto, al contrario, se veía decidida a hacer algo al respecto. Me sentía culpable y egoísta por no detenerla en esta locura. ¿Pero qué más podía hacer? Necesitaba ayuda.

—Bien, nos deshicimos de ella por una hora, creo que ganamos.

*Por toda la magia. Denme paciencia.*

*A. Leblanc, un agotado Mago clase SS.*

Mi padre me explicó que existían los ángeles al momento de nacer mi hermanito. Por supuesto le creí sin dudarlo, porque al ver a Cian tan pequeñito, con sus mofletes colorados y sus hermosos rizos rubios, sentí que definitivamente estaba frente a uno en ese momento. Era el bebé más hermoso del mundo, adorable, lleno de luz. La primera vez que toqué su piel me maravillé por lo suave que era, pero fue cuando él apretó mi dedo con su pequeña manito que mis ojos se aguaron de emoción. Soy su hermano mayor, lo cuidaría, le enseñaría a jugar y me comería sus verduras si eso le evitaba una pena.

A medida que Lucian fue creciendo me di cuenta que las palabras de mi padre eran mucho más que solo eso, eran una realidad, existían los ángeles, existía la magia, existía todo lo que podía imaginar. Porque Cian era uno de ellos.

Mi hermano siempre resaltó entre todos los niños del vecindario, era como si lo rodeara una luz especial. Aunque me prometí protegerlo cuando lo conocí por primera vez, era Cian quien siempre se preocupaba de mí, ni siquiera hablaba, pero se encargaba de sonreírme cada vez que me miraba, eso siempre hacía que mi corazón se sintiera cálido. Cuando comenzó a caminar no me lo podía quitar de encima, no quería despegarse de mí, no soltaba mi mano. Mi hermanito era el mejor, si llegaba con rasmillones, él se encargaba de soplarlos y darme besos en la mejilla para darme fuerza mientras papá los desinfectaba. Cian se comía mis zanahorias y pimientos, ya que sabía que no me gustaban. Mi hermano siempre estaba a mi lado cuando me sentía triste, tenía un sexto sentido que lo hacía tomar mi mano siempre que lo necesitaba. Era un niño increíble.

Cuando mi padre me habló de los magos, los tan llamados «Sabios», mi padre Habuh los describió casi como si fueran dioses. Seres muy imponentes que tenían habilidad de alterar las leyes de la naturaleza, del espacio y del tiempo. Gente muy respetable y poderosa de las cuales siempre debíamos tener cuidado. Tenía una imagen tan magna de ellos en mi cabeza que la primera vez que conocí a un mago fue una total decepción. Para mí, era como una persona normal, como un joven muy torpe y algo tonto. No podía creer que ellos fueran lo que mi padre relataba con tanta idolatría.

Sí, había que reconocer, el mago tonto tenía ojos bonitos, no podía negarlo. Pero mi papá Habuh era mucho más hermoso, él parecía más mago. Siempre tenía un aura que traía paz, era amable y servicial, podía hacer cualquier cosa que le pidieras. Me sentía protegido a su lado.

A pesar de que mi papá me advirtió de ellos y que debía tener cuidado, por alguna extraña razón no pude evitar confiar enseguida en ese torpe mago. Siempre quise creer que era porque podía sentir las emociones de Lucian y, como él confiaba ciegamente en él, yo también lo hacía.

Ese vínculo, ese vínculo de empatía unidireccional fue una bendición como una maldición. Antes de que conociéramos al mago inútil, la conexión iba en ambas vías, él sentía lo que yo, yo sentía lo que él. Luego, ese vínculo se rompió y solo yo podía sentir sus emociones. Podía sentir cada vez que Lucian sentía pena, cada vez que se sentía solo, cada vez que se sentía abrumado o lo golpeaban, sentía todo eso. Antes nunca fue así y creo que es porque Cian me protegía de sus propias emociones, pero luego ya no tuvo control sobre ellas y se volvió una pesadilla para mí.

Mi hermano creció siendo demasiado bonito y encantador para su propio bien, las niñas lo envidiaban, los niños lo encontraban un fenómeno. No ayudaba a que fuera brutalmente honesto, no podía encajar en ningún lado. Lucian era víctima de mucho *bullying* al ser diferente a ellos, los niños podían ser muy crueles, sobretodo con aquellos que no podían defenderse.

Cuando cumplí trece años comencé a tomar cartas en el asunto, cada persona que hablara mal de mi hermano, cada persona que se burlara de él, cada persona que osara tocarlo o golpearlo, se ganaba un golpe de mi parte. Así de simple y sin excepción. Funcionaba muy bien, Lucian se encontraba mal, yo llamaba al mago inútil y él se encargaba de curarlo, luego yo iba e increpaba a los bullies de mi hermano. Era una buena rutina, me acostumbré a llamar al mago cada vez que sentía que algo iba mal con mi hermano, él siempre atendía e iba en su ayuda. Nunca importaba a qué hora lo llamara, él siempre acudía.

*Los problemas de Lucian se resolvían con una sola llamada.*

Lamentablemente, a los quince años aquella rutina dejó de funcionar, los niños que antes golpeé se hicieron más grandes y tenían más músculos que yo, ya no podía hacerles frente. Un día simplemente todo escaló demasiado rápido y me encontraba en el piso del baño de hombres sin poder levantarme de tanto dolor. Solo veía mi sangre mezclarse con el agua que se rebalsaba de los lavamanos, mi mejilla estaba pegada a la fría baldosa del piso. Veía borroso, no sabía si por las lágrimas, los capilares rotos alrededor de mi ojo o quizás un desprendimiento de retina, quién sabe. Me dolía respirar, creía que tenía una costilla rota perforando mis pulmones en cada respiración. Mi garganta ardía por el desgarro ocasionado por mis gritos.

Ese día envidié por primera vez a mi hermano. También quería que alguien velara por mí, también deseaba que alguien me cuidara. Ese día sentí tanto dolor que mi cerebro hizo lo que estaba acostumbrado a hacer.

—*¿Dean? ¿Está todo bien? ¿Qué ocurre?*

Escuchaba su voz, pero no sabía qué decir, mi hermano estaba bien, no tenía nada que

reportar. No tendría que haber llamado. Era su mago, no era nada mío para llamarlo cuando me sintiera mal. Qué idiota. Lo peor es que ni siquiera pude formular una palabra. Maldición.

—S-sí… —modulé con dificultad— Lo la-lamento, me equivoqué.

—*¡Hey, mocoso espe…!*

*Soy un idiota. Soy un jodido idiota.*

Me quedaría aquí hasta que alguien me encontrara o tuviera fuerzas para levantarme. Tendría que resistir ser miserable por algunas horas, mientras tanto era una buena idea cerrar los ojos para olvidarme del inmenso dolor que estaba sintiendo. Antes de que pudiera cerrarlos por completo escuché que la puerta —que se encontraba trancada desde afuera— fue abierta estrepitosamente.

—¡Mierda, Dean! —exclamó al entrar a la instancia— ¡Sabía que algo estaba mal! Resiste un poco.

Era el mago, ese mago inútil me tenía en sus brazos y trataba de revisar mis lesiones. Me sentía un muñeco de trapo entre sus manos, no podía mover ni un músculo sin sentir miles de punzadas de dolor. Quería escapar de él y su mirada de preocupación, pero no pude. Ni siquiera podía mover mi cuello para evitar sus ojos, realmente era patético.

—¿Qué haces aquí? —traté de mostrarme fuerte pese a todo—. Lucian está bien.

—Sé que lo está, mocoso. Estoy aquí por ti. ¿Quién te hizo esto? —preguntó lleno de preocupación.

Él me rodeó con sus brazos y sentí una inexplicable paz inundarme por completo, todo el dolor se empezó a esfumar, eso le dio paso a la pena. Mordí mis labios en un inútil intento por no llorar, pero era muy difícil, me sentía tan herido y frágil que mis ojos se humedecieron sin poder controlarlo.

*No quiero llorar, no quiero que vea lo patético que soy.*

*¿Así se sentía Cian cada vez que lo salvaba yo o ese torpe mago? ¿Tan aliviado? ¿Tan contenido? ¿Tan protegido? Eran sentimientos tan adictivos que daban miedo, se sentía muy sencillo caer en su confort.*

—Unos idiotas, pero me lo merecía. Yo los golpeé antes —aclaré secando las lágrimas que cayeron de mis ojos sin poder evitarlo.

En ese minuto el mago tomó mis mejillas y me miró con el ceño fruncido. Fue la primera vez que vi sus ojos mirarme con tanta intensidad. ¿Siempre habían sido tan azules? Mierda, quiero apartar la mirada, pero no me deja hacerlo.

—No te mereces una golpiza, Dean, no importa lo que les hicieras a los otros niños, estoy seguro que tenías tus razones, pero ellos te dejaron medio muerto. No te mereces esto. Joder, tenías que haber llamado antes. ¡Tienes mi número, úsalo!

Nunca le pude replicar nada, porque los potentes ojos azules no daban lugar a réplica. Quería que sus palabras se grabaran en mi mente y no las olvidara jamás, francamente estaba haciendo un fantástico trabajo.

Esa fue la primera vez en la vida que me sentí tan importante. Sentí que tenía a alguien en quien apoyarme. Alguien que no era un ángel y que no estaba programado para amarme como mi familia. El mago no era mi familia, pero ver la preocupación en sus ojos que estaba dirigida hacia mí, me hacía retorcidamente feliz. Sentía que no estaba solo en este mundo, también lo tenía a él.

—No quería molestarte —sinceré bromeando, levantándome con su ayuda.

—¡No me molestas! Siempre espero tu llamada, idiota —me cargó en su espalda como si no pesara nada.

—¿Es porque no tienes más contactos en tu celular? —burlé aún sintiendo las lágrimas asomarse por mis ojos.

—Por supuesto que tengo más —respondió algo avergonzado.

—¿En serio? Nombra uno más —continué tratando de aligerar el ambiente.

—Ezra.

—Otro.

—T-tu padre.

—No tienes más contactos, realmente eres un mago muy raro.

A pesar de las burlas, en ese minuto, no podía más de la felicidad. No me importó recibir una paliza, ya que en ese momento sentía que había ganado algo mucho más importante. Uno de mis mayores tesoros, la amistad del mago. Ese recuerdo en específico dejó de parecerme una pesadilla, al contrario, era una de mis memorias más valiosas, creo que fue el gatillante para que nuestra relación empezara a cambiar.

Luego de ese episodio dejé de ver a Alexander como un mago torpe, lo comencé a ver como un mago de gran corazón. No había nadie en quien confiara más que él. Era mi referente para todo, si necesitaba consultar algo que no sabía, recurría al mago, si necesitaba un consejo, recurría al mago. Gran parte de mi mundo giraba en torno a él.

A los dieciséis años comencé a pasar considerablemente más tiempo con el joven mago. No era bueno socializando, porque creía que todos mis compañeros eran unos idiotas hormonales, así que elegí aislarme de los idiotas. El mago no, él era curioso.

Cada cumpleaños de Cian le regalaba un libro nuevo de su saga de magos preferida «Harry Potter». Luego de que mi hermano los leía, él se tomaba el tiempo de leerlos, podía pasar horas hablando de las incongruencias del mundo mágico de Harry con el real. Era divertido escucharlo hablar sobre el mundo mágico, bastante chistoso cuando encontraba cosas que sí eran reales. Las tardes como estas eran muy amenas y el tiempo volaba.

*Alexander era así con nosotros.*

Siempre se mostró totalmente atento a todo lo que ocurriera a nuestro alrededor, siempre participó en cada uno de los momentos importantes en nuestra vida. Él realmente nos escuchaba aun cuando nuestros problemas fueran cosas de niños para él. El mago nunca juzgó, nunca, ni cuando lo que nos aquejaba era algo realmente tonto, de alguna forma se las arreglaba para que nos sintiéramos cómodos.

Él estuvo en mi primer recital de piano, así como se comió las primeras galletas quemadas que hizo Cian. Me llevó a hacerme exámenes cuando comencé a tener anemia, y caminaba detrás de Cian todos los días cuando empezó a irse solo al colegio. Escuchó cada una de las canciones que creaba. Leyó las primeras historias escritas por mi hermano y estuvo en cada una de sus obras del colegio.

A veces aparecían notas en mi escritorio, todas con el pequeño sello de una estrella al lado. Algunas decían:

*«Solo resiste un poco más, estudia, solo queda un año. Duerme bien. A.L.».*

*«Las matemáticas tampoco son tan necesarias, la verdadera medida es el tiempo, e incluso este se puede torcer a voluntad. A.L.».*

*«Dean = Genius. Felicidades por tu recital. A.L».*

Eran cosas tan tontas, pero eran detalles que me hacían el humano más feliz en esta vida. Poco a poco, ese tipo de cosas eran las únicas que me hacían sonreír. Lograba que todos los días se sintieran más soportables.

Ese año descubrí que, lamentablemente, también era un ser humano, también era un idiota adolescente hormonal y, aunque lo odié y lo negué por completo un tiempo, lo terminé aceptando.

No sé en qué momento comencé a mirar a Alexander con otros ojos, pero pasó. De un momento a otro me comencé a sentir cohibido en su compañía, me avergonzaba con mucha facilidad, cada palabra que él dijera tenía mucho más peso que la de cualquier otra persona. A mis ojos no existía nadie más increíble, no solo físicamente o como mago, sino como persona. Cualquier cosa que hiciera o dijera por muy mínima que fuera me parecía maravillosa.

Lamentablemente cometí un error. Un día no me pude aguantar y le saqué una fotografía con mi celular, una donde salía sonriendo, ya que estaba jugando con Cian. Esa foto era mi tesoro secreto. A pesar de lo mucho que me avergonzaba tenerla, siempre la miraba cuando estaba triste o decaído, me daba fuerzas. Por mucho que no quisiera admitirlo, adoraba su sonrisa, realmente lograba que le pasaran cosas raras a mi estómago cuando la veía, bien, quizás no era mi estómago, quizás era un poco más abajo en mi abdomen, el punto es que me volvía un cúmulo de nervios con solo una simple sonrisa.

Poco después comprendí que no deberías tener nada a la vista que pueda ser usada en tu contra, por lo menos no si tienes gente que te odia, porque las personas pueden ser crueles y despiadadas. Ellos descubrieron mi foto y los comentarios e insultos no tardaron en llegar.

*«Marica», «Gay», «No me extraña, es un fenómeno con dos papás», «De seguro su hermano también será un chupapollas», «Te gusta, debe darte duro».*

Admito que cuando empezaron a sonar ese tipo de comentarios por los pasillos no le di mayor importancia. Porque sí, era totalmente gay por Alexander, en mis fantasías más atrevidas fantaseaba con hacer muchas de las cosas que decían con él. Pero cuando se metieron con mi familia, no pude ignorarlo.

Volvieron los golpes, volvió el dolor.

Esta vez Lucian se encontraba bien porque Ezra era un buen amigo y lo cuidaba cuando yo no podía, pero comenzaron a insultarlo por mi culpa, porque su hermano era gay, porque su hermano era marica. Se metieron con papá, hablaron mal de él, llamaron a centros de menores e inventaron rumores acerca del mal padre que era y querían quitarle a Cian.

*Fue un desastre.*

Me peleé con medio mundo, pero esta vez no pude hacerles frente, esta vez era débil, no tenía musculatura, no era atlético, tenía anemia, ellos me arrollaron por completo. Lo peor, es que ahora me consideraban violento y por supuesto que responsabilizaron de todo esto a mi papá. ¡No era su culpa, es mía, no de él!

Las burlas, los golpes y los insultos, estaban fuera de control, ni siquiera Ezra podía callarlos todos. Mi hermano volvió a ser acosado en los pasillos, todos los ojos estaban puestos en mis padres, los comentarios e insultos de la gente me estaban enfermando.

Odiaba mi reflejo, odiaba que por mi culpa todos estuvieran saliendo afectados, odiaba a todos los idiotas intolerantes, odiaba que no podía odiar mis sentimientos, no podía, porque mi sentir por Alexander me hacía tan… tan cálido por dentro. Odiaba que todo me afectara, no podía simplemente hacer oídos sordos. No podía, y eso me daba ganas de llorar, pero mi cara con

lágrimas me generaba asco, porque dejaba que el dolor me afectara. Sentía que era una bomba de tiempo. No tenía apetito. Los estudios ya no tenían sentido, solo iba a la escuela a ser acosado. Mi mera existencia les daba razones para acosar a toda mi familia. Ese fue el momento donde todo se comenzó a distorsionar con mi cordura, comencé a pensar que, si yo era el problema, solo había una solución para terminar con todo.

*Pensé…*

*Pensé que si no existía los problemas se acabarían.*

*Lucian tendría a Ezra y a Alexander.*

*Mis padres tendrían a Lucian.*

*Alexander… Alexander tiene a Lucian.*

Ese día lleno de golpes, no fui a casa. No podía, porque ellos notarían enseguida que algo pasaba, papá me abrazaría y todos los problemas se irían, pero sería momentáneo. Yo quería algo permanente. Necesitaba que fuera permanente, porque no resistiría un día más de esa mierda, no podía más con el dolor, con la culpa, con la vergüenza, el miedo y la rabia. Mi existencia no tenía ningún otro sentido más que ser un problema para todo aquel que me rodeaba. Toda mi familia estaría mejor sin mí. Podría por fin apagar mi cerebro y descansar.

Pero si me iba, sería bajo mis términos, y asegurándome de que los idiotas que nos acosaban tuvieran una lección, algo que les remordiera la conciencia o, por lo menos, pasaran unos momentos desagradables. Se lo merecían.

*Pensé…*

*Pensé que si lo hacía en los camarines de deporte ellos tendrían lo que se merecían: culpa.*

Lo haría sin pensarlo mucho, porque no quería arrepentimientos. Puse la pista de una de mis propias canciones de piano en mi celular, me tomé unos analgésicos potentes y corté mi muñeca izquierda, verticalmente, intenté hacer lo mismo con la otra, pero no pude mover mi mano, de seguro había cortado algún tendón. Corté mi muñeca sin ningún pensamiento en la cabeza, pero me aseguré de hacerlo profundamente, para luego sentarme en el piso y esperar.

Había leído que uno tardaba unos minutos en morir por desangramiento, pero ya lo sentía inminente, tenía frío y mucho sueño. Traté de hacer un último esfuerzo por recordar la sonrisa de mis padres, la hermosa sonrisa de mi hermanito… y a Alexander. Increíble, de solo pensar en el mago mis ojos se llenaban de lágrimas. No tuvimos mucha historia, me hubiera gustado tener montones de recuerdos antes de que mi existencia acabara. Quería verlo sonreír nuevamente, solo una última vez.

*Mierda. Tiene que ser una broma.*

Lo recordaba tan vívidamente que podía sentir su voz a la lejanía. Mi mente realmente creó una imagen de él desesperado por salvarme. Nunca lo había visto tan angustiado, definitivamente tenía que ser una de mis fantasías, una retorcida, pero de alguna forma me emocionaba mucho.

Hubo un momento donde no sabía si era mi mente o no, porque sus gritos y su cálido tacto se sentían muy reales, pero no podía estar seguro, todos mis sentidos estaban nublados, por los medicamentos y la pérdida de sangre, no me sentía bien, sentía claramente como era cuestión de segundos que perdiera la conciencia. Moriría, era lo que había elegido y ya no podía cambiarlo.

No quería ver a Alexander llorar, sequé como pude la cara del mago, manchándolo con mi sangre, no pude evitarlo no podía mover mis brazos. Eso es lo que ocurre cuando te cortas la muñeca y te desangras. Realmente no quería que la última imagen que viera de él fuera llorando, quería recordarlo sonriendo. Sonriendo justo como la imagen que tenía guardada en mi celular.

—¡NO, NO, NO! ¡DEAN! ¡NO TE ATREVAS! ¡NO ME DEJES! ¡DEAN! ¡No pierdas la conciencia…!

—N-no llores, mago tonto —solo me quedaba un hilo de voz—, s-solo deseo que sonrías.

*Ese es mi único deseo, si me lo concedes me iré feliz y sin remordimientos.*

Él asintió con la cabeza con su rostro lleno de lágrimas, realmente pensé que lo haría, hasta que besó mi frente. En ese instante me pareció un satisfactorio último adiós. Pero no fue el último, porque no morí. Ese tonto mago no me dejó morir. Al contrario, me curó, me sanó, me cuidó y me protegió. Todo con un simple beso en la frente.

—¿Qué hiciste? —inquirí recién saliendo mi estado de letargo.

—Cumplí tu deseo, mis lágrimas solo pararían si te quedabas conmigo —confesó aún llorando.

*¡Maldición! ¡No digas eso y destruyas toda mi resolución! No me des ilusiones, no me des esperanzas, no me des sueños, no me des alegrías, no me des más bellas palabras. Maldición. ¡Así nunca podré renunciar a ti!*

Mi muñeca ya no estaba lacerada, podía moverla, mi sangre volvió a mi cuerpo y mis sentidos ya no se sentían dormidos, estaban despiertos, la herida de mi muñeca ardía como el fuego, dolía

infiernos. Dolía porque estaba vivo. No podía más, desde que vi la cara de preocupación y miedo del mago sentí que mis lágrimas no paraban de salir, estaba ahogándome en llanto, solo siendo sostenido por Alexander quien me abrazaba con firmeza.

Alexander me salvó de otros y de mí mismo.

Luego de eso él me acompañó a psicólogos y psiquiatras, cualquier especialista humano que pudiera ayudar. Al parecer, si bien factores externos habían sido detonantes, gran parte de mi dolor, angustia y culpa diaria, tenían que ver con el hecho de que poseía depresión endógena. Los especialistas explicaron que poseía todo el cuadro, falta de apetito, falta de energía por muchas semanas, trastornos de ánimo, e ideas que me impiden seguir mi vida con normalidad. Lo hacían sonar como algo no tan grave, como algo que le ocurre a mucha gente. La verdad es que siempre pensé que los «síntomas» eran porque podía sentir el doble de pena, la mía y la de Cian, por eso había veces que no podía salir de la cama por días o no tenía apetito, que mi irritabilidad se debía a los imbéciles de la escuela, pero quién sabe, quizás los especialistas tenían razón.

Me dieron muchas pastillas, no hablo de una caja o dos, hablo de antidepresivos, ansiolíticos, pastillas para dormir, para aumentar el apetito, un cóctel de vitaminas, entre muchas más cosas. Después de unos exámenes de sangre, Alexander leyó los resultados y volvió a revisar las recetas de la psiquiatra, luego descartó gran parte de las píldoras.

—No voy a permitir que te droguen con estas cosas, son demasiadas, no sé si tu cuerpo las resistiría o si no generarías trastornos de adicción. Sí, necesitas el litio, tu hemoglobina sigue muy baja, necesitas urgente las vitaminas y una buena dieta, pero puedo darte unos batidos y llenarlos de magia para restaurar tus valores normales. De a poco podemos ir mejorando tu estilo de vida para estabilizar tu ánimo.

—¿Cómo sabes tanto de esto? ¿Para qué me recetaron todo eso si no lo necesito?

—Si lo necesitas, necesitas comer, necesitas tener apetito y nutrirte mejor, necesitas dormir, y necesitas dormir bien, descansar y no tener sueños entre cortado, o pesadillas, etc. Sí necesitas estabilizadores de ánimo y bajar tus niveles de ansiedad cuando sientas una crisis de pánico. Pero, en tu caso en específico, no necesitas tantas píldoras cuando tienes un mago que puede ayudarte. Puedo ayudarte con tu nueva dieta, lograr que tengas apetito y que los nutrientes se absorban mejor; puedo ayudarte a tener sueño y descansar profundamente; no puedo estabilizar el ánimo, así que aún necesitas esa pastilla, pero no el resto. Trabajé de enfermero en urgencias una temporada. Confía en mí, estás en buenas manos, podemos lograr esto si trabajamos juntos.

No lo dudé ni por un segundo. Nunca desconfié de Alexander, creía ciegamente en el mago. Él nunca me dejó solo, se volvió mi mejor amigo y mi persona más importante. Cumplió cada cosa que prometió. Habló con mi padre y juntos prepararon comidas deliciosas y se aseguraron que las comiera. Procuró siempre dejar un chocolate caliente en mi mesa de noche el cual tenía una gota de magia morada, gracias a eso todas las noches tuve sueños divertidos. Me acompañó a cada control con mi psiquiatra, y escuchaba sin falta todo lo que tuviera que decir luego de las sesiones de terapia.

No sabía cómo sacaba tiempo para cuidarme, cuidar a Cian y tener su cafetería, pero se lo agradecía enormemente porque dudaba que hubiera podido salir del hoyo emocional en que me encontraba sin ayuda de él, de mis padres y la existencia de Cian, quien, aunque no supiera por lo que estaba pasando, siempre se las encargaba para sacarme una sonrisa sincera, me regalaba abrazos y cariños a los que siempre me mostraba arisco, pero necesitaba.

El mago no solo salvó mi vida, sino que me ayudó a tener una mejor calidad de esta.

Después de mi episodio crítico, mis padres nos cambiaron de escuela, salimos de ese ambiente tóxico, iba a terapia y logré graduarme. Mi cerebro suprimió gran parte de los dieciséis a los diecisiete por lo traumantes que fueron, pero los dieciocho no fueron tan malos. Postulé a una universidad para estudiar composición musical y quedé entre los pocos seleccionados. Luego de las clases me pasaba las tardes componiendo canciones en el negocio del mago. Ese lugar se volvió mi refugio personal.

Tres años pasaron, era mi cumpleaños número veintiuno y solo quería una cosa en toda la tierra, quizás dos, pero una de ella no podría ser porque dañaría a mi hermano. Aquella «cosa» sabía que no llegaría, mis papás a duras penas tenían para mantenernos a nosotros dos y pagar mis estudios, pero no podía quitarme ese deseo de la mente.

Ese día fue como todos mis cumpleaños, con Lucian despertándome, cantando «Feliz cumpleaños», mi padre regalándome un nuevo libro de partituras y papá haciendo él mismo el pastel de fresas que tanto me encantaba. Pasé gran parte de mi cumpleaños en clases, luego volví a casa a la espera de mis comidas favoritas para la cena.

Todo un día normal, hasta que llegó el momento de irse a dormir. Al momento de cerrar la puerta y encontrarme solo en mi habitación me enfrenté a una sorpresa en mi escritorio, era un pequeño pastel blanco con unas teclas de piano alrededor. No pude evitar suspirar. Normalmente solo las cosas que tenían que ver con mi hermano me enternecían, pero no podía negar que el mago tenía gran poder sobre mí. Había una nota escrita con la bella caligrafía de Alexander.

*«Sé lo que deseas, pero para dártelo tienes que pedirlo. A.L.».*

*¿Realmente lo sabes, Al? Lo dudo. ¿Me besarías? No creo que seas capaz. Bien, no me arriesgaría.*

—Sé que estás escuchando, mago tonto —comenté con una sonrisa llena de ternura—. Deseo… realmente deseo un piano.

—Cómo desees, Dean.

De un momento a otro mi mano fue sostenida por el mago y me encontré en su negocio, solo que esta vez parecía más una taberna o un lujoso bar. En medio de este se encontraba el más hermoso piano de cola blanco que había visto, sentí como de inmediato mis ojos se nublaban de la emoción. No podía ser real, era demasiado perfecto. Fui hacia él para asegurarme que era real y no una ilusión sacada de mis fantasías.

—¿Es mío? —pregunté muriendo de felicidad—. Joder, tiene que ser mío. Es una broma de muy mal gusto si no lo es.

—Sí, completamente tuyo —respondió el mago, se encontraba con unos pantalones de vestir blancos y una camisa también de ese color, de alguna forma sus ojos azules parecían resaltar. Alexander parecía más un ángel que un mago—. Tuve muchos problemas con Habuh respecto a esto, él no quería que te diera algo tan costoso, tardé tres años en convencerlo, realmente no quería dar su brazo a torcer, no sabía que podía ser tan terco. Solo accedió bajo una condición.

Sí, jodidamente costoso. No podía costearlo ni con el arancel total de mis estudios. Esto es algo que solo un millonario podría darse el lujo de tener.

—Haré lo que sea —respondí sin pensarlo mucho, necesitaba que fuera mío.

—Tendrás que trabajar aquí —respondió con una sonrisa divertida mientras apoyaba su mano en la cola del piano—. Pagarás la mitad tocándolo en mi bar.

*¿Qué clase de regalo soñado es este? Es combinar todo lo que amo. ¿Realmente puedo ser*

*así de feliz?*

—Hecho. Tocaré una pieza distinta todas las semanas —acepté muy motivado.

—No es necesario que vayas tan lejos, pero me encantaría que lo hicieras. Bien, todo tuyo Dean, feliz cumpleaños.

Esa noche nos quedamos despiertos hasta la madrugada, yo tocando el piano, él cantando las canciones, algunas eran conocidas, otras eran mías propias y las escuchó con mucha atención con una copa de vino, frente a mí. Solo éramos dos, pero sentía que era el mejor concierto que había dado nunca, mis dedos bailaban sobre las teclas con tanta pasión y felicidad que ni mordiendo mi labio podía contener la sonrisa. El mago grabó videos para mi padre y aplaudió cada vez que terminaba una canción, sus ojos brillaban de orgullo y los míos de emoción contenida. Amo esto. Amo esto con locura. Quiero sentir esta emoción y gozo toda mi vida.

*Ese fue el momento más feliz de mi vida.*

Me prometí a mí mismo que no importaba lo que pasara en el futuro, velaría por la felicidad de este mago. Lo protegería a mi modo y estaría ahí para él siempre que me necesitara. Y, más temprano que tarde, tuve que cumplir con mi promesa.

Cuando los años fueron pasando, el estado anímico de Alexander comenzó a quebrarse. Lo veía sufrir por mi hermano. Lo veía anhelarlo. Lo veía llorar cada vez que tenía que llevarse los recuerdos de él. Vi cómo su corazón se rompía una y otra vez. Mi hermano también comenzó a sentir el peso de sus lagunas mentales. Comenzó a bajar de peso y a deprimirse. Algunos días era un zombie, cuando veía al mago volvía a ser el ángel radiante de energía que todos amamos, pero cuando no, era simplemente una sombra.

Era una situación que frustraba por completo. Ambos solo eran felices estando juntos, ser testigo de su sufrimiento me hacía sentir impotente. No sabía qué hacer para ayudarlos, los amaba a ambos. Por todo esto comencé a sentirme enfermo también, tenía mucho miedo, me costó mucho salir de mi depresión, ni siquiera es algo que se cure, es algo con lo que aprendes a vivir, creas mecanismos de defensas, pero simplemente no podía permitirme tener una crisis.

Un día, hace un año, no podía aguantarlo más, las emociones de Lucian me tenían sufriendo en una banca fuera de la facultad de música, me sentía completamente devastado y apenas podía respirar de la angustia, pero me negaba a llamar a Alexander. No, no lo haría, eso sería otra memoria que se llevaría de mi hermano, otro fragmento de dolor en el corazón del mago. Me negaba a verlo triste otro día más.

*Joder.*

Me sentía a punto de sufrir una crisis de pánico, apenas podía respirar de la pena, sentía tantas nauseas, no podía calmarme.

—Hola —saludó amablemente alguien, sentándose a mi lado en la banca.

*No, ahora no, por favor.*

—Piérdete —formulé a duras penas.

Ante mi respuesta escuché a la otra persona silbar de la sorpresa, pero no hizo ningún afán de irse, al contrario, se acercó un poco más a mi lado.

—¿Estás bien? —preguntó con preocupación en su voz.

—¿Me veo bien? —encaré mirándolo enojado.

*¿Eres ciego, acaso? Por supuesto que no lo estoy.*

Todo lo que pude ver fue a un pelirrojo de cabello lacio y algo largo, de mi edad, se veía joven

y tenía un rostro amable. Vestía unos jeans y una camiseta blanca sencilla.

—No, no, para nada —respondió sincero—. ¿Te duele algo? Quizás deberías ir al médico.

—Lo que tengo, no lo puede curar un médico —contesté tratando de regular mi respiración.

—¿En serio? ¿Qué es?

—Me duele el corazón —le di una mirada sarcástica.

Ante esas palabras la cara del chico se desfiguró y llevó las manos a su rostro para darme una expresión de genuina preocupación.

—¡¿El corazón?! —estaba consternado—. ¡Definitivamente tienes que ir al médico! Puede ser una taquicardia.

—No me duele, por una taquicardia o una embolia —respondí algo más calmado—. Es otra clase de problema que no tiene solución —cerré los ojos, resignado.

Mis palabras parecieron calmarlo y entristecerlo al mismo tiempo.

—Sabes, una señora muy sabia me dijo hace poco que cuando los problemas no tienen solución, es porque tú debes crear una. Si estás enfermo de la situación que estás viviendo ahora deberías curarla.

Esas fueron todas sus palabras, luego se levantó y se fue con una rara sonrisa mientras movía los brazos efusivamente al alejarse. Qué extraño sujeto.

*¿Qué es lo que uno hace cuando se siente enfermo? Exacto, ver a un doctor. Ese fue el momento en que conocí a William, o Liam, como lo llama el mago.*

Conocer a Liam fue bastante excéntrico, ya que era jodidamente obvio que era un mago, solo tuve que pasearme por los pasillos del hospital para encontrar una rareza entre la gente enferma, un guapo doctor que hacía milagro tras milagro en urgencias, sin parar, era el especialista de traumatología. Pedí una cita con él enseguida. No sé cómo la gente era tan ciega, era como si él brillara por sobre el resto, además el olor de su magia lo delataba: agua de rosas. No podía engañarme cuando me había hecho experto en identificar la magia con mi nariz.

Lastimosamente mi primer encuentro con él fue bastante terrible.

—Buen día, Dean. ¿Puedes decirme por qué viniste a verme? —me recibió con una sonrisa al momento que entré en su consulta.

Caminé por la habitación y me senté en una de las sillas frente a su escritorio. Suspiré, le di unas palmadas a mi pecho, justo en el lado de mi corazón.

—Porque me duele el corazón —expliqué de forma altanera, poniendo ambos codos en su escritorio.

—No soy cardiólogo —atajó con rapidez—. Te derivaré a otro especialista —explicó con una sonrisa amable.

—Lo siento, pero vine para que tú me atendieras, pagué por quince minutos de consulta, por lo que no me voy a ir hasta que se cumplan —crucé mis dedos para remarcar mi punto.

Noté claramente que me miraba exasperado a través de sus gafas, pero me dejó continuar.

—Verás tengo un amigo al que le gusta mi hermano, y a mi hermano también le gusta. Pero hay un problema.

—Te gusta tu amigo —declaró dedicándome toda su atención al interesarle el tema.

—Sí, por supuesto —respondí rodando los ojos—, es una obviedad, pero ese no es el problema.

—¿No? —preguntó algo intrigado.

—No… el problema real es otro: es que él es un mago.

Ante mis palabras fue muy obvio, el ambiente cambió, vi como Liam empezaba a sudar a mares mientras desviaba la vista de forma muy notoria. Todo su cuerpo gritaba incomodidad.

—Sabes que ellos no… —comenzó con una risa falsa.

—Tú también lo eres —atajé con rapidez—. Para con esta farsa, es vergonzoso de ver. Solo escúchame. A pesar de que el mago ama a mi hermano, no puede estar con él.

Estaba seguro de que quería negarlo más, pero solo se limitó a apretar el puente de su nariz. No aceptaría que lo negara, podía estar toda la tarde exponiendo todos los hechos sobre él perteneciendo al mundo mágico, pero eso no nos llevaría a ningún lado, quería una solución a mis problemas, si me la daba me iría de aquí y no volveríamos a vernos. El mago debe haber llegado al mismo razonamiento porque simplemente me contestó de buena gana.

—Porque es un humano —concedió asintiendo—. Si el mago y tu hermano lo desearan podrían escaparse —sugirió con amabilidad.

—No, no. ¡Ese no es el problema! —comenté exasperado dejando salir toda mi frustración—. Mi hermano no recuerda al mago. El mago cada vez que le cumple un deseo, se queda con su memoria, por lo que ambos sufren en un ciclo sin fin.

Cuando terminé todo estalló, Liam se calló de la silla, al mismo tiempo que se paraba rápidamente, se sacaba los lentes y se agarraba la cabeza con desesperación.

—¡Sasha! —exclamó repentinamente—. ¡SASHA ESTÁ CON UN HUMANO! ¡ESE ES LEBLANC, ALEXANDER LEBLANC!

—Jodida mierda —exclamé aun asimilando todo—. No se suponía que lo conocieras.

—¡¿Conocerlo?! ¡Es como mi hermano! —explicó fúrico—. ¡Lo voy a matar! ¡¿Cómo no me dice algo tan importante?!

*Ay, mierda.*

—¡No! ¡No puedes hacerlo! —grité, para luego tratar de tranquilizarme, bajar mi voz y hacerlo entrar en razón—. Si no te ha contado es por algo, debes respetar sus decisiones.

—¡Pero tú me las contaste!

—Sí, porque ya no aguanto más —expliqué desesperado—. Me gusta. Maldición, me gusta mucho. No quiero verlo sufrir más y tampoco soporto ver a mi hermano sufrir. Pensé… pensé que tal vez otro mago podría saber alguna solución —confesé apoyando mi frente en el mesón.

Escuché a Liam suspirar y volver a sentarse. El ambiente decayó bastante de un momento a otro.

—No hay solución, es una particularidad de la magia de Sasha, siempre ha sido así. No se puede cambiar. Cambia deseos por historias. No hay nada que una persona pueda hacer —respondió con la mirada apenada.

*No, me niego. ¡Debe haber algo que podamos hacer!*

*¡Se supone que la magia crea milagros!*

*«…cuando los problemas no tienen solución, es porque tú debes crear una».*

—Bien, piensa en esto —pedí sentándome recto en la silla, con las esperanzas renovadas—. Hipotéticamente hablando.

Me miró con muchas dudas en el rostro, pero luego de un suspiro agitó su mano para darme la palabra.

—Adelante.

—Debe haber alguna forma de devolverle los recuerdos a mi hermano —teoricé muy esperanzado—. Algo fuera de la magia de Alexander. Algún tipo de vacío legal o condicionante. A lo mejor algún otro mago tenga una magia que pueda revertir esto.

En un inicio se veía muy dispuesto a rechazar toda mi idea, pero luego comenzó a considerar mis palabras. Se llevó la mano al mentón y mordió su labio para luego ladear la cabeza.

—Quizás… quizás si haya una forma —comentó no muy convencido—. Sasha guarda sus pagos en unos frascos mágicos que yo le regalé, si al frasco le inscribimos un encantamiento en cadena, quizás podemos revertirlo, no es algo seguro, pero es mejor que nada.

*¡Sí!*

—Sí, como una condicionante. Alexander, me explicó que había magias que solo se activaban si pasaba algo. Como las variables.

De pronto, los ojos de Liam se iluminaron como mil estrellas, supe que había tomado la decisión correcta al venir aquí.

—¡Fausto! —exclamó repentinamente.

—¿Fausto?

—E-es un mago que crea encantamientos —trastabilló de la emoción contenida—, es muy bueno con las palabras. Estoy seguro que podrá crear uno para inscribirlo en el frasco de Sasha. Sería algo como «Si este frasco recibe 100 recuerdos, por cada deseo nuevo, se irán devolviendo los pagos a su dueño». No tiene que ser necesariamente 100, pueden ser 150 o 200.

—Sí, eso definitivamente funcionará —suspiré satisfecho—. Lo dejo en tus manos.

Me levanté de la silla para irme de la consulta de ese médico mágico. Pero antes de abrir la puerta él volvió a llamar mi atención.

—Muchacho, pero si hacemos esto… todas las oportunidades con él se terminarán —explicó preocupado—. Deberías decirle sobre esto a Sasha.

—No, no lo haré. Espero que tú tampoco lo hagas. No quiero que sepa que tuve algo que ver.

—¡Pero…!

—Mi único deseo en este momento es ver a Alexander sonreír. De todas las sonrisas que he visto, las más hermosas son las que tiene gracias a mi hermano. Mi deseo es que los que amo puedan sonreír. Haré todo lo que esté a mi alcance para lograrlo.

Era la verdad. Porque sí tenía una presión en mi pecho de forma constante, una que dolía, una que asfixiaba, pero esta desaparecía por arte de magia cuando veía sus sonrisas. Mi pena se aliviaba y se volvía mucho más sencillo respirar.

*No negaría mis sentimientos. Estaba loco por Alexander. Si tuviera una oportunidad la tomaría sin dudar. Pero con verlo sonreír era suficiente.*

Nunca encontraría unos ojos y una sonrisa tan bella como la de él. No quería hacerlo tampoco. Primero me preocuparía de que ellos fueran felices, porque si su jodido amor resultaba eso quería decir que cualquier cosa podía pasar. Eso significa que yo también podría tener mi propio milagro. O simplemente transformar todo mi dolor en canciones de desamor y triunfar como un gran músico con ellas. Una de dos.

*Dean, confidente y guardaespaldas ocasional de A. Leblanc.*

# *24*
## *El ángel de alas negras*

—De acuerdo Hope, tenemos las llaves ahora a salir de aquí —señalé con optimismo.

El vampiro seguía congelado en su sitio desde que me había pasado las llaves, solo sus ojos se movían siguiéndome por la habitación. Estaba dispuesto a salir con las llaves en mi mano cuando me di vuelta para ver una trágica imagen.

—¡Hope!

Estaba agachado en el suelo sosteniendo su pecho en busca de aire de forma desesperada. Sudaba y tiritaba muchísimo, además de encontrarse completamente pálido. Estaba colapsando.

—Hope, mírame, tenemos que salir de aquí, tienes que levantarte —traté de hacerlo reaccionar levantando su rostro para que me mirara, pero fue en vano, sus ojos estaban nublados y no parecía que pudiera enfocarme.

—Lucian… tienes que salir de aquí, ahora —susurró a duras penas.

*Mierda, no. Por favor no, no me hagas esto.*

—Me dijiste cinco horas —encaré no queriendo que mi voz sonara tan desesperada como me sentía.

En ese momento él levantó su brazo para mostrarme que no solo había una herida, sino cuatro más, pero las había estado ocultando para no preocuparme. De solo verlo se me cortó la respiración y mis ojos comenzaron a aguarse sin poder controlarlo.

—¡No! ¡NO!

—T-tienes que irte, ya sabes que hacer —volvió a susurrar—. Tienes que llegar donde tu mago.

—No puedo llegar con él sabiendo que te abandoné. No puedo permitirme hacer eso.

Me di vuelta y le hice señas para que subiera a mi espalda, pero no se movió ni un solo milímetro. Maldición. Este era el peor panorama.

—Lu-Lucian, no…

—¡Sube!

Él estuvo reacio a hacerlo, pero mis ojos no daban lugar a reclamos. De mala gana comenzó a arrimarse a mi espalda con lentitud. Lamentablemente, las cosas no salen como uno se las espera. Justo en ese segundo el hechizo de Afrodita terminó y el vampiro se aproximó con violencia hacia nosotros. Ninguno de los dos se lo esperaba, estábamos muertos de miedo. Por un segundo creí que teníamos esperanzas al ver el amarillo de mi manta protegerme, pero estas desaparecieron un segundo después al verla partida en dos frente a mis ojos por la garras del vampiro. Todo mi corazón se rompió al verla caer en el suelo destrozada.

—¡NO! —grité llorando al recogerla y acunarla entre mis brazos.

*Mi manta. Alexander. Mi Alexander…*

Sabía bien que esta no era una simple manta, esta representaba a mi mago, era la viva esencia de él. Verla en pedazos hizo que mi corazón se estrujara por completo. Estaba tan herido que no me fije

que el vampiro se dirigía hacia nosotros. En un pestañeo Hope se interpuso entre él y yo.

*¡NO!*

—¡Lucian!

Sentí como una ráfaga de viento me rozaba la cara al momento que el vampiro salía volando en otra dirección, luego desapareció en medio de una luz blanca y un desgarrador grito. Ambos estábamos petrificados, esta vez no había sido la magia de Alexander la que nos había ayudado, porque nunca los había hecho desaparecer por completo.

—¡¿Cian, estás bien?! —mi mejor amigo corrió a chequear mi estado.

A duras penas pude mover la cabeza de arriba a abajo en señal de afirmación aún sin comprender si lo que estaba viendo era una ilusión o no. Todavía me encontraba en estado de shock por todas las cosas que ocurrieron en tan poco tiempo.

—¡Ezra! ¡Te dije que no salieras corriendo, puede ser peligroso! —Liam sonó molesto mientras atravesaba la puerta encontrándonos a los dos en el piso.

*¡Eran ellos! ¡Eran mis amigos! ¡Vinieron por mí!*

Entonces Hope se desplomó en el suelo, todo el alivio que sentí al verlos desapareció por completo. Liam fue mucho más rápido en reaccionar que yo, antes de que pudiera decir algo, él ya estaba en el suelo al lado de Hope revisando su condición.

—¿Qué es lo que tiene?

—Lo arañaron los vampiros.

—¿Hace cuánto tiempo? —preguntó buscando algo de su bolso.

—No estoy muy seguro, una hora quizás. Pero tiene más de una herida —señalé preocupado.

—Mierda —maldijo Liam frunciendo el ceño—. Ezra, ayúdame. Trata de darle vuelta.

Recién en ese instante me di cuenta que mi mejor amigo me tenía abrazado, se separó de mí para acatar la orden de Liam. Hope ni siquiera podía vernos, estaba casi inconsciente. El mago blanco sacó una jeringa con una aguja muy larga y la llenó de un líquido verde. En ese momento llegó Fausto jadeando por aire, cuando vio el horrible panorama soltó una maldición y entró a la sala de operaciones al mismo tiempo que cerraba la puerta con unas runas de protección.

—Ezra sujétalo firmemente, esto lo hará convulsionar —Liam golpeó la jeringa haciendo que el aire escapara y el líquido comenzara a salir.

Ezra solo se movió mecánicamente y acató cada una de sus palabras sin siquiera replicar. Lamentablemente yo no podía quedarme tan tranquilo frente a esta situación.

—¿Convulsionar? —cuestioné asustado—. ¡Espera, no quiero que convulsione!

—Es solo un efecto secundario. Esto es una medicina muy potente que causará un shock momentáneo al sistema nervioso central, al mismo tiempo se parará el veneno. Tenemos que actuar rápido. A la cuenta de tres. Uno. Dos… tres.

Todo pasó muy rápido, pero sin lugar a duda me hizo respetar enormemente el trabajo de Liam. Con rapidez y precisión le inyectó la jeringa en el cuello a Hope. Luego se dispuso a llenar otra jeringa con un líquido diferente. Justo como dijo Hope comenzó a convulsionar.

—Normalmente dejaría que convulsione con normalidad para no dañar sus músculos, pero tengo que inyectarle esto y no puedo equivocarme —explicó concentrado en la jeringa—, Fausto, gira su cabeza con suavidad para que no se ahogue con su saliva.

Fausto se movió rápidamente, le tiritaban las manos y se veía muy nervioso, pero hizo lo que le pidieron. Liam con una sola mano descubrió parte del torso de Hope, estaba lleno de ramificaciones

negras por el veneno. En una que sobresalía más Liam inyectó el líquido blanquecino, para luego poner sus manos en ese lugar, de ellas comenzó a brotar una luz blanca que, supuse, era magia curativa.

—Lucian, de uno de los bolsillos traseros de mi bolso, saca un frasco con un agua blanca. Dice «Purgatus».

Mientras Liam hablaba ya había comenzado a buscar el dichoso frasco. Me tiritaban las manos del nerviosismo, pero lo pude encontrar rápidamente. Ni siquiera tuve que decirle que lo había encontrado, porque él aun sin mirar en mi dirección, pareció saberlo.

—Ahora debes verterlo en las heridas del ángel.

Eso hice, le quité cada uno de los vendajes improvisados que había hecho Hope y vertí el líquido en cada una de las heridas abiertas, vi como estas se cerraban gracias a la magia. Luego todo quedó en pausa. Hope dejó de convulsionar, las líneas negras comenzaron a desvanecerse y él comenzó a respirar mejor. Solo en ese instante me permití derrumbarme, apoyado en una pared, buscando tranquilizarme.

—Bien, bien —susurró Liam—. Buen trabajo a todos, lo hicimos.

Ezra se levantó para ir a sentarse a mi lado. Fausto le soltó la cabeza muy cuidadosamente y con mucho miedo de hacerle daño. Liam solo se dispuso a guardar las cosas con tranquilidad.

—¿Él estará bien? —pregunté mirando como Hope aún no abría sus ojos.

—Oh, sí, por supuesto —aseguró Liam—. Solo está inconsciente. Despertará dentro de poco, pero no podrá moverse porque tendrá los músculos agarrotados, así que tenemos que cargarlo. Ufff, un poco más y no lo contábamos, el nivel de veneno que tenía en su cuerpo era enorme, no puedo creer que pudiera estar moviéndose. A Ezra un solo rasguño lo dejó en el suelo. Me alegro que alcanzáramos a llegar.

*También me alegro mucho, gracias por estar aquí. No puedo creer que sean reales.*

Todo pasó tan rápido que no me di cuenta de todo el estrés que estaba sintiendo hasta que las lágrimas comenzaron a caer por mis mejillas sin poder evitarlo. Recién en ese momento me permití perder la compostura y dejar salir todo lo que me había guardado, por lo menos un uno por ciento.

—¡Gracias Liam! —lo abracé entre lágrimas—. Estoy tan feliz de que estén aquí. Tenía mucho miedo. Yo… realmente pensé…

No sé qué hubiera pasado si no hubieran atravesado esa puerta, tengo miedo de pensarlo, porque sabía que por una milésima de segundo había aceptado mi destino y había dejado de pelear, aquello me aterraba y avergonzaba por partes iguales.

—Está bien, está bien. Todo está bien ahora, pequeño —acarició mi cabeza—. Estábamos muy preocupados por ti. Sasha, él… él ha estado muriéndose todos esos días sin ti. Es realmente un desastre andante.

Tenía tantas cosas que preguntar, pero sabía que si ellos estaban aquí quería decir que mi mago estaba bien, Liam no lo hubiera dejado solo. No sabía si debía sacar el tema, no estaba seguro si era lo correcto, pero por lo menos tenía que sacarme las dudas de encima.

—¿Él está bien? Yo vi… —mierda, no quería decirlo—. Me dijeron que se iba a casar.

Liam bajó la vista notoriamente incómodo por hablar de este tema. Justo cuando iba a responder Hope empezó a despertar, con un cansado suspiro se giró hacia él.

—No porque él quiera —respondió dándome la espalda—. Dame un segundo, Lucian.

No creía que fuera una mentira dicha por el vampiro para alterarme, sentía que había verdad detrás de sus maliciosas palabras, confirmarlo solo hizo que mis ganas de luchar volvieran a bullir con mucha potencia, no podía permitir que tirara por la borda su felicidad y sus deseos.

De mala gana me fui a sentar al lado de Ezra nuevamente, él me miraba con mucha culpa contenida, casi como si estuviera esperando un regaño. Era la primera vez que veía sus alas extendidas por lo que toqué una de ellas con cuidado, eran muy suaves y de un intenso color ónix, realmente preciosas.

—Lo siento —murmuró cabizbajo.

—¿Por qué? No has hecho nada malo, al contrario, estás aquí y me salvaste la vida —tranquilicé con una sonrisa.

—Cian, pero es mi culpa, si hubiera estado más atento tú no hubieras pasado por… —no lo dejé continuar, negué con la cabeza.

En ese momento pude sentir toda la culpa y arrepentimiento que mi mejor amigo cargaba, era abrumadora, no sabía cuántos días venía cargando con esto, pero no quería que sufriera así. Él no era el responsable de todo este lío. No merecía pasar por toda esta angustia.

—No es culpa de nadie más que de Apolo. No es tu culpa, Ezra —susurré con calma.

—¡Pero es mi trabajo! —expresó frustrado—. Es mi responsabilidad cuidarte. Siempre lo hago mal, siempre te pongo en peligro. Soy un pésimo ángel guardián —susurró y volvió a bajar su cabeza.

*No lo eres, amigo mío.*

—Si lo dices por esa vez que nos hiciste escalar un árbol y la rama se rompió… —comenté en forma anecdótica.

—Lo siento.

—O esa vez que nos hiciste tirarnos en trineo en la nieve, pero no teníamos cómo frenar… —continué con una sonrisa.

—Lo siento.

—O puede ser esa vez que querías atrapar a un hada y nos hiciste perdernos en el bosque, un día de lluvia.

—¡Lo siento por todas Lucian! —gritó desesperado.

—No tienes que disculparte, siempre estuvimos bien al final —expliqué sonriente, haciéndole una leve caricia en el cabello para relajarlo.

—Sí, porque Sasha siempre supo cómo encontrarnos y arreglar mis líos —murmuró avergonzado.

No pude evitar sonreír por la sola mención de su nombre. Poco a poco, mis recuerdos se han estado llenando de Alexander, completando todas las partes faltantes. En cada uno de ellos veía distintas facetas de mi mago, muchas de ellas eran de él preocupado o enojado con Ezra, pero la otra gran parte eran recuerdos de él sonriendo con alegría y diversión.

—Aun sin Alexander, mis recuerdos contigo son mis momentos más divertidos, Ezra —respondí con suavidad—. No eres un mal ángel, te preocupaste por traerme mucha diversión, estuviste a mi lado en cada aventura, tomaste mi mano y me guiaste a avanzar, si soy valiente es porque lo aprendí de ti, amigo mío. Realmente te quiero mucho, Ezra —susurré con mucho amor mientras veía como mi mejor amigo lloraba a mares.

Sabía que necesitaba desahogarse, así que se lo permití, dejé que llorara todo lo que quisiera

mientras lo abrazaba y sobaba su espalda con cariño.

—Cian… yo también te quiero mucho —confesó sorbiendo su nariz—. ¿Puedes repetirlo nuevamente cuando lleguemos frente a Alexander? Solo para que no me despida.

—Idiota —reí.

Pude ver claramente como su cara se iluminaba con la usual sonrisa cuadrada donde mostraba todos sus dientes, al mismo tiempo que sus alas parecían expandirse aún más. Realmente me aliviaba tener a Ezra a mi lado.

—Son muy bonitas —señalé acariciando sus alas.

—Son negras, son raras —mencionó avergonzado.

—Son geniales y preciosas.

Ante mis palabras vi la emoción de sus ojos justo antes de sonreír enormemente con pequeñas lágrimas en la comisura de ellos.

Un ángel de alas negras. Recordaba a mi papá Habuh contarme esa historia por las noches, era mi favorita.

«Había una vez un ángel…

—¿Era bonito?

—Sí, tan bonito como tú.

Él no era un ángel común, él tenía alas negras.

—¿Alas negras? ¿Los ángeles no tenían alas blancas?

—Cian, no interrumpas —susurró con diversión—, déjame terminar la historia, además prometiste que te dormirías si te la contaba.

—Bien —accedí cobijándome en mi cama.

El angelito era muy dulce y divertido, era un encanto para cualquiera que lo mirara, hasta que ellos se fijaban en sus alas.

Los demás ángeles, todos de alas blancas, encontraban que ese ángel era un insulto para ellos, simplemente porque era diferente. Ellos creían que él no era bueno.

Los otros ángeles, apenas sonreían, siempre estaban estoicos y cumplían todo al pie de la letra. En cambio este otro ángel era puras sonrisas, siempre estaba yendo de un lado al otro, no le gustaba mucho cumplir con sus obligaciones, porque cuando las hacía, por lo general se equivocaba.

El ángel de alas negras se esforzaba el doble o el triple para poder hacer las cosas bien, siempre con una sonrisa. Pero ni aun así conseguía la aprobación de sus pares, estos siempre le daban la espalda.

Era dulce, un completo encanto, no importaba lo mucho que se esforzara por hacer que ellos le devolvieran la mirada, nunca lo lograba. Daba todo de él para sacarles una sonrisa, pero nada era suficiente.

Rechazado, triste y enfurruñado.

Siempre odio el color de sus alas.

Siempre odio ser diferente.

—¿Él es cómo yo?

—Sí, se parece un poco a ti. Los dos son un encanto y sufren por cosas que no deberían.

El pequeño ángel siempre tuvo un complejo con sus hermosas alas, él nunca pudo ver lo

hermosas que eran, lo especial que eran. Pero las personas que lo amaban sabían que no importaba el color de sus alas, él siempre sería mejor que los demás, porque él no haría a otros lo que le hicieron a él. Las personas que lo aman siempre le dicen lo hermosas que son sus alas negras con la esperanza de que algún día él pueda amarlas.

Por eso, Cian, nunca debes juzgar a alguien por ser diferente, al contrario, debes hacerle saber que está bien que lo sea, que no importa los complejos que tenga, siempre habrá alguien que piense que es lo más hermosos que sus ojos verán.

Lo que tú odias de ti puede ser lo que más ame el otro en ti.

No debes ser duro con él.

Hay que ser amables.

—Si veo un ángel de alas negras le diré que es hermoso.

—Debes hacerlo. A ese ángel le hará muy feliz oírlo. Todos necesitamos que nos digan cosas que tendemos a olvidar. Todos necesitamos que nos recuerden lo hermoso que somos, que confíen en nosotros y nos agradezcan por todo nuestro trabajo diario.

—Papi, eres hermoso, te quiero.

—Eres un encanto, amor—me miró dulce—. Yo te amo, mi pequeño Cian.»

*Ezra…*

Mi papá siempre me habló de ti. Mis historias favoritas siempre tenían de protagonista al ángel de alas negras. En mis sueños siempre lo imaginé como mi héroe personal, como mi propio ángel. No estaba tan alejado de la realidad.

—Eres el mejor Ezra, nada de lo que hagas o digas cambiará eso. Eres el mejor amigo que puedo tener, gracias por todo.

Nuestros planes cambiaron, todo cambió al encontrarnos con aquellos que veníamos a buscar. Yo iba delante de todos para ir despejando el camino mientras el mago índigo llevaba en su espalda al ángel que no podía moverse, ya que en sus palabras «tenemos que dejar la charla emocional para después y movernos rápido si no queremos que todos los vampiros nos tiendan una emboscada y se nos vengan encima, estamos en territorio enemigo, hay que salir de aquí».

Trataba de no pensar que Cian me estaba mirando, tenía que enfocarme en mantener a todos a salvo, eso significaba eliminar el máximo de vampiros que nos encontráramos, no había nada que pensar, solo actuar. No podía darme el lujo de acomplejarme por lo que pensara mi mejor amigo de mí.

Había perdido la cuenta de cuantos enemigos había hecho desaparecer, sentía como mi cuerpo se movía por sí solo con toda la naturalidad del mundo. Era como si mi memoria muscular supiera a la perfección que hacer en cada situación, cómo atacar, cómo defender, cómo proteger, era casi un baile de lo fluido que sentía mis movimientos.

Ya habíamos llegado a la parte de las escaleras hacia el tejado, el plan era llegar al techo, cortar el vínculo del ángel y abrir un portal que nos llevara al consejo, para ambas cosas necesitábamos un gran espacio para poder escribir las runas. Así que el lugar era perfecto. Cuando pudimos llegar al tejado nos pusimos a trabajar, teníamos que salir de aquí cuando antes, ni siquiera sabía cuando tiempo habíamos pasado aquí, pero era mucho.

—Lucian, toma —el experto le entregó un pergamino y lo que parecía una tiza blanca—. Sé

que sabes de runas necesito que escribas estas en el suelo.

—Pero no tengo magia.

—No te preocupes por eso luego, lo activaré —Lucian asintió con la cabeza y se fue a escribir —. Ezra, necesito que sostengas la espalda de Hope, lo necesito sentado.

Inmediatamente ayudé al ángel a sentarse y lo mantuve sujeto para evitar que perdiera el balance de su adolorido cuerpo. Mis manos podían sentir lo débil y fatigado que se encontraba.

—Liam, tú… —susurró cabizbajo.

—Yo me encargo de la puerta y los que vienen por ella —lo dijo con una sonrisa.

*No.*

*¡NO!*

—¡Espera yo lo hago! —me levanté rápidamente soltando al otro ángel.

Cuando vi que se fue de bruces al suelo alcancé a sujetar su nuca para volver a sentarlo. No puede ser, no puede estar pasando esto. No puedo permitir que otro se exponga.

*Mierda.*

—No, tienes que ayudar aquí, Ezra —señaló el mago blanco—. Tranquilo, estaré bien.

—¡PERO!

—¡Ezra! —gritó el mago frente a mí—. William es fuerte, se sabe cuidar solo —a pesar de sus palabras firmes su ceño fruncido y su frente perlada de sudor me hacían creer lo contrario.

A él también le costaba que fuera Liam el que tuviera que exponerse, pero se estaba tragando su preocupación y confiando en él.

—Sé que no lo parezco, pero soy fuerte, antes de ti, yo era la mano derecha de Sasha —añadió con una sonrisa—. No te preocupes, los retrasaré, solo pondré algunos encantamientos de luz en la escalera, luego puedes acabar con ellos.

*Alexander me va a matar.*

Con ese pensamiento en mente el Sabio Liam salió por la puerta, sin permitir que nadie más reprochara su actuar. Se formó un minuto de silencio antes de continuar nuestras labores. No entendía porque no podía ser yo quien se expusiera al peligro, hasta que me di cuenta que si no estaba aquí habría tres personas vulnerables que no saben pelear. Mierda. Realmente tenía que estar aquí en caso de que pasara algo.

—Lo-lo siento, si estuviera bien no tendrías que sostenerme —susurró el ángel con una tímida sonrisa.

—No, no. Lo siento, no es tu culpa —me mordí labio.

*No es tu culpa, es el mejor plan. Tiene más oportunidades de supervivencia.*

—Bien, hay que hacer esto luego —señaló el mago índigo tomando una de las manos del ángel—. Quiero romper tu vínculo con ese vampiro —explicó mirándolo directamente a los ojos.

—P-pero si hace eso, yo… —tartamudeo el ángel entrando en pánico por un segundo.

—Tú vivirás —declaró con una profunda mirada—. No permitiremos que te ocurra algo. Yo me haré cargo de ti.

—¿Tú? —preguntó extrañado.

—Sí. Mira, sé que no soy un mago excepcional como Alexander, o Ámbar, ni siquiera como Liam. Solo soy un mago clase A, mi magia es índigo, lo que quiere decir que envejecerás como un humano. Soy un verdadero desastre y uno muy aburrido, no soy muy fuerte ni bueno en combate, pero soy un gran profesor de magia y me gusta crear nuevos encantamientos, creo en el

poder de las palabras, entiendo que no quieras tenerme como tu maestro, pero…

*Bien*, ahora valoraba mucho más a Al y a mi creadora. Ellos sonaban mucho más cool. Pero aun así esto sonaba mucho mejor que el panorama actual. Podía ver como él mismo pensaba que no era una buena opción y nerviosamente se rascaba el cuello.

—¡Sí, sí quiero! ¡Por favor! —pidió desesperado.

—Pero…

—No importa. Todo lo que dijo es perfecto. No tengo ningún problema. Yo lo cuidaré y trataré de ser un ángel del cual pueda estar orgulloso —sus ojos brillaban de determinación.

—De acuerdo. Con que estés consciente de lo que estás aceptando me sirve. No tenemos tiempo.

De la mano del mago índigo comenzaron a brillar unas runas que se extendían por su brazo, casi como si fuera un tatuaje de luz.

—Yo Fausto Wells, mago clase A, de magia índigo especializado en los encantamientos en cadena, te reclamo a ti…

—Hope —gritó Lucian a unos metros de distancia.

—Te reclamo a ti, Hope ángel…

—Que trae esperanza —volvió a repetir Lucian.

—Hope, ángel que trae esperanza y fuerza a quien lo necesite, un ángel que unirá los caminos de la gente y no permitirá que estos fracasen, les dará energía y fortaleza para continuar —completó poniendo la palma de su mano en la frente del ángel que se encontraba llorando, conmovido por sus palabras—. Me comprometo a cuidarte y velar por tus necesidades. Ser un buen maestro, así como espero de tu parte tu completa lealtad. Lo juro por las runas sagradas.

Cuando terminó de recitar el juramento de votos de vínculo de almas, las runas de la mano del sabio Fausto brillaron por un segundo en la frente de Hope, antes de desvanecerse en su totalidad. Al hacerlo sus ojos adoptaron ese color por un instante y sus alas blancas surgieron al encontrarse con una nueva magia y se tiñeron levemente de un color lila. Me retiré a un costado, porque al parecer la nueva magia del sabio había hecho que Hope pudiera sostenerse por sí mismo.

Ambos estaban sonriendo ahora que su vínculo se había formado, se dieron un cálido abrazo para luego separarse. Justo en ese momento volvió Liam cerrando la puerta tras de sí con orgullo y satisfacción.

Todo estaba bien. Demasiado bien.

Sabía que todo estaba muy calmado para ser bueno, pero nunca esperé que al mirar hacia Cian vería la sombra del vampiro materializarse, jamás imaginé que el vampiro se ocultaría en la proyección de la sombra de mi mejor amigo. Lo subestimé completamente.

Menos esperaba que se cruzara frente a mis ojos con una guadaña hecha de sombras con toda la intención de cortar a Cian en dos. Era astuto la guadaña lo mantenía fuera del rango del anillo de Alexander, además no podía congelar lo que no tenía una consistencia física, no se puede congelar una sombra. Lo descifró por completo.

*Mierda.*

*Lo siento.*

Todo mi cuerpo se impulsó hacia Lucian, mis mismas alas ayudaron a que mi brazo llegará hacia él.

*Sé que lo prometí.*

Vi el pánico en los ojos de mi mejor amigo, al igual que vi mi sonrisa torcida reflejada en sus ojos aguados. Ambos sabíamos lo que estaba por suceder.

*Tú me enseñaste que las promesas deben cumplirse.*

Con toda mi fuerza y desesperación empujé a Lucian lejos de la trayectoria del corte.

*Perdón, Maestro.*

*No sé si podré cumplir su promesa de llegar todos intactos.*

Lástima que no fui lo suficientemente rápido.

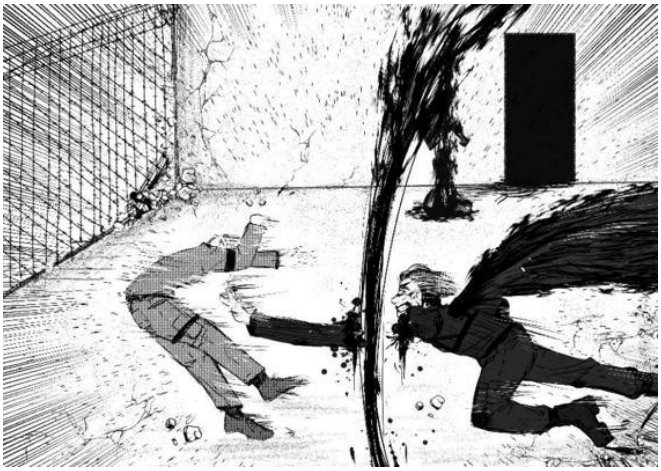
—¡EZRA!

*Lo lamento tanto. Perdóneme.*

*Lo siento mucho, Sasha.*

Porque mi brazo no escapó de esa trayectoria.

*Ezra, ángel de la guarda de Cian y aprendiz de A. Leblanc*



# *25*
## *Latidos del alma*

—¡NOOOO! ¡AHG!

*¡MIERDA!*

*Esto era malo, jodidamente malo. Mi brazo, mi brazo…*

*¡¿QUÉ ESTABA PASANDO?!*

*¡¿QUÉ ES ESTO?!*

*Tanto dolor…*

—¡¿Al?! ¿A-Alexander? ¡Mierda! ¿Qué ocurre? —preguntó Dean corriendo preocupado hacia mí.

Me había caído de la cama, estaba bañado en sudor, todo lo que podía sentir era un agonizante dolor en mi brazo izquierdo. El dolor era tan fuerte que no me permitía pensar nada más.

*Pánico.*

Era lo único que podía sentir, pánico y dolor. Dolor, dolor, y más dolor. Sentía que perdería la conciencia en cualquier momento del indescriptible dolor que estaba viviendo, y no podía permitírmelo. No podía desmayarme.

*Mierda, mierda ¡MIERDA!*

Me mordí el labio tratando de callar mis gritos de desesperación, mientras Dean me sostenía. Él me abrazaba como si quisiera protegerme de todo, pero ambos sabíamos que no podía, porque todo estaba en mi cabeza.

—M-mi brazo… joder, mi brazo —repetía sintiendo que me ahogaba sin poder explicarle a Dean lo que ocurría.

—¿Tu brazo? Tu brazo está bien Al, tu brazo está bien, tranquilo —estaba desesperado por calmarme, pero no funcionó.

El dolor y el ardor no se iban, era una tortura horrible. Podía sentir mi brazo, pero no comprendía por qué estaba sufriendo tanto. El dolor nublaba mi juicio y no me dejaba pensar con claridad.

*Aún tengo mi brazo, pero este dolor es real, solo que no es mío.*

—Mierda. No, no, no… —negué comenzando a llorar desesperado.

*No podía ser cierto, por favor que sea un mal sueño.*

—Alexander, por favor, tranquilízate. Dime qué está ocurriendo.

—Alguien, uno… mierda.

Me tiritaba la voz, sentía que mi garganta se apretaba, no podía respirar, comencé a jadear, tenía un frío horrible y todo mi cuerpo temblaba sin control.

—¿Alguien?

—Uno de ellos está herido —susurré con dificultad mirando a Dean con mis ojos cargados de pánico.

*Este dolor es muy real. Esto es horrible. No puede estar pasando.*

Vi claramente cómo Dean se mordió el labio tratando de concentrarse en contenerme y no caer en pánico.

—¿Es Cian? —preguntó aguantando la respiración.

—No lo sé. Mierda, no lo sé. No sé quién es —no podía detenerme, solo estaba llorando sin poder parar de hablar, mi voz se quebraba y las palabras salían ahogadas—. Joder, es mi culpa. Está herido, no sé quién es. Dean tengo que ir, tengo que ir allá. Es todo mi culpa.

—Cálmate, Alexander, cálmate —rogó mientras afianzaba más su abrazo en mi cuerpo.

El cuerpo de este testarudo humano era lo único que me mantenía anclado en el lugar. Sentía que si dejaba de sostenerme me quebraría en miles de pedazos y nunca podría volver a ser el mismo. Ya no quedaba ni un atisbo de cordura en mi mente.

—Tengo que ir, Dean. Tengo que ayudarlos, tengo que ir a ver que estén bien. Es mi culpa, no debería estar aquí. Joder, todo es mi culpa, es mi jodida culpa. Tenía que protegerlos. No puedo. N-no puedo…

*Moría. Este es mi fin.*

*Angustia.*

*Pánico.*

*Dolor.*

Me ahogaba con las tres. No podía respirar, todo dolía, ya no era solo mi brazo, era mi pecho, mi cabeza, mi garganta, las piernas, todo.

—Cálmate. Por favor, Alexander. Cálmate —uno de sus brazos seguía en mi espalda, pero el otro se dirigió a mi cabeza y me hizo apoyarme a la altura de su pecho.

—No puedo, Dean, son lo único que tengo, no p-puedo perderlos, no… no…

*Por favor, no. No.*

*Debí ir con ellos. No tenía que dejarlos solos. Nunca debí permitir esto. Debí insistir, debí ir solo yo en su lugar. No puedo perderlos…*

—No los perderás, tranquilo. Ellos estarán bien, son fuertes —la voz de Dean se mantenía calmada.

—Y-yo… joder… yo… no quiero volver a estar solo.

Mi voz se quebró por completo y mis lágrimas brotaban sin control. Seguía sin poder respirar con normalidad. Mi garganta y mi pecho se quemaban como si estuviera tragando llamas. Me estaba ahogando de dolor y desesperación. Mis pensamientos solo eran remolinos de angustia sin ninguna idea fija, todo era un desastre. No podía soportarlo más. Quería que esta tortura terminara. No puedo más. No puedo.

—Calma. No estás solo. Estoy contigo, ellos también estarán pronto contigo. Yo estoy aquí. Solo concéntrate en mi voz. ¿Recuerdas lo que me dijiste cuándo tuve mi primer recital?

*Su primer recital.*

—Estaba solo y estaba teniendo un ataque de pánico tras bambalinas. No podía respirar y no paraba de llorar. Tenía miedo, no quería salir, no quería tocar más el piano, creía que no era lo suficiente bueno y no podía enfrentarme a todo ese público. No podía, no podía. Todo en mi cabeza era un caos, pero tú me encontraste. ¿Recuerdas?

*No podría olvidarlo.*

—Tú me sostuviste justo de esta manera, apoyando mi cabeza en tu pecho con mi oreja justo

sobre tu corazón. Aunque quería irme de tu lado, no lo permitiste, no me dejaste ir porque tú dijiste…

—No irás a ningún lado en ese estado, solo lo harás cuando estés calmado —susurré entre lágrimas y tragando el nudo en mi garganta.

—Exacto. Yo no podía parar de temblar, me sentía del más frágil cristal, pero tus palabras fueron mágicas, Alexander, todo tú es mágico. ¿Quieres escuchar qué sonido produzco por ti?

«—Hacer música no debería asustarte pequeño, nosotros mismos vivimos gracias a que producimos un hermoso sonido. ¿Quieres escuchar qué sonido produzco por ti?».

*Mierda. No es justo que ocupes mis propias palabras para salvarme, Dean.*

Entre lágrimas, me apoyé en Dean y me permití escuchar sus latidos. Este siempre fue mi método para calmar a los dos hermanos, cuando lloraban o tenían miedo, siempre los hice escuchar mis latidos. Siempre los calmé de esa manera. Siempre traté de contenerlos, de estar en todas sus penas, celebrar todos sus triunfos, darles pequeños empujones cuando tenían dudas y espantar cada uno de sus miedos. Ahora, ellos cuidaban de mí.

Los latidos nos calmaban, porque nos hacía recordar que estábamos vivos y, lo más importante: que no estábamos solos.

No sé realmente cuanto tiempo estuve en esa posición, ambos sentados en el suelo. Sabía que Dean debía estar completamente incómodo por tenerme arrimado a él de esa manera, pero no se quejó en ningún momento. Se quedó quieto y me permitió recomponerme a su lado, no importaba cuanto tiempo tuviera que pasar para eso.

—Hay alguien herido, gravemente herido —comenté cuando dejé de sentir mi nudo en la garganta, aún sin separarme de él.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó con suavidad.

—Tengo un hechizo protector en ustedes cuatro —confesé agotado—. Liam, Ezra, Cian y tú. No puedo saber cuál de los tres está herido, pero estoy completamente seguro que uno lo está. El hechizo que tengo con Liam no es tan potente como aquel que tengo con ustedes tres.

—¿Él hechizo te avisa cuándo estamos heridos? —preguntó preocupado.

—No, el hechizo hace que tome la mitad de su dolor —susurré con una sonrisa rota.

Traté de mover mi brazo izquierdo, pero no podía hacerlo, era como si mis nervios y tendones no respondieran. Ardía como si lo hubiera metido en agua hirviendo, no, era mucho peor, pero no podía pensar en una buena analogía.

—Mierda. ¿Por qué haces eso, Alexander? —Dean afianzó su abrazo un poco más.

—Se supone que si los cuido bien no debería sentir nada —comenté con pena.

—Espera, esto es nuevo —*muy inteligente y observador, Dean*—. Esto lo hiciste cuando renovaste las protecciones el día de la Equidna.

—Sí, fue ese día —reconocí con tristeza.

—Eso quiere decir que si uno de nosotros muere, tú…

—Una parte de mí morirá también. Ahora solo me estoy llevando la mitad del dolor.

—¡Mierda! ¡Bloquéalo! ¡Aunque estés más calmado, sigues tiritando, hasta te subió la fiebre! ¡Bloquéalo ahora!

—No, no lo haré.

—No seas terco —gruñó con frustración—. ¡Ninguno de nosotros pedimos esto!

—No importa que no lo pidan. Seguiré recibiendo la mitad del dolor, de esta manera quien sea

que esté herido no estará solo en esto. Es la única forma que me queda de ayudarlos, aumento sus probabilidades de éxito. No puedes quitarme esto. Es lo último que me queda de orgullo.

Escuché a Dean gruñir contrariado. Como pudo nos tomó a los dos y me dejó acostado en la cama.

Tenía razón estaba muriendo de fiebre no podía enfocar mi vista, solo veía como Dean se paseaba por la habitación murmurando cosas que no entendía. Hasta que lo sentí volver hacia mí con un paño húmedo.

—Gracias —susurré sintiendo el pañuelo frío en mi frente—. Anda a descansar, Dean, mañana será un largo día.

De esta forma cuando se fuera, podría seguir la cadena de dolor y los encontraría sin mayores problemas. Iría a salvarlos. No los dejaría pasar por esto solos. Iría. Iría, aunque tuviera que arrastrarme.

—Sí, claro. Como si te fuera a dejar solo, mago idiota. Me quedaré aquí y te vigilaré. Nunca te había visto tener un ataque de pánico como el de hoy, no te dejaré caer de nuevo. Tú quieres recibir nuestros golpes, bien. Pero lo mínimo que puedo hacer es estar a tu lado viendo como luchas a tu manera. Es mi turno de estar ahí para ti.

*Dean… te hiciste tan fuerte.*

«—No te dejaré solo, mocoso. Acostúmbrate, porque estaré en cada paso que den tú y tu hermano, no los dejaré caer, estaré ahí siempre para ustedes, aun cuando ustedes no puedan verme».

Sentí las lágrimas formarse nuevamente en mis ojos. Vi como Dean me miraba con una expresión de comprensión. Él sabía perfectamente cómo me sentía, porque había sobrevivido a esta clase de dolor.

—Soy un desastre —confesé entre lágrimas—. Nunca quise que me vieran así, quería ser fuerte para ustedes.

—Eres fuerte, mago idiota. El mago más fuerte que conocemos. Eso nunca va a cambiar. Pero es nuestro turno de cuidar de ti.

Eso fue lo último que pude escuchar porque mi vista se volvió aún más borrosa. Sentía que perdía el conocimiento, todo lo que pude ver fue a Dean sosteniendo una jeringa vacía.

—¿Qué me diste?

*Mierda, no.*

—Un sedante. Lo lamento. Liam me lo dio en caso de que quisieras seguirlos. Esto te ayudará a dormir. No te preocupes, me quedaré a tu lado hasta que vuelvas a despertar. Eso será para llevarte al jodido altar.

*Dean… no.*

En las profundidades de mi mente todo estaba oscuro y en silencio.

Tristeza y soledad, era lo único que conocí gran parte de mi vida. La vida se acababa muy rápido para las personas, la vida era demasiado larga para los magos, no podías encariñarte con nadie porque lo verías morir aun cuando te vieras de la misma forma en la que te conocieron. Los magos eran fríos, elitistas, individualistas y vacíos.

No necesitaba a las personas, no necesitaba a los magos.

*¿Siquiera me necesitaba a mí mismo?*

*¿Para qué existo?*

*¿Para qué seguir viviendo?*

Todos los días son aburridos y monótonos, un total desperdicio de horas y tiempo.

No veía a nadie alrededor, ni siquiera podía verme a mí mismo, estaba rodeado de oscuridad, pero sentía que estaba parado en una superficie fría y lisa.

—¿Señor, usted sabe por qué la gente tiene que sufrir?

*¿Ugh?*

—Señor, ¿qué piensa de la gente que solo dice cosas dañinas sin pensar en otros?

*Este era…*

—¿Señor, por qué hay personas que se suicidan?

*Espera…*

—¿Señor, por qué la gente miente y engaña?

*No quiero…*

—¿Señor, por qué la gente se mata los unos a los otros?

*No sigas…*

—¿Señor, por qué usted está tan triste?

*¡Basta!*

Justo en ese momento mi visión se aclaró y todo lo que pude ver era el conocido parque de juegos que estaba cerca de la casa de Cian. Era de noche, pero la luna y las estrellas estaban brillando más que nunca.

Recordaba esto. No podría olvidarlo.

**10 de octubre de 20XX**

Lentamente actué como lo había hecho tiempo atrás, fui a sentarme a uno de los dos columpios que se encontraban en medio del parque. Me quedé ahí, pensando en lo solo que me sentía.

Esa vez estaba muy triste, porque sabía de antemano que me perdería el cumpleaños número diecinueve de Cian, este sería en tres días más. La razón: me habían citado ese mismo día para dejar constancia de mis acciones en el consejo.

Papeleo y burocracia. Básicamente decir «Sí, actualmente no pertenezco a ningún puto gremio. Estoy bien con ello, gracias. Sí, sigo vivo. No, aún no tengo hijos». Junto con muchas pruebas de rutina. Tenías que sí o sí, hacer una de estas cada diez años, por la baja población de magos.

Los odio.

No quería perderme ningún paso importante en su vida. Quería poder verlos todos. Quería estar para él en todos. Quería grabar todos con fuego en mi memoria. Porque aun cuando él no me conociera y no tuviera recuerdos de mí, él era mi única razón para estar vivo ahora. Él era lo único que me daba felicidad.

Iba en el décimo suspiro cuando lo vi acercarse a mí.

Alto, de hermosa cabellera rubia peinada hacia su derecha. Habían casi desaparecido sus hermosos mofletes, pero sus pomposos labios y hermosos ojos cansados seguían brillando al verme, como cada vez que lo conocía por primera vez. Él siempre brillaba por completo cuando me veía, era algo que hacía que mi corazón latiera con más ánimo.

Cuando llegó a mi lado noté como se sonrojó encantadoramente al mirarme desde arriba. Me

regaló una pequeña sonrisa cuando nuestros ojos se encontraron.

—¿Puedo usar el otro columpio? —preguntó de forma suave.

—Claro, puedo irme si quieres, no quiero incomodar —hice el ademán de levantarme.

—¡No, por favor quédate! —atajó con rapidez—. Es decir, tú llegaste primero —reiteró con más calma—. Yo soy él que no quiere molestar.

*¿Molestar? Nunca.*

Al contrario, con su ligera sonrisa solo animó mi melancólica noche. Ya no me sentía tan triste y frustrado.

—Nunca podrías molestarme —le devolví la sonrisa.

—¿Tú crees? No me conoces —me miró divertido sin dejarlo pasar.

*Maldición, amado mío. Te conozco, te conozco muy bien.*

—No necesito conocerte, lo sé con solo mirarte.

Ante mis palabras vi como él se paró sobre el columpió en lugar de sentarse como normalmente se haría. Su rostro quedó muy por sobre mi línea de visión.

—Ah, ¿sí? ¿Qué ves? —indagó sonriente.

Lo miré hacia arriba y todo lo que pude ver era el más sublime de los cuadros. Una noche estrellada y la más hermosa de las estrellas brillando a mi lado con una enorme sonrisa adornando su rostro, junto a sus rizos ondeando en la brisa. La luz de la luna le daba un contraste irreal, parecía que su cabello era blanco y tenía luz propia. Sentí como se erizaron los vellos de mis brazos solo por estar en su presencia.

—A el más hermoso chico que he visto en toda mi vida —confesé sin medir mis palabras.

*¡Mierda! ¡No debí!*

*¡Solo eres un extraño, estúpido mago! ¡No te conoce!*

Vi como su cara pasaba de la incredulidad al encanto, con una gran sonrisa comenzó a negar con la cabeza, divertido.

—Eso no te dice nada sobre mí —comentó con astucia—. Solo es mi físico, además estás exagerando.

*¿Exagerando?*

Me levanté del columpio y paré el suyo poniéndome frente a él con mis manos en las cadenas. Él aún se encontraba más alto que yo y se veía notoriamente avergonzado ante mi actuar, lo tomé por sorpresa, pero no desvió la mirada de mis ojos en ningún momento.

—No estoy exagerando —declaré mirándolo a los ojos con toda la esperanza de que me creyera —. Eres realmente hermoso.

*Y me encantas.*

Se mostró sorprendido ante mi descaro, pero no había ningún rastro de duda en su mirada, creyó por completo cada una de mis palabras. Él lentamente llevó una de sus manos a mi cara y la tocó con suavidad, como si tuviera miedo de romperme.

—¿Te conozco? —preguntó frunciendo el ceño, haciendo todo el esfuerzo por tratar de recordar.

*Me gustaría que sí.*

—No, no lo creo —respondí sin poder ocultar una mueca de dolor.

—Siento que sí, porque tienes unos hermosos ojos azules, los siento muy familiares. Son muy grandes también —explicó con fascinación, soltó su otra mano para acunar mi rostro.

Estabilicé el columpio para que no fuera a caerse, pero él ni siquiera lo notó, se encontraba inmerso en el estudio de mi rostro. Dentro de mi cabeza sentía su voz razonar con fuerza:

*«Tus ojos son increíbles. ¿Son reales?».*

*«Señor de ojos bonitos».*

*«Nunca había visto unos ojos tan azules».*

*«Tus ojos son hermosos».*

*«Ojos de estrellas».*

*«Ojos de estrellas».*

*«Son brillantes y grandes».*

*«Son los más lindos que he visto».*

*«Tan brillantes y expresivos, realmente encantadores».*

Siempre ha quedado fascinado por ellos, me lo ha dicho de tantas maneras y cada una de ellas me ha hecho morir de amor. Me parece simplemente increíble que siempre se las ingenia para salir con halagos nuevos.

—Brillan mucho. Son realmente mágicos —comentó ensimismado—. ¿Por qué te sientes tan familiar? ¿Por qué no puedo quitar mis manos de ti? —tenía los ojos brillantes por contener sus lágrimas.

Sus manos seguían en mi rostro, acunándolo, se negaban a dejarme ir.

—Si no quieres quitarlas está bien para mí —accedí enternecido—. No tengo problema.

—¿Por qué? No, nos conocemos, somos unos completos extraños —señaló contrariado—. ¿Por qué me permites esto?

—Por mí está bien. Soy feliz de tener tus manos en mi rostro. ¿No estarías feliz si él chico más hermoso del mundo tocara tu rostro con tanto cuidado? —le di una pequeña sonrisa.

Estaba más que encantado.

—Pues… a ti te dejaría hacer eso y más —devolvió regalándome la sonrisa más grande de la noche.

En ese preciso momento me perdí. Olvidé por completo todas las reglas que había creado para tratar con Lucian. Me quité todas las cadenas y me permití hacer algo que necesitaba. Solté el columpio y mis brazos rodearon su cuerpo, mi cabeza quedó recargada en su torso y él se encontró tomando con una mano el columpio, con la otra me respondió el abrazo, rodeándome.

—Perdón —susurré con la voz contenida.

—¿Por qué?

—Por esto.

—¿Abrazarme?

—Sí, lo siento mucho.

—Está bien. No me incomoda para nada. Es extraño, pero creo que yo también necesitaba esto. Gracias, Señor ojos de estrellas.

Escuchaba su corazón latir, mi piel podía sentir el calor de su temperatura corporal, mi olfato podía reconocer todos los olores que lo rodeaban. Se sentía realmente real sentir sus vértebras bajo mis dedos, o su escápula, sentir como sus pulmones se inflaban de aire y su corazón se aceleraba. Estaba tan vivo, y así era completamente perfecto.

—No hagas esto con ningún extraño. Por favor —de solo pensar que podía hacer esto con cualquier persona que acabara de conocer me dio un escalofrío—. ¡Maldición! Deberías estar empujándome, alejándome.

*Esto está mal. Está muy mal. No debería estar abrazándolo así. Se supone que soy un extraño.*

—Sí, debería —confesó con algo de diversión, pero no se movió ni un solo milímetro—. Estamos en un enorme problema ¿Cierto? Porque definitivamente no haré eso. No quiero soltarte, ni ahora, ni nunca —declaró con su voz más dulce.

*«No quiero soltarte, ni ahora, ni nunca».*

—Muchacho, no sabes qué es lo que estás diciendo, debería alejarme ahora —no podía romper el abrazo, sentía que si lo rompía también rompería mi corazón.

*Maldición. No puedo. No puedo separarme. No quiero hacerlo. Tampoco quiero dejarte ir.*

—Mi nombre es Cian. No debes olvidarlo.

*Como si pudiera, ángel mío.*

—¿Por qué no debo?

—Porque definitivamente planeó pasar toda mi vida contigo —decretó dejando un audaz beso en mi frente—. No importa que no te conozca, tengo toda mi vida para hacerlo. No importa que tú no quieras, porque pasaré todo mi tiempo tratando de enamorarte. Nunca más estarás solo, yo estaré a tu lado.

En ese minuto lo miré conmocionado, vi su rostro y me di cuenta de que estas eran las palabras

de mi consorte, de alguna forma era su alma quien recitaba las palabras que la mía necesitaba escuchar. Sus ojos me reconocían, sabía que era imposible, pero en ellos había un brillo singular que sentía que había visto antes. Él no estaba pensando lo que decía, estaba seguro que solo estaba exteriorizando lo que sentía y necesitaba decir.

—¿Qué estás diciendo, Cian? No juegues con esto —aunque mis palabras pretendían quitarle solemnidad a las suyas, yo lo sabía, mis lágrimas lo sabían, no eran un juego, no lo era para ninguno de los dos.

No podía creer que me dijera lo que más quería escuchar. Me estaba dando esperanzas. Me estaba dando libertad para soñar que algún día él cumpliría esas palabras.

—¿Puedo contarte un secreto?

*Todos los que quieras amor mío.*

—Claro.

—Creo que puedo percibir las emociones de algunas personas. También creo que puedo escuchar una voz dentro de mí. Suena muy clara a veces. Justamente como ahora. Es como si gritara: que no te suelte, que no te deje ir, que no te deje sufrir solo. Le estoy haciendo caso, no te dejaré ir, no esta vez. Me niego a dejar que te vayas con tanta pena, tristeza y soledad. Así que no te soltaré, no te soltaré, aunque tú quieras alejarte de mí. No te soltaré, pero si logras soltarte, te encontraré, no importa dónde te ocultes, te encontraré y me encargaré de que nunca más te sientas solo. Nunca podré sanar tus heridas, pero permíteme estar a tu lado hasta que estas dejen de doler y, aun cuando eso ocurra, me quedaré a tu lado para celebrarlo y mantenerte de esa forma por todos los años que pueda.

Ese día comprendí que estaba equivocado acerca de todo.

Siempre creí que Lucian me llamaba para todo, que dependía de mí, eso me hacía sentir importante y le daba un nuevo propósito a mi existencia. Siempre acudía cuando él me necesitaba, siempre llegaba y respondía a su llamado. Nunca lo dejé solo y estaba orgulloso de ello. Pero la realidad era otra.

En sus brazos comprendí que siempre el rescatado fui yo. Me ahogaba en soledad todo el tiempo sin poder evitarlo, por lo que el alma de Lucian buscaba desesperadamente llegar a mi lado para cobijarme, para hacerme olvidar mi agonía, o por lo menos acompañarme en ella. Muchos de sus deseos fueron meras excusas para darme motivos para ir a su lado y recordar que no estaba solo, que tenía motivos para sonreír, que tenía personas en quien apoyarme.

Todo el tiempo fui yo.

Yo era el que dependía desesperadamente de él.

Porque esta vez, así como muchas otras…

Él llegó solo, porque sintió mi soledad. Su instinto lo guió hacia mí, no porque quisiera algo en particular, no porque se sintiera triste o tuviera alguna clase de problema. Vino porque sintió que estaba mal, no le importó no conocerme, no le importó que en ese minuto fuéramos simples extraños, su alma siempre pensó en mí como su consorte, como su máxima prioridad a proteger y cuidar. Dejó de lado su racionalidad y solo siguió sus instintos.

Él, sin conocerme, se encargó de cuidarme, de regalarme sonrisas, besos en la mejilla, abrazos, comida, ternura, felicidad, amor.

Se encargó de que, cuando más solo me sentía, nunca lo estuviera.

Se encargó de darme razones para vivir, cuando más desmotivado en la vida me sentía.

Se encargó de hacerme ver el mundo con otros ojos, de atesorar sonrisas, de cultivar promesas, de vivir solo para ganarme una mirada de sus hermosos ojos.

Se encargó de llenarme de amor.

Todo el tiempo fue él intentando protegerme sin ninguna otra razón de por medio.

Ese día comprendí todo, y no pude más que sentir el más sincero de los agradecimientos.

—G-gracias. Gracias, Cian.

—No tienes nada que agradecer. Déjame calmar un poco de tu pena. Concéntrate en mis latidos, te ayudará a sentirte mejor.

Aferrado a él me di cuenta que después de todos estos años, también tenía un ángel guardián. Era el mismo al que estaba abrazando. Porque, aunque yo no se lo pidiera, tenía a alguien que velaba por mí. No importaba que me olvidara una y otra vez, porque siempre sabía qué hacer para encontrarme, para responderme, para sacarme una sonrisa, para hacerme llorar y consolar mis lágrimas.

Él siempre estaría ahí para mí.

Exactamente como yo estaría ahí para él.

Esta vez, recordando la mejor de mis noches, solo podía llorar, porque sabía que al despertar, todo se habría ido. Ya nada sería igual.

Él ya no estaba a mi lado.

Yo no podría estar más a su lado.

Excepto por una cosa. Solo una cosa que sabía que nunca cambiaría.

Nunca dejaría de amarlo.

*A. Leblanc Mago clase SS eternamente enamorado de Cian.*

# *26*

## *Mi mejor amigo no le teme a nada*

En un segundo vi pasar todas las sonrisas de aquellos que amo, al siguiente pestañeé y me encontraba en el suelo, con la vista desenfocada y los oídos acoplados. No podía ver nada, pero podía sentir la agitación y los movimientos a mi alrededor.

Todo era caos y movimiento.

Mi cara estaba pegada al frío concreto del suelo. No sentía nada, no entendía nada. Incluso estaba bastante seguro de que había perdido el conocimiento por un momento.

Todo era muy confuso hasta que sentí un líquido caliente y espeso llegar a mi rostro, quise levantarme para limpiarme, lo intenté a duras penas porque me encontraba completamente mareado y con un punzante de dolor en la nuca. Mis ojos se enfocaron solo cuando pude notar que ese líquido de mi rostro se trataba nada más y nada menos que de un charco de sangre. Mi vista se ajustó y pude ver el cuerpo de Ezra inerte frente a mí y un brazo cortado a unos metros más allá.

En ese horrible momento todo hizo *click* en mi cabeza.

Mi mejor amigo me había salvado.

*¿Pero a costa de qué? ¿Su vida? ¿Su extremidad? ¿Su movilidad?*

*¿Por qué todos se sacrificaban por mí? ¡No quiero que nadie más sufra por mi culpa!*

Grité por mi amigo.

Grité del miedo.

Grité del horror que estaba mirando.

—¡Ezra! ¡E-Ezra! ¡Por favor no! ¡No! ¡No! —gritaba y lloraba desesperado—. ¡Ezra, resiste!

Traté de girarlo para dejarlo boca arriba en el suelo, pero fue muy complejo, él era peso muerto y yo no tenía tanta fuerza, además no quería dañar sus alas que se encontraban aún extendidas. Fue una tortura para mí moverlo y, cuando lo logré, quedé lleno de su sangre, porque brotaba a borbotones de su extremidad perdida.

*Mierda. Mierda. ¡Mierda!*

*No. Por favor, no. No puede estar pasando esto.*

No quería mirar la herida. No quería. Pero fue imposible no hacerlo.

Ahí estaba, herida abierta, desgarrada, donde todo lo que podías ver era la sangre y un tenebroso blanco asomándose, que asumía era el hueso o algo así. Lo vi solo un segundo e hizo que la bilis se me subiera a la garganta.

Náuseas.

Arcadas.

Lágrimas.

Todo era real.

Todo era una espantosa pesadilla.

Una pesadilla donde mi mejor amigo se moría frente a mis ojos. Rasgué mi camisa para tratar de tapar la salida de la sangre de Ezra, pero sabía que esto no serviría de mucho, necesitaba hacerle un torniquete o algo así, pero no sabía ni tenía idea de cómo. Levanté la vista, para poder buscar a Liam para que socorriera a mi amigo y me di cuenta que esto era mucho peor que una pesadilla.

Hope parecía estar socorriendo a Fausto, que tenía sangre corriendo por el rostro como si le hubieran dado un golpe en la cabeza, mientras que Liam estaba peleando contra el mago de magia negra.

Todo lo que podía ver era destellos de luz chocar y deshacer algunas de las sombras de quien lo atacaba, eran casi como ondas de energías, porque al chocar el aire parecía electrificado. Ambos se encontraban a una distancia prudente del otro, ninguno de los dos parecía muy fan de la lucha cuerpo a cuerpo, bien, en eso sin duda el vampiro tenía la ventaja, porque poseía un arma de mayor alcance, su guadaña y las sombras se extendían a su voluntad, mientras que Liam poseía una daga y sus manos desnudas redirigiendo su magia como escudos o flechas de luz.

Liam definitivamente le estaba dando pelea, el problema es que aun así tenía múltiples cortes en todo el cuerpo y nuestro atacante no tenía ni un solo rasguño. Al contrario, tenía los ojos encendidos y se lamía los labios viendo la sangre de Liam.

*Maldición.*

No teníamos salida ni a quien recurrir. Era el peor escenario posible.

Sentí a mi mejor amigo apretar mi mano débilmente con su único brazo bueno, mi mundo volvió a tener una chispa de luz, volví a la realidad. No podía rendirme. Tenía que resistir, ayudar a mi amigo y encontrar una salida.

—Ci… Cian —susurró con un hilo de voz.

—¡Ezra!

*¡Vivo! ¡Estaba vivo! ¡Resiste, por favor!*

—Ezra. Tu brazo, tu brazo… no sé qué hacer —confesé entre lágrimas.

No quería ponerme a llorar, quería ser fuerte y ayudar a mi amigo, pero era imposible contenerlas. Todas y cada una de mis lágrimas caían por mis ojos a la cara de Ezra que se encontraba tratando de sonreír. De todas las sonrisas que me había regalado, esta era la más desgarradora. Era una sonrisa forzada y moribunda, una sonrisa cargada de dolor.

Lo peor es que toda mi alma estaba gritando en agonía, al estar cerca de Ezra todo lo que podía sentir era su desgarrador dolor atravesando cada uno de los poros de mi piel. Al momento que abrió los ojos todo su padecer me había golpeado, cortándome como miles de vidrios. Era aterrador. Pero no importaba lo mucho que doliera o ardiera estar junto a él, porque de ninguna forma me alejaría. Estaría a su lado, soportaría todo.

—No puedes dejarme —declaré sintiendo mi pecho contraerse de angustia—. ¡Prometiste que siempre estaríamos juntos!

—No quiero dejarte, Cian —susurró con sus ojos nublados también—. T-tengo miedo, no quiero irme de tu lado.

*¡NOOO!*

*¡Ezra!*

—No tengas miedo —pedí entre lágrimas—. Mi mejor amigo no le teme a nada.

*Lo ayudaría, tenía que hacerlo.*

*¡Tenía que hacerlo! ¡Piensa, Cian! ¡Piensa en algo! ¡Concéntrate y sálvalo!*

*¡Mierda, mierda, mierda!*

Él también se encontraba llorando sin quitar la sonrisa rota de su cara. Mi corazón se rompía a pedazos con cada lágrima que veía en sus ojos. Sonreía, aunque sabía que estaba al borde de perder el conocimiento del dolor. Maldición.

Mi camisa ya no servía para parar la hemorragia, porque veía como la sangre seguía saliendo. La vida de mi mejor amigo se escapaba de mis manos y no podía hacer nada para ayudarlo, solo temblar de impotencia, sin poder pensar en nada que pudiera salvarlo. Era realmente un inútil.

—No tengo miedo por mí, Cian. Tengo miedo de irme sin poder protegerte. Tengo miedo de no poder seguir luchando —confesó mientras se mordía el labio inferior.

*¡Algo, lo que sea!*

*¡Piensa Lucian! ¡No puedes permitir que muera! ¡Piensa, piensa, piensa! Observa a tu alrededor, busca soluciones. Aleja el pánico y actúa.*

En ese momento vi los pedazos de mi manta amarilla destrozada a mi lado. Mi cerebro hizo click y no lo pensé más, no me importó que se tiñera con sangre. Cambié el estropajo anterior y traté de hacer un mejor torniquete, con la esperanza de que mi preciado tesoro pudiera ayudar a mi único amigo.

—N-no… Cian. ¿Qué haces?

*Ignora la sangre, ignora lo horrible que se ve, ignora su olor, ignora su textura, ignora tus ganas de vomitar, ignora todo lo demás. Sálvalo. Sálvalo, no permitas que muera.*

—Cállate —pedí mientras me tragaba las ganas de vomitar y me aseguraba de atar bien el torniquete.

—¡Pero eso es de…! —en los ojos de Ezra había un pánico irracional que debía venir del miedo de destruir un objeto mágico de Alexander, pero ese era el menor de nuestros problemas.

—¡No importa! ¡Es tu única oportunidad!

*Por favor, por favor, por favor, por favor. Funciona, sálvalo, por favor. Por favor, por favor. Sálvalo. Por favor. Tienes magia de Alexander, no puedes permitir que muera. Por favor.*

Imploraba que esto funcionara, pero veía como el color amarillo desaparecía para teñirse de rojo y nada pasaba. Mi pánico volvió a escalar exponencialmente. Hasta que ocurrió.

—¡¿Qué?! ¡UHG! —gimió de dolor Ezra tocando la manta.

Justo cuando quedó completamente teñida, tanto mi anillo como la manta comenzaron a brillar y esta última comenzó a ceñirse a la herida de Ezra parando por completo el sangrado. La manta ya no era una simple tela carmesí, era como si se hubiera cristalizado en la herida del ángel, quedando como puntas de cristales escarlatas.

Era una imagen dolorosa y hermosa por partes iguales.

Toda la sangre a nuestro alrededor se cristalizó y se deshizo en el aire, adhiriéndose al hombro de Ezra, reforzando la unión. El resto de mi manta amarilla también se desintegró y toda la magia que contenía se arremolinaba alrededor de mi ángel de alas negras.

—Sasha. Maestro idiota. ¿Qué es lo que hiciste? —susurró aún con lágrimas en sus ojos, sentándose de rodillas mientras miraba su hombro, conmocionado.

Podía sentir toda la magia de Alex electrizar el aire, borrando por completo el dolor que sentíamos, recargando nuestras energías y revitalizándonos. Nunca había sentido la magia de forma tan palpable como en ese momento.

Todo lo que podía pensar era que mi consorte era asombroso y poderoso, con razón los miembros del consejo le temían. Ni siquiera estaba aquí, pero ocurrió un milagro sorprendente.

La magia de mi mago brillaba para mis ojos, electrificaba mis poros, olía a frescura, incluso la escuchaba tintinear cerca de mis oídos, era como si todos mis sentidos estuvieran siendo estimulados por ella. Francamente era un espectáculo alucinante, cortó todo el hilo de mis pensamientos por completo.

Vi como los ojos de mi mejor amigo brillaban con una nueva resolución, en ellos ya no había dudas o miedos, había renovado su espíritu. Tomó mi hombro con firmeza y me miró directamente a los ojos.

—Voy a sacarnos de aquí. Se lo prometí a Sasha, te lo prometo a ti. Voy a tomar el lugar de Liam preocúpate de atraparlo —me dio una sonrisa antes de desaparecer frente a mis ojos—. Esta vez, tengo un plan. Confía en mí, Cian.

Lo siguiente que noté fue como el aire cambió, las luces pararon y Liam salió lanzado por los aires dando un gran grito de sorpresa. Ezra se había movido a una velocidad increíble tomando a todos desprevenidos, había aprovechado de tomar a Liam y arrojarlo a mi lado usando su brazo bueno y el pivote de sus alas, todo mientras mantenía su daga sostenida con sus dientes. Atrapé a Liam al vuelo quien se encontraba con algunos cortes leves y jadeando, el vampiro soltó un silbido sorprendido.

—Creí que ya habías muerto, angelito. Estaba escuchando tus latidos y estos habían parado, realmente eres muy persistente. Lamentable que seas un completo suicida.

El vampiro estaba rodeado por un metro cuadrado de sombras, estas se levantaban del suelo como si fueran alguna especie de tentáculos o látigos con vida propia. Ezra tiró una pequeña daga de plata al vampiro y fueron las mismas sombras la que la desviaron. Mi amigo ni se inmutó cuando esta quedó inutilizada en el suelo.

Las sombras lo protegían y atacaban por él, eran una extensión de él mismo. Lo peor es que se materializaban y se volvían intangibles en menos de lo que podías imaginar. Era aterrador.

—Tiene que ser una broma. ¡¿Eso fue todo?! —gritó riendo de forma maniática—. Te levantas de la muerte como un zombie solo para arrojarme una daga de juguete, por favor, esperaba algo más de diversión de tu parte antes de matarlos a todos.

Mi amigo ni siquiera se inmutó, solo lo observaba en silencio, analizando todo, sin mover un músculo, hasta que reaccionó. Tomó una larga respiración antes de hablar.

—Nah, solo estaba probando algo. Pagarás por mi brazo —se sacó la daga de entre los dientes y la tomó con su brazo—. Mi maestro me matará por no llegar intacto.

—No se ve como si lo echaras de menos —apenas pronunció esas palabras una de las sombras alcanzó el brazo de Ezra y se lo acercó al vampiro—. Parece que estás bien sin él —lo agitó burlonamente frente a sus ojos.

Ezra no cayó en aquella básica provocación, pero sí frunció más el ceño. Justo en ese momento el enfermo vampiro acercó el brazo de mi amigo a su boca y aspiró y lamió repulsivamente la sangre que se encontraba en él.

*Jodida mierda.*

*No, no. ¡No!*

Esa pura acción nos envió escalofrío a todos los presentes, nos congelamos donde estábamos. Sabía que era un vampiro, pero mierda, verlo hacer eso… me regresaron ganas de vomitar. Tuve

que tomar profundas respiraciones para tranquilizarme.

*Repulsivo, asqueroso.*

Los ojos del vampiro habían cambiado de color a un rojo brillante, frunció el rostro en un gesto de asco y lanzó el brazo de mi amigo por el tejado.

—¡¿QUÉ MIERDA ES ESA?! ¡AHG! —toda su expresión estaba desfigurada mientras sus juveniles facciones comenzaban a envejecer con rapidez.

—Oh, eso. No soy un ángel normal —explicó mi mejor amigo sonriendo confiado—. Resulta que no tengo tanta magia blanca dando vuelta por mis venas, de hecho, ya la había gastado casi toda recorriendo esta prisión y tratando de no morir hace un momento atrás.

—¡PERO ERES UN MALDITO ÁNGEL! ¡Esto es lo más asqueroso que he probado! —chilló mientras su pelo se volvía blanquecino y trataba de escupir la sangre de Ezra al suelo.

Todas las expresiones juveniles y maniacas del vampiro habían desaparecido. Su rostro estaba contraído en una mueca de cólera, con facciones mucho más maduras y severas. No se esperaba para nada este panorama.

—Sí, pues… me dieron un cóctel de muchas magias, lo que quiere decir que mi sangre debe saber casi como la de uno de los tuyos. Supongo que es la primera vez que agradezco que mi magia sea oscura.

Mientras ellos hablaban, Liam no había perdido el tiempo y ya estaba ayudando a Fausto y a Hope, quería mirar que los tres estuvieran bien,

pero solo podía ver como Liam atendía uno de los ojos de su novio, no lo podía utilizar porque tenía sangre por todos lados y no podía abrirlo. La verdad no podía apartar la vista de mi mejor amigo.

Nunca lo había visto lucir tan sublimemente imponente como ahora, parecía destilar poder y confianza. Ni siquiera cuando nos había atacado la Equidna, esa vez había actuado muy nervioso y fue golpeado muchas veces, como si no lo estuviera intentando realmente. Estaba seguro que tenía que ver con sus alas, porque esa vez no las liberó, pero ahora con sus alas negras extendidas a plenitud se veía como un ángel de la muerte, uno furioso.

Si no fuera porque conocía a mi mejor amigo, verlo frente a mí me habría hecho retroceder algunos pasos. Realmente imponía. Pero sabía lo amable que era bajo toda esa capa de fuerza y letalidad.

—Sabes… mi maestro me dijo que mi sangre era veneno para los vampiros —confesó con una sádica sonrisa en el rostro.

*¿Realmente sería así? ¿No era al revés?*

—Mientes… —escupió el vampiro enojado, comenzando a perder el control.

—No, no lo hago. Por eso estás envejeciendo, morirás en pocos minutos —señaló acercándose de a poco, aun siendo cauteloso y manteniendo su postura de defensa.

—No es nada, solo tengo que conseguir a otro ángel y estaré bien.

—Claro, pero ese es un pequeño gran problema, porque resulta que no hay otro. Porque si te refieres al pelirrojo de atrás, ahora él está lleno de magia índigo —jactó apuntando a Hope—. Ya no es de tu propiedad.

Eso lo tomó por sorpresa, su sonrisa desapareció de inmediato y quedó sin habla por un segundo. Al parecer no se había percatado de eso y lo peor es que realmente no tenía otro ángel a la redonda, ya había matado a todos los que tenía prisioneros.

—No importa los mataré a todos y buscaré de quien alimentarme luego —respondió confiado.

—¡OH! También puedes tomarte esto —comentó Ezra mostrando un frasco con un líquido blanco. Mantenía su daga empuñada con tres dedos, mientras que el pulgar y el índice sostenían el pequeño frasco—. Magia blanca líquida, capaz de hacer crecer una semilla en un jodido bosque en cuestión de segundos.

*¿De dónde habrá sacado eso?*

El frasco llamó la atención del vampiro. Este dejó de mirarnos a nosotros y centró toda su atención en mi mejor amigo. Se relamió los labios mirando el frasco que tenía en la mano. Ezra solo cambió su postura, bajó su centro de gravedad y, con una sonrisa, destapó el frasco con sus dientes. Lo siguiente pasó en fracciones de segundo.

Él tiró el frasco al aire, haciendo que el vampiro se impulsará a salvar su contenido de forma desesperada.

—¡NOO!

Mi amigo nunca dejó de mirar al vampiro y, mientras él se descuidó, se abrió paso entre sus sombras con una agilidad asombrosa, ligero, flexible y letal. Todo con una sonrisa y ojos fieros. Cuando ya estaba muy cerca una de las sombras lo alcanzó y sé enterró en su abdomen, eso me cortó la respiración.

*No, por favor, Ezra…*

Estaba a punto de impulsarme a ayudarlo cuando vi a mi amigo sonreír.

Ni siquiera miró su herida, dejó la daga en su boca y tomó la sombra que lo había atravesado, tiró de ella hacia él usando sus alas para impulsar más el movimiento, todo el cuerpo del vampiro fue atraído hacia el ángel. Sacó su daga de la boca y la enterró en su pecho.

Se había sacrificado a sí mismo para llegar hasta el vampiro. Su única oportunidad era que las sombras se materializaran con el fin de dañarlo. Se usó a sí mismo como cebo.

*Maldición.*

*Ezra.*

—Ángel estúpido, no puedo creerlo —susurró con asombro el vampiro que poco a poco se iba haciendo polvo, pero no borraba su sonrisa—. Nunca esperé que usaras un truco tan suicida como este.

Esta vez ni siquiera parecía estar molesto, seguía sonriendo como si el ganador realmente fuera él. Eso me tenía con los nervios de punta, por qué no estaba colérico, por qué seguía tan arrogante cuando estaba muriendo.

—Era mi única opción.

—Vencido por un ángel de sangre asquerosa, quién lo diría —comentó sarcásticamente—. De todas formas, ya debe ser muy tarde.

*¿Muy tarde? De qué está hablando.*

—¿A qué te refieres?

—Oh… ¿no lo habían notado? Esta isla tiene un encantamiento en cadena, el tiempo es normal, pero si quieres irte de aquí, debes pagar un día de tu vida. Ese mago del que tanto hablan estará casándose cuando se vayan de aquí. Nunca lo lograrán. Se demoraron mucho, chicos.

Esas fueron sus últimas palabras antes de deshacerse por completo. Todos nos miramos en shock por un segundo, pero al siguiente Liam y yo corrimos a socorrer a Ezra que tenía un gran agujero en su abdomen y múltiples cortadas por todos lados.

—Dime que tienes más de esa botella con líquido blanco —inquirí angustiado cuando por fin llegué a su lado.

—Dime que con un día menos alcanzamos a llegar antes de la boda —Ezra miró preocupado a Liam.

—¿Cuándo vinieron a rescatarme, cuantos días quedaban para la boda?

—Mierda. Joder. Uno, uno completo con seis horas —masculló entre dientes tratando de levantarse, ignorando sus heridas.

—¡Ezra! ¡Siéntate! —ordenó Liam—. ¡Ángel tonto, tonto, tonto… descuidado! ¡Tú!

El mago tenía cortadas en su rostro que estaban cerrando, pero las ignoraba por completo, lo más imponente era su ceño fruncido y que corrían múltiples lágrimas por su rostro, sin control.

*Culpa.*

Liam estaba rodeado de culpa.

*Responsabilidad.*

Se sentía responsable de esto. No lo era. Había un culpable, pero gracias a Ezra se encontraba muerto. Liam era nuestra mejor opción para que todos saliéramos de esta. No importaba cómo, debíamos volver todos. El mago blanco debía poder lograrlo.

—Ezra esa poción ¿Tienes más? —me apretaba el pecho.

—Oh, eso. Eso es solo agua con azúcar, Cian. Sasha me dijo que siempre la llevara encima para engañar a los adversarios —confesó con una sonrisa rota—. Pero eso no importa, debemos

correr ¡El Maestro…!

—¡Basta! —gritó llamando su atención—. ¡Te has visto! ¡Tú! ¡Si Sasha te ve, él va a… él va a…! ¡Mierda! —Liam no podía formular oraciones entre su llanto ahogado.

Ezra solo miraba con una sonrisa a Liam, mientras este entre lágrimas comenzó a curar sus heridas concentrando magia en sus manos, de estas salieron pequeños hilos de color blanco algo traslúcidos, comenzaron a sanar y cerrar las heridas más graves de mi mejor amigo. Era como si los hilos comenzaran a tejer y unir a Ezra de apoco, era una magia increíble.

Miré para atrás y vi a Fausto con un parche en el ojo, escribiendo runas a toda velocidad en el suelo con su propia sangre mientras que Hope lo ayudaba a sostenerse cuando se tambaleaba. Ambos estaban bañados de sudor, pero se veían bien, enteros por lo menos.

—¡¿En qué estabas pensando?! —regañó Liam sin dejar de trabajar en cerrar la herida de su abdomen—. ¡Eso fue tan peligroso, sigues vivo de milagro! ¡Maldito, idiota temerario!

—Lo sé, lo siento, lo siento —aceptó cabizbajo—. Es la única idea que se me ocurrió.

—¿Qué te apuñalara? —encaró con lágrimas en los ojos.

—Sí, de esa forma sí o sí, estaría en forma material, era mi forma de atraparlo con mi cuerpo.

Claro, porque de otro modo las sombras no tendrían consistencia física y nunca hubiera podido llegar a estar lo suficientemente cerca para asestar un golpe. Era un buen plan, solo realmente horrible de ejecutar.

—Mierda, Ezra. Tu brazo… —el mago en un par de segundos ya había reconstruido gran parte de las heridas de mi amigo, pero este parecía cada vez más cerca de perder la conciencia—. Cómo tu médico estoy completamente enojado contigo. Si salimos de esta voy a llenarte de medicina de mal sabor.

—Liam… —llamé inseguro.

—Ahora no, Cian —respondió sin mirarme, aún enfocado en la herida del abdomen del ángel.

—Liam —insistí—. ¿Los ángeles pueden recibir transfusiones de sangre?

Liam me miró y se dio cuenta de lo que quería decir, porque comenzó a golpear el rostro de mi mejor amigo con una de sus manos, tratando de que mantuviera el conocimiento y no se durmiera. Al parecer ya había bajado la adrenalina del momento y ahora la anemia estaba haciendo su trabajo.

—No te atrevas a perder el conocimiento, Ezra —amenazó golpeando aún su rostro—. Lucian busca un frasco con un líquido rojo de mi bolsillo —pidió aún con una de sus manos cerrando las heridas de Ezra.

Hice lo que me pidió, revisé el contenido del bolso médico que llevaba consigo, no tardé en encontrar lo que me encomendó porque el frasco destacaba bastante, era el único rojo y llevaba una etiqueta de «Precaución».

—¡Lo tengo! —grité mostrándoselo.

—Bien. Haz que lo beba —indicó sonriendo.

Él se encontraba con una mano aún con hilos blancos y la otra sostenía la ropa de Ezra evitando que se fuera de bruces al suelo. Liam se veía bastante agotado, seguía teniendo lágrimas en los ojos, heridas, sangre seca y sudor en la frente por el esfuerzo físico que realizaba.

Destapé el frasco con los dientes y lo acerqué a su boca, con mi otra mano lo forcé a abrirla y vertí el contenido sin perder el tiempo.

—Lo siento por esto, pero no me dejaste otra opción —susurró Liam.

Justo cuando mencionó esas palabras el cuerpo volvió a la vida de manera violenta. Abrió sus ojos de par en par, pero no decía ni una sola palabra, ni siquiera podía moverse, pero estaba muy consciente. El color regresó a su rostro, pero no podía hacer ni una sola expresión.

—¿Qué le diste? —cuestioné intranquilo.

—Oh, yo no fui el que se lo dio, fuiste tú —señaló con suavidad—. Pero para tu tranquilidad era un shock de energía. Usualmente solo se administra una sola gota, todo el contenido causó un corto circuito. Así que tendrá la conciencia despierta, pero el cuerpo paralizado.

Mi mejor amigo estaba lleno de heridas, pero gracias a Liam todas estaban cerradas. La más grande ya no sangraba y se encontraba con unos puntos forjados de magia. Fue el mismo Liam quien tomó en sus brazos a Ezra al momento en que sus alas desaparecieron después de beber la poción.

Miré hacia Fausto que se encontraba de pie frente a un portal similar al que nos había llevado al consejo, no cojeaba, pero parecía no tener fuerza, ya que estaba apoyando su peso en Hope.

—¿Listo para volver? —preguntó Fausto con una pequeña sonrisa—. El idiota de tu mago te espera.

—No hay nada que desee más —suspiré mirando a todos a mi lado—. Gracias por rescatarme, estoy en una eterna deuda con cada uno de ustedes, no sé cómo la saldaré, pero prometo que…

—No tenemos tiempo para eso. Vamos —cortó Liam entrando con Ezra al portal.

—No tienes que agradecer. Tú también ayudaste. Creo que todos pusimos de nuestra parte. Gran trabajo, Lucian —Fausto acarició mi cabeza—. Vamos, aún tienes que seguir luchando, esto no se ha acabado para ti.

Asentí y traté de formar una sonrisa. Tomé la mano de Hope para entrar al portal cuando escuché la voz de Fausto.

—Tu propia lucha está a punto de comenzar.

*Cian, mitad ángel drenado física y mentalmente de A. Leblanc.*

# *27*
## *Daños colaterales*

—Finalmente despiertas, mago durmiente.

—¿Dean?

—Sí, yo, mago tonto.

—Por todas las runas —murmuré cuando me intenté sentar en la cama—. Siento como si me hubiera caído de un hipogrifo, o un dragón me hubiera pegado con su cola, o me hubiera caído de miles de metros. Joder… mi cuerpo me está matando.

No mentía, el dolor estaba punzando en cada uno de mis músculos, mis tendones y articulaciones. Estaba seguro que era simple agotamiento muscular. Además, me sentía mareado, no había olvidado lo ocurrido con anterioridad, pero se sentía como un recuerdo más difuso que vívido.

—Tómate esto —me dio un pequeño trozo de ambrosía, el cual me comí sin chistar sintiéndome un poco mejor. Era igual que comer un durazno en conserva, solo que este era seco.

—¿Cuánto dormí? —pregunté apretando el puente de mi nariz.

Sentía mis ojos hinchados e irritados por todo lo que había llorado. Me sentía muy cansado, pero no estaba teniendo una jaqueca, ni un ataque de pánico, lo que era bueno. Mis emociones estaban controladas. Necesitaba que se mantuvieran de ese modo, así que traté de empujar todo lo que me causaba dolor al fondo de mi mente.

—Muy poco, solo un par de horas —señaló mirando su reloj de muñeca—. Me gustaría que descansaras un poco más, pero tenemos que asistir a tu estúpido matrimonio.

*Matrimonio.*

*Cierto, era un día importante.*

Al escuchar eso de mala gana me levanté y me vestí formalmente para la ocasión, si pensaba más en esto saldría huyendo, llevándome a Dean conmigo, pero no podía hacer eso, porque si existía la posibilidad de salvar a Lucian ellos volverían aquí y, si no es Apolo, alguien más podría atentar algo en contra él. No podía huir, tenía que enfrentar todo hoy mismo, por el bien de todos.

Dean ya estaba listo, vestía un traje formal negro junto con una camisa del mismo color, parecía que iba a un funeral más que un matrimonio, pero tenía una real queja. A simple vista podía notar que llevaba listo desde hace horas, incluso en la lejanía podía ver unas enormes ojeras producto de no haber dormido nada. Sabía que era mi culpa, se quedó cuidando mi sueño.

Gracias a la magia no me demoré nada en estar vestido con mi terno ni en tener el cabello perfectamente peinado, una parte hacia atrás y la otra caía grácilmente por mi frente, puse las manos sobre mis ojos y dejé que magia de hielo enfriara un poco mis parpados para deshincharlos, al poco tiempo funcionó. Lamentablemente ni con toda la magia del mundo podía quitarme el malestar que estaba sintiendo por hacer esto.

Se sentía tan mal, tan incorrecto y tan frustrante, dolía demasiado emocionalmente. Me esforzaba cada segundo por tragarme todo eso y seguir con el plan. Especialmente hoy no podía dejar que mis emociones me dominaran.

Lo peor es que sabía que esta ceremonia era un jodido espectáculo. Odiaba las bodas públicas de los magos porque se realizaban en anfiteatros, con palcos, todo muy al estilo clásico. Toda la comunidad mágica estaba invitada, era realmente horrible para alguien que odia ser el centro de atención como yo.

Cuando ya estaba listo para salir la puerta se abrió de golpe dejando entrar a la persona que menos quería ver en el mundo. Campante, vestido para la ocasión, pelo completamente peinado hacia atrás, con un terno negro y corbata amarilla. Un descarado de primera.

*Tiene que ser una maldita broma.*

—¡TÚ, HIJO DE…! —Dean estaba furioso.

Antes de que se lanzara suicidamente hacia Apolo, levanté un brazo y evité que avanzara. Una sola mirada bastó para que se mordiera los labios y se pusiera detrás de mí. No era momento de enfrentarlo, no antes de la ceremonia.

—Lo tienes perfectamente amaestrado —felicitó con arrogancia—. ¿Qué es? ¿Un gatito? De haber sabido que realmente ibas más por los hombres, te habría ofrecido a uno de mis hijos donceles.

Él se pavoneaba por mi habitación como si fuera su propia casa, parloteando con toda la intención de que cayera en su juego. De vez en cuando daba un sorbo a su copa de champagne. Me enfermaba que ya se encontrara celebrando. Lo odiaba, lo despreciaba, pero tuve que tragarme toda mi ira, porque pondría en peligro a Dean.

—Es increíble lo rápido que reemplazaste a la otra criatura por este nuevo gatito. ¿Este te complace más que el anterior? —inquirió con una sonrisa burlesca, tenía toda la intención de provocarme.

Un chasquido de mi lengua fue suficiente y todo el lugar se había cristalizado bajo nuestros pies. Mis ojos estaban fijos en Apolo y estaba seguro que podía ver claramente mi intención de matarlo en ellos. Mi rabia estaba por las nubes. No necesitaba más motivos para destruirlo, ya me había dado más que suficientes.

Él, por su parte, simplemente silbó con diversión, despegándose del suelo, para luego tomar asiento en una de las sillas que se encontraban en la habitación.

—Tranquilo *Golden*, vengo sin malas intenciones —sopló la escarcha de sus dedos—. Es más, trato de limar asperezas. Solo quiero hablar contigo.

*Como si eso fuera posible.*

—No hay nada de qué hablar, agradecería que te fueras de este lugar antes de que haga algo que quiero hacer desde hace mucho tiempo —pedí con mi mejor expresión de póker.

—Sí, me lo imagino claramente —comentó sin una real preocupación mirando sus uñas—. De verdad no me iré de aquí hasta que tengamos una pequeña charla. Así que por favor toma asiento, será rápido, lo prometo —indicó, mirándome con una sonrisa, mientras palmeaba la silla frente a la suya.

La miré y no pude contener mis ganas de rodar los ojos. No quería seguirle el juego, pero estaba seguro que esta era la única forma de hacer que se largara de aquí.

*¿Realmente haremos este estúpido acto de cinismo?*

Al ver como él me sonreía y agitaba su cabeza con intenciones de animarme a sentarme tuve que usar toda mi fuerza de voluntad para hacerlo de mala gana.

—¡Bien! ¿Fue muy difícil? —celebró aplaudiendo.

—Corta el juego ahora, no estoy de humor.

—Calma. Solo vine a hablar con mi futuro yerno. No quiero que haya rencores entre la familia, ya sabes, la eternidad puede ser muy larga.

*No puede estar hablando en serio, maldito psicópata.*

Mi cuerda de paciencia se rompió, ni siquiera fue la gota que rebalsó el vaso, esta gota lo rompió por completo.

—¿Esto es una maldita broma? ¡Robaste a mi consorte! ¡Secuestraste al amor de mi vida y lo pusiste en manos de un vampiro loco, solo para hacer que me casara con tu hija! ¡ERES UN ENFERMO DEMENTE! ¿Cómo puedes venir acá para «limar asperezas»? Maldito psicópata.

Con cada frase que daba algo de la habitación explotaba, cada bombilla de luz, un espejo y, finalmente, la copa de Apolo. Pero él no se inmutó, simplemente sacó un pañuelo de su bolsillo y se secó la mano.

—Realmente no puedo negar todas esas cosas, pero tienes que ampliar tu perspectiva. ¿Robé a tu consorte? Técnicamente no fui yo —respondió levantando sus manos en señal de inocencia—. ¿Ponerlo en manos de un vampiro loco? —hizo una mueca pensativa—. Recuerdo muy bien que fuiste tú el que dijo frente a todo el consejo que «la locura es relativa», y no lo hice para que te casaras con mi hija. Es más bien para que procrearas con una de ellas. ¡Puedo arreglarlo para que te cases con uno de mis hijos donceles, como tienen magia blanca, también son fértiles! Por lo menos eso me aseguró Afrodita —estaba sonriente y calmado.

*¿Realmente le importan tan poco sus hijos?*

—Estás realmente enfermo —estaba completamente asqueado.

—No, no lo estoy —negó divertido—. Resulta *Golden*, que soy un visionario. Uno de esos genios incomprendidos —explicó con arrogancia—. No lo hago por mí, lo hago por toda la comunidad mágica.

—¡¿Tú?! ¿Visionario? —realmente era un descarado—. No puedes ver más allá de las suelas de tus zapatos.

—Oh, claro que puedo. Llevo años haciéndolo. De hecho, parece como si fuera el único que se da cuenta de ello —señaló echando todo su cuerpo hacia delante para enfatizar sus palabras—. La comunidad mágica está muriendo.

—¿La magia está muriendo? ¿Esa es tu mejor justificación? —me sentía indignado.

—La magia no es un recurso inagotable *Golden*, al contrario, cada vez hay menos magos…

—Claro que no, la natalidad está bien.

—No está nada bien —remarcó cada una de las palabras con exasperación—. A los magos les ha dado por tener amoríos con humanos, gracias a esto los nuevos magos que nacen de esas uniones son bastante lamentables. No aportan al desarrollo de la magia, al contrario, la consumen. Al igual que los ángeles, qué criaturas más lamentables, solo consumen magia, ¡¿Para qué?! Para proteger a los humanos —señaló con sus ojos muy abiertos y su mano en la frente, como si estuviera diciendo la mayor locura del mundo.

—Los ángeles son creaciones de tus hijos.

—Lo sé, no estoy orgulloso de ello —confesó con desdén—. Lamentable. Gastar magia para

proteger a esa tal «humanidad», un real desperdicio.

—¿Un desperdicio proteger y salvar a la gente? —tragué las ganas de aplastar su cabeza contra la mesa—. ¡¿Cómo puedes decir algo tan egoísta?!

—Ellos no quieren ser salvados. ¡No lo ves! —gritó colérico, para luego abrir mucho los ojos —. Se roban los unos a los otros, se insultan los unos a los otros, se matan los unos a los otros, con una sobrepoblación que consume todo lo que está a su paso, devoran comida, animales y recursos naturales. ¡Por ellos la magia se está agotando! ¡No se respetan a ellos mismos, menos respetan donde habitan! ¡Destruyen todo! ¡Solo les importa su propia codicia y avaricia! ¡Ellos no merecen a los ángeles!

—¡Pero tú no eres quien decide eso!

—¡Claro que lo soy! Los ángeles no deberían existir, le dije al vampiro que viviría más consumiendo sangre de ángeles y se lo creyó. Todo el mundo sabe que eso es solo un mito, solo lo revitalizará momentáneamente, pero el efecto se pasará y tendrá que seguir consumiendo más y más ángeles para prolongarlo, tendrá que succionar la sangre de cada uno de ellos —señaló sin ningún escrúpulo—. Sin los ángeles los humanos vivirán menos y problema resuelto.

—Maldito enfermo —susurré sintiendo como mi estómago se apretaba al comprender todo—. Todos esos ángeles fueron…

—Un pequeño sacrificio.

*Cómo era posible que hablara del asesinato de miles de ángeles como un pequeño sacrificio. Realmente no tiene corazón. Solo le importa su ambición.*

—¿Y para que mierda me quieres a mí? ¿Cuál es tu maldita obsesión conmigo? Puedes tener a cualquier otro mago de rango alto, y hacer que tenga hijos con tus hijas para tener más descendencia que salve el mundo mágico.

—Claro, pero no serviría —negó haciendo una pequeña mueca, mostrando sus dientes y achicando su ojo—. Estoy seguro que lo sabes, tú eres mucho más poderoso que tu madre. Tu madre antes de que tú nacieras era muy respetada, solo ella podía ocupar tantos tipos de magia diferente. Era muy inusual. Pero podía hacerlo cumpliendo una condicionante: los deseos. Podía cumplir cualquier deseo si podía oír la petición y estar en contacto con la persona. Sí me lo preguntas algo muy inconveniente.

*No, no lo pregunté. Mierda, no puedo creer que lo descubriera.*

—Tu madre no era tomada como una gran amenaza frente a otros magos clase X. Hasta que naciste tú —comentó con excitación apuntando ambos dedos índices hacia mí—. Un mago prodigio nacido de Iris y un mago blanco de clase SS. Un mago que podía ocupar su magia sin necesidad de un condicionante. Uno que no necesita escuchar todo el ritual que usa su madre para poder liberar su magia. Uno que puede usarla a voluntad, pero puede controlarla mucho mejor a través de esa cadena.

*Mierda.*

*¿Cómo? ¿Cómo descubrió eso? Es un secreto para todos los que no son de mi familia.*

—Es por eso que pensé qué podría ser lo especial en ti. Qué es aquello que es diferente con tu madre. ¡Y bingo! —chasqueó los dedos con una sonrisa gigantesca—. La magia blanca. Tú sangre contiene magia blanca, por lo que potencia todas las otras clases de magias que puedes usar. En ese momento me di cuenta de la solución a todos los problemas del mundo mágico... tú —comentó con dramatismo mientras se paraba de la silla—. Bien, no tú, claramente —puso una

mueca de disgusto—. Tu descendencia, mientras más mezclas tu magia con la magia blanca, menos limitantes tendrían y podrán ser contenedores de mucho poder.

*Mierda. Por todas las runas.*

*Él realmente va en serio.*

Sus ojos tenían un peligroso brillo de ambición, codicia y deseo mientras contaba toda su teoría. Su actitud completamente fría me repugnaba por completo. Está tan completamente obsesionado y desquiciado con su idea de «salvar a la magia», que no ve todo el precio que conllevaba, no… peor, lo ve, pero no le importaba para nada, lo considera un mal necesario.

—Esto lograría que la magia no fuera disminuyendo, por el contrario, la magia se multiplicaría —explicó con énfasis—. Sería el renacer de un nuevo tipo de magia.

—Tienes que estar bromeando, para esto no se necesitaría una sola persona.

*¡Reacciona, imbécil!*

—Sí, es un poco inconveniente, si ya hubieras empezado con la fábrica de bebés la historia sería diferente, pero eres tan testarudo y egoísta —se arregló el cabello con fastidio.

—Tu plan es una mierda, un niño no salvará toda la magia del mundo —repetí tratando de hacerlo entrar en razón.

Pero mis palabras no parecieron desmotivarlo, al contrario, hicieron su sonrisa el doble de grande, se volvió siniestra.

—No, claro que no, estamos hablando de unos veinte o más, y que ellos también tengan hijos. No te preocupes, sé lo que es tener muchos hijos —agregó restándole importancia—. No es tan terrible como te imaginas, sí, muchos de ellos son un fastidio, pero hay un par que son bastante curiosos.

No puedo creer que esté hablando esto con tanta naturalidad, como si la vida de ellos no fuera la gran cosa, como si la vida de nadie fuera gran cosa. Él había impulsado que mataran a los ángeles, eso quiere decir que…

—Tus hijos, tus hijos murieron. Muchos magos blancos murieron por tu culpa —señalé encarándolo.

Ese fue el primer momento en toda la conversación que sentí como sus nervios se crisparon y su mirada se volvió letal, luego se suavizó tratando de mostrar indiferencia frente al tema.

—No se suponía que fuera así. Ellos no deberían haberse involucrado —murmuró entre dientes con molestia.

—Creo que ellos no creían lo mismo que tú respecto a sus ángeles. Los trataron de proteger, y murieron por ellos.

Pensé que este punto lo haría entrar en razón, pero me volví a equivocar. Este era un bastardo sin corazón.

—Sí, lo sé. Para que veas que no soy egoísta, sacrifiqué algunos de mis propios hijos por el bien del mundo mágico. ¿Tú? ¿Solo un poco de felicidad? ¿Realmente la vida de un solo humano mitad ángel vale más que la de toda la comunidad mágica? —extendió sus brazos para darle más peso a sus palabras—. ¿Vale más que la magia misma?

*¿Cian lo vale?*

Si tuviera que renunciar a toda mi magia y ser un simple humano, que tiene una esperanza de vida ínfima por el desgaste de su cuerpo y su mente, el cual es muy frágil y se enferma por muchas cosas y existen millones de maneras de provocarle la muerte… ¿lo haría? Sí. Por

supuesto, lo haría sin pensar si eso me permitiría estar a su lado y envejecer juntos.

Nada me hubiera hecho más feliz de tener esa opción, ser un simple chico normal, que trabajara y estudiara a su lado, crecer y envejecer. Vivir cada una de nuestras etapas juntos.

Era el más hermoso de los pensamientos. Hubiera sido tan divertido, ser su compañero de juegos, verlo en clases, tener chistes internos, hacer tareas, estudiar para exámenes, pasar fiestas y celebraciones, enamorarnos, experimentar las primeras veces, pedirle permiso a Habuh para salir con él, ir a citas, ir a eventos importantes, viajar, vivir juntos, despertar y comer comidas a su lado, ver su sonrisa a diario. Todo era gloria pura.

No tuve que responder, él vio la respuesta de mis ojos y se mostró sorprendido. No se esperaba que fuera capaz de renunciar a todo por una persona. Cambiar el futuro del mundo mágico por una vida.

—Vaya, tú realmente eres egoísta —comentó incrédulo y con sorna—. Bien, *Golden*… nos vemos en unos minutos más, espero de corazón que me des muchos nietos.

—Tú no tienes corazón —mascullé furioso.

—No, no lo tengo. Pero si lo tuviera estaría muy complacido si me dieras muchos nietos —concedió sonriente, saliendo de la habitación.

*Bastardo enfermo.*

Estaba tan mentalmente agotado. ¿Realmente le importa el futuro de la magia o era su propio egoísmo hablando? ¿Por qué todos querían hacer las cosas a su manera?

—Él miente, no le hagas caso —Dean arrojó con toda su fuerza la silla donde había estado sentado Apolo contra la puerta—. No pienses en lo que él dijo, solo está jugando con tu mente. Quiere librarse de toda culpa y hacerte creer que es tuya, cuando no lo es. Por supuesto que el futuro de la magia no recae en los hombros de una sola persona, solo te está manipulando. Es un enfermo narcisista que piensa que lo que cree es la verdad absoluta y todo el resto está mal.

Hace mucho tiempo no veía a Dean tan cabreado, con sus cejas juntas, sus ojos en llamas, y todo su cuerpo tenso. Me encontraba en un estado bastante similar, pero no podía permitirme un ataque de ira. Me acerqué y cubrí sus ojos con la palma de mi mano.

—¡¿Q-qué haces, idiota?!

—Te quito una migraña, cálmate —indiqué sin más.

—No te atrevas a borrarme la memoria —amenazó casi escupiendo las palabras.

*Idiota.*

—No lo haré —negué con una pequeña sonrisa de diversión en el rostro ante sus dichos.

—Ni a ponerme a dormir, porque te juro que despertaré y patearé tu…

—No, no lo haré, aunque fuera lo correcto, no creo que pueda confiar en mí mismo para llegar hasta el jodido altar por mi cuenta, te necesito conmigo —declaré recuperando mi ánimo al escuchar las amenazas de Dean.

Me encantaba la personalidad de Dean, era tan suspicaz y directo, realmente divertido.

—Oh… —no dijo nada más y comenzó a relajarse hasta que retiré mi mano.

Aún tenía su ceño fruncido y todas sus muecas de enojo, pero tenía un tenue sonrojo en las mejillas, casi como si estuviera avergonzado por sospechar de mis acciones. No lo juzgaba, era lo que debía hacer de acuerdo a mi historial.

La persona que quisiera llevarse el corazón de este hombre tendría que ser el mejor sujeto del universo, de otra forma no sería merecedor de alguien tan increíble y adorable como él.

Realmente el mejor humano que había conocido.

—No hiciste nada —exclamó tomando una pequeña distancia.

—Sí, sí lo hice.

—No sentí magia.

—Normalmente los humanos normales no la sienten —expliqué con calma, arreglando mi corbata.

—Qué bueno que yo no sea un puto humano normal, mago idiota —exclamó molesto, tomándome por sorpresa—. ¿Qué le hiciste a mi cerebro?

*Maldito astuto.*

*¿Nunca me vas a dejar ganar?*

—Implanté un pequeño recuerdo —confesé con un suspiro cansado—, es por seguridad.

—¿Por qué mierda instalarías algo por seguridad? ¡Nada va a salir mal! ¡Te juro que si te estás rindiendo ahora voy a…!

No lo dejé continuar porque palmeé la cabeza de Dean con cariño. Sabía que le molestaba enormemente que lo tratara como un niño, pero tendría que aguantar esto. Ahora era yo quien lo había tomado por sorpresa.

—Estarás bien. Tú hermano estará bien. Tu padre estará bien —declaré con solemnidad mirando como los ojos de gato de Dean comenzaban a aguarse sin poder evitarlo—. De ser posible espero que nunca puedas acceder a ese recuerdo, es algo vergonzoso.

Con mis últimas palabras intentaba hacerlo reír, o desviar su atención a ese recuerdo, pero no lo logré, él dejó caer su cabeza en mi hombro para que no lo viera llorar. *Lamento que tengas que vivir todo este lío, Dean*. Traté de tranquilizarlo dando pequeñas caricias en su cabeza, dejando que se desahogara por ambos.

—No quiero que te cases —confesó entre lágrimas.

—Lo sé.

—La única persona con la que permitía que te casaras es con mi hermano. Todos los otros están prohibidos para ti.

*Ay, Dean, mi corazón se quebrará en más pedazos si me dices cosas así.*

—Desearía que fuera tu hermano.

—Quiero que las cosas sean como antes. ¿No puedo desearlo? —podía notar claramente la esperanza en su voz—. ¿Cumplirías mi deseo?

—No, no puedo cumplirlo esta vez. Lo lamento, Dean, no soy tan fuerte.

*Lamento tanto todo.*

—¿Qué tiene que pasar para que se active el recuerdo?

Ante su pregunta sonreí con nostalgia. Realmente esperaba que nunca se activara.

—Tú sabes lo que tiene que pasar.

Los ojos de Dean me miraron llenos de dolor, parpadeó y cayeron más lágrimas, pero poco a poco se fue calmando. Supe enseguida que había entendido la indirecta, así que satisfecho me separé de su lado, golpeé mi rostro con las dos manos para darme ánimo y le ofrecí mi brazo.

—¿Qué mierda quieres? ¿Qué lo tome? —inquirió completamente indignado.

—Sí, se supone que me tienes que entregar —respondí como si fuera normal.

—No. No lo haré —negó con su cabeza para luego bajarla y retroceder unos pasos, casi como

si lo hubiera herido físicamente con mi petición.

—Dean… —llamé tratando de acercarme.

—No, joder no. Dean nada. No puedo hacer eso —exclamó mirándome con sus ojos llenos de dolor—. No me pidas esta mierda, Alexander.

—Pero eres mí…

—¡NO! ¡No! ¡Tú sabes mis sentimientos, no los pisotees!

Tenía razón. No podía pedirle algo como esto, no se merece ser parte de toda esta humillación pública. Aunque realmente quisiera tenerlo en un evento importante, no podía forzarlo. Dejé caer mi brazo en señal de derrota.

—De acuerdo. ¿Qué harás? Puedes quedarte aquí si es mucho para ti.

Creí que tomaría esa opción, pero negó con su cabeza y me miró con ojos decididos.

—Iré, pero no te entregaré. No te dejaré solo, pero me niego a entregarte a alguien más que no sea a quien realmente amas. Sabes, me había preparado mentalmente para verte casar con él. Nunca imaginé la posibilidad de que tu vida estuviera ligada a otro que no fuera él, nunca fue una posibilidad. Bien, quizás en mis sueños más locos, creí que quizás podía ser yo la siguiente persona en la lista, pero ahora resulta que no es así. Esto es muy frustrante. ¿Dónde quedó todo tu supuesto amor por mi hermano?

*Gracias, Dean. Por pisotear mi corazón.*

—No se ha ido a ninguna parte. Te confesaré algo, Dean, por muchos años, traté de olvidar lo que tu hermano me hacía sentir, traté de alejarme, traté pensar que solo lo quería como un hijo, o un hermano menor, o un amigo, pero no fue así. Si quería la figura de un hermano, tenía a Liam; si quería un amigo, tenía a Habuh; si quería a ambos, te tenía a ti, sobre todo cuando creciste. Me cuestioné mucho donde encajaba Cian en todo esto, si ambos estábamos forzando las cosas o si estábamos idealizando sentimientos equivocados. Tuve muchas, muchas dudas.

» Negué mis sentimientos por él, una y cien veces, forcé a mi corazón a callar sus latidos cuando él estaba cerca, me forcé a no sonreír, o no emocionarme estando a su lado. Pero todas las veces fallé miserablemente. Hay cosas que no puedes explicar o controlar, simplemente pasan. ¿Acaso tú pudiste controlar lo que sientes por mí?

—No… yo no…

—Yo tampoco. Había días en los que lo único en que pensaba era tu hermano, si estaba bien, si había dado su comida a los pobres de nuevo, si había defendido a otro de sus compañeros, si Ezra lo había hecho perderse otra vez, si había tenido una pesadilla de nuevo, cuál sería su tipo de galleta favorita, si prefiere la playa o los lagos, cuál es la canción que lo hace llorar de emoción y cuál es su preferida para bailar. ¿Le gustarán las casas rústicas o modernas? ¿Rojo o azul? Etcétera. Tenía miles de preguntas sobre tu hermano, preguntas que nunca formulé, pero Cian se encargó de responderme. Me olvidó más de cien veces, pero nunca me hizo sentir como un desconocido, o alguien extraño, ajeno a su vida, ni una sola vez me alejó. Todas las veces que nos vimos se encargó de invitarme a ser parte de su vida, parte de su familia, parte de sus gustos, parte de sus pensamientos e ideales, parte de sus sueños y alegrías. Tu hermano me lee como un libro abierto, al principio me dio mucho miedo sentirme tan vulnerable, luego... luego me sentí comprendido y contenido.

» Sé que me quieren, sé que tengo amigos en los cuales apoyarme. Se me suele olvidar con frecuencia. No soy perfecto, Dean. Soy débil, soy un cobarde que siempre preferirá huir que

enfrentar sus problemas, lo único que hago medianamente bien es cuidar de aquellos que me importan, pero eso no es suficiente. Si quisiera escapar, sé perfectamente bien que todos ustedes respaldarían mi decisión, y nunca me juzgarían por ella. Pero tú y yo sabemos que tu hermano no huye del peligro, se enfrenta a él, aun cuando sea la peor de las ideas, él no dudará, es valiente. Si decido escapar, tu hermano me encontrará, estoy completamente seguro de eso, y no importará lo mucho que me quiera hundir en mi miseria, él hará que parezca un problema de niños. Tuve miedo de tu hermano por años, Dean. Tuve miedo por lo vivo que me hacía sentir, pero ya me cansé de tener miedo. Me cansé de obligarme a no soñar o no fantasear. Me cansé. Esta vez le haré frente al problema de raíz.

Suspiré, traté de tragarme todas mis inseguridades y tener la valentía de continuar con todo esto. Sentí mi pecho ligeramente más liviano al poder sacarme todo eso de encima, pero me sentía al borde del colapso. Me pasé una mano por el pelo y lo miré, rogándole que confiara en mí una vez más.

—De acuerdo, vamos.

—Perfecto, estamos justo en la hora —respondí zanjando el tema de mis sentimientos, tratando de guardarlos en el fondo de mi cabeza.

Abrí la puerta para salir rumbo a mi horrible destino, pero me detuve porque afuera de esta se encontraba alguien que no había visto en muchos años, pero no había cambiado ni un poco. Alto, cabello marrón oscuro, brillantes ojos azules, con rasgos faciales más marcados que los míos, había un pequeño brillo de diversión en sus ojos, lo único diferente era una corta barba que llevaba, eso le daba un aspecto mayor. No esperaba verlo, no en estas condiciones.

—Padre… —murmuré sorprendido dándole un abrazo espontáneamente.

—Hola, Sasha —saludó sonriente.

—Por todas las runas, no se suponía que estuvieras aquí —exclamé separándome de mi progenitor.

—Tu mamá me odiaría un siglo entero si no estoy en la boda de nuestro bebé —comentó con suavidad, para luego cambiar su mirada a una completamente seria—. Hijo, traje el barco, puedes irte y nadie te encontraría, no tienes que hacer esto.

No me sorprendía, la razón de que mi papá hiciera acto de presencia siempre tenía que ver con una vía de escape cuando mi mamá sabía que la situación se pondría peligrosa.

Antes de poder responder sentí a Dean salir de mi espalda y esta vez sí agarró mi mano con decisión, teniendo toda la intención de arrastrarme.

—Tomaremos el barco. No tienes que hacer esta mierda —Dean estaba decidido.

Vi cómo los rasgos de mi padre se suavizaron y sus ojos brillaron al ver a Dean. Este no se esperó ni un segundo en abrazarlo como si fuera su propio hijo, dejándonos a ambos con un shock momentáneo por su actuar.

—¡Oh! ¡Tú debes ser él que le robó el corazón a mi hijo! —exclamó con júbilo.

—Ugh… no… —corrigió cuando mi padre lo bajó, ya que al abrazarlo lo había levantado del suelo—. Ese es mi hermano menor.

Mi padre se veía algo confuso, pero no dejó de mirar con cariño a Dean. Realmente era muy intuitivo, debía saber que era alguien especial para mí o no estaría a mi lado en esta situación, ni sugeriría el plan de escape.

—Dean, mi padre es un mago blanco, no es médico como Liam, es un especialista en

creación, le encanta viajar y conocer nuevos lugares, es un aventurero. Como conoce muchos nuevos lugares, eso quiere decir que conoce muchos escondites de los que nadie más sabe.

—Básicamente soy como un pirata en mis tiempos libres —declaró divertido—. Cuando necesites escapar no dudes en contactarme, será mi modo de agradecerte por cuidar a mi hijo.

—No, no, su hijo es él que me ha cuidado, a mi hermano y a mí —respondió educadamente Dean.

—Con más razón entonces deberías contactarme, de esa forma puedo proteger a las personas que mi hijo más ama —ánimo de forma amable.

—Sí, es por eso que no puedo escapar de esto. Esto tiene que acabar ahora, tengo que ponerle fin a este asedio por parte del consejo y Apolo.

Si bien mis palabras eran reales, no quería cumplirlas. Tenía miedo, tristeza, frustración e impotencia. Mis acompañantes simplemente se limitaron a suspirar al unísono frente a mi negativa.

—Bien, como tú quieras, hijo. Pero no esperes que me quede sentado sin hacer nada si la cosa se pone complicada —declaró mi padre.

—Por supuesto que no. De tu parte espero, que tomes a este mocoso y te lo lleves donde nadie pueda encontrarlo —vi como mi padre levantaba el pulgar y se adelantaba para guiarnos a la ceremonia.

Dean bufó molesto, y nos siguió en nuestro andar, pero al cabo de unos cuantos pasos se removió inquieto. Me miraba fijamente, así que le devolví la mirada y lo animé a hablar, subiendo las cejas como interrogante.

—Sé que no es el momento —comenzó a decir e hizo un gesto para que me acercará para contarme un secreto—. ¿Estás consciente que tu padre es material para ser un «Sugar Daddy» de esos mega guapos? ¿Qué mierda tus genes? Sé que no debía decirlo, pero necesitaba sacarlo de encima, me estaba comiendo vivo.

No podía creer que me dijera esto en un momento como este, era tan inverosímil, que lo único que pude hacer fue estallar en carcajadas.

—Maldición, Dean siempre te superas —comenté tratando de aguantar las risas mientras secaba la lágrima que se me escapó de la comisura de mi ojo.

Cuando por fin pude calmarme todo lo que pude ver en los ojos de Dean era nostalgia y cariño contenido.

—Extrañaré eso —susurró mientras volvía a caminar.

—Yo también te extrañaré, Dean. Te extrañaré como no tienes idea, mocoso.

—Cállate, estúpido mago. No te irás a ningún lado.

*Gracias por creer en mí, Dean.*

Le sonreí una última vez antes de cambiar mi expresión por una solemne y entrar al infernal anfiteatro. Sentía que sería mi última sonrisa en la vida si las cosas salían mal, lo que me angustiaba enormemente, pero no podía dejar que eso me consumiera la mente, trataría de ignorar ese triste pensar.

Todo estaba arreglado para la ocasión, todo rodeado de blanco y flores por doquier. Esta no era como las bodas humanas que el hombre tenía que esperar en el altar. Podía ser cualquiera de los dos, por lo que podía ver a mi prometida a unos metros, en el altar. Luego miré el anfiteatro, eran casi cinco pisos de galerías y palcos completamente llenos por toda la comunidad mágica.

Por mi parte me encontraba entrando por una de las puertas que daban al piso inferior, muy cerca de donde se encontraba el punto focal de la ceremonia, un altar, miembros del consejo con un libro gigante donde se grababan los nombres de los compromisos de toda la comunidad mágica, mi prometida y su familia.

*Mierda.*

Mi padre me empujó para que avanzara al ver que no caminaba, cuando reaccioné asentí y esa fue la señal para llevarse a Dean lejos de ahí, se lo agradecí con la mirada y caminé a decir unos votos vacíos.

Cómo si todo no fuera lo suficiente malo, casi podía ver a Cian al otro lado. Sonriéndome con la más hermosa de sus sonrisas, vestido de blanco, con flores adornando su encantadora cabellera.

*Maldición.*

*Cian.*

*Cian.*

*Cian.*

*Te amo.*

*Te amo tanto.*

*Cian.*

*Lo siento, espero que puedas perdonarme.*

*Te amo.*

Mi corazón se rompía con cada paso que daba, porque lo único que podía recitar mi mente era el nombre de Cian, eso me obligaba a caminar y al mismo tiempo me clavaba miles de dagas en todo el cuerpo.

Cuando llegué al lado de mi prometida, la pude ver con claridad, realmente era hermosa, con su vestido blanco ceñido al cuerpo y su pelo en gráciles ondas rosas, adornado con flores y cristales brillantes. Se veía más hermosa que nunca, pero no hacía latir mi corazón y, por ello, no pude evitar que se me escapara un suspiro de decepción.

*Lucian Asher, tú siempre serás el dueño de mi alma.*

# *28*
## *Pregunta mi último deseo*

—¡¿Cian?!

De un segundo al otro ya no estábamos en la horrible prisión, nos encontramos en medio de una habitación con paredes blancas. Me dolían un poco los ojos por la luz, pero cuando pude ver todo me di cuenta de donde estaba. Estaba justo donde necesitaba.

—¡Papá!

Mi padre se encontraba acostado boca abajo con todo su torso vendado, pero se sentó rápidamente mientras abría sus brazos en una silenciosa invitación, me lancé sin siquiera dudarlo. Gracias al cielo está bien. Realmente estaba muy angustiado por el estado en que se encontraba, verlo vivo era realmente un alivio. Lo había extrañado tanto.

—Oh, mi pequeño Cian. Me alegro tanto de verte —llenó de besos mi cabeza—. Tu hermano me contó lo ocurrido, estaba muy preocupado por ti.

—Yo igual lo estaba por ti. Vi lo que les hicieron a tus alas, papá… yo… —no pude continuar, mi garganta se cerró.

*Tenía mucho miedo.*

—Tranquilo, pequeño, estoy bien. No te preocupes por nada, ya te tengo. No te dejaré solo nunca más.

*No quiero que lo hagas.*

Aunque quería llorar, gritar y derrumbarme, no pude hacerlo. No tenía sentido, mi corazón y mi alma se sentían muy tranquilos y en paz. Sabía que esto era obra de mi papá, pero por solo un segundo permití que él curara todas mis penas, necesitaba que alejara mis miedos, que callara mis inseguridades y sanara mi angustia. Permití que mi papá me contuviera, porque lo necesitaba si quería continuar con fuerza.

Escuché un leve carraspeo y como se movían cosas a mi espalda. Con toda la fuerza de voluntad que pude juntar, levanté la vista para ver qué ocurría. Era Hope despejando la cama que se encontraba al lado de la de mi padre, así Liam pudo acostar a Ezra. Fue justo en ese momento que mi estado de paz se rompió y me separé de mi papá para mirarlo con urgencia.

—Tengo que encontrar a Alexander.

*Alexander.*

*Mi mago.*

*Rápido, tengo que verlo, tengo que alcanzarlo, no puedo dejar que me aleje de su vida para siempre, no puedo dejar que se sacrifique por todos. Necesito protegerlo.*

—Hijo, él ya…

*¡NO! NO, no. Por supuesto que no. Me niego a creerlo.*

—¡No! Necesito encontrarlo, necesito llegar a él —no le di oportunidad a replicar, me levanté rápidamente y lo miré suplicando por su ayuda—. Por favor, no puedo dejar que nos haga esto.

Porque sí, Alexander estaba renunciando a nuestra felicidad. A la suya y a la mía. No hay forma de que pueda ser feliz sin él a mi lado, no tendría sentido. No sabiendo que él me ama tanto como yo a él.

Mientras su corazón y su alma sean mías, mi máxima prioridad es verlo feliz, contenerlo y amarlo. Solo quiero amarlo, hacerle saber que le agradezco cada detalle que ha hecho por mí, dejarle muy en claro que ahora es mi turno de cuidarlo y atesorarlo, así como él lo venía haciendo hace años.

NECESITO VERLO Y DECIRLE QUE LO AMO.

Vi como los ojos de mi papá me miraban atormentado. Podía leer con facilidad todos sus pensamientos, sabía que no quería que lo hiciera, no quería que me expusiera, me dejaría a merced de la voluntad de los magos, lo sabía, pero aun así debía hacerlo. No me importaba lo que ocurriera después, ahora necesitaba que mi mago no hiciera algo que lamentaría para siempre.

Nadie decía nada, era una guerra de miradas acompañadas con una enorme tensión. Sorpresivamente el que habló no fue ninguno de nosotros.

—Bien, suficiente —declaró Fausto—. No podemos perder más el tiempo. Habuhiah sé que es difícil, pero tienes que dejar que Lucian haga lo que debe hacer. Ya no es un niño pequeño que necesita protección, prácticamente él se estaba rescatando solo, nosotros solo lo ayudamos a volver. Es más fuerte de lo todos creen.

El mago índigo movió un solo dedo señalando a Ezra y fue la señal para que Liam comenzara a curar sus heridas con mayor profundidad, volvieron los hilos blanquecinos a extenderse desde las huellas dactilares de Liam. Estaba seguro que mi mejor amigo necesitaba una transfusión de sangre urgente, pero dejaría a Liam trabajar y me concentraría en mi consorte.

—No soy gran fan de Alexander, al contrario, no me caía nada bien cuando lo conocí, pero bastaron unos pocos días para que me diera cuenta del por qué todos ustedes sacrifican tanto por él —explicó mordiendo su labio—. Tú también lo sabes, Habuhiah, estoy seguro que lo sabes mejor que cualquiera aquí.

Luego de decir eso el mago se puso en mi espalda y apoyó sus manos en mis hombros, aun mirando a mi papá, enfrentándolo directamente y respaldándome.

—Cinco días estuvo en un nido de vampiros —señaló haciendo que los ojos de mi padre se expandieran con horror—. Cinco días, en un lugar lleno de encantamientos mágicos diseñados para torturar. Donde la misma magia blanca estaba casi neutralizada por hechizos oscuros. Si Liam hubiera sido menos poderoso habría sido totalmente inútil ahí dentro. El mismo Ezra fue herido en menos de cinco minutos desde que entramos, pero a pesar de eso su hijo… su hijo no tiene ni un solo rasguño. La sangre que lo cubre no es de él, es de Ezra, y eso fue porque hizo todo lo que pudo para mantenerlo con vida.

» Podrías pensar que el hecho de que Lucian esté completamente ileso no quiere decir nada, salvo que el maldito bastardo es muy hábil y fuerte, pero tú y yo sabemos la verdad —hubo un rotundo silencio que nadie quería romper, un silencio de entendimiento.

Era la primera vez en la vida que veía una expresión de profunda tristeza y dolor en el rostro de mi padre.

—Él no solo estaba cuidando de tu hijo mientras se moría lentamente de angustia y frustración. También estaba haciendo todo lo posible para apelar en tu caso, para curarte, para ayudar a Ámbar, ocultar a tu otro hijo. Sin dormir, porque si dormía, no podría activar su anillo y ayudar a Lucian —apretó el agarré en mi espalda antes de comenzar a hablar nuevamente, como

si no pudiera contener su impotencia —. Siempre pensé que solo era un jodido egoísta y presuntuoso, que se merecía ser degradado, pero me equivoqué, el bastardo da todo y más por quienes ama. Por más que lo odie, tiene mi respeto y por eso quiero ayudarlo.

*Mi mago.*

Sentía una enorme presión en el pecho por las palabras de Fausto, porque lo sabía, lo había sentido cada vez que tenía miedo o dolor. Sabía que la mayor debilidad de mi mago éramos justamente nosotros.

Las personas valoran más la compañía porque conocen lo que es estar realmente solos. Alexander ha estado muy solo, puedo sentir su miedo a la soledad, por eso nos cuida tanto, porque le mostramos lo cálido, lo divertido y lo feliz que pueden hacerte las personas a tu lado. Cada uno de nosotros se transformó en una de las luces que sacó a mi mago del oscuro pozo de soledad donde se encontraba.

Sabía que él daría todo y más por nosotros.

Todos lo sabíamos. Por eso estábamos dispuestos a hacer lo mismo por él.

—Anfiteatro, lleva una hora desde que comenzó la ceremonia —susurró con dolor mi padre, dándome un beso en la frente a forma de despedida.

*Su bendición. Gracias papá.*

Le sonreí decidido, eso era todo lo que necesitaba para poder seguir adelante. Estaba a punto de correr hacia afuera de la puerta, pero fui detenido en el acto.

—¡Lucian! —llamó Liam sin mirarme mientras curaba a Hope—. Ropa, cámbiate, no puedes aparecer así, estás lleno de sangre.

Francamente no podía importarme menos como iba vestido, pero al parecer solo yo pensaba de esa manera. Me miré hacia abajo y tenía la camiseta hecha jirones, pantalones sucios, todo cubierto con sangre y mugre, también era probable que no oliera bien porque no me había bañado en días.

—¡Mierda! —Fausto se llevó una mano a la frente y comenzó a escribir runas a mi alrededor —. No me mires de esa manera, Liam tiene razón, vas a irrumpir una ceremonia sagrada, no puedes ir como si te acabaran de secuestrar.

Era una pérdida de tiempo. Solo quería llegar donde mi mago. No importaba que estuviera asqueroso, así por lo menos Apolo podría ver el resultado de su secuestro.

—¡Pero lo hicieron! —señalé indignado.

—Sí, pero es mejor tratar de jugar bajo las leyes del consejo.

Sentí que nueva ropa reemplazada la sucia que traía, incluso mi piel y cabello quedaron limpios. Francamente me sentía como cenicienta cuando conoció a su hada madrina. Bien, no tenía un vestido fabuloso, solo tenía una camisa holgada blanca, la cual arremangue para dejar mis antebrazos libres, y unos pantalones de vestir negros.

*Gracias por tanto magia, siempre tan útil.*

*¿Cómo Fausto puede hacer esta clase de magia?*

—No me mires así, es magia básica, nos la enseñan de pequeños —señaló antes de que pudiera verbalizarlo.

—Faus… yo… —susurró Liam sin mirarnos.

Preocupación y culpa.

No era necesario que lo dijera, sabíamos que quería ir, pero no podía, porque significaría un

riesgo para la vida de todos en este cuarto, tenía que revisar a mi papá, seguir con la curación de Ezra y estabilizar a Hope, quien estaba realmente agotado y desnutrido, sin contar todas las heridas que tenía por la huída.

—Lo sé, encanto. No te preocupes, yo me encargo —declaró con una pequeña sonrisa—. Hope, sella la entrada, cuídalos, sé que es pedirte mucho, pero aguanta un poco más, Liam te dejará como nuevo.

Ni siquiera miró al ángel y ya me había tomado del brazo para sacarme a arrastras y comenzar a correr. Le seguí el paso con rapidez, realmente agradecía la sencillez y la comodidad de las prendas, me permitían moverme con libertad.

—Escucha, ahí adentro no podré ayudarte, porque podrían acusar a Alexander de algún motín o complot contra el consejo, eso agravaría todo y no solo estarías tú en problemas, sino todos nosotros, así que tendrás que escucharme ahora y ser muy fuerte después. ¿De acuerdo?

Sin problemas para todos. Nadie más tenía que involucrarse en esto, nadie más tenía que salir herido, el corazón de mi mago no soportaría tanto peso.

—Por supuesto.

—Las ceremonias de unión son sagradas, pero no quiere decir que no se puedan romper. Se puede. Parejas de siglos se han separado, no es imposible, pero sí algo muy burocrático y que tarda muchísimo. A los magos nos encanta hacer las cosas lo más complicadas posibles.

*Oh, claro que lo sabía. Lo aman.*

—Un divorcio.

—Sí, en el peor de los casos se pueden «divorciar» si ambas partes están de acuerdo. Pero en tu caso no creo que necesitemos eso. Cuando entres hay dos cosas que tienes que lograr. Primero, que sí o sí Leblanc te tiene que reconocer como su consorte, si niega sus sentimientos por ti y sigue adelante con la boda para mantenerte a salvo, no tendrás oportunidad y lo más probable es que te tengan en cautiverio para hacer estudios sobre ti, porque eres el único ángel mitad humano que existe en los registros.

—Perfecto, tengo que hacer que se dé cuenta que no quiero que se sacrifique por mí nunca más.

—Exacto, tienes solo una oportunidad para convencerlo de que tiene que estar a tu lado, no importa lo que ocurra.

—Bien. Puedo hacerlo, hay un par de cosas que quiero gritarle desde que me enteré de todo esto.

—Lo segundo y lo más importante, tienes que jugar bajo las normas del consejo. Tienes que hacer que respeten las tradiciones.

—Pero si hago eso, Alexander…

—No lo hará. Hay un vacío legal. Alguien no se puede casar si ya está comprometido con otra persona, tiene que romper su compromiso previo. Para poder hacer eso tienes que exponerte a ti mismo como su consorte y como un humano mitad ángel. Lo cual es peligroso al extremo.

Podía ver una gran puerta adornada con flores así que sabía que ya habíamos llegado. Podía sentir el bullicio a través de la puerta, mi alma podía sentir a su contraparte al otro lado.

—Sé muy valiente, Lucian. Todo está en tus manos, no sé otra forma de poder ayudarte que está —vi como bajo su cabeza con impotencia.

—Gracias por todo, Faus. Eres un gran mago. Ahora es mi turno de pelear por él —sonreí.

No esperé y corrí a enfrentar a mi mago, mi consorte y el amor de mi vida. Tenía tantas cosas guardadas, solo quería sacarlas afuera. Necesitaba verlo, necesitaba hacer que comprendiera que hay cosas que no quiero que haga por mí, sobre todo si estas le iban a traer infelicidad a él.

Respiré profundamente y procedí a salvar nuestro futuro. Sabía las palabras, las tenía grabadas con fuego en mi memoria de tanto repetirlas en mi mente cuando estaba en cautiverio, fueron mi salvavidas en esos momentos, sabía que tenía que sobrevivir para poder gritarle esto a mi hermoso mago de ojos azules.

—¡Escúchame bien, Alexander, porque quiero que te quede grabado en la mente para toda la jodida eternidad! —grité abriendo la puerta del consejo de par en par.

Literalmente estaba en alguna especie de anfiteatro, porque mi mago se estaba casando cinco pisos debajo de mí, yo me encontraba en la entrada con todos los espectadores de la ceremonia.

Claramente no esperaba que sus festividades fueran tan numerosas, pero no iba a retractarme de todo mi actuar en este minuto. Menos cuando había dejado a todos callados por el repentino shock de mi llegada.

Aun con todos los metros de distancia que nos separaban, pude ver claramente como la expresión de mi mago se iluminó de asombro. No me esperaba en ese lugar, para nada, supongo que nadie lo hacía. Me encantaba el factor sorpresa y el dramatismo que había logrado generar con mi entrada.

—¡¿Lucian?!

Había emoción en su voz aun cuando trataba de hacer su mejor esfuerzo para contenerla. Brillaba, mi mago literalmente brillaba, estaba perfectamente peinado para la ocasión, con la mitad de su frente descubierta, vistiendo un traje negro. A su lado había otra mujer, pero no importaba porque yo solo tenía ojos para él.

Estaba tan feliz de verlo, pero podía dejarme cegar por mi júbilo, tenía que dejarle en claro un par de cosas. No podía permitir que esto volviera a repetirse nunca más. Esta vez me encargaré de que nunca olvide mis palabras, que nunca dude de ellas. Ambos lucharemos por esto.

Ignoré todas las caras de horror que surgieron por el escándalo que estaba armando. Agarré mucho más valor para impulsarme hacia delante y continuar gritando todo a mi amado mago desde una de las barandas que miraban al centro del lugar.

—¡Te busqué incluso antes de que tuviera uso de razón! ¡No importa cuántas veces mis recuerdos desaparezcan, me las arreglaré para encontrarte, porque tú…! ¡PORQUE TÚ ERES MI HOGAR, UNO SIEMPRE ENCUENTRA EL CAMINO A SU HOGAR!

Todos los recuerdos de las veces que me encontré con Alexander brillaron en mi interior.

«Mi nombre es Cian».

—¡No importa el tiempo que pase, no importa si intentan alejarnos, no importa si el destino no lo permite! ¡En este punto ni siquiera me importa lo que tú quieras, Alex! ¡Yo sé lo que quiero, sé lo que amo, sé lo que deseo, mago idiota!

Era increíble como con cada palabra me sentía más seguro de mis acciones, parecía que todo a mi alrededor se desdibuja y solo existíamos nosotros dos, todos los demás habían dejado de importar, ese preciso y efímero momento era nuestro, el mundo había dejado de girar solo por nosotros.

Me sentí fuerte por primera vez en muchos años, valiente y lleno de vida. Estaba con vida, había superado un infierno sangriento, casi pierdo a mi mejor amigo y a mi padre, recuperé

preciados recuerdos y gané más compañeros. Había sido un mes increíble y no me arrepentía de nada, porque si todo tuvo que pasar para llegar justamente a este momento en mi vida, estaba seguro que valía la alegría.

—¡ASÍ QUE PREGÚNTAMELO UNA VEZ MÁS! ¡SERÁ EL ÚLTIMO DESEO!

Ni siquiera dudó.

Ni siquiera lo cuestionó.

Ni siquiera se mostró extrañado.

Simplemente me sonrió justo como hizo más de 150 veces.

—¡¿Qué es lo que más deseas, Lucian?! —preguntó con sus hermosos ojos brillando por las lágrimas de emoción.

No pude hacer más que sonreír, tomé impulso y me paré en la baranda del palco a más de diez metros de altura. Saboreé el momento con todo mi ser, podía sentir la emoción y la adrenalina.

Una mirada.

Dos sonrisas.

Un montón de lágrimas.

Un instante.

Salté.

No importó que todo el mundo mirara, que todos intentaran y que preparan miles de hechizos para detenerme, todo lo que mis ojos veían era a mi mago abriendo sus brazos para atraparme, sin poder salir de su asombro frente a mis temerarias acciones. Para mí era lo correcto, no saltaba al vació, saltaba hacia mi pasado, mi presente y mi anhelado futuro.

Francamente nada más importaba en este punto. Solo necesitaba que una sola persona me aceptara y confiara en mis palabras. Esa persona estaba justo frente a mí.

—¡A TI! ¡Te deseo a ti!

Pude ver en cámara lenta como los ojos de Alexander se abrieron con sorpresa y emoción contenida mientras sus brazos me atrapaban al vuelo. Tomé su rostro y lo besé con todas las ganas que llevaba guardando en mi interior, sin darle la oportunidad de negarse a mi deseo.

Todo en el día de su boda.

Frente a toda la comunidad mágica.

Fue de esos besos que te cortan el aliento y te hacen emocionarte en menos de un segundo. Esos que de la simple emoción hacen que las lágrimas caigan de tus ojos. Esos besos que borran todo lo malo que ocurrió en un mes. Esos besos que saben a miles de deseos felices. Besos que eran emoción, anhelo y regocijo puro.

*«Por fin te tengo»*.

Nunca supe quien lo pensó o quien lo sintió, porque ya no sabía dónde terminaba mi alma y comenzaba la de Alexander con la felicidad que sentíamos por reencontrarnos. Toda la magia de mi mago me dio la bienvenida haciéndome leves cosquillas en la piel. Entre risas y alivio sentí como la magia comenzó a liberarse bajo sus pies, transformando toda la estancia en un prado lleno de flores.

*¿Yo?*

*Yo nunca toqué el piso.*

—Tienes alas.

—Sí, las tengo —contesté acariciando su nariz con la mía.

No fui consciente de que se materializaron hasta cuando iba a mitad del salto, luego solo vi plumas tornasol aparecer a mi alrededor. Ni siquiera estaba seguro de cómo volar, simplemente mi salto de fe hizo que aparecieran por instinto.

—¿Desde cuándo tienes alas, Cian? —preguntó mirándome embelesado.

—Desde siempre, supongo, soy un ángel después de todo. No, me corrijo, soy tu ángel después de todo. Creo que necesitaba caer literalmente del cielo para que por fin lo comprendas.

Me aferré a él y él me acunó en sus brazos como si fuera el tesoro más valioso en el mundo, estaba seguro que eso era para mi mago, lo sabía con cada una de sus miradas, con cada uno de sus toques. Su alma me gritaba y profesaba amor y admiración. Estaba muy seguro que era obvio para cualquiera que nos mirara.

—No quiero contenerme más, Cian —susurró en mi oído de forma que solo yo pude escucharlo —. Llevo demasiados años haciéndolo, no puedo más. No puedo hacerlo cuando te encargas de desarmarme en un solo segundo.

Sabía de qué estaba hablando. Sabía que se refería a todas las palabras no dichas, a todas las muestras de amor reprimidas, a todo lo que se había guardado para no lastimarme.

—No tienes que hacerlo más, mago mío. No te contengas, no te reprimas, no más —llené su rostro de pequeños besos—. Creí que ya había quedado claro ese punto.

Antes de que pudiera hacer algo un anciano del consejo se levantó y se dirigió hacia nosotros completamente fúrico. Francamente estaba sorprendido de que no lo hiciera antes, lo estaba esperando.

—¡¿Qué es todo esto?! ¡No podemos permitir que los contratos y las ceremonias se tornen una burla como esta! ¡¿Qué clase de teatro es este?!

Vociferaba notablemente indignado. Recién en ese minuto escuché como todo nuestro público comenzó a murmurar.

—¡Hay que respetar las tradiciones más antiguas! —gritó otro apoyándolo—. Saquen a ese ángel, llévenselo para ser castigado por romper las normas.

Mi mago se tensó y se preparó para defenderme, pero esta vez no lo dejaría, esta vez yo pelearía por él, estaba completamente preparado para esto.

Mucha gente de la audiencia que se encontraba alrededor de la sala comenzó a murmurar de acuerdo a lo que el mago estaba diciendo, otros estaban abucheando. Magos que hacían de

guardias comenzaron a moverse para detenerme, pero al mismo tiempo muchos otros magos les bloquearon el paso.

—¡¿QUÉ CREEN QUE HACEN?! —vociferaban los guardias que estaban siendo retenidos—. ¡Serán destituidos de sus cargos!

—¡Háganlo, pero no permitiremos que lleguen hasta allá, el pequeño merece una oportunidad! ¡Por las runas, el maestro Alexander se merece la oportunidad de ser escuchado! —defendió Pyro.

—Chicos… —susurró mi mago asombrado.

Había un total de siete magos bloqueando a cualquiera que hiciera un ademán de moverse. En ese momento lo supe, debían ser, como Pyro, antiguos compañeros o amigos de Alexander, me emocioné profundamente, estaba lleno de orgullo porque mi mago tuviera tan buenos amigos. Solo faltaba que él se diera cuenta de ello.

—Somos siete magos del consejo, representamos siete clases de magias, por lo que esta vez somos mayoría —sentenció Pyro.

Me estaban concediendo la oportunidad perfecta y no la dejaría pasar.

—¡Pues son ustedes quienes están violando las tradiciones! —acusé poniéndome delante de mi mago con mis alas extendidas—. No puedo creer que permitieran que este insulto se llevara a cabo.

*¿Querían tradiciones?*

*Tendrían tradiciones.*

*Jugaría su juego.*

También estaba completamente indignado por todo esto. Mi alma estaba furiosa por casi perder a su amado. Esto era algo en lo que no los dejaría ganar. Sí, era un ángel, mi papá me había dejado muy en claro que tenía que obedecer órdenes y velar por los otros, pero también soy un humano, uno que sabe que solo existe algo en el mundo con lo que es egoísta y posesivo, ese algo era mi amado mago.

—¿Insul…? —el que se irguió fue un mago bastante viejo con ropas color morado—. ¡¿Qué quieres decir?!

—Ustedes estaban permitiendo una unión de forma ilegal. Este hombre es mío, es mi consorte. Llevamos más de quince años comprometidos —expliqué mientras abría mis brazos para hacer más clara mi intención de que no me alejaran de Alexander.

Esta vez toda la sala estaba completamente encantada con mi revelación. Vi a lo lejos a Afrodita aplaudiendo mientras levantaba uno de sus brazos y lo dirigía hacía todos, rápidamente comprendí que me estaba ayudando a convencerlos.

Bien, en realidad sabía que necesitaba toda la ayuda que pudiera conseguir. Tenía que usar todo a mi favor. No podía perder su atención, así que simplemente continuaría.

—Si no mal recuerdo, los magos se juran amor eterno y se casan para toda la vida ¿no? —cuestioné mirando a Afrodita para conseguir su aprobación—. Y si es que desean separarse o romper esta ceremonia, deben pasar por mucha burocracia, cosa que mi mago no pasó. ¿O me equívoco?

—Sí, tienes razón en lo que dijiste sobre los procedimientos sagrados, pero no hay nada que lo pruebe su supuesto compromiso. ¿Por qué ha tardado tanto en informarnos respecto a algo tan importante? —inquirió Eliot.

*Perfecto.*

*Son míos.*

—Él estaba esperando a que cumpliera la mayoría de edad en el mundo humano para poder hacer la ceremonia oficial, cosa que sería muy pronto, pero como fui secuestrado hace unos días por alguien que se encuentra en esta estancia, tuvimos que posponerlo.

Ante la palabra secuestro, todo el mundo comenzó a alterarse. Podía sentir el ambiente tensarse. Al parecer los siete que se pararon para darme tiempo sabían de esto porque ni siquiera se inmutaron.

—¿Secuestrado? —para mi total sorpresa esta vez fue Eliot quien volvió a hablar. No esperaba que él tomara partido a favor nuestro, lucía genuinamente preocupado.

—Sí, algo sumamente desafortunado, pero no se preocupen, la persona que lo hizo no pudo cumplir con su cometido. De cualquier forma, esta es la mejor prueba que puedo darles —señalé levantando mi mano con el anillo de Alexander en mi dedo—. Mi nombre es Lucian Asher, mitad ángel de Alexander Leblanc, mago clase SS.

Me saqué el anillo del dedo y lo puse en la palma de mi mano. Cuando lo apreté sentí como Alexander chasqueó sus dedos y una luz comenzó a salir de las ranuras de mis dedos. Al abrir la palma el anillo flotó y se proyectaron unas runas seguidas de su nombre.

—Este anillo fue forjado debajo de un arcoíris el mismo día que me ascendieron a Maestro. Una de mis posesiones más preciadas —aclaró para toda nuestra audiencia.

Él, con mucho cuidado, tomó el anillo de mi mano y lo besó.

—Gracias por protegerlo.

Luego de eso tomó el anillo y lo volvió a poner en mi dedo. Escuché el asombró de la gente cuando se agachó, se apoyó en una de sus rodillas y besó mi mano con mucha devoción.

*Por toda la magia.*

Eso hizo que todo el mundo explotara en gritos de todo tipo. Mi padre me había hablado de esto. Cuando un ángel estaba listo para servir a un humano tenía que jurarle lealtad y devoción a su creador, el ángel lo hacía de rodillas con el fin de demostrar un profundo respeto y gratitud frente a la persona que se encontraba frente a él. Mientras que besar el anillo era un acto que solo podía hacer tu amante, tu consorte.

Cuando pude comprender que lo que había hecho Alexander era unir ambas tradiciones, eliminando los cargos de jerarquía de él siendo un mago del nivel de un Maestro y yo un simple medio ángel, mostrándole a toda la comunidad mágica que el dueño de su alma, literalmente, era yo. Cuando comprendí todo eso, todo estalló en mi interior.

Lloraba de alegría, orgullo y amor. Quería lanzarme a sus brazos, pero sabía que no podía, tenía que respetar los ritos que Alexander estaba haciendo.

—Mi nombre en es Alexander Leblanc. Soy el mago conocido como «*Golden Dealer*», degradado de Maestro a un Sabio de clase SS, hijo de la Maestra Iris y de «*Hidden Dreamer*» Sabio de clase SS.

Desde la primera palabra que dijo Alexander todo el mundo había guardado un absoluto silencio.

—Lucian Asher, es el hijo del ángel Habuhiah y su protegido Noah Asher, es un hermoso humano mitad ángel —presentó sonriendo dulcemente en mi dirección—. Él es mi prometido, desde hace más de quince años que compartimos un vínculo de consortes.

Podía escuchar los murmullos de incredulidad en la multitud, pero nada de eso importaba, me

sentía un ganador en esta vida porque él me estaba reconociendo frente a toda la comunidad mágica.

—Tiene que ser un engaño, ese tipo de vínculo no se ve desde hace muchísimos años, creímos que eran un mito.

—ES VERDAD —intervino Afrodita—. Yo misma lo puedo ver claramente. Mejilla y frente, no hay duda. Un hermoso vínculo trenzado y brillante.

Esto hizo que la multitud estuviera aún más intrigada por el curso de todo. Ya no había murmullos de repudio solo de asombro, querían saber cómo había ocurrido, hablaban de mi padre, de Abu Ámbar, del cambio de actitud drástico de Alexander.

—Es por esto que debo disculparme por todo este acto. Lo siento —mencionó mirando a la chica que se estaba casando con él—. Este encantador joven es la razón por la que no pude decir mis votos. Realmente lo intenté, pero mi cabeza estaba llena de recuerdos, mi alma estaba inquieta y no podía ordenar las palabras. Lamento exponerte de esta manera, Lillia.

—Me imaginaba que algo así pasaba. El contrato es nulo, Leblanc —declaró ella con una sonrisa, chasqueando los dedos y haciendo que el contrato (que se encontraba levitando frente a la mesa con un libro gigante y copas de vino) se quemará en el acto.

Recién en ese segundo centré mi atención en la novia que se encontraba de pie cerca nuestro, junto a ella estaban quienes debían ser sus hermanas y familiares, entre ellos, Apolo. Ella también me miró, no había rabia en sus ojos, al contrario, había una chispa de felicidad por mi presencia. Por un corto período también sentí sus emociones: tristeza, decepción, aceptación, pero también había ilusión. Estaba triste por su nula boda, pero realmente estaba en paz aceptando que el amor de Alexander era para mí.

*Es una persona noble.*

—Sé que podrá ser sorpresivo para algunos, nunca tuve interés en el mundo mágico y reconozco que nunca me hice cargo de mis responsabilidades cuando era un mago clase X, más por primera vez en la vida tengo algo que deseo proteger y, si tengo que cambiar todas las leyes del consejo para asegurar su seguridad, lo haré.

*Alexander…*

*Por toda la magia.*

*Cuando dijiste que «No querías contenerte más» no pensé que hablabas también de…*

—Reto al Maestro Apolo a un duelo frente a todos en este lugar, aquí y ahora, por su puesto y rango como «Maestro».

*Cian, mitad ángel y consorte de A. Leblanc.*

# *29*
## *Mi motivo para vivir*

—Reto al Maestro Apolo a un duelo frente a todos en este lugar, aquí y ahora, por su puesto y rango como «Maestro».

Los gritos no se hicieron esperar. Había muchos en estado de completa efervescencia por todo lo ocurrido, otros estaban horrorizados. Frente a mis palabras, Apolo se paró furioso del lugar en que estaba sentado. Su expresión no dejaba lugar a ninguna duda de lo ofendido que se encontraba. Perfecto. Él mismo había buscado esto.

Obviamente había personas que no estaban de acuerdo con esto. Los mismos que quisieron detener a mi querido ángel. Magos ancianos, entre ellos Velko: líder de los magos morado, Deimos Blake: líder de los magos índigos. Neutrales se encontraban: Layla Quarts: líder de los magos amarillos; Nealie Roscoe: líder de los magos verdes. Y entre las simpatizantes estaban: Pyro Sunsent: líder de los magos rojos; Eliot Giedrius: líder de los magos azules; Ryuu Takashi: líder de los magos celestes; Thayne Eustass: líder de los magos naranjas, y Mila Yunovich: líder de los magos negros.

—No podemos permitir esta clase de enfrentamiento. Una promoción de Maestro solo puede realizarse cada cien años —sentenció Deimos.

Lo sabía. Además, a mí no me habían quitado mi rango hace tanto tiempo. Ver la sonrisa de triunfo del mago blanco ni siquiera me irritaba en este momento, porque yo tenía una similar e incluso más grande que él. Creía que podía evitar esto. *Iluso*.

Dirigí una mirada a Artemis, la cual se encontraba al lado de Apolo. Ella solo suspiró y se paró del lugar en donde estaba. Esta era mi carta secreta.

—Sí, podemos permitirlo. Hay una antigua tradición oficial que dice que los retos o enfrentamientos pueden ser oficiales si son pedidos en alguna ceremonia oficial, y cumpliera con alguna tradición.

Recién en ese momento miré a Mila, a lo que ella solo me guiñó el ojo divertida con toda la situación.

*¿Había planeado esto? Por supuesto.*

Me tomó un par de días, sobre todo porque solo pude mover mis influencias cuando Dean estaba dormido. Hablé con Mila respecto a alguna excepción o algún vacío legal para poder retar a Apolo a un duelo, pero irónicamente la persona que llegó con la respuesta fue Artemis, su hermana. Mi madre la había encarado porque su hermano había robado a mi consorte, a pesar de ser su hermana, Artemis era razonable, nos dijo lo de la ceremonia como una forma de disculparse por todo esto.

*¿Quería huir de la ceremonia en un barco con papá, Dean y Habuh?*

*Por supuesto.*

Pero había algo que quería mucho más y eso era hacer pagar a Apolo, de esta forma aseguraba

el futuro de Cian, para eso debía seguir con la ceremonia. Era la única forma de poder vengarme por todo lo miserable que nos había hecho sentir.

—¡Exacto una ceremonia tradicional, no estamos en…! —gritó Apolo, pero no lo dejé terminar.

—Estamos en una boda, es decir la ceremonia más tradicional a la que llevan queriendo empujarme en los últimos doscientos años. El enfrentamiento puede llevarse a cabo —sonreí mientras mis ojos ardían por la ansiada pelea.

Cuando pronuncié esas palabras la cara de Apolo se desfiguró en una mueca de ira absoluta. Ya no había sonrisas engreídas, solo ojos ardiendo de rabia.

—¡Tú! ¡Querías que esto pasara! —gritó enojado.

—No, yo no quería. Tú me obligaste.

Hubo un silencio absoluto y no quedaron dudas. Estaba claro. Esto ocurriría frente a todos los presentes. No había forma de que se zafara.

—De ser así, votemos. ¿Quiénes están en contra de que este enfrentamiento sea llevado aquí y ahora? —preguntó Deimos uno de mis opositores más viejos.

Tres manos levantadas, incluyendo al mismo que formuló la pregunta, la mano de Apolo y Velko también estaban erguidas. Blanco, morado, índigo. No me extrañaba.

—¿Quiénes están a favor?

Esta vez fueron siete votos de los del consejo, los magos rojos, azules, amarillos, negros, naranjas, celestes y verdes. Sumando las muchas manos levantadas del público.

Sabía que gran parte de los miembros del consejo no son para nada mis fans, con suerte Pyro y Mila eran los más cercanos a mí, Layla estaba en números rojos conmigo, por ayudar a Apolo a raptar a Cian. Pero apelaba a la racionalidad y sentido de justicia de Eliot, el gran respeto por las tradiciones de Nealie, la pasión por los enfrentamientos de Thayne, y bien… Ryuu casi no habla, siempre es muy tranquilo, pero es noble, estaba seguro que se pondría del lado del inocente (en este caso: Cian).

*Gracias por darme esta oportunidad.*

—De acuerdo, aprobado el enfrentamiento —declaró Deimos—. ¿Qué es lo que tienes para poner en juego? Obviamente que sea equivalente al título del Maestro Apolo.

—Exilio. Seré exiliado de la comunidad mágica, desterrado —respondí sin dudar.

—No sirve, estoy seguro de que estarías más que feliz de ser exiliado, es lo que siempre has buscado —comentó Velko.

*Anciano de mierda.*

Sí, obviamente sería feliz de ser exiliado, pero esto traería muchas consecuencias desafortunadas, limitaría mi vida de muchas formas, partiendo porque no podría relacionarme con mis padres y amigos de la comunidad, ellos serían los castigados, había cero tolerancia con los magos en el exilio.

Ahora bien, si fuera exiliado por mi relación con Lucian, eso sería otro asunto. Porque le daría la bienvenida al exilio con una sonrisa en el rostro.

—Si es que sobrevivo, porque también planeo dejar mi vida en este enfrentamiento —eso captó la atención de toda la audiencia.

—¿Duelo a muerte? Perfecto. No sabes en donde te metiste *Golden* —Apolo llegó a mi lado.

Tomó mi mano y cerró el trato frente a los ojos de todos, sin permitir que nadie objetara nada.

Él ya se proclamaba el ganador de la contienda.

—Tienes cinco minutos para despedirte —concedió alejándose de mí.

Vi claramente como Cian, me miraba con sus hermosos ojos llenos de preocupación, traté de sonreírle para poder tranquilizarlo. Miré a mi papá que aún se encontraba con Dean, pero en el lugar más apartado de todos, así que no podría dejar a Cian con él. Por otro lado, Afrodita abrió sus brazos para hacerme saber que ella estaba disponible.

Mi adorada tía se encontraba al lado de mi madre, sentadas en la galería más cercana al primer nivel. Estaban realmente cerca así que guié a Cian con mi mamá y Afrodita. Ambas me miraban con sus ojos brillando de orgullo y preocupación por partes iguales, sabía todo el discurso que querían darme y esperaba que ellas comprendieran que no teníamos tiempo para esto.

—Mamá, este es Cian. Por favor, cuídenlo.

Mamá se lanzó a abrazarlo de forma protectora, Lucian abrió sus ojos sorprendido, había sido un *copy and paste* del primer encuentro que tuvimos con Afrodita. Cian no se veía incómodo, al contrario, estaba emocionado. Recién en ese minuto, al ver su cara, caí en cuenta de lo mucho que él quería conocer a mis familiares.

*Debí presentarlos antes.*

—Me hubiera gustado que se conocieran de otra manera —susurré con pesar.

—Al contrario, estoy muy feliz de por fin conocerte, encanto —aclaró mi mamá alejando a Cian para poder mirarlo a los ojos—. Gracias por amar tanto a mi hijo.

Lucian tenía los ojos brillantes y sus mejillas sonrojadas, eran las palabras que realmente quería escuchar, a pesar de eso él no dijo nada, solo negó con la cabeza, para luego separarse de mi mamá y mirarme directamente.

No era el momento de quedar encantado con mi familia, era el momento de hablar.

No era necesario que lo dijera, estaba escrito en todo su rostro. Cian siempre había sido un libro abierto para mí, pero desde que volví a verlo nuestro vínculo se afianzó aún más, todo era mucho más claro ahora. Sabía lo que se venía.

—¿Es necesario? —me miró con sus amables ojos llenos de preocupación.

—Sí.

*Es necesario, ahora más que nunca.*

—¿No podemos simplemente huir?

*Ojalá fuera tan fácil, amado mío.*

—No, ese no es el futuro que quiero para ti. No quiero que vivas huyendo. Quiero que puedas ser libre y feliz. No debes estar constantemente preocupado de que alguien pueda querer matarnos o capturarnos. No quiero eso para ti —besé los párpados de mi adorado chico.

—¿Y lo que yo quiero? —reprochó—. Yo no quiero que arriesgues tu vida por mí.

*Lo sé, no hay manera de que no lo supiera y te amo por eso.*

Se estaba aferrando a mi ropa, mientras me rogaba con la mirada que cambiará de opinión, pero esta vez no lo haría, no podía ceder en esto. Quería que lo entendiera. Él ya hizo su acto heroico que desafió a toda la comunidad mágica, poniéndose a sí mismo en peligro. Ahora es mi turno.

—Muy tarde, cariño. Es mi única forma de protegerte ahora que todo el mundo sabe de ti.

No dejé que pudiera reclamar respecto a esto, tomé su rostro y lo besé bebiendo su último aliento, necesitaba aferrarme a sus labios de forma desesperada, en caso de que ocurriera lo peor,

quería tener este último beso. Pude sentir claramente cómo, a pesar de la situación en la que nos encontrábamos, Lucian se relajó ante mi tacto y correspondió mi capricho. Sus labios eran perfectos. No quería alejarme de ellos, pero esta vez, para mi sorpresa, fue Cian el que me alejó.

—Si ganas, me aseguraré de cumplir tu deseo —declaró con una encantadora sonrisa.

*¿Mi deseo?*

—¿Cuál es tu deseo, Maestro?

*No me esperaba esto.*

Los ojos de Lucian brillaban con intensidad, consciente de lo que estaba proponiendo. Una promesa, él quería que tuviéramos algo a lo que aferrarnos para poder salir de esto. La garantía de un futuro juntos.

Lo único que quería era un beso de despedida en caso de que perdiera la vida en el enfrentamiento, pero mi ángel me exigía más que eso. Me forzaba a cambiar mi forma de pensar y me regalaba algo por lo que luchar. Realmente es perfecto para mí.

*En ese caso sé perfectamente lo que quiero.*

—Deseo que estemos en la playa con todo lo necesario para un picnic.

Sus ojos comenzaron a brillar por las lágrimas que amenazaban por salir. Ni siquiera necesitaba el vínculo para saber cuanto esa frase había tocado el alma de Lucian, porque se encontraba con sus hermosos mofletes completamente sonrojados y sus labios tiritantes.

*Qué lindo.*

Sabía que era su lugar favorito y fue mi regalo de cumpleaños de su parte. Ambos lo sabíamos. Esta era una de nuestras pequeñas referencias secretas, que estaba muy feliz por poder compartir con él, ahora que recuperaba nuestras memorias juntos.

Alejarme de Cian no fue fácil, pero sí necesario. Lo había dejado en buenas manos, además seguía teniendo mi anillo, no le pasaría nada. Lucian estaba con mamá y Dean estaba con papá, eso me dejaba sumamente tranquilo, así podría pelear sin distracciones.

En menos de cinco minutos lo que se suponía que era una ceremonia de unión se transformó en una arena improvisada donde pelearíamos. Magos azules se dedicaban a sellar la «arena» con hechizos protectores, para que nada de lo que hiciéramos dentro de ella pudiera dañar al público que se encontraba observando.

Estaba de pie a un extremo y a unos metros frente a mí se encontraba mi adversario. Aún quedaba un minuto antes de comenzar, eso me dio tiempo de cerrar los ojos y pedir un poco de mi magia de regreso. Solté las protecciones y reservas de magia que había dejado con Ámbar. Libere las protecciones de la casa de Cian y Dean. Vacié toda la magia de mi hogar. Con eso repuse muchas de mis fuerzas que se encontraban fatigadas.

Miré a Dean, se encontraba horriblemente pálido mientras se mordía las uñas con nerviosismo. Me toqué la cien para recordarle que, pase lo que pase, dejé algo importante con él. Eso solo lo hizo apretar los puños con frustración y asentir con la cabeza en forma de entendimiento.

Bien, me negaba a dejar a mis tres tesoros sin protección por lo que mi magia, seguiría en Dean, Ezra y, por supuesto, Cian, que directamente tenía mi alma en su dedo.

Básicamente estaba listo, solo faltaba un detalle más. Chasqueé los dedos para que mi atuendo cambiará por completo, ya no estaba con mi traje formal para casarme, sino con mi amada camisa azul con lunas y estrellas, acompañada con mi chaqueta formal azul marino. No podría

enfrentar mi destino sino era de esta manera. Excepto por algo…

*¿Mi pañuelo amarillo?*

Este no se encontraba en mi bolsillo, lo había mandado a proteger a Cian, así que esperaba que la razón de que no me acompañara en este enfrentamiento fuera porque había cumplido con su misión.

*Listo.*

Moví mi cuello para liberar las tensiones mientras miraba altaneramente a mi adversario. Él ya estaba listo, portaba su tan conocido arco y flechas, al igual que yo, sus ojos brillaban con anticipación, su flequillo rubio le cubría uno de los ojos y parecía imposible de borrar su horrible sonrisa socarrona.

Ambos estábamos esperando nuestra señal para empezar. Una sola mirada fue suficiente para que todo el mundo quedara en sepulcral silencio, Artemis lanzó una medalla de oro al centro de la arena. Cuando esta tocara el suelo sería el inicio.

*Un instante.*

*Un segundo.*

*Una inhalación y una exhalación.*

No fue necesario tener los ojos abiertos porque estaba plenamente consciente de que Apolo comenzaría con una horrible luz cegadora.

*—LUX.*

*—Frost.*

Al mismo tiempo que una luz se encargó de cegar a todos los presentes, cerré los ojos y congelé todo el lugar. Podía sentir la capa de hielo bajo mis pies, aunque no veía nada, sentía claramente como mi magia celeste avanzaba por toda el campo de batalla hasta atrapar a Apolo, este se zafó con rapidez, pero ahora que toda la arena estaba cubierta de mi magia podía sentir cada una de sus pisadas, gracias a eso podía formar una lanza de hielo por donde él ponía sus pies. Aunque no quisiera admitirlo el maldito era muy ágil, esquivó con facilidad cada uno de los ataques, hasta que ordené al hielo atrapar su tobillo y este se alzó como estacas para atravesarlo.

*¡Te tengo!*

Abrí los ojos y vi a Apolo sonreír mientras el hielo se rompía sin poder atravesarlo.

—Ugh, casi. Sabes, va a ser muy difícil que me hagas daño, creo que olvidaste que retaste al mago de magia curativa más poderoso. Yo inventé la medicina, *Golden*. Tu magia no me hará un solo rasguño.

Sentí un nudo en la garganta, pero lo ignoré inmediatamente para seguir atacando. No podía dejar que rompiera mi psiquis.

*Bien, si el hielo no funcionaba…*

*¿Qué tal el agua?*

De un solo chasquido todo el hielo del campo se derritió, elevando los brazos guié a la gran masa de agua hacia Apolo. Cada magia tenía una forma particular para dominarla, muchas de ellas eran canalizadas por el movimiento del cuerpo. El agua en particular se sentía como una danza.

—¿Agua? ¿En serio? ¿Vas a bañarme, *Golden*?

Mi adversario no se inmutó, no se movió de su lugar y dejó que el agua lo azotara. Aun con todo el impacto no se movió ni un solo centímetro ni borró su sonrisa, pero no importaba, ese no era mi objetivo. Toda el agua formó una enorme esfera alrededor de Apolo, ahogándolo por

completo. Con mis manos mantenía comprimida el agua para que se quedara en su lugar, creando una prisión de agua. Cuando mi adversario no pudo aguantar la respiración, su sonrisa se perdió, sus ojos mostraban enojo y, aunque movía sus piernas y brazos para escapar de mi prisión acuática, mantenía mi amarre firme. Sentí una sonrisa tirar de las comisuras de mi boca cuando vi que se le escapa una burbuja de aire de la boca. En ese momento creí que había ganado.

*Ojalá fuera tan fácil.*

Puso sus ojos en blanco y de sus ojos salió una luz que calentó el agua, luego todo su cuerpo comenzó a brillar, haciendo que mi prisión comenzara a evaporarse rápidamente. De mala gana solté el agarre y la poca agua que iba quedando se dispersó.

—E-eso estuvo cerca —comentó con dificultad tosiendo cuando tocó el suelo de rodillas, tratando de recuperar el aliento.

No podía darle tiempo de respirar, tenía que aprovechar hasta la más pequeña oportunidad.

*Bien, hielo y agua descartados.*

No podía ocupar magia verde porque la magia blanca la contrarresta en su totalidad. Creación más creación, solo se anula, lo mismo con los venenos y las pociones. Así que era momento de usar fuego.

No lo dejaría respirar, aplaudí con las manos llenas de magia roja, hice que se levantara una nube negra llena de hollín y pólvora. Luego solo necesité chasquear los dedos y las explosiones se hicieron presente por toda la arena. Escuché a lo lejos un aliento contenido por el asombro, tuve que obligarme a ignorar todo lo que ocurría con nuestros espectadores para poder centrarme completamente en la pelea. Lo que había hecho era una mera distracción mientras escribía rápidamente una runa en cada una de mis muñecas, para luego juntarlas activando el hechizo, al separarlas se extendió fuego azul por ellas.

Cuando las explosiones se disiparon dejaron ver a Apolo de pie, sacudiéndose el hollín del pelo como si nada hubiera pasado. Dirigí el fuego hacía él, mientras lo rodeaban las llamas tomaron forma de zorros, estos se lanzaron hacia él como si quisieran morderlo, las llamas se aferraron a Apolo. Pero ninguna logró quemarlo o siquiera herirlo, simplemente tomó una de sus flechas y la movió a través de ellos absorbiendo las llamas, luego fue tan simple para él como lanzar lejos la flecha.

—Tiene que ser una broma. ¿Cómo…?

—Arco forjado con luz del sol. Nada personal, *Golden*. Mis flechas están hechas para ser cargadas con magia roja.

*Bien, lo que faltaba, flechas que absorben el fuego.*

No le permitiría tener más poder, así que hice explotar las llamas de fuego y esta vez me lancé hacia él para un enfrentamiento físico. Ya me había rodeado de magia naranja, sentía todos mis músculos picar de la anticipación.

*Esto lo disfrutaría tanto.*

Todos sabían que Apolo no es bueno en el cuerpo a cuerpo, así que asestarle muchos golpes sería muy fácil, pero había un problema. Aunque sentía como mis puños rompían cosas de Apolo, como su nariz o costillas, no pasaba ni un solo segundo y esta parte ya estaba curada, su magia regenerativa era algo increíble.

Era tan frustrante. Golpe tras golpe, patadas, puños, llaves, fracturas y desgarros. Nada

importaba. Di todo de mí y aun así no logré hacerle ni un solo rasguño. Maldición.

—Lo siento, *Golden*. Nada de lo que hagas conseguirá dañarme. Solo yo mismo puedo hacerme daño.

*¿Por qué?*

*¿Por qué no puedes sangrar un poco?*

*¡Mierda!*

Como estaba perdido en mis pensamientos me distraje por un segundo, eso le dio la oportunidad a Apolo de reírse y mandarme a volar al pegarme en el abdomen con su arco. Ni siquiera pude verlo venir, cuando me estrellé una nube de polvo cubrió el campo por el impacto, menos de un segundo despues una flecha se dirigió a mi cabeza e hirió mi mejilla izquierda, haciéndome sangrar.

Maldición, mi espalda ardía de dolor, aun protegida por magia naranja.

*Bien, no podía rendirme ahora.*

*Solo necesitaba verlo sangrar.*

Levanté mi mano para curarme con magia blanca y que no notara que me hizo sangrar, pero no pude cerrar la herida. No se curaba. Todo hizo *click* en mi cabeza.

*«Solo yo mismo puedo hacerme daño».*

Una flecha.

Ni siquiera lo pensé. Aproveché la nube de polvo para lanzarla con todas mis fuerzas. Está cortó por completo el viento solo dejando una estela dorada. Iba directamente a su cabeza, pero Apolo logró esquivarla por los pelos, hiriéndose solamente la mejilla, justo como yo lo hice.

—Hijo de…

—¿Oh? ¿Por qué no está sanado? Parece que tendremos cicatrices en la mejilla a juego de por vida.

—¡Maldito!

—Oh, no, dañé tu rostro, perdón —jacté siendo sarcástico.

Sangre.

En su mejilla corría sangre al igual que en la mía. No era inmortal. Tenía una oportunidad, podía hacerlo, solo sería algo muy doloroso de vivir, pero no podía pensar en una mejor idea.

*Lo siento por esto, Cian.*

Ese fue mi último pensamiento, luego vi el rostro horrorizado de mi ángel desfigurarse por completo. Francamente no lo esperaba para nada. Todo lo que pude ver fue la sonrisa de Apolo iluminada, el mismo instante que una flecha cargada de luz solar me atravesaba por completo, dejándome un horrible agujero en el abdomen.

*Mierda.*

Lo único que pude hacer fue escupir sangre al momento que me desplomaba en el suelo.

*Por todas las runas, esto es terrible.*

Traté de recostarme para poder juntar magia blanca y cerrar mi herida, pero en el fondo sabía que esta no sería tan rápida, no había forma de salir de esto. Apreté los dientes, tratando de aguantar el dolor y no perder el conocimiento.

*Bien, esto era peor de lo que esperaba.*

Lucian estaba a punto de saltar a la planicie, completamente desesperado, ni siquiera mi

madre podía sostenerlo. No debía hacer eso, sería peligroso. Todo lo que pude hacer fue dirigirle una última mirada para indicarle que no se moviera. No tenía que acercarse por ningún motivo.

No importaba que sintiera que estaba muriendo desangrado. Estaba seguro de que podía pasar mi mano atravesando por completo mi herida. Era nauseabundo. Me sentía al borde del colapso.

Ese fue momento exacto en que Apolo cantó victoria.

—Lo siento, *Golden*, hasta aquí llegaste. Tu habilidad para regenerarte no te podrá mantener con vida por más tiempo. Morirás, pero sabes, soy una persona muy generosa —jactó sacudiendo las manos—. Yo puedo salvarte si juntamos nuestras magias, sería fácil y rápido. Así, tan rápido como chasquear los dedos. Ahora, no sería gratis, tendrías que tragarte tu orgullo y admitir tu derrota.

Me mordí los labios, mientras lo mataba con la mirada una y mil veces. El dolor me estaba haciendo perder el conocimiento, no podía permitírmelo, no podía desmayarme.

*Aguanta un poco más.*

—Vamos es fácil. Te prometo que dejaré vivir a tu niño rubio por diez años más y al ojos de gato cinco. Bien, tú puedes elegir, el gato diez y el rubio cinco. Te regalaré esa elección.

*Maldito enfermo.*

Juntando toda la fuerza del mundo, para no perder el conocimiento por el dolor, le hice una seña para que se acercara ya que no puedo formular palabras, él obedeció con una sonrisa en el rostro.

Antes de que pudiera llegar a mi lado tuve que volver a toser y botar sangre por mi boca, obviamente se tomó todo el tiempo del mundo, pero cuando lo hizo quedó justo en el mismo lugar que yo había estado cuando me atravesó su flecha cargada de luz solar.

Todo sea por un futuro con Lucian, no importa cuánto tiempo pueda conseguir. Hasta un día sería suficiente.

—Perfecto, claro que puedo escuchar tus últimas palabras. ¿Qué quieres decirme, *Golden*? ¿Perdón, gran Apolo?

Miré una última vez a mi ángel que lloraba desconsolado.

*Prometo que esta será la única y última vez, amado mío.*

*Lo siento por hacerte pasar por esto.*

—Esto es por meterte con mi felicidad —declaré con las últimas fuerzas que me quedaban.

Chasqueé los dedos y, con algo de dificultad, puse mis brazos detrás de mi cabeza mientras sonreía aún con la boca llena de sangre. Literalmente era la mejor pose de relajación que podía hacer con una herida abierta latente en mi abdomen.

—¿Qué mierda…? ¡¿Qué es esto?! —gritó notando que no podía mover ni un solo músculo.

—¿Esto…? Oh, nada sorprendente, solo un pequeño bucle temporal —confesé mirando con falsa modestia al mago frente a mí—. Ya sabes, de esos donde el tiempo se para, o puedes echar el tiempo para atrás… de esos.

En ese instante fue cuando la cara de Apolo se desfiguró por completo, su sonrisa se borró de forma definitiva y sus ojos mostraron temor por primera vez en todo nuestro enfrentamiento.

*Cómo disfrutaría esto.*

—¿Q-qué clase de magia es esta?

—Una prohibida y muy antigua. No quería dejar que el consejo supiera de esto, era como mi carta trampa.

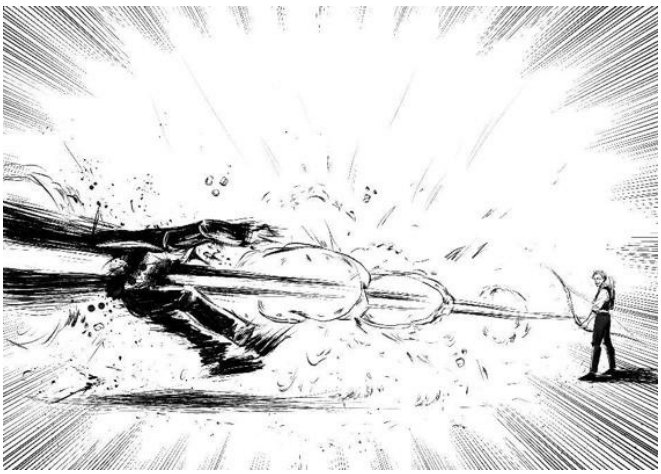
Mientras hablaba, mi sangre comenzaba a desaparecer como si nunca hubiera sido herido.

—¡Espera, tú…! ¡Maldito, te dejaste herir a propósito!

Solo pude sonreír mientras aplaudía, sin querer negar nada.

—Sí, por supuesto. Por favor dame más crédito, tú y yo sabemos que podría habérmelas ingeniado de miles de formas para desviar o esquivar tu ataque —me paré del lugar donde estaba mientras seguía hablando con Apolo—. Estuve esperando este momento toda la pelea. Este preciso instante donde estás justo en el lugar que quería. El mío.

Al rebobinar el tiempo mi herida sanó por completo, solo yo podía moverme. Ese fue mi momento de gloria, cuando vi en su cara el terror absoluto. Todas las piezas habían caído en el lugar en que debían caer.



Pensar que Cian sería el que me daría la victoria. Porque sí, la primera vez que paré el tiempo y creé un bucle fue cuando lo conocí. Ese fue el momento donde mi tiempo congelado por la monotonía de mi vida comenzó a correr persiguiendo a este hermoso ángel.

Volví a activar el tiempo y solo bastó moverme una pulgada, para que el rayo de luz y la flecha de Apolo le perforaran el abdomen al igual como lo había hecho conmigo hace un minuto atrás.

Fue su perdición.

El grito de Apolo fue tan desgarrador que no hubo ningún ser dentro del consejo que no lo escuchara, algunos lo hicieron horrorizados, otros aún en estado de shock. Para mí, fue música para mis oídos.

*Así que… ¿por qué no disfrutarlo un poco más?*

—Esa fue por Cian —chasqueé los dedos para retroceder el tiempo unos segundos para que se cerrara su herida y luego volverlo a activar—. Esta es por Ezra —hice lo mismo dos veces más, por Dean y por Habuh.

Francamente era adictivo ver morir a Apolo una y otra vez. Realmente esperaba que hubiera magos que grabaran en sus archivos este momento, así podría crear alguna tarjeta con este momento y enmarcarla o algo, serían el mejor regalo de cumpleaños para intercambiar con Liam.

No piensen que no me tomé tiempo entre los bucles, lo hice, en algunos hice que pasara mucho más lento para que Apolo sufriera mucho más.

Lo estaba disfrutando hasta que sentí el pequeño tirón en mi nuca avisándome que no podía seguir jugando con el tiempo, así que lo dejé correr.

Fue divertido sentir como toda la gente recién en ese momento pudo liberar el aliento contenido. Obviamente, la gente pudo escuchar todo lo que pasó, también lo vio, pero no podían hacer nada. La verdad, es que solo podía manejar el tiempo para que dos personas pudieran moverse a través de él.

Esta vez traté de jugar la última carta que me quedaba:

Ser tan imbécil como él lo fue conmigo.

—Lo siento, Apolo, hasta aquí llegaste. Tu habilidad para regenerarte no te podrá mantener con vida por más tiempo. Morirás, pero sabes, a diferencia de ti, yo no soy una persona muy generosa —comenté sacudiendo mis manos.

Sí, quería dejarlo morir.

Francamente era un problema menos para toda la humanidad y, por supuesto, para mí. Le hacía un jodido bien al mundo con dejar que su existencia se extinguiera. Ese era el plan hasta que sentí un reclamo mental.

—*No puedes dejar que muera* —susurró Lucian directamente en mis pensamientos.

—¿Cian? ¡¿Cómo?!

—*Tu anillo, Maestro.*

—Por supuesto —recordé que tenía mi alma consigo y me asombró que supiera activarlo para conceder sus deseos.

—*Ayúdalo.*

—Claro que no. No después de lo que te hizo a ti.

—*Alexander, eres mejor que esto.*

—Por supuesto que no. Esto definitivamente es lo mejor de mí —declaré mientras lo miraba divertido.

—*Luego tendrás culpa por tener que cargar con el peso de su muerte.*

*¿El peso de su muerte?*

*¡Me merezco una jodida medalla de oro forjada por los mismos duendes!*

—Cian, la muerte de Apolo es como cargar con un enorme estandarte, él cual alzaría más que orgulloso.

Vi cómo se le escapó una pequeña risa, pero a pesar de eso, no dio su brazo a torcer.

—*Maestro Alexander, por favor.*

—No es justo, eres un ángel —reclamé rodando los ojos.

—*Lo soy.*

—Él no hubiera hecho esto por ti, ni por mí.

—*Lo sé. Por eso somos mejores que él. Nada peor que la compasión de tu enemigo.*

—Oh. De acuerdo, estoy seguro de que eso es lo aprendiste de Dean. Totalmente lo apruebo, me agrada.

De mala gana, me acerqué hacia el mago que hacía todo lo posible por mantenerse con vida, pero fallaba, estaba a pocos segundos de morir desangrado. Nunca lo había visto trabajar con tanto empeño y desesperación por salvar una vida, tenía sentido que fuera la suya.

—Hey, sabes… creo que tienes un ángel de la guarda —mencioné con sarcasmo.

—No juegues con esto, *Golden*. No tengo tiempo —murmuró con sus ojos llenos de pura desesperación.

La verdad ver a Apolo en el suelo desangrándose, lleno de sangre en sus manos tratando de curarse, mientras sudaba a mares, era una postal digna de conservar. Era la viva imagen de la miseria. Viendo lo pálido que se encontraba y el gigantesco agujero de su abdomen, le quedaba como mucho un minuto de vida.

—Yo puedo salvarte si juntamos nuestras magias, sería fácil y rápido. Así, tan rápido como chasquear los dedos. Ahora, no sería gratis, te salvaré, pero será con una maldición.

Francamente no tenía muchas opciones, ambos lo sabíamos. Aceptaba o moría. No había tiempo para ninguna otra.

—¡Bien! ¡Bien, acepto! ¡S-solo hazlo rápido!

Esas eran las palabras mágicas.

—Bien, mi magia te curará ahora, pero no podrás acercarte a ninguna persona que porte, aunque sea un mísero rastro de ella, si lo haces, mi magia volverá a abrir esta herida y morirás en menos de cinco segundos —señalé mientras chasqueaba los dedos para crear las runas que atarían su destino—. Es decir, que nunca podrás acercarte a ninguna de las personas que conozca, porque de otra forma morirás. Es bastante simple.

—Pero…

—Oh, nada de peros. Y ni siquiera pienses en delegar a otros el trabajo sucio, porque con un solo chasquido, no importa donde esté, la maldición se activará. De hecho, cualquiera que tenga un poco de mi magia podrá hacerlo, con solo pensar en ti —recién en ese momento me permití mirar a Dean—. Te aseguro que hay mucha gente que se muere por hacerlo.

Vi como eso definitivamente lo hizo resignarse por completo, así que chasqueé los dedos activando la maldición en cadena y mi magia blanca comenzó a ayudarlo. Tomé entre mis manos la cadena de oro que Apolo colgaba en su cuello y la corté sin más. Era un anillo con forma de corona de laureles, el símbolo de que era un Maestro. Lo levanté al aire y ese fue el momento en que todo el público ovacionó y aplaudió de pie.

*Gané.*

Oficialmente había obtenido su título de Maestro. No solo quería su título a modo de satisfacción personal, no. Cuando te volvías un Maestro podías crear una ley de forma inmediata, muchos luchaban y exponían su vida para obtener ese beneficio.

La vez anterior que había obtenido este título prohibí los matrimonios arreglados entre magos, es decir, podían casarse y formar una familia con quien quisieran, incluido humanos y otras criaturas mágicas. Y fue por esta misma regla que fui destituido más tarde cuando me negué a tener un hijo al sobrepasar por muchos años la edad en que debía dejar descendencia.

Esta vez tenía algo aún más importante y sencillo que pedir.

Los ancianos del consejo llamaron a hacer silencio para poder escuchar mi nuevo decreto.

—Libre albedrío para los ángeles.

—¿¡Qué estás…?!

—Ellos podrán elegir a quién amar sin ser juzgados por ello. También podrán denunciar si algún creador está siendo abusivo con ellos y el mago infractor tendrá que enfrentarse a sentencias del consejo, mientras que el ángel quedará bajo protección del mundo mágico. Tienen voluntad y voz. No serán menos que nosotros, ellos han trabajado mucho más que algunos de

aquí, no se merecen ser tratados como esclavos. No más castigos físicos, ni agresiones. Trabajemos para regular leyes que los protejan a ellos también. Sus vidas no nos pertenecen, ellos podrán tomar sus propias decisiones, pero sí somos responsables de velar por su protección.

Dicho eso apreté el anillo de Apolo y mis palabras fueron escritas en runas sagradas en las paredes del consejo. Obviamente sabía que mis palabras eran controversiales, que generarían mucho revuelo y opositores, pero no importaba, esto era algo que no estaba dispuesto a transar, mucho menos volver a vivir. No permitirían que hubiera más casos como el de Habuh, castigado injusta y desproporcionadamente por el simple hecho de amar.

En medio de todo el caos por mis palabras aproveché para escabullirme y llevar a mi ángel conmigo. Sabía que otros se encargarían de esto, por mi parte aún no podía celebrar, faltaba asegurarme de que otro ángel estuviera a salvo. Debía ver a Ezra.

Lo primero que vi al entrar en la blanca habitación fue a Ezra sentado sobre la cama. Cuando sus ojos se encontraron con los míos comenzó a entrar en pánico, se puso rojo y sus ojos brillaban por lágrimas contenidas. Lo segundo que miré fue la ausencia de su brazo izquierdo.

*Su brazo.*

*Perdió su brazo.*

*Oh, Ezra.*

—Maestro… ¡l-lo siento mucho! ¡Sé que lo prometí, pero…! —comenzó a balbucear mientras trataba de limpiar sus lágrimas con su mano.

Me acerqué a él con los ojos cargados de pena. El dolor de la otra noche había sido el de Ezra. Maldición.

—¡No me mires así! E-era mi brazo o Lucian —tartamudeó ahora tratando de ocultarse detrás de su mano, avergonzado.

*Tu brazo, Ezra. Perdiste tu brazo.*

—Ni siquiera había que pensarlo, tengo dos brazos y solo un Lucian. Y-yo…

Cuando llegué a su lado sus ojos ya eran unas cascadas llenas de lágrimas, estaba seguro que los míos también lo eran. Había muchas cosas que quería decirle, pero solo una de ellas era realmente importante.

Una cosa que necesitaba que oyera. Una cosa que mi corazón gritaba desde que vio a Lucian atravesar las puertas del anfiteatro.

—Gracias por volver —susurré abrazándolo.

—P-pero yo… yo no… Sasha… yo…

—Gracias por estar vivo, Ezra —murmuré mientras lo abrazaba más fuerte.

—M-maestro —logró susurrar con su voz rota.

—Gracias por traer a todos con vida. Estoy tan, pero tan orgulloso de ti. Fuiste el ángel más valiente de todos. Eres increíble.

Ese fue el momento donde el ángel de alas negras se quebró. Ya no era el joven de apariencia relajada de veinte años, en ese momento era mi pequeño ángel revoltoso como de diez años que lloraba porque no quería estudiar, ese que le tenía miedo a su clase de criaturas oscuras. Era ese mismo enano que lloraba porque no le gustaba el color de sus alas. Él mismo que lloraba como si se fuera a acabar el mundo, sin contenerse ni un poco.

Todo el estrés, ansiedad y dolor que sufrió Ezra lo estaba vertiendo ahora, porque ni siquiera era silencioso al llorar, lo estaba haciendo a todo pulmón mientras se aferraba con su único brazo a mi torso, de forma desesperada.

Lo dejé llorar todo lo que quisiera, no me quedaba ni un poco de magia para poder cobijarlo con ella. Francamente yo también estaba aprovechando de llorar, solo que de forma más silenciosa. Fueron los peores días de mi vida, no puedo creer lo desesperado que estuve por tanto tiempo. Ahora… ahora realmente estaba agotado.

No sé cuánto tiempo estuvo llorando entre mis brazos. Tampoco sentí cuando Cian se arrimó a nuestro lado y nos comenzó a arrullar. Pero estaba seguro que su cercanía fue lo único que nos pudo calmar. Siempre lo haría, su mera existencia a nuestro lado era suficiente para darnos paz y confort.

—¿Q-qué haré ahora? —aún hipaba ahogado por el llanto—. Ya no podré cuidar a Cian.

Me separé de él y examiné su herida con cuidado. Francamente no tenía buena pinta. Toqué la herida y de inmediato comprendí por qué la sangre del ángel se había cristalizado alrededor de esta.

—Si Ezra lo desea podría tener su brazo de vuelta, ¿cierto? —Cian me rogaba con la mirada.

—No, no podré hacerlo —susurré con tristeza.

—P-pero…

—No, no lo entiendes, Cian. No es que no quiera hacerlo —aclaré peinando uno de sus mechones detrás de su oreja—. Esto que está aquí —señalé tocando la cristalización—. Es mi magia concentrada, básicamente es lo único que mantiene a Ezra con vida ahora.

Por lo menos ahora sabía dónde había ido a parar mi amado pañuelo amarillo. Gracias al cielo había terminado en un buen lugar.

—No puedo remover o usar mi magia para darle un brazo nuevo a Ezra, porque es mi misma magia la que me lo impide. Mi pañuelo definitivamente tiene su orgullo personal, porque se aferró a Ezra con todo lo que tenía con tal de salvarlo.

—¿Pañuelo?

—Oh. ¿No era un pañuelo amarillo para ti? Lo mandé a cuidarte —pregunté extrañado.

El rostro de Lucian se iluminó al entender a que me estaba refiriendo.

—¡Ah! ¡Mi manta!

—¿Era una manta para ti? —inquirí divertido—. Mira que vanidosa era, se hizo pasar por más de lo que realmente era solo para verse bien frente a ti, claramente eres nuestra debilidad.

—No digas eso, me salvó y me protegió —reprendió con amabilidad.

—Y por lo visto a Ezra también —miré al ángel de alas oscuras con mi máxima expresión de perdón.

—¿Eso quiere decir que realmente Ezra perdió su brazo? —preguntó mi amado con su voz llena de pesar.

—No se preocupen por mí, quién necesita dos brazos.

—No digas eso, Ezra —regañé—. Creo que actualmente no podría hacer algo. Definitivamente no puedo aparecer un brazo de la nada. Pero creo que si estudio más respecto a este extraño fenómeno quizás pueda encontrar alguna forma de manipular los cristales y tratar de que reemplacen la extremidad perdida —teoricé tocando mi nuca.

—¡¿En serio?! —exclamaron Ezra y Cian al mismo tiempo, sus ojos brillaban con

anticipación y esperanzas renovadas.

—¡Esperen no dije que podría con certeza, solo estoy especulando! —aclaré para bajar sus altas expectativas.

—Sí, pero es del gran Maestro Alexander Leblanc del que estamos hablando —jactó con arrogancia Ezra—. Yo sé que podrá. Listo, ahora estoy tranquilo, voy a dormir.

*No, no, espera, Ezra.*

—¡Tú lo dijiste, Al, ¡la imaginación es el límite! Si ya lo pensaste, eso quiere decir que realmente existe una posibilidad de que funcione —agregó enérgico Cian.

Sabía que no podría razonar con estos dos. No cuando ambos eran las personas más optimistas y positivas que conocía. Si ellos confiaban en mí, lo mínimo que podía hacer era cumplir con sus exigentes expectativas.

*Realmente encontraré alguna forma de devolverte tu brazo, Ezra.*

*Lo prometo.*

—¿Está bien que nos escapemos cuando recién comenzaste tus labores como «Maestro»?

—No, no lo está. Pero no importa, necesitamos esto, el mundo puede destruirse o salvarse más tarde.

Aún quedaban muchas cosas por resolver, mucha burocracia que hacer, muchos pergaminos que firmar, muchas palabras que decir, pero estaba seguro que todo eso podía esperar, el trabajo no se iba a ir a ningún lado. En cambio, nosotros necesitábamos tiempo para los dos, por lo que nadie se quejó frente a nuestras repentinas vacaciones.

—¿Puedo saber qué playa es esta? Ya van dos veces que me traes aquí y no tengo idea de dónde estoy —preguntó mi amado rubio mientras se giraba para mirarme.

Él iba unos pasos delante de mí, con una camisa holgada muy delgada blanca, y llevaba unos pantalones cortos de jeans, detrás de él estaba el hermoso mar del Caribe. De solo mirarlo frente a mí me sentía curado de todo lo que había ocurrido.

—Mmm… estamos en algún lugar en medio de la nada —respondí evasivamente, divertido.

—Ohhh, algún lugar en medio de la nada, ya veo. ¡Que tiene arena fina y mar con aguas hermosas! —me siguió el juego.

—Sí, exacto, que tiene arena fina y blanca.

En ese punto Cian tenía una sonrisa tan grande que estaba seguro de que no podía verme ya que sus ojos también sonreían. Se sentía muy bien sentir la brisa del mar contra mi piel, era refrescante. Tanto la brisa marina como la sonrisa de Lucian me estaban sanando y llevándose todo mi estrés y cansancio.

—Es un hermoso lugar, este sitio en medio de la nada.

—Tres —corregí de la nada.

—¿Qué?

—Van tres veces que venimos a este lugar.

—¿En serio? —se sentó a la orilla del mar, a sus pies descalzos le llegaban pequeñas olas.

Tiré el paño detrás de nosotros, junto con la cesta de alimentos que había cocinado Cian con mucho esmero antes de irnos, luego me senté a su lado.

—Sí. Tres veces —repetí sin poder quitar mi sonrisa.

—¿Qué edad tenía?

—Diecinueve años.

—Oh, fue algo reciente.

Me estiré y la brisa marina me refrescó por completo. En ese momento me acordé de que tenía algo para él. No quería realmente dárselo, porque sentía que era un poco vergonzoso, pero Liam insistió en que era lo correcto.

—¿Quieres saber qué ocurrió? —pregunté besando su mejilla.

Su rostro se iluminó y procedió a agitar su cabeza con entusiasmo. Había despertado la curiosidad de Cian, no había vuelta atrás.

—¿Me lo vas a contar? —preguntó asombrado—. ¿Hay alguna forma de que me muestres mi recuerdo?

—No, no lo hay, solo pidiendo deseos. Pero hay otra forma, había preparado algo para ti en caso de que nunca pudieras acordarte de mí —confesé algo cohibido.

Hice aparecer un enorme libro rústico muy grueso, este tenía unas letras en dorado.

*MAGIC SHOP*

—*Magic Shop*… —leyó mientras pasaba su mano dibujando las letras de la portada con sus dedos.

—Son mis memorias, te lo iba a entregar cuando lo terminara, pero… nunca llegué a hacerlo, está incompleto. Aquí dentro están todas nuestras historias.

—¿Historias? ¿Hay más de una? —comentó con sus ojos brillantes.

—Siempre hay más de una historia, Cian.

Él miraba el libro con adoración y, por mi parte, francamente no tenía ningún peso en mi alma, después de muchos años por fin me sentía tranquilo, feliz y en paz. Entregarle esto, era mi más grande acto de liberación absoluto, ya no tenía ningún secreto.

—¿Cuándo termine de leerlo puedo continuarlo? —tanteaba el terreno.

—¿Continuarlo? Pero…

—¡De hecho, ambos deberíamos seguir escribiendo en él, de esta forma realmente estará toda nuestra historia! —se veía tan emocionado.

*Nuestra historia.*

—Sí, por qué no —accedí divertido—. ¡Ah, pero para escribir en este libro hay una regla!

—¿Una regla? ¿Cuál?

—Completa honestidad y no escatimar en detalles. Este libro está encantado, solo plasmará lo que pasó, con pensamientos y sentimientos. Todo.

—Soy un ángel, somos honestos —jactó restándole importancia a mis palabras.

—Sí, lo sé, pero todos tenemos detalles que queremos omitir, el libro no te dejará —advertí con una sonrisa.

—No hay problema. Puedo con ello.

Sonreí divertido y me senté detrás de él para poder abrazarlo por la espalda y mirar la puesta de sol frente a nosotros.

—¿Puedo leerlo en voz alta? —preguntó sin querer soltar el tema.

—Por favor, necesito morir de vergüenza —pedí con diversión dejando un beso en su hombro.

Él ignoró mi ironía y comenzó la lectura, narrando todo con su suave voz:

—*«La magia existe. Sí, lo sé. Sé que no esperaban que en la Tierra hubiera magia. Pues, les tengo noticias: la magia existe y yo puedo hacerla»*.

—¡Oh! Eres un buen narrador, me atrapaste de inmediato —felicitó con emoción.

—Solo sigue leyendo —rogué avergonzado.

Cuando escribí ese libro, nunca hubiera imaginado que tendría la oportunidad de poder estar de esta forma con Lucian. ¿Estás contento con esto, Sasha? ¿Es mejor de lo que esperabas?

Claro, que es mejor. Tú esperabas que él nunca te recordara, para luego ir alejándote de forma paulatina.

Eras un cobarde.

Nunca consideraste luchar por sus memorias. Nunca te arriesgaste a desear un futuro juntos, nunca te arriesgaste a desearlo para ti.

Cian siempre fue valiente. Él no tiene miedo de amar, no tiene miedo de soñar, no tiene miedo de luchar por lo que ama. Es apasionado y decidido.

Nunca más abandones lo que más amas, lucha hasta el final, con todo lo que tengas. No te atrevas a rendirte, no te atrevas a huir.

Todos nos merecemos ser felices.

Que el miedo nunca nos impida avanzar.

Y lo más importante…

Nunca más estarás solo, porque tu ángel de la guarda se encargará de cumplir con tu más profundo deseo. Uno que nunca pudiste verbalizar, pero siempre estuvo dentro de ti.

Él, sin saberlo, llegó a mi vida para iluminarla. Gracias a él conocí al mejor y más fuerte humano de todos, mi mejor amigo. Gracias a él llegaron a mi vida las risas y la diversión por el ángel más revoltoso y torpe de todos, mi aprendiz y protegido. Él me enseñó a abrir la puerta y confiar en otros.

Sin ninguna duda mi vida cobró sentido desde que lo conocí.

Gracias por cumplir mi deseo.

Gracias por darme un motivo por el cual vivir y sonreír.

*A. Leblanc, Maestro y consorte de Cian.*

***Fin***

☆ >——— Deseo concedido ———< ☆

# *Nocturno: Esperanza de medianoche*

Cuando postulé al conservatorio de música, hace cinco años atrás, lo hice con una *sonata* clásica de cuatro movimientos. Practiqué y practiqué hasta la máxima perfección, gracias a eso fui uno de los pocos seleccionados para entrar a composición musical.

Dentro de las clases me di cuenta que me capacitaban para componer y adaptar bajo una perspectiva amplia y reflexiva, diversidad de soportes y prácticas musicales considerando diferentes propósitos, estilos, géneros, formas e instrumentaciones. En mi caso me especializaba en piano.

Aprendí mucho de historia de la música, de instrumentación, de solfeo, de contrapuntos, de armonías, de orquestación, de música electroacústica, piano I, II, III y mucha composición.

Ahora tengo mi última presentación universitaria, la exposición de una composición propia en el auditorio.

A lo largo de mis años de formación siempre creí que lo que presentaría sería algo dinámico y propositivo, como una *rapsodia*. Era lo que se sentía correcto, una sección dramática, luego una lenta y otra más rápida y dinámica, consiguiendo así una composición de efecto brillante. El final perfecto para mi ciclo académico y el caótico último año vivido por mi padre y mi hermano.

*Pero no, no iba a presentar una rapsodia.*

Gracias a los eventos ocurridos hace una semana atrás me había decidido a presentar un *nocturno*. Sí, un *nocturno*. Uno de melodía dulce y estructura libre.

Ni siquiera ahora que estaba caminando por el escenario hasta llegar a mi piano de cola, en medio de una ovación de aplausos, podía creer que realmente lo iba a hacer. Miré a la multitud una última vez, estaba toda mi familia en el público, así como Alexander, Ezra, Liam y Fausto, al lado de este se encontraba, sin poder sentarse del nerviosismo, un ángel de cabello rojizo. Estuve a punto de cambiar de planes y tocar la *rapsodia* en la que había trabajado medio año, pero no. Lo vi y recordé por qué estaba haciendo todo esto.

Me senté, respiré y moví mis manos sobre el piano evocando los eventos pasados.

Nuestra rutina diaria comenzó con un café mañanero, de tamaño mediano. Uno que acepté, aunque no entendía muy bien porque había entrado a mi clase a regalarme un café.

—Esta no es tu clase, Hope.

—Lo sé, pero no lo notarán. Ten —tendió el vaso de cartón usual que dan para llevar, el de las cafeterías.

—No me gusta el café de aquí —señalé levantando la tapa para olerlo.

—También sé eso. No es de aquí. Lo preparé yo mismo, estoy tomando clases de barista con el Maestro Alexander —me dio una gran sonrisa.

El olor a tostado me cautivó por completo, se notaba que era un café costoso y no el de la cafetería. Lo probé y casi lloro de lo perfecto que era. Un Latte, con doble shot de expresso, la cantidad perfecta de leche y espuma, con un pequeño dulzor al final.

*¡Aleluya!*

—¿Quién te dijo mi bebida favorita? —tomé otro sorbo.

—Nadie, iba a probar todas hasta dar con tu preferida, tuve suerte —respondió risueño.

—Esto es demasiado bueno para ser suerte, tienes talento en esto, Hope.

Ante mi cumplido su sonrisa no desapareció de su rostro en todo lo que restaba del día. De hecho, Hope nunca más desapareció de mi lado en lo que restaba de mi año académico.

Por supuesto, no siempre se podía colar a mis clases, pero me esperaba a la salida de cada una de ellas, me había acostumbrado a ver su cabellera roja entre la multitud, también ayudaba que fuera ligeramente más alto que la media, me sacaba como unos diez centímetros de altura, por lo que destacaba mucho.

Poco a poco me acostumbré a su compañía entre los pasillos, los almuerzo, a media tarde, entre algunas prácticas de piano. Hasta que caminara conmigo hasta mi hogar. Muchas veces había cenado con nosotros gracias a la insistencia de Cian —quien parecía que su nueva obligación de la vida era verlo comer—. Siempre se despedía, pero nunca se iba hasta media hora después de anunciarlo.

Recuerdo encararlo cuando estábamos terminando uno de nuestros almuerzos en mi campus.

—¿No te cansas de sonreír todo el día? Parece agotador —comí un gajo de mi mandarina.

—Claro que no. Sabes, después de casi morir por ser drenado por un horrible vampiro, cada día es un deleite.

—Morir porque te drenen la sangre, suena bastante horrible. Sobrevivir a esa tortura realmente es una buena razón para ser feliz. Te lo concedo.

—Tú deberías sonreír más, Dean. Se te van a atrofiar los músculos de la cara si no los usas —señaló divertido.

Esa fue la primera sonrisa involuntaria que me robó. Normalmente le habría respondido algo sagaz o sarcástico, pero me agarró con la guardia baja y no pude reprimir mi sonrisa, divertido por su ocurrencia. El hecho de que el comentario de Hope fuera un poco pasivo-agresivo fue lo que me descolocó. No era algo que un ángel diría. Ellos son honestos, pero no brutalmente honestos.

—Cierra tu boca, te entrarán las moscas —murmuré luego de ver su expresión de sorpresa ante mi pequeña mueca.

—Tienes un humor muy raro, Dean —comentó desconcertado, algo sonrojado—. Tendré que esforzarme para volver a crear este milagro, me dio escalofríos. Mira, se me erizó la piel —me mostró los pelos de su brazo y, por segunda vez en el día, las comisuras de mis labios se elevaron contra mi voluntad.

*Qué exagerado eres*.

Al parecer, no había olvidado cómo sonreír, solo necesitaba un mejor estímulo. Porque mis sonrisas volvieron, al igual que mi apetito —el cual había perdido desde que vi como le quemaban las alas a papá—, dejé de tener pesadillas y comencé a descansar mejor. Poco a poco el aire dejó de sentirse pesado y comenzó a ser más respirable.

Hasta que Hope cruzó la línea, justo cuando había terminado mis clases y nos disponíamos a irnos a mi casa.

—Dean… sé que no debó entrometerme, pero estás fumando mucho, media cajetilla diaria no debe ser muy saludable, quizás deberías reducirlo... o dejarlo.

—Puedo dejarlo cuando quiera, Hope. Solo no ahora —prendí el sexto cigarro del día.

—Es realmente mucha nicotina… quizás aún estás a tiempo de dejarlo sin que tenga muchos efectos negativos en ti.

—No lo haré ahora, Hope.

—Bien, no ahora… pero ¿cuándo?

—Qué mierda, Hope. ¿Por qué insistes tanto con el maldito tema?

—Solo me preocupo por ti.

—Pues no lo hagas, preocúpate por ti mismo.

—Dean, por favor… no lo tomes a mal —muy tarde, ya me sentía atacado—. Qué te pareces si hacemos un trueque: tú dejas de fumar… y yo hago lo que tú quieras.

—Bien. En ese caso déjame tranquilo, ocúpate de tus malditos asuntos para que no pienses en los míos, asuntos que no tengo ni la más remota idea de cuáles son, porque lo único que haces todo el día es seguirme a todos lados, quizás ahí lo considere.

Estaba molesto. Normalmente no me entrometo en los asuntos de los demás, así que espero lo mismo de los otros. ¿Cuál era su maldito problema? Puedo fumar una cajetilla entera en un día sí quiero, es mi maldito cuerpo.

Hope no mencionó nada más en todo el camino hasta mi casa, luego se fue sin despedirse a donde sea que viva con Fausto. Fue incómodo, pero no me importaba. Esto serviría para poner un límite.

Al día siguiente Hope no apareció en la facultad. No llegó en la mañana a saludarme con un café, ni estuvo en ninguno de los pasillos entre mis clases. Justo era el día donde me quedaba hasta las ocho de la noche en la facultad para practicar piano, uno de mis días favoritos de la semana. Excepto que esta vez odié cada segundo de el.

Todo se sentía horrible, se sentía tan mal, tan incorrecto, tan extraño. ¿La facultad siempre fue tan grande? ¿Siempre había tantas personas? ¿La comida siempre había sido tan insípida? ¿Por qué el tiempo pasa tan lento? ¿Cuándo terminará todo? ¿Por qué tenía tantas clases? ¿Por qué le dije esas palabras a Hope?

*Soy un maldito imbécil. Porque no tomé tres segundos para pensar en la mierda que diría, en lo mucho que perdería por esas palabras. Debí disculparme ese mismo segundo.*

*¡Maldición, ni siquiera tengo como contactarlo, Hope no tiene un celular! Ni siquiera sé su dirección. ¿Alexander la sabría? ¿Debo ir donde Liam a que me diga la dirección de Fausto? ¿Y si no está donde Fausto?*

*Oh, por toda la magia. Si no lo veo nunca más. Eso no puede ser… ¿cierto? Lo que dije estuvo horrible, pero realmente no deseaba no verlo más. Me gustaba la compañía de Hope, me había acostumbrado a ella, se había vuelto parte de mi rutina. Me había vuelto a sentir… feliz.*

A penas pude terminar mi ensayo salí de la sala corriendo, sentía que las paredes se achicaban, mi respiración se cortaba, los pasillos eran eternos. Necesitaba aire, salir de ahí. Llegué a duras penas a la banca en la que conocí a Hope por primera vez. Me senté, apoyé los codos sobre mis rodillas y escondí mi cabeza.

*Mierda, mierda, mierda.*

*Respira.*

Reconocía lo que estaba ocurriendo y no me gustaba para nada: estaba teniendo un maldito ataque de pánico. Se me cerró la garganta y respirar se sentía como el infierno. Lo más enfermo de todo es que me moría por un maldito cigarro. Me había negado a fumar en todo el día. Así que

no sabía si esto era la maldita abstinencia… o por ser un completo idiota con un ángel.

Saqué la cajetilla y saqué un cigarro con mis dedos temblorosos. Lo miré y me dio tanto asco y vergüenza. Esta maldita cosa había logrado que le hiciera daño a Hope con mi estúpida actitud de mierda. Sentí que mis ojos se llenaban de lágrimas. Partí el maldito cigarro y lo arrojé lejos.

No podía dejar de llorar porque la culpa y el remordimiento me carcomían por dentro.

*¿Cómo puedes ser tan estúpido? Dañar a la persona que se pasaba día tras día cuidándote.*

*¿Por qué eres tan tóxico?*

*¡Cuando aprenderás a no dañar a los que se preocupan por ti!*

Las lágrimas no paraban de correr por mi mejilla hasta morir en el asfalto. Me estaba hundiendo en mi miseria, cuando sentí que algo caliente se apoya en mi mejilla. Era un vaso de café. Recién en ese punto de la noche levanté la vista y me encontré con el ángel pelirrojo.

*Gracias al cielo.*

Se veía realmente preocupado. Verlo a menos de un metro de mí, me género un alivio tan grande que mis lágrimas cayeron con más fuerza. No todo estaba perdido. Oficialmente me despedía de mi orgullo por hoy, necesitaba arreglar esto.

—Mira sé que me pediste que me alejara, pero…

—Lo siento. Lo siento mucho, Hope —me aferré entre lágrimas a su cortaviento con miedo de que se alejara.

Ante mis palabras liberó un profundo suspiro de alivio, al parecer no era el único que estaba preocupado y sufriendo por toda esta mierda.

—No, Dean. Yo lo lamento. No debí escuchar tu petición, nunca pensé que te encontraría llorando. ¿Quieres un pañuelo? Sabes, ya no voy a preguntarte que quieres. Ten un pañuelo —declaró pasándome un pañuelo de tela con el que soné mi nariz.

Él se agachó de cuclillas, tomó mi rostro en sus manos y comenzó a limpiar mis lágrimas con suavidad. Mi corazón sentía que mi pecho era demasiado pequeño para caber en el.

*Lo siento tanto, Hope, soy un completo idiota sin filtro.*

*Me tragaría todas las malditas palabras que te dije ayer sin dudarlo.*

*Estoy tan arrepentido.*

—Parece que tuviste un día duro. Te contaré el mío para darte tiempo a que te calmes —anunció regalándome una dulce sonrisa—. Tomé desayuno con mi Maestro, le conté lo que había pasado contigo y me dijo que te diera un poco de espacio, sugirió que me tomara el día para hacer otras cosas. Así que eso hice, fui a ver al Sabio Liam a la clínica para preguntarle si necesitaba ayuda, pero estaba tan ocupado en urgencias que preferí no molestar e irme de ahí. Luego fui a ver a Ezra, resulta que ya volvió a tomar fotografías a pesar de no tener su otra mano para sostener su cámara, está utilizando un trípode, su consejo también fue que me alejara un poco, te podía haber abrumado. Luego en la tarde fui a la tienda del Maestro Alexander y Cian. Ellos me dieron un consejo distinto. Alexander dijo que no tomara esas palabras duras con tanto peso, lo dijiste ofuscado, no querías hacerme daño. Me dijo que te preparara un café para hacer las paces… Cian, por otro lado, dijo que su hermano era un idiota, que aleja a su felicidad, que debías estar culpándote de todo y lleno de remordimiento, así que era mejor que no esperara hasta mañana para arreglar las cosas. Creo que ellos tenían razón, me alegro de haber venido

*Cian… me conoces tan bien.*

*Gracias. Gracias a ambos.*

*Gracias por salvarme de mi angustia una vez más.*

—También me alegro de que vinieras —sinceré más calmado, pero aún con lágrimas en los ojos—. Realmente lo lamento. No quiero… me acostumbré… Dioses… ni siquiera puedo hablar. No quiero que me dejes, la verdad es que tenerte cerca hace que el aire sea más fácil de respirar, Hope. Una hazaña increíble.

—No me iré nunca más así. Por lo menos no sin avisarte de mí paradero, para que no sufras tanta ansiedad. Lamento ser el responsable de tu angustia.

—No, no lo eres. Yo me genero angustia solo, Hope. Tú eres un maldito sol, que sin darme cuenta hacía mis días más llevaderos. Lamento valorarlo tan tarde, soy un completo imbécil.

—Lo importante es que ahora no me alejarás cuando solo quiera cuidarte.

—No prometo nada —me gané una sonrisa divertida de su parte.

—Bien, lo importante es que no me alejaré cuando las cosas no estén bien —corrigió con suavidad—. No llores más, Dean. Tampoco es necesario que sonrías, serías el dueño del mundo con tu sonrisa, creo que eso te daría demasiado poder.

Esas simples palabras me derribaron por completo, me hicieron tan estúpidamente feliz, que ni siquiera pude controlar mi sonrisa y la pequeña risa de diversión que escapó de mis labios. No podía creer que aún no superaba el tema de la sonrisa.

Lo que vi a continuación me cortó la respiración. Había visto muchas sonrisas de Hope, pero esta en específico era diferente. Conocía esa sonrisa y esa mirada, era la misma que tenía mi padre al mirar a papá cocinar, o entrar a una habitación; era la misma mirada que tenía Alexander cada vez que Cian entraba a su tienda. Sus ojos estaban tan llenos de cariño y amor puro. Era la mirada que ponías cuando estabas frente a lo más hermoso del universo. Él me estaba dando *esa* mirada. Aquella que no estaba destinada a un amigo, esa estaba reservada para la persona más especial de tu vida, la cual te ilumina los días con su sola existencia.

Mis ojos se volvieron a aguar. Mi corazón se saltó un par de latidos y sentí que mis mejillas se calentaban. No tenía control sobre mi propio cuerpo, era un completo desastre.

*Dioses, Hope.*

*No merezco que me mires así.*

—Puedes cerrar los ojos, siento que volveré a llorar —traté de regularizar mi respiración.

—De acuerdo —cerró los ojos—. Pero realmente creo que el mundo no está listo para tu sonrisa, Dean. Yo siento que el mundo se detiene y ocurre un milagro cada vez que sonríes. Es demasiado efectiva, trataré de crear más milagros para verla más seguido. No soy un mago, pero me esforzaré en hacer magia si eso te hace feliz.

Ese fue el momento en que perdí, me derretí. Eran palabras tan tontas y tiernas que mi corazón no sabía qué hacer para seguir funcionando. Había vuelto por mí, de noche, solo para salvarme de mi culpa, calmarme y hacerme reír.

*Realmente eres un ángel encantador, Hope.*

Seguía con sus ojos cerrados y mejillas calientes, sus ojos brillantes seguían grabados en mi memoria. Dejé de pensar por un segundo e hice lo único que podría salvar a mi corazón de morir: cerré la distancia y le robé un pequeño beso. Fue un segundo o menos, pero al besarlo noté claramente que sabía igual que mi amado café favorito. Eso me destruyó por completo y estallé de la risa cuando me separé de él.

*¡No puede ser!*

—¡Tomaste de mi café! —encaré entre risas.

—¡Me besaste! —gritó él con las mejillas casi del mismo color que su cabello.

—¡¿Por qué lo bebiste?! ¡No se bebe el café de la gente sin su permiso!

—¡Tampoco se les besa! ¡No estaba preparado! ¡No estaba mirando!

—De acuerdo, pero ahora si estás mirando, deberías…

No me dejó terminar y me estaba besando. Sentí todas las malditas cosas cursis que describe la gente, pero si tuviera que describirlo con mis palabras sería como morir. Arritmia, aumento de presión, estomago apretado, inusual cosquilleo en el abdomen bajo y deleite máximo. Sin duda mi parte favorita fue sentir que ambos no podíamos contener nuestras sonrisas en medio de los besos.

No podía controlar mi sonrisa, porque Hope sabía a mi café favorito, olía a una deliciosa mañana de domingo y no podía estar más que encantado por ello. Hope… Hope se sentía como mi hogar, cálido y lleno de cantidades inmensurables de amor. Y aunque siempre creí que era una persona demasiado amarga para cosas dulces como esas…

Aquí me encontraba, tocando la más dulce y encantadora de mis creaciones recordando la noche de mi primer beso con sabor a café.

Anhelaba terminar, para que ese impaciente ángel de cabello rojo —el cual no podía mantenerse sentado en su asiento— corriera a abrazarme entre lágrimas y sonrisas, sin importarle la opinión de nadie.

No podía contener mi sonrisa al imaginar vívidamente como se moriría de felicidad cuando supiera el nombre de mi nocturno:

*Esperanza de medianoche.*

# *Agradecimientos*

Muchas gracias por llegar hasta este punto, realmente nos hace muy feliz que tengas en tus manos nuestro primer tesoro editorial. Nos esforzamos muchísimo por hacer este proyecto una realidad. Cuidamos palabras, cuidamos letras, cuidamos ilustraciones, cuidamos desde la primera hasta la última página, todo para entregarles algo especial.

Como autora no es mi primer proyecto publicado, como diseñadora gráfica no es mi primer proyecto diagramado, ni siquiera el segundo o el tercero, pero sí es nuestro primer libro en *Latidos*. Una de mis primeras veces teniendo full libertad creativa al ser la directora de arte. Es un mágico empezar. Fue un emocionante desafío porque sabía perfectamente que *Wishes* marcaría la pauta de los futuros trabajos de la editorial.

Escribo estos agradecimientos con un sentimiento bastante surrealista, porque no puedo concebir que algo que me permití añorar solo en mis más ambiciosos sueños se hiciera realidad. Me siento bastante poderosa en estos momentos.

Amada Josefa Ibacache, ¿qué te pareció la dedicatoria? Van mejorando en cada libro, tengo muchas más guardadas para los siguientes, así que quédate a mi lado toda la vida para poder seguir sorprendiéndote. Gracias por empujar mi espalda cuando tengo dudas de avanzar, gracias por calmar mi ansiedad, gracias por no abrumarte con mis miles de pedidos que gestionar, gracias por ser parte de cada cosa mágica en mi vida.

Querida editora Sani, perdón por usar espacios entre párrafos innecesarios, prometo que no ocurrirá en los siguientes. Gracias por no cansarte de corregir mis errores todas las veces que fueran necesarias. Gracias por empujarme a hacer cosas increíbles.

Adorada Mariela, esto es real. Sorprendente ¿no? Increíble. Gracias por alejar mi síndrome del impostor y maravillarte con cada una de mis creaciones. Tus palabras valen oro.

Por último, gracias a ustedes que leen estas palabras. ¿Les gustó? Yo creo que sí, pero si aún no se terminan de enamorar, amarán dar vuelta la página y encontrarse con otra dulce sorpresa. Gracias por confiar en nosotros y dejarse encantar por este maravilloso mundo de magia y letras.

***Spring.***

*La persona que les desea que puedan hacer todos sus sueños y anhelos realidad.*

**LA CREACIÓN DE UN LIBRO REQUIERE DE UN HECHIZO PODEROSO. ESTAS SON LAS PERSONAS QUE SE ESFORZARON Y DIERON DE SU MAGIA PARA QUE FUERA POSIBLE:**

**Catalina Toloza** la Directora Gráfica, se encargó de la creación y materialización del hechizo.
**María José Segovia** la Directora Editorial, estuvo en cada paso para revisar y pulir que este saliera perfecto.

**Josefa Ibacache** la Productora General, fue la que gestionó que el hechizo pudiera llegar a tus manos.

**Carolina González** la encargada de la Digitalización, Marketing y Gestión, en diciembre de 2023 digitalizó esta obra para que pudieses tenerla en todos los formatos.

**LATIDOS EDITORIAL CUMPLIÓ SU PRIMER DESEO EN 2021.**